3 1761 08166237 1

ITALIA-ESPAÑA

GUÁRDESE COMO JOYA PRECIOSA

EX-LIBRIS
M. A. BUCHANAN

PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946

España moderna

AÑO 8.º NÚM. 85

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: J. LÁZARO

ENERO 1896

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE A. AVRIAL
1.493.—*San Bernardo, 92.*

462630
47

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

AP
60
E8
año 8
no. 85-87

ADAN Y EVA

(CICLO)

MEMORIAS DE UN SOLTERÓN

I

A mí me han puesto de mote el *Abad*. En esta Marineda tienen buena sombra para motes, pero en el mío no cabe duda que estuvieron desacertados. ¿Qué intentan significar con eso de *Abad?* ¿Que soy regalón, amigo de mis comodidades, un poquito epicúreo? Pues no creo que estas aficiones las hayan demostrado los abades solamente. Además, sospecho que el apodo envuelve una censura, queriendo expresar que vivo esclavo de los goces menos espirituales y atendiendo únicamente á mi cuerpo. Para vindicarme ante la posteridad, referiré, sin quitar punto ni coma, lo que soy y cómo vivo, y daré á la vez la clave de mi filosofía peculiar y de mis ideas.

Yo friso en los treinta y cinco años, edad en que, si no se han perdido enteramente las ilusiones, al menos los huesos empiezan á ponerse durillos, y vemos con desconsoladora claridad la verdadera fisonomía de las cosas.—En lo físico soy alto, membrudo, apersonado, de tez clara y color mate, con barba castaña siempre recortada en punta, buenos ojos, y anuncios apremiantes de calvicie que me hacen la frente ancha y majestuosa. En resumen, mi tipo es más francés que español, lo cual justifican algunas gotas de sangre gala que vienen por el lado materno.—He formado costumbre de vestir con esmero y según los decretos de la moda; mas no por eso se crea que soy de los que andan cazando la última forma de solapa, ó se hacen frac colorado si ven en un periódico que lo usan los gomosos de Londres. Así y todo, mi indumentaria suele llamar la atención en Marineda, y se charló bastante de unos botines blancos

míos. Lo atribuyo á que en las personas de amplias proporciones y que se ven de lejos, es más aparente cualquier novedad. Mis botines blancos tenían las dimensiones de una servilleta.

No crean, señores, que me acicalo por afeminación. Es que practico (sin fe, pero con fervor) el culto de mi propia persona, y creo que esta persona, para mí archiestimable, merece no andar envuelta en talegos ó en prendas raídas. ¿Voy á vestirme como un cesante? Mil veces no. Me atrae todo lo que es *confort,* bienestar, pulcritud, decoro. Como que de estas condiciones externas pende y se deriva, en muchos casos, la paz del espíritu y la armonía del carácter.

Soy solterón, y lo soy con deliberado propósito y casi diría que por convicción religiosa. Ya explanaré detenidamente mis teorías sobre tan delicado punto.

Libre de familia, vivo, no en una fonda, donde me tratarían á puntapiés, me entregarían la ropa sin botones y no me barrerían el cuarto, sino en una casa de huéspedes muy especial que he descubierto, y donde me agazapé mientras no arreglo la *garçonnière* con que sueño, y á la cual me llevaré probablemente, en calidad de ama de llaves, á mi patrona actual, la mismísima doña Consolación Fontán y Guripe, á quien por ahorrar saliva llamo doña Consola. En España, la peor casa de huéspedes es siempre preferible á un *hotel;* pero la mía merece el dictado de la perla del género. Fué doña Consola, en sus juventudes, doncella de confianza de una notable mujer marinedina, la ilustre viuda del guerrillero Esteva, á quien Isabel II hizo merced del título de duquesa de la Piedad. En la larga emigración de la dama, que pasó á Inglaterra acompañando á su esposo perseguido por liberal, doña Consola no se apartó de ella, y mientras hincaba el diente al *negro pan* consabido, aprendió muchas cosas que se ignoran por aquí: á asar bien, á servir un te en punto, á preparar las tostadas del desayuno como un ángel (si los ángeles se dedicasen á tales menesteres); á tener la ropa blanca lo mismo que un monte de nieve; á cultivar las virtudes del orden, de la puntualidad, de la formalidad, del aseo... Fué doña Consola uno de esos criados en quienes la veneración y el cariño hacia un amo insigne trascienden misteriosamente á lo físico, y causan un parecido singular, más aún que en las facciones, en los movimientos, en la voz, en el gesto. Doña Consola tiene el rostro moreno, severo, algo bigotudo, de la duquesa; lleva, como ella, el pelo gris en bandós lisos; habla con reposado énfasis y frase escogida; usa por casa, en invierno, guantes de lana verde ó negra, y siempre se la

ve muy derecha, muy puritana, con cuello blanco planchado y delantal de seda á cuadritos, honrando su pecho la cadena de oro del reloj legado por su ama. Ha aprendido también en aquellos tiempos memorables á respetar al modo sajón la libertad del individuo, á no meterse en vidas ajenas, y á no fiscalizar á los huéspedes so pretexto de quererles como á hijos. Este tipo digno y serio es inconfundible con el de nuestras clásicas *patronas*.

Como asistió á la duquesa con abnegación, sin acostarse en treinta noches, nadie extrañó que quedase asegurada su suerte, y que además, la duquesa dispusiese en su favor de todos sus muebles y ropas, con lo cual pudo montar la casa de pupilos. Estos muebles son ricos, de poco gusto y anticuados. Corresponden á la última época del Imperio: mi cama, de caoba, tiene sus rosetas pseudo egipcias, y el sofá y sillería están forrados con bonitas sedas, de un verde pálido rameado de malva. Sobre la mesa dorada, redonda, de acanaladas patitas, campea un soberbio reloj con asunto mitológico de bronce y mármol, pero que rige, pues le honra una mecánica nada menos que de French. Deliciosas miniaturas de la familia Real penden de la pared, entreveradas con ridículos trabajos de conchas, cuadros matizados de pluma y pelo, y un retrato al óleo, muy duro y mal engestado, de la duquesa. Vese asimismo un ejemplar de caligrafía barroca y enrevesada, (ofrenda de algún protegido ó admirador,) puesto en un marco de grandes pretensiones. Descifrado, no sin trabajo, dice así textualmente: "La gloria, con su fulgente aureola, enaltece vuestra sien. En el panteón de la inmortalidad os tejen los querubes dos purísimas guirnaldas. Ved su lema: *Beneficencia y Patriotismo*. Vuestro evangélico y digno título simboliza elocuentemente vuestra alma, y en el Elíseo de los justos, donde mora vuestro esposo, un sinnúmero os bendice. Al adalid de la libertad, el cielo plugo concederle una heroina.„ El texto que traslado, figuréselo el lector con el aditamento de infinitos rabos de cometa, nebulosas de rayas, espirales, cohetes, sombras y arabescos: cuanto pudo discurrir el caligrafo, echando el resto sobre todo en las palabras que expresan algún concepto grandioso, las cuales llevan mayúscula: vr. gr., Inmortalidad, Gloria, Libertad y Patria.—No eran, sin embargo, los cuadros ni los muebles la mejor parte del legado de la duquesa. Constituíala una biblioteca, excepcional por lo escogida, que la heroína no había reunido, sino que á su vez le había legado un amigo y compañero de emigración, bibliófilo eminente, de la raza vivaz de los Salvás y los Gallardos. Era la tal biblioteca, en poder de doña Consola, tocino en casa del judío, y algunas veces se

le había ocurrido enajenarla, gestionando que la adquiriese la provincia. Sólo que con valer mucho aquella espléndida colección de libros raros, no valía en venta todo lo que imaginaba doña Consola, y como la excelente pupilera no se resolvía á deshacerse de ella, yo la usufructuaba con deleite.

A pesar de que los recuerdos de la heroína no carecen de atractivo, no acaban de convencerme estas antiguallas patriótico-progresistas, que huelen á milicia nacional desde una legua, y voy poco á poco vistiendo las paredes con los cachivaches de moda, porcelanitas, acuarelas, *manchas* de paisaje encerradas en marco inmenso, fotografías, grabados, estatuillas en repisas, pedazos de tela vieja bordada, un yatagán, dos floretes, un relieve en bronce.., Cuando me decida á arreglar mi nido (nido sin cría, por supuesto, ni más pájaro que doña Consola, que es pájara disecada), entonces haré primores, y mi salita y mi despacho serán la envidia de todos los solteros marinedinos.

¡Sin pájara, sin cría! ¡Y qué bien, qué sosegado!—No te figures, lector, que en lo que voy á decir se contienen las verdaderas, las íntimas razones que me alejan del estado matrimonial; son las más superficiales, y ya llegaremos al análisis de las otras; pero ¿has admitido tú alguna vez el absurdo sofisma de que para vivir con tranquilidad, y hasta con un poco de poesía doméstica, sea preciso casarse? ¿Has transigido con la vulgaridad de que las moradas de los solteros tengan que parecer una leonera ó una zahurda? Digan lo que digan, y aunque Pereda, de quien soy lector constante, haya declamado contra el *buey suelto*, nunca poseemos un interior más pacífico y más estéticamente arreglado para recrear en su serenidad el alma, que cuando podemos hacerlo todo á nuestra imagen, y no según las exigencias siempre algo prosaicas de la vida de familia. Yo no soy como aquel *Gedeón*, el héroe de Pereda, un vicioso burdo y sin miaja de pesquis, que no sabía ponerse de acuerdo consigo mismo, y que, por incapacidad, necesitaba con urgencia mujer, como los chicos niñera. Ninguna persona de mediano criterio tropezará en los inconvenientes en que tropezaba aquel zanguango.

Los defensores sistemáticos del matrimonio me dan la razón en este particular sin querer, cuando llaman *egoístas* á los que como yo piensan. Nos cortan sayos, porque atendemos á nuestro propio bien y labramos como la abeja el panal de nuestra apacible vida, sin preocuparnos de la ajena y desoyendo el mandato de Dios al hombre, por lo cual, en vez de abejas, deberíamos llamarnos zánganos.

Aun suponiendo, señores, que fuese labor... muy laboriosa la de engendrar un hijo cada once meses, siempre el producir humanidad sería lo contrario de destilar miel. Rejalgar es lo que generalmente destila el padre de una familia numerosa, y á rejalgar sabe la existencia condenada si al venir á ella no traemos condiciones que nos la hagan llevadera al menos. Yo de mí sé decir que, dadas las agonías y estrecheces y sonrojos y miserias con que se vive en ciertas casas, hiel y vinagre debes de ser la cuotidiana bebida. El maltusianismo es el *a, b, c,* es la doctrina más trillada en los que sobre el matrimonio filosofamos; convengo en ello; pero también sé que estas razones no se han hecho vulgares sino á fuerza de ser evidentes.

Sólo la gente superficial é irreflexiva condena el egoísmo, cuando habría que erigirle altares como á numen tutelar. La pasión y el altruismo son los que casi siempre nos ponen en el caso de molestar, dañar y herir al prójimo: el egoísmo nunca. Consejero prudente sentado á nuestra cabecera y consagrado á reprimir nuestros caprichos sentimentales, nuestros arrechuchos, nuestras vehemencias, él es quien nos manda no alterar la paz del hogar ajeno, no meter la hoz en la mies del vecino, no revolver el cotarro, no buscar quimera, rehuir la acción y evitar el interés y la lucha, fuente de todo dolor. Rara vez nos aconsejará el egoísmo acciones malas, pues como inteligente y discreto sabe que en la fosa que cavamos nos rompemos las piernas. ¡Oh guía seguro y honrado, oh buen Mentor, oh incomparable egoísmo! Téngate yo en mi compañía por siempre jamás amén.

Soy capaz de probar con argumentos firmes y sólidos que más amo yo á la esposa que no tomo y á los hijos que no tengo, que todos los casados y padres de familia del mundo á sus hijos y esposas. Porque amo á esa tierna compañera, no quiero verla convertida en ama de llaves, en sirviente ó en nodriza fatigada y malhumorada; porque idolatro á esos niños encantadores, á esos ángeles rubillos, no quiero procrearlos, no pudiendo untarles con manteca y miel las tortitas que han de merendar. ¡Querubines de mi corazón! No temáis, no, que os juegue la mala pasada de traeros á este mundo...

No me salgan á mí por el registro de la modestia y el arreglo en el hogar. Hoy nadie puede pasarlo modestamente; es decir, nadie que sea *burgués;* y hasta á los mismos *proletarios* se les imponen necesidades y refinamientos que antes desconocían. El rasero ha pasado; yo visto como el millonario y como el magnate; mis hijas tendrían que gastar iguales trapos que las de la marquesa de Veniales ó las de ese podrido de dinero, Chucho Díaz. No hay clases,

como dijo el otro. No hay más que apetitos, vanistorios y exigencias. Nuestras instituciones democráticas han amenguado la fuerza social de la nobleza de sangre, pero han duplicado la del dinero. ¿Cómo quieren Vds. que sustente principios rígidos de honor y de altivez un padre de familia?

¡Engendrar hijos y no poder satisfacer, no digo ya sus necesidades, sino sus antojos! En el padre comprendo y llego á excusar no sólo el delito, sino el crimen. Ahí si que cabe decir que el fin justifica los medios. Vean Vds. por qué entiendo que la paternidad es incompatible con el cumplimiento de la ley moral, pues nadie es capaz de afirmar que resistirá á ciertas tentaciones si es amante padre y esposo, y siente pesar sobre sus hombros la responsabilidad más abrumadora, la del sustento y el bienestar de seres que trajimos á la existencia sin que ellos lo solicitasen. Por eso un observador atento de este agitado mar que llamamos la sociedad y las costumbres, podrá anotar en su cartera que á fines del siglo XIX han coincidido dos fenómenos morales: una exaltación casi morbosa de los sentimientos de familia, y un ansia de riquezas y de goces desenfrenada, que ocasiona la corrupción política y administrativa y la lucha más rabiosa por una migaja de pan.

Gracias sean dadas á mi numen, al santo egoísmo, yo no necesito pelearme con nadie por el mendrugo. Mi profesión de arquitecto, que ejerzo sosegadamente, á sus horas, y mi humilde patrimonio, me bastan para vivir con desahogo y para disfrutar de ciertas gratas superfluidades. No me hace falta intrigar, ni disputar á un compañero, por esos medios que calificaría de indignos si la paternidad no los cohonestase, el encargo lucrativo, la apetecida comisión, la cátedra de la Escuela de Bellas Artes ó la dirección del edificio público. Así conservo mi ecuanimidad, y miro desde la orilla las batallas navales en una palangana que se riñen en Marineda por presas siempre mezquinas, pero que para algunas familias representan el pan.

Repito que no es esto sólo lo que me ha determinado á conservarme doncello, y que no faltan otras consideraciones de un orden más elevado ó por lo menos más alambicado y sutil. Mientras llegamos á tal capítulo, oigan y envidien el pasar de este empedernido solterón.

II

En verano dejo las ociosas plumas á la metálica voz del French, cuando lanza ocho estridentes notas en la soñolienta atmósfera de la sala, contigua al dormitorio. Me lavo á escape, me visto de *negligé* y corro á la playa del Rial á tomar un baño. Salgo del chapuzón regenerado, con la sangre fresca, dispuesto á resistir bien el calor del día. Desde el baño hago rumbo al Casino de la Amistad, muy próximo á mi casa (vivo en la calle Mayor, el corazón de Marineda), y me arrellano en una butaca, á leer la prensa de la córte, á abrir y gulusmear *Ilustraciones y Revistas*. La de *Ambos Mundos,* decadente y todo, sigue siendo mi predilecta; devoro sus novelas interesándome mucho en la ficción; tampoco me desagradan los reposados y agudos estudios críticos de Lemaître y Brunetière, ni ciertos artículos de carácter biográfico: con los administrativos, económicos y científicos no me atrevo nunca, de puro respeto que me infunden. No descuido el movimiento literario ameno, el que no fatiga el cerebro ni lo atolla en indigestas é insolubles cuestiones: leo á unos autores porque me divierten y estimulan (como Gyp), á otros porque me causan grata fiebre, (como Bourget), y á otros, (como Prevost), porque me tocan en el corazón. A las doce ó doce y media vuelvo á mi domicilio, termino las operaciones de aseo, me pongo á gusto, en batín, y salgo al comedor. No me tengan Vds. por glotón; al contrario: en las horas de la mañana soy excesivamente sobrio, y guardo extraño régimen. Lo que me sirve con sus secas manos doña Consola, es buenamente ancha bandeja donde campea un tazón, no chinesco sino de nítida loza británica, rebosando de hirviente chocolate; un vidrio de agua cristalina y pura; un blanco azucarillo; unas rebanadas de dorado pan, y una limpia y bien aplanchada servilleta... Ni más ni menos.

¿Me dices, ¡oh lector abogado de la santa coyunda!, que es triste eso de sentarse á la mesa solo? ¡Bah! Lo de la soledad es según se entienda. No me falta compañía. La ex doncella de la heroína se encarga á veces de distraerme contándome las proezas y glorias de

su ama, y cómo en aquella casa se vieron reunidos á la mesa el Gobernador, el Capitán general, el señor de Picavia y D. Salustiano Olózaga. "Si el general Espartero viene á Marineda—acostumbra añadir la buena mujer—á la mesa le tenemos seguro." Ni es la compañía de doña Consola mi único solaz. Poseo un amigo, un repolludo gato, negro, lucio, manso, con redondas pupilas de esmeralda, que al sentirme entrar acude enarcando el lomo, entiesando el rabo y fregándose contra las paredes. Llégase á mi asiento y se pone á hacer carretilla, alargando delicadamente una pata de terciopelo, á fin de avisarme de su presencia. Yo le arrojo bolitas de pan, y él juguetea con los proyectiles. Sus brincos, zapatetas y zarpazos me divierten, como me divertirían las gracias de un rapazuelo.

Raro es también que á la hora del chocolate no aparezca algún conocido á traerme la chismografía de la ciudad: quién se casa, quién se muere, quien está tronado, á quién destinaron á Filipinas... Yo confieso que soy aficionado, no precisamente á arrancar á tiras el pellejo, pero sí á llevar un alta y baja de observación de las vidas agenas, que ofrece sorpresas más entretenidas que novela alguna. Así, mientras chupo un excelente *Henry Clay*, traído en derechura de la Habana por un capitán de barco, me entero de cuanto ocurre en Marineda, Mi mejor *reporter* es el festivo maldiciente de la Pecera, Primo Cova (el que ha sentado y defendido la teoría de que la murmuración es el pan del espíritu).

Volviendo al Henry Clay, afirmo que es uno de los más exquisitos goces que debo á mi soltería. ¿Conocen Vds. algún hombre casado que á los ojos de su mujer tenga derecho á invertir peseta y media ó dos pesetas en un puro? Apenas prendiese la cerilla, saldría mi dulce compañera con que los niños necesitan esto, y que ella carece de lo otro, y que es no tener vergüenza ni corazón derrochar en humo y vicios el pan de la casa.

Después del chocolate, al trabajo, á recorrer mis obras ó á levantar mis planitos. Si no hay que hacer y me encuentro exento de servicio, me voy á nuestra querida sociedad de la Pecera, me reclino en la mecedora mejor situada, ¡y que se me escape una rata ya! Como tan bien informado, sorprendo y descifro en la cara de los transeuntes el por qué pasan y qué objeto les guia. El cristal de mi Pecera es un microscopio. Cuando cruza Antoñita Marqués, muy remilgada y andando á saltitos, ya sé que detrás ha de venir Demetrio Llana; cuando Baltasar Sobrado atraviesa la calle aprisa, con la quijada en el pecho y las manos en los bolsillos, ya sé que busca el medio de deslizarse por la apartada callejuela donde vive quien él

y el diablo saben... Sin poder remediarlo me río de la pobre humanidad, de su eterna ilusión, de la fidelidad con que reproduce, á distancia de años, gestos, actitudes y errores, que sin embargo afecta conocer y despreciar... Cuido, eso sí, de no reir en alto, porque no es de hombres prevenidos el decir *en esta piedra no tropezaré*...

Si hace bueno (caso en Marineda no muy frecuente), voy á dar mi paseíto largo por los alrededores del pueblo. De dos ó tres años acá noto propensión á engordar, y, por higiene, me he recetado ejercicio en píldoras de excursiones, que entre ida y vuelta no suelen pasar de seis ú ocho kilómetros. A eso de las cuatro, como con robusto apetito, avivado por el movimiento. Doña Consola me presenta golosinas y piperetes, consultándome y estudiando mis gustos y antojos; y aun cuando no está muy fuerte en primores á la francesa, su esmero en elegir la flor del mercado, su tino para espumar los puestos, así los de las legumbres y hortalizas que cría este privilegiado suelo como los de los suculentos mariscos de esta costa, y la limpieza y seguridad con que los condimenta, bastan para hacer de mis comidas verdaderos festines. Los cuatro ó seis platos británicos en que doña Consola es maestra, realzan de vez en cuando con un saborcillo exótico mis *menus* castizos y regionales.

Procuro tenerme á raya y no entregarme sin tino á la satisfaccioncilla sensual de la gula, resistiendo las asechanzas de la fresca langosta, de la sabrosa *cachucha* y del chorizo reventón y gordurosø. Paréceme que un hombre algo culto debe levantarse de la mesa *cortés consigo mismo,* no ahito ni pesado, y no soy de los que á un hartazgo le llaman placer. Sin desconocer que la naturaleza tiene sus leyes imperiosas y ha puesto goces en el cumplimiento de todas ellas, prefiero á las expansiones de la materia las del espíritu. Además, no temo contraer las enfermedades que son reato y castigo del comer desordenado y brutal.

La noche es para mí lo más grato de la jornada. Si hay compañía de teatro, me abono á mi butaquita, la misma siempre... (á no ser en ciertas ocasiones excepcionales). Si falta este matadero de horas y alivio de las noches largas del invierno, entonces me recojo á mi madriguera casi temprano—á las diez.—El gato me aguarda apelotonado, haciendo un valle profundo en mi edredón de seda roja, y al llegar yo entreabre sus verdes ojazos y carraspea voluptuosamente, cual si murmurase: "Somos un par de filósofos, Mauro amigo. ¡Cáspita si entendemos la aguja de marear!„ Doña Consola ha cuidado de abrir el embozo de mi cama, de tener reluciente como el oro el velón alemán de aceite de oliva, de que esté á la cabecera mi tisana contra

los romadizos incipientes,—una parte de te por dos de leche, y una cucharada de coñac añejo—y de cerrar bien ventanas y puertas. Allá fuera se escucha el lloroso gotear del aguacero, el silbo fúnebre del viento, la sorda y perenne amenaza del Océano, y, á cosa de las once, el pitido del tren descendente, que entre ventiscas y lluvias viene de Madrid... ¡Ah,—pienso yo al deshacer el lazo de mi corbata —quién fuese marino y á estas horas cruzase el golfo de Gascuña, ó se acercase á los peligrosos escollos de la boca de la ría, donde tantos buques ingleses han encontrado el fin de sus viajes! Quién, extraviado por el ansia de lucro, se viese ahora juguete de las olas irritadas, ó patease, para calentar sus helados pies, en alguna solitaria estación de ferrocarril!—Mientras me desnudo metódicamente, dejando mi ropa en buen orden sobre la silla, (soy enemigo del desbarajuste y de los cuartos leoneras) evoco escenas azarosas y trágicas, y fantaseo naufragios, vuelcos, choques, puentes que se hunden arrastrando al abismo sartas de vagones, asesinatos en los departamentos, locomotoras atolladas en la nieve, viajeros muertos de hambre, y otros dramas no menos lastimosos, á que no está expuesto quien no se mueve de su amada casita... El gato, inquieto mientras no tomo la resolución de despachar mi bebistrajo y acostarme, guiña los párpados y rezonga suavemente, mirándome de reojo, como si desaprobase mi morosidad... Al cabo el French, siempre vigilante, da la media, y me deslizo entre sábanas de verdadera holanda, herencia de la duquesa de la Piedad. El gato gruñe de contento, se enrosca mejor, y gravita sobre mis pies.—Yo extiendo la mano y tomo de un estantillo, colgado sobre la mesa de noche, la novela nueva de Daudet, de Galdós, de Tolstoy, de Bourget ó de autores menos afamados pero dignos de lectura; el último poema de Campoamor, el más reciente drama de Ibsen, las novísimas picardigüelas de Armand Silvestre... y ya me tienen Vds. lejos del mundo real, en grato coloquio con damas espiritadas y neuróticas, con maniáticos donosos, con tipos castizos arrancados de la inagotable cantera de nuestra raza, con *horizontales* sandungueras, con iluminados místicos, con príncipes agricultores y teofilántropos, con damas parisienses vestidas por Worth y que exhalan perfumes de gardenia y de verbena blanca, con heroínas emancipadas y que huyen de su hogar batiendo las puertas, con caballeros de trusa y garzota..., en fin, con una cohorte de seres extraños, fantásticos, pero de vida más intensa y ardiente que la de los hombres y mujeres de carne y hueso que recorren las calles de Marineda. Ya estoy donde quiero y como quiero: en el tocador de la hermosa, en la taberna inno-

ble, en los barrios bajos, en el taller del artista, en el aristocrático club, en el camarín feudal, en el jardín frondoso y sombrío que ilumina el rayo de la luna, al borde del estanque donde relumbran entre el césped los verdes gusanillos de luz... Ya me traslado á todas partes, llevándome de la mano hombres ilustres, que al narrar la sensación la duplican, y que al mirar un objeto nos lo hacen ver cual si jamás lo hubiésemos visto antes. Tantos goces debo á esta afición á las letras, que reservo, como parte más escogida y delicada de mi ser intelectual, para la intimidad conmigo mismo, guardándome bien de cultivarla en público, porque tengo suficiente discreción para comprender que no soy capaz de producir obras maestras de arte, á no ser que tal se juzgue el arreglo de mi vivir, que es realmente un *capolavoro*. Crean Vds. que esto de combinar bien la vida no carece de mérito. Las nueve décimas partes de los hombres se la estropean por falta de tino. Raro será el que acierte á acostarse una sola noche como yo me acuesto sin faltar una,

libre de amor, de celo,
de odio, de esperanza, de recelo...

III

No: caigo en la cuenta de que la cita anterior no expresa bien el estado de mi ánimo, y da de mí una idea falsa, exagerando demasiado mi interior tranquilidad. Por ella propenderá quien lea estas confesiones á suponer que navego en una balsa de aceite, y que soy de corcho ó de pasta flora, es decir, insensible á las ilusiones y espejismos que atraen á la humanidad y la atraerán siempre, encaminándola á su perdición. Si así fuese; si el empecatado *genio de la especie* no me hiciese cosquillas, incitándome á sacrificar en sus aras la ventura de mi individuo, entonces no tendría yo gran mérito; mi condición sería la de la piedra, que se está, ¡miren qué gracia!, donde la ponen.

No señor; yo quiero que no ignoren los venideros siglos que soy de Dios, que tengo mi alma en mi almario, y que no sólo la ten-

go, sino que algunas veces me lanza por sendas peligrosas, empujándome á precipicios que, gracias á la reflexión y á la fuerza de voluntad, he conseguido evitar hasta hoy, y donde espero no caer nunca. Para defenderme de estos abismos tengo mi táctica especial, que voy á descubrir, recomendándola á los solterones futuros, si es que poseen mi misma índole, pues en medicinas del alma se requiere identidad de sujeto psíquico, y ya se sabe que el alma ajena es una selva obscura. Viniendo á mi *caso* especial, diré que si soy el mayor enemigo de la realidad del matrimonio, adolezco en cambio de una afición vehemente á los sueños ó fantasmagorías que le preceden, á esa dulce escaramuza en que poco á poco el albedrío y el corazón de una preciosa niña van acudiendo, como pájaros bien domesticados y amaestrados á posarse en nuestro hombro ó á refugiarse cerca de nuestro corazón. Ese período de cortejo fino que prepara la petición de la blanca mano de una señorita, es lo único bueno (en mi sentir) del matrimonio; una serie de emociones gratas y tiernas, una seducción casta que os entrega poco á poco, y sin detrimento de su pureza, á una mujer. Tiene la frescura ideal de la primavera, el encanto de los primeros días de un Abril florido. Así como infaliblemente sabemos que después de las bendiciones no habrá más que breves horas de embriaguez física, no siempre mutua, y luego una eternidad de indiferencia y prosa—cuando no de discordias y regaños—antes de las bendiciones todo es poesía, gracia, harmonía, tierna sumisión ó coqueterías halagüeñas y picantes, que no comprometen nuestra honra viril, pues la coquetería, que halaga y divierte al soltero, al casado le volvería tarumba. Mi carácter dado á las impresiones benignas y suaves; mi propensión imaginativa, me hacen encontrar deliciosos esos amoríos á flor de agua—caprichosos, risueños, ligeros, en que si la ruptura cuesta lágrimas, son lágrimas que se secan pronto y no abrasan las pupilas.

Así es que ya he tenido lo menos diez ó doce novias, elegidas con esmero entre lo más granado y lucido de la baraja de las marinedinas beldades. No con todas ha adquirido mi mariposeo el mismo grado de intensidad; con algunas se limitó á paseítos calle arriba y calle abajo, miradas en el teatro y á cada vuelta en el paseo del Ensache, asomadura cuando yo pasaba, y conversaciones breves en los *asaltos* al Casino de la Amistad y á la Pecera: con otras me corrí algo más, y hubo cartitas echadas por hilos, gran ventaneo y palique cuando no pasa nadie por la calle, acompañamientos por los alrededores si *ella* salía con una amiga complaciente, abonos enteros de teatro en que no mirábamos para el escenario, sino

que se nos pasaba toda la función en una pura seña y un puro guiño... Lo que no hubo jamás, ni por asomos, en ninguna de mis novelitas cortas y del más calificado idealismo, fué conato ó intención mía de convertir en repugnante seducción el hechicero idilio soso. Puedo jurar ahora mismo, delante del más respetable tribunal, que á las distinguidas señoritas á quienes me comía con los ojos no las toqué ni con la punta de un dedo. Ni creo (hágase justicia) que ellas lo consentirían, ni yo aspiraba á cosa semejante. Lo único que buscaba era la dulce fiebre del sueño amoroso, lo más bonito, la irisada sobrehaz del amor, y no su amargo y turbio sedimento. Mientras duraba uno de esos idilios, yo no necesitaba leer novelas, ni poesías; bastante tenía para soñar á mi modo con la lectura de aquellas cartitas tan monas, tan sencillas, tan parecidas entre sí, que muchas veces al descifrarlas creía no haber cambiado de novia jamás. Y, en efecto, todas mis novias eran para mí en cierto modo una misma: eran la Mujer, de la cual no pueden privarse enteramente nuestro cuerpo ni nuestro espíritu, cualquiera que sea la resolución que nos anime y el benéfico egoísmo que nos preste sus infalibles lentes de oro...

Nadie es capaz de comprender los placeres especiales de este amoroso juego de cañas. Al pronto la señorita muestra el contento propio de toda hembra cuando se ve requerida: la encontramos en paseo y se pone como la grana, ó se queda pálida y grave (esto depende del temperamento); aparenta hablar alto y reir con sus amigas, y en realidad tiene las energías de su ser reconcentradas en una ansiedad secreta y profunda. Luego ya corresponde á nuestro mirar con otro intenso y largo. Llega un día de baile... y desde nuestro rincón la vemos azorada, inquieta, nerviosa, hasta que nos aproximamos. Al acercarnos parece que se transforma: es como si la devolviesen la libertad y la luz: se le ilumina la cara, se pone mucho más linda, y nos recibe con tal afán, que bajo su corpiño de gasa adivinamos el corazón cómo se alborota... La sacamos á bailar, y gozamos con delicado sibaritismo de su azoramiento, de sus inocentes ardides de defensa, que se parecen á los dragones de cartón con que intentan aterrar al enemigo los guerreros chinos; respiramos su aromado aliento, oímos de cerca su timbrada voz juvenil, detallamos su hermosura á distancia en que ya los artificios de tocador poco encubren... y escuchamos, con sensación embriagadora, interrumpidas palabras, que nos prueban que lo mejor de aquella monísima criatura—la voluntad y el espíritu—ya han sido nuestros.

¿Dicen Vds. que es jugar con fuego? ¡Vaya una noticia! Ya lo sé; como que tengo de ello larga experiencia! En eso, en el fuego con que se juega, está el intringulis del atractivo y del gusto. ¿No habéis visto en los circos, juglares que entretienen al público arrojándose de una á otra mano estopas ardiendo, y las voltean y las hacen girar y las recogen con las narices y con la boca, y nunca se les chamusca el pelo ni se les produce una quemadura en ninguna parte? Pues así jugaba yo con la viva llama, pero sin peligro: siempre supe desviarme á tiempo, hurtar el cuerpo y no dejar prender la chispa.

El verdadero inconveniente de mis idilios no consiste, á mi ver, en el riesgo de que puedan formalizarse y parar en la Iglesia (riesgo que yo me jacto de saber evitar), sino en otra cosa bien distinta: en la detestable opinión que, á pesar de su inocencia, van granjeándome estas historias entre mis convecinos, los de Marineda de Cantabria. A cada desengaño que recibe una señorita persuadida de que voy á pedirla en matrimonio, la prevención contra mí crece y se afirma, y siento subir la marea de la pública reprobación, que me presenta como un odioso raptor de corazones inocentes, me acusa de sembrar la desolación en los hogares y envenenar la existencia de tanta interesante víctima, cortando para siempre su porvenir, sus ilusiones, descalabrando su antes intacta reputación, y faltando de propósito á todas las leyes de la caballerosidad y la hidalguía. Y no crean Vds. que estas voces y estas censuras proceden sólo de las señoritas chasqueadas y burladas, ni de sus padres ó parientes. No: la población entera va tomando parte en el somatén. Todo Marineda me anatematiza. Diríase que he lastimado y herido eso que se llama *espíritu de cuerpo*, el punto de honra de la colectividad, que, á no dudarlo, se compone de casados y casadas, ó de gentes que aspiran á serlo. Mi refractarismo conyugal es una ofensa á los que viven metidos hasta el cuello en las agitadas y salobres olas de la vida doméstica. La colectividad no me perdona mi individualismo, y el espíritu positivo de la gente provinciana no comprende mis solaces imaginativos *alrededor del matrimonio*... sin entrar nunca en él.

¿No es cierto, señores, que mi pueblo peca de injusto y de poco reflexivo al excomulgarme por actos en el fondo tan inofensivos y tan defendibles? ¿No sería peor, es decir, no sería realmente malo, que yo asaltase, á guisa ladrón nocturno, la paz y la dicha del hogar y anduviese, como Ramiro Doval, deseando y requiriendo á la mujer del prójimo, derramando afrenta sobre honrados

nombres y llevando el dolor y la discordia al seno de las familias? Jamás he comprendido la felicidad de la pasión ilícita, ni el gusto de andar siempre mirando hacia atrás en la calle, á ver si nos amaga el bastonazo de un marido, ó de pasarnos las mejores horas del día acechando en un portal, tendido bajo un sofá ó acurrucado en un cuarto de baules, temblando que nos sorprenda allí el que tiene derecho para soltarnos un puntapié ó descerrajarnos un tiro. Pero no porque yo deteste estas peripecias ridículas y peligrosas, sobre todo en provincia, se ha de quitar mérito á mi respeto nimio del cercado ajeno. Tampoco me gusta eso de pervertir, verbigracia, á una bonita costurera, y ponerla un piso, y ser responsable de su caída en el fango. No, á mí déjenme de responsabilidades: nadie debe ser el primero á quitar piedra por donde se desploma el edificio. La consideración con que miro el recato de las "hijas del pueblo„ también hay que reconcer que es una virtud. Y sobre todo, importa considerar lo delicado de mi proceder con las mismas señoritas á quienes la gente supone mis víctimas. De mis labios no sale jamás palabra indiscreta que pueda comprometerlas: jamás mi conducta se aparta de los límites del más estricto respeto, y nunca de mí recelan nada que las pueda doler ó humillar. Soy con ellas galante, sincero; puntual y cuando sale la conversación de *casaca,* mis palabras se dirijen á cortar esa esperanza, de raíz ó al menos á hacerla remotísima. Si tronamos, á la primera indicación restituyo, con dolor de mi alma, epistolario, prendas capilares, sección de herboristería ó botánica (flores secas) y las ilustraciones al texto, ó sean las fotografías. En todas partes hago el panegírico de mis supuestas *abandonadas;* en todas partes niego rotundamente nuestras relaciones, y en mí encontrarían mis parejas de lo que puedo llama el *vals amoroso,* (si quisiesen aceptar tan pequeña compensación) un amigo á prueba, que en servirlas se complacería de veras.

IV

A pesar de mi buen comportamiento, que, ó mucho me engaño ó es todo lo correcto que se puede desear ni imaginar, repito que la marejada crece y sube, y voy á verme en la precisión de

renunciar á este dulce y (para mí) aventurado juego imaginativo, porque temo que un día se pongan de acuerdo mis conciudadanos para *lincharme*. Lo más curioso es, ya lo he dicho, que los principales caudillos de la cruzada contra mí no son precisamente mis víctimas, mis Didos y Ariadnas, ni siquiera sus padres y parentela, sino una colección de buenas señoras que no tienen con ellas conexión de ninguna especie, que ni me conocen ni han hablado conmigo tres palabras, y andan por ahí creándome una reputación siniestra, de malvado, de seductor mefistofélico, de verdugo en frío de los corazones, con otros mil disparates que llegan á mis oídos ¡vaya si llegan! y unas veces me dan coraje y otras risa.

No saben esas señoras abogadas del matrimonio que, al armar tal gresca, perjudican á la causa á que creen ser útiles. Porque si yo doy en aislarme, en renunciar de una vez á mis idílicos sueños, en declararme oficialmente solterón, ya no queda ni leve resquicio por donde mi resolución heroica y sábia pueda quebrantarse nunca. En *el juego con fuego,* alguna probabilidad existe de quemarse las alas, porque hombres somos, y á las tentaciones y fragilidades humanas estamos sujetos...

Tan sujetos estamos, que mientras mis *víctimas* creen que me dedico á celebrar la victoria y á gozar secretamente pensando en sus torturas, en sus lagrimitas y en sus inapetencias y retiros momentáneos, yo, á solas, entre mi gato vivo y los pájaros disecados de la heroína, me entrego á nostalgias que nadie sospecha. Tengo horas en que comprendo que mi supuesto egoísmo no es sino abnegación heroica, por lo que me cuesta perseverar en él y romperlos lazos que nos tiende ese maldito *genio de la especie,* esa naturaleza que, según dice un gran poeta italiano, no se cuida del *bien,* sino únicamente del *ser,* y envía al universo gérmenes que luego han de convertirse en criaturas, sin dársele un ardite de que tengan ó no tengan cama, ropa, abono al teatro é impermeable para cuando llueve. Con toda formalidad aseguro á Vds. que yo también soy juguete de la naturaleza, y nunca despierto de uno de mis graciosos sueños de dicha con una muchacha encantadora, sin sentir que á la vez se rompe algo de mí mismo, alguna fibrita de un rincón delicado que no enseño para que no se me burlen, pero que allí está, sensible, sangriento. Siempre que ocurren tales rupturas noto la misma impresión, que es una especie de íntimo desconsuelo, una convicción cruel de que se me acaba irremediablemente la juventud. Porque otra clase de relaciones con otra clase de mujeres, son de cualquier edad si hay bolsas repletas; pero el idilio *prematrimo-*

nial, parece que sólo corresponde á la edad hermosa que voy dejando atrás ¡ay de mí! Mis frustrados idilios representan para mí la juventud, y me son doblemente caros.

En los días de mi *abandono*, en vez de reirme cínicamente del poco ó mucho disgusto que sufre la *abandonada*, lo que hago es pensar en ella á todas horas, y, sin poderlo remediar, representármela como un modelo de virtudes, hechizos y condiciones admirables, incluso una benéfica esterilidad, gracias á la cual se orillarían muchos inconvenientes del matrimonio. Claro está que mi razón me dice "tente„, pues los inconvenientes del matrimonio no son accidentales sino esencialísimos; pero váyale V. con eso á la exaltada fantasía. Para curarme empleo todos los medios que recomiendan Ovidio y Feijóo; me represento á mi compañera de idilio en los momentos menos poéticos y bonitos de su existencia, consagrada á las faenas más vulgares é ingratas, en las horas de descuido en el tocado; me empeño en figurármela tal cual será después de cuatro ó seis años de matrimonio, con sus encantos marchitos, el nácar convertido en hueso rancio, las rosas en algo seco como la *camomilla officinalis*... y nada, siempre la veo en el palco del teatro, derecha, empolvadita y mona, ó en la ventana, sofocada, gentil, con la risa en los rojos labios.

Y no obstante, ni desmaya mi fortaleza ni mi corazón se encoge y vacila, porque las largas reflexiones y meditaciones sobre el problema del matrimonio me prestan valor, y me siento por turno casto Josef y fugitivo Enéas. No han salido todavía á relucir las razones más graves y hondas por las cuales evito esa forma irrevocable de unión entre los sexos que se llama matrimonio. Las que aduje al comienzo de estas Memorias son de pura conveniencia, de una conveniencia llana, positiva, un tanto material y prosaica; pero bajo ideas que á cualquiera se le ocurren, me precio yo (á fuer de refinado hijo de mi siglo y de lector apasionadísimo de esos grandes novelistas extranjeros que tan bien escrutan los pliegues y reconditeces del alma), de esconder otros móviles altos, quintesenciados y sublimes, habiendo descubierto, para abstenerme del gran compromiso y de la irremediable falta, ciertas razones que no se le ocurrirían al vulgo, y que tampoco el vulgo es capaz de comprender bien.

He formado allá en mi interior cierto concepto del matrimonio y de la parte alícuota de amor que en él entra. Se me figura á mí que la dignidad, el legítimo amor propio, el orgullo más natural en el varón, salen mal librados, mortificados, hasta sacrificados dura-

mente cuando se determina al casorio. Me es insoportable el pensamiento de que la mujer á quien yo pudiese llevar al ara, fuese á ella conmigo,... buenamente porque no iba con otro. No hay comparación más exacta de la que cabe establecer entre la situación de la mujer ante un baile y ante el altar de Himeneo.

Al anuncio de un baile, la mujer jóven, linda, en la flor de su edad y de su esperanza, no sabe pensar sinó en la atractiva y bulliciosa fiesta, y de antemano, tal vez con una quincena de anticipación, prepara sus atavíos, estudiando la mejor y más hábil manera de hacer valer y realzar sus encantos. Discurre qué color la favorece más; elige la tela que mejor se adapte á su talle y á sus formas; encarga el calzado de raso que oprima el mono piececín, previene el abanico, limpia el broche de oro, y mientras duran estos preparativos, una dulce calentura la exalta, una agitación invencible la estremece, sus noches están pobladas de dorados sueños, su imaginación acaricia mil brillantes quimeras. Es que ve en lontananza al hombre cuyo amor desearía; es que aquel tipo que es su ideal, aquel tipo que la haría feliz, quizás ha de aparecerse entre la multitud que al deseado baile concurra. Tal vez—esto es lo más verosímil, esto es lo que la malicia y la experiencia enseñan—ya el tipo ideal lo ha encarnado la muchacha en un hombre, que halaga su corazón, que es su elegido—porque quién duda que ellas también eligen, ¡pero en silencio!—y á ese hombre cree la niña que el baile la dará ocasión de verle de cerca, de hablarle, de bailar con él, siendo esto lo único que se necesitaba para que él descubra el mismo interés y el mismo pensamiento que ella alimenta escondido en lo más hondo del alma, como un pájaro á quien se encierra en la obscuridad á fin de que no cante.

Llega por fin la memorable noche, y la virgen (¡qué bien suena este púdico sustantivo!) de pie ante el espejo, vestidas ya sus mejores galas, artísticamente encrespado el hermoso cabello, descubierta la garganta y el nacimiento del intacto seno blanco como las azucenas, se mira y se encuentra tan linda, tan gallarda, que no duda de la victoria. ¿Cómo va el hombre preferido á resistir? Sería ciego, sería un estúpido, sería una piedra berroqueña, si al aparecer ella, triunfante en su gracia y en su elegancia sencilla, á todo su talante no le rindiese el albedrío. Sí: de aquel baile—es infalible—ha de salir la declaración, ha de quedar anudada la cintita de seda que junte pronto dos cabezas para siempre con la bendita estola.

Pisa la joven el umbral de la sala de baile. El cuerpo no la pesa una onza; la alfombra le acaricia los pies de un modo halagüeño. En

un ángulo del salón acaba de divisar al *héroe*, al escogido. Allí está, más guapo, más compuesto que los otros días, con ese airecillo conquistador que á ella la sorbe el seso. ¡Ay! La mira: la dedica una ojeada larga, espresiva, inquisitorial. ¡Dios! ¿Si irá á acercarse, á *sacarla* para el vals próximo? Ella, sentada al lado de su madre, ruborosa, sonriente, adelantando los pies bien calzados de raso, espera, espera... Él vuelve la cabeza hacia otra parte, mira á otra señorita que acaba de entrar... precisamente á Natalia, á la necia de Natalia!... La mira, sí... y no sólo la mira, sino que se destaca del grupo, se aproxima á ella, la dirige la palabra... Suena la música, Natalia deja su silla, y sale á bailar con *él*, con el que la otra prefiere, adora, sueña!

La joven de mi cuento, como si la pinchasen dos docenas de agujas, se retuerce en su banqueta. Siente impulsos de gritar, de llorar, de morder, de arañar, de tirarse del pelo; y no puede sinó roerse por dentro el alma. Daría ella la vida y hasta la divina gloria por disponer en aquel instante de la iniciativa masculina, y poder abofetear á su rival, requebrando á la vez con ardientes palabras al sér querido. Pero una valla invisible, más fuerte que un muro de diamante, la clava en la banqueta, la ata las manitas, la inmoviliza el rostro. ¡Su decoro! ¡El miedo á ponerse en ridículo! No, no haya temor de que se levante la pobre muchacha. Aunque la aspen, allí se estará. Un suplicio diferente, pero también grande, se añade al otro: la tortura del amor propio lastimado. ¿De qué la ha servido tanto emperifollarse, de qué, vamos á ver, si nadie repara en ella, si no la *sacan?* Y disimulando la tempestad con forzada sonrisa, y mordiéndose los labios mientras hace la mueca de la jovialidad, hinca los ojos ansiosos en el grupo de hombres disponibles que han venido al baile. Supongamos que entonces...

Yo, yo mismo, que no puedo leer en el corazón de la muchacha, y que no he sabido desgarrar el velo de su disimulo, la miro desde lejos, y la encuentro linda, así excitada, deseosa de bailar, según creo. La tentación me subyuga: me acerco, la invito, la *saco*. Ella acepta, radiante. Su sonrisa y su gozo—que no es sino la satisfacción del amor propio herido—me enajenan; creo que el júbilo de la chica se debe á *mi* presencia, y como la muchacha me agrada, al rodear con mi brazo su cintura, en esa terrible y peligrosa familiaridad que autoriza el baile, me siento trastornado, y sin saber lo que hago empiezo á deslizar mi declaración. Ella me escucha, sin dejar de sonreir, roja, confusa, palpitante... Yo ignoro que lo que palpita en ella es la vanidad, y lo que sonrie, la pueril alegría del

cazador que, deseoso de tumbar una buena pieza, cobra al menos un pajarillo... Soy la *conquista,* y celebra su triunfo, su desquite instantáneo. Y mientras ella me halaga pensando en el *otro*, tal vez la que el *otro* lleva en sus brazos piensa en mí, y acepta al otro con resignación, obedeciendo á la fatal pasividad del sexo... Las pobrecillas, ¡qué diablo! no pueden hacer otra cosa...

Y si de aquel baile sale una boda... la situación será la misma. La elegida por mí vendrá á mi casa, mientras su deseo entra por la ventana del vecino; se apoyará en mi brazo, mientras otro brazo sería el que la hiciese estremecerse de júbilo; dará á luz mis hijos según la carne, que serán, según el espíritu, los hijos de otro, del soñado, del anhelado... Y me será fiel, materialmente, porque al *otro,* —el que ella hubiese adorado—no se le ocurre extender la mano y apoderarse de lo que le pertenece en virtud de las leyes del corazón. Y yo tampoco sabré nada, y atribuiré ciertas frialdades al modo de ser de mi esposa, y hasta quizá—¡necio!—me felicitaré de su condición tranquila...

¿Comprendes ahora, lector delicado, lector psicólogo, poeta lector, por qué, aparte de todo *egoísmo,* me infunde horror, dentro de la sociedad actual, la santa coyunda? ¿Comprendes por qué antes moriría que dar cima al idilio?

V

He leído que los romanos, para quitar á sus hijos el vicio de la borrachera, hartaban de vino á un ilota, y así, completamente beodo se lo enseñaban, demostrándoles experimentalmente la fealdad y abyección á que se expone el que se deja dominar por sus pasiones desenfrenadas. Con un fin análogo (no lo tomen Vds. á mala parte) di yo este año en cultivar esmeradamente la amistad de mi convecino y ya antiguo amigo D. Benicio Neira, el caso más caracterizado del *pater familias* que entre mis relaciones conozco. Su vista, su lastimoso ejemplo, me parece que bastan para curar de tentaciones conyugales al más dejado de la mano de Dios, y creo que contribuirán á sacarme bien del difícil período que atravieso, antes de llegar al puerto de la calma definitiva.

Este D. Benicio Neira es un propietario de la provincia de Lugo, de buen linaje, dueño de una mediana hacienda, suficiente para que él *solo* se diese una vida de archipámpano, como la que se da un servidor de Vds., ó mejor todavía. Pero mi hombre, á la edad de veintitrés ó veinticuatro, no tuvo labor de más prisa que casarse, y desde entonces pesan sobre él mil y una calamidades, y su vida es un prolongado purgatorio, aunque á ratos lo niega y se alaba de haber encontrado fruiciones especiales en su terrible misión paternal.

Tuvo D. Benicio una esposa... Si consultan Vds. á las nueve décimas partes de los doctores que hablan de estas cuestiones de matrimonio lo mismo que hablarían de plantar espárragos, la mujer le *salió buena* á D. Benicio. Y en efecto: ella ni se la pegaba á su esposo (¡Dios nos libre! quizá no encontraría cómplice), ni derrochó la renta, ni fué amiga de lujos, antes bien pecó de tacaña, según he oido por ahí. Pero también cuentan que traía á su marido en un puño; que le armaba broncas fenomenales, de puertas adentro, por celos, por avaricia, por manías que la entraban, y que D. Benicio no se atrevía ni á respirar, hasta que poco á poco fué convirtiéndose en un sumiso, en un calzonazos, y se demostró una vez más que el matrimonio es incompatible con la dignidad del hombre.

Además, la infernal señora tenía el vicio de parir, y parió hasta los últimos instantes de su vida, dejándole al esposo una tribu, en la cual dominó el elemento femenino: de doce vástagos que *le viven* al pobre, once son hembras. Por no perder la costumbre, poco antes de su muerte la señora de Neira obsequió al esposo con unas robustas mellizas, lo cual pica en historia. Gracias que de estas mellizas se hizo cargo una señora andaluza, aquella famosa doña Milagros la de la historia trágica—y como hijas suyas las tiene y cuida allá en Barcelona el matrimonio Llanes, lo cual me parece una ganga para D. Benicio.

Lo que le resta de prole basta para que el desdichado sufra, continuos ahogos y miserias, sin saber cómo hacer frente, no al día de mañana, sino al de hoy, con sus exigencias de tienda y mercado. Si D. Benicio no fuese al mismo tiempo una persona tan regular, tan digna (lo es, no cabe duda), su amistad rayaría en peligrosa, pues suele verse con el agua al cuello, y en esos casos se pierde la vergüenza. Pero hagámosle plena justicia: D. Benicio es incapaz de *sablazo*. Como en el Casino (él no va á la Pecera, que considera centro de gente joven) suelen tomarle de guasa, y yo le defiendo y saco la cara por él y le espanto los chuscos bobos, el infeliz me quiere, y me ha elegido para paño de lágrimas.

—Mire V., D. Mauro—suele decirme—estoy tan acostumbrado á confiarle á V. mis penas, que si no lo hago, reviento. El espíritu necesita expansión, y como V. es discreto y formal, se le puede contar todo. ¡Ay, D. Mauro; V. es el hombre feliz! V. ha resuelto el problema. Porque los desprevenidos y los cándidos hemos entrado en el mundo como actores, y V., que la entiende, se ha parapetado detrás de un cristalito semejante al de la Pecera, para aislarse bien y ver desde el burladero cómo á los demás nos corren, nos pican, nos banderillean y nos rematan... Sus amigos no debían llamarle en chanza el *Abad*, sino el *Espectador*. Para V., la perra vida es un espectáculo.

—Puede que tenga V. razón, D. Benicio—le contesto yo.—En efecto; procuro tomar este mundo como una comedia, y lo es, créame V.; ó mejor dicho una farsa, un fandango sucio. Sin embargo, tenga V. por cierto que, si asistimos á la ópera, todos volvemos á casa tarareando; y en la mojiganga del vivir, á todos se nos ocurre salir á las tablas á echar nuestra relación... aunque sepamos que á la vuelta está la silba.

—Dichoso quien se reprime presintiendo los patatazos—suspiró Neira encogiéndose resignadamente de hombros.—Para mí, cada salida... un chiflido.

—¿Cambiaría V. su suerte si pudiese?

—Pues ahí tiene V. lo extraño: se me figura que no la cambiaría. Es cierto que he sufrido y sufro muchas penas, como que tengo diez ó doce corazones donde sentirlas; pero también tengo otros tantos para gozar y deleitarme en esa cosa inefable y rara, en esa prolongación de nosotros mismos que se llama la paternidad. ¡Ah, sí! He experimentado placeres que V. no puede sospechar siquiera. En cuanto á dolores... Mire V. que ver estrellado en la calle á mi mayorcito, á una criatura que era un pasmo de talento! ¡Ahora sería, lo menos, ministro! Aquel muertecito lo veo yo siempre apenas cierro los ojos... aquel muertecito llama por mí...

—Nada, que tiene V. vocación de mártir.

—De padre, que es igual—respondió melancólicamente el corazón de manteca.

—En cambio, posee V. unas hijas superiores.

—Favor que V. las dispensa—respondió él babándose, con el rostro dilatado y tal expresión de dicha, que entendí que no mentía al asegurar que la paternidad, en medio de sus calvarios, proporcionan goces generosos que no comprendemos los que vivimos acorazados en nuestra prudente abstención.

—Pero—añadió el padre—calcule V. los desvelos que cuestan tantas hijas en edad de establecerse... y los que dan las que ya se establecieron, que es la más negra. ¿No parece increíble que teniendo yo siete chicas conmigo, no me pueda habituar á la ausencia de Clara, de mi Clara, sabiendo como sé que es dichosa con sus tocas de benedictina? ¡Mi Clara! Tan parecida la pobre á mi difunta Ilduara; tan seria, tan decente, tan formal, tan persona como era mi Clarita! Nada; ella comprendió que una señorita, ó se casa con arreglo á su clase..., ó no se casa, y decidió tomar el velo, conservando su dignidad, su posición, su señorío... lo que ha recibido en la cuna. Las Benedictinas de Compostela son muy damas, no crea V... Ellas ni guisan, ni barren, ni se dedican á otros menesteres bajos: tienen sus legas servidoras. Rezar en el coro y preparar esas mermeladas exquisitas que hacen chuparse los dedos... son las ocupaciones de las Benedictinas. Clara, con su tacto y su buen juicio, se ha creado tal atmósfera en el convento, que si llega á faltar la madre abadesa, que es una anciana de más de ochenta años, creen todos que la reemplazará mi hija.

Y D. Benicio sonrió con la misma complacencia babosa é infantil que había demostrado antes al escuchar que yo llamaba á sus otras hijas *superiores*.

—¿Y cómo le va á Tula en su nuevo estado?—pregunté sabiendo que ésta era la pena que más le gustaba comunicar y explayar á D. Benicio.

—¡No me hable V.!—respondió próximo á hacer pucheros.—¡Esa tontuela es la que nos ha matado á todos! A no verlo, jamás hubiese creído posible en lo humano que mi Gertrudis, la mayor, la que había heredado de mi esposa un bien entendido orgullo y una extraordinaria rigidez de carácter, y había sido amamantada en los más austeros principios y en las doctrinas más rigurosas, fuese á caer así, ¿...y con quién? V. no lo ignora... A mí me repugna pronunciarlo.

—Es el hijo de aquel barbero Redondo, ¿verdad?

—Sí, ese infeliz... por no llamarle otra cosa más dura... Un pintorcejo de puertas y ventanas, un artesano, un hombre sin educación y sin principios, que trata á zapatazos á mi hija... ¡Ah! ¡Qué castigo tan cruel y tan largo para un momentáneo error!

—El más castigado creo que habrá sido su bolsillo de V.

—¡Figúrese.!—gimió el padre.—A cada apuro (y los apuros son diarios), se acude á mí. Para arrimar el puchero á la lumbre tengo que suministrar los garbanzos y la verdura. El marido de mi hija,

á pretexto de que casó con una señorita, se ha tumbado á la bartola, desdeñando el trabajo manual. Dice que debo brujulearle un destino, ¡yo, que jamás me he mezclado en política! Y los tiempos, cada día peores; los impuestos subiendo, los frutos bajando, los ingleses sin comprarnos ganado, porque creen que tiene la *glosopeda*... Todo mal, todo desastroso... ¿Sabe V. lo que se me ocurre con suma frecuencia? Que mi yerno me enseñe á pintar puertas y ventanas; me dedico á eso, y le dejó á él que dirija mi hacienda y tape con ella los agujeros que tapo yo.

Y el pobre se quedaba con los ojos fijos en el suelo, mirándose á las puntas de las botas. Su estado de alma verdaderamente infundía compasión. Porque yo sabía que, á pesar de la gran confianza que depositaba en mí, no me contaba ni la mitad de las tribulaciones, de los secretillos de familia. ¿Cómo había de hablarme, por ejemplo, de las manías de aquella seductora histérica María Ramona, *Argos* divina, que tiempos atrás era la más exaltada mística y no sabía salir de la iglesia ni desviarse de la reja del confesonario, y ahora, habiendo pasado de extremo á extremo con la volubilidad propia de su desequilibrado temperamento, no pensaba sino en ventaneo, carteo, romanzas, duos y aporreaduras de piano? ¿Cómo hablarle de la derrochadora Rosa, que en trapos y moños se gastaba lo que no tenía ni había de tener nunca, mientras su padre tuviese hipotecadas la mitad de sus rentas al implacable Baltasar Sobrado, que había ido prestándole sobre los lugares de Cardobre primero, y después sobre otros no menos saneados y productivos? ¿Cómo recordarle la mayor contrariedad, la ineptitud para el estudio del único hijo varón que tenía la familia, aquel Froilancito tan inútil, al cual ni á pescozones se le convencía de que abriese un libro? ¿Cómo insinuarle nada acerca de la extravagante *Feita,* otra insensata de diferente temple que *Argos,*—una de esas calamidades domésticas que es imposible clasificar?

Lo cierto es que Neira, después de arrancar del pecho un lastimado suspiro, exhaló estas quejas tristes:

—Lo que yo quisiera haber sido, si el destino de los hombres se pudiese escoger, sería fraile. Profunda tranquilidad debe de gozarse en el claustro, y cuando pienso que con haber dominado una pizca mis pasiones hubiese vivido tan libre de angustias, me conceptúo un bolo...

—Se puede ser casi fraile en el siglo, D. Benicio. Míreme V. á mí.

—No crea V. que lamento principalmente mis propios disgustos. Conozco que el eje de mis sentimientos está fuera de mí: yo *siento* y

sufro por ellas, por el porvenir que las aguarda si no encuentran marido, por la estrechez que han de padecer cuando yo falte... ¡ó quién sabe si antes!

—No hay que acongojarse. Acaso encuentren el día menos pensado una excelente proporción. Por ahí dicen con gran insistencia que á Baltasar Sobrado le marea Rosa. Ya ve V. que eso resolvería en gran parte el problema.

D. Benicio, al oir esto, se puso blanco de emoción. Sin duda él había pensado mil veces en la contingencia de que cayese el millonario yerno, pero como se piensa en que nos caiga el premio mayor de la lotería cuando ni hemos jugado siquiera. Y con un acento que redobló mi lástima, pronunció esta frase expresiva:

—¡San Antonio glorioso!

EMILIA PARDO BAZÁN.

(Se continuará.)

AVENTURAS Y DESVENTURAS DE UN SOLDADO VIEJO

NATURAL DE BORJA

CONTINUACIÓN

Las hormigas.—Dos valientes.—¡Vaya un jefe!—Pedrisco de brigadieres.—Jaleo andaluz.—Cargas á los cargantes.—Me pronuncio dormido.—Siempre desafecto.—Nos sitian los ayacuchos.—Fanfarronadas.—Los sarracenos.—Héroe por fuerza.—¡Quién fuera cerdo!—No ganar y perder un ojo.—De Herodes á Pilatos.—La mar.—Sitiamos á los jamancios.—Mori en Prim.—Pobre oficial.—El poeta cínico.—No toca pito.—Tipos y anécdotas.

Lo que más aburre en la milicia es el servicio de guardias y destacamentos aislados. En el polvorín de Sevilla estuve ocho días, y me desesperé. Con el soldado no conviene se familiarice el oficial. Observé que una hilera de hormigas subía y otra bajaba por la pendiente casi vertical de un cono truncado formado con tierra alrededor de un olivo. Todas ellas al encontrarse se chocaban con las antenas ó cuernecillos. Otras hormigas formaban grupos de cuatro ó cinco, esforzándose en elevar desde el suelo á la cima del cono, donde se hallaba la boca del hormiguero, los garbanzos sobrantes del rancho de la tropa. Cuando iban á conseguir su objeto se derrumbaban con el garbanzo, dando tumbos sin abandonarlo jamás. Su terquedad me interesaba; recordé á mis paisanos. Los pobres animales, sin desmayar, volvían á su trabajo hercúleo hasta meter en su granero la para ellos tan chicos inmensa mole. Cometí una mala acción; descubrí el almacén de provisiones, que además les servía de criadero y arrojé las larvas al suelo. Las hormigas, alarmadas,

se avisaron con las antenas, corrieron en tropel cuesta abajo, cargaron con los hijos, subieron desaladas y los depositaron en el agujero. Quedé admirado. Ignoraba que tales bichitos se comunican sus impresiones con los cuernos, á la manera que lo hacen con la lengua los políticos. Estos son menos económicos y previsores que los referidos insectos; se parecen más á las cigarras por su charla inútil eterna y sempiterna.

El 10 de Junio de 1843, la banda del primer batallón del regimiento de Aragón tocó llamada y tropa en el cuartel de la Gavidia de Sevilla. Las compañías conducidas por los sargentos formaron en el patio para pasar revista de armas. La compañía de granaderos se hallaba frente á la de cazadores. El comandante, D. Lucas Zuvieta, era alto, huesoso, de nariz larga, flaco y de un balazo en el hombro derecho ladeaba el brazo hacia dentro. Cuando algún escribiente de su oficina se presentaba sucio le enseñaba una casaca diciéndole:—Mire V. qué limpia; la usé de sargento en la guerra de la Independencia.—El tambor tocó llamada de oficiales, el indicado jefe mandó al batallón poner arma al hombro. Ningún soldado obedeció. Dos veces repitió la voz inútilmente; creyó que no le entendían. Se podía oir el aleteo de una mosca, la tropa parecía petrificada, los oficiales, que ignoraban la causa de tan grave acto de indisciplina, permanecían inmóviles y pálidos. El comandante se aproximó á los granaderos y les preguntó: —¿No queréis obedecer á vuestro antiguo capitán?—Volvió á mandar al hombro, y ni uno lo ejecutó. D. Lucas puso la punta de su sable en el pecho del cabo de gastadores, y le dijo:—Pon el arma al hombro ó te mato.—El cabo la colocó como se le ordenaba. Lo mismo hizo uno á uno con los ocho gastadores y los dos primeros granaderos obteniendo igual resultado. El jefe supuso que el resto de la compañía cumpliría con su deber y otra vez le desobedecieron. Se dirigió Zuvieta á la compañía de cazadores, levantó los brazos en alto, y con voz estentórea exclamó:—¡Y vosotros, los soldados mejores del regimiento, cometéis el mayor de los delitos! El capitán de la referida

compañía se adelantó, y gritó exaltado:—Mi comandante, mande V., si no obedecen los mataré.—El jefe dió la voz de al hombro, los cazadores titubearon, el capitán le pegó una cuchillada al que tenía más cerca, le rompió la galleta, el morrión, le hirió en la cabeza, lo agarró por la cruz del correaje, lo sacó de la fila, y mientras se desangraba, quejaba y disculpaba, lo mostraba á la compañía repitiendo:—Mataré á todos, á todos. Mande V., mi comandante.—Capitán Ríos, dijo don Lucas al ver que había soldados sumisos, que carguen á discreción; fusilaremos á los granaderos.—Estos, al observar que los cazadores que se hallaban enfrente se preparaban á romper el fuego ejecutaron lo que les mandaban. Formaba contraste la excitación nerviosa del capitán con la impasibilidad del comandante. Al valor de ambos se debió el sofocar la insurrección. Yo era el oficial más joven del regimiento, formaba en la fila exterior de la compañía de cazadores, me hallaba tan embebido mirando á la de granaderos, que hasta que el comandante se dirigió á la mía, no me enteré que también desobedecía. El que manda se expone á perder honra y vida en tales casos. A granaderos y cazadores les descontaban un cuarto diario de su miserable haber para comprarles charreteras ó dragonas por orden del coronel. Prendas tan inútiles que sólo servían de estorbo debían pagarse con los fondos del regimiento. Los granaderos y cazadores se enteraron y obligaron á los fusileros, aunque éstos no las usaban, á unirse á la protesta en lugar de reclamar por el conducto que la Ordenanza dispone. Quintaron á los granaderos, y no los castigaron gracias á los sucesos políticos de 1843. El valor del anciano comandante obtuvo debida recompensa. Le insultó el coronel.

El general Córdova, en *Mis memorias íntimas*, dice aprendió á conspirar en Portugal; y que desde París el año 1843, en unión con varios militares, se dedicaron á sublevar los regimientos españoles contra Espartero. La reina Cristina adelantó los fondos, que después cobró. Los militares políticos no se pronuncian por que haya más ó menos libertad; por ascen-

der; la mayoría de los emigrados de 1841, retrógrados en ideas, se hicieron masones en París. Cuenta Córdova que el brigadier Orive, por feo le llamaban *Horrible* en el ejército, recibió de D. Juan de la Pezuela el noble espaldarazo al admitirle en la masonería. Con escenas ridículas se divertían para llevar, por medio de la disciplina, al degolladero á los infelices soldados; querían ocupar los primeros puestos de la milicia. Añade el referido general Córdova que Prim le escribió debían formar un partido nuevo para echar al diablo á los que pasasen de los cincuenta. Así lo verificó la marina al proclamar la España con honra en 1868. Prim se pronunció contra Espartero en Reus, y el general D. Francisco Serrano se nombró ministro universal en Barcelona. Para que el general Seoane tomase el mando de las tropas del regente del reino en Cataluña, exigió hicieran brigadier á su jefe de E. M. Este, entre los 192 pasaportes que presentó á la firma á su general de los jefes y oficiales que abandonaban las filas para incorporarse á los sublevados, puso el suyo y desapareció. Le premiaron con la faja de general. En una gran parada, gritó á un coronel de E. M... ¿Dónde va ese burro con tres galones? Cuando recibía órdenes, colocaba la espada entre el muslo izquierdo y la silla del caballo, cruzándose de brazos como manifestando era un animal el que las daba. En España se olvidó todo. Casi murió en olor de santidad. Los jefes que se llamaban moderados ó progresistas envilecían á sus inferiores. Políticos más que militares no cumplían lo que nuestra sabia Ordenanza previene al cabo: «Será firme en el mando, graciable en lo que pueda, castigará sin cólera y será medido en sus palabras aun cuando reprenda.» Echar un galgo en tiempo de libertad á ideas tan democráticas.

Del año 43 resultó un *pedrisco* de brigadieres. Sesenta. Córdova, Concha, D. José, Ros de Olano, este era comandante, y otros se *entorcharon*. Lo mismo que en la gloriosa del 68, pudo decirse que por las calles de Madrid sólo se veian tías y brigadieres. Treinta y siete se hicieron en los tres últimos meses de 1868.

Si D. Baldomero Espartero, que había llegado á las más altas dignidades, se contentara con el honroso título de pacificador, oponiéndose al pronunciamiento de 1840, hubiera hecho la felicidad de la patria. Nadie ha tenido tan gran prestigio en España. El partido liberal lo quería. El ejército lo idolatraba. La ambición y debilidad con sus amigos de la guerra del Perú, que por la batalla de Ayacucho, llamaban ayacuchos, lo perdieron. Regente del reino desde 1841, dió á conocer su incapacidad política, desatendió á la clase militar, que le acusaba con razón de ingrato, y las masas populares, movidas en dirección del viento que las empujaba, pronto le fueron contrarias. Era un buen hombre. No servía para el caso.

Sevilla imitó á muchas grandes poblaciones de España. Al anochecer del domingo 11 de Julio de 1843, unos 300 paisanos entraron en la plaza de la Constitución dando vivas á Isabel II constitucional, al ministerio López, al regimiento de Aragón, mueras al coronel de este cuerpo, á Espartero, Inglaterra, los ayacuchos y los tiranos. El capitán general, Carratalá, reunió la guarnición y vitoreó al regente del Reino. Los gritos de los revoltosos ensordecían; las campanas de la parroquia del Salvador tocaban á rebato; la mencionada plaza se llenó de curiosos y revoltosos. Un piquete de caballería cargó dos veces á los grupos sin sacar los sables; los paisanos contestaron con tiros y piedras; los soldados acuchillaron á los pronunciados, y no quedó uno en la plaza. Se publicó la la ley marcial, y patrullas de infantería y caballería recorrieron la ciudad con orden de disolver los grupos á la fuerza. Se rechazó á los que trataban de entrar en la plaza por la calle de las Sierpes y se persiguió á los que insultaban á los centinelas.

A las once de la noche se restableció la calma. Las gentes transitaban por las calles, acostumbradas á ver que en los motines de Sevilla todo se reducía á jarabe de pico, música y algazara. En uno que hubo durante la primera guerra carlista, fueron innumerables los alborotadores que pidieron empleos

por la gran hazaña de haber cogido las riendas del caballo que montaba el general Sanjuanena. Lo mismo sucedió en Madrid en 1868: muchos exigieron recompensa por dar la mano al general Pierrard cuando se cayó del jaco el 22 de Junio de 1866. Políticos de baja estofa, que se contentan con una portería. Los de alta aspiran á ministros.

Se dijo que de las cargas de caballería resultaron tres muertos y sesenta heridos, personas decentes que no se metían con nadie, según los que promovieron las bullangas. Llegaban noticias de nuevos pronunciamientos. Pasábamos las noches formados ó durmiendo en plazas y calles: lo que más aburre á la tropa. He dormido en el campo, en paja, sentado y andando. Recuerdo con horror la impresión que causaban en mi cuerpo los guijarros de las calles de Sevilla. El 15 me hallaba de guardia en el Principal, situado en la plaza de San Francisco. A las dos de la tarde se llenó de revolucionarios, entre ellos los ex empleados de puertas, que Mendizábal, al quitarles, los dejó por ídem. Corrían de un lado á otro llamándose, reuniéndose, separándose, enarbolando garrotes y acercándose ó alejándose de la guardia. Daban vivas y mueras atronadores, gritaban: «No hay que correr, silencio, es preciso pronunciarse, arriba, abajo, fuera, no marcharse, quietos», armando un ruido infernal. El capitán de guardia mandó que un ordenanza llevase el parte de lo que ocurría al capitán general. Un grupo de los más valientes se puso delante del jinete amenazándole y queriendo coger las riendas del caballo. El soldado, de bigote retorcido, arrimó las espuelas, enristró la lanza, corrió tras la turba, y despejó la plaza en un momento, con gran risa de los militares y de las señoras que presenciaban la escena desde los balcones.

Volvió á llenarse la plaza; los que hacían de cabeza del motín, algunos eran individuos del ayuntamiento, y varios llevaban vendados los brazos de resultas de las cuchilladas del domingo anterior, las heridas no serían gran cosa, memoriales para atrapar destinos, rogaban no hiciéramos fuego.

Repetían que todos éramos españoles, que ellos lo arreglarían, que su causa era justa, y prometían que no habría desorden. Este no podía llegar á más. Una guerrilla que se destacó de la guardia para despejar la plaza, como no tenía orden de hacer uso de las armas, nada consiguió. Al oir el trote de un piquete de caballería huyeron los vocingleros, metiéndose muchos en las casas consistoriales, cuyas puertas custodiaba la guardia municipal. Llegó el primer batallón de Aragón, y quedó todo en calma.

Por la noche comenzaron los revolucionarios á levantar barricadas con las ruinas de la cárcel que había en la calle de las Sierpes. Paisanos y nacionales, arrastrando dos cañones, se dirigían á la plaza de San Francisco para atacarnos. Por prudencia se volvieron por el mismo camino temiendo los quitáramos la artillería. Al saberlo el general Ezpeleta que nos mandaba, se sonrió; ni ordenó que formaran los soldados. Arrestaron á los que tocaban las campanas de la Giralda, y la población durmió tranquila. Lo que más gritaban los bullangueros era ¡mueran los ayacuchos! Así apellidaban por desprecio á los partidarios de Espartero, que no se encontró en Ayacucho. Mote inventado por los compinches de Riego para que se olvidase su villanía de 1820, denostando á los que pelearon con honra y fueron vencidos en el Perú, perdido desde la traición del infame Olañeta y *las desgraciadas campañas de nuestros buques de guerra*, como manifestó el virrey Pezuela. En la batalla de Ayacucho, el 9 de Diciembre de 1824, los seis mil indios reclutas y los prisioneros insurgentes convertidos en soldados, huyeron, cobardes ó seducidos, de la caballería enemiga, abandonando á sus jefes y á unos quinientos españoles que componían el ejército que mandaba el último virrey Laserna.

—¿Por qué corre?—le preguntaron á un sevillano.—Por que tengo un puesto de agua y gritan mueran los aguaduchos—contestó.

A una patrulla de infantería y caballería la noche del 15

la hicieron fuego. El oficial mandó disparar al aire. Un periódico, *El Sevillano,* decía de tan sangrienta batalla: Después de la descarga entró la caballería que iba detrás; mató, hirió, atropelló, acuchilló sin compasión. Aumentaba el odio contra el regimiento de la Constitución, 8.° de caballería, y adulaba al de infantería de Aragón que trataban de ganar. Públicamente murmuraban los oficiales de las autoridades militares de Sevilla. No tomaban medidas de rigor con los que intentaban sublevarse y molestaban al soldado poniéndole en ridículo. El 18 nos llevaron á la plaza de San Francisco por la milésima vez, para impedir el pronunciamiento. Supimos que estaba ya reunida la junta revolucionaria. El jefe político (gobernador civil) pasteleaba para no perder la breva; encargó á nuestro comandante no hiciese fuego á españoles que deseaban el bien de la patria; los paisanos, alegres y bulliciosos, abrazaban á los soldados, que permanecían impasibles. Nuestro coronel, furioso, sacó el sable y... dispuso que por compañías nos trasladásemos á la puerta del Arenal, donde se encontraba el resto de la guarnición. El capitán general pensó en atacar la plaza de San Francisco que acabábamos de dejar y retiró las tropas á los cuarteles. Las autoridades civiles simpatizaban ó ayudaban á la revolución; las militares no sabían lo que se pescaban.

Nos despidieron á los oficiales á nuestras casas, como si estuviéramos en paz octaviana. Al día siguiente fuí al cuartel temprano sin que me llamaran. Servía en mi regimiento como supernumerario un capitán aragonés viejo, nervioso, descontentadizo, que no tenía fe sino en la Virgen del Pilar, y gracias. Refería como cosa muy natural que en el segundo sitio de Zaragoza se propuso con tres más llegar hasta las trincheras francesas; á uno de ellos le rompieron la pata de un balazo, no podía andar y los otros dudaron si matarlo ó no, como habían jurado con el que se quedara atrás.—*Paisanico*—me dijo el veterano—nos hemos pronunciado.—Yo, no; he pasado la noche durmiendo—le repliqué.—No importa, sin saberlo, á

todos nos pasa lo mismo.—¿Cómo?—añadí admirado.—Se han largado ó desertado el capitán general y nuestro simpático coronel, despidiéndose á la francesa; ignoramos la dirección que han tomado; van con la caballería para correr más.—¿Qué hacemos ahora?—le pregunté.—Pues nada; seguir la bandera del cuerpo y obedecer el que por ordenanza corresponde. Ya habrá quien nos trate brutalmente como el que se ha ido.—Faltamos—le interrumpí.—*¡Quiá!* Es V. un chaval, como llaman aquí á los muchachos. De tunantes políticos y jefes que quieren ser generales no escaparemos. Lo que siento es que, como siempre, no tengo un cuarto. ¿Y V., *paisanico?*—Al oirle me encogí de hombros.

Las pagas iban mal; la mía de alférez era de 319 reales al mes; porque no llegaba á 16 duros la llamábamos la vil onza; para completarla entregaba un real al cajero y me la daban entera. Todo lo tomaba á broma. Feliz edad.

La junta revolucionaria, presidida por el brigadier Domínguez, después conde de San Antonio, tío y suegro del general D. Francisco Serrano, cabeza de la revolución y ministro universal, ofició al amanecer del 19 al jefe de la fuerza del regimiento de Aragón acuartelada en la Gavidia, invitándola á que se adhiriese al *glorioso* pronunciamiento nacional. El capitán de guardia de prevención contestó que en el cuartel no había ningún jefe. Si el coronel, á pesar de que se le odiaba, manda formar, le siguen hasta los rancheros. A su falta de energía se debió el pronunciamiento de Sevilla. En el regimiento siguió inalterable la disciplina como si nada hubiera sucedido. Los jefes y oficiales eran los más, esparteristas ó indiferentes, menos algunos pocos procedentes de la guardia real. El teniente coronel por ser francés, uno de los varios hijos de San Luis que quedaron en el ejército español por el empeño de los Borbones en plagarlo de extranjeros, no tenía prestigio en el cuerpo. Tomó el mando el comandante más antiguo, que saltó á brigadier por ser cuñado de un periodista que llegó á presidente del Consejo de minis-

tros años después. El citado jefe, por exceso de disciplina en el regimiento, nos llevó como rebaño de carneros á la plaza de la Constitución; nos arengó el brigadier Domínguez, no contestamos á sus vivas, encontrándonos pronunciados por arte de birli birloque, sin comerlo, beberlo ni quererlo. Allí se hallaba el regimiento de artillería mandado por el sargento Vigo; rodeaban al héroe una turba de bobalicones que lo creían el salvador de la patria. A la cabeza de unos cuantos soldados borrachos atacó á la guardia de prevención, hizo fuego á los oficiales que se dirigían al cuartel, enganchó las piezas y en tropel se presentó á la junta. Esta lo premió con el empleo de capitán; por supuesto de caballería. Cuando vi en Madrid, en la calle de la Luna, á los artilleros sublevados el 22 de Junio del 66 recordé los de la plaza de San Francisco de Sevilla el 43 la misma impresión me causaron unos y otros. Los hechos históricos se repiten.

El 21, la junta soberana, siempre se convierten en soberanos los que llegan á mandar, concedió el grado inmediato á los jefes y oficiales que se habían adherido al movimiento revolucionario por la fuerza de las circunstancias como yo, ó por voluntad como los menos. Las gracias generales que inventó Serrano el 43, que se repitieron el 54 y 68, han sido una perturbación para el ejército, dañando á sus individuos y á la nación.

Me dieron el grado de teniente; me negué á cambiar la charretera del hombro izquierdo al derecho; el nuevo coronel me amenazó con arrestarme, me llamó ayacucho, esparterista y desafecto. El último calificativo era justo; no tenía afección por los idos ni venidos. Mi sino sería toda la vida pasar por partidario de los caídos; ir, como buen aragonés, contra la corriente.

Muy lejos de mi familia, no podía separarme del regimiento. Seguí la bandera del mismo, expuse mi vida y honra para elevar á políticos ambiciosos que sustituían á otros de diferente color, pero de la misma casta. Gracias á Dios, no se ha

repetido igual desventura en mi larga carrera militar. He defendido hasta los gobiernos que odiaba.

El 1.° de Julio comenzaron á fortificar á Sevilla, el 5, el capitán general D. Francisco de Figueras, nombrado por la junta, dispuso hubiese una alarma falsa para que las fuerzas militares y civiles ocuparan los sitios señalados. Devolvieron las armas á la milicia nacional desarmada, formaron dos batallones y un escuadrón de francos, construyeron baterías, acudieron paisanos armados de dentro y fuera de la ciudad y se tomaron cantidades á préstamo.

Llegó el 7 el general esparterista Van Halen, con una división á Alcalá de Guadaira; tropa, milicia y paisanos ocuparon la muralla, que recorrió en procesión solemne el pendón de San Fernando. Se echaron á vuelo las campanas, tronó la artillería, se izó el pabellón nacional en la Giralda, y la junta en su proclama decía:

«Ha llegado el día de renacer en vuestros corazones la gloria tantas veces adquirida por el Santo Rey Fernando III sobre los sarracenos.» Los sarracenos eran los ayacuchos.

Las avanzadas enemigas se situaron el 8 á una legua de la ciudad y las nuestras en Torreblanca. Se presentó un parlamentario con pliegos para el jefe del regimiento de Aragón y ayuntamiento; Figueras lo despidió, advirtiéndole que en Sevilla él sólo mandaba. Para defender la ciudad había cuatro batallones de nacionales, dos de francos, catorce compañías de Aragón, dos de Galicia, una del provincial de Cádiz, algunos pelotones de paisanos con escopetas, y doscientos caballos de francos y nacionales.

Ocupó Van Halen á Torreblanca, y se retiraron nuestras avanzadas á la Cruz del Campo. Gran confusión entre los paisanos armados; las campanas tocaron á rebato.

El 19 nuestras guerrillas se refugiaron en la ciudad, con pérdida de dos muertos y varios heridos. Comenzó el fuego de cañón, y á mediodía del 20 el bombardeo de Sevilla. Se prohibió salir de la ciudad á los hombres útiles, afeitándoles el

bigote en seco á los que huían. En dos días pasaron el puente más de sesenta mil personas. El 22 decía *El Sevillano*: «En el día de ayer nos han arrojado, desde las siete que principió el fuego hasta la oración, 265 bombas y 300 balas rasas; desde las nueve de la noche hasta las seis de la mañana, 120 bombas de á 14 y otra porción de balas. ¡Bárbaros, infames! Ni aun de noche respetan la tranquilidad de este pueblo heroico.» Necedades de periodistas. A los sarracenos de Espartero no convenía durmiesen en paz los sevillanos. Las bombas servían para amedrantar á mujeres y destruir edificios. Una salvajada. Los que estábamos en la muralla exclamábamos al verlas de noche. ¡Dónde caerá esa!

El 22 llegó Espartero al frente de Sevilla. Los más fanfarrones de los paisanos, que decían pondrían la bala donde ponían el ojo desaparecieron: para evitar la deserción, publicaban sus nombres los diarios. Del cuarto batallón de nacionales sólo quedaron 27.

Un capitán procedente del convenio de Vergara, todos eran mal mirados en el ejército liberal, al volver de un reconocimiento, nos refirió la hazaña de haber muerto á dos pobres húsares de la Princesa que cogían fruta en las huertas de la Macarena. Los oficiales le llamaron infame asesino. Prueba del poco entusiasmo que inspiraba la causa que defendíamos. Como los húsares escoltaban al Regente del reino, calculamos que éste se encontraba en el ejército sitiador.

El 23 un parlamentario intimó el asalto. Disminuyó el bombardeo. La compañía de cazadores del primer batallón á la que yo pertenecía desplegaba en guerrilla, de día fuera de la puerta de la Macarena, y de noche, detrás de la barbacana. No hicimos otro servicio ni tuvimos un herido. Los nacionales, si se movía una hoja, creían que los húsares asaltaban la plaza, rompían el fuego que se corría por la muralla hasta donde había tropa. Decían que la Junta se escaparía en un vapor y las fuerzas del ejército nos iríamos á Extremadura. El pánico aumentó en la población.

El 26 llegó por el río el general Ordoñez con el segundo batallón de Aragón y seis compañías de Galicia. Se echaron á vuelo las campanas y Figueras arengó á los soldados. «Estamos persuadidos de vencer; pero con vosotros la victoria es cierta.» El regente, que ocupaba una casa de campo cerca de Torreblanca, Van Halen que tenía su cuartel general en Ramilla, no pudieron hacerlo peor.

El 27 las campanas nos anunciaron que había vencido Narváez en Ardoz, á Seoane y Zurbano. Espartero levantó el sitio; su ejército se disolvió, ningún regimiento quiso pasar de Utrera, en cuya villa entré con mi compañía á las nueve de la noche del 28. Los soldados de Espartero hacían salvas, nadie mandaba, y más de dos mil se metieron en Sevilla. La tropa que rompe los lazos de la disciplina se convierte en tropel. A Van Halen sólo le quedaron los ayudantes. Si los sevillanos hubieran sabido que los valencianos por lo mal que dirigía el ejército del centro en la guerra de los siete años le llamaban *Mal anem* (mal vamos), habrían sacado punta á la frase.

En Noviembre del 42, los revolucionarios lo echaron de Barcelona, después de sacrificar en las calles gran número de soldados.

Espartero firmó á bordo del *Betis*, en el puerto de Santa María, el 30 de Julio, su protesta á la nación y emigró. Le acompañó hasta la orilla del mar la compañía de cazadores del primer batallón de Luchana que le servía de escolta. La flor de la infantería española, de cuyos soldados leales, sufridos y valientes no he oído hablar más. Una injusticia. Las batallas de Ardoz, Vicálvaro y Alcolea, componen la trilogia más repugnante que ha representado el ejército; no por él, que siempre ha cumplido con su deber hasta la exageración, sino por los militares políticos que lo han sublevado para elevarse y mandar despóticamente.

El 22 de Julio de 1843, se situó el general Narvaez en Torrejón de Ardoz, entre el general Seoane que venía con su ejército de Aragón, y Madrid que le era fiel al regente. El general

pronunciado colocó la infantería en batalla cortando la carretera, la artillería en el centro y la caballería en las alas. La infantería esparterista avanzaba por el camino como en tiempos normales; comenzaron el fuego los cañones de ambas partes: Cheli y Pezuela, sublevados, cargaron á la infantería enemiga por los flancos, la cual no pudo maniobrar ni defenderse; los soldados se mezclaron gritando *¡Todos somos unos!* ninguno se entendía; los dos ejércitos se creían vencedores. El talento y energía de D. Ramón Narvaez dominó el desorden; formó los cuerpos pertenecientes al general Soane, este entregó su espada y concluyó la tragedia. Los jefes y oficiales esparteristas, al separarlos de sus regimientos, rompieron las espadas de rabia y de vergüenza. El desengaño fué horrible.

En el sitio de Sevilla hice de héroe por fuerza. Un capitán viejo de mi regimiento no me dejaba ni á sol ni á sombra preguntándome:—¿Oye V. fuego?—¿Qué opina?—¿Cómo acabará esto?—Hace rato que no arrojan bombas. Los paisanos después de mortificarnos para pronunciarse se largan dejándonos en la estacada.—Dé V. su opinión.—Opino... que es V. un posma. Le dije y no me molestó más.

Destinaron á mi compañía á recoger por la carretera de Cadiz las municiones de artillería abandonadas por el ejército de Espartero. Encontramos la columna de D. Manuel de la Concha, compuesta de desertores y paisanos, que había tenido un pequeño choque con la escolta del regente. En las Cabezas de San Juan oí á mi patrón que presenció cuando Riego el 1.° de Enero de 1820 dijo al batallón de Asturias que mandaba: «Si proclamamos la Constitución no iremos á América.» ¡Viva la Constitución!—gritaron los soldados.—Si por no embarcarse para Cuba algún comandante repitiese la escena en 1895, le llamaríamos vil y cobarde.

Refiere Alcalá Galiano, conspirador con Riego, que éste se burló de un comandante masón que se oponía á marchar á Cádiz si no le entregaban una orden supuesta del conde de Calderón, general en jefe de las tropas expedicionarias, escla-

mando: «Si sale mal el movimiento, ¿con qué me cubro?» El héroe de las Cabezas al sublevarse llevaba á prevención una orden falsificada perfectamente del mencionado general. Riego valía tanto como Fernando VII; este tenía abandonados á los defensores de la patria. En Coruña los oficiales y tropa se morían de hambre, y para cambiar de postura proclamaron la Constitución.

El 6 de Agosto regresamos á Sevilla. Sufrimos tan horrible calor, que el otro alférezde mi compañía (al pobre le mataron en la guerra de Africa de 1860), se paró á contemplar á dos gordos marranos que dormían á la sombra, y exclamó envidiándolos:—«¡Quién fuera cerdo!»

Las tropas que había en Sevilla no eran bastantes para defenderla; jamás sus habitantes han dado pruebas de muy belicosos. Si Van Halen ataca sin esperar la artillería de sitio, la hubiera tomado. Perdió el tiempo en Alcalá de Guadaira, la insurrección se generalizó y los medios de defensa que contaba la capital de Andalucía crecían á proporción que menguaban moralmente los del general esparterista. La apatía del gobierno que caminaba á ciegas dió el triunfo á sus enemigos. Al observar la inacción del duque de la Victoria en Albacete, repetían los periódicos: «Si Espartero va á Valencia, pierde la regencia; si á Granada, se queda sin nada, y si marcha á Sevilla, le quitan la silla.» Así sucedió. En el sitio de Sevilla un oficial del regimiento de Aragón se colocó detrás de otro de nacionales que no sabía disimular el miedo. Un tambor situado encima del parapeto para avisar cuando veía algún proyectil, gritó: «Bomba». Al mismo tiempo, el militar dió con un saco de tierra en las espaldas del paisano, el cual cayó al suelo del susto creyéndose muerto.

Con exageración andaluza los sevillanos creyeron que habían superado á los defensores de Zaragoza y Gerona. Hasta compusieron odas al bombardeo. Desde San Fernando en 1248 Sevilla no se había visto en otra, y entonces los sarracenos fueron los que la defendieron. En la guerra de la Independencia,

á pesar de que en la referida ciudad al sentar plaza, dijo uno ladeándose el sombrero:—«Ya murió Napoleón», no se lucieron. José Bonaparte dió las gracias á los andaluces porque le habían recibido como á un padre. En Andalucía abundaron los guerrilleros josefinos.

El gobierno provisional concedió á Sevilla el título de invicta, la regaló una corona, mandó que todos los años se izase el pabellón nacional en la Giralda, y se hiciesen salvas de artillería. Mejor era olvidar tales sucesos.

Si en las guerras civiles la mejor gloria es terminarlas, caiga la maldición de la patria sobre los que las promueven; la historia no los perdonará.

Un alférez de Aragón se hallaba con licencia, y regresó á Sevilla después de tan ridículo sitio. En las funciones que se celebraron, un cohete le dejó tuerto. No le dieron ninguna gracia y le quitaron un ojo. Más vale llegar á tiempo que rondar un año.

Al comenzar el sitio de Sevilla, muchos paisanos eran capaces de mandar los ejércitos de Jerjes. Después á la mayor parte se les fué el ánimo por la boca. Se les podía aplicar el cuento muy repetido de lo que dijo el gobernador español de una plaza sitiada en la guerra de la Independencia á un tendero rico, individuo de la junta de defensa que proponía sin cesar planes para vencer á los franceses. «Amigo, en vender bacalao es V. un Napoleón; en combatir á Napoleón, es V. un bacalao.»

El 11 de Agosto me destinaron al regimiento de Zaragoza, núm. 12, que había pertenecido á la división de Van-Halen. En el cuerpo había poca disciplina, los soldados iban desharrapados y los oficiales se hallaban resentidos por no haberles dado la gracia general, que merecían más que los que faltaron á su deber.

Desde que cesé de pertenecer al regimiento de Aragón, no he servido con oficiales procedentes de la guerra de la Independencia. El pronunciamiento que llamaban glorioso barrió

á los restos verdaderamente gloriosos de aquella gran epopeya. Yo los respetaba como á héroes. Los que entraron en el ejército del 20 al 23, y los del principio de la guerra civil de los siete años, la generalidad eran incrédulos, intolerantes y déspotas. Los primeros llevaban el chacó hacia atrás, los segundos, ladeado; los jóvenes, yo incluso, sobre las cejas para ocultar la cara. Nos daría vergüenza de batirnos por políticos sin saber por qué ni para qué; inconscientemente destruíamos la nación.

El regimiento de Zaragoza fué destinado á Cataluña. De Herodes á Pilatos. Salimos de Córdoba el 28 de Agosto, atravesamos los célebres campos de Bailén, los llanos de la Mancha y llegamos á Torrente el 20. Es la última marcha que vi fuesen las señoras de los militares detrás de la tropa alojándose con sus maridos. Las de los jefes solían caminar en tartana, y las de los oficiales en burro. Cuentan que un asistente aragonés preguntó á su amo:—Mi *tiniente*, ¿monto á la *tinienta?*

Al filiar á un valenciano, le interrogaron:—¿Cómo se llama V.?—*Visiente*—contestó.—¿Y de apellido?—*Climiente.*—¿De qué pueblo es?—De *Turriente.*—¿Y su oficio?—*Granereee* (vendedor de escobas).

Cuando camina la infantería, á excepción de los oficiales de semana que van en sus compañías, muchos marchan á la cabeza del batallón dándose bromas. Un alférez refirió que Hernán Cortés habia ido de soldado á América y acababa de desembarcar en Barcelona de capitán general; prueba de las injusticias que se cometían en el ejército. Lo oyó un teniente tonto para el cual se inventó la noticia, y como los que lo son, si pescan una idea, la encajan á todos para pasar por listos, fué quedándose atrás y se la comunicó al resto de los oficiales, admirando les causara risa, lo que á él le parecía una gran picardía. En Barcelona le hicieron creer que en el castillo de Monjuich había un anteojo con el cual se veía pasar lista á la tropa de la isla de Cuba, y en Tortosa que una muchacha

se llamaba *Sinteta* (diminutivo de cinta en catalán), porque carecía de la parte indispensable para amamantar los niños.

Desde el Miguelete en Valencia ví el mar por primera vez. El 25 de Setiembre nos embarcamos en el vapor *Isabel II*, único servible que había en la armada; lo mandaba Pinzón, que consiguió en 1843 se sublevaran contra Espartero las poblaciones de la costa del Mediterráneo, diciendo en unas que lo habían verificado las otras. Murió de almirante. Los progresistas, republicanos y cesantes se alzaron en armas en Barcelona, Zaragoza, Vigo y proclamaron la junta central. El ejército, mandado por jefes moderados, se mantuvo fiel al gobierno de Madrid. Repetiré mil veces, los militares se pronuncian por ambición. D. Juan Prim, que fué el primero que lo verificó contra Espartero en 1843, pasando de coronel graduado á mariscal de campo, le dieron la gran cruz de San Fernando, de brigadier, y le hicieron conde en pocos meses, escribió á D. Fernando de Córdova el 10 de Diciembre, cuando sitiaba el castillo de Figueras, ocupado por la jamancia, que mandaba su colega Ametller lo siguiente: «Interin donde yo esté, habrá orden, porque amigo mío, toda la gracia que me hacían antes las bullangas ahora me cargan.» La patria está en la panza. En 1868 armó otra bullanga para ser capitán general de ejército y dictador. De los revolucionarios, era el de más talento, más carácter y que mejor supo representar su papel.

Volvamos en sí, como puso por epígrafe á un artículo cierto periódico progresista. Desembarcamos en la Barceloneta el 27 de Setiembre á las dos de la mañana sin que nos hostilizasen. Ocupaban Monjuich y la Ciudadela las tropas del gobierno poco numerosas para sitiar á la capital del Principado. La junta, presidida por Degollada, disponía de la milicia nacional, de numerosos batallones de francos ó patuleas que de comer, en gitano *jamar,* llamaban jamancios. Ametller campaba sin obstáculo por Cataluña.

El ejército real lo mandaba D. Laureano Sanz (padre).

El 1.° de Octubre expiraron las treguas que por tres dias se habían dado á Barcelona. Monjuich y la Ciudadela no cesaban de arrojar granadas, dirigiendo muchas á la plaza de San Jaime. Desde los terrados y miradores contiguos á la Ciudadela, hicieron los centralistas vivísimo fuego sobre la cabeza del puente, que yo ocupaba con treinta cazadores. El cuartel general se trasladó á Gracia.

A las cuatro y cuarto de la mañana del 7 de Octubre, después de ponerse la luna, hicieron la señal con dos puntos agudos de corneta y lanzar una granada de romper el fuego desde el lavadero y aduana de Barcelona para llamar la atención sobre este lado de la Ciudadela, mientras unos 200 jamancios bajaron al foso y colocaron escalas para asaltarla por el opuesto. Algunos se desorientaron, las arrimaron á la muralla de la ciudad y se encontraron en el glasis. Las escalas eran cortas para subir á la Ciudadela. Los soldados acudieron y la metralla barrió á los patuleas, que huyeron, muriendo el vicepresidente de la junta, Bosch, que los mandaba. Yo estaba de guardia y tuve un herido. Se dijo sin fundamento que los centralistas contaban con algunos partidarios en la guarnición de la fortaleza. Sabrían que no se hacía bien el servicio por lo mismo que era locura atacarla con éxito. Después se exageró la vigilancia.

Nombrado el 18 de Octubre para el servicio de escuchas, me presenté al brigadier Sierra, gobernador de la Ciudadela, colosal, con unos mostachos que parecían escobas. Al jefe de mi regimiento le dijo que á jovencitos rubios, delgados y sin bigotes como yo, no los mandara á puntos donde se necesitaba valor, sangre fría y experiencia. Repliqué que para oir ó escuchar no eran precisos pelos en la cara, y si no iba al servicio que me correspondía pedía la licencia absoluta. Atendieron mi reclamación.

Con treinta cazadores, ya de noche, atravesé el foso lleno de agua por unas tablas, subimos al camino cubierto apoyando una escala en la contraescarpa y coloqué la fuerza por parejas frente á Barcelona. Como los soldados vestían de lienzo

blanco, aunque hacía frío, y á falta de mantas se abrigaban con las sábanas de la cama, parecían fantasmas. Me avisó el sargento que en el glasis á pocos pasos se hallaba formado un batallón jamancio dispuesto á atacarnos; si lo verificaba, no quedaba uno de nosotros para muestra. Reuní veinte hombres, les mandé preparar las armas apoyándolas en el parapeto y esperé al enemigo, que veíamos de costado. Si avisaba al gigantesco gobernador y resultaba la alarma falsa, creería que tenía yo miedo. Si saltaba al glasis para reconocer al enemigo, me hubieran ametrallado desde la Ciudadela. En mi vida he pasado peor rato. No había otro remedio que esperar á que amaneciese; faltaban once horas. Oí la retreta de las bandas del ejército y de la patulea, cada quince minutos el centinela alerta de la tropa, el equivalente de la jamancia que gritaba: *A la paella* (á la sartén) ó mori en Prim (muera Prim), y cantar detrás de las barricadas de Barcelona dando aullidos:

«Cristina, Prim, Narvaez,
y tots los moderats,
dintre de la paella,
los frigirem plegats.
Ay, ay, xim, xim,
madus á la paella.
Ay, ay, xim, xim,
viva la junta y mori en Prim.»

Los insurrectos odiaban á su paisano Prim, que los batió en Mataró. A los cuarenta y cuatro años le erigieron una estatua. Escuchamos cuantos cañonazos disparó Monjuich contra el baluarte del Mediodía. Siempre que en él los jamancios izaban bandera negra, la echaban los nuestros á tierra. No cesaban los fusilazos que los muchachos á pecho descubierto dirigían contra la Ciudadela. Oímos todas las campanadas de los relojes de la ciudad. Pasamos horas y horas con las armas preparadas esperando el ataque. Por fin tocaron diana en el fuerte Pío. Cornetas y tambores repitieron tan alegre sonata. Recordé que el amanecer es la hora de las sor-

presas y redoblé la vigilancia. Comenzó á clarear, y lo que creímos toda la noche un batallón jamancio era... una larga fila de ruedas de hacer sogas.

El general en jefe intimó el 23 á la junta revolucionaria que si arrojaban granadas á Gracia, bombardearía á Barcelona. El 30, las campanas de los pueblos que ocupaba la tropa se echaron á vuelo porque el general Concha había entrado en Zaragoza. El 1.° de Noviembre se rindió León. En Barcelona levantaron barricadas, construyeron baterías, cortaron calles y en todos los fuertes izaron bandera negra, preparándose para defenderse hasta morir. Nuestros artilleros, que generalmente disparaban sin objeto, á un perro le tiraron dos cañonazos, recibieron orden de impedir los trabajos del enemigo.

El 9 de Noviembre capituló Gerona con Prim.

La guarnición y la de Hostalrich debían reunirse con la de Figueras y las tres entregar las armas antes del 15. Dos oficiales comisionados por Ametller y Prim se presentaron el 11 á la junta para que capitulase Barcelona, donde escaseaban los víveres; carecían de pólvora y sal.

Se suspendieron las hostilidades por cuarenta y ocho horas, y se leyó á la tropa al frente de banderas que las Cortes habían declarado, por 193 votos contra 16, la mayor edad de Isabel II.

Los más exaltados centralistas llevaban como condecoración una sartén pequeñita en el pecho. El 13 cambiaron la bandera negra por la nacional en el baluarte del Mediodía, cuya defensa fué heroica. Nuestra artillería lo arrasó y perecieron en él varios gobernadores. Durante el sitio, nuestros soldados desde la Ciudadela y los jamancios desde las barricadas se hablaban·—¿A quién defendéis?—preguntaban unos.—A Isabel II y la Constitución.—También nosotros.—La conversación concluía á tiros. Una diversión.

Los pabellones de la Ciudadela los ocupaban empleados civiles y militares. Ocho oficiales hacinados en uno dormíamos

en catres de tijera sin colchón ni manta. Al volver del servicio de escuchas, me acostaba, y no me despertaban los cañonazos de una batería que se hallaba á treinta pasos. Un día, en el momento de vestirme, estalló una granada jamancia en la ventana del pabellón. Los cascos se incrustaron en la pared cerca de mi cabeza. Si el calcetín que me ponía hubiera tenido cascabeles hicieran bastante ruido.

Se hallaba formada la tropa que iba á relevar las guardias de la Ciudadela; cayó una granada en medio de los soldados, y todos, menos los oficiales, se echaron al suelo. Los más impacientes levantaban la cabeza, veían salir humo de la espoleta, y la bajaban. El proyectil no estalló, con gran risa de los que presenciamos la escena.

Prendieron á Montañá y Romá, secretario de la junta revolucionaria, y á Riera, comandante de un batallón franco. Se presentaron ante el Consejo de guerra, que se celebró en la Ciudadela. Formaba contraste la arrogante figura del militar, había sido teniente del ejército, vestía pantalón blanco, chaqueta celeste con trencillas de plata, gorro catalán de terciopelo carmesí, se hallaba muy abatido, con la del paisano, jorobado y raquítico; parecía un bicho descarado y altanero. Le preguntaron si tenía algo que alegar, y contestó que él era quien debía juzgar á los vocales del Consejo, según la Constitución de 1837, cuyo libro llevaba en la mano. Después de insultar á los jueces, que de antemano se propusieron no replicarle, concluyó con los versos de Calderón:

«... que en casos tales,
los vencidos son traidores,
los vencedores, leales».

Un general de artillería preguntó al teniente Isla, de mi regimiento, que se hallaba de guardia en el fuerte llamado de las Tablas, si creía que estaba bien fortificado. El oficial contestó que había seguridad en él, y añadió, al insistir el gene-

ral en que diese con franqueza su parecer, que podrían aumentarse las defensas. El general mandó relevar á Isla; preguntó éste la causa, y le dijeron que había manifestado tener miedo. Se presentó al jefe del regimiento, le rogó se enterase de su conducta militar, añadió que había ganado en la anterior guerra civil dos cruces de San Fernando, y que, si no le daban en el acto la justa reparación de volver á la guardia, no respondía de la venganza que pensaba tomar por la ofensa que su honor había recibido. El general trató de remediar el daño causado por su incomprensible ligereza; el teniente se encargó nuevamente del fuerte; llegó la noche y dió orden á los centinelas que, sin preceder el «¿quién vive?», hiciesen fuego á los que se acercaran por el lado de Barcelona. Salió por la gola de la fortificación, dió la vuelta y se dirigió al fuerte; un soldado le tiró, gritando al verle caer en tierra: «Ya he muerto á uno.» Era el pobre oficial. Sólo vivió para decir que el centinela había cumplido su orden. Muchas víctimas ha causado en la milicia el herir injustamente la dignidad de los inferiores. El cometerlo es cobardía.

El 19 de Noviembre se hicieron salvas por cumpleaños de la Reina; se esperó inútilmente la señal, para que las tropas entraran sin oposición en Barcelona. La junta avisó que la patulea se negaba á transigir, y el general la intimó, que si no capitulaba en seguida, romperían el fuego contra Barcelona más de 200 cañones.

Estaba yo de escucha el 20, entraron parlamentarios en la Ciudadela á las doce de la noche, salieron á las dos de la mañana, se dispararon tres cohetes desde la torre, para que las tropas se acercasen á la ciudad, el 21 bajaron los puentes de la fortaleza, y mi compañía fué la primera que penetró en Barcelona, á la cabeza de la columna mandada por el segundo cabo. Sin resistencia ocupamos la plaza de San Jaime. Las calles estrechas que desembocaban en ella estaban cortadas con barricadas y defendidas con artillería. En cada ángulo de la plaza había un mortero, y en la cripta de Santa Eulalia

de la catedral tenían las municiones. Observé que un casco de granada destrozó la cabeza del moro que colgaba del órgano.

Por la tarde secciones de trabucaires, de aspecto feroz, que servían de flanqueadores á los batallones de la milicia nacional, fueron á la casa de ayuntamiento á buscar las enseñas militares parecidas á las que usaba el ejército de 1820 á 1823. Leones rapantes de bronce.

Como odiaba yo la política y todo lo que recordara guerra civil, arranqué y tiré á la calle desde el palacio de la diputación una cinta verde, de la cual colgaba un casco de bomba con el rótulo siguiente: «Arrojada por el tirano Espartero en 1842.» En el mismo sitio vi en 1855, bajo dosel, el retrato del mencionado personaje. Así varían de opinión según les conviene, los que montan la bestia popular.

La junta se embarcó, los empleados quedaron á merced del gobierno, se desarmó á la patulea ó cuerpos francos, y el 22 se disolvió la milicia, imponiendo pena de la vida al que no entregase el arma en el término de seis horas.

El 13 de Enero de 1844 se rindió Ametller en Figueras; se desarmó la milicia nacional en toda España, se rompió la coalición de los partidos y quedaron en el poder los moderados. El barón de Meer, tomó el mando del ejército y principado de Cataluña.

En Barcelona alojaron á los oficiales en casas particulares. Uno de mi regimiento que pasaba por valiente, tuvo amores con su patrona, joven y guapa. Se durmieron los amantes, y se despertaron al oir que el marido, se hallaba en la puerta de la alcoba. La mujer, con la inventiva que poseen en tales casos, advirtió al guerrero, que sudaba de miedo, permaneciese quieto. Comenzó á quejarse de un fuerte cólico, y mientras el esposo mandó hacer té, el alojado escapó de la cama más muerto que vivo.

Al ejército hambriento y desnudo, que sufrió con valor y disciplina las penalidades del sitio de Barcelona en 1843, el cínico

poeta Martínez Villergas lo insultó y también á la reina Cristina, con los groseros versos siguientes:

«En tanto Barcelona abandonada,
Abre sus puertas á la inmunda tropa;
La tropa de Angulema restaurada,
Baldón de España, escándalo de Europa:
Tropa cobarde del francés pagada,
Para hacernos libar la amarga copa;
Tropa que el oro, á su placer disfruta,
De una italiana lladre y prostituta.»

En Barcelona oí que después que la bombardeó Espartero en 1842 alojaron á dos soldados rasos en una casa rica. Como al día siguiente observaron que las magníficas camas destinadas para ellos estaban sin deshacer, les preguntaron:—¿Dónde han dormido Vds.?—En el suelo—respondieron.

En el regimiento de Zaragoza mi capitán era irlandés. Vino á España para ser fraile en el colegio que sus paisanos tienen en Salamanca. Colgó los hábitos, le hicieron alférez y fué ayudante del general Lacy Evans, que mandaba la legión inglesa en la primera guerra civil. Caballero, valiente y estravagante, aseguraba que por haber bebido en su vida una sola vez agua le dieron tercianas. No se quitaba el cigarro de la boca, poseía una fuerza de voluntad extraordinaria, jamás se quejaba aunque fuera muriéndose, parecía un tonel sostenido por alambres; era estremada la delgadez de sus piernas y la gordura de su chico cuerpo. Sólo leía el *Don Juan*, de Byron, en inglés, y en francés el *Arte de seducir á las mujeres*. Desembarcamos de noche en la Barceloneta, permanecimos en el cuartel, y aún no había visto yo una mujer, cuando me dijo el capitán muy satisfecho:—¡Qué muchacha tan guapa he conquistado! Lo referí á un oficial antiguo en el cuerpo, que se rió de mi candidez, exclamando:—A ese hijo de la verde Erin se le debe creer en todo menos en materia de faldas. A un comandante atrabiliario, que llamaban Cascarrabias, le preguntó el irlandés yendo de máscara.—*Cascarabias*, ¿me conoces? El jefe le miró de arri-

ba á bajo, le conoció y le volvió la espalda. En el regimiento sólo Ohagán no podía pronunciar la erre fuerte. Le llamábamos D. *Enrique*, suavizando la erre, ó el capitán *Guerilla*, desde que en la revista de inspección que nos pasaron en 1844, le preguntó el general: ¿Uno, siete y dos? (toques de corneta de la táctica ligera). *Esplegar la guerilla en línea recta*, contestó muy serio dulcificando las erres. El general que nos revistó pertenecía al partido moderado, pero no lo era en el modo de tratar á sus inferiores. Violento y déspota, separó á los oficiales viejos, á los sospechosos de liberalismo ó esparteristas, y á los de mala facha. El tener buena figura era ventaja en la milicia. Muchos han hecho carrera por ella y merecían andar en cuatro pies. El general en 1854 se liberalizó. Le convendría.

Vivía yo con un capitán muy caviloso; al ajustar las cuentas de caja de 1843 salió alcanzado en muchos miles de duros. Como al depositario del año anterior le sobraban y no los había puesto, aprobaron las de ambos años. La reina Cristina volvió de la emigración, entró en Barcelona el 14 de Marzo de 1844, el ejército erigió un arco de triunfo de lienzo, me comisionaron para adornar con vasos de colores y percalina la fachada del cuartel, se quemó la decoración y me alegré. Para tan inútiles gastos nos descontaron una paga, como si nos sobrara el dinero y nos importara que dicha señora viniera á España á aumentar el presupuesto y las dificultades de gobernar.

Trataron de reorganizar el ejército; por el barullo de 1843 estaba peor que después de la guerra civil. Los oficiales procedentes de la guardia real eran los niños mimados; ascendieron escandalosamente. En mi regimiento, una temporada hubo pífanos ó pitos en la banda. En la antigua guardia, cuando los subalternos iban de servicio llevaban tambor y los capitanes tambor y pito. Origen del modismo «no toca pito» que se usa para manifestar la poca importancia de alguno en la corporación á que pertenece.

Hasta que el barón de Meer no distribuyó por sí mismo los fondos destinados al ejército de Cataluña, jamás nos dieron la

paga entera. El general y el intendente las recibían los últimos. Comparados con los oficiales que sirvieron en la guerra de siete años, nadábamos en oro. Solían repartirles un napoleón (19 reales) al mes.

Siempre que el corneta de guardia á la hora marcada ve llegar al médico del batallón para reconocer los enfermos, pide licencia al oficial antes de hacer la señal convenida.—Mi teniente—dijo el que conmigo se hallaba de servicio—con el permiso de V. tocaré al físico este.—A mí no me toca nadie—replicó dando un bofetón al infeliz soldado, que lloró de rabia por no poder rechazar la afrenta. Muy incomodado añadí:—Si el corneta se venga, nos compromete V.—Yo no soy físico ni me dejo tocar.—Físico llama á V. la Ordenanza. Debió comprender pedía licencia para tocar el instrumento. Exigir propiedad en el lenguaje al que carece de instrucción es majadería. Los que no atropellábamos á los inferiores ni sufríamos el despotismo de los superiores nos calificaban de poco carácter y díscolos.

Había en mi regimiento un capellán, fraile exclaustrado, que maldita la gana que tenía de volver á la vida monacal. Era elegante y galante con las damas como abate del siglo XVIII. No pertenecía al género de capellanes castrenses, que lo mismo se meten en los peligros de una batalla que en los garitos más indecentes. No le gustaba el juego ni el fuego. La mañana que los jamancios trataron de asaltar la ciudadela de Barcelona, al oir los cañonazos se refugió en el cuartel; como se vistió azorado, en lugar de ponerse los calcetines en los pies los guardó en el bolsillo. Quiso sonarse, y se llevó uno á las narices, creyendo era el pañuelo.

Tras la acción sigue la reacción. El partido moderado protegía al clero, porque el progresista sistemática y estúpidamenté lo persiguió. Le dije al referido capellán que pronto dejaría la casaca militar por los hábitos blancos del mercenario; para consolarle, le aconsejé se presentase á Fuad-Efendi, embajador que acababa de llegar á España y se largase

con él á Turquía. El capellán y yo dormíamos en la misma habitación. Observé que todas las mañanas al despertar recitaba el sermón que debía predicar cuando bendijesen las nuevas banderas del regimiento. Hasta 1844 se usaron blancas. Aprendí de memoria el discurso antes que el clérigo; encaramado en la mesa de la guardia de prevención encajé el disparatado sermón á todos mis compañeros, el cual comenzaba así: «Era costumbre entre los antiguos macabeos, etc., etc.» Se enteró el jefe de la broma y nombró otro predicador.

El Pater del segundo batallón la echaba de bonito. Gran guitarrista, llevaba el pelo artísticamente peinado para ocultar la corona. Vivía en calle de mala fama y habitación sospechosa. La registraron los mozos de escuadra sin encontrar al conspirador que iban á prender.

Ya se marchaban, la patrona los insultó, volvieron á entrar, pegaron una patada á un colchón colocado sobre un banco, se desenrolló al caer, y apareció el que buscaban. Llevaron á todos los de la casa á la torre de la Ciudadela, incluso al capellán. Este creyó lo conducían á presencia del capitán general, se vistió de gala, y durmió aquella noche en un calabozo sin más abrigo que el sombrero tricornio. La deslenguada Eva perdió al Adán revolucionario.

Conocí un capellán tan ligero, que cuando salían los soldados de su misa ya estaba en la puerta de la iglesia para tener el gusto de ver pasar la tropa y las muchachas. Hay curas de regimiento santos y buenos. De estos nadie se acuerda. En Cardona, famosa por sus minas de sal, permanecí tres meses. Vivía en su castillo un ayudante de plaza que tenía fama de embustero y decía que había sido muy valiente. Llevaba gorra de manga con galón falso, casaquilla de cúbica raída y pantalón sin trabillas; en 1844 era una atrocidad. ¿De dónde es V.?—me preguntó.—De Borja—contesté.—¿Dónde está eso?—En Aragón.—Reflexionó y exclamó satisfecho.—V. es aragonés.—La inteligencia del pobre veterano corría parejas con su empleo.—Era subteniente.

Al barón de Meer uno de los generales de más prestigio que ha tenido Cataluña, todos le respetaban. Militar á la antigua, á cuantos se le presentaban repetía: «La disciplina es la base de los ejércitos.» Capitán general del Principado en 1844, siempre de uniforme, tenía encima de la silla el tricornio, espada y bastón. Salía precedido de dos batidores, si el tiempo estaba malo á caballo; si bueno en coche. Los paisanos avisaban á las guardias que venía el capitán general; las que no formaban pronto y bien, reprendía ó arrestaba al comandante. Al que le contestó que los soldados no estaban por estatura por causa del terreno, le mandó ocho días á Monjuich. A un oficial muy desastrado que encontraron en una casa de juego, le advirtió que no lo fusilaba porque valía mucho menos que las balas necesarias para ejecutarlo. Severo y justo, le queríamos.

Se hacía el servicio en Barcelona con la mayor vigilancia. Un águila no hubiera podido sorprender un puesto militar. Los soldados en las guardias dormían con un oído abierto; al ¿quién vive?, si respondían ronda mayor, ya estaban formados presentando el arma.

Se prohibió pasar por la rampa de la muralla contigua á una guardia que yo mandaba. Me rogaron unas muchachas muy guapas que las dejase bajar por ella; evitarían mojarse. Lo consentí. Varios paisanos, solicitaron lo mismo y lo negué. Uno me dijo.—Lo ha permitido V. á esas señoras. —Sí—contesté—por ellas me expongo á ir á Monjuich; por Vds. no quiero. Comuniqué mi sonrisa á los que pensarían que Marte por Venus se dejó prender en la red de Vulcano.

Los oficiales que entraban de guardia en la capitanía general comían con el barón de Meer. Si hablaban en la mesa ó se cortaban al preguntarles, no le gustaba. Le oí que todos los que gastan más que sus rentas ó sueldos roban. Señor oficial —me interrogó—¿los centinelas tienen capote?—Sí, señor; en mi regimiento á ninguno le falta.—No es eso; capotes de los que da la plaza para las guardias. La... pensé. En el cuerpo me habían elegido para servicio tan expuesto en meter la pata.

En aquella época se rezaba el rosario por compañías. «Con devoción y tono reverente, sin mezcla de canto en él para gozos ni otras oraciones», como manda la Ordenanza, que es el código mejor que se conoce. En cuanto le oía decir al cabo de mi compañía, que llevaba el rosario cuando yo estaba de semana: «Un Padre nuestro y un Ave María para el primero que falte de nosotros», aunque se refería al que más pronto muriese, salía yo á escape de la cuadra, pensando: —Para mí es la oración dominical.

En el regimiento un comandante advirtió en el ejercicio á los oficiales no se distrajeran, porque se perdía el tiempo. En seguida mandó poner armas al hombro hallándose los soldados en su lugar descanso; como no le obedecían, porque él se equivocaba, añadió: — «Señores, todos nos distraemos.»

El indicado jefe amenazó á un soldado aragonés con fusilarle.—No me importa; estoy acostumbrado; me han herido varias veces; lo mismo da un poco más que un poco menos— replicó el cazador.—Es V. un valiente,—añadió el comandante dándole la mano.

UN SOLDADO VIEJO.

DOLORA

FINAL DEL APOCALIPSIS.

Ved lo que á Electa, su devota amiga,
escribía San Juan,
«Permite que el destino te prediga
de los hijos de Adán.

El hombre del progreso indefinido,
por su ciego sentir,
no conoce el gran Ser desconocido,
ni al nacer, ni al morir.

Llevado por sus locas ambiciones
de su apetito en pos,
siempre pone delante sus pasiones,
y detrás á su Dios.

Llamándole el deseo hacia adelante
y el recuerdo hacia atrás,
á espaldas de su Dios, vive ignorante,
y muere mucho más.

Por la pasión en guerra, siempre en guerra
con la fe y la razón,
la bestia apocalíptica se encierra
en su ruin corazón.

Siempre el hombre ha de ser el prisionero
de todo lo fatal,
y morirá, lo mismo que el primero,
el último mortal.»

RAMÓN DE CAMPOAMOR.

RECUERDOS

Si en esta serie de recuerdos, no recuerdo mal, quedamos en que iba yo montado en el macho de un aceitero y camino del Puerto, cuando el dueño del macho me detuvo y me dijo en sustancia y en su lenguaje lo siguiente:

«Como yo voy á pie y el señorito va en mi macho, y no vamos los dos de igual conformidad, el animal tiene que ir á mi paso, porque yo no podría ir al paso del animal. De modo que vamos tan despacio, tan despacio que no vamos á llegar nunca.

Si el señorito me deja subir á espaldas suyas sobre las ancas del macho, yo le apretaré al macho y en media hora estamos en el Puerto.

No tenga cuidado el señorito, que no he de molestarle; porque tengo la costumbre de ir de este modo muchas veces, y ni tan siquiera toco á los pellejos de aceite que llevo delante, y menos he de tocar al señorito, que es de mucho más respeto que toda mi mercancía.»

Yo me quedé mirándole, asombrado en parte de lo que por entonces se me antojó el colmo de la insolencia; pero en parte también convencido de que el hombre hablaba en razón.

Los malos pasos pasarlos pronto, pensé yo; y, por repentina y enérgica resolución, y dispuesto á apurar hasta las

heces la copa de la amargura, amargura que dadas las circunstancias se componía principalmente de pringue aceitoso, le dije: «Suba V. y vamos á escape.»

Y el hombre, de un salto, se colocó sobre las ancas de la bestia, que arrancó con un trotecillo ni cómodo ni gallardo, pero que podía pasar por carrera vertiginosa si con la marcha que hasta entonces habíamos llevado se comparaba.

Yo miraba de reojo las sombras que el sol poniente proyectaba sobre la carretera, y entre aquellas sombras veía la del grupo que formábamos *yo, el arriero y el macho;* grupo soberanamente ridículo.

Jamás he experimentado humillación semejante. Jamás se ha ensoberbecido más mi vanidad.

Después de todo, yo llevaba en mi cabeza todo un mundo de ideas nobles y de conocimientos científicos. Yo me consideraba en aquel momento como uno de los seres más ilustres de la creación.

Repasaba en mi memoria todas las clases que había estudiado en la Escuela de caminos, desde el cálculo diferencial é integral hasta las máquinas de vapor; desde la geometría descriptiva y la cosmografía hasta el cálculo geométrico de las lentes de los faros; desde la mecánica aplicada hasta la teoría de la vibración de los puentes metálicos.

Repasaba también todas las matemáticas sublimes que había estudiado por mi cuenta, y toda las obras maestras de nuestra literatura y de las literaturas extranjeras que había leído; y me consideraba como un coloso de saber y de ilustración. ¿Y de qué me aprovechaban toda mi ciencia y todos mis estudios? De ir sobre un macho matalón manchándome de grasa y con un arriero zafio á la zaga.

Y al paso que el sol descendía, mi sombra se desbordaba fuera de la carretera y se iba extendiendo, también colosal, por aquellos alegres campos andaluces. Pero ¿de qué me servía que mi sombra creciese sin límite, si la sombra del arriero que llevaba detrás crecía tanto como mi propia sombra y siempre á

la mía iba unida? ¿Ni qué nos servía crecer á los dos, si en la misma proporción crecía el macho con sus dos orejas aguzadas por el estímulo y la rapidez de la marcha?

No había clases; no había categorías; no había diferencias: el macho, el arriero y yo formábamos una unidad indisoluble. Mi cabeza, llena de integrales, y la del arriero llena de grasa, y quién sabe si de algo más, proyectaban sus sombras á la par.

Con la rapidez del trote, y á pesar de sus buenos propósitos y de sus maneras respetuosas, el arriero, de cuando en cuando, tenía que agarrarse á mí; y yo, para no caer, tenía que apoyarme, ó en el grasiento albardón, ó en el flaco y áspero cuello del animal.

Media hora tardamos en llegar al Puerto, pero una eternidad fué para mí aquella media hora. Y para mayor escarnio, yo llevaba gorra de uniforme, una gorra preciosa, que era mi orgullo: con el escudo del cuerpo en el centro, con su puente y su ancla sobre campo de esmalte azul, con sus botoncitos en que iba también el escudo del cuerpo; con su finísima carrillera de charol, su visera coquetona y su cinta dorada.

Pues todo esto daba de cuando en cuando tropezones en el ala grasienta del abollado sombrero, que cubría la cabeza de mi acompañante posterior; y digo posterior, porque iba detrás de mí, y porque poco á poco había ido invadiendo el albardón del macho y había ido empujándome hacia adelante.

Cada vez que el ala ancha de su lacio sombrero tocaba con mi pulida gorra de uniforme, sentía yo por todo el cuerpo un estremecimiento de horror, de repugnancia y de indignación.

Al fin y al cabo me quité la gorra, y un buen trecho del camino fuí con la cabeza descubierta.

Yo creo que desde aquella jornada tragi-cómica se me empezó á caer el pelo.

* * *

Al fin llegamos; despedí al arriero y al macho; tomé cuarto en una posada, donde permanecí hasta el día siguiente, y á las ocho ó á las nueve de la mañana me embarqué para Cádiz.

Aquel mismo día salí en un vapor que había de hacer escala en Málaga; pero no llegué á Málaga de un tirón, que nos cogió en el Estrecho un temporal tremendo, y después de estar dando vueltas y tumbos algunas horas, entramos de arribada forzosa en Gibraltar, donde estuvimos detenidos tres días.

Así como mi memoria de nombres es fatal, es felicísima mi memoria de localidades.

Me acuerdo, como si ahora mismo la estuviera viendo, de la calle central, que me pareció bastante ancha y muy pendiente. A la derecha se hallaba situado el hotel en que pasé los tres días; y en la misma calle, mucho más arriba y á la izquierda, estaba el teatro, al cual asistí la misma noche de mi llegada, y en que actuaba por entonces una compañía detestable de ópera italiana.

La mayor parte del público se componía de oficiales del ejército, todos muy altos y muy rubios. Allí lucían sus uniformes y su marcial y severo continente una buena colección de hijos de Marte: unos con chaquetilla encarnada y gorra diminuta puesta de medio lado: otros con traje escocés, con sus enagüillas de tela á cuadros y sus pantorrillas al aire. Y todos ellos, por de contado, serios y formales.

Recorrí en los tres días casi todo el peñón; y en lo que más me fijé, por aficiones del oficio, fué en las mamposterías de las fortificaciones. Eran soberbias; pero las había aún mejores en el Canal de Isabel II. Como las mamposterías de la ladera de Patones, no he visto ninguna. Parece imposible que un muro de mampostería liso y sin adornos, pueda tener rasgos estéticos: pues los tiene, gracias al genio artístico de Don Lucio del Valle. Y aquel acueducto de las Cuevas que yo vi construir, y que casi vi proyectar es el *non plus ultra* de la

sencillez y de la elegancia; al menos como modelo de elegancia y de sencillez lo recuerdo.

Imagine el lector, un barranco muy hondo y muy estrecho: en el centro se eleva un peñón; del peñón sube una pila ligerísima; y siguiendo las dos aristas y continuándolas, sin cornisa, capitel ni accidente alguno arquitectónico, arrancan dos arcos circulares, que van á dar cada uno de ellos, y á embutirse, por mejor decir, en los dos laderas del barranco.

Los dos arcos ni son completos ni son iguales; ni, por lo tanto, forman el semicírculo que á cada uno hubiera correspondido en una construcción regular.

El de la izquierda encuentra más pronto que el de la derecha la ladera, y en ella termina bruscamente. El de la derecha tiene que dar una vuelta mayor, y cae, por lo tanto, mucho más.

No es un puente, no es un acueducto: es una palmera de piedra, de tronco ligerísimo y elevado, con las palmas de una y otra parte desigualmente encorvadas; mas erguidas las de aguas abajo; cediendo más á su propio peso las de aguas arriba. Y en toda la obra, ni una moldura, ni un adorno: la belleza noble, pura y elegante de la línea.

He visto obras mucho más grandiosas y por de contado, más difíciles; pero no he visto obra de elegancia más suprema.

En el sobre de una carta la proyectó D. Lucio del Valle.

D. Lucio del Valle, como ingeniero de buen gusto y para obras de construcción sólida, difícilmente tuvo rival en su época, como no lo tenía en su entusiasmo por el Cuerpo de caminos. La carretera de las Cabrillas será siempre, dados los tiempos y las circunstancias, un modelo de carreteras.

Y esto es todo lo que recuerdo de Gibraltar: una calle ancha y empinada; el hotel á un lado; al otro lado, más arriba, el teatro; unas mamposterías soberbias en las fortificaciones; muchos cañones por todas partes; el Peñón muy verde y muy bonito; oficiales que salen á paseo á caballo, y escoceses con las pantorrillas al aire, á modo de niños colosales.

¡Adiós, Gibraltar! ¡Probablemente no te volveré á ver nunca!

***

Me embarqué al cabo de los tres días y con muy mal tiempo llegamos á Málaga.

De este viaje sólo recuerdo que se mareó todo el mundo menos yo. Estas valentías contra el mareo las he pagado más tarde; y hoy, aunque nadie llegue á marearse, me mareo yo por todos.

Los recuerdos no son continuos. Vienen á rachas. A veces hay un tumulto de memorias claras y precisas, como si lo pasado se transportase á lo presente y ante la vista se extendiera. Pero otras veces, vienen vacíos obscuros, lagunas extensas, manchas negras, verdaderos huecos en que todo se borró, como si un grupo entero de celdillas cerebrales hubiera desaparecido ó se hubiera empleado en otros usos.

Pues esto me sucede con mi viaje de regreso á Almería. Este viaje de regreso es en mi memoria una mancha muy negra en que apenas se destacan dos ó tres recuerdos insignificantes.

En Málaga me detuve un día y tomé asiento en la primera diligencia que salía para Granada.

La berlina y el interior estaban llenos, y tomé asiento de cupé, en el cual fuí solo. Y aquí viene uno de los recuerdos á que antes me refería. Aquella noche tuve un frío horrible en lo alto del cupé: jamás he sentido frío más intenso. Sin duda con agujas de hielo me punzó el frío las celdillas cerebrales, porque en ellas llevo eternamente ó al menos llevaré por todo el tiempo que viva, algo así como un tatuaje helado.

Y sigue la mancha negra.

Me detuve en Granada tres ó cuatro días para recibir ór-

denes é instrucciones del jefe del distrito, D. José Aguirre, y otra vez á caballo, como cuatro meses antes, y en compañía de un ayudante de caminos, que iba á caballo también, emprendí mi segundo viaje hacia Almería.

El hueco negro sigue tan negro como antes. Sólo hago memoria de que hicimos el viaje en tres etapas: las de costumbre.

Dormimos la primera noche en Guadix; la segunda noche en el Nacimiento; la tercera en Almería.

Ni hubo ya grandes puestas de sol; ni cortinajes de fuego; ni nubes enrojecidas; ni nada de aquello que tanto me admiró y admiré en el primer viaje.

Sin embargo, nunca olvido que en el *Nacimiento* comimos detestablemente; mejor dicho, no comimos. Nos dieron un pollo que parecía de jaspe por lo duro y aun por las manchas que lucía. Con ser mis dientes de primer orden, no pude hincarle el diente; y al fin, indignado contra resistencia tan tenaz como poco justificada, ordené al ayudante que le echase en las alforjas para almorzarlo á la mañana siguiente.

Y llegó la mañana y llegamos á una venta; y se le descuartizó: sus dos pechugas, sus dos alones, sus dos piernas, su cuello rígido y vanidoso, su arrugado pellejo, su enorme caparazón, porque el pollo era detestable, pero enorme, como que hubo quien sospechó que era gallo, todo se arrojó en el aceite hirviendo de una sartén, y en él estuvo friéndose largo rato.

De este modo salió á la mesa, y de este modo intentamos almorzarlo. Empeño inútil. Aún estaba más duro que la noche anterior.

Lo hice ya cuestión personal: era ya un duelo á muerte entre aquel pollo cocido y descuartizado y frito y machacado durante seis horas sobre las ancas de un caballo, y un ingeniero de segunda clase, número uno de su promoción, con nota de sobresaliente y desesperado y hambriento por añadidura.

¿Por qué se resistía el maldito pollo? ¿Por qué no se ablan-

daban sus apergaminados tejidos? ¿Por qué no tenía alguna más consideración conmigo, que tan superior le era en todo y no se dejaba almorzar por mí?

¿Qué más podía esperar un miserable volátil del Nacimiento, engendro ruin de unas áridas ramblas, sino que todo un ingeniero de caminos descendiera hasta su miserable caparazón?

Mis indignaciones crecieron: mandé sacar los pedazos, envolverlos en un papel y echarlos por vez segunda en las alforjas. Seguimos adelante: á la caída de la tarde llegamos á Almería: me dirigí á mi fonda, y entregué á la dueña los restos de la mal llamada ave para que los desmenuzara, y con ellos me hiciera una tortilla.

Esfuerzo supremo pero infructuoso.

La tortilla se dejó comer; el pollo jamás. Y cansado de la lucha, lo abandoné á su destino.

***

Y aquí termina mi expedición á Cádiz y á Sevilla, y mi vuelta á Almería.

Y para cumplir el programa que di á mis lectores en uno de los precedentes artículos, debo hablar aquí de unas infernales tercianas, que hube de padecer durante algunos meses y que me hicieron más y más intolerable la estancia en aquella capital, que después me ha sido muy simpática, como he tenido ocasión de demostrar en tiempos posteriores; pero que por aquellos tiempos de mi juventud llegó á serme de todo punto intolerable.

Eran horas de mortal hastío. Eran días de una monotonía irresistible. Todos iguales: hoy como ayer, y mañana como siempre: una repetición del vacío: la nada igual á sí misma.

Ya no me bastaban los libros de matemáticas: casi me fatigaban. Ya las novelas llegaron á serme irresistibles. Mis

lecturas iban decreciendo, y sentía el cansancio de un cansancio imposible.

Mecánicamente iba todas las mañanas á ver almorzar á mi compañero, don M. C., que, dicho sea entre paréntesis, almorzaba como un príncipe. Mecánicamente, como si me durase la cuerda del día anterior, bajaba al muelle y me pasaba cinco ó seis horas viendo arrojar escollera.

En pleno automatismo me iba al Casino á leer periódicos, y ni fuerza ni estímulo sentía para leerlos.

Para no comer volvía á la fonda á las ocho; y, sin haber comido, me iba á pasar la noche al teatro, cuando había teatro, y cuando no lo había á casa del ingeniero D. José Monasterio, á matar unas cuantas horas, únicas entretenidas que pasaba en aquellos días de veinticuatro horas interminables.

Pero cuando estaba en la plenitud del aburrimiento me cayó que hacer con las tantas veces anunciadas intermitentes. Ya me ocuparé de ellas cuando dicte el artículo próximo, que en éste, el recuerdo de aquel remoto cansancio, de tal suerte ha llegado vivo y abrumador hasta hoy mismo, que no me deja ánimo para dictar en este momento ni una línea más: me siento aburrido y cansado, y supongo que no estará el lector de este artículo mucho más divertido que yo lo estuve en aquel período de mi noviciado como ingeniero.

Con que hasta el mes próximo, en que seguiré conversando conmigo mismo y con quien quiera oirme.

José ECHEGARAY.

VIAJE DE LA CORBETA «NAUTILUS»

POR SU COMANDANTE

D. FERNANDO VILLAAMIL

Mal hado han tenido siempre en España los libros serios; pero desde que el periodismo se ha hecho callejero y trashumante, que todo lo sacrifica á la variedad y á la abundancia de las noticias, que en vez de cuadros hace fotografías instantáneas, confía su éxito más que á la pluma de los escritores á la agilidad y olfato de los trotacalles y entremetidos, y no aspira, en fin, á ilustrar y dirigir al público, sino á distraerle y marearle, es inútil buscar en los periódicos diarios aquellas columnas cerradas del ocho sin regletas, que aunque de tarde en tarde ponían al lector al corriente del movimiento intelectual del país, contribuyendo á la general cultura de un modo eficaz y sencillo, pues aun hechas someramente, las revistas bibliográficas, ahorraban mucho trabajo y mucho tiempo al aficionado, avivaban las vocaciones, despertaban las aptitudes y eran estímulo y publicidad á las grandes empresas literarias, que hoy no la logran gratuita, sino en casos muy especiales y en misérrima forma. ¡Columnas enteras! El periódico que no ve las suyas bien partidas en cinco ó seis parágrafos cada una, con sendos títulos llamativos, rimbombantes, y si es posible novelescos, cree mal empleado el día, burlada su misión y estéril su propaganda. Columna entera únicamente la merece hoy la causa

criminal, el chisme de trascendencia política, el escándalo monstruoso, ó el recuento, no siempre desinteresado, de esas fiestas y banquetes sibaríticos, que, por desgracia, abundan, y que exagerados en la prensa callejera por especialistas galiparlantes, llevan con horrible oportunidad á las buhardillas y á los centros de la miseria ideas que hacen rechinar los dientes y enarbolar los puños... cuando no los puñales. En cambio de los libros, aun recibidos gratis y con empeños en la redacción, apenas si se hace nómina, sacándoles, cuando más, á buen tun tun, y tal vez sin abrir las hojas, no ya la quinta esencia ni el extracto, sino el escaso jugo que destilan las portadas, con que parecen las pseudo revistas de ahora, más de comisario que de crítico, á cuyo mal acuden ciertos autores acompañando al volumen regalado el bombo hecho en la propia fábrica, que aun así suele recortarse y encogerse bajo la tijera periodística, para que en media columna queden satisfechos media docena de amigos.

Aquel que sólo estudie nuestro movimiento intelectual por los datos de la prensa diaria lo creerá nulo ó limitado á insulseces y recopilaciones de fiambres recalentados, siendo forzoso acudir al *Boletín de la librería de Murillo*, ó á los que publican algunas casas editoriales, para convencerse de que nuestra decadencia, por fortuna, es menor en las altas esferas científicas y literarias que en los libros de *monos* y de peseta por barba. Injusto sería, sin embargo, dejar de agradecer á esa evolución de la prensa política el arraigo y el desarrollo, que, aunque lentamente, va adquiriendo un elemento de cultura muy difícil de aclimatar entre nosotros, la *Revista*, que es un término medio entre el periódico y el libro, que ni fatiga al lector, ni le deja enteramente con la miel en los labios; donde es posible hermanar lo útil con lo dulce, lo ameno con lo profundo y lo instructivo; satisfaciendo así las necesidades intelectuales de una gran masa de espíritus, en quien aviva el deseo de la meditación reposada y serena, ese mismo vértigo noticieril de los periódicos, ese desfloramiento de las cues-

tiones más trascendentales, esa especie, en fin, de caleidóscopo neurótico y mareante, que nos obliga la vida moderna á contemplar desde que Dios amanece, mal nuestro grado tal vez, y á despecho de una situación psicológica, que, no ya á los españoles, sino á casi todo el mundo, impone la meditación antes que la ligereza y el aturdimiento, en estas postrimerías tremebundas del siglo XIX.

* * *

Mucha prosa y mucho exordio parecerá éste, para tan sencillo objeto como es que el lector caiga en la cuenta de no haber visto siquiera un mísero anuncio de libro tan importante y deleitoso como el que acaba de publicar el capitán de la corbeta *Nautilus*, que con ella ha dado la vuelta al mundo nada menos, mientras le zumbarán en los oídos los de otros cien librillos antes olvidados que no impresos. Y tampoco será ciertamente porque el Sr. D. Fernando Villaamil haya dejado de poner en su obra todos aquellos atractivos y reclamos que atraen hoy al público, pues tocante á la ciencia náutica, aunque profanos á ella, nos parece que *El Viaje de la Nautilus* ha de servir de derrotero á más de un futuro navegante; por lo dramático y entretenido hace á las mismas novelas de Julio Verne la ventaja de ser pintura fiel de países y hechos reales, que no invenciones de la fantasía, ni sueños más ó menos verosímiles, y sin perder un solo momento su carácter de simple relación de viajero, con la añadidura de extensísima y hasta cierto punto uniforme, por arte que consiste en nuestra opinión en no haber tenido el Sr. Villaamil ninguno, ni siquiera pretensiones de escritor, ni pujos de originalidad, le ha resultado muy varia, muy pintoresca, muy instructiva, y, sobre todo, tan natural y corriente, que las materias se encadenan por sí mismas sin torcer ni embrollar el hilo de la narración un solo punto. En aquellos donde

las descripciones cuadran bien, por tratarse de países poco conocidos ó que ofrecen interés especial para nuestra política ó nuestro comercio, carga la mano algún tanto, sin perjuicio de la sobriedad, que es dote peregrina de este autor, revelada desde las primeras páginas, cuando al rendir su *Nautilus* la jornada primera, la admirable situación geográfica de las Canarias, su clima, la feracidad de su suelo y su lisonjero porvenir, le inspiran párrafos llenos de patriotismo, de conocimientos prácticos, de sensatez y amplias miras. Pues la historia y las costumbres, que ocupan en su libro grandísimo lugar, nunca vienen á la pluma del Sr. Villaamil sino en aquellas etapas de su viaje donde sus guardias marinas pueden respirar una atmósfera bajo algún aspecto perjudicial, pues no habrá lector que ignore que la *Nautilus* es una escuela de instrucción, y que su viaje tuvo ante todo carácter instructivo, aunque resultara naturalmente de alta conveniencia política. A mayor abundamiento, como era de esperar de un oficial de la armada, siente el autor por sus educandos tan sincero afecto, que su libro más abunda en ternezas de padre que en lecciones de pedagogo. Las páginas 29, 63, 289, 355 y otras muchas, ofrecen de ello buen testimonio.

Verdaderamente los *michis*, como á bordo suele llamarse á los guardias marinas, aceptando el mote que les dan las graciosas andaluzas de Cádiz y San Fernando, y que es en puridad contracción de una frase inglesa que significa *medio oficial de barco;* los *michis* producen en el espíritu reflexivo una impresión singular, que no es simplemente dulce y tierna, como el espectáculo de la juventud suele serlo, sino más honda todavía y con ciertos dejos de amarga; porque si lo por venir, siempre simpático, de otros mozos estudiantes aparece entre las brumas del pensamiento con las varias alternativas de la voluble fortuna, el de los *michis* presenta una línea recta é inflexible, que se va ensombreciendo hasta del todo ennegrecerse é inspirar profunda é instintiva compasión. Los peligros que en todas las carreras del Estado rodean al joven, digamos, por

ejemplo, en la milicia misma, que es la más peligrosa y contingente, preséntanse á la imaginación como accidentes naturales de la vida, no superiores al vigor ó al esfuerzo del hombre, ni mucho menos á su inteligencia y sufrimiento, mientras el marino puede razonablemente compararse con un loco de atar ó un ciego temerario, que los peligros desconoce y de suyo toma un camino que en realidad no lo es, porque él mismo ha de abrírselo á cada hora en lucha con todos los elementos, obligado á dominarlos, siendo al par esclavo de todos y su juguete. Cuando contemplamos un colegio militar, son tantas las líneas que forman, por decirlo así, el nimbo de aquellas cabezas juveniles, que los trances de la guerra se compensan en nuestro pensamiento con las dulzuras de la paz, los cánticos de muerte se poetizan con los himnos de la victoria, y aun los mayores peligros se nos figuran hasta cierto punto subordinados á la inteligencia, á la habilidad y á las cualidades personales; pues, en efecto, ¿quién nos dice que no hay allí algún Napoleón en agraz?: consideraciones que aminoran la inspiración de los tristes augurios, porque dejan muchos huecos en el horizonte de la vida á los rayos de la esperanza; mientras la línea del oficial de la armada, si la observamos con filosofía, ya se ha dicho que aterra cuando se desvanece en un infinito tenebroso, en un abismo de abismos impenetrables é ignorados. Aun librándose de los peligros de tierra, en que con todos los humanos es co-partícipe, á los del agua y el aire, que siempre han sido su dote especial y privativo, agréganse ahora los del fuego, vida y muerte de las máquinas que al barco empujan, enemigo que con sonrisa paternal y bondadosa da sin cesar al marino abrazos de Anteo que pueden ahogarle, sin que la ciencia, la previsión, cualidad ni virtud alguna baste á impedir que el barco mejor dirigido estalle de repente en mar bella y sereno día, mientras la tripulación canta sobre cubierta descuidada. Pues ¿qué decir de esas monstruosas invenciones modernas, en cuyos cálculos el hombre ha figurado por un cero á la izquierda, pues más que á los enemigos parecen destinadas

á matar á los tripulantes, inmanejables, ingobernables, inhabitables, donde se respira una atmósfera de gases mortíferos, que quizá cuando se eleven al cubo en trances de guerra, que no han llegado todavía por misterioso y providencial arcano, muestren la inutilidad de esos cruceros, de esos torpederos y cazatorpederos, donde la vida misma, el aliento, la respiración, —no digamos ya la serenidad del ánimo, ni la firmeza del juicio tan necesarios á los que combaten—pueden hacerse imposibles al funcionar la electricidad en máximas atmósferas, combinándose con la dinamita, la melinita y esas otras mil sustancias deletéreas que hoy los explosivos contienen!

Y ¡pensar que esos pobres *michis* tan simpáticos, que se creen ya señores de la inmensidad azul porque saben marcar un rumbo ó tomar una altura, ó porque lucen el botón de ancla, que es acaso el verdadero depositario del secreto de su vocación, pueden encontrarse mañana en un *Malaspina*, en un *Reina Regente*, en un *Sánchez Barcáiztegui*, después de haber dado sin novedad la vuelta al mundo en un barco de vela á la antigua usanza! ¡Pensar que en mares ayer desiertos hoy es la concurrencia tal, que si sigue la progresión de estos últimos años, los choques serán tan frecuentes como los escamoteos en la Puerta del Sol! Comprendemos que el comandante del *Nautilus* se enternezca al hablar de los guardias marinas, y nos pondere á menudo sus buenas prendas, su constante jovialidad contagiosa, sus juegos é invenciones al paso de la Línea, en la noche de Navidad, y en ciertas festividades; comprendemos también que el nombre de botella con apellidos andaluces suene tal vez en los párrafos que tratan de las relaciones entre ellos y la plana mayor del buque, y que el Sr. Villaamil les dé vacaciones en los puertos, que es cosa muy puesta en razón, cuando con cuenta y razón se da á estudiantes tan asiduos y subordinados como los que tenían por cátedra el *Nautilus;* que los haga participantes de su mesa á bordo, de sus giras y convites en las estadías, y mejor aún comprendemos la maliciosa ternura envuelta en las melancó-

licas tintas del hombre maduro que hacen un tornasol como de envidia, con que nos habla de ciertos muelles donde al levar anclas la corbeta, multitud de blancas manos, por lo general inglesas ó anglo-americanas, agitaban sendos pañuelos, quizás húmedos de llanto... Y nunca el Sr. Villaamil pretende que tan dulce despedida se hiciese á la oficialidad ni á la bandera española, sino á los *michis*.

Como nosotros lo creemos también á puño cerrado, presentándonos espontáneamente por testigos de excepción, que si no la vuelta al mundo, hemos dado otra no pequeña por esos mares, en la grata compañía de dos ó tres docenas de guardias marinas, que iban también en viaje de instrucción práctica al más remoto de nuestros apostaderos. Y, en verdad, que el mismísimo D. Antonio Maura hubiera sentido amenguársele algún tanto el flujo antimarítimo, si con nosotros hubiera pasado interminables singladuras, que se hacían breves en aquella cátedra casi constante de peregrinas y originales enseñanzas, donde un simple alférez de navío, poco menos imberbe que los mismos *michis*, bastaba á imponer la subordinación más estrecha á mozalvetes retozones, aun en los casos en que el pasaje femenino, bullicioso y maleante, los provocaba desde la cámara, tocando el piano ó cantando peteneras, á mandar á paseo rumbos y constelaciones para entregarse á las sirenas y las ninfas. Y no era falta de sangre ciertamente, ni de afición al sexo que produce los huracanes del alma, ni encogimiento colegialesco, porque toda la gravedad de la cátedra y del catedrático era poca parte á impedir ciertos estremecimientos convulsivos, como de corcel árabe, que respondían, arrugando y aún arrancando hojas de los librotes, á los ruidos de la cámara, poéticamente comparables á los de la perdiz en celo, hasta que, dado el punto y la hora, salían á hacer ejercicios prácticos, con las que llamó Shakespeare pérfidas como las olas. ¡Y sépase, para concluir, que aunque ya duchos en capearlas y correr la tormenta, en respetuosidad, compostura, atildamiento y galantería, aquellos lobeznos de mar podían

poner á su vez escuela para todo el pasaje, donde abundaban esos tipos más ó menos juveniles, que, al verse fuera de su patria, aprovechan todas las ocasiones de lucir la mala educación que en ella se da hoy á la juventud!

Así como comprendemos al Sr. Villaamil, comprendemos que las mujeres se perezcan por los marinos, que al fin y al cabo saben navegar en todas las aguas, y necesitan más cada día para ahogarse la conjuración de varios elementos, mientras los cetáceos terrestres se mueren de anemia ó tisis al menor aire colado.

***

Rara habilidad y difícil, ha demostrado el señor Peña y Goñi en el pintoresco prólogo que encabeza el *Viaje de circunnavegación de la corbeta* NAUTILUS. Jáctase con razón de haber contribuido, «como nadie», á que el libro se escribiera, venciendo la resistente modestia del autor, con la consideración de que era una deuda implícitamente contraída con el público, y que el Sr. Villaamil estaba obligado á dar cuenta histórica y crítica del interesante depósito que en sus manos puso la patria desde el 30 de Noviembre de 1892, hasta el 16 de Julio de 1894. «Sin mi inquebrantable obstinación, dice el prologuista, y nos place consignarlo y agradecérselo; (el libro) hubiera naufragado seguramente, habríase ido á pique con todo su inestimable cargamento.»

Gracias también á la amistad fraternal que á los dos escritores une, se encuentran en el prólogo pinceladas psicológicas que nos pintán de cuerpo entero al capitán de la *Nautilus*. Siendo «en la mar, lo que en términos modernos se llama un *vibrante*, se convierte en colmo de la timidez cuando se trata de alejarlo del elemento de su devoción...» «en tierra, se vuelve locuaz, parece un colegial en vacaciones, libre del uni-

forme que á bordo le aherroja á las severidades de la disciplina militar, y le encoge la cara y le endurece los ojos, y lo convierte, allá en la toldilla, en la estatua de Harpócrates...» «á bordo está en el hogar; el buque y Villaamil son, por decirlo así, consustanciales; hablar del uno es exhibir al otro, por lo cual, el colegial en vacaciones cede el puesto al jefe militar».

En fin, «marino, ante todo, hombre de mar de los pies á la cabeza, con su rostro cetrino y su vista alegre y melancólica, llena de sal y cubierta de nieblas como el Océano...» «Dar la vuelta al mundo á bordo del *Nautilus*, era para Villaamil rehacerse una virginidad de marino, casarse con la mar y emprender el viaje de novios, en grata compañía con 300 hombres, que voluntariamente, llenos de entusiasmo, le acompañaban en su expedición.»

No menos exacta que la del hombre, para nosotros desconocido, nos parece la pintura del escritor, á quien hoy podemos juzgar por su libro. «Cosmorama literario, dice el Sr. Peña y Goñi; admirable y atractivo por su misma realidad, sus capítulos traen á la mente la visión de mundos y de hechos originales; visión que en ocasiones deleita, instruye en otras, conmueve más de una vez, é interesa siempre.» «Villaamil posee, como pocos, el sentimiento de lo que escribe, dice en otro lugar; narra ampliamente, traslada al papel lo que ha visto, con la sensación que ha producido en su ánimo, y deja correr la pluma. Docto sin pedantería, sencillo sin afectación, espíritu perspicaz, devoto de todo racional progreso, historiador verídico, crítico sincero y justo, dotado de notable clarividencia... observa, estudia, escudriña, sometiendo cuanto ve á su criterio sano y firme, criterio de hombre curtido en las batallas de la vida y en las especulaciones de la ciencia, acostumbrado á las soledades inmensas de la mar, que le han enseñado á sondar las grandes profundidades y á no dejarse sugestionar por las impresiones del momento.»

En lo que no estamos tan conformes con el prologuista, es en

el concepto que parece tener de la literatura, cuando asienta como nosotros que el principal encanto del libro es carecer de ella, y la define á renglón seguido en términos, que no viene á ser otra cosa la literatura que «lo insustancial, lo cursi» y la corrupción del habla de Cervantes. Sin entrar en disquisiciones, impropias de este sitio, cabe decir que en ciertos géneros literarios, principalmente los viajes, el mérito se avalora ante todo por la exactitud, la naturalidad, la espontaneidad, que constituyen la mejor de las literaturas, pero tampoco ha de negarse que esas mismas calidades puedan brillar también revestidas con atildadas formas, sin caer en lo insustancial y lo cursi. El *Viaje á Persia,* de D. Adolfo Rivadeneyra, *La Alpujarra,* del inolvidable Alarcón, y algún otro libro moderno por el estilo, no carecen de aquellas condiciones, sin dejar de ser ante todo literarios. «Inflar los carrillos y oficiar de sabio, hubiera sido convertir el libro en estepa intransitable.» Cierto; el Sr. Peña y Goñi lo dice muy bien. «Escribir cavatinas literarias y rondós con variaciones, no podía intentarlo siquiera quien es refractario al embuste.» Ciertísimo; aunque los términos se nos atraganten un poco por venir de tan distinguido crítico musical. «Y lanzarse á descubrir mediterráneos era misión que casaba mal con el temperamento del comandante del *Nautilus.*»

Afortunadamente para el discreto y pintoresco prologuista, á través de ese ropaje un poco abigarrado, se comprende bien que va defendiendo nuestra misma tesis, la naturalidad y la sencillez de la literatura del Sr. Villaamil, y para que mejor resalte, recarga la antítesis de tal modo, que ya no es lo espontáneo y lo verdadero la entraña de su argumento, sino el simple sentido común. ¿Sería tan buen libro el *Viaje de circunnavegación,* si su autor no oficiase alguna vez de sabio, sin inflar los carrillos por supuesto, y probara que los marinos españoles pueden discutir, por ejemplo, las Cartas del Almirantazgo inglés, y aun disentir de ellas y trazarse otros rumbos, como en algunas ocasiones se vió en la *Nautilus?* Si esto es

meterse el autor en estepas intransitables, todo el capítulo XXIV (sin contar mucha parte de otros), está consagrado á los cambios de itinerario y á las dificultades de la navegación, y no hay peligro de que el lector por ello se aburra. Pues ¿qué es decir cavatinas y rondós con variaciones? ¿Se trata de los temas vulgares, que llamamos propiamente manoseados? Nada lo está en España ni acaso en el mundo entero como el descubrimiento de América y nuestras relaciones y nuestras vicisitudes en ella, que han llegado á formar el Génesis de la historia moderna y de la civilización universal, y no se nos alcanza cómo en tal viaje hubiera podido prescindirse de ese manoseado tema. En efecto, el Sr. Villaamil, cuando viene á cuento, porque sale del estrecho de Cook y va á pasar el de Magallanes (que no pasó al fin por contrariedad del tiempo, y no poca suya, que le autoriza á criticar á los *contramaestres de muralla* que le habían pronosticado catástrofes en aquel paso del Atlántico al Pacífico), hace de pronto esta virada ó dígase exclamación tan sencilla como oportuna: «No hay, ciertamente, paraje alguno de cuantos baña la mar, que encierre tantos recuerdos honrosos de nuestra historia marítima como el Estrecho de Magallanes y sus inmediatas costas.»

¿Hay en efecto nada más natural, aunque el tema sea tan manoseado? ¿Parecerá oficio de sabio ni cavatina patriotera el dedicar luego dos páginas y pico, que no llegan á tres, á las expediciones de Loaisa, Caboto y Pedro Sarmiento de Gamboa, para reconocer y dar á conocer el Estrecho que había descubierto el desgraciado Magallanes, máxime si al mismo tiempo nos recuerda que Méndez Núñez fué el primero que se atrevió á cruzarlo con un barco acorazado de tan grandes proporciones como la fragata *Numancia*, y escribe otras páginas por el estilo, no menos sobrias, patrióticas y oportunas, de que todo el libro está sembrado? Acaso podría tildarse al Sr. Villaamil de exceso de laconismo y quizás también de soslayar cuestiones muy importantes para el comercio y el mundo moderno, que tanto ó más que las glorias históricas nos interesan hoy, como los repetidos

proyectos iniciados por España desde el siglo XVI para la apertura del istmo de Panamá. A Vasco Núnez de Balboa un sólo recuerdo y muy de pasada y en son crítico le dedica por haber creído que la América era un continente, siendo así que de este error participaron casi todos los primeros descubridores, incluso Cristóbal Colón, y que el infeliz capitán extremeño no fué el que inventó la denominación de Tierra firme, sino por lo contrario, en su famosa carta al Rey Católico de 20 de Enero de 1513, hay tales vislumbres y adivinaciones, que puede creerse que entreveía la realidad geográfica y científica, es decir, tanto ó más que los cosmógrafos empezaban á sospechar de América, pues se dice repetidamente poseedor de tales secretos, que se tenía «por el más bienaventurado hombre que nasció en el mundo».

* * *

Habíamos pensado terminar este estudio del libro del señor Villaamil con algunos extractos, ya que no pudieran ser copias literales, de las páginas más dignas de ser leídas con detenimiento, completando así las indicaciones del prólogo, que cita por pintorescas y originales «carreras y expediciones á los montes, las bajadas á los antros mineros, entre ellas, la referente á las minas de oro, que está contada con admirable *sans façon*... banquetes y bailes... (y) la historia de los *maoríes*, en la cual se destaca la simpática figura de mistress Donelli, uno de los trozos descriptivos más originales de la obra. Australia, Nueva Zelanda, Melbourne, Sidney, Christchurch, Chile, Montevideo, Buenos Aires, Nueva York..., países y poblaciones, adquieren en el libro de Villaamil extraordinario relieve».

Pese á lo que nos hemos entretenido, considerando la calidad de los lectores de esta REVISTA y el rumbo que hoy siguen los espíritus en España, que por cierto es por donde nos-

otros quisiéramos con todas nuestras fuerzas empujarlos, se limitará esta última parte de nuestro artículo á recomendar aquellos aspectos del *Viaje de circunnavegación* que se relacionan con las grandes industrias y los progresos del mundo moderno, para que el positivismo de nuestra juventud pierda el carácter visionario y *nirwanesco* que un falso concepto de las riquezas de América y largos siglos de aventuras y holganza le han dado, penetrándose bien con el ejemplo de las razas prácticas, de que sin el trabajo y el estudio no quedan ya caminos que abrir en nuestro planeta, donde la vida se va haciendo, más que difícil, imposible para los que prescindan de estos dos polos de la moralidad pública, pues, inconscientemente se colocan en el terrible dilema de ser amigos ó enemigos de la sociedad, elementos de orden y progreso ó de corrupción y anarquía. Más crudo aún hemos de decirlo. El hombre del siglo XX habrá de optar entre el libro y el trabuco para hacerse lo que vulgarmente se llama una posición. Los atajos y las sendas tortuosas se van cerrando por sí mismas.

*
* *

Nada tan oportuno á este propósito como el capítulo VII del *Viaje,* dedicado al Africa, y natural y muy especialmente á la maravillosa colonia del cabo de Buena Esperanza, que, con sus campos de diamantes y sus minas de oro ha sido para las ambiciones bastardas de nuestros días un incentivo tan peligroso como el Potosí, la isla de las Perlas y *El Dorado* pudieron serlo para nuestros abuelos; fecundos como aquellos en desengaños y ruinas. Es además el Africa en estos momentos teatro de una lucha de intereses eurepeos, que la convierte en un país apocalíptico y misterioso, donde la ciencia parece proponerse resolver gigantescos problemas antropológicos como

el de la trasplantación de gran parte de la raza humana y la destrucción de la influencia del medio ambiente, para que el hombre nazca blanco donde ha nacido negro hasta ahora.

Con razón al doblar el Cabo de las Tormentas y fondear en la bahía de Tablas el 9 de Febrero de 1893, preguntaba el comandante de la *Nautilus* á la tierra que se ofrecía á sus ojos: «¡Africa, país de los negros! ¿Será tu destino en lo futuro albergar como únicos habitantes á los emigrados europeos, que, so pretexto de explorar tus inmensos desiertos, destruyen y aniquilan tus actuales pobladores? Todo pudiera suceder, y, pensando cuerdamente, es de temer que si una sola nación lleva casi extinguida la primitiva raza en continentes é islas de gran extensión, la reduzcan pronto, entre las varias que se apresuran á tomar parte en la conquista y civilización de Africa, á un estado tal, que no se halle un negro para un remedio.»

En el párrafo siguiente se revela el estilo nervioso del autor y su ruda franqueza de marino.

«Indudablemente, la tendencia de la época actual será muy humanitaria para algunos; pero antójaseme á mí que es cruel y feroz. ¡Cuidado con llegar á un país y decir á sus habitantes: Sois unos salvajes que no conocéis las ciencias y artes del día; por lo tanto, indignos de vivir aquí. Fuera, ú os cazo, que esto lo queremos nosotros los europeos!»

Excitada su bilis, hace en breves líneas la historia de la colonia inglesa del Cabo *por vía de consuelo de la bofetada de Gibraltar*, historia que, como toda la de las modernas conquistas ultramarinas, es el reverso de la medalla de las que hicimos los españoles en época menos culta y civilizadora. En verdad, no se concibe que desde fines del siglo XVII, en que Inglaterra, protegiendo piratas y *flibustiers* y acaparando la trata y el contrabando, se hizo gran potencia marítima y conquistadora, haya habido escritor extranjero que se atreva á recordar los llamados horrores de Cortés y las atrocidades de Pizarro, siendo así que la escuela inglesa, en que han apren-

dido los modernos conquistadores, toma por modelos, no ya á esos héroes españoles, sino á los Carvajales y Aguirres y aun á los mismos Leoncillos.

Tenían los holandeses en el Cabo de Buena Esperanza una colonia próspera y pacífica como todas las suyas, en que hizo presa la Inglaterra al verlos ocupados en las guerras napoleónicas. Ni la paz de Amiens, ni protestas, ni reclamaciones, les valieron, y hoy mismo, los descendientes de los antiguos colonos holandeses, más perseguidos que los negros con el nombre de *boers*, están sentenciados á desaparecer por completo. Para apoderarse de las minas de diamantes, hizo cosas la Inglaterra que un escritor de su misma nación, J. A. Fronde, ha calificado de insolentes y cínicas. Y, ¿quién sabe si ahora mismo los sucesos que están produciendo la crisis verdaderamente espantosa de que hablaremos luego, no envuelven intrigas ó amaños ingleses que eclipsen á los pasados?

Desde la reforma del sistema colonial en 1853, el Cabo goza de autonomía bajo la dirección de un gobernador inglés, y realmente sus progresos disculpan los horrores de la conquista, ya que hacerlos olvidar parece imposible mientras haya en el mundo sentido moral. El puerto de Cape Town, de comercio y refugio á la vez, con un rompeolas de 4.000 pies ingleses, compite con los mejores de Europa, y ha costado dos millones de libras esterlinas. El Sr. Villaamil, con buen criterio naval, censura á sus constructores, porque la bahía de Simón ó Falsa Bahía, muy próxima también á la ciudad, hubiera costado menos y llenado mejor las necesidades mercantiles de la colonia. La exportación de lanas casi exclusivamente se verifica por Port Elizabeth y East London, prescindiendo de Cape Town.

Acerca de los productos naturales del país, hace el autor algunas observaciones que nos importa recoger. Aunque fértil y productor de buenos cereales, todavía su importación excede á la exportación, y en cuanto á los vinos, en vano se intenta remedar á España hasta en algunos nombres. Ni el

Jerez, ni el Pontac, ni el famoso Constancia, pueden competir con los nuestros medianos para mesa, y el brandy del Cabo es un verdadero veneno. Además, el cultivo y la elaboración progresan muy poco, ni aun en las grandes propiedades que explota el gobierno, pues por haber visitado la colonia hace un cuarto de siglo, puede el Sr. Villaamil ser voto en esta materia tan interesante para España. Sirva, pues, de aviso á nuestros vinicultores. En aquel mercado podemos hacer buena figura. El retorno con lanas es casi seguro, pues en 1890 se exportaron ya 30.000 toneladas.

Kimberley es la costa de los campos diamantíferos, como Pretoria y Johanesbourg las de las minas de oro. De estas últimas, las mejores corresponden al Transwaal. Ambas producciones y las de otros metales progresan de un modo extraordinario. Ocurre con los diamantes la singularidad de estar estancada su exportación, porque el gobierno garantiza á un tiempo al minero la propiedad y al comprador ó exportador la legitimidad de la piedra, lo que ha creado, como toda legislación restrictiva, una clase de defraudadores y contrabandistas en que no faltan por desgracia algunos compatriotas nuestros, de que ofrece el libro del Sr. Villaamil curiosos ejemplares. Es edificante el relato del escamoteo de que suelen ser víctimas los trabajadores de las minas y los aventureros que mal ó bien adquieren un buen diamante y quieren burlar á la aduana. Rara vez consiguen su objeto, porque son robados ó asesinados por otros, que á su vez sufren la misma suerte.

De las minas de oro, citadas ya, como hemos, visto por el Sr. Peña y Goñi, es el recuerdo en estos momentos no menos instructivo para la Europa entera, que está siendo víctima de esa gigantesca estafa que, ofreciéndole ficticios tesoros del Transwaal ha escamoteado verdaderos tesoros á los ambiciosos y á los cándidos, hecho quebrar las Bolsas é introducido en la contratación de los valores públicos un pánico que todavía tardará muchos meses en desaparecer. En 2.000 millones de francos calculan los economistas franceses las pérdidas sufri-

das hasta el día en este inmenso naufragio de ilusiones y esperanzas absurdas, presentándose el fenómeno tan frecuente en la sociedad moderna, de que se vea la herida y la sangre que vierte y no la mano que la ha causado. La locura humana, en uno de sus frecuentes arranques, levantó las minas hasta las nubes, y en otro las ha dejado caer, aplastando á los papanatas que esperaban una lluvia de oro.

En cambio ¡qué fortunas improvisadas, qué magnates y qué Cresos, aparecen allí! Los Rostchild y los potentados de la Unión americana palidecen ante sus rivales africanos. Barney Barnato, *clown* ó payaso de una compañía de titiriteros que llegó á la ciudad del Cabo en 1873, hoy mide por cubos sus diamantes, se le llama públicamente *el rey del oro,* y tiene una corte de parásitos que le inciensan como á un emperador oriental. Habilísimo formador y manipulante de compañías mineras, él acaba de agitar en las Bolsas europeas el famoso *Krach* del *Boom,* ó derrumbamiento universal de las acciones de minas, Dios sabe por qué medios.

Hay otro ricachón, llamado Rhodes, y por mote el Hernán Cortés del Africa austral, no por sus conquistas de territorios sino de libras esterlinas, y un Robinsón, que ofrece al gobierno colonial préstamo de 300 millones, tiene un Banco exclusivamente suyo, tres periódicos, palacios, yate, etc., etc. No sabemos si es el mismo Robinsón que hoy preside la república (los nombres coinciden), y contra el cual acaba de sublevarse el doctor Jamesson con 700 ingleses de la compañía africana, pidiendo reformas políticas que todavía no define bien el telégrafo. Aunque lo desautoriza el gobierno inglés, y lo califica á boca llena de *filibustero*, porque toda la Europa culta así lo califica, ¿quién sabe? volvemos á decir. Si triunfa será un buen inglés.

¡Pobre Africa! ¡cuánta inmoralidad, cuánto vicio y cuánto crimen, que se dejan muy atrás á los que refirieron al comandante de la *Nautilus* los ex presidiarios españoles del cabo de Buena Esperanza! Y contra aquellos escamoteos y

aquellos crímenes quedaba el recurso de la policía, de los tribunales, del esfuerzo personal y del revólver; pero contra estos, implícitamente autorizados por una organización política que eleva á dogma el desamparo de los débiles, de los ignorantes, de los menores, en fin, que forman la mayoría de toda sociedad, no cabe recurso alguno. El reo es invisible, el crimen anónimo. Aun siendo España de las naciones menos explotadas hasta ahora por estos grandes estafadores, hasta en las cocinas hemos visto agitarse una nube de agentes ofreciendo con grandes primas en forma de acciones de 50 y 25 pesetas montes de oro de las minas africanas, llegando algunos de éstos á recibir en pago libretas de la Caja de Ahorros, ó pequeñas cotizaciones semanales como las de las máquinas Sínger. Así no parece inverosímil que la estafa se haya elevado á *2.000 millones de francos*, que acaso todas la minas del Africa no los produzcan en el siglo XX, de cuya aproximación hacen tales sucesos evidente señal, y aún podríamos decir cometa de rabo.

VICENTE BARRANTES.

LOS SALONES DE LA CONDESA DEL MONTIJO

I

DESDE el principio de las revoluciones que, durante todo el transcurso del siglo actual, han transformado las condiciones políticas y sociales de España, ingiérese el nombre de la casa condal del Montijo como una de las palancas que con resolución más decidida impulsaron su movimiento inicial. Hay que remontarse al reinado de Carlos IV para colocarse en el punto verdadero de partida de toda esta evolución y en la noción exacta de las causas que la produjeron; no porque la importancia social y política de esta antigua casa de próceres arranque ó se derive de fecha tan próxima á la nuestra, sino porque aun con proceder esta esclarecida familia de las estirpes más linajudas de nuestra antigua aristocracia, nunca tomó un papel tan determinante en los sucesos más profundos de nuestra historia.

La casa de los Portocarrero del señorío del Montijo, fué desde los comienzos del siglo XVI, rama desprendida del tronco, que la reina Doña Juana, llamada *La Loca*, condecoró con los títulos de marqueses de Villanueva del Fresno y de Barcarrota, desde aquel tiempo enlazada con la de los condes de Lemos. Con entronques ventajosos, en el primer año del reinado de Felipe III, y á 13 de Diciembre de 1599, logró trocar por título de conde el de su simple señorío; el último de los Austrias,

Carlos II, habiendo crecido los de este linaje en estado y servicios, les concedió la grandeza de primera clase, suprema aspiración de nuestras familias nobles en el primer grado del parentesco de honor de nuestros monarcas con los más aventajados de sus súbditos. Ya en la casa de los Portocarrero del Montijo había entrado la rama de los Guzmanes, condecorada con los marquesados de Ardales y de la Algaba y el condado de Teba, concedido este último por los Reyes Católicos con grandeza á D. Rodrigo Ramírez de Guzmán, de modo que en lo sucesivo, con los mayorazgos, en cada caso de sucesión, se compartían los apellidos, llevando siempre el de Portocarrero los primogénitos, y el de Guzmán, con los feudos correspondientes, los de la segunda rama. Con todo, entrado el siglo XVIII, volvióse á hacer fusión de todos estos apellidos y mayorazgos, mediante el matrimonio de la condesa de Teba, doña Dominga de Guzmán y Fernández de Córdova, hermana del cardenal de Toledo D. Luis, con su tío el conde del Montijo D. Cristóbal Gregorio Portocarrero y Guzmán, y ya en la prole que de este enlace se produjo, comenzó el hilo que inmediatamente se anuda con los personajes objeto del presente estudio.

La generación de este matrimono, heredera de todos los títulos y estados de las dos casas unidas, se limitó á sola una hembra, Doña María Francisca de Sales de Portocarrero y Guzmán, que casó con D. Felipe de Palafox y de Croy, marqués de Ariza y almirante de Aragón. Seis hijos salieron de este tálamo: dos varones y cuatro hembras; D. Eugenio Eulalio y D. Cipriano, que sucesivamente heredaron los títulos y estados vinculados del heráldico patrimonio, doña Ramona, que por su casamiento con D. José de la Cerda, fué condesa de Contamina y de Parsent; doña María Tomasa, mujer del marqués de Villafranca del Vierzo D. Francisco Alvarez de Toledo; doña María Gabriela, mujer del marqués de Lazán D. Luis de Palafox y Melzzi, y doña María Benita Dolores, que por su marido D. Antonio Ciriaco Belvis de Moncada,

primogénito del marqués de Bélgida, llevó el título de condesa de Villamonte, que más tarde trocó por el de su padre.

Casi toda esta familia en el primer año del siglo actual tenía en Madrid su residencia continua, y tanto por su cuna, como por estos entronques se hallaba relacionada en propincuo parentesco con las casas grandes más influyentes á la sazón en la corte de Carlos IV, pues sus miembros ocupaban los primeros puestos palatinos, muchos altos grados en la milicia y todos considerable opulencia. El primogénito de la casa del Montijo, D. Eugenio Eulalio, usaba estonces el título de conde de Teba, y se casó con su prima doña María Ignacia Idiáquez y Carvajal. Esta dama se había criado en palacio, donde aún conservaba su morada su madre la duquesa viuda de Granada de Ega, doña Josefa Palafox, desde que desempeñó el cargo de camarera mayor de la serenísima señora infanta doña María Ana Victoria. Por su padre era el conde medio hermano del entonces marqués de Ariza, D. Vicente Palafox y Melzzi, y por este apellido tenía por primos al marqués de Lazán, que además fué su cuñado; al hermano de éste, el brigadier D. José de Palafox, heroico más tarde en la defensa de Zaragoza, á la condesa de Corres, doña María Ana Palafox y á la marquesa de Ayerbe, y á otros dos brigadieres del ejército D. Francisco Palafox y D. José Rebolledo de Palafox, todos aragoneses. Por el apellido Portocarrero era primo también del duque del Parque, D. Vicente Cañas Portocarrero y Silva y de sus hermanas la condesa viuda de Benalúa y la vizcondesa de Valoria, condesa de Lérida; y por el casamiento de su hermana doña María de los Dolores con el primogénito del marqués de Bélgida, intimó su antiguo parentesco con el conde de Villariezo, D. Valentín Belvis de Moncada, con los marqueses de Castromonte y con la marquesa viuda de Alcañices. De estos personajes el teniente general duque del Parque era capitán de la tercera compañía de los guardias de Corps; el también teniente general marqués de Villariezo, capitán de la segunda, el brigadier D. José Palafox, segundo teniente de

la primera, y el mariscal de campo marqués de Lazán primer teniente de la segunda. El marqués de Ariza, brigadier del ejército, ejercía en palacio el cargo de sumillers de corps de S. M., y estaba condecorado con el Toisón de Oro desde 1794, así como con la banda de Damas nobles de María Luisa la marquesa su mujer, la condesa del Montijo, sus hijas la marquesa de Lazán y la condesa de Contamina y la marquesa de Villariezo. Como por estos datos se justifica, entre las familias aristocráticas de la corte, era ésta una de las más palaciegas, y sus individuos todos debían disfrutar en alto grado, no sólo de la estimación personal de Carlos IV y de María Luisa, sino de la del valido del rey, el príncipe de la Paz.

Estas relaciones, no obstante, se quebraron en 1805 con la condesa viuda del Montijo, que fué desterrada de Madrid y se estableció en Extremadura. Acompañáronla en su ostracismo sus dos hijos varones y la mujer del primogénito, y desde aquella fecha comenzó éste una guerra sin cuartel contra el ministro universal de Carlos IV, hostilidad que, andando el tiempo, y aprovechando todos los sucesos que crearon las circunstancias, se hizo también extensiva, aunque bajo la máscara de la reverencia, á los reyes padres. El ascendiente que el joven conde del Montijo ejercía sobre toda su familia, hizo que los más caracterizados miembros de ella se identificaran con sus resentimientos vengativos, y teniendo, como se ha visto, cargos propios dentro de la casa real, fácil les fué entenderse con el príncipe de Asturias y el infante D. Antonio, con el embajador de Francia, marqués de Beauharnais, y con los demás grandes, ministros y particulares que formaban la camarilla del príncipe D. Fernando. Cuando llegó el momento de deber justificar sus acciones en el *Manifiesto* publicado en Cádiz en 1810, el conde del Montijo escribía: «El 7 de Setiembre de 1805, desterraron á mi madre injuriosamente. Creo que estoy, no sólo autorizado, sino casi obligado á vengarla, y librar la patria del monstruo que la devoraba con su avaricia.» En aquel escrito ofrecía la publicación de unas *Memo-*

rias que hubieran dado mucha luz sobre la causa del Escorial y las alteraciones de Aranjuez: estas *Memorias* no se sabe ni aun que las escribiese siquiera, siendo una omisión documental para el conocimiento detallado é íntimo de aquellos hechos, los cuales ni los folletos del tiempo, ni los historiadores ilustres, ni las *Memorias* de Godoy, ni las del abate D. Andrés Buriel dejaron bien analizados ante el juicio de la posteridad.

No obstante, en el *Manifiesto* referido, se dan algunas noticias que no se hallan en ninguno otro escrito contemporáneo, y del examen juicioso de aquellos acontecimientos se deduce que la mayor parte de la acción, principalmente en la revolución de Aranjuez, que produjo la caída del ministro Godoy y la casi deposición de Carlos IV, fué dirigida, dentro y fuera de palacio, por el conde del Montijo y por los parientes más próximos suyos de que antes se ha hecho referencia. El primer plan contra el príncipe de la Paz lo formó el conde en 1806; y habiéndolo comunicado con el ex ministro Saavedra y con O'Farril, éstos lo desaprobaron juzgándolo irrealizable. Entonces el conde concibió el atrevido pensamiento de sustraer de palacio al príncipe de Asturias, conducirlo á Andalucía y entregarlo allí al refugio y al apoyo del ejército del general Castaños, dándole el título de rey y haciéndole publicar la convocación de unas Cortes, semejantes en su formación á las que el conde de Floridablanca había reunido para su jura en San Jerónimo de Madrid en 1789. Castaños entró en la complicidad de que participaron Xáuregui, Pezuela, Mata, la condesa del Aguila y otras personas ilustres de Sevilla. Las dificultades naturales de tan arriesgada empresa dieron al traste, á pesar de todo, con el proyecto. Entonces el conde publicó un folleto titulado *Ideas de un militar joven,* para formarse un partido dentro del ejército, y vino de incógnito á Madrid con el objeto de madurar su plan y ponerse de acuerdo con el duque del Infantado para llevarle á cabo. La marquesa de Villafranca, su hermana, doña María Tomasa Palafox y Porto-

carrero, vivía á la sazón en la calle de Don Pedro, adonde el conde se hospedó, y allí se celebraron las entrevistas á que asistían los duques del Infantado y de San Carlos, el marqués de Lazán y su hermano el brigadier D. José de Palafox, y los marqueses de Ariza, de Villariezo, de Albudeyte y de Ayerbe, todos de la familia, y todos empleados en la servidumbre de la real casa ó en la guardia de corps. Aquellas reuniones fueron descubiertas por el príncipe de la Paz, y aunque era imposible meter en ellas ningún confidente, el conde del Montijo, por consejo de sus deudos, se vió obligado á alejarse de la corte, pero quedando aprobadas entre ellos las cifras con que habían de corresponderse para proseguir todos trabajando en el intento.

Infantado, á pesar de todo, no se mostró tan expansivo con el del Montijo como éste había sido con él; por manera que dejó de comunicarle los trabajos que por su parte él llevaba de acuerdo con Escoiquiz y en complicidad con el marqués de Beauharnais, de cuyas intrigas eran meros ejecutores los de la camarilla íntima del príncipe de Asturias. Así sobrevino la prisión ruidosa del primogénito de Carlos IV en el Escorial, cuando los demás conjurados trataban de su fuga á Andalucía, gracias al doble juego del cuñado de Napoleón, cuyas intenciones iban por corriente muy diversa de la que Montijo y los de su familia seguían. Estos sólo caminaban á la sustitución lisa y llana de Carlos IV, la Reina y el príncipe de la Paz por el príncipe de Asturias; mientras el embajador francés, ajustándose estrictamente á las instrucciones que de París recibía, llevaba por norte el desautorizar al príncipe de la corona y envolver en su descrédito y ruina á toda la familia real. Esto era lo que Napoleón creía previamente necesario, antes de desenmascarar sus recónditos pensamientos sobre la constitución de un príncipe de su familia en el trono de San Fernando. Cuando después de la prisión del heredero de la corona comenzó á instruirse aquel proceso de deshonra que aconsejó Beauharnais, Montijo y los suyos se

apresuraron á desaprobar los errores que habían conducido á aquel arbitrio de vergüenza. Con todo, los compromisos contraídos constituían ya para él una obligación imperiosa de proseguir adelante con su empresa, y entonces propuso al general D. Vicente María Maturana sublevar la guarnición de Sevilla, y con todas las tropas y autoridades hacer la solemne proclamación del príncipe.

Muy adelantados estaban estos trabajos cuando llegó á la hermosa capital del Betís el decreto de Carlos IV restituyendo á su primogénito á su gracia, con lo que Maturana se retrajo, aparentando quedar con aquello satisfecho. Montijo pasó entonces al ejército de Portugal, y con el marqués de Alorna preparó en Lisboa un levantamiento político, á fin de que, proclamando los lisbonenses su entrega al ejército español, se impidiera la acción del ejército de Junot que ya venía pisando la frontera del Duero. Garay aprobó la proposición, pero temeroso de comprometer las relaciones del gabinete de Madrid con el del Emperador, vaciló en la parte que le tocaba desempeñar, después de cometido aquel acto, el marqués del Socorro, que había de adelantarse á los franceses á ocupar la ciudad de la desembocadura del Tajo. Montijo regresó á Badajoz después de aquella frustrada negociación, y allí recibió avisos del estado de la opinión de Madrid y Aranjuez ante el temor de una retirada de la corte, ya á Andalucía, ya á Cadiz, con ánimo de trasladarse á alguno de los dominios de América. Sus parientes de Madrid le excitaban á determinaciones definitivas y proporcionadas á la gravedad de las circunstancias, pues todos fiaban así de la lucidez de sus talentos para buscar arbitrios de defensa, cuanto en su actividad para promover la realización de sus planes y la generosidad de su desprendimiento, que no se detenía en sacrificios pecuniarios de ninguna importancia para dar impulso á sus planes. Acompañado de su mujer, aunque con intención de dejarla en Toledo, adelantóse el conde hacia Madrid á principios de Marzo de 1808. Los trabajos de recluta y organización para lo que

meditaba, llevábalos por delante. Apenas se aproximó á la capital, púsose de acuerdo con D. Luis y D. José de Palafox y con D. Manuel de Xáuregui, que eran los que absolutamente disponían de los Guardias de Corps, y cogiendo todos los hilos de la conspiración ya tramada, tomó la parte directiva de ella. En Madrid se hallaba, organizando la revolución, cuando se le dió la noticia de haber llegado al Consejo de Castilla la proclama del rey Carlos IV para anunciar la retirada de la corte á Andalucía. Al momento presentóse de uniforme á aquel alto tribunal, y oponiéndose á la publicación de semejante documento, se ofreció á acompañar á Aranjuez con otro grande de España al gobernador del Consejo para llevar al Rey una representación en contra de lo que intentaba. Don Arias Mon y Velarde no asintió á lo que se le proponía, ni quiso espontanear con el conde, á quien tenía por un atolondrado, las resoluciones del Consejo; mas él, sin perder minuto partió al sitio, decidido á acelerar la explosión del motín.

Su bolsillo estuvo abierto para allegar toda clase de elementos al alboroto militar y popular, hasta que el 19 hizo que estallase con todas sus consecuencias. El alma de él fueron los propios empleados subalternos de los sitios reales, los criados del cuarto del infante D. Antonio y aun los del príncipe de Asturias, y sobre todo los guardias de corps, de que eran jefes los deudos del de Montijo, el conde de Villariezo, el marqués de Lazán, el duque del Parque, el brigadier Palafox y el marqués de Albudeyte. Apenas se consiguió la prisión de Godoy, volvióse el conde á Madrid en posta á fin de ponerse de acuerdo con el duque de Osuna y que no se frustrara el arresto del valido. Pero en Aranjuez sus parientes no quedaron satisfechos con aquel golpe, y extremando más las cosas y aprovechando, así los elementos de insubordinación que en el sitio se habían reunido, como el pánico que reinaba en palacio, dieron el segundo avance contra el rey, hasta obligarle á la abdicación. A la llegada de Montijo á Madrid, repitiéronse en la capital los sucesos tumultuosos del día 19, que no se

contuvieron ni por la llegada de las noticias relativas á la renuncia real. Montijo desconfiaba ya de las intenciones de Beauharnais y de los franceses, y comprendió que era preciso ganarles á éstos por la mano la iniciativa de los nuevos sucesos que se veían sobrevenir, considerando que para los taimados invasores, que ya preparaban el avance de sus tropas hacia la capital, se hacía preciso que el nuevo rey apresurase su entrada en ella y que en ella recibiera la consagración solemne del poder que acababa de recibir por el auto de su padre. Promovió activamente la formación de la comisión de grandes que debía pasar al sitio á instar á Fernando su inmediata venida á Madrid, y puesta en marcha el día 22, se agregó á ella. Con todo, ni su diligencia, ni sus servicios fueron recompensados en el reparto que Cevallos se apresuró á hacer de todas las posiciones, y entonces se limitó á pedir que á su madre se le levantara el destierro, resignándose él á esperar el regreso del duque del Infantado, á quien se mandó venir, con la esperanza de que el influjo de éste bastaría para que se reparase el olvido ó el desaire de que acababa de ser objeto.

No tuvo más fortuna con el duque que con Cevallos, pero sí motivos para comprender que el tiro se le dirigía desde el palacio de la embajada imperial, donde se tenía poca confianza en él, viéndole con su familia ir siempre más allá de lo que á Beauharnais convenía. El conde trató entonces de volver á los franceses golpe por golpe, sin comprender que con el auxilio de estos había sido cosa más fácil atentar contra la autoridad de Carlos IV y su ministro, que sería contra ellos deshacerse de la fuerza de un elemento, que, aunque extranjero, se apoyaba en la imposición de 100.000 bayonetas estratégicamente situadas ya desde los muros de Madrid hasta el Bidasoa, y que se había apoderado de antemano de todas las plazas y posiciones militares y de todos los armamentos. No por esta consideración el conde del Montijo contuvo los ímpetus de su despecho, y desde luego propuso al duque del Infantado el modo de hacer salir inmediatamente de Madrid al gran

duque de Berg, que ya se había establecido dentro de los muros de la villa y al ejército extranjero que la ocupaba y circundaba con un triple círculo de acero. A la llegada de las primeras tropas francesas que acompañaban á Murat en su entrada en la corte, ni el número de sus soldados, ni sus provisiones de guerra eran tales, que no hubieran podido ser contenidas con las fuerzas españolas reunidas en Aranjuez, y que á poco se dispersaron, y con el entusiasmo que animaba al pueblo. Esto lo sabía Montijo, y en su sentir, de provocar por nuestra parte la resistencia, podíamos obtener un primer triunfo, que diera á la nación alientos para organizar el opósito á la invasión. Pero Infantado le contestó que era preciso, antes de resolverse á ninguna medida de compromiso, esperar la llegada de Escoiquiz, que ya había salido del Tardón; y aunque el joven conde expuso lo malo de su carácter, lo escaso de su perspicacia política y lo indeciso de sus resoluciones, Infantado puso silencio á sus instancias diciendo que era aquella la voluntad del rey recién proclamado.

Cuando llegó el confesor sólo anunció á Montijo que se le había ascendido á coronel.—¿Qué importa esto? contestó; mas conociendo que se hacía poco caso, después del triunfo, de sus consejos, y que su inquieto carácter le constituía en una especie como de estorbo para los hombres de la nueva situación, declinó el honor que se le quiso dispensar, nombrándole para la comitiva del infante D. Carlos, cuando éste precedió á su hermano en el engaño de salir hacia Burgos al encuentro del emperador, que Murat y los emisarios llegados de la frontera decían que venía ya en dirección á la corte de España.

Montijo se retrajo entonces enteramente de la comunicación con sus antiguos amigos. Vivía en la plaza del Angel con su medio hermano el marqués de Ariza, en cuyo palacio se había alojado el general Enmanuel Grouchy, á quien el gran duque de Berg había quitado el mando de la caballería para nombrarle su jefe de Estado mayor general. De aquí nació, entre estos tres personajes un grado de amistad, que se hacía

público por los actos de un trato familiar y continuo. No bastaba, sin embargo, esta mutua confianza para que el general francés descubriese á sus patronos nada de lo que palpitaba en las miras y cálculos de Napoleón; pero el conde del Montijo, de sus conversaciones, había sacado mayor grado de desconfianza que el que ya tenía respecto á la suerte de la familia reinante en España, y anteponiendo el sentimiento de su lealtad al rey y á la patria á los agravios que había recibido, andaba temeroso de los sucesos que veía sobrevenir. De estas impresiones hacía partícipes á sus deudos más inmediatos, y todos los Palafox se daban á meditar por qué arbitrios podría salvarse al joven rey Fernando de las asechanzas de los franceses, en cuya densa red, se hallaba totalmente cogido. Grouchy, por su parte, no dejaba de trabajar al conde para inducirle á que aconsejase al rey su marcha á ponerse en brazos de Napoleón; pero lejos de ceder el de Montijo á estas instancias, habiéndosele consultado por los íntimos del rey sobre el viaje que se le sugería, se apresuró á proponer que el infante D. Carlos, desde Irún, hiciese un rápido movimiento y se introdujese en las montañas; que el rey, desde el camino de Burgos, fuera á refugiarse á Aragón, donde los Palafox tendrían preparada su defensa y alojamiento del ejército francés hasta ponerse en medio de sus soldados españoles, y que el infante D. Antonio con el infante D. Francisco de Paula, por Toledo ó Cuenca, se retirasen á Valencia ó Extremadura. Dos veces logró desbaratar, con la ayuda de los grandes de su familia, el viaje del rey, hasta que interponiéndose Escoiquiz y Azauza, le recriminaron duramente, «que quisiera saber más que los ministros y los hombres de la confianza íntima del joven Fernando, de las intenciones del emperador». El viaje se realizó, y uno sólo de los de la familia del Montijo, el marqués de Ayerbe, se resolvió en alas de su amor al rey á acompañarle.

Montijo, que quedó en Madrid, cuando supo la llegada de Fernando VII á Vitoria, sin haber encontrado á su presunto

huésped imperial, le escribió por medio de Infantado y Villariezo, «ofreciéndose para cualquier empresa difícil». Después de entrar en Francia el rey Fernando, y cuando llegaron á Madrid las noticias de la pérfida acogida de que había sido objeto por parte del emperador, otra vez, por medio del Infantado y de D. Miguel de Alava, repitió sus ofertas, «brindándose á ir personalmente á Bayona á matar á Napoleón». Estos ofrecimientos no fueron aceptados, y Fernando se resignó á sufrir los agravios decretados por la Providencia.

De los individuos de aquella familia ilustre, que por vengar la ofensa inferida en 1805 por el príncipe de la Paz á la condesa viuda del Montijo, doña Francisca de Sales Portocarrero, se puso al frente de los movimientos que al cabo dieron en tierra con el valido, y obligaron al mismo rey Carlos IV á abdicar su corona, fué la suerte sumamente varia: en unos llegó lo trágico hasta lo terrible: tal fué la muerte del marqués de Ayerbe, D. Pedro Jordán de Urríes, el cual, después de haber acompañado largo tiempo á Fernando VII en las penalidades de su cautiverio en Valençey, al volver á su patria disfrazado, para promover con más brío la insurrección nacional, asaltado en los campos de Aragón, fué asesinado miserablemente y arrojado su cadáver á un muladar; en otros, por el contrario, lo heroico llegó á lo sublime, como en el antiguo brigadier, teniente de la primera compañía de la real guardia de corps, D. José Palafox y Melzzi, quien, después de haber inmortalizado su nombre en la defensa de Zaragoza, llegó á las más altas jerarquías de la milicia, y obtuvo el título ducal de la ciudad cuyo nombre había colocado á la altura de los de Sagunto y Numancia. Finalmente, el conde del Montijo, D. Eugenio Eulalio de Guzmán Portocarrero y Palafox, jugó papel distinguido en la guerra de la Independencia, llegó á las primeras escalas del generalato y por largo número de años fué capitán general del reino y costa de Granada. A los laureles marciales unió además las palmas académicas, y en la Real Española fué elegido en 1830, como uno de sus miembros de

número en la vacante causada por la muerte de D. José de Buzareli, habiendo sido además consiliario de la de Bellas Artes de San Fernando. De su casamiento con doña Ignacia Idiáquez y Carvajal no tuvo sucesión, por lo que al morir, el 18 de Julio de 1834, pasó la baronía de su casa y estados á su hermano D. Cipriano, que hasta entonces había llevado el título de marqués de Fuente-el-Soto.

II

Cinco años únicamente disfrutó D. Cipriano de Guzmán Portocarrero y Palafox los títulos que de su hermano D. Eugenio había heredado, y que él decoró, á la muerte del rey Fernando VII, y en la constitución definitiva de nuestras instituciones representativas bajo la regencia de la reina gobernadora doña María Cristina de Borbón, madre y tutora de doña Isabel II, y bajo el ministerio de D. Francisco Martínez de la Rosa, como uno de los dignos miembros del Estamento de Próceres.

Había nacido en Madrid el año de 1784, y en el de 1801 ingresó de caballero cadete en el colegio del real cuerpo de artillería de Segovia. Sirvió en el arma durante toda la guerra de la Independencia, llegando al grado de coronel: además, Fernando VII le dió la capitanía de la guardia de los cien continuos hijosdalgo de Castilla, estando condecorado en la ínclita orden de San Juan de Jerusalén como caballero de justicia, y con la Legión de Honor de Francia, siendo muy considerado por la suma moderación de su vida y sus costumbres. Se había casado con una dama noble, de familia y cuna escocesa, llamada doña María Manuela Enriqueta Kircpatrick de Clos-

burn y Grevigné, hija del baronet Mr. Williams Kircpatrick y de lady Francisca de Grevigné. De este matrimonio tuvo dos hijas como dos soles: doña Francisca de Sales Portocarrero Palafox y Kircpatrick, y doña María Eugenia de Guzmán Palafox y Kircpatrick Fernández de Córdova y Leyra. Las dos eran rubias, de un tipo más inglés que español, medianas de cuerpo, de complexión física aparentemente débil, de facciones muy finas y regulares, y del carácter que en Andalucía, donde nacieron, da á las que lo tienen el epíteto de *graciosas,* y en Francia el de *spirituelles*. Cuando el conde don Cipriano, VIII de los del título del Montijo, murió el 15 de Enero de 1839, sus dos huérfanas, entre las que se dividieron de nuevo los vínculos patrimoniales y nobiliarios de la casa, quedaron de muy corta edad. A la mayor, doña Francisca de Sales, correspondieron los títulos de condesa del Montijo, de Miranda, de Fuentidueñas, de San Esteban de Gormaz y de Casarrubios del Monte, los de marquesa de Valderrábano, de Barcarrota, de la Algaba, de la Bañeza, de Villanueva del Fresno, de Valdejunquillo y de Miralls, y el de vizcondesa de Palacios de la Valduerna y su infantazgo. La menor, doña María Eugenia, tomó los de condesa de Baños, de Teba, de Mora, de Ablitas y de Santa Cruz de la Sierra, marquesa de Moya de Ardales y de Osera, y vizcondesa de la Calzada. Al condado de Teba y al marquesado de Ardales tocaban los apellidos de Guzmán, al de Baños el de Leyva, al de Mora el de Rojas y Guzmán, al de Moya el de Cabrera y Bobadilla, al de Osera el de Junes y Villalpando, y todos los demás correspondían á la primer nobleza de España desde Enrique IV y los Reyes Católicos y los tiempos posteriormente heroicos del emperador Carlos V y de los tres Felipes de Austria.

La condesa viuda del Montijo, desde la muerte de su marido, consagróse exclusivamente á la dirección física y moral de sus hijos. Educólas bajo su inmediata y personal vigilancia en Granada, Málaga, Madrid, París, Dublín y Londres, y lejos de limitar el corazón y las facultades de las dos huérfanas

al círculo del rango en que habían nacido, según las costumbres seculares y tradicionales de España, con los medios que le proporcionaba su opulencia, las llevó de corte en corte de Europa, para darles á conocer el mundo y hacerles apreciar bien el mérito de su posición y de sus personas. Aquella espléndida juventud no era la de unas meras grandes de España, cuyo círculo más vasto se encierra en la aspiración á la alta servidumbre de palacio; aquella espléndida juventud fué de princesas. La madre, dotada de un talento superlativo, viéndolas crecer tan lindas, con corazón tan sano, con ideas amplias y con espíritu de seducción, adivinó sus destinos, las inclinó hacia ellos y ciertamente no se equivocó.

Apenas llegada la mayor á la edad núbil, manifestóse esclavo de sus atractivos uno de los ocho ó diez grandes del patriciado antiguo, en quienes las leyes desvinculadoras, que siguieron á las reformas constitucionales políticas, todavía no habían operado el horroroso naufragio de sus fortunas. Era éste D. Jacobo Luis Fitz James Ventimiglia y Alvarez de Toledo, en quien habían recaído los grandes mayorazgos de las casas ducales de Berwick y de Alba de Tormes, de Liria y de Jérica, de Huéscar y de Montoro, y entre cuyos títulos ostentaba además los de conde-duque de Olivares, conde de Lemus, de Módica y de Monterrey, de Andrade y de Fuentes, de Lerín y de Yelves, y los marquesados del Carpio y de Eliche, de la Mota y de Sarriá, de Coria y de San Leonardo, y sus Estados no eran inferiores á los de las casas de Osuna y del Infantado, de Sessa y de Medinaceli, de Fernán-Núñez y de Uceda, los cuales estaban reputados como los de mayor caudal que todavía lozaneaban en Europa. A este casamiento que acrisolaba el rango de las dos casas, todavía sucedió otro aún más ventajoso para la menor de las hijas de la de Montijo, y que indudablemente traspasaba los límites de cuantos cálculos hubiera podido formar su afortunada madre para la felicidad y el brillo de aquellas casi princesas.

En uno de sus frecuentes viajes á Inglaterra, el año de

1848, fuéle presentado en cierto círculo de los aristocráticos de Londres, donde tan bien recibida era con sus hijas encantadoras, un príncipe francés, á la sazón proscrito, y á cuyos talentos todo el mundo esperaba que llegaría á avasallar para su persona el trono imperial levantado por el fundador y jefe de su dinastía; éste era el príncipe Luis Napoleón Bonaparte, hijo de la reina Hortensia, la princesa más querida de su familia por el Emperador. Aquel era el año de las revoluciones generales de Europa, y sobre todo de la de Francia, que tan vivamente ocupaba la atención de aquel pretendiente. Pero su afán por conquistar la corona del imperio no fué obstáculo á la emoción recóndita del corazón. El príncipe Luis Napoleón Bonaparte se había prendado de las gracias atractivas de la joven condesa de Teba, que á la sazón sólo contaba diez y nueve años de edad. En hombre de tal estirpe y de tales pretensiones, una pasión como la que por la dama española se le despertó en el alma, no dejaba de ofrecer serios peligros; pero el talento de la condesa viuda del Montijo, conociendo á par de la del príncipe la inclinación íntima de su hija, se mostró en toda la extensión de su fina perspicacia, dejando que aquellos afectos, desde su primera expresión mudamente correspondidos por la condesa de Teba, fueran adquiriendo la solidez necesaria para que no provocase en su hogar y en su nombre, ni el desdoro del ridículo, ni el deshonor de una simple aventura del gran mundo. Aquellos amores duraron en solicitud continua por parte del príncipe cerca de cinco años, años por otra parte de suma fatiga para su espíritu, pues en ellos, puesto enfrente de las circunstancias políticas por que la Francia atravesaba, manejó los sucesos de manera que le condujeran primero á su restitución al territorio de la República, después á la organización de un partido fuerte y poderoso capaz de producir bajo su disciplina la conquista de la opinión, en seguida á ocupar un puesto en la Asamblea Nacional que le sirviera de cuartel general para divulgar su estrategia, y por último á electrizar al ejército y á las Cámaras, después

de cautivar las simpatías generales del país, haciendo de su causa la solución de la oportunidad, hasta poder arribar al golpe de Estado del 2 de Diciembre y hasta recoger para su frente la corona del César, que parecía para siempre ahogada en la dura esclavitud de la isla de Santa Elena.

Durante todo este tiempo, y en medio de vicisitudes varias y trabajos los más complejos y asiduos, ni un instante siquiera dejó de tomar por norte de sus empresas el ideal que labraba en su corazón; pero aquel enamoramiento le sometía á otros cuidados no menos intensos y continuos, pues la condesa del Montijo, produciéndose con sumo tacto, ni dejaba dar rienda suelta de desconocidas consecuencias á los afectos mutuos de aquella pasión, ni los dificultaba enteramente. Dijeron, cuando el matrimonio estuvo para verificarse, los periódicos ingleses, que la madre ilustre de la condesa de Teba, apenas ocurrió el golpe de Estado de Diciembre de 1852, se presentó el mismo día 2 en la residencia del príncipe para felicitarle, diciéndole que el éxito de aquel acto comprometido y de una gran audacia le colocaba en el rango de los primeros hombres de Europa. Esta fué una de tantas fábulas como los periódicos inventan para entretener la curiosidad de sus lectores, cuando se verifican sucesos que no entran fácilmente en el discernimiento de los espíritus más previsores, que entienden que todo deben adivinarlo. Indudablemente, cuando la decidida resolución de Napoleón se hizo pública, todos trataron de atribuir algo de novelesco y extravagante á un propósito que ninguno esperaba. Pero no era preciso, al inventar estas leyendas, deprimir el carácter circunspecto y serio de la madre de la que fué emperatriz. Otros creyeron que aquel amor había nacido de súbito, en una de las cacerías de Compiegne, á la que el emperador había invitado con empeño á la condesa de Teba, en la que ésta se presentó realmente irresistible bajo el traje de cazadora, el látigo en la mano, con pluma y sombrero á lo Enrique IV, y en la que el emperador fijó ya su resolución de casarse con aquella dama de una manera definitiva. Tampoco

estas versiones merecen más crédito que el de meras fábulas. Luis Napoleón tenía resuelto compartir su tálamo con la condesa de Teba desde mucho antes de alcanzar la diadema del Imperio. Cuando ascendió á esta dignidad, sólo hizo confirmarse en su propósito, de antigua deliberación, aunque entre los mismos miembros de su familia no dejaba de notar alguna oposición; lo cierto es que la princesa Matilde abria frecuentemente sus salones á fiestas de índole puramente familiar, á las cuales, por indicación del emperador, eran siempre invitadas la condesa del Montijo y su hija, y en las que el emperador, que también concurría á ellas, conversaba con la que había de ser emperatriz.

Una anécdota se refiere con relación á estas reuniones de familia de la casa de la princesa Matilde, que prueba lo enamorado que el emperador estaba, y el celo de su propia dignidad con que la condesa de Teba sostenía tan difíciles relaciones. La noche del 31 de Diciembre de 1852 hubo una de estas reuniones íntimas del palacio de la princesa Matilde. A las once y media llegó el emperador, y sentados todos junto á la chimenea oyeron sonar la primera hora del año nuevo. Nadie ignora que en Francia existe la vieja y tradicional costumbre, cuando esto sucede, de besar los hombres á las señoras en la frente, deseándolas al propio tiempo que sea feliz para ellas el año que comienza. El emperador, fácil á esta práctica, y mejor tal vez buscando y esperando con ansiedad el momento de ponerla en uso, se levantó é hizo la ceremonia primero con la princesa su prima, y después con las otras damas en número de seis. Al llegar á la condesa de Teba, ésta se puso de pie con tanta gracia como dignidad, y dijo con tono firme:—Señor, en mi país no se conoce ni se permite esta costumbre; he aquí lo único que puedo otorgar á V. M.—Hablando así, tendió la mano á Napoleón III, el cual la llevó respetuosa y silenciosamente á sus labios.

La primera indicación que el emperador hizo á su Consejo de ministros acerca de la elección que había hecho de la con-

desa de Teba para que compartiese con él el tálamo imperial, dejó estupefactos á los miembros del gabinete. En Francia todo el mundo creía que el emperador haría un enlace regio entre las más autorizadas familias reinantes del continente, en la seguridad de que, presidiendo en su favor el astro esplendoroso de su nueva fortuna, no habría casa imperial ó real que le negase la novia que él prefiriese. Aunque existía el ejemplo de lo que había sucedido á una archiduquesa de Austria durante el primer imperio, y repudiada la emperatriz Josefina, los tiempos habían cambiado; el nuevo emperador no se había elevado al solio siendo para Europa una amenaza de guerra, sino una garantía de paz; varias familias reinantes habían emparentado con el príncipe y princesas de esta casa admitida al consorcio con los soberanos y, por último, no había dinastía reinante que no se enorgulleciera de dar á sus princesas núbiles el título de emperatriz de los franceses. La resolución de Napoleón III no pudo menos de causar una admiración profunda y cierta contrariedad hasta á los mismos ministros que le servían. De éstos, solamente Fould, el de Relaciones extranjeras, aprobó desde luego la elección hecha; Persigny y Saint-Amand, sin embargo, se permitieron aconsejar al emperador, que ya que renunciase á un matrimonio de estirpe real, al menos diese su mano á alguna de las huérfanas del ejército del primer imperio, entre las que había señoritas muy bellas y distinguidas, y con lo que se daría á Francia un testimonio del alto sentimiento nacional que al nuevo soberano adornaba, lo que aumentaría el entusiasmo público y el amor popular. Otros habían ido más lejos en el mes y medio que Napoleón llevaba de reinado: sin previa autorización, se habían lanzado á entablar un principio de negociaciones oficiosas, siendo de este número el general Gemeau, que quería unir á Napoleón con una sobrina del Papa Pío IX, hija del conde Mastai-Ferretti. El emperador no dejó de mostrarle su desagrado.

Si esto sucedía en Francia, fuera de este país casi toda la

prensa europea se declaró en contra de aquel matrimonio, y los periódicos más graves de Londres trataron hasta de buscarle algún lado ridículo; la de Viena y Berlín no se producían con menos aspereza. El efecto moral de esta propaganda desaprobatoria se hizo sentir en la cotización de los fondos de todas las plazas comerciales de Europa, que experimentaron una gran baja. Para atajar estos males, el emperador hizo reunir en las Tullerías las altas corporaciones del Estado, y en presencia del ex rey Jerónimo y del príncipe Jerónimo Napoleón, pero sin invitación al cuerpo diplomático extranjero, en un largo discurso les dió cuenta de la resolución, y les dijo que él consideraba como una gloria, ser, á ejemplo de su inmortal tío, *un advenedizo á la corona,* y que, por lo tanto, se honraba en haber contratado como tal su matrimonio. Exaltó el de Napoleón el Grande con la emperatriz Josefina, diciendo que sólo fué feliz y afortunado mientras este matrimonio duró; y por último, prometió que la futura Emperatriz, dotada de todas las buenas cualidades del alma, sería el ornamento del trono, lo mismo que en el día del peligro uno de los apoyos. Con estas manifestaciones, la prensa británica modificó su actitud; pero no así la alemana, que veía una provocación en el elogio que había hecho de la emperatriz Josefina. El lenguaje de algunos periódicos del lado allá del Rhin era hasta provocativo, si bien otros periódicos más sensatos decían que á la guerra no se podía ir sin una provocación más explícita. Todas estas manifestaciones pasaron, no obstante, como nube de estío; un año después, Napoleón, aliado del Austria y de la Italia y Turquía con Inglaterra, enviaba al Oriente los soldados franceses á contener en Crimea la aspiración moscovita hacia el Bósforo.

Como se hablaba del origen de las relaciones del emperador con la condesa de Teba y sobre el próximo matrimonio imperial, se inventaban fantasías sobre la madre de la futura emperatriz. No ofreciendo blanco, en la dignidad de sus costumbres, por donde acometer contra su crédito, los periódicos ingleses y alemanes, escribieron que la condesa viuda del

Montijo sería declarada princesa del imperio, que se le daría por habitación el Elíseo y que sería dotada en una pensión anual de un millón de francos. A residir fué, en efecto, la condesa del Montijo con su hija en el Elíseo, desde las habitaciones que ocupaba en el hotel de la plaza de Vendome; pero fué mientras se disponían las ceremonias nupciales, para que desde allí arrancara la comitiva de honor á Notre Dâme, donde habían de recibir los augustos novios la bendición religiosa. Por lo demás, la madre de la emperatriz, se apresuró á escribir á Madrid para que le tuvieran preparadas sus habitaciones del palacio de Ariza en la plazuela del Angel, dispuesta á abandonar á París cuanto terminaran las fiestas del Carnaval, que empalmaban aquel año con las oficiales del matrimonio imperial, y saliesen los recién casados, como tenían dispuesto, á pasar la luna de miel en Saint-Cloud. La emperatriz había fijado el día 29 de Enero para su casamiento, por ser el mismo día el que anualmente se acostumbraba celebrar en su casa como onomástico de su hermana mayor la duquesa de Alba, por quién tenía un cariño que rayaba en pasión. Pero antes de celebrarse estas ceremonias, quiso con un acto de su natural desprendimiento castigar á los que habían inventado la leyenda de la pensión á su madre y que todos los días discutían qué pensión las Cámaras debían votarle para el caso de viudez. La municipalidad de París acordó poner en manos del Prefecto del Sena, la cantidad de 900.000 francos, para que 600.000 los destinara á la compra de un collar que en nombre de la capital de Francia había de regalarse á la nueva soberana, y los 300.000 restantes se consagraran á actos de beneficencia. Tan luego como los periódicos divulgaron la noticia, la aún condesa de Teba escribió al prefecto, renunciando á aquella dádiva «para que el primer acto público á que iba unido su nombre no fuera un gasto considerable para la ciudad de París», y pidiéndole que se aplicara aquella suma á la fundación de algún instituto benéfico. En efecto, de aquella renuncia se originó la creación del *Orfelinato de niñas po-*

bres, y también con este acto quedaron frustrados los asombros de los que en aquel enlace no buscaban sino la vena sórdida del interés.

En cuanto á la condesa del Montijo, cumplió al pie de la letra su proyecto, y después de haber autorizado con su presencia las bendiciones y las velaciones de Notre Dâme y las recepciones y los bailes espléndidos de las Tullerías, abandonó á París y se volvió á Madrid, entre la sociedad y los elementos de clase y de fortuna con que había decorado toda su vida y sostenido los respetos de su rango y su virtud.

(Se continuará.)

LA PRENSA INTERNACIONAL

La prensa y los periodistas.

I

El periodismo contemporáneo ha conseguido un desarrollo verdaderamente prodigioso. Cuéntanse por millares los periódicos, y sus dimensiones llegan á igualarse con las de libros de gran volumen. En esta evolución, tan brusca y tan pasmosa, la prensa americana representa sin duda el primer papel; y á ella se vuelven nuestros ojos cuando queremos saber cómo será nuestro *periodismo del mañana.* Eso nos explica el empeño con que se estudia la prensa de América, su organización, sus virtudes y sobre todo sus defectos; porque sus defectos van haciéndose cada vez más numerosos y más intensos. A su tiempo dimos á conocer los artículos publicados en la revista americana *Forum* (Agosto de 1893), donde el presidente de la Asociación de los periodistas americanos no retrocedió ante el deber de decir todo lo malo que de sus colegas pensaba. Pero ha llegado á ser tan complicado el organismo de la prensa y tan dispersos están los datos á ella concernientes, que tenemos muchas probabilidades de hallar observaciones dignas de atención en todos cuantos la han estudiado de una manera imparcial, des-

prendiéndose de las rencillas locales y de las críticas interesadas.

Así es que la verdad acerca de la prensa americana nos viene casi siempre del extranjero. Y cuando procede de escritores tan juiciosos como el Sr. Iván Ivanovitch Jauzoul, en su estudio respecto á *La Prensa americana, sus usos y costumbres,* publicado en la importante revista rusa *Viestnik Jevropy* (Febrero), sus datos merecen ser retenidos por todos los que se interesan por el porvenir del periodismo moderno.

No es de ayer la mala reputación del periodismo americano. Recordemos, á propósito de esto, el testamento del señor Benjamín Rush, fallecido en 1813, quien dejó su enorme fortuna á la biblioteca de Filadelfia con la expresa condición de que en ella no se coleccionasen periódicos, porque son quienes nos enseñan á pensar de una manera ilógica. Y cuando, treinta años después, viaja por América Carlos Dickens, ya no se contenta con parecerle ilógica la prensa. Para él, el periódico americano tipo no es sino *The Daily Sewer* (El Albañal Cotidiano). Pues bien; todo el mundo está conforme en que el estado moral de la prensa americana aún ha empeorado desde Dickens acá. El Sr. Keller, en su artículo del *Forum*, al cual nos referimos más arriba, dice que el principio fundamental y el punto de partida del periodismo americano consiste en esto: comprar por 15 céntimos una libra de papel blanco y revenderla por 50 céntimos sucia é impresa de cualquier modo. John Gilmer Speed, redactor del gran diario *The World,* ha hecho últimamente en el mismo *Forum* una de las confesiones más crueles: según él, el periodismo americano ni siquiera nos da noticias é informes que hagan perdonar sus pecados capitales. En vano se buscan en él documentos para la historia contemporánea; pues los periódicos,

y sobre todo los de New York, llegan á sepultar la sociedad bajo las gruesas capas del barniz sensacionalista que impiden formarse la menor idea del verdadero curso de las cosas. El progreso hacia el mal se acentúa, sobre todo desde el año 1881 hasta hoy. Los diarios, que por la baja de precios del papel, se han hecho mucho mayores (de 3 á 5 veces) y mucho más baratos, tienen una tirada inmensa; pero al mismo tiempo ha cambiado esencialmente su carácter. Después de comparar el Sr. Speed cuatro números domingueros de los cuatro grandes diarios de New York, tal como estaban hechos en 1881 (17 de Abril) y en 1893 (16 de Abril), ha llegado á conclusiones interesantísimas. He aquí de qué manera se modificó su contenido:

CONTENIDO	TRIBUNE		WORLD		TIMES		SUN	
	1881	1893	1881	1893	1881	1893	1881	1893
Artículos religiosos....	2.00	0.00	0.75	0.00	1.00	0.00	0.50	0.00
— literarios....	15.00	5.00	1 00	2.00	18 00	12 00	5.75	6.00
Chismes y cuentos.....	1.00	23.00	1.00	63.50	0.50	15.75	2.00	13.00
Escándalos.....	0.00	1.50	0.00	1.50	1 00	2.50	0 00	2.00

En estas cifras se ven las tendencias de los periódicos americanos: la chismografía y el escándalo amenazan tragárselos por completo.

¡Qué diferencia, si se comparan con la prensa inglesa, que, sin embargo de agrandarse, se esfuerza en conservar su papel de representante de *la mejor parte* de su país (ó, como dicen los escritores ingleses, de *la mejor Inglaterra)!*

En América, el periódico se ha convertido en una verdadera publicación de *noticias* (*News-paper*): su principal objeto es dar el mayor número de ellas y con los títulos más llamativos *(Display Heads)*. En un mismo número del *Herald* (9 de

Julio de 1893) se encuentran artículos con estos epígrafes: *En víspera de una revolución.—Cuarenta y un días de hambre entre el barro.—Crece el número de víctimas del huracán.—Desesperada situación de la opinión pública en Francia.—Supervivientes únicos de una terrible desgracia* (con un dibujo que representa á un niño pequeño abrazado á un choto sobre unas ruinas).—*Se ahogó por ganar una apuesta de cinco duros.—Confesión de un criminal*, etc., etc.

Y estos *rótulos* representan un papel tan grande, que cada diario importante hasta tiene varios redactores que colaboran limitándose á proveer de esos *alicientes* al periódico. Claro es que los artículos de fondo van desapareciendo cada vez más, y que, según el Sr. Morton-Fullerton, los periódicos se creen obligados á *inventar* noticias cuando faltan las verdaderas.

Y hasta en previsión de los peligros que entraña el publicar noticias falsas por completo ó simplemente erróneas, cada periódico americano tiene su *Libel-Preventer*, es decir, un jurisconsulto encargado de revisar con cuidado las cuartillas y suprimir ó modificar los párrafos demasiado expuestos desde el punto de vista judicial.

Según el Sr. A. E. Watrans, director del *New-York Press* y autor de un curioso folleto *De cómo se hace un periódico*, gran número de *noticias* de cada periódico americano quedan en poder de su jurisconsulto. No importa; porque, según hemos visto, con arreglo á los cálculos del Sr. Speed, aún quedan sobradas para lo que exige la dignidad del periodismo americano.

Por supuesto, los periódicos de América sólo se sostienen gracias á las noticias de sensación *(sensationalism)*. Lo principal es atraer el mayor número posible de lectores nuevos, pues no hay que contar con la fidelidad del público. Según el Sr. Julio Chambers, director también y autor de una obra consagrada á enseñar cómo se «fabrican» periódicos, un diario americano sólo conserva el 25 por 100 de sus antiguos lectores; de modo que el 75 por 100 restante se recluta entre

aquellos á quienes se consigue engatusar por medio de chismes y escándalos.—¿Qué hemos de hacer?—se pregunta el Sr. Chambers, director del *World* (que tira 400.000 ejemplares, y por consiguiente se ve obligado á pescar al día 300.000 compradores nuevos).—El público (contesta él mismo) espera cada veinticuatro horas la toma de la Bastilla; pero acontecimientos de ese calibre no ocurren con la suficiente frecuencia. Por eso los redactores americanos tienen que sacar el mayor partido de los sucesos menos importantes, como homicidios, incendios, inundaciones, etc., etc. De vez en cuando recurren á artimañas (*trucs*) que rayan en lo ingenioso. Veamos lo que dice el Sr. Jeuzoul acerca de este particular:

«América festejó en 1889 el jubileo de Washington. Todos los periódicos se limitaron á reproducir los detalles del programa oficial y de las fiestas, que habían de durar tres días. De pronto, se le ocurre á un periódico un medio de sacar partido extraordinario de unas fiestas que no se prestaban al noticierismo de sensación: decidió sencillamente *reeditar* el suceso más curioso que servía de base á los festejos mismos. Tratábase de la famosa excursión de Washington desde su casa de Elisabethfort á New-Jersey. Dicho diario (el *World)* organizó una imitación de ese viaje solemne y delegó en uno de sus colaboradores, que tenía el encargo de seguir en un coche tirado por cuatro caballos y paso á paso el mismo viaje hecho un siglo antes por Washington. El redactor noticiero almorzaba, comía y se detenía donde Washington almorzó, comió y se detuvo. El público concluyó por interesarse en esa extraña caminata y por comprar el diario que le refería sus peripecias.

»Otro ejemplo:

»El incendio iniciado en 9 de Noviembre de 1872 arruinó una parte de la ciudad de Boston. Los periódicos de la mañana del domingo dieron cuenta del incendio; pero apoderóse de la ciudad el fuego y extendió sus estragos durante todo el día. El público quiso saber á toda costa los nombres de las casas

que habían sufrido el incendio. Los periódicos enviaron corresponsales particulares á Boston; mas, como suele acaecer en semejantes casos, el servicio telegráfico funcionaba muy mal. Además, era casi imposible averiguar los nombres de las víctimas ó la extensión de las pérdidas causadas por el incendio. *La Tribuna* hizo que sólo le telegrafiasen los números de las casas quemadas; y valiéndose de un libro de señas de Boston muy detallado, completó los informes, añadiendo los nombres de los comerciantes, de los almacenes, etc. Gracias á la energía de los cajistas y de los redactores, el periódico consiguió insertar el lunes por la mañana un índice alfabético y por profesiones de todas las víctimas del incendio...»

Del estudio de A. E. Watrans resulta que esa caza de noticias induce algunas veces á los *reporters* americanos á ser cómplices pasivos de robos y asesinatos. Los ladrones llegan hasta á invitar á los noticieros á que presencien sus operaciones, autorizándoles para narrarlas con los menores detalles en sus periódicos. Sin embargo, el autor no nos dice si los ladrones se reparten con los periodistas noticieros sus honorarios ¡tan noblemente ganados!

Engolosinado el público, y excitado por todo ese pasto, que los diarios le sirven con profusión, ha concluido por hacer de él un consumo tan importante como indispensable. En los Estados Unidos, juntamente con el Canadá, existen hoy unos 20.000 periódicos, cuya tirada se eleva á cuatro millones de ejemplares, ó sea 300 números por cada familia compuesta de cinco personas. Sólo los periódicos diarios pasan de 2.000 (la décima parte del total). El periódico ha llegado á ser el compañero de todas las clases de la sociedad; y nos refiere Young, en su *Californian Journalism*, que no hace mucho tiempo los rebuscadores de oro pagaban hasta 25 pesetas por un número de cualquier periódico de los Estados del Este que viesen por casualidad.

El periodismo es en América una especie de «industria» que atrae á todos los «caballeros». Las personas que están al

frente de los periódicos desprecian á los literatos y á los redactores, los despiden de la noche á la mañana, y no tienen otra preocupación que la de ganar todo el mayor dinero posible. Los periódicos no tienen programas políticos, sociales ó económicos. ¿Cómo han llegado las *noticias* y los escándalos á apoderarse de la prensa americana hasta ese punto? Según el Sr. Janzoul, entra en ello por mucho la situación geográfica de los Estados Unidos, que les permite no tener casi ningún interés en todo lo que atañe á la política europea. A los lectores no les apasionan de ningún modo los bruscos cambios de la política europea, y los periódicos se ven obligados á servirles, en vez de ella, otro alimento de su curiosidad. De ahí la chismografía y los escándalos de la vida privada, destinados á reemplazar á los asuntos de un interés más general con que se nos brinda en Europa.

Pero el periodismo americano tiene también su lado bueno. Preciso es concederle, que, en ese país donde no se lee casi nada, los periódicos son, en junto, quienes contribuyen al progreso de la civilización americana. La publicidad que dan á los hechos, y su independencia de criterio resultantes de su riqueza y de la competencia periodística, la severidad de los juicios que emiten acerca de los miembros del gobierno y sus actos, la guerra que declaran á las poderosas compañías rentísticas y á los terribles sindicatos industriales, son otros tantos méritos en favor suyo.

Ciertos periódicos se ponen á la cabeza de proyectos humanitarios, hacen llamamientos á la generosidad pública, fundan hospitales, escuelas, colonias para los pobres, etc.

También hay que tenerle en cuenta á la prensa americana que ha llegado á ser uno de los grandes ramos de la industria moderna. La producción de la prensa americana se estima hoy en 500 millones de pesetas. La mayor parte del gasto consiste en la compra de papel, cuyo consumo anual para el *New York World* sube á la cifra de 3 ½ millones de pesetas. Los corresponsales especiales, los telégrafos y teléfonos llevan

también una parte leonina en esos gastos: un millón al año. Los gastos anuales de un gran periódico americano ascienden á unos cinco millones de pesetas.

Sin embargo, añadiremos que los redactores americanos no están muy bien pagados. Periódico hay que no retrocede ante centenares de miles de pesetas para sostener dignamente á su corresponsal extraordinario, y no obstante, paga aún menos á sus colaboradores que los diarios europeos. ¿Cuál es la situación material de un periodista americano? Dice el Sr. Jauzoul:

«Al principio la carrera, es muy halagüeña: un periodista gana 2.500 á 3.000 pesetas. Al año siguiente puede ganar doble; si no carece de capacidad y de energía puede llegar hasta la cima del mejor éxito posible, es decir á ganar 15.000 pesetas, lo cual no es casi nada en América. Según el señor Keller, presidente de la Asociación de periodistas de New-York, el 90 por 100 de los jóvenes que se lanzan á la prensa periódica llegan por fortuna á abandonarla mucho antes de hacerse viejos; así, el Sr. Keller no ha encontrado en su vida sino un solo periodista mayor de cincuenta años. La mortalidad es grandísima entre los periodistas americanos. ¿Qué le aguarda al fin de su carrera? Puede llegar á ser redactor de un periódico con 15 á 25.000 pesetas de sueldo. Pero... hay en New-York (según Keller) unos 5.000 periodistas, de los cuales sólo dos ganan 75.000 pesetas y cuatro 50.000 pesetas al año; mientras que los demás apenas consiguen mal vivir y están expuestos á ser mendigos en su vejez, si no prefieren abandonar antes el oficio.»

Agreguemos que, no yendo firmados nunca los artículos, el periodista permanece desconocido. En resumen: no es más que un juguete en manos del propietario del periódico y un objeto despreciable por parte de sus conciudadanos. Los americanos leen con avidez los periódicos, pero menosprecian en absoluto á quienes los escriben.

II

En el primer artículo hemos visto el inesperado desarrollo del periodismo en América y el rebajamiento moral de quienes forman parte de él. Porque, cosa inaudita y nunca vista, excepto quizá en el mundo de los políticos: á medida que sube la fuerza de la institución, descienden en la consideración general aquellos que la encarnan. La prensa crea y derriba los reinos; y los que tienen en sus manos ese poder, que hace temblar hasta á los archimillonarios americanos, parecen estar casi desterrados en la vida social. Los pesimistas pretenden que, desde ese punto de vista, América no ha hecho sino anticiparse á Europa. Sería difícil luchar en el terreno de las profecías; sin embargo, diremos que ésta parece tener aún mucho tiempo por delante hasta que se realice. Desde este punto de vista, no hay más que echar una ojeada para ver la situación del periodismo francés. Cuando se quiere demostrar hasta dónde ha descendido la prensa, basta mirar á América; por el contrario, basta estudiar á Francia para ver hasta donde pueden llegar los periodistas. Dejando á un lado el hecho de que la mayoría de nuestros ministros se han reclutado en sus filas en estos últimos tiempos, basta mirar nuestra vida social para ver cuánto pesan en ella los periodistas. Y bajo este aspecto, aparece claramente la diferencia que existe entre Francia y los demás países.

Inglaterra y Alemania poseen muchos periódicos; en cambio, Francia tiene muchos periodistas. En el extranjero no se conoce ese tipo de publicista de cuya pluma están suspensos centenares de miles de lectores, que sólo viven de su pensamiento y parecen seguir sus órdenes del día.

El anónimo que guarda el periodista extranjero entra por mucho sin duda en ello; pero el talento personal de los periodistas franceses también supone algo. Ese contacto cotidiano con sus lectores, esa intimidad que se establece entre el productor y los consumidores, ha engendrado una forma especial de periodismo, propia de Francia. Los artículos de los periodistas franceses se nutren más bien de los sentimientos é ideas de sus autores que de hechos concretos. Los sentimientos personales se desbordan é invaden entre nosotros hasta la crítica literaria y teatral. En ellos rara vez llega á saber el lector lo que ha hecho el autor del libro; pero, en cambio, aprende hasta en sus menores detalles lo que habría hecho en semejante caso y con el mismo asunto su crítico favorito. Con ayuda del gusto del público, Francia tenía que llegar por fuerza á un prodigioso desarrollo de un tipo de periodistas que correspondiese casi al papel de directores de la conciencia ó de la inconsciencia públicas.

En vano se buscarían en el extranjero personalidades cuyo poderío fuese análogo al ejercido por algunos de nuestros periodistas. Hasta sería una obra curiosísima la que nos hablase de las transformaciones aportadas en el modo de pensar en Francia por algunos poderosos periodistas de la época. A decir verdad, en ninguna parte y nunca se ha visto publicistas que hablasen á masas tan numerosas y tan temibles como las que tienen ante sí los jefes de nuestro periodismo contemporáneo. A propósito de esto, diremos que el más popular en su campo, Francisco Sarcey, el cual no parece sospecharlo siquiera, se dirige lo menos á *diez millones* de lectores. Colabora de una manera constante, no sólo en *Le Temps, Le Petit Journal, Les Anales politiques, Le Radical, La France, Le XIX^e^ Siècle, L'Écho de Paris, La Dépêche*, de Tolosa, *Le Petit Marseillais*, etc. (la tirada de algunos de ellos pasa de 100.000 ejemplares, sin contar *Le Petit Journal* que tira por sí solo hasta 1.000.000), sino también de una manera indirecta en un sinnúmero de diarios y revistas de provincias y del ex-

tranjero, que reimprimen concienzudamente todo lo que sale de su pluma. Añadamos que Sarcey publica también crónicas mensuales en la gran revista americana *Cosmopolitan*, cuya tirada pasa de 200.000 ejemplares, y veremos que la cifra de 10 millones de lectores quizá esté por bajo de la realidad. Todo cuanto se diga es poco acerca de la importancia de las ideas que irradian de los centros intelectuales encarnados por los más influyentes de nuestros periodistas.

Si quisiera buscarse algo equivalente á su influencia, se encontraría quizá en los Estados Unidos bajo la forma de *corresponsal de las agencias periodísticas*, forma que por fortuna no se conoce aún entre nosotros. Las agencias periodísticas tienen sus colaboradores titulares que escriben *artículos* y *críticas* para los clientes de sus oficinas, reclutados entre los diarios dispersos por los diferentes Estados. Esos artículos firmados han dado grande notoriedad á tres periodistas americanos: los Sres. Carpenter, Ingols y Ney. Pero el primero no hace más que retratos de sus contemporáneos: capitalistas, políticos, escritores, industriales. Ney es más bien un humorista y un dibujante distinguido, que con ayuda de las agencias periodísticas difunde en millones de ejemplares sus mordaces salidas contra personalidades de nota, y sobre todo contra sus hazañas más ó menos nocivas. El ex senador Ingols es tal vez el más profundo de la trinidad. Sin embargo, la actividad de esos escritores tiene limitada su esfera á los periódicos pequeños, porque los grandes quieren ante todo tener colaboradores que escriban exclusivamente para ellos.

Del número de lectores de los periodistas no hay más que un paso al número de ejemplares tirados por los periódicos. ¿Cuál es el diario de más circulación en el mundo entero? *Le Petit Journal* debe ponerse de luto: ese honor, si lo es, pertenece hoy al *New-York World*, órgano del Sr. Pulitzer, cuyas tres ediciones diarias, que se venden por separado, pasan cada una de ellas de *un millón* de ejemplares.

Ese mismo periódico posee el edificio de redacción más alto

(16 pisos) y las ideas más bajas que pueda tener diario ninguno. Lleno de escándalos y asquerosidades llamativas, tiene al mismo tiempo en su haber el mayor número de procesos que jamás haya tenido un periódico escandaloso. Acaso, gracias á esta circunstancia, tire hoy ese periódico más de 1.000.000 de ejemplares, cuando sólo tiraba 30.000 en el momento de comprarlo el Sr. Pulitzer (en 1883). Ese brusco desarrollo corre parejas con el adquirido entre nosotros en estos últimos tiempos por *Le Petit Parisien*, que después de tirar 20.000 ejemplares hace quince años, camina á pasos de gigante á tener la tirado de *Le Petit Journal*.

A la cifra del *New-York World* superan, desde un punto de vista relativo, las de *Comfort* (1 millón) y el *Ladies Home Journal* (700.000). No cabe duda que estos semanarios de familia se cuentan entre los periódicos más difundidos del mundo entero. Según cálculo de hombres del oficio, el número de una revista más ó menos interesante lo leen 10 á 15 personas; el de un semanario, 5 á 10, y el de un diario 1 á 3 personas. Estas cifras quizá tienen su razón de ser en el intervalo de tiempo que media en la aparición de estas tres clases de periódicos.

Recordemos con este motivo que, á pesar de la difusión de sus periódicos, los Estados Unidos tienen un número asombroso de ellos. La cifra llega á unos 20.000, mientras que en el mundo entero sólo hay 32.000. El número de ejemplares periódicos puestos en venta por la prensa americana, llega anualmente á 4.000 millones. Los Estados Unidos tienen hoy 1.900 diarios, con una tirada de 7 $^1/_2$ millones al día; y 14.000 semanarios, con una tirada de 26 millones por semana. Los Estados Unidos gastan 250 millones de francos al año en comprar periódicos diarios, y casi la misma suma en semanarios y revistas.

Añadamos que, según las últimas cifras estadísticas, se supone que cada familia americana (hay 13 millones de familias) recibe ó compra por su cuenta unos 300 ejemplares anuales de publicaciones periódicas.

La difusión de los periódicos *especiales* en América hace más que verosímiles estas cifras. Pongamos por ejemplo: los periódicos religiosos, como el *World Wide Missions;* con una tirada de 150.000; el *Advanced Quarterly*, con 180.000; y los periódicos agrícolas; como el *Farm Journal* (200.000), el *Farm and Home* (250.000), y el periódico de los jardineros, *Floral Park* (320.000). Agreguemos los periódicos para la juventud (de los cuales el *Youth's Companion*, por ejemplo, tira 600.000 ejemplares), y veremos cómo se llega fácilmente á los miles de millones de ejemplares que la prensa americana difunde á través de los Estados Unidos.

La fabulosa baratura de esos periódicos facilita su circulación, al paso que los anuncios pagan en realidad los gastos editoriales. Sabido es, por ejemplo, que el *New York World* publica por término medio 5.154 anuncios diarios. Por otra parte, América gasta casi nada ó muy poco en libros (4 á 5 por 100 de lo que gasta en periódicos).

Los anuncios: esa es la razón de la vitalidad de la prensa americana. Sólo gracias á los inmensos ingresos que por tal concepto recaudan, pueden los periódicos pagar trenes especiales para sus *reporters* y enviar á estos últimos en busca de los exploradores extraviados ó á que descubran países nuevos.

Igual acontece con la prensa del mundo entero, excepto quizá con la de los países latinos. Mientras que *The Times*, con una tirada de 90.000 ejemplares, tiene un presupuesto de gastos muy superior al de un gran principado alemán, hay periódico francés que tirando más de 100.000 números diarios apenas logra salir ras con ras. Los anuncios cotidianos de ciertos grandes periódicos alemanes, como la *Frankfurter Zeitung*, el *Berliner Tageblatt* ó la *Gazette de Cologne*, pudieran llenar tomos enteros. Hasta los periódicos de los países pequeños, que sólo cuentan con un número de lectores relativamente muy restringido, no viven y prosperan sino gracias á los anuncios. Nada tienen que ver en ello el grado de civilización

del país, ni la riqueza nacional. Así, los periódicos rusos, como la *Novaie Vremia*, los *Novosti* ó los *Viedomosti*, de Moscú, tienen cada uno por su parte más anuncios que los periódicos parisienses reunidos.

Un hecho análogo producido en Italia y en España tiende á probar que eso es uno de los efectos misteriosos de la influencia de la raza, que se manifiesta de una manera tan extraña como inesperada. Pues bien; el anuncio es uno de los elementos más decisivos de la prosperidad del periodismo. Advirtamos ante todo que la falta de verdaderos anuncios ha dado origen en Francia á los reclamos pagados que invaden el interior de los periódicos; y, por otra parte, que esa misma falta ha desarrollado desmedidamente entre nosotros la publicidad de los grandes negocios, de que tanto se habló cuando el del Panamá. Por el contrario, la misma razón ha producido bienhechores efectos en la evolución del periodismo francés. La falta de anuncios condena al periódico á no vivir sino de la venta de sus números, y por consiguiente le obliga á introducir en su redacción toda clase de novedades para mantenerlo vivo. La existencia de los periódicos entre nosotros es más efímera, está más sujeta á los caprichos del público (1). Pero, en cambio, los periódicos tienen más movilidad, son más accesibles á las ideas de reforma, más dispuestos á realizar las cosas más audaces. Para hacer prosperar á un periódico, ya no basta una idea por día de Emilio de Girardin: se necesi tan diez, quince ó veinte. De ahí la continua creación de nuevos periódicos, de nuevas rúbricas, de nuevos modos de trabajar, de las más desesperadas informaciones, de los golpes más atrevidos.

En el seno del periodismo francés hormiguean ideas locas é ingeniosas, las iniciativas más arriesgadas y más va-

(1) El número de los anuncios hasta tiende á disminuir, á juzgar por los periódicos dedicados especialmente á los anuncios, que en 1894 han bajado de 33 á 28, así como los periódicos de intereses rentísticos, que han descendido de 204 á 196.

pientes. Y, al pensar en los servicios que presta y en los méritos que despliega, se dan al olvido sus defectos y pecados, tan propios de la esencia de la institución misma. Quien dice poder, dice al mismo tiempo abuso de él.

Es tanto mayor el mérito de los periodistas franceses, cuanto que su oficio es uno de los más penosos y de los menos remunerados. Aparte de algunas excepciones, como Sarcey, Fouquier, Maret, que llegan á ganar hasta 100.000 francos, y como Drumont, Magnard, Rochefort, Cassagnac, que consiguen crearse con sus periódicos rentas importantes, la mayoría de los periodistas se mueren de hambre. Algunos de nuestros hábiles ministros que gobiernan el país no han podido ganar como periodistas más de 4.500 francos al año. Y aun han sido de situación privilegiada, puesto que el término medio de las ganancias de un periodista parisiense no pasa de 3.000 á 4.000 francos. Hablamos de los *felices* periodistas que son redactores fijos de un periódico, porque la mayor parte andan siempre de la ceca á la meca en busca de plazas fijas, que cada vez son más escasas. El número de los *parados por falta de trabajo* en el mundo de los periodistas es relativamente más elevado que en cualquiera otro oficio. Las dos grandes asociaciones profesionales, la de los *Periodistas republicanos* y la de los *Periodistas parisienses*, tienen en medio del arroyo, la primera más del tercio (de 372 miembros, hay 134 sin ocupación) y la segunda más de la cuarta parte de sus miembros (de 296, unos 90).

¡No importa! El aumento de la miseria de los periodistas no impide la creación de nuevos periódicos. Tenemos en París 2.385 en 1894, ó sea 98 más que en 1893; en las provincias y colonias hay 3.878, en lugar de 3.748. Por fortuna, los periódicos especiales son los que presentan el aumento más importante. En 1894 se han creado 8 nuevos periódicos de agricultura, 7 de comercio, 14 de *Sport*, etc.

Advirtamos al mismo tiempo que la necesidad de periódicos no aumenta casi nada, ó muy poco. Se comprenderán los

motivos que nos impiden citar algunos ejemplos *concretos* que nos probarían cómo cada nuevo periódico, en vez de *aumentar el numero absoluto* de los lectores, no hace sino disminuir el número de los que tenían sus colegas. Y es lo peor del caso que el número de los lectores franceses desparramados por el mundo entero disminuye constantemente, y no hacemos nada ó casi nada para contener ese movimiento intranquilizador.

Según los cálculos de un estadístico inglés, el Sr. Leale, en 1801 hablaba francés el 19 por ciento de la población total del mundo. En 1890 había descendido esa cifra al 12,7. Y al paso que la lengua alemana ha sabido sostenerse en la misma proporción (18,7 en 1801 y en 1890), el inglés ha subido de 12,7 en 1801 á 27,7 en 1890.

No son de imaginar los medios con ayuda de los cuales se esfuerzan los ingleses en propagar el dominio de su lengua en el mundo entero. Francia, para luchar contra esa poderosa corriente que amenaza desposeerla del terreno conquistado por el esfuerzo de tantos siglos, ya no tiene sino la simpática y única *Alianza Francesa,* á la cual prodigamos muchos elogios y concedemos poquísimos recursos.

No debe olvidarse que si las cosas siguen por ese carril, bastarán dos ó tres siglos para hacer que la lengua francesa baje al nivel de una lengua eslovaca ó lituana (Zmudzina). Los ingleses, amables y previsores siempre, en presencia de esa eventualidad, hasta han concebido un proyecto muy conmovedor: hacer que la ciencia internacional adopte los términos científicos franceses, los cuales sobrevivirían de ese modo á la desaparición del idioma mismo.

Añadamos, para consuelo nuestro, que la situación de un periodista alemán es aún más desgraciada que la de un periodista francés; que Inglaterra llegará muy pronto á estar en eso á cien leguas de nosotros; y que nada puede igualar á la miseria de los periodistas americanos, á no ser el desprecio con que á sus compatriotas los miran.

En resumen: la carrera de periodista, con el tiempo, sólo será accesible á los ricos, que en lugar de honorarios y sueldos por sus artículos se contenten con la influencia y los atractivos que ofrece el periodismo.

Vamos á ver lo que pasa en la esfera de las revistas.

III

Hubo un tiempo en que en la esfera de las Revistas brillaba como astro de primera magnitud la *Revista de Ambos Mundos*. Pero ¡ay! esos tiempos pasaron ya. Las desventuras interiores y el desarrollo de las revistas en el extranjero han quitado á la *Revista* por antonomasia su prestigio moral y han disminuido su prosperidad material. Es una de las más curiosas páginas de nuestra historia, que merecería narrarse despacio, para edificación de la posteridad. Aplazando para otra vez ese estudio y el de las grandes revistas internacionales, sólo pondremos aquí algunos datos de un interés más general.

¿Cómo se explica que en Francia y en el extranjero haya venido á menos tan bruscamente la influencia de la *Revista* de los Sres. Buloz y Brunetière? ¿Cómo explicar que la victoria, que le fué tan fiel, acabe por abandonarla de la noche á la mañana? Mientras que antaño la *Revista* tenía muchas suscriciones y pocos lectores, hoy no se lee más, pero se suscribe menos.

Acerca de este particular cuenta Paul Arène una anecdota muy típica.

En una biblioteca provincial muy concurrida, púsose un

día á cortar las hojas del último cuaderno de la *Revista*. Se quedó estupefacto al ver acudir corriendo al bibliotecario, quien le echó un trepe diciéndole: «¡Caballero, me ha echado usted á perder toda la colección de la *Revista*, ninguno de cuyos números se ha abierto nunca hasta hoy!»

El buen éxito de la *Revista* dependía mucho de una especie de novelería rutinaria (*snobismo*). Se suscribía á ella más bien por tenerla encima de la mesa, que para leerla. En una palabra: gozaba la veneración propia de los dioses invisibles. Por supuesto, esa especie de *snobismo* era menor en Francia que en el extranjero, que aún proporciona dos tercios de la suscrición. Pero, ¡cómo corre el tiempo y cuánto cambian las costumbres! «¿Aún están Vds. con la *Revue des Deux Mondes?*» exclaman los «noveleros atrasados» de hoy, que se creen ya en el caso de ir un poco más lejos que sus padres. ¿Y de qué se les puede acusar? ¿No lleva siempre la *Revista* treinta años de retraso, por lo menos? Un orleanismo fuera de moda, extrañas ideas estéticas, guerra á las nuevas doctrinas sociales y literarias: estos son sus principales rasgos característicos. Creyéndose de la Academia, ha adoptado como cualidades suyas todos los defectos de ella. Decía Dumas hijo: «Nunca le eligen á uno por si, sino siempre contra alguien.» De igual modo, la *Revista* se casa con las ideas, no por su valor intrínseco, sino por la manifiesta contradicción en que se halla con las corrientes del momento. Igual que la Academia, la *Revista* abre á menudo sus puertas á los cadáveres más necesitados de que los olviden que de hacerse oir, á los escritores de la antevíspera ó á los que nunca tendrán un mañana. Aparte de algunas plumas brillantes, cuyos méritos somos los primeros en reconocer aquí, ¿quién escribe ya en la *Revista*?

Además, diríase que desde la muerte de Buloz (padre), la *Revista* tiene mala sombra. Sus sucesores se dejan en ella lo mejor que tienen: el Sr. Buloz (hijo), ha enterrado allí su virtud, el Sr. Brunetière su energía. Parece ser que los usos y

costumbres entronizados en la *Revista* producen un efecto embriagador, ó, mejor dicho, enervante (1).

Pero aun deplorándolo, no debe olvidarse: que el prestigio de la *Revista* se desvanece como en un ensueño; que el número de sus suscritores ya está por bajo de 20.000; y que el porvenir no promete ser muy brillante, porque varias Revistas se disputan ya su herencia.

Tal es la *Revista de París*, de los Sres. Ganderax y Darmestetter, la cual, fundada hace seis meses, ha conseguido adquirir un importante lugar entre las demás Revistas. La vitalidad que demuestra un concurso de colaboradores mucho más extenso, la elección de novelas inteligentes y esmeradas, son otras tantas condiciones de buen éxito, que quizá no tiene sino un lado triste: la *Revista de París* parece extenderse á expensas de la de los Sres. Buloz y Brunetière.

También existe la *Nouvelle Revue*, con quince años de publicación, y la fuerza adquirida. Impónese por todo un ejército de colaboradores distinguidos, y por la dirección tan inteligente de la señora Adam. Esta Revista va corrigiéndose cada

---

(1) Hacemos gracia á nuestros lectores de la enumeración de todos los artículos del Código que rige en la *Revista;* sin embargo, no podemos menos de citar dos que se salen de lo corriente.

La *Revista* nunca nombra á ninguna otra francesa, excepto las especiales. Este es uno de los principios de la *casa*.

Una revista francesa puede publicar un estudio que traiga revuelto al mundo entero: todo eso no existe para la *Revista* del Sr. Brunetière, así como tampoco existía para los Sres. Buloz, padre é hijo. El segundo principio consiste en ocultar á los lectores de la *Revista* la existencia de sus competidoras. Así, la *Revista* no acepta anuncios «ni aun pagados» que se refieran, de cerca ó de lejos, á una *Revista*.

Los lectores deben ignorar la creación y la existencia de otros periódicos; y esta consigna se ejecuta allí con una perseverancia sublime, con una consecuencia y una obstinación que desarman á cualquiera.

Es de sentir que la *Revista* haya creído útil dirigirse al Sr. Brunetière para aplicar esos principios. Y lo es tanto más, cuanto que el Sr. Brunetière, que se ha erigido en severo censor de la prensa diaria, se ve condenado á *tolerar* en su redacción y administración cosas que en otros le parecerían, por lo menos... intolerables.

vez más de uno de los defectos que ponían trabas á su difusión. Nos referimos á su gusto marcadísimo por la política del día.

Viene luego *Le Correspondant*, con una tirada de 9.000 ejemplares, y cuya prosperidad aumenta de día en día. Se puede no participar de ciertas opiniones de ese periódico, pero hay que rendirse á la evidencia de que nunca hubo un buen éxito más merecido que el suyo. Cuenta sesenta años de vida, y entre sus colaboradores á todas las eminencias conservadoras; el Sr. Lavedan (padre) la redacta con un talento privilegiado.

Señalaremos también la *Revue Bleue* (Revista política y literaria), fundada treinta años há por el Sr. Young, y que tiene hoy por redactor en jefe al Sr. H. Ferrari, hombre de los más simpáticos, y director de los más inteligentes. Sus lectores y colaboradores reclútanse entre los hombres cultos más agudos, delicados y exigentes. Es la Revista universitaria por excelencia, donde colaboran, en la actualidad, escritores como Lemaître, Faguet, Brunetière, Sarcey, Spuller, Rambaud, Wytzewa y tantos otros.

A la vez que éstas, desarróllase toda una serie de revistas especiales más ó menos prósperas, más ó menos influyentes. Nuestros lectores pueden formarse una idea aproximada de su carácter y de su valor por el análisis de las revistas que la *Revue des Revues* publica en todos sus números.

Tampoco hablaremos del *Mercure de France*, de *La Plume*, de *L'Ermitage*, de la *Revue Blanche*, principales revistas *independientes*.

Es muy pequeña la tirada de esas revistas, haciendo generalmente los gastos de su publicación el desinterés entusiasta de sus redactores. Desaparecen, reaparecen y mueren para siempre al cabo de una efímera existencia. ¿Cuántas hay? Eso depende sobre todo de la época del año. El calor influye de una manera lastimosa en su vida, y suelen derretirse con los primeros calores del estío.

¿Cuál es la situación de los colaboradores de las revistas

francesas? Digamos en seguida que es tan lastimosa como la de los colaboradores de los periódicos diarios.

La *Revue de Deux Mondes*, que, gracias á sus numerosos anuncios, aún realiza beneficios de bastante cuantía (unos 600.000 francos anuales), paga á algunos de sus colaboradores á razón de 1.000 francos por pliego de 16 páginas. Las novelas y las firmas permanentes ocupan, sin embargo, una gran parte de la *Revista*, de suerte que hay poco espacio para los honorarios crecidos. La *Revista* paga peor á los principiantes y á los colaboradores ocasionales. Uno de los principios del Sr. Buloz (padre) era no pagar nunca el primer artículo de un escritor que se dirigiese á la *Revista*, y no aceptar de él ningún otro artículo. Las demás revistas pagan de 5 á 15 francos por página los trabajos originales y mucho menos por las traducciones. Las revistas científicas suelen pagar 6 francos por columna de 2.500 letras.

No es preciso decir que estos precios suben para escritores y trabajos de un mérito excepcional; pero el término medio de los honorarios oscila siempre dentro de los límites indicados.

Mencionemos como curiosidad que en París hay dos revistas que hacen pagar á los colaboradores los trabajos que en ellas publican. Los poetas jóvenes son quienes sobre todo cultivan así el amor á la gloria, con mengua del bolsillo. Esos «honorarios al revés» varían de 50 á 100 francos por un artículo no muy largo, y de 20 á 25 francos por una poesía; suelen pagarse bajo la forma de cierto número de suscriciones.

Así, pues, dista mucho de ser próspera la situación de los colaboradores de las revistas; y nuestros más brillantes *reviewers* ganan la vida en los periódicos diarios, escribiendo en las revistas sólo para su satisfacción moral.

Desde este punto de vista, nada tiene que envidiarnos Inglaterra. Sus revistas ricas y serias empiezan á entrar en el dominio de la leyenda. Aún existen la sesuda *Quarterly Review* y la *Edimbourgh Review*, pero cada vez es menor el nú-

mero de sus lectores. Lo mismo acontece con otras principales revistas inglesas: *Fortnightly*, *Nineteenth*, *Contemporary*, *Westminster*, *National*, etc. La revista inglesa de más circulación es la *Nineteenth*, y tira 12.000 ejemplares. La *Fortnightly* y la *Contemporary*, que vienen después, tienen menos tirada. La *New Review*, que se anunciaba como un gran negocio librero, ha tenido que arriar el pabellón, introduciendo malas ilustraciones, folletines de tercer orden y rebajando el precio. Excepto la *Fortnightly*, que tiene marcado carácter de revista radical y casi atea, todas las demás se limitan á servir de refugio á las ideas del momento, sobre todo cuando éstas van bajo el patronato de una gran firma. El nombre del escritor es lo esencial, el contenido del artículo es lo de menos. Los lectores de las revistas inglesas debieran desconfiar de los grandes renombres de sus colaboradores, que, por lo común, sólo aportan en sus artículos ideas fiambres y digeridas ya en sus obras publicadas con anterioridad; y, en cambio, leer los artículos sin firma ó firmados por escritores desconocidos ó poco conocidos, que suplen su falta de nombre con ideas frescas y esmerada forma.

Las revistas inglesas, que no retroceden ante el mayor sacrificio cuando se trata de comprar artículos de una celebridad del día, han adoptado como término medio de los honorarios una guinea (25 francos) por página, y 5 guineas por artículo.

Los *magazines* (almacenes) son quienes matan á las revistas. ¿Qué es un *magazine* inglés? Un periódico mensual en 8.°, sin política, con muchos grabados y grandes firmas. Sus ideas son las de todo el mundo, y su precio desafía toda competencia. Lo ligero de sus artículos, su esmerada selección, los cuentos escritos por novelistas de moda, en fin, las ideas que vagan en la atmósfera, y su inaudita baratura son otros tantos elementos de buen éxito. Es prodigioso el consumo de esos *magazines*. El *Strand*, que sólo tiene dos ó tres años de existencia, tira hasta 300.000 ejemplares. Vienen después el *Idler* y una docena de *magazines* más, todos vacíos y pésimos.

La *Review of Reviews* tiene una situación aparte. A la vez que resúmenes de los mejores artículos publicados por otras revistas, aporta una serie de conceptos originales debidos sobre todo al tan expresivo talento del director Sr. Stead, que figura entre los más gloriosos periodistas de nuestra época. La *Review of Reviews* tira 200.000 ejemplares, incluyendo sus ediciones americana y australiana.

Añadamos que unas cuantas casas editoriales de Londres monopolizan la publicación de las revistas y de los *magazines:* los Astor, los Cassell y otros tres ó cuatro editores disponen de la mitad de esos periódicos. Necesitándose grandes capitales para fundarlos y explotarlos, es casi imposible crear un periódico nuevo fuera de esos reyezuelos de la librería. Como la lucha es más ruda é intensa cada vez, los editores ingleses han inventado una multitud de nuevos medios de propaganda desconocidos en el continente. Así, el *Our Day*, recién fundado, da 2.000 á 3.000 francos á quien le proporcione el mayor número de *promesas* de comprar por números sueltos el periódico. El famoso *Tit-Bits* ofreció una casa, en un sitio elegido por el ganancioso, como premio á quien le proporcione el cuento más bonito; el cual podía ser original ó tomado sencillamente de cualquiera colección. Ya puede comprenderse la efervescencia de toda Inglaterra, donde todo el mundo se creía en disposición de adquirir con tanta facilidad una casa. Un simple soldado raso fué quien ganó el premio, y es feliz poseedor de la casa que lleva el nombre de *Tit-Bits House*. Gracias á sus ingeniosos procedimientos de reclamo, el *Tit-Bits* ha logrado tirar de 200.000 á 300.000 ejemplares.

Haremos constar que las revistas inglesas y americanas no viven más que de la venta de números sueltos. Cada vez es allí más rara la suscrición; y ciertas revistas hasta omiten mencionar el precio en ese concepto, por falta de suscritores.

Lo mismo acontece en América, donde los *magazines* matan á las revistas. Sólo la grave y admirable *North American*

Review ha podido conservar su antigua aceptación y su prestigio. El *Forum* ha tenido que rebajar su precio á la mitad; al paso que la tercera revista, *Arena*, se ha echado en brazos de los milagros y especula con la credulidad de sus lectores. Por supuesto, debemos decir que los *magazines* americanos son muy superiores á los que se publican en Inglaterra; siendo verdaderas revistas artísticas, en el noble sentido de la palabra. *Century*, el rey de los *magazines*, tira de 400.000 á 500.000 ejemplares y da 5 millones de francos de beneficio líquido anual. Síguenle los lujosos *Harper's* y *Scribner's;* y por último el *Cosmopolitan*, que en estos últimos tiempos ha adquirido grandísima circulación. Reducido al precio de 50 céntimos, tira más de 200.000 ejemplares; y haciendo pagar los anuncios á razón de 1.500 francos la página, procura cubrir con ese ingreso el déficit que le produce la redacción. Junto á estos astros de primera magnitud hay otros mil *magazines* pequeños, que son de una baratura nunca oída é insertan cuentos y artículos redactados sin sentido común.

Digamos de paso que tres cuartas partes de los colaboradores de todos esos *magazines* son mujeres; y que los honorarios subidos se reservan para escritores de mucha fama, como en Inglaterra, al paso que el promedio es inferior al adoptado por las revistas de Londres.

Así, la *North American Review* ha pagado á Gladstone y á Salisbury de 50.000 á 75.000 francos por artículo. Inútil es añadir que los artículos no pecaban precisamente por la frescura ni por la profundidad de sus ideas.

Tampoco hay en los países germánicos abundancia de revistas. Los periódicos de familia, como *Ueber Land und Meer*, *Gartenlaube* (muy difundidos) y otros tantos *magazines* del mismo género paralizan el desarrollo de aquéllas.

La *Deutsche Rundschau*, *Nord und Süd*, muy bien escritos, pero cuyo éxito no corresponde á los esfuerzos de sus inteligentes directores; la *Deutsche Revue* y el *Preussische Jahrbücher*, esta última anegada en una especie de metafísica ortodoxa y

protestante: esas son todas, ó casi todas. La *Neue Deutsche Revue,* creada recientemente en Berlín, se esfuerza en combatir esa indiferencia del público por las publicaciones serias; y no podemos menos de desearla el mejor éxito en esta reforma del gusto alemán.

En cambio, hay en Alemania semanarios como el *Gegeuwart* y el *Magazin für Litteratur* que publican, á la vez que artículos políticos, estudios artísticos y literarios. Con facilidad se concibe que la situación de los colaboradores de las revistas alemanas tampoco es de las más envidiables.

Aún es peor su situación en Italia y en España. La primera no posee más que la *Nuova Antología,* á la cual da sólido apoyo la colaboración del Sr. Bonghi, y *Rassegna Nazionale,* una especie de *Correspondant* italiano. Las dos revistas tienen una tirada muy corta; y si aún es bastante próspera la situación de la *Nuova Antología,* se debe sobre todo al grandísimo número de ejemplares de ella á que está «suscrito» el ministerio de Instrucción pública de Italia.

España no tiene más revista que La España Moderna, á la cual presta D. Emilio Castelar su poderoso concurso bajo la forma de crónicas internacionales. La *Revista Contemporanea* no tiene pretensiones de serlo, y por tanto sería injusto ser exigente con ella.

El país de las revistas más importantes es Rusia, sin duda ninguna. Cuenta con una docena; y son tan voluminosas que tres números de la *Revue des Deux Mondes* apenas bastarían para formar un cuaderno ruso.

El más venerado de esos periódicos es el *Viestnik Ievropy* (unos 7.000 subscriptores), dirigido por el profesor Stasiulevich; siguen los *Russkaia Mysl, Sieveruy Kiestuih, Niediela* (uno de los más difundidos), *Ruskose Bogatstvo,* etc. La falta de vida parlamentaria es lo que más contribuye á concentrar la atención general en todos esos periódicos: el público busca en ellos inspiraciones para su vida política, social y literaria.

Son incontables los estudios serios que insertan; y los mejores ingenios rusos se esfuerzan en hablar á su nación á través de esas revistas tan profundas como voluminosas.

También se encuentran allí los arranques más generosos, las ideas más amplias, los pensamientos más maduros.

Añadamos (y este es el honor más grande de esas revistas) que, en lugar de seguir la opinión, son quienes la forman.

Combaten las preocupaciones, predican la tolerancia y defienden la causa de todos los desgraciados, comenzando por los pobres sectarios y concluyendo por los campesinos y obreros rusos.

Respecto á los demás países, sobre todo los pequeños, sus revistas tienen méritos innegables, si continúan existiendo á pesar de la indiferencia pública. Tales son las revistas holandesas, polacas, etc.; la mayoría de las cuales sólo subsisten gracias á los sacrificios hechos por sus propietarios.

En resumen: tienden á desaparecer en todas partes, excepto en Rusia, según hemos advertido, las revistas de nuestros padres, serias, con estudios profundos en vez de fútiles articulejos. Las matan los folletines, las ilustraciones, las ideas superficiales, los *magazines*. El pensamiento humano se desvía de los asuntos graves, de las preocupaciones serias, y se deja absorber por el periódico diario de noticias frívolas, volantes, de sensación y sobre todo apasionadoras.

Si á eso se agrega el constante descenso de la venta de libros, descenso general y tanto más sorprendente cuanto que se da por supuesto que la instrucción se difunde cada vez más, se llegará á esta conclusión pesimista: la humanidad parece estar fatigada y desfallecida. Desea excitar y hasta sobreexcitar sus nervios, pero de ninguna manera quiere cansarse el entendimiento; lee cosas que la diviertan ó que estimulen sus instintos malsanos y pervertidos, y se aparta con espanto de las obras que la obliguen á pensar y á meditar. Las noticias menudas han invadido el pensamiento moderno, bajo la forma

de novelas cortas, de folletitos, de diarios escandalosos y de *magazines* más ó menos adocenados y ramplones.

Así como los egipcios se arrodillaban en otros tiempos ante los insectos, de igual modo nos arrodillamos hoy nosotros ante la *noticia suelta*, nuestro dios, que reina como señor absoluto en los dominios del pensamiento contemporáneo.

Traducido de la *Revue des Revues*, por el

LICENCIADO PERO PEREZ.

CRONICA LITERARIA

Voluntad, comedia del Sr. Pérez Galdós.—De la *anemia* de la voluntad en los actuales tiempos.—*Halma*, *Nazarin* y el misticismo ruso.

¡Qué deliciosa, qué interesante novela hubiera hecho de seguro el Sr. Pérez Galdós, con el argumento de su comedia *Voluntad!* ¡Cómo hubiera pintado, al describir las vicisitudes de la casa de los Berdejos, la vida del comercio madrileño, que ya nos presentó tan amena y primorosamente en *Fortunata y Jacinta!* ¡Qué relieve no hubiera dado, en aquel medio de regularidad mercantil y burguesa, en que se desenvuelve la acción, á la escapatoria de Isidora al campo prohibido del ideal, escapatoria que queda en una discreta penumbra en la comedia, como simple supuesto y antecedente de hechos posteriores! ¡Con qué gracia hubiera retratado á los hermanos de Isidora, al precoz pensador y á la niña de los *Nocturnos* y las *Melodías!* ¡Qué vida no hubiese dado, en fin, á todos los personajes: al simpático epicúreo Alejandro; á D. Santos, gran cazador delante del Eterno y gran proclamador de la verdad delante de los mortales; á los amigos egoistas que tratan de aprovechar la crisis mercantil de Berdejo; á los padres de la heroína, á cuantos figuran en la comedia y á cuantos hubieran podido figurar en la novela... si la hubiera escrito el autor de los *Episodios nacionales!*

Pero en el teatro... en el teatro, *Voluntad* no ha sido todo

lo que podía ser, aunque me parece obra de calidad literaria superior á cuantas en la temporada actual se han estrenado. No participo de la opinión de que los novelistas no sirvan para cultivar el género dramático, sino que creo que tienen mucho adelantado con el estudio de la realidad y el esmero en la forma literaria que la novela exige. Mas el argumento de *Voluntad* ofrecía, en el teatro, dificultades infinitamente superiores á las que hubiera podido presentar en la novela, sobre todo para un maestro en este género, como lo es el Sr. Pérez Galdós.

En la escena, *Voluntad* produce (ó á mí me ha producido al menos) un efecto poco conforme con la idea que su título despierta. La palabra voluntad evoca la noción de energía, de algo vigoroso, intenso, fuerte. La acción de la comedia del Sr. Galdós, es, por el contrario, un tanto lánguida y anémica, de una tonalidad demasiado neutra, floja en ocasiones, como un cuerpo sin huesos ni músculos. Hay escenas hermosas; no traspasa los límites de verosimilitud impuestos al teatro; los personajes hablan con discreción, y cuando llega el caso con gracia é ingenio de buena ley; pero con todo esto y otros méritos de la comedia que en muchas, calurosamente aplaudidas, se echan de menos, falta allí algo, ese *quid* no *divinum*, sino sencillamente humano, en que radica el interés de las obras dramáticas.

¿Será porque no tengamos todavía hecho el gusto á comprender y admitir en el teatro el realismo que comprendemos y admitimos en la novela? ¿Acaso, habituados á ver en la comedia la perpetua variación sobre lo grotesco y en el drama la continua tirantez de nervios de la emoción trágica, nos desconcierta ese género intermedio á que pertenece la obra del Sr. Galdós, cómico á ratos y á ratos trágico, que es sin duda el género de la vida real, en cuya variedad de escenas é incidentes andan siempre mezcladas las lágrimas y la risa? ¿Resultará escaso asunto dramático el que pueden dar los apuros de unos honrados comerciantes, que se ven á dos pasos de la

ruina, y la relativa firmeza de una joven que, después de sacar á flote la casa paterna, consigue, por añadidura, casarse con su seductor, enemigo declarado del matrimonio mientras pudo llevar la libre y cómoda existencia de soltero rico? ¿Faltará á la comedia el sabor que dan los usuales condimentos las intenciones de del *quid pro quo*, del engaño de unos personajes respecto de las intenciones de otros, de la rivalidad amorosa, de la lucha entre el amor y el dinero, del peligro de la vida ó de la honra y de otros semejantes tópicos?

Puede que sea así. Mas sin apelar á estas razones, ni tampoco á atavismos estéticos, á reminiscencias de la tragedia clásica, que ya que no grandes personajes, pretensión anticuada en estos tiempos de igualdad, pudieran reclamar para la escena conflictos de hondo relieve, aparentes, exteriores en grado sumo, de los que forman el habitual repertorio de las obras dramáticas, se puede descubrir por dónde y por qué causa flaquea la última producción escénica del Sr. Pérez Galdós.

Sería injusto censurar al autor de *Voluntad*, que ha llevado al teatro una tendencia innovadora, porque no ha acudido á los expedientes y recursos ordinarios; á las variaciones usuales sobre el adulterio, á los secretos de familia que se descubren cuando conviene para el desenlace, á los conflictos ruidosos entre el deber y la pasión, á las sorpresas y artificios que son la gran palanca de que dispone la dramaturgia corriente. Lejos de esto, el Sr. Galdós no ha querido, evidentemente, cultivar el efectismo fácil; la acción de su obra se desarrolla con absoluta sencillez, de la manera más llana y natural (en apariencia al menos) sin violentos choques ni saltos inesperados. Tan sincero, franco y desprovisto de la que pudiera llamarse malicia profesional se presenta el autor, que ni siquiera ha eludido la dificultad inherente á ciertas escenas, no indispensables, como la de la vuelta de Isidora á la casa paterna y la provocada por el error de los Berdejos cuando creen que su hija trata de salvarles con dinero recibido de

Alejandro, el amante á quien acaba de abandonar. Lo escabroso de ambas escenas, tan expuestas á caer en uno de los dos extremos de lo ridículo: el de la trivialidad ó el de la exageración melodramática, está salvado en la obra con acierto. Pero se ve que el autor no ha querido ahorrarse dificultades, ni sortear esos escollos, tan fáciles de evitar haciendo que se relate simplemente en la escena lo que no es indispensable, y puede ser peligroso, que suceda ante los espectadores. Confiado en sus fuerzas, ó acaso en la virtud persuasiva de la realidad, ha atacado de frente la dificultad de estos episodios, y no hay que censurarle por ello, ya que ha salido airoso.

La falta de interés de esta comedia depende, á mi entender, de dos causas: una de ellas está en el mismo desarrollo de su acción: otra, acaso la principal, consiste en que el asunto se presta poco á las condiciones especiales del género dramático.

La primera es que, presentándonos el Sr. Galdós á Isidora como una personificación de la voluntad; siendo en suma el objeto de la comedia la representación de esta fuerza moral en sucesos de la vida ordinaria, que no exceden del nivel medio aparente de las acciones humanas, la heroína no resulta lo que se pretende. El mayor motivo que hay para reconocerla esa voluntad victoriosa es... que habla mucho de ella. El primer dato que de Isidora tenemos no es ciertamente un rasgo de ese tipo ideal de mujer fuerte de la que decía prudentemente el sabio: ¿quién la hallará? sino una muestra de las debilidades ordinarias que califican al sexo femenino. La salvación del comercio de los Berdejos, más que voluntad en grado eminente, prueba el instinto mercantil y la clara inteligencia de Isidora; en la conquista de Alejandro influye poderosamente la casualidad que le arruina; no hay apenas lucha, la voluntad se supone más que se ve; hay que creerla bajo la fe del Sr. Pérez Galdós, muy digno sin duda de crédito, pero en el teatro la fe no es bastante, se necesitan las obras.

Mas aunque la voluntad de Isidora se demostrase con mayor eficacia, todavía es dudoso que presentara la comedia todo

el interés que se necesita en una obra dramática. Piensa bien sin duda el Sr. Pérez Galdós, si piensa, como creo, que el drama de la voluntad puede representarse y se representa diariamente en el modesto escenario de las vidas oscuras que no han de pasar á la historia; que puede ser tan intenso ese drama en humilde esfera como los grandes conflictos que registran diligentemente las plumas de los historiadores ó embellecen con su imaginación los poetas épicos ó trágicos. Hay sí héroes ignorados que no ganan la cruz de San Fernando, pero soportan valientemente la cruz de su vida, sin opción á otra gloria que la que les otorgue en secreto su conciencia, ó la que les prometa su esperanza en un mundo mejor. Y las formas del drama pueden ser infinitas; hechos insignificantes en apariencia, grotescos quizá para el espectador, pueden ocultar luchas tan tremendas y pavorosas para el ignorado combatiente, como la de los héroes griegos contra el Destino. La medida de estos conflictos es subjetiva, cada heroísmo tiene su fórmula, cada ser se forma un mundo cuya ruina equivale para él á una catástrofe cósmica que destruyera el planeta. Muchos de estos dramas ni siquiera se manifiestan en hechos visibles exteriores; no salen del escenario interior del alma, y sin embargo, allí se lucha y se muere, sin gritos, sin lágrimas ni sangre, sin manifestación que trascienda é impresione á los sentidos.

Mas para el arte todo este mundo subjetivo necesita convertirse en fórmulas objetivas, en representaciones. Y aquí penetramos ya en el terreno de la segunda de las causas que antes apuntaba y á las cuales atribuyo el que no despierte interés intenso y sostenido la comedia del Sr. Galdós: la dificultad de acomodar al teatro una acción que en sus manifestaciones exteriores no se sale de los moldes corrientes de la vida.

En acciones de esta clase, el interés radica más en la parte interna, psicológica, que en el desarrollo externo del drama. Y como en el teatro, por su naturaleza misma, tienen que predominar los hechos, la revelación material del conflicto interior, y los hechos han de presentarse, no diluidos en la serie de

menudas modificaciones que de ordinario forma su proceso, sino concentrados en situaciones ó escenas culminantes, resulta, con argumentos tales como el de *Voluntad,* que lo que sucede en escena *no tiene nada de particular*, presenta la trivialidad, la relativa insignificancia de los sucesos que no alcanzan siquiera los mínimos honores de publicidad que da la noticia general de un periódico, mientras lo verdaderamente dramático, el drama interior aparece borroso, lejano, en una penumbra en que casi tiene que adivinarlo el espectador y en que no presenta formas bastante enérgicas y definidas para impresionar vivamente su fantasía.

En la novela es otra cosa. Allí el análisis psicológico tiene ancho campo en que desenvolverse; allí los menudos pormenores descriptivos que no caben en la obra dramática, sin grave riesgo de pesadez, pueden dar una viva impresión de realidad, sin que lleven aparejada la monotonía ni hagan languidecer la acción. Por eso dije antes que el Sr. Pérez Galdós hubiera hecho con el asunto de *Voluntad* una excelente novela, como ha hecho otras con análogos argumentos. Pero si en la novela encaja bien la miniatura, el teatro requiere las grandes pinceladas y hasta los brochazos de la pintura escenográfica. Como los antiguos actores necesitaban de la máscara y los modernos necesitan del colorete, han menester también los personajes dramáticos de su máscara y su colorete.

No quiero decir con esto que la realidad esté excluida del teatro, ni siquiera en sus formas más sencillas y menos aparatosas. Al cabo todas las artes nos la presentan con algún afeite, con algún artificio, eligiendo entre los infinitos elementos y manifestaciones de ella los que parecen más adecuados para la creación estética. Tampoco entiendo que la literatura dramática deba limitarse á la corteza de los hechos, á los conflictos materiales. Las grandes obras de este género lo son porque expresan con arte grandes dramas morales. Hay, como ha dicho recientemente un crítico, un teatro del alma. Pero uando, en la acción que concibe el dramaturgo, las luchas in-

teriores se exteriorizan poco en los actos de los personajes, se necesita un arte infinito para dar expresión á *eso* que sucede en el alma y que no ven los espectadores. No es posible que los personajes manifiesten á cada paso al público su estado de ánimo, no se estila ya el prólogo á la usanza del teatro clásico, ni sale un dios lar á poner en claro antecedentes y á dar explicaciones. Todo esto hay que hacerlo de un modo indirecto, que muchas veces no es bien comprendido; que otras no llega á ser satisfactorio, ni á tener la necesaria energía en la expresión. Y esto es lo que á mi juicio sucede en la comedia á que me refiero.

Mas aunque le falte algo, indudablemente, á *Voluntad* para ser en conjunto una comedia excelente, hay en ella muchas cosas excelentes. Tiene hermosas escenas como la de la vuelta de Isidora á su casa, el diálogo entre Alejandro y el dependiente de la tienda, disputa entre la filosofía epicúrea, é idealista á su modo, del rico y la filosofía práctica y casera, de luchador por la vida, del pobre; y sobre todo aquella escena del tercer acto entre Alejandro é Isidora, en que ésta le aparta del suicidio y defiende con el calor comunicativo del sentimiento los derechos que tiene ella á la vida del hombre á quien ama y por quién ha sufrido. Tratándose de una obra del señor Galdós, no hay que decir que el lenguaje es correcto y fácil, lleno de color y de vida; el diálogo es animado, y en el desarrollo de la acción no hay nada que disuene, ni que ofenda al buen gusto; los toques de ingenio son discretos, los personajes están, en general, bien caracterizados. Como ocurre por lo común en las obras de los hombres de talento bien equilibrado, y más si son, como el Sr. Pérez Galdós, verdaderos escritores, hay en *Voluntad, defectos,* pero no *excesos*. No peca la obra por absurdos, ni chocarrerías, ni ridiculeces. La lógica y la estética elemental, que no son inviolables ni mucho menos en la república de las letras, quedan á salvo.

*
* *

Así en esta como en muchas otras de sus obras (en sus dos últimas novelas *Nazarín* y *Halma,* por ejemplo) se advierte que el autor de *La Desheredada* rinde espontáneo ó deliberado culto á la actualidad, y sabe sacar partido de las ideas que están en la atmósfera, como suele decirse. La cuestión de la voluntad es uno de los tópicos del día; quizá sea aventurado decir que es el último figurín, porque suelen cambiar muy pronto estos figurines del pensamiento, pero si no lo fuera, hay que reconocer que *viste* todavía muy bien.

Es fenómeno curioso el del predominio (ideal, desde luego) que alcanza en la literatura y ahora en la filosofía menuda del periodismo y de los géneros populares que pueden tratar de estas cosas, cuándo una, cuándo otra de las facultades en que dividían los antiguos psicólogos, como en otras tantas provincias, el reino espiritual. Cada provincia disfruta sucesivamente de la hegemonía. Domina unas veces el sentimiento, y todo se vuelve lirismo y ternuras amorosas, idilios y elegías de abanico ó filantropía llorona y socialismo sensible. Pasa esta moda, y la inteligencia se sobrepone; la ciencia es la señora del mundo, llueven los himnos al progreso, el sabio asciende súbitamente á protagonista de esta tragicomedia, y las maravillas del intelecto traen embobadas á las gentes y hacen que el hombre sea, en su pequeñez, más grande que el universo físico, etc., etc. Pero se gasta el tema; viene el cansancio, el singular hartazgo de ciencia de los que nunca la probaron, y resulta entonces que lo principal es la voluntad, que los hombres de acción son los verdaderos y auténticos tipos superiores, que hacen falta caracteres, ánimos enteros é inconmovibles, figuras férreas cual los paladines de la Caballería.

Y como en estas disquisiciones es tan fácil confundir las especies, se identifica á la voluntad, que puede tomar tan varias direcciones, y que es, en sí, una fuerza indiferente, con el culto del deber, v. gr. (el cual no es más que una de tantas formas de voluntad y quizá no la más calificada), y amalgamando hipótesis tan temeraria con el pesimismo y el *misoneis-*

mo, se achacan todos los presentes males, verdaderos é imaginarios, á la disolución de la voluntad, á la atonía moral de los contemporáneos, y se pide hierro, mucho hierro para curar la general anemia.

Hay en estas disputas y estas predilecciones retóricas no poco de vano, de *flatus vocis.* Todos tienen razón, desde cierto punto de vista; ninguno la tiene en absoluto. Cada facultad es de cierto cosa excelente y necesaria; por eso las tenemos y á nadie se le ocurre que sean artículo de lujo; pero lo que en elogio de cada una puede decirse no impide que sean las otras excelentes y necesarias en igual medida. De la armonía con las demás recibe cada una la perfección de su ministerio, como que no forman un mero haz de fuerzas diferentes, ni una federación de provincias del alma, sino más bien aspectos ó manifestaciones diversas de una misma cosa. Digan si no los entusiastas de la voluntad (puesto que la voluntad es la que está ahora de moda) lo que sería ésta si no la iluminara la inteligencia y el sentimiento no la *humanizase:* un impulso brutal, una fuerza antisocial y disolvente.

Para dar á estas competencias entre las facultades algún sentido y alguna realidad, que hiciese de tales disquisiciones algo más que meros discreteos ó fáciles y artificiosos argumentos á favor de alguna tesis extraña al asunto, habría que abandonar ese dogmatismo que da las cosas por resueltas, y estudiar mejor las relaciones entre el mundo interior y el mundo exterior. Veríase quizá entonces que los varios estados de cultura, los tipos diferentes de organización social producen modificaciones correlativas en la psicología de los individuos, deprimen ó estimulan ésta ó la otra de las actividades psíquicas; quizá puede ser una época más favorable que otra al predominante desarrollo de una de esas facultades tan traídas y llevadas, pero si se sustituye al hombre ideal que construyen á su capricho los cultivadores de la filosofía barata, el hombre real, histórico, que es, en suma, el único que conocemos, muchas de esas degeneraciones que tan fácilmente se

declaran, como si existiera una verdadera patología colectiva, quedarían reducidas á meros cambios históricos, á diferencias naturales de los tiempos.

Se habla mucho de la atonía de la voluntad en la época presente; pero el fenómeno que sirve de base á esta opinión es más complejo de lo que se cree, y el juicio superficial y en mucha parte infundado. A medida que la civilización extiende sus instituciones y hace arraigar sus hábitos, las voluntades individuales se disciplinan más y se someten mejor á las ordenaciones colectivas, dictadas por el interés común. Desde este punto de vista hay mengua de voluntad, sobre todo si se compara una sociedad culta con una horda de primitivos salvajes. Pero ¿quién que no esté influido por prejuicios no advierte que al mismo tiempo la civilización aviva y despierta voluntades, en otros tiempos dormidas? Las muchedumbres de hoy tienen menos de rebaños; la conciencia de la individualidad, de la independencia personal se ha extendido. La política moderna, con todo el convencionalismo y toda la farsa que hay en sus apariencias democráticas, muestra esa individualización de la voluntad. La cultura sigue también en esto su marcha difusiva y generalizadora: en cierto modo generaliza la volundad, como extiende la instrucción y el *confort*. Es verdad que ciertas personificaciones monstruosas de voluntad, como las que se encuentran en la serie de los Césares, no son ya posibles, á no ser en la esfera en que ejercen jurisdicción los criminalistas, mas no lo son porque se oponen á ello muchas voluntades normales, hoy despiertas y activas.

Y no se diga tampoco que la voluntad, al difundirse, se ha hecho metódica y burguesa; sus antiguos tipos reaparecen bajo nuevas formas: los modernos exploradores de Africa hubieran conquistado en el siglo XVI las Indias; los anarquistas de hoy nada tienen que envidiar á los fanáticos de otros tiempos. Bismarck no desmerece ante Richelieu; Pío IX mostró la firmeza de un apóstol antiguo; León XIII despliega la voluntad perseverante de los grandes Papas políticos...

El medio social, las ideas y las costumbres reinantes no son ya propicios para ciertas formas de voluntad, pero en cambio favorecen el desarrollo de otras. Los aventureros, que, en edades de hierro, pudieron ser héroes y lo fueron, resultan hoy en esta edad prosaica de códigos y de Guardia civil, facinerosos. Mas en otra esfera ¡qué inmensa germinación de voluntad no se ve en esa renovación continua de las clases sociales, con elementos salidos de capas inferiores! ¡Qué incesante esfuerzo, qué paciente constancia no acreditan los descubrimientos científicos modernos, fruto los más, no de clarividentes adivinaciones, sino de prolija y lenta investigación! Y cuando las condiciones normales de nuestra vida pacífica y reglamentaria desaparecen, y la civilización se pone en contacto con la barbarie, surgen los Gordon, los Stanley, los Cecil Rhodes...

Hay quizá en este culto hacia la voluntad pasada, como en las varias manifestaciones del neo-misticismo y en otros fenómenos semejantes, una secuela natural del romanticismo. En el renacimiento clásico, la admiración hacia la forma, el culto hacia las letras y las artes de los antiguos precedió á la asimilación de las ideas de griegos y latinos. Diríase que al romanticismo literario le sobrevive una especie de romanticismo filosófico que se nutre con ideas de la Edad Media. En estos movimientos regresivos del pensamiento, lo estético es lo que primeramente se revela; las ideas resucitan después. Y en la humanidad influyen más los muertos que los vivos...

*
* *

Pocos días antes del estreno de *Voluntad,* apareció en las librerías *Halma,* la última novela del Sr. Pérez Galdós. Es no es una segunda parte de *Nazarín.* Lo es en cuanto continúa la acción allí iniciada y reaparecen en sus páginas los

personajes principales de la anterior novela, si bien en esta pasan á ser secundarios. Mas por lo mismo que lo principal allí, sólo figura aquí como secundario y episódico, puede decirse que *Halma* no es del todo una continuación de *Nazarín*.

Lo que sí es evidente, aunque cada una de estas obras tenga un asunto propio, es la íntima relación que entre ambas media y que existiría aunque en la segunda no figurase Nazarín. Ambas están inspiradas en el mismo fenómeno social, en las nuevas corrientes de misticismo, pero cada una lo estudia y lo presenta en un campo diferente. *Nazarín* entre los humildes, en las últimas capas sociales: *Halma* en la sociedad aristocrática.

Es posible que el nuevo libro del Sr. Pérez Galdós no agrade tanto como *Nazarín* á los que aplaudieron en esta obra, más que lo propiamente artístico, la conformidad que en ella descubrían con las presentes modas intelectuales. Pero como no está el mérito de las obras literarias en acomodarse á las ideas reinantes; y casi podría sostenerse con preferencia la opinión contraria, si proposiciones tan generales no fuesen necesariamente falsas, considero á *Halma* como uno de los libros en que mejor ha mostrado Galdós la madurez de su talento, que sabe ahondar en las ideas, como en los hechos, y sacar de unas y otros el elemento estético que contienen.

Es esta una de las novelas más filosóficas de su autor. Filosófica como puede serlo una novela, sin perder su naturaleza propia de obra literaria, es decir, con aquella filosofía que explora los hechos particulares y saca á luz su verdadera sustancia, lo cual puede aplicarse lo mismo á los sucesos reales de la vida que á los sucesos posibles, que finge el arte literario.

Las pocas páginas (quizá no pasen de dos) que ha escrito el autor de *Angel Guerra* pintando esos cambios superficiales del ambiente intelectual, que meten mucho más ruido que los cambios verdaderos (los cuales por lo mismo que lo son no se verifican repentinamente, con la rapidez con que se muda

una decoración de teatro) son de lo más exacto y sincero que se ha dicho sobre el asunto. No se puede calificar mejor que como Galdós lo hace estos moldes y patrones de opinión que se aceptan por tácito consentimiento de los aficionados á seguir la corriente y adquieren el valor de dogmas de un día. Son, como dice el autor de *Halma*, ventoleras, rachas que agitan y conmueven temporalmente á la sociedad, unas veces religiosas, otras impías, cuándo democráticas y populacheras, cuándo reaccionarias. Pero como el lenguaje de la verdad no ha tenido todavía en su favor una de estas rachas, es muy posible que la obra de Galdós, por hallarse en tal sentido de sinceridad inspirada, le atraiga no pocas censuras, sacadas de los lugares comunes de uso tan frecuente y de tan fácil acceso.

El *caso* de Halma está, á mi entender, maravillosamente tratado en la novela. Halma, ó sea doña Catalina de Artal, condesa de Halma Lautenberg, queda viuda del hombre á quien se unió por amor, á despecho de sus parientes. A este gran dolor se unen penalidades y miserias de todas clases, que afligen á la dama hasta que logra regresar á España, desde Oriente, adonde fué con su esposo, que desempeñó allí un cargo diplomático. Fué el conde hombre soñador, de imaginación exaltada y de tendencias místicas. Con todos estos datos aparece clarísimo el origen de la crisis mística de Halma. La comunicación espiritual con su esposo, comunicación de ideas que suele ser tan viva entre los que se aman; el gran dolor de perderle, esa gran conmoción del espíritu que produce la muerte de un ser amado y que tan frecuentemente se encuentra en la historia de las conversiones y en las vidas de los santos; el despego de los parientes, el abandono y la miseria en que se vió á raíz de su viudez, son causas todas que impulsan á Catalina á despreciar el mundo, que la apartan de él y encienden su deseo de socorrer en los demás las desventuras por ella misma padecidas. El movimiento simpático del dolor hacia los dolores ajenos, la solidaridad espiritual del que ha

sufrido con los que sufren, entra por mucho en las ideas y los proyectos de Halma.

Este estado de espíritu de la dama coincide con una de esas rachas de que habla tan exactamente Galdós, con la racha actual de misticismo (á juzgar por la época en que se desarrolla la acción de la novela). Los parientes de Halma, el círculo aristocrático en que vive, aceptan de bonísimo grado esta corriente intelectual de buen tono, de igual manera que en el siglo XVIII se aceptaba el volterianismo en los salones. Todos están conformes en que la impiedad es *cursi*, condenación más grave, á sus ojos, que todas las censuras de la Iglesia; todos hablan de los *intereses* espirituales y religiosos y se muestran muy poseídos del ministerio moral de las clases directoras, pero todos también aceptan lo establecido, las formas y caminos usuales, la religión del justo medio, y cuando Halma, más sincera y más entusiasta, quiere desplegar su iniciativa, hacer el bien sin ayuda de la beneficencia elegante, buscar á Dios por senda libremente elegida, todos la censuran, la ridiculizan, la juzgan loca. No la protege ya el código de las conveniencias, el gran código que en sus varias ediciones rige á todas las clases, más que los códigos escritos.

Halma no se arredra. Establece en un viejo caserón de Pedralba una especie de colonia tolstoísta... no traducida del ruso. Con ella van varios desheredados, entre ellos Nazarín, absuelto por los tribunales, que le declaran loco ó maniático, triunfo del sentido común burgués de estos tiempos, que no quiere hacer mártires ni siente ansias persecutorias, pero reputa demencia ó extravagancia cuanto excede de su limitado horizonte.

Ni en su retiro de Pedralba deja tranquila á Catalina la tiranía del mundo atildado, que adora sobre todas las cosas las apariencias y las maneras, y persigue inexorablemente á los tránsfugas. La calumnia la hinca el diente, y la calumnia, como toda malicia, tiene vista de lince, adivina... sólo que en este caso cree ver liviandad donde sólo hay amor honesto y casi

inconsciente. El principal de los protegidos de Halma es su primo Juan Antonio de Urrea, cabeza desordenada, pariente pobre de muchos aristócratas ricos, parásito de salón, que no siente, cual el personaje del diálogo de Luciano, el orgullo y el placer de este oficio. Conserva dignidad bastante para que le amarguen las bajezas á que su penuria le obliga. Halma le compadece y le ayuda. De donde resulta que llegan á amarse el calavera y la mística; que Urrea (como Angel Guerra) se asimila el misticismo de Halma por amor á ella, y que las malas lenguas se ceban en los dos encarnizadamente.

Entonces aparece Nazarín, más cuerdo que nunca cuando lo declaran loco, y convence á Catalina de que su misticismo es, si no imaginario, imaginativo, de que no hay que despreciar lo humano, de que son muy pocos los que pueden seguir el camino de la renuncia total al mundo, y en fin, de que debe casarse con Urrea, para hacer más bien y hacerle mejor, sin violentar á la naturaleza. Y hace también Nazarín la mejor crítica de sus pasadas aventuras, cuando dice á Urrea, al anunciarle que se casará con Halma:

«Ama la tierra, que á todos nos sustenta y nos enseña tantas cosas, entre ellas una muy difícil de aprender. ¿A que no sabes lo que es? Esperar, hijo, esperar. La tierra aguarda la sazón de las cosas, y nos las da cuando debe dárnoslas.» Verdadera filosofía de innovador clarividente que comprende la impotencia de la voluntad humana para precipitar el curso de los tiempos. Es lo que graficamente expresa la sabiduría del pueblo en la sencilla sentencia: *no por mucho madrugar amanece más temprano*, de que casi nunca se acuerdan los reformadores.

A los que conozcan las obras anteriores de Galdós, les bastará quizá este rápido resumen para comprender todo el partido que habrá sacado del asunto nuestro gran novelista. No es *Halma* una de las novelas de acción más viva y dramatica que Galdos ha escrito, pero sí de las que más hacen pensar, y de las que más ahondan en la vida interior, en la psicología individual y colectiva.

A la numerosa galería de tipos contemporáneos que encierra la larga serie de las novelas del Sr. Galdos, aporta *Halma* á más de los retratos de los personajes principales (Catalina y Urrea), ambos magistralmente trazados, otros que tienen también mucha vida. Sobresalen entre ellos el del marqués de Feramor, hermano de la protagonista, personaje britanizado, de aquellos para quienes parece haberse inventado exprofeso el adjetivo *correcto;* aristócrata que conoce á fondo á los economistas ingleses, habla de hacienda en el Senado y administra la suya con singular acierto, prestando, á buen interés, el sobrante de sus rentas á los amigos menos entendidos en economía política y privada. Otro tipo bueno de la novela, es don Manuel Flórez, sacerdote pulcro y tolerante, á quien su don de gentes hace muy propio para dirigir almas de buen tono. Este personaje, que viene á aumentar la numerosa colección de curas de Galdos, sobre los cuales podría hacerse un interesante estudio comparativo, (y que están, en general, pintados con imparcialidad y buen gusto, habiendo entre ellos figuras de mucho relieve), este personaje, ofrece particular interés en la novela, pues presenta frente á Nazarín, el contraste de un espíritu rutinario y acomodaticio, pero sincero, con las exaltaciones místicas y el despego de todo lo mundano del singular apóstol. Al cabo Nazarín, conquista á Flórez, victoria natural del proselitismo sugestivo de las ideas y sentimientos calurosos sobre la pasividad de las medias tintas, de los sentimientos tranquilos, de las ideas metódicas y ordenadas. Próximo á la muerte, con esa clarividencia del último crepúsculo de la vida, D. Manuel se juzga á sí mismo con severidad; se llama santo de salón; se califica, con más exactitud, de vulgo cristiano. Pero en medio de la confusión y sorpresa que le produce al principio la extraña personalidad de Nazarín, Flórez es, en algunos de sus juicios, órgano del buen sentido. Discurre bien al pensar que cada tiempo quiere sus cosas, que la aplicación estricta de la doctrina mística traería la destrucción de lo existente. A eso tiende en efecto el misticismo, como to-

das las sectas exaltadas, demasiado ardientes para comprender que la vida social es una serie de transacciones. Tolstoi, es bastante explícito en alguno de sus últimos escritos como el prólogo (traducido por T. de Wyzewa) á la vida de Drojjine, el mártir tolstoísta, que se negó á prestar el servicio de las armas, invocando el *no matarás* del Decálogo. Por eso el mundo no será nunca místico, ni se convertirá jamás á la filosofía de Schopenhauer.

Como Cervantes discutió en la segunda parte del *Quijote* las observaciones hechas á la primera, el Sr. Pérez Galdos parece haber querido explicar en *Halma* algunos puntos controvertibles de su anterior obra, y contestar ó prevenir objeciones. La discusión del *nazarismo*, no es de lo menos interesante que contiene su última novela. Hay en esa discusión observaciones delicadas y juicios profundos y sagaces. En cierto modo, aunque en menor escala (se trata aquí, no de todo el libro, sino de una parte puramente episódica), viene á ser á *Nazarin* lo que *Realidad* es á *La Incógnita*; el análisis interno, la faz interior de las cosas, sólo que allí se trataba de hechos y aquí de lo que se trata es de ideas.

Uno de los puntos á que parece dar más importancia el autor es el de la filiación psicológica de Nazarín. No quiere que se atribuya la paternidad de su personaje al misticismo ruso, y dice donosamente, por boca de uno de los que sostienen en la novela esta controversia, que siendo España tierra de tantos místicos, ir á buscar á Rusia el origen de Nazarín es como ir á buscar garbanzos á orillas del Don.

Aparte de esto, el misticismo es de lo menos *nacional* que hay, como tendencia tan apartada de las cosas terrenas y las disputas de los hombres. Y Galdós, cualquiera que haya sido la génesis íntima de su personaje, nos presenta sus místicos, así en *Halma* como en *Nazarín*, en un cuadro muy español, que no está traducido de ninguna parte.

E. GOMEZ DE BAQUERO.

CRONICA INTERNACIONAL

Cuestiones extranjeras de primer orden.—Cuestión de Oriente, y de Eritrea, y de Venezuela.—El Oriente europeo.—Abdul-Hamid y su absolutismo.—Nueva organización del diván.—Asuntos de Armenia.—La rota de los italianos en Africa.—Inconvenientes de la extensión y engrandecimientos coloniales para Italia.—Inglaterra y los Estados Unidos.—Proceder de éstos en las cuestiones americanas.—Límites de Venezuela.—Tratado con el Brasil.—Tratado con la República de Colombia.—Dificultades con Inglaterra.—Los arbitros y el arbitraje.—Conclusión.

I

Tres son las graves cuestiones internacionales: primera, cuestión de Oriente; segunda, cuestión de Eritrea; tercera y última, cuestión de Venezuela. Muchos agudísimos síntomas ofrecen las cuestiones orientales de una próxima irremediable descomposición del imperio turco. Sabida la resistencia opuesta siempre por los sultanes á que los buques de guerra pasen el Estrecho de los Dardanelos y anclen ante Constantinopla, no precisa encarecer mucho cómo le habrá dolido al hoy reinante la imperiosa imposición diplomática, que le ha obligado al enorme sacrificio de recibir dos de cada potencia firmante del tratado de Berlín en aquellas aguas, á la vera de sus harenes y de sus mezquitas. Las objeciones debieron tomar tal carácter de gravedad que haberlas respondido y conjurado constituye una gloria diplomática, la cual se disputan á porfía Rusia é Inglaterra. El

más fundado argumento estribaba en la imposibilidad casi completa de responder del orden público dentro de Constantinopla, metida en el fuego de una fiebre colectiva que dementa como una epidemia intelectual y moral á los pueblos. Por fortuna, las embarcaciones han ido entrando poco á poco y poniéndose á las mayores distancias posibles, para que las fuerzas de los infieles cristianos menguaran á la vista de los fieles musulmanes. Pero si en Constantinopla y en el Bósforo reina una difícil tranquilidad material, crecen los desórdenes por horrible manera en Anatolia y en Armenia, pues do quier hay allí matanzas. Y con decir que han muerto en estas matanzas más de treinta mil personas, harto se dice cuán poco el mundo progresa, cuando todavía los déspotas reciben sacrificios cruentísimos y muy semejantes á los ofrecidos en otros tiempos ante las divinidades antropófagas. Un combate oriental embarga también los ánimos; el desastre infligido á las tropas italianas por el Nego Menelik en las puertas de su Abisinia. Muchos soldados han muerto, con sus oficiales á la cabeza, vendiendo muy caras sus vidas y demostrando que la civilización y la cultura modernas no destruyen los conceptos relativos al honor y no desatan los fortísimos lazos del deber militar. La conducta por Italia seguida en este amargo trance le ha servido mucho, dándole crédito y autoridad, pues no se ha desconcertado, mientras pueblos tenidos por mayores pierden la cabeza en casos análogos y cometen toda suerte de injusticias con los propios gobiernos al asalto del pánico. Pero confirmo lo tantas veces dicho en estas mismas columnas: el afán de extender las colonias habrá de generar en lo futuro pavorosas catástrofes. Aún le parece á Inglaterra que tiene poco territorio, y señorea hoy en el planeta como reina sin rival de todos los mares; aún le parece que tiene poco territorio, y recorta en la Guayana mondaduras del territorio venezolano próximo á la desembocadura del Orinoco. Así los pueblos americanos se ponen á una contra estas pretensiones en guardia, creyendo que desde la cuenca del Orinoco podrá ir

á la cuenca del Amazonas, desde la cuenca del Amazonas á la cuenca del Plata, enroscándose á la grande América del Mediodía en particular, como está enroscada hoy en general á todo el planeta. Estas aprensiones han ido en el mundo americano tan lejos, que han inspirado una casi declaración de guerra cruel á la pluma del presidente Cleveland, mojada en rojos tintes de sangre. Así ha dicho que nombrará una comisión encargada de aquilatar las pretensiones de Inglaterra, y el Senado ha satisfecho su deseo votándole cien mil duros para gastos de esa comisión. Pero, después de haberlos votado, ha dirigido, por medio del capellán suyo, una oración al Todopoderoso, para que aparte de nosotros la guerra, incomprensible por cierto en estos días corrientes, días en que las trompetas del órgano y las campanas del templo acompañan los himnos que dicen: «Gloria en el cielo á Dios y en la tierra paz á los hombres de buena voluntad.»

II

El estado de la cuestión oriental, primera mencionada por prioridades múltiples de tiempo é importancia, no mejora, porque aqueja sin remedio al despotismo turco la inflexibilidad y la rigidez de todo aquello que perece y acaba en el mundo: ese frío de la muerte, apoderado de su cuerpo en esta hora terrible de la postrer agonía. Cuando era un axioma entre los partidarios de la Sublime Puerta que necesitaba tal potencia, para libertarse de muerte segura en Europa, optar por modificaciones progresivas, tócale un sultán inaccesible á todo consejo de prudencia é incontrastable por todo ejemplo de salvación, sultán adscrito á su personal poder, á pesar de

que sólo cuenta en su triste historia desastres, y en cada lustro de su vida sólo ha visto rodar por el suelo perlas de su corona y erigirse á su vista en orgullosos reyes sus no bien sometidos vasallos. Bajo el reinado suyo las cruces de los moscovitas han llegado, tras una serie no interrumpida de triunfos, al barrio de San Estéfano; las tierras casi feudales de Montenegro se han alzado con Dulcigno; ha Rusia para sí adquirido Besarabia con una parte considerable de Armenia, mientras Austria, Bosnia con Herzegovina; le han recortado parte de Tesalia para Grecia y otra parte del Danubio para Rumania; la isla de Chipre con la tutela de Egipto han pasado al poder de Inglaterra y al poder de Francia la tutela de Túnez; los árabes del Yemen se han movido al espoleo de insurrecciones continuas y los kurdos del Tauro se han desatado en asoladores merodeos al par que los vasallos de Sofía y de Belgrado y de Bukarest se transformaban en monarcas, anunciando, como heraldos de secular venganza, que se hallaba de cuerpo presente á las puertas del templo de Justuniano y á las orillas del Bósforo tracio colosal cadaver de institución tan terrible y tan maldecida de todos los pueblos cultos como el califato de Constantinopla. Un tiempo fuera, por todos recordado, en que soñador estadista, Midhat-Bajá, diciéndose representante de la joven Turquía, un Mazzini oriental, que llevaba en su mente fórmulas progresivas y en sus labios palabra revolucionaria, pretendió salvar á su patria como si fuese Italia, inspirando á sus hijos dos sentimientos incompatibles con su esclavitud histórica, el sentimiento de la unidad nacional y el sentimiento de los derechos humanos. Así redactó una Constitución política, tan aplicable á Turquía como á la luna, viendo su obra muerta en flor, como inadptable á las circunstancias é incompatible con las creencias, con las tradiciones, con las costumbres todas; y su libertad perdida por siempre, allá en asiática fortaleza, donde los reos, una vez en ellas encerrados, caen por antiguos bárbaros usos en el silencio y en el frío y en el olvido que los muertos ya sepultos. Nunca jamás creí aplicable una política

parlamentaria y liberal á Turquía; pero sí creí aplicable una grande ampliación de los antiguos cuerpos consultivos, hechos más deliberantes y dotados con influjos superiores á los hereditarios antiguos en el gobierno y dirección de los asuntos públicos. Pero, lejos de suceder esto, sucede todo lo contrario. Sucede que, poco á poco, se ha sobrepuesto el califa turco, anhelante por conocerlo todo y todo regirlo, á las corporaciones consultivas del Estado y al diván aquel, sabio y expertísimo, cuyo consejo, si no hacía mucho bien, evitaba mucho mal, á causa de sentirse más responsable que los sultanes, por menos endiosado. Y es tan cierto cuanto digo que no pueden parar en el gobierno los visires del serrallo por culpa muchas veces de los eunucos del harén. Hace pocos días que ha llamado uno de aquellos, muy conocido en la diplomacia por sus servicios, á la puerta del embajador de Inglaterra pidiéndole asilo, no contra las persecuciones del sultán, que hubiera soportado con resignación musulmana, contra sus favores que le requerían de continuo al visirato, para que tuviese la responsabilidad del poder sin su goce y autorizase con supuestos consejos, ni pedidos ni dados, resoluciones repugnantes á su corazón y á su conciencia. Pero el caso es que la crisis pide, no pareceres de miserables favoritos, pareceres de consumados estadistas. El cáncer de la matanza y del incendio se dilata desde los desfiladeros del Tauro hasta los pueblos del Bósforo. Y Zeitun sitiada por los turcos y Cesárea encendida en civil guerra, dicen más de cuanto pudiéramos decir nosotros respecto del horroroso estado en que Turquía se halla mientras el sultán, cuando todo le debía impeler al orden y al arreglo económico, se obstina en gobernar por sí el imperio y en agotar el tesoro. Ahora mismo acaba de remitir al Czar los presentes del fin de año. Y estos presentes importan veinticinco mil duros. Así el disgusto baja con rapidez á las muchedumbres, en cuyo corazón habita el culto á los grandes poderes y en cuyo incalculable número se reclutan los partidarios del despotismo. Y estas pobres gentes se preguntan cómo el califa tiene dinero sobrado en sus teso-

ros para dones y regalos á los monarcas infieles, sus declarados enemigos, y no lo tiene para el pago de sus tropas, desnudas y hambrientas, que combaten y mueren por su causa.

III

Pero todo esto parece de poca importancia cuando se lo compara con el pulso y tacto unidos á la elevación de ideas que piden las relaciones exteriores en imperio tan complicado por su geografía y por su historia con la política universal, como este moribundo imperio turco. El Sultán, después de haber escrito carta humilde á lord Salisbury pidiéndole perdón y socorro, mal contento ahora del poco caso que le ha hecho y del menosprecio con que le ha respondido, se vuelve hacia Petersburgo y trata con el Czar, que pretende captarle su herencia en Bizancio, como continuador de los emperadores bizantinos y representante de la iglesia oriental. Ha notado Abdul-Hamid el quebrantamiento sufrido por la triple alianza y desea ponerse bien ahora con el jefe y dios de la hegemonia europea, el czar de todas las Rusias. Efectivamente, hay para pensarlo. Inglaterra, obligada por muchos motivos á impedir la prepotencia de Rusia en el Asia extrema, se ha conformado con ella, sin oponerle ni aun una protesta. Los japoneses que, por sus instituciones y por sus industrias, debían creerse con la Gran Bretaña hermanados, han tenido que abandonar las tierras adquiridas en Mandchuria por sus tropas, ante un apremio del soberano moscovita, no contrastado y menos combatido por el soberano inglés. En estas maniobras ha tenido cooperación activa de Francia y complicidad patente de Alemania el imperio ruso,

aunque parecía tal inclinación malherir los intereses de Austria é Italia, sus dos potencias aliadas, enemigas de Rusia una y otra; la una por lo que Rusia combate los intereses italianos en Abisinia, la otra por lo que Rusia combate los intereses austriacos en Macedonia. Con efecto, el imperio británico dista mucho bajo un estadista protestante del vuelo que tomara tras los convenios de Berlín bajo un estadista judío. No parece por ninguna parte su influjo. Ahora mismo, Salisbury dice por modo solemne hallarse de acuerdo con Europa entera en la cuestión de Oriente, acuerdo, cuya extensión le quita intensidad, eficacia por ende; y para poder acrecentar con un buque más los anclados de cada nación allende los Dardanelos, hase valido de Rusia, quien se ha impuesto á la Sublime Puerta. Por cierto que tal desaguisado le cuesta un palmetazo terrible de mi amigo el jefe de los liberales, lord Rosebery, cuya carta reciente sobre tal negocio, dirigida por lo supremo de las circunstancias á un periódico, le recuerda cómo el primer ministro de Inglaterra, ó no está por modo alguno acorde con las potencias, á pesar de haberlo dicho tantas veces ó lo está en una inercia, no europea, sino musulmana de veras. Y así, no es maravilla que haya dicho el sultán para su capote: pues Rusia lo puede todo, vámonos con Rusia, cuya dirección siguen todos y cuya influencia todos obedecen. Mas el mundo europeo, por muy triste que sea la situación presente, por mucha fuerza que hayan dado al imperio absoluto del Norte las discordias entre los pueblos cultos del centro, no puede consentir una dominación como la rusa, extendida desde los mares griegos á los mares amarillos, en detrimento del principio de variedad, esencial, como el principio de unidad, al universo y al planeta. No ignoramos que Rusia, tan absoluta dentro, es liberal y parlamentaria fuera. No ignoramos que ayer estuvo como aliada con los Estados Unidos y hoy está como aliada con Francia. No ignoramos que sus armas han llevado la independencia nacional y el régimen parlamentario á Serbia y á Bulgaria. No ignora-

mos que determinan muchos de sus actos las propensiones á Grecia, por la cual sentimos un verdadero culto. No ignoramos que reclama gobierno democrático y constitución liberal á la continua para el pueblo helénico de Creta. Nada de esto ignoramos. Pero también sabemos que aspira con empeño á la posesión de Constantinopla, y que la posesión de Constantinopla daría un predominio tal á su incontrastable autocracia, extendida desde los mares jonios al Océano Pacífico, que nos cerraría las puertas del Oriente primero y después impondría un despotismo abrumador á Occidente. Así, para salvarnos y para preservar á la civilización de un peligro y un daño tan graves, no hay medio alguno como que fomenten los grandes gobiernos europeos una confederación de pueblos eslavo-helenos, desde las fuentes del Eufrates hasta las puertas del Adriático, transformando Constantinopla en gran ciudad libre, gobernada como las ciudades hanseáticas é italianas, hecha capital de organismo tan vasto y asiento de su necesario anfictionado.

IV

No podemos olvidar que hay una cuestión armenia, por la cual se ha suscitado la cuestión capitalísima de Oriente. Y esta cuestión armenia no presenta la sencillez que presentaban en la guerra de Crimea y en la última guerra turco-rusa los derechos y la independencia de cada pueblo cristiano. Cuando, en fines del 87, por Diciembre de tal año, estuve yo en París, ocupaba una parte del escenario grandioso aquél cierto comité armenio, generador de una grande agitación, como las que supieran suscitar poloneses, válacos, serbios, montenegri-

nos y hasta egipcios, en favor de las diversas tierras á que llaman ellos su patria. Tan grande acción aparecía simultánea entre Londres y París. Mas en Londres los problemas orientales privan más que en París. Ligados con su dominación sobre las aguas del Nilo, no pueden desatender los ingleses cuanto en el Bósforo pasa. Pero han mucho cambiado los sentimientos británicos, desde que Parlmeston declaraba dogma inglés la conservación del imperio turco, hasta que Gladstone, después de haberse vuelto contra el sultán bizantino, como antaño contra el rey Bomba napolitano, hablara por la Bulgaria opresa, como en otros días por la Italia meridional, y habla hoy por los armenios como antes hablara por los búlgaros. Cooperó á este grandioso empeño mucho la bárbara degollación perpetrada por los sicarios de Turquía en el distrito de Bitlu por Junio del año 94. Los críticos racionalistas de la Historia Sagrada niegan la degollación de los inocentes, por su inverosimilitud histórica, sin recordar cómo un asedio asiático, no sólo extermina los muchachos, todos los vivientes, hasta el espacio donde vivieran, desenterrando su ferocidad los muertos para entregarlos á cuervos y á hienas, en su deseo de horroroso estrago y exterminismo, generado por los más crueles sentimientos de venganza ó desquite. Repitiéronse las reclamaciones entonces; pero estrelláronse nuevamente contra los obstáculos geográficos é históricos, tan fuertes y poderosos cual el tiempo y el espacio suelen serlo en todas sus resistencias. Como el pueblo americano jamás podría responder de sus indios salvajes, el sultán otomano jamás podrá responder de sus kurdos casi primitivos. Todo aquel espacio está entregado al caudillaje, como afligido por una guerra perdurable. Luego, Armenia pertenece una sexta parte á los rusos, otra sexta parte á los persas, dos terceras partes á los armenios, habiendo así doscientos mil súbditos de Persia, ochocientos mil de Rusia, millón y medio de Turquía, y con el cual millón y medio sólo hay un 15 por 100 de esos cristianos, que tanto entusiasmo nos infunden y tantos afanes nos cues-

tan. Quien desee de todo esto enterarse con acierto, no tiene más que leer con atención el trabajo luminoso hecho sobre tal materia por el sabio escritor Pressense, y publicado el mes último en la *Revista de Ambos Mundos*. La verdad es que, pocos ó muchos, hánse formado los armenios cristianos una patria moral, tanto más amada cuanto más vencida, entre los tumultuosos oleajes de la población turca, y hay que darles de algún modo aquellos rudimentarios derechos humanos, prometidos por todos los tratados y jamás cumplideros, sin abandonarlos al voluntarioso gusto de un soberano, á quien todo instante le parece bueno para exprimir en sus arcas la sangre de sus vasallos y ninguno de verdadera oportunidad para reconocerles aquellas garantías sin las cuales no tiene precio alguno la vida, ni es habitable la tierra.

V

En todo tiempo y lugar hemos criticado acerbamente á Italia su afán por los engrandecimientos territoriales y su manía colonial. Parecíanos harto poseída por el trabajo de su reorganización interior tras el antiguo descoyuntamiento y la secular servidumbre para meterse por terreno tan vedado á su edad y á sus fuerzas, como ese problema colonial, que sólo ha resuelto con verdadera ciencia y provecho tangible la poderosa Inglaterra, quien acapara todo cuanto importa en mares y continentes, no á su vanidad nacional, á los productos de su industria y á la circulación de su comercio. Nosotros hemos comprendido una tan sólo entre las diversas neurosis coloniales de Italia: su ambición por Túnez. Desde los tiempos de las guerras púnicas primeras á los tiempos del gran Esci-

pión Africano, y desde los tiempos del gran Escipión Africano á los tiempos del gran emperador Carlos V, la estancia de un enorme poder ó de un fuerte pueblo en Cartago, á la vera casi de Sicilia, fué considerada como gravísimo daño de su propia existencia por Italia entera, con especialidad por la Capital Eterna y más aun por el Mediodía italiano, tanto peninsular como insular. Y aun entendiéndolo así, los eternos amigos de Italia, todos aquellos que con pluma y palabra como con el influjo sobre Cámaras y gobiernos hemos cooperado á su establecimiento y estamos interesadísimos en su conservación, le decíamos impidiera el arraigo de ningún otro Estado allí, pero sin alzarse de manera ninguna con su posesión y con su disfrute, por gravoso para su Tesoro nacional naciente y cansado para sus jóvenes fuerzas colectivas. Italia, desde que recobró Venecia y entró en Roma, debió reducirse al estricto ministerio de organizar sus queridas libertades y robustecer su nacional unidad. Dolorida de la continua emigración que se parte de sus rientes campiñas y encantadas costas al Nuevo Mundo, al Amazonas, al Mississipí, sobre todo al Plata, donde la colonia italiana entra por mucho en la vida y ser, así de Montevideo como de Buenos Aires, se ha propuesto ver si encontraba sitios en Africa propios á una colonización donde dirigir sobras de su sangre y retener copia de sus gentes. Convengamos en que Túnez pudo con mucha ventaja ocurrir á esta necesidad, acaso Trípoli también, aunque no igualase á la región donde brilló Cartago, idéntica de suyo con el Mediodía siciliano; pero Eritrea, entre los desiertos sudaneses y el mar Rojo, frente á la tropical Abisinia, bajo un cielo abrasado y sobre arenas encendidas, únicamente podía servir para tostar á los italianos y perder sus rentas públicas y desnivelar sus presupuestos nacionales. Así, cuando, en los últimos tiempos, desde los clubs italianos hasta el Parlamento, festejaban al caudillo africano, al heroico Baratieri, sin desconocer yo los laureles de éste, presagiaba lo venenosa que sería para Italia y los progresos italianos su infausta sombra. Con efecto, después de ovaciones y

triunfos, en que alababan los patriotas con odas pindáricas y con discursos ciceronianos las glorias del dominio llamado Eritrea; la toma de Kasala, tan querida por el madehismo sudanés; la barrera erigida con empeño contra las corredoras tribus nubias; las amenazas extendidas sobre la montaraz Abisinia; el castigo mandado por los cielos al rey Menelik, destituido, como un protagonista de cualquier drama lírico, del don de la palabra y del uso de la lengua por la fulminación sobre su cabeza de un rayo celeste; la columna del mayor Toseli queda rota y aniquilada tras sublime resistencia, y su jefe, martirizado y muerto en una defensa digna de los tiempos épicos y de las romanas legiones. Entre los Estados de Africa, el único de carácter cristiano y de civilización rudimentaria es Abisinia; por consiguiente, había menos motivo para combatirlo y más razón para temerlo que á los demás Estados de Africa, musulmanes, conquistadores, bárbaros. Italia sólo tuvo una ciudad verdaderamente colonizadora, Venecia, extendida por tan hechiceras y felices regiones como los archipiélagos y los mares helénicos ó las costas dálmatas é ilíricas; y ha comenzado su nueva colonización por el más difícil y el menos justificable de cuantos proyectos se han concebido para civilizar el continente negro, por Abisinia. Combatir con los mahdies y los dervises; asegurar el paso de las caravanas por un desierto sin límites; oponerse á las cazas y á las mutilaciones de siervos; tener á raya el mundo nubio de un lado y de otro lado el mundo abisinio; apoyarse con habilidad sobre unos régulos contra otros régulos y someterlos directa ó indirectamente á todos, empresa parecía, si bien difícil, no imposible al genio italiano, siempre inspiradísimo, pero sí al Tesoro, exhausto siempre. Por esto, sin duda, por el Tesoro, no se ha movido Italia cuando moverse debía; y en vez de buscar á Menelik, para castigarlo, después de haber desmentido éste tratados, á cuyo pie pusiera su regia firma, lo ha dejado reponerse; y en vez de sorprenderle, ha sido cándidamente sorprendida por él en la última desdi-

chada rota; y en vez de aprestarse á maniobras y campañas, que debieron aprovechar las rivalidades entre los reyes aquellos, los ha unido con su inercia y los ha llamado á temerario combate, presentándose débil é incierta; y en vez de buscar insurrecciones internas de caudillos, dispuestos á ello siempre que les mueva ó el interés ó la pasión, halos unido al imperante supremo, convertido de un monarca destronado casi, en árbitro absoluto de aquellas gentes y defensor victorioso de sus tierras. Y lo peor del caso es que la principal responsabilidad del desastre recae sobre los ministros, á causa del descuido con que procedieron en toda esta cuestión y de la indiferencia con que miraron las cartas de Baratieri, en las cuales anunciaba de un modo matemático la reconciliación del rey Menelik, definitiva ya, con su gran feudatario Magaccia, y el comienzo de una guerra horrible iniciada por los dos caudillos armados, desde los últimos días del fenecido Setiembre, y dirigida con esfuerzo á perder el predominio de Italia en el Oriente de Africa. Con efecto, ha sido infeliz de toda infelicidad esta incomprensible aventura. Cuando el generalísimo de las tropas abisinias dirigiera su terrible ultimatum á Toselli, éste requirió auxilio del general italiano más próximo, Arimondi, situado en Macalé, quien le contestó dándole orden de retirarse y rehuir el combate. Pero no llegó á tiempo la orden de retirada, como no fué oída la demanda de auxilio; y mil cuatrocientos soldados que allí había, entre indígenas y peninsulares, fueron envueltos por la superioridad incalculable del número y exterminados sin piedad. Sólo trescientos pudieron salvarse. Grande acto este de mártires, cuyo precio sube al pensar cuán poco lo merecía el territorio porque gastaban tal esfuerzo.

VI

Pero la cuestión de las cuestiones hoy es el conflicto de Inglaterra con América por los límites entre la Guayana británica y el territorio de Venezuela. Toda elección presidencial en los Estados Unidos trae grandes agitaciones que suele amedrentar á los pacatos, pero que aparecen á los ojos de todo político verdadero como un oleaje vital, elevando á lo alto vapores y espumas de consoladoras esperanzas. Mas como en el mundo van luz y sombras, mal y bien, justicia é injusticia, en mezcla inevitable, alcanzando tal mezcla, lo mismo á los astros que á los insectos; lo mismo á los mundos que á los átomos; lo terrible y triste de tales agitaciones se halla en su complicación inevitable con los problemas extranjeros, tanto bajo su aspecto económico, como bajo su aspecto político también. No complican las aduanas los americanos tan sólo en su lucha presidencial, complican las cancillerías, y estas complicaciones provienen todas de los factores que componen su población. Hay millones de alemanes allí, como hay millones de irlandeses, los cuales tienen millones de votos. Así nada tan lógico y natural como que traten de ganárselos todos los candidatos en lucha y competencia. No hace mucho tiempo que dieron á Bismarck una gran pesadumbre, no ya los presidentes, los diputados, digna de consideración. Las tribus alemanas en América están compuestas de antiguos emigrados impelidos allí por la revolución del 48, llena de trágicas incidencias y tristes rotas para los prematuros amigos del progreso alemán. Y quieren los poderes públicos americanos atraérselos. Movidos de esta querencia los representantes

yankees dirigieron un pésame al Parlamento alemán, cuando se murió jefe ilustre de la oposición progresista, pésame que fué como un sinapismo para su adversario Bismarck, quien sacudió la censura indirecta infligida sobre su historia en discurso de tonos duros y argumentos acerbísimos. Las dos tribunas se descararon y se dijeron lindezas, no trascendiendo más lejos la discordia, pero inspirando grande holgorio á los liberales germánicos de la tierra sajona. Otro caso más tarde, creo era en la penúltima elección presidencial. Al mundo político le sucede lo contrario que á la naturaleza. Los padres aman mucho á sus hijos en la naturaleza mientras en la sociedad los pueblos generados detestan á los pueblos generadores. Y como los españoles de América no quieren á los españoles de Europa, los ingleses de América no quieren á los ingleses de Europa. Siempre que los yankees puede hacerlo á mansalva, la Inglaterra del Nuevo Mundo riñe con la Inglaterra del viejo mundo. Y amén de tal motivo de riñas, existe otro no menos poderoso en la existencia de tantos irlandeses emigrados como por allí pululan. Pero narremos el caso, por cuya evocación vinieran estas observaciones á mi pluma. El caso es que en las penúltimas elecciones presidenciales, no se le ocurrió cosa mejor al presidente que poner los pasaportes en manos del embajador de Inglaterra y despedirlo hacia Europa, embarcándolo como al último de los expulsos. Tocaron entonces los ingleses el cielo con las manos, encendieron en ira sus ánimos, pero desahogáronse á una en quejas y amenazas, sin que al cabo aquello generase, no ya una guerra cruel entre ambos pueblos, ni siquiera una enemistad verdadera y durable. Yo no aconsejaría jamás al Estado español llevara con paciencia ofensas inferidas por cualquier otro Estado extranjero. Pero, tratándose de los americanos, como no los juzgo extranjeros, creo que debemos pasar por todo. Así, cuando la guerra entre Chile y España, ó España y el Perú, yo, en un periódico de aquel tiempo, me puse al lado de nuestros hijos, y cuando fuí

ministro de Relaciones Exteriores preparé una paz, fundada en el afecto de maternidad que siente la madre patria, España, siempre por sus catorce hijas, las naciones emancipadas de América. Y lo mismo que nos pasa con las hechuras nuestras del Nuevo Mundo, les debe pasar á los ingleses con sus más ó menos descastados hijos, los otros ingleses de la república sajona.

VII

Lo cierto es que han proferido los americanos amenazas de todas clases y calládose los ingleses como difuntos. ¿Ha sido esta cuestión de Venezuela una maniobra electoral, como lo fué la cuestión del embajador expulso allá en otros tiempos? Yo no creo á Cleveland capaz de pésimas artes. Creo lo contrario, creo que, llevado de un celo, quizá excesivo, por la integridad completa del territorio americano; partidario de los procedimientos pacíficos, según les sucede á todos los demócratas verdaderos; mantenedor desde las alturas mayores del Estado de un principio tan humano como el arbitraje internacional; viendo que se querellaba Venezuela de intrusiones británicas en sus tierras, y tomando ciertos aires de protector neto del continente, donde viven los organismos avanzados más á sus anchas, ha escrito notas, respondidas por Inglaterra con silencio desdeñoso, el cual silencio hale movido á romper en guerra sin la debida consideración y á lanzar un reto audaz, casi temerario, al mundo británico. Los nervios sociales de los americanos han respondido al sacudimiento en seguida, y la chispa belicosa encerrada dentro de todos ha brotado con chasquidos y relampagueos y truenos de una terrible rapidez. Por de pronto, cierto senador ha propuesto

abrir amplio crédito de cien millones de duros para precaverse de ataques imposibles y acudir á una guerra cruentísima. ¡Cuán mal camino toman! Tiene hoy América pugna extraña con sus caracteres fundamentales por dos caracteres particularísimos, que no debía tener esa federación, de suyo humanitaria y progresiva. Uno de los caracteres contrarios á su temperamento es la excesiva protección arancelaria, que separa sus productos de los demás productos del trabajo humano, cuando todos á una debían entrar en la circulación del éter social; y otro de los caracteres, además, es el dispendio crecido hecho en los presupuestos de guerra por las pensiones ofrecidas á los supervivientes militares del choque tremendo entre Norte y Mediodía, que ha desequilibrado el presupuesto y ha soterrado su antes desahogadísimo tesoro, tras doloroso cáncer tan voraz como un crecido é irremediable déficit. Pues si ahora exige máquinas de combate y no artefactos de paz; si la viva luz esclarecedora que ha encendido en la frente del humano linaje se trueca pronto en homicida rayo; si los ejércitos de trabajadores se convierten por una inconsecuencia horrorosa en ejércitos de guerra y exterminio; tomará el carácter cesáreo, dictatorial, imperialista, que acaba siempre por destruir las repúblicas y levantar sobre sus escombros los Césares. Mal hizo lord Salisbury no respondiendo al memorandum americano en demanda y requerimiento del arbitraje y de los árbitros. Pero hizo mucho peor Cleveland llevando á extremos de batalla el menosprecio á una propuesta de conciliación. Y todavía hizo peor invocando la doctrina de Monroe, improcedente de suyo en tal ocasión é inaplicable á este caso.

La doctrina de Monroe no niega el derecho á poseer territorios sitos en el nuevo mundo por el viejo, con tal que tengan la sanción del tiempo y de la costumbre; no niega esas tradiciones, en cuya virtud todos los pueblos europeos casi poseen alguna parte de América ó de sus islas adyacentes; lo que niega con rotunda negativa es todo violenta conquista nueva, y jura por todos los númenes de su patria ó de su gente,

oponerse hasta con las armas en la mano á una retrogradación territorial hacia las dominaciones europeas y á un reintegro de los territorios perdidos por Europa y sus Estados para siempre. No hay que dudarlo: en esta doctrina de Monroe se hallan todos los americanos del Sur y del Norte acordes: ninguno quiere una reconquista de América sobre Europa. Y es natural. Como Europa entera no querría una reconquista del Asia, cual de sobra lo muestra la repugnancia invencible que aún tenemos hoy en el Occidente hacia el imperio sobre nuestro continental Oriente de los turcos. En este sentido y bajo este aspecto representa el gobierno de Washington la unidad del sentimiento americano.

VIII

Pero engañaríase mucho el gobierno americano, si creyera que van las repúblicas españolas en sus brazos á lanzarse por temor al europeo continente. No quieren allí á las potencias del viejo mundo; pero tampoco quieren á las grandes potencias del nuevo. Si Europa las conmina por un lado, se apoyarán en el pueblo sajón; pero si las conmina el pueblo sajón, se apoyarán en Europa. No las tienen todas consigo nuestras repúblicas, cuando los yankees les tienden su mano protectora. Está demasiado cerca el recuerdo de la desmembración de Méjico, para que lo hayan olvidado en sus adentros, ni aun después del justo empeño moral que pusieron, alcanzada su interior victoria, para que no continuara ni el imperio de Maximiliano, ni la ocupación francesa, uno y otra conjurados por el esfuerzo heroico de la gloriosa gente mejicana y por la resistencia tenacísima del inmortal Juárez, no por el

trabajo indirecto de los Estados-Unidos, que han dejado las intervenciones europeas en América imponerse por completo. Desde aquel Congreso de Panamá, reunido el año 27, bajo la inspiración de Bolivar, hasta el Congreso de Washington, reunido bajo la inspiración de Blaine hace bien poco tiempo, ninguno de los Congresos americanos, absolutamente ninguno, compuestos por pueblos españoles, mostró propensión á la presidencia, real ó falsa, de los Estados Unidos, quienes han dejado baldía, ó si no desmentida, la teoría de Monroe, cuando les ha convenido de alguna manera ó les ha costado algún grande sacrificio mantenerla. Nadie ha olvidado que Francia é Inglaterra intervinieron á una con activa intervención en el Plata, sin que los Estados Unidos se opusieran de palabra ú obra; nadie ha olvidado que dejaron destrozar una república en el Paraguay por fuerzas aliadas vecinas, entre las cuales iba como principal factor un imperio, el Brasil. Pudo Santana ejercer dictadura teocrática; Rosas renovar los tiempos del cesarismo romano; estar sitiada Montevideo diez años; juntarse las repúblicas del Centro en haz ó romper entre sí en guerra; conspirar los holandeses ó sus protegidos desde isla cercana contra Venezuela; bombardear un príncipe de Orleans Vera-Cruz por no haber cobrado sus golosinas un pastelero francés; entrar y salir á su grado las potencias europeas en Santo Domingo; alzar Urquiza un gobierno de la Pampa servido por gauchos; quedarse Chile con una parte del Perú; conspirar descaradamente la dinastía de Portugal contra las jóvenes instituciones brasileñas; combatir Inglaterra en Jamaica y molestar á sus afines desde el Canadá y reirse de ellos así en los dominios de Honduras como en las pesquerías de Terranova, sin que los Estados Unidos interviniesen para cosa ninguna con actividad resuelta y menos proclamasen la doctrina de Monroe con aire matón ó retador. Y mientras éstos observaban así un principio tan moderno, como el principio de no intervención, proseguían su obra de progreso, esa obra que les ha permitido industrialmente organizarse para las grandes artes

de paz y de derecho, con la cual organización hannos traído el pararrayos que descarga las nubes y el teléfono que lleva el verbo humano sobre los vuelos de las chispas, utilizando el vapor, aplicado por ellos con verdadera ciencia, mientras Europa, que había encontrado su aplicación, lo despreciaba, y perfeccionado con Moorse y sus descubrimientos el telégrafo que ha quedado como nerviosa red en el planeta y difundiendo en las moléculas del suelo y en las fibras del cuerpo los éteres celestiales; por lo cual todos estamos en prestar á los Estados Unidos aquellos acatamientos que merecen los pueblos servidores del género humano, á cuyas ideas y á cuyas determinacionas se debe que seamos, cada día con mayores títulos, soberanos en la Naturaleza y continuemos la obra del Criador.

IX

Pero convengamos en que Inglaterra, por su afán de acaparamientos continuos, va moviendo contra sí los pueblos, y en la cuestión de Guayana, mostrando ambiciones sobre las cuencas del Amazonas y del Orinoco que alarman al Nuevo Mundo con motivo é infunden recelos de guerra en el Viejo. Parece imposible cuánto se ha extendido Inglaterra en los postreros lustros; parece imposible. Si Francia toma un pedazo en Indo-China, Inglaterra toma por allí otro pedazo mayor; si Austria se alza con Bosnia, Inglaterra con Chipre; si Rusia llama con empeño á las puertas de Meru ó de Sarrachs, metiéndose dentro de Mandchuria, en su camino hacia China y hacia India, Inglaterra se apodera de todo el Nilo; si la ilusa Italia entra por Eritrea, se dilata Inglaterra por toda el Africa

austral sin respeto alguno á los copartícipes europeos de aquellas vastas regiones componentes de un imperio, el cual podría dilatarse bien pronto, sin solución alguna de continuidad, desde los espacios donde se alza el Cabo de las Tormentas á los espacios donde se alza el faro de Alejandría. Francamente, una tan grande ambición y unos logros de esta grande ambición tan extraordinarios, hacen que todo el mundo esté contra Inglaterra en guardia y recele y sospeche de sus proyectos, creyéndolos encaminados á extensiones territoriales incompatibles con la seguridad general. No se necesita ser un lince para decir que generan peligro inmenso por una parte la extensión territorial de Rusia y por otra parte la extensión océanica de Inglaterra. Sólo así puede justificarse que por una cuestión de límites, frecuentísima en los litigios territoriales de América, resuelta generalmente por árbitros ó arbitrajes, haya podido recrudecerse hasta el extremo de provocar una grande agitación universal y de infundir temores á que pueda producir una especie de guerra interocéanica, cuyos incidentes y resultados habrían de conmover y de perturbar todo nuestro planeta. Venezuela, que la llamamos así por haberle puesto nombre tal Ojeda, viendo surgir unos cuantos bohíos en celeste lago como diminutivo de Venecia, está casi anegada en territorios inmensos, de una exploración y de un delineamiento difíciles, y por esta razón tras su independencia se ha encontrado muchas veces en frecuentes litigios á causa de sus fronteras, que frisan, ya con la república de Colombia, ya con la República del Brasil, ya con la Guayana británica. En 1859 por un tratado arregló sus límites con el Brasil imperial, no sin porfías y contestaciones mutuas de una verdadera entidad. Más difícil y más reciente aún el arreglo con la república de Colombia. Pero á un arbitraje quedó sometido, y se compuso por medio de arbitros españoles tan justos y eruditos como el director de nuestro Instituto geográfico Ibáñez; el ilustre académico Fernández Duro; el tan justamente reputado sabio Jiménez de la Espada. Concluyóse tal arreglo, según veo en Reclus, y

en su libro titulado *América del Sur,* que ahora consulto por tener á mano tan reciente publicación, el año 1891. Venezuela perdió por este competente y autorizadísimo fallo un tercio del espacio que pretendía y se conformó á ello sin resistencias ó sin protestas. Nuestros académicos no habían estado allí, no habían tenido que recorrer aquellos espacios; les bastaban los viejos mapas de las bibliotecas hispanas con los viejos papeles de nuestros copiosos archivos. Pues el pleito con Inglaterra podría tener los mismos caracteres prácticos que los pleitos con Brasil y Colombia, ejerciendo mis compañeros de la Historia y nuestros guardianes de documentos en Sevilla y Alcalá y Simancas y Madrid un análogo ministerio al ejercido en tantas ocasiones, de tener enfrente otro pueblo que no fuese tan invasor como Inglaterra. El monte Roraima es como un vértice donde se juntan los límites de Venezuela, Brasil y Guayana. Por una extensión á la parte oriental de tan importante montaña pleitean hoy los ingleses. Aunque poseen el delta del Orinoco pretenden más contra toda la voluntad expresa de Venezuela; pretenden una extensión de noventa mil kilómetros cuadrados, la cual extensión toca en las minas auríferas del alto Cuyani, colocadas bajo el poder de Venezuela, y que acaso por esta vecindad ofrece muchas vetas de oro. Imaginaos lo intenso de la pasión entre los dos pueblos litigantes, por lo cuantioso del interés que despiertan venas tan fecundas al trabajo y tan despertadoras de la codicia. Venezuela no les disputa de ningún modo aquello que pertenece á los ingleses desde los tiempos de Raleigh, y que consta en mapas españoles, trazados durante nuestra secular dominación allí. Pero dice que las posesiones al Este del Roraima, de tanta extensión y amplitud, combinadas con las posesiones al desagüe del Orinoco, que completa la isla de Trinidad, suponen un vasto plan ideado para dominar en América del Mediodía. Si á esto se unen las Honduras británicas en el centro de la nueva tierra, Jamaica entre los mares antillanos y las desembocaduras del Mississipí, todo el Canadá, tan cercano al corazón

de los Estados Unidos, las pretensiones sobre mares como los helados en Terranova, donde se pescan las focas y el bacalao, habrá de justificarse que los venezolanos clamen y los yankees protesten y los brasileños con los argentinos recelen y el mundo entero tema los estallidos terribles de una guerra universal. Así es que concluimos este muy extenso trabajo, pidiendo se apele á los árbitros, no á los soldados, y se haga justicia, no por la guerra, en quien domina siempre lo violento; por el arbitraje, que proclamará de seguro el mejor derecho y conservará la paz universal.

EMILIO CASTELAR.

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

La persona social.—*Estudio general*, por Julio Otero Valentín, abogado; 1 vol., 426 páginas. Valladolid, 1895. Precio 6 pesetas.

Sea cual fuere el juicio que se forme del fondo y de la forma literaria del libro del Sr. Otero Valentín, no puede menos de merecer su autor un entusiasta aplauso. El mero hecho de *atreverse* en este país, en este erial, primero á componer, y luego á publicar un tomo de 426 páginas sobre asunto tan fuera del interés general, tan extraño á todas las pasiones del momento, como ese de la *Persona social*, implica en quien tal hace una gran dosis de amor hacia las cuestiones científicas más elevadas, un alto grado de idealidad, y muchas otras cosas, poco comunes, por desgracia, en España, no ya entre el vulgo de las gentes, sino entre las mismas que por su posición y profesión es uso llamar gentes cultas é ilustradas.

El plan desarrollado por el Sr. Otero y Valentín es muy vasto, y en general paréceme muy bien ideado. Empieza el libro por un capítulo preliminar, relativo á la personalidad en el Derecho; la materia que comprende este capítulo es el antecedente obligado del problema capital de la obra. En efecto, antes de hablar de la persona *social*, era necesario que el autor expusiera la idea de la *personalidad*, á partir del concepto de

la persona, de sus caracteres distintivos, de su derecho, de las diferencias entre hombre, individuo y persona, de la capacidad de ésta, etc., etc. Una vez dentro ya del tema objeto inmediato de la obra, el Sr. Otero divide su trabajo en dos partes: la primera refiérese al *concepto de la persona social* (páginas 17 á 156), y la segunda, mucho más amplia, refiérese á la *vida de la persona social* (páginas 157 á 406). La primera parte comprende dos títulos: en el uno se estudia el concepto de la persona social «en el orden especulativo», esto es, el concepto *filosófico*, según el autor, de la persona social (capítulos 1.° y 3.°, y el 4.° en parte), y el concepto de la persona social (no individual) en las principales teorías (cap. 2.°, y, en parte, el 4.°). En el otro título se habla del concepto de la persona social «en el orden práctico»; esto es, el concepto de la persona social en la vida real, en su relación con la ley y con el Estado. La parte segunda, mucho más amplia que la primera, se divide en cinco títulos; sus epígrafes son los siguientes: 1.°, Condiciones de existencia de las personas sociales; 2.°, Cualidades subjetivas de la persona social; 3.°, Relaciones personales del ser social; 4.°, Relaciones patrimoniales, y 5.°, De la extensión, reforma y supresión de la persona social.

El concepto que el Sr. Otero tiene de la persona en general, inspirado en gran parte en los luminosos trabajos de don Francisco Giner, que constantemente cita, es el de que la persona es el ser de conciencia racional, el ser de razón, en suma. La causa de la existencia de los organismos sociales, en quienes radica la persona, la encuentra en la naturaleza humana; tienen aquéllos el mismo origen que la humanidad, y deben ser considerados en vista del fin á que tienden; pero como medios para la vida del individuo. Por otra parte, las personas sociales, aun cuando fundadas en elementos individuales, tienen una realidad efectiva, no de mera agrupación ó suma, sino de sustantividad independiente de los que las motivan. Tal es una pequeñísima parte de la doctrina fundamental del Sr. Otero acerca de la persona social. La breve-

dad con que es preciso redactar estas notas, nos impide entrar en más amplios detalles.

Apreciando en conjunto—pues otra cosa no cabe—la obra de que hablo, fuera de las indicaciones ya hechas en favor de su publicación y de lo bien ideado de su plan en general, aún añadiré que demuestra en el autor un buen dominio del asunto y no escasa erudición. Algunos reparos, sin embargo, creo que deben hacerse á este trabajo sobre la *Persona social*. En primer término, en una obra acerca de este problema, que no es un problema meramente jurídico, se echa de menos en el autor una más sólida y completa preparación en los estudios sociológicos. No creo yo que pueda darse un paso en firme en la exposición de la naturaleza *social* de las personas colectivas, sin un conocimiento de las condiciones y elementos que positivamente constituyen la sociedad. Sin duda el autor no ignora la importancia del aspecto sociológico del problema, pero quizá, repito, no revela la preparación necesaria para tratarlo. Aun cuando el propósito del Sr. Otero, según declaración propia, se limita (pág. 32) á las personas no individuales de origen voluntario, especiales—prescindiendo de las necesarias—las completas ó totales: familia, municipio, nación, etc.,—sin embargo, la consideración de que se trata de un *estudio general* acerca de la persona social, parecía imponer el examen de la naturaleza, elementos y condiciones de la persona social en sí misma, desde el punto de vista de la antropología, de la psicología colectiva y aun de la política. Se echa de menos, en verdad, en este libro—tan completo en otros aspectos—algo sobre lo que es la persona social... del Estado, no en el respecto que supone el Estado, cuando se habla de las personas jurídicas, sino en el respecto general de la composición sociológica-colectiva de las sociedades constituidas—personas—en Estados. Para terminar, una última observación. Ya he dicho que el libro del Sr. Otero, revela en su autor erudición. La tiene sin duda. La exposicion crítica de teorías es bastante nutrida. No hay, además, ningún género de exclusivismos de escuela en las ci-

tas. El Sr. Otero toma el argumento donde lo encuentra. Además, tiene nuestro autor no escaso conocimiento de las legislaciones positivas. Pero acaso no hay en el empleo del material... erudito toda la perspectiva crítica que fuera de desear. Acude, en efecto, á los autores de cuarto y aun de quinto orden tan en primer término, y aun más en primer término, que á los autores principales. Podría citar varios ejemplos demostrativos: pero me falta espacio y me limito á señalar uno. El Sr. Otero dedica unas cuantas páginas á discutir en serio, y por todo lo alto, una opinión del Sr. Colmeiro (D. M.). En mi concepto, en un libro sobre la *persona social* de las proporciones del que ha escrito el Sr. Otero, eso resulta un tanto *desproporcionado*.

A. POSADA.

Problemas de Derecho penal, por Pedro Dorado, profesor en la Universidad de Salamanca.—Tomo I, 469 páginas.—Volúmen 19 de la Biblioteca jurídica de autores españoles.—Madrid.—*Revista de Legislación y Jurisprudencia*.—1895.—Precio, 7 pesetas.

Pedro Dorado no necesita seguramente *ser presentado* al público especial de LA ESPAÑA MODERNA; más es, no debe necesitar de tal presentación, ante el público que en España sigue con algún cuidado, la marcha de las ciencias sociales y jurídicas entre nosotros. En efecto, Dorado es de los pocos profesores de la pobre Universidad española, que, tomando en serio la alta misión científica del oficio, no se circunscribe y limita á dar su horita de clase, despachando explicaciones, como quien despacha expedientes de... minas ó de quintas. Nada de eso. Dorado trabaja como puede y sabe hacerlo en su cátedra, y

luego, da constantes señales de una vida laboriosa consagrada por entero á la ciencia, tanto á la más alta y personal investigación, cuanto á la propaganda de las doctrinas que sobre las ramas especiales de sus aficiones se producen en el mundo culto. Y no creo yo que nadie atribuya esta afirmación mía á apasionamiento de amigo. No hay, en verdad, nada en lo dicho que exceda de la simple consignación de un hecho. A Pedro Dorado debe la cultura jurídica del país muchas cosas. Le debe, como traductor, el conocimiento al alcance de todos de obras muy importantes de D'Aguanno, Gumplowicz, Nitti, Garofalo, Carnevale, Sighele, etc., etc. Le debe, además, la gran difusión que entre nuestros hombres de derecho han alcanzado las escuelas jurídicas italianas. Dorado amplió y completó la obra de Aramburu *(La Nueva Ciencia penal)* relativa sólo al derecho penal en la genuina representación positivista.

Pero con significar esto mucho, para que un hombre alcance en este país una buena representación científica, no es todo, ni lo principal siquiera. Hay que añadir todavía, la obra *personal* en que Dorado viene empeñado hace algunos años, y de la cual es una muestra importantísima—quizá la principal hasta ahora (1)—el libro cuyo título va al frente de estas líneas. Dorado trabaja en la *reconstrucción* ó *renovación* del Derecho penal, con un criterio propio, original, de cierto vigor y fuerza y de indudable significación. Representa en España, lo que los grandes criminalistas de la tendencia crítica, sintética en Alemania y en Italia. Si Dorado puede realizar plenamente sus propósitos tal cual nos los anuncia, en parte á lo menos, en el prólogo de los *Problemas*, le deberemos una gran sistematización de Derecho penal, más amplia y más comprensiva que las de Pacheco y de Silvela.

---

(1) V. también *Problemas jurídicos contemporáneos* y el *Estudio crítico* que precede á la traducción de la *Indemnización á las víctimas del delito*, de Garofalo, publicadas ambas obras por La España Moderna.

El punto de vista de Dorado en las investigaciones que viene realizando de las grandes cuestiones antiguas y nuevas de la ciencia penal, es ante todo el punto de vista *jurídico*. No es Dorado, de los que convierten el Derecho penal en una antropología criminal, ó en una fisiología del crimen; volviendo en esto un tanto por la tradición jurídica, Dorado pone y estudia á la luz de los modernos adelantos científicos, y de las modernas ideas sociológicas, los problemas genuinamente jurídicos de su ciencia. De Dorado podría decirse cualquier cosa, menos lo que indudablemente puede decirse de la mayoría de esos criminalistas italianos, que tanto ruido han armado, esto es, que no sabe Derecho. Quizá es esta una de las características de la obra criminológica de nuestro amigo: sin olvidar un momento la significación y alcance de los trabajos de los criminólogos y antropólogos en general, y de los positivistas italianos en particular, Dorado insiste en el aspecto *jurídico* esencial, capitalísimo de los problemas penales. Su afán es, precisamente, encontrar el punto de convergencia de las tendencias que sucesivamente se han dibujado en estos últimos tiempos en el campo de la ciencia penal, consecuencia natural de las que imperaban en todo el pensamiento humano. Lo que pretende es, primero, someter á crítica detenida y severa aquellas cuestiones que en un desarrollo orgánico del Derecho penal se presentan, y luego ver de *construir*, con los materiales que las escuelas positivistas y clásicas han apartado, con cierto carácter exclusivista y limitado, una doctrina nueva.

Aquí es quizá donde alguien podrá oponer algún reparo á la obra en que Dorado se ha comprometido. ¿Estamos, se dirá, en circunstancias de acometer, no el examen crítico de las cuestiones penales—esto es evidente que sí, que estamos—sino la reconstrucción sistemática del Derecho penal, según términos de convergencia entre las opuestas doctrinas á que Dorado se refiere? Sin duda que hay mucho hecho, quizá hasta hay cierto trabajo puramente nacional, originalísimo en la filosofía del Derecho, el cual puede infundir en el Derecho penal un

espíritu y una vida tales, el cual lleguen á transformarlo radicalmente. Acaso, acaso—tal es mi opinión al menos—la fórmula de Dorado, que quita á la pena todo carácter cruel, toda idea de castigo, todo elemento de venganza, de mal en suma, para convertirla en una tutela benéfica, en una forma educativa, en un tratamiento, acaso, acaso, repito, es la fórmula más aceptable y vivificante. De todas suertes, es preciso andar con pies de plomo cuando se trata de obra de tan altos vuelos, como la que Dorado acomete, y procurar que todavía predomine el mero aspecto crítico sobre el constructivo y sistemático.

Mas observo que me voy extendiendo demasiado en estas consideraciones generales, y apenas si me queda espacio ya para tratar en concreto del contenido del tomo primero de los *Problemas de Derecho penal*. Fuerza es que me limite á exponer en brevísimos términos el trabajo de Dorado en el referido tomo. Comienza éste por un interesante prólogo, en el cual define el autor su criterio y sus propósitos. Una vez en el cuerpo ya del libro, examina Dorado cuatro cuestiones de importancia capital. Son estas las siguientes: 1.ª, fuentes del Derecho penal. Este problema lo formula Dorado proponiéndose la cuestión del valor de la ley como *única* fuente del Derecho en materia penal, y señalando luego las otras fuentes, que, á pesar de la opinión dominante contraria, hay, además de la ley; 2.ª, la interpretación de las leyes penales. Como en el anterior, revisa en este capítulo, las opiniones corrientes, exponiendo luego su original punto de vista crítico y constructivo de una doctrina, que puede verse resumida claramente en el párrafo 84 (páginas 304 á 306); 3.ª, la ley penal en el tiempo y sus efectos. La cuestión capital examinada aquí, es la de la retroactividad ó irretroactividad de la ley penal: Dorado se fija en lo *excepcional* del modo corriente de aplicar á la ley penal la doctrina de la retroactividad; y 4.ª, la ignorancia de la ley penal. Revisión crítica también, del principio ó ficción del conocimiento del Derecho que se supone en todos, cuando

se afirma que la *ignorancia* no excusa del cumplimiento de las leyes.

Y tal es, en brevísimo compendio, el contenido del libro de Dorado.

A. POSADA,
Profesor en la Universidad de Oviedo.

Le casse di risparmio e la loro liquidazione, *per l'avv.* ALFREDO TORTORI. —Firenze, 1824.—Un folleto de 29 páginas.

En dos partes divide su trabajo el codirector de *La Scienza del Diritto privato:* en la primera discute el carácter jurídico de las Cajas de Ahorro, si son establecimientos de beneficencia que, por lo mismo, deben depender del ministerio del Interior, ó establecimientos de crédito, dependientes en tal sentido del ministerio de Comercio, ó institutos *sui generis*, según el autor opina; en la segunda hace una exposición crítica de la ley italiana de 15 de Julio de 1888, por la que se reorganizaron las Cajas de Ahorros, fijándose especialmente en aquellos preceptos que se refieren á las operaciones de la liquidación, modo de hacerla, personas á quienes se halla encomendada, etc.

P. DORADO.

* * *

Dati psicologici nella dottrina giuridica e sociale di G. B. Vico, *per* G. VADALÁ-PAPELE.—Roma, Fratelli Bocca, 1889.—Un vol. de 220 páginas en 8.° mayor, 5 liras.

Aunque anterior á la serie de monografías referentes á la constitución de una ciencia de la legislación comparada y de la filosofía del Derecho, que el profesor Vadalá-Papele viene publicando, según se dijo en el primer número de la REVISTA, bien puede considerarse el libro presente como formando parte de aquélla. Y aún más : acaso podremos afirmar que la obra de que ahora se trata forma algo así como la base de todo el edificio, para cuya construcción vienen sirviendo las referidas monografías, y que contiene, en cifra y en resumen, á veces simplemente dibujadas, otras veces indicadas con perfecta claridad, todas y cada una de las partes que, con el conveniente desarrollo especializado primero y orgánicamente sintetizadas después, habrían de constituir de hecho semejante edificio, como sin duda lo constituyen en la mente del autor.

Debe, por consiguiente, enlazarse este libro con los demás que viene dando á luz el erudito profesor, como se enlaza el tronco de un árbol con sus ramas. Los estudios sobre la doctrina de las leyes de Platón, Aristóteles, Cicerón, San Agustín y Santo Tomás—únicos dados hasta ahora á la estampa—no son sino aplicaciones concretas, desenvolvimientos particulares de la mucho más vasta concepción que campea en el trabajo de que nos estamos ocupando.

El cual, no obstante el título que lleva, no es una mera recolección, ordenación ó exposición de los datos psicológicos hallados por el autor en la doctrina jurídica y social de Juan Bautista Vico, sino más bien un cuadro muy completo, en que se pone de manifiesto, con ocasión de tal doctrina viquia-

na, la contribución de los pensadores de todos los tiempos, sobre todo de los tiempos modernos, para la obra de la formación de las ciencias que se llama la *psicología de los pueblos* y *la psicología del derecho*. En esta obra Vico desempeña un papel importantísimo: según el autor, él, Vico ha sido el fundador de la psicología del derecho y de la psicología de los pueblos; los escritores anteriores á él le prepararon un ambiente favorable, un ambiente de naturalismo filosófico, como Telesio, Campanella, Galileo, Giordano Bruno, los primeros tratadistas del Derecho natural, Hobbes, Grocio, Alberico Gentile: los escritores posteriores han desarrollado los puntos de vista que se encuentran indicados en el libro *De uno universi juris principio et fine uno* y en la *Scienza nuova*, sirviéndose al efecto de los resultados de las investigaciones realistas modernas, y dando así una base experimental y positiva á lo que, en la doctrina de Vico, no podía pasar de ser, por carencia de datos, una concepción idealista, aunque acertada. Vico viene de esta suerte á enlazarse, en el libro de Vadalá, con una larga lista de pensadores, con todos aquellos que en sus trabajos de filosofía social ó jurídica han cooperado á poner en relieve el aspecto psicológico de la vida y de la historia. Podemos decir que es la figura de más bulto, el protagonista de la obra; pero no es, ni con mucho, la figura única de ésta; bien al contrario, las de que en ella se habla son muchísimas. Por esto no vacilamos en decir que los *Dati psicologici* forman, á la vez que una monografía sobre Vico, un excelente y concienzudo capítulo de historia moderna de filosofía jurídica y social, con indicaciones aprovechables acerca del modo cómo éstas deben ser concebidas y estudiadas y acerca de la materia que debe formar su contenido.

P. DORADO.

***

Cuentos ilustrados, *de D. Nilo María Fabra.—Barcelona, 1895*, segunda edición.

Los cuentos del Sr. Fabra tienen una condición inapreciable: la de acreditar en el autor una personalidad propia y en nada semejante á la de tantos y tantos escritores como cultivan el género. Hay en ellos mucho de fantasía; pero que descansa siempre sobre verdades científicas; amenidad en los relatos, pero sin excluir un fondo grave ó útil; graciosas situaciones, pero que arrancan de estudios políticos y fecundos. Las ciencias sociales como las acciones físicas suelen dar al Sr. Fabra la base de sus escritos: su claro ingenio las pone á contribución, y de una en otra consecuencia, invadiendo el tiempo y el espacio, da vida á las más curiosas páginas, que, no por ser hijas de la fantasía dejan de ofrecer todos los caracteres que la naturaleza ofrece, á quien sabe observarla y reproducirla. Comprende el libro los cuentos titulados: *Del cielo á España, Un diálogo en el espacio, La caja de cerillas, Cuatro siglos de buen gobierno, La taza de leche, El Padre Carmelo, El triunfo de la igualdad, El hombre único, Lo presente juzgado por lo por venir, Un viaje á la República Argentina, La verdad desnuda, La locura del anarquismo, Las tijeras, En el planeta Marte, El dragón de Montesa ó los rectos juicios de la posteridad, El monstruo, El fin de Barcelona.*

Impreso admirablemente en los talleres de Henrich y Compañía, y profusamente ilustrado por los señores Masriera (José, Francisco y Luis), Pellicer, Lucas Villaamil, Querol, Marqués, Eriz, Cabrinety, Fuster, Alvarez, Masó y Fabra (Jorge); luciendo una encuadernación tan artística como extraña, todo concurre en el libro á convertirle en adorno de salón, necesidad de biblioteca y grata compañía del hombre pensador y del amante de las letras y de las artes.

OSSORIO Y BERNARD

LA LITERATURA

CASTELLANA Y PORTUGUESA

SEGUNDA PARTE

CONTINUACIÓN

10) Padilla (Pedro de), «*Romancero en el qual se contienen algnnos sucesos que en la Jornada de Flandes los Españoles hizieron, con otras historias y poesías difercntes, Madrid, por Franc. Sánchez,* 1583, en 8.° Como tampoco conozco este libro sino por referencias, no puedo decidir si contiene simplemente un puro producto artístico del poeta Padilla (muerto después de 1599), célebre en su tiempo (1), aunque parece que éstos pertenecen, en todo caso, á la precitada clase de los históricos (2).

* 11) *Guerras civiles de Granada, por Ginés Pérez de Hita, vecino de Murcia. Parte primera y segunda.* (3).

---

(1) Véase acerca de él á Navarrete «Vida de Cervantes», pág. 396-402.

(2) Menos aún que el «Romancero» de Padilla y su «Tesoro de varias poesías» (Madrid, 1587), debemos tomar aquí en cuenta el «Coro Febeo de romances historiales» (Sevilla, 1588. 8), de Cueva, mero producto artístico, que contiene en su mayor parte romances que tienen por objeto asuntos de la historia de la antigüedad clásica y de mitología.

(3) Según Durán, la primera edición de la primera parte apareció en Alcalá 1588, 8; y la segunda parte apareció por vez primera, probablemente, en 1604 ó 1610 (fechada la «Aprobación» el día 10 de Abril). De la primera

Este libro es uno de los más conocidos de la literatura española; pero ha tenido la suerte de que devorado en un tiempo con ansia por el público y menospreciado por los doctos, después de largo abandono ha vuelto á ser elevado al lugar que merece por los literatos y reimpreso por historiadores á causa de su valor. La primera parte en especial, la más leída y casi la sola que ha llegado á ser conocida fuera de España, ha sido tenida hasta tiempos recientísimos por algunos como una novela histórica, con fundamento auténtico y en que se respetan las costumbres, mientras otros han rechazado como mera ficción, no sólo su desarrollo, manifiestamente novelesco y romántico, sino todos los hechos que sólo en ella se presenten y no

---

parte existen muchas ediciones (v. Durán l. c. pág. 688, s. v. Pérez; la Biblioteca imperial de Viena posee las siguientes: Barcelona, 1610; Lisboa, 1616; Madrid, 1631; la misma de 1652; Valencia, 1659; París, 1660; Madrid, 1662 y 1674; Valencia, 1681). De la segunda parte hay tan pocas que ha llegado á ser una rareza. (Durán cita de ella la edición de Barcelona, por Esteban Liberós, á costa de Miguel Manescal 1619, 8; como la más antigua que ha llegado á su conocimiento. La Biblioteca imperial de Viena posee dos antiguas ediciones, ambas de Cuenca, por Domingo de la Iglesia, 1619 y 1626; en las dos se halla, lo mismo que en la mencionada por Durán, la «Aprobación» del Dr. Molina de 10 de Abril de 1610, en la cual, aunque manifiestamente se refiere á toda la obra, ocurre, sin embargo el siguiente algo enigmático pasaje: «He visto el libro de las Guerras civiles de Granada, y de las batallas particulares que huvo en la Vega entre Moros y Christianos, y de la rebelión de la dicha Ciudad y Reyno: el qual libro tiene tres (?) partes y en los originales que se me entregaron, la primera y tercera parte están escritas de mano, la primera en 559 hojas, y la tercera en 466 y la *segunda* parte impressa en Alcalá de Henares, por Juan Gracian, año de 1604, etc.» La edición de 1619 contiene, probablemente de 1610, la dedicatoria del impresor Andrés Miguel á Alonso del Pozo Palomino, y tres sonetos dirigidos á Miguel en que se le alaba por haber dado á la prensa por fin esta segunda parte, pues, se dice en uno de estos sonetos que: «En el centro de olvido sepultada... Estuvo un siglo la segunda parte de las guerras civiles de Granada.» Hita, dice, sin embargo, á la conclusión de su obra que la acabó y puso en limpio el 22 de Noviembre de 1597.) De las dos partes han aparecido buenas impresiones modernas. Madrid, imprenta de León Amarita, 1833, 8, y en la «Biblioteca de autores españoles», tomo III.

estén certificado en otra parte, toda invocación á fuentes árabes especiales, y sobre todo el contenido principal de esta parte, las guerras civiles de los Abencerrajes y Zegríes (1).

Y, sin embargo, me parece que lo que dice el mismo Hita en su libro acerca de su persona y de sus fuentes, da, confrontado con las circunstancias del tiempo, la medida exacta para su estimación. Hita, natural probablemente de Mula, en la provincia de Murcia (v. parte I de la edición de Madrid de 1833, pág. 385: otros caballeros naturales de la villa de Mula, llamados Pérez de Hita) peleó contra los rebeldes moriscos en las Alpujarras á las órdenes del Marqués de los Vélez (de 1568 á 1570), y se distinguió, no sólo por su humanidad hacia los moros en esta guerra conducida con toda crueldad y furor (parte II, pág. 127), sino que demuestra en todas partes, á pesar de su patriotismo y la ortodoxia de su fe, gran predilección por aquellos desgraciados.

Hablan en favor de su cultura muchos pasajes en que hace alusiones á la historia de la antigüedad clásica y á la mitología, ó cita á los cronistas españoles, y parece haber escrito además de éste otro libro (parte II, pág. 540) (2). ¿Qué cosa más natural, por lo tanto, que el que un soldado erudito emprendiera realzar los sucesos en que tomaron un

(1) Quien caracteriza perfectamente la obra de Hita en el respecto histórico es el conde Alberto de Circourt en su *Histoire des Mores Mudejares et des Morisques, ou des Arabes, d'Espagne sous la domination des Chrétiens. Paris,* 1846, 8, tomo III, páginas 345-348.

(2) Los traductores españoles de Ticknor citan (en sus adiciones á la edición de Madrid, tomo III, pág. 547) una obra de él, que parece ser semejante en contenido y forma á la de que tratamos, es á saber: «Guerras de Troya» de la cual han visto un ejemplar manuscrito (1).—Aribau, el editor en la «Bibl. de aut. esp.» (pág. XXXV), ha hecho con referencia al pasaje precitado la observación de que el autor en que nos ocupamos debió de haber escrito otra obra.

(1) Existe hoy en la Biblioteca Nacional, y es un largo poema en verso suelto. (M. P.

interés tan elevado él y sus compañeros? Al mismo tiempo poseyó comunicaciones manuscritas ó tradicionales de fuentes arábigas acerca de las discordias intestinas en el reino granadino poco antes de su conquista por los Reyes Católicos, sobre lo cual no se halla nada en los cronistas cristianos (1); siendo, pues, igualmente natural que decidiera poner mano en éstas como introducción á sus propias memorias. En el tiempo, empero, en que empezó á escribir este libro habían sido forzados los moriscos á trasladarse á la Mancha y á Castilla (2); muchos de ellos se hicieron

(1) Es conocida la declaración que se halla ya en el título de la antigua impresión de la primera parte y que se repite al final de la misma (parte I, pag. 412 á 413), que esta parte contiene la traducción de un «moro coronista»; pero es más verosímil que la fuente propiamente arábiga haya sido la compatriota y pariente del autor, Esperanza de Hita (natural de la villa de Mula), citada en aquel pasaje y antes de él, muy á menudo (por primera vez cuando aconsejó á la sultana acusada de perjurio el que solicitara caballeros cristianos para su defensa, pág. 304 á 305). Esta Esperanza de Hita sirvió siete años como esclava á la sultana de Granada, llegó á ser su confidente, y volvió en seguida de la conquista de Granada á los suyos, pudiendo haberse conservado sus relatos por escrito ú oralmente en la familia, tanto más cuanto que el autor la cita juntamente con los pretendidos cronistas moros, sobre todo como testigos para la historia de las discordias intestinas de Granada y la acusación y defensa de la sultana (véase el pasaje de la pág. 380), circunstancias que fueron tenidas en secreto y no llegaron á conocimiento del cronista de los Reyes Católicos, Hernando del Pulgar. Esos sucesos son precisamente los que forman el contenido principal de su libro, y al paso que los da él mismo por una traducción del arábigo, por otra parte invoca también á menudo á los cronistas españoles. Que, por lo demás, esto no es, como se cree, una mera ficción y que en realidad se sirvió el autor de fuentes arábigas lo ha demostrado D. Pascual de Gayangos en su *History of the Mohammedan Dynasties in Spain*. London, 1483, 4, vol. II, páginas 370 y 541.

(2) Lo empezó á escribir, cuando menos, después de 1571, pues que en este año salió por primera vez á luz la Crónica de Esteban de Garibay y Zamalloa, á quien cita en su primer capítulo. Es notable la franqueza con que al final de la segunda parte se expresa acerca de aquel cruel traslado de los moros, sobre todo si se pienza que este pasaje fué escrito en tiempos ya de Felipe II: «Finalmente los moriscos fueron sacados de sus tierras; y fuera mejor que no se les sacara, por lo mucho que han perdido de ello

bautizar y entraron en relaciones de familia con españoles cristianos, resultando que mediante esta pacífica vida en común, no sólo se familiarizaron estos con las costumbres y tradiciones moras, más íntimamente que lo habían estado antes durante el comercio y trato más guerreros, sino que llegó á ponerse de moda entre los poetas y cortesanos de Madrid el celebrar sus propias galanterías y fiestas bajo disfraces moriscos, de tal modo, que ya entonces junto á los romances histórico-tradicionales de las guerras con los moros, se fueron difundiendo y siendo más gustados cada vez los romances amatorios hechos por poetas eruditos bajo nombres moros y costumbres que pretendían ser moriscas. Con una mezcla de alegría de triunfador y generosa atención hacia el valiente enemigo vestíanse los españoles, después de aniquilado el espíritu del islamismo, en sus brillantes envolturas y ardientes colores; jugaban, después que la espada del profeta se había roto, con las elegantes cañas y las ignominiosas armas de sus caballerosos adversarios; después que tantos moros habían tenido que aceptar nombres cristianos, dábanse éstos nombres moros en honra de Gazul y Tarfe, suspiraban por Zaida y Lindaraja, y rompían lanzas, si bien en juegos poéticos, por las damas de su corazón en la Vivarambla, para obtener en el baile de la zambra la recompensa de un apretón de hermosas manos. Solamente que no deben tenerse estos disfraces, que, como todas las cosas,

---

Su Majestad y todos sus reinos.» Contrasta con esto tanto por su fanática intolerancia como por su falta de toda poesía el escrito volante, compuesto asimismo en romances, acerca de la total expulsión de los moriscos bajo el reinado de Felipe III: *Relación verdadera de las causas que Su Majestad a hecho abériguar, para hechar los moriscos de España, y los bandos que se publicaron en el Reyno de Andalucía, por el Marqués de San Germán, y de los moros que auia en Sevilla para leuantarse, Comp. por el licenciado Antonio de Salinas.*» *Impr*, en Valladolid, 1610, 4, 4 hojas, 4 romances. Compárense los romances compuestos con el mismo espíritu que se hallan en Durán, II, 190, procedentes también de unas hojas volantes.

llegaron á tomar un carácter exagerado, por vestiduras históricamente fieles (1). Hita estaba, no sólo atacado de la manía romancesca de su tiempo, sino que era además poeta (fuera de los romances lo prueban muchas poesías líricas, evidentemente compuestas por él, y entretejidas en su relato, discursos poéticos y el mismo tono general de su obra), y escribió su libro, tanto para entretenimiento, como para instrucción. Este, por lo tanto, merced á tales circunstancias personales, materiales y temporales, es natural que debiera tener el carácter y colorido que lleva en sí, es á saber, el de unas memorias ataviadas poéticamente, un término medio entre la histórica novelesca y la novela histórica, perteneciente tanto al dominio de la historia como al de la poesía, pero que, si se le mira sólo por un lado, hay que juzgarle parcial y torcido, mientras que, para estimarlo justamente y poder aprovechar todo su valer, se debe siempre comprenderlo en su totalidad, tanto respecto á su origen como á su construcción y detalles. En todo caso, en el juicio que se pronuncie acerca de su peculiar carácter se deben diferenciar críticamente sus di-

(1) El que no fuera Hita autor ó inventor de estos romances pseudo-moriscos, como muchos lo han creído, es cosa que lo prueba el que se presenten muchos de aquellos, ya inalterados, ya con pequeñas divergencias, en las primeras partes del «Romancero general», que aparecieron antes ó al mismo tiempo que su libro; así, por ejemplo los romances: «Galiana está en Toledo»;—«Dí, Zaida de qué me avisas»;—«Afuera, afuera, afuera;—«Ensíllenme el potro rucio»;—«Ocho á ocho, diez á diez»;—«Estando toda la corte»;—«Por la plaza de San Lucar»;—«Sale la estrella de Vénus». Téngase en cuenta ahora, por una parte, que estas primeras partes del Romancero general aparecieron impresas separadamente entre 1585 y 1595, y que hacia el mismo tiempo salió á luz la primera parte del libro de Hita; y por otra parte, que ya las colecciones números 7 y 8, impresas en el año 1573, que nacieron en Barcelona y Valencia, donde siempre se había comerciado más á menudo con los moros, no contienen todavía ninguno de semejantes romances pseudo-moriscos, y se podrá poner con suficiente certeza el origen y difusión de esta moda en los años 1575 á 1585, señalando á Castilla, y en especial á Madrid, como su cuna.

versos elementos. Así se nos muestra ante todo una significativa diferencia entre la primera y la segunda parte; pues la primera narra solamente cosas ya pasadas, sea de noticias escritas, sea de tradición oral, y teniendo aquí la fantasía libre juego, podía dominar el elemento poético, y así, por la aptitud del autor para la poesía, por la naturaleza poética de la materia, por el legendario colorido de las fuentes y por aquella monomanía reinante ya en tiempo de su composición, de tal modo ha dominado esta primera parte, que en cuanto se olvidó el carácter histórico y el plan de todo el libro, se pudo considerar fácilmente esta parte como pura ficción, que es lo que sucedió efectivamente. También la segunda parte ha sido despreciada casi totalmente por lo historiadores y sin embargo, es una importante fuente histórica auténtica para la historia de la rebelión de los moriscos bajo Felipe II; el autor cuenta, ya lo que él mismo pasó, ya lo que le comunicaron testigos oculares (como los capítulos XX y XXI que encierran la descripción del sitio y toma de Galera, que le comunicó el Alférez Pérez de Hevia), siendo, por lo tanto, estas memorias por las muchas particularidades que sólo en ellas se hallan y más aún por el colorido legítimo y vivo, un precioso monumento aun para el historiador que más estrictamente compruebe sus asertos, el cual puede fácilmente separar aquí de la verdad la añadidura poética. Mas precisamente porque en esta parte predomina tanto el elemento histórico, la importancia de los sucesos estrechamente enlazados con el presente y la seriedad de lo que vió el autor mismo, han rebajado tanto la fantasía, que ha sido juzgada y aceptada del público que busca mero entretenimiento y de los literatos con menos favor que la primera, que aun en este respecto le ha arrebatado la merecida estimación, pues á pesar de toda ulterior diferencia participa esta parte con aquella otra que propiamente no es más que una especie de in-

troducción á ella, de la intención artística y de la comprensión poética (1).

He procurado caracterizar circunstanciadamente esta obra de Hita, porque, á pesar de su renombre, todavía, según mi parecer, no ha sido estimada en ninguna parte por todos sus lados ni ha sido puesta en claro desde el punto de vista genético; y porque era cosa imprescindible para mi fin determinar el valor y la relación de los romances en ella contenidos. Según que Hita haya seguido aquí la tradición, el gusto de moda ó su propia vocación poética son los numerosos romances adjuntos á su obra, ya genuinamente populares, ya compuestos por poetas artísticos de su tiempo en el tono pseudo-morisco en moda entonces, ya finalmente compuestos por él mismo. Así, la primera parte, en la que, como ya se ha observado, predominan la historia legendaria y el elemento poético y que fué escrita bajo la influencia de aquella galante monomanía, contiene romances de las dos primeras clases, los cuales, aun cuando Hita mismo no los designara expresamente («se hizo aquel viejo ó antiguo romance»; y por el contrario «no faltó otro poeta que compusiese otro romance» ó «un poeta que hizo otro nuevo», etc.), ó aun cuando á la mayor parte de los tradicionales no los hubiera documentado como tales, bastaría, sin embargo, el hecho de aparecer en colecciones más antiguas (2) para que se mostraran

(1) Así es que el estilo en los pasajes narrativos de la segunda parte es mucho más fresco y pintoresco, y sin embargo más sencillo é ingenuo; así también la historia del morisco Tuzani (capítulos XXII y XXIV) aunque no inventada, está tan llena de poético interés, que sólo necesitó un poeta como Calderón para hacer de ella una notable pieza dramática «Amar después de la muerte», y así aún entre las poesías, lo más débil de esta parte, hay todavía un par de ellas muy aceptables (como por ejemplo la hermosa canción morisca: «Muy tarde viniste, Zaide», pág. 31.)

(2) Cuán escrupuloso es Hita en la indicación de sus fuentes lo prueba el que los romances que van señalados á continuación, y que él designa con los nombres de «viejo» y «antiguo», en realidad ocurren en las más an-

á la vista algo ejercitada diferentes de los de la tercera clase por la materia, el tono, el color y el estilo. Los tradicionales se parecen en todos estos respectos á los restantes romances populares de la historia legendaria de España y pertenecen con estos á una misma clase; los

---

tiguas colecciones. Son los siguientes: «Abenámar, Abenámar» en el «Cancionero de romances, de 1550» más completo con el principio: «Por Guadalquivir arriba». «Ay Dios qué buen caballero», aquí sólo los diez versos de entrada, todo él en la «Rosa española» de Timoneda; al cual le llama Hita: «Famoso romance». «La mañana de San Juan», un fragmento del cual en la «Silva» (la edición de 1566 de los romances de Sepúlveda, y la «Rosa española» de Timoneda tienen un romance totalmente histórico que sólo tiene de común con éste las cuatro primeras cuartetas, pues las restantes narran la toma de Antequera por el rey Fernando y la venganza que por ella tomó el rey de Granada en los cristianos de Alcalá la Real; v. sobre esto «Primavera y Flor» núm. 75; un romance morisco, que sólo tiene de común con éste el verso del principio, está en el «Romancero general»), «De Granada sale el moro» la versión más antigua con importantes divergencias y otra conclusión en la «Silva» de 1550, tomo II, y en la «Rosa española» de Timoneda (v. «Primavera», núm. 90). «Muy revuelto anda Jaén», al cual observa Hita: «Aqueste romance se compuso en memoria de esta escaramuza, aunque otros la contaron de otra suerte... El otro romance dice así: «Ya repican en Andújar», etc. El primer romance procede de Hita mismo, ó por lo menos ha sido grandemente interpolado por él, por amor á su Abencerrage; pero el último es un fragmento aunque muy mutilado de aquel famoso romance viejo acerca del obispo de Jaén, D. Gonzalo de Zúñiga, del cual se han conservado muchas versiones, ya en todo, ya fragmentarias, con el principio: «Día era de San Antón»; v. Primavera, número 82; en Ortíz y Zúñiga «Discurso genealógico de los Ortizes de Sevilla», Cádiz, 1670, 4. folios 89 á 90, el cual dice respecto á él: «Lo hallo yo diverso en un Romancero, que se imprimió en Sevilla el año de 1573 de que ya cité otro romance (á saber, en el folio 15 uno de Doña Blanca, la infeliz esposa de Pedro el Cruel, en que se le acusa su adulterio con el «Maestre»; v. Primavera, núm. 67 y 67 a; pero en ninguno de los Romances conocidos hasta hoy ajusta la anterior indicación del lugar y el año de impresión; así, pues, un Romancero, por lo menos en lo que yo sé, todavía desconocido). El romance acerca de la pérdida de Alhama, que ha llegado á ser tan famoso: «Paseábase el rey moro», v. Primavera, números 85 y 85 a; «Moro alcaide, moro alcaide», en la misma colección, números 84 y 84 a; finalmente el no menos famoso romance sobre la muerte de D. Alonso de Aguilar y de Sayavedra: «Río verde, río verde» de que da Hita dos versiones; véase Primavera, números 96, 96 a y 96 b.

galantes pseudo-moriscos, por el contrario, ó no tienen fundamento alguno histórico ó por lo menos es este inconocible, llevan ya el color de la galantería cristiano-caballeresca del siglo XVI; denúncianse por su tono ya sentimental y superabundante, ya conceptístico y amanerado, como productos cortesanos, aun cuando no denotaran suficientemente su principio más artístico por la florida dicción llena de comparaciones, descripciones detalladas y alusiones mitológicas, el estilo elegante, la versificación fluida y la asonancia mantenida con más exactitud, diferenciándose esencialmente de aquellos salidos todavía puramente de los populares (1). Caben en una misma clase, no con éstos sino con los moriscos del Romancero general, los romances al estilo de los de la juventud de Góngora y de Lope de Vega. Tiene, sin embargo, cada una de estas clases de romances de la primera parte, mérito poético tan grande, aunque de tan diverso género, que por eso han quedado totalmente oscurecidos los contenidos en la segunda, debiendo ésta sobre todo á esta circunstancia el disfavor, por otra parte inmerecido, del público y aun el olvido de los doctos. Los romances de la segunda parte fueron compuestos casi todos por Hita mismo (2), que te-

(1) ¿Quién no distingue á primera vista los romances citados en la precedente nota de los de Zaida y Zaide aun cuando Hita no observara que compuso un poeta; de los de Sarracino y Galiana, los de Gazul, que contienen tales anacronismos, que Hita se vió obligado, á la más artística exégesis para hacerlos nada más que plausibles, v. páginas 423 y sig. Ya en el famoso romance: «Sale la estrella de Venus» se vió obligado á confesar que el que le compuso no entendió la historia y del que empieza: «Adornado de preseas», dice él mismo en la pág. 430: «Este romance dicho, y su principio va fuera del blanco de la historia, y ahora, salvo paz de *su autor*, va enmendado, declarando fielmente la historia»; etc.)

(2) Así es que los romances de esta parte están enlazados con la narración en prosa mediante el verso final, que pide ser continuado. El mismo designa como no suyos tan sólo los romances: «Después de aquella victoria» (pág 209: «un romance que hizo un servidor de S. E.», el Marqués de los Vélez, si es que no se refiere á sí mismo); y «Mastredajes marineros»

nía ciertamente mucho sentido poético, pero muy poco talento de poeta, y que creía deber agregar también á esta parte romances para, (como dice ingenuamente) «no quebrar el estilo de la parte primera»; pues según su intento, debían considerarse ambas partes como un solo todo. Estos romances no son en realidad otra cosa que repetición versificada de la narración en prosa, completamente dentro del estilo de las crónicas rimadas, y no mejores, pero tampoco peores, que las relaciones de ese género sobre sucesos contemporáneos hechas por Sepúlveda, Alonso de Fuentes, Timoneda y otros. En una palabra, el elemento histórico predominante en la segunda parte ha paralizado las pequeñas fuerzas poéticas del autor limitado ahora á su propio caudal.

Poco tiempo antes, y á la vez que aparecía esta obra de Hita en el último decenio del siglo XVI, se puso en moda el hacer romances; no ya simplemente los doctos los escribían siguiendo las crónicas, pero en el estilo de los viejos populares, para sustituir estos fabulosos y según su opinión dañosos, por otros históricos y certificados. Los poetas artísticos no se contentaban ya con tomar los romances del pueblo para temas de sus glosas ó parodias ó con componer canciones amorosas sentimentales y galantes en el estilo de la lírica artística cortesana de los trovadores, pero en forma de romance, sino que empezaron á inventar á porfía géneros de romances nuevos, sea en el tono y el modo de tratarlos, refundiendo artísticamente los conocidos legendarios ó históricos, sacando á primer término los elementos retóricos y lírico-sentimentales, ó haciendo lo principal de lo descriptivo y las situaciones, y refinando así lo técnico y formal; sea en los

(pág. 469: «que sobre el levantamiento de Galera escribió un amigo nuestro». ¿Sería acaso tradicional este romance? v. Primavera, núm. 97). Véanse las notables observaciones de Durán acerca de los romances de la segunda parte, l. c., II, pág. 163.

asuntos mismos, inventando y aprovechando materiales novelescos ó exponiéndose y describiendo en el traje y carácter de una fingida objetividad sus propios hechos y los afectos de su corazón (como en los moríscos, pastoriles y picarescos); en una palabra, la forma de los romances volvió á convertirse por segunda vez en popular en el más elevado sentido ó nacional, sólo que fué empleada con el espíritu del principio artístico para tendencias objetivas y para todos los objetos posibles, reales ó fingidos, para los que le hacía tan á propósito precisamente su gran elasticidad.

Y también estos romances artísticos se dieron á conocer primeramente en hojas volantes ó en colecciones pequeñas que aparecían en cuadernos ó por entregas; y en realidad convenía á una forma tan popular una manera tan popular también de publicación, medio el más seguro de que se difundieran lo más rápida y más extensamente posible (1).

En la colección de hojas volantes con romances de esta clase, de la Ambrosiana de Milán, citada en la «Primavera» (I. páginas LXXXVII–XC) hemos hallado documentado este hecho tan interesante para la historia de las colecciones de romances y en particular para la colección del «Romancero general». Los romances aparecieron entre 1589 y 1594, en Valencia, en casa de los libreros Juan Navarro (que publicó ya las *Rosas* de Timoneda), Alvaro Franco, Gabriel Rivas, Miguel Borras, Francisco Navarro y Juan Bautista Timoneda, en *cuadernos* ó *pliegos*, no excediendo el número de romances en cada cuaderno ó

(1) De estos romances hay también colecciones manuscritas. Las citan Ochoa (Catálogo, etc., páginas 530-531) y Durán (II, página 695) el último entre otras: «Romances nuevos. Cód. con fecha de 1592, en 4.°, cuya primera mitad es una colección de romances manuscritos que *precedió* á las primeras impresiones publicadas con el título de *Flores*, y que después fueron partes del *Romancero general*.»

pliego de nueve. Son artísticos (1), la mayor parte aceptados en las «Flores» y en el «Romancero general», un par de ellos de poetas conocidos (como de Salinas: Que olas de congoja;—Miguel Sánchez: Oyd, señor don Gayferos;—Góngora: Servía en Orán el Rey); algunos son moriscos ó ya derivados de *epopeyas italianas*; finalmente, hay entre ellos un número relativamente grande de romances jocosos y burlescos, de tal modo, que estos cuadernos ó pliegos pueden ser considerados con toda propiedad como los precursores de las «Flores» y del «Romancero general», y en todo caso, como ya por sus títulos se jactan de serlo, como el mejor medio para la difusión de las especies de romances recientemente halladas y que iban poniéndose en moda; los «más modernos que hasta hoy se han cantado».

Inmediatamente después de estos cuadernos y pliegos se forjaron las algo mayores colecciones de romances de la misma clase, que por partes fueron poco á poco apareciendo por primera vez en Valencia, bajo el título de:

12 *a) Flor de varios romances nuevos y canciones... recopilados por Andrés de Villalta, natural de Valenhia.* La primera edición de esta primera parte debe de haber aparecido ya después de 1588, puesto que las primeras partes (1591), edita las más tarde por el mismo Villalta juntamente con Felipe Mey, tienen la licencia de 1588 (también Durán la cita, poniéndola antes de 1589, aunque sin haberla él visto).

Flor de var. rom... agora nueuamente recopilados por el Bachiller Pedro de Moncayo, natural de Berja (2).

(1) El señor profesor José Müller, á quien debo la noticia y descripción de esta colección, que hasta hoy ha permanecido ignorada, me ha comunicado, por ruegos que le he hecho, un par de romances históricos (como el: Rey y señor don Alfonso;—Toledo, ciudad famosa;—Quien vió al conde Pero Anzules); pero también éstos son artísticos en el estilo del «Romancero general».

(2) Los traductores españoles de Ticknor (tomo IV, pág. 405 de la edi-

Huesca, Juan Perez de Baldivieso, 1589, en 12.°, 134 hojas (en Brunet se menciona una edición de la primera parte, de Perpiñán, 1591, en 12.°).

b) Elor de var. rom... 1.ª *y* 2.ª *parte, ahora nueuamente recopilados y puestos en orden por Andrés de Villalta, natural de Valencia. Añadióse ahora nueuamente la* 3.ª *parte por Felipe Mey. Valencia, Miguel de Prados,* 1591, en 12.°, 225 hojas. La licencia, como ya se ha dicho, del año 1588 (Durán).

Flor de var. rom... 1.ª, 2.ª *y* 3.ª *parte. Madrid, Gómez de Aragón,* 1593, en 12.° La 1.ª y 2.ª parte 128 hojas; la 3.ª con nueva foliación 129 hojas (en el Museo Británico).

* *Flor de var. rom...* 1.ª, 2.ª *y* 3.ª *parte. Agora nueuamente recopilados, puestos por su orden y añadidos muchos romances que se han cantado despues de la primera impresión. Y corregidos por el Bachiller Pedro Moncayo, natural de Borja* (sic). *Madrid, por la viuda de P. Madrigal,* 1595. *A costa de Miguel Martínez.* La licencia, de Madrid 5 de Noviembre de 1594, está dirigida á Gaspar de Buendía, librero, en 12.°, 4 hojas. Tabla y 240 hojas (lo posee la Biblioteca imperial de Viena) (1).

Flor de var. rom... 1.ª, 2.ª *y* 3.ª *parte. Alcalá de Henares,* 1595 en 12.° (Brunet).

---

ción de Madrid) hacen notar respecto á éste: «el cronista Pedro de Moncayo, natural, á lo que creemos de Borja de Aragón, y no de Berja como comúnmente se lee escrito».

(1) Durán cita también una edición nada más que de las primeras dos partes, hecha por Pedro de Moncayo, pero como al ejemplar que él vió le faltaba la hoja del título, le ha colocado inmediatamente después de la edición de la primera parte, de Huesca, 1589, por cálculo aproximativo. La tengo por perteneciente á la precitada, porque, como ya se ve por su título, Moncayo puso como fundamento de su reimpresión «corregida y aumentatada» la original de Valencia. De la 2.ª parte no hay ninguna edición valenciana conocida anterior á la de 1591. Son de esta misma opinión los traductores españoles de Ticknor (tomo IV, pág. 405).

Flor de var. rom... 1.ª, 2.ª *y* 3.ª *parte. Madrid, viuda de P. Madrigal*, 1597, en 12.° (Brunet).

c) Quarta y quinta parte de Flor de rom. recopilados por Sebastián Vélez de Guevara, racionero de la colegial de Santander. Burgos, Alonso y Estevan Rodríguez, 1592, en 12.° (Durán).

Quarta y quinta parte de Flor de rom., recopilados por Sebastián Vélez de Guevara. Burgos, Felipe de Juan y Juan B. Valerio, 1594, en 12.°, 191 hojas (Ambrosiana de Milán) (1).

d) Quarta quinta y sexta parte de Flor de rom. nuevos, nunca hasta agora impressos, llamado Ramillete de Flores. Por Pedro Flores Librero. Y á su costa impresso. Y demás desto, va al cabo la tercera parte de el Araucana, en nueve romances, excepto la entrada de este Reyno de Portugal, que por ser tan notoria á todos no se pone. Con licencia y privilegio. En Lisboa, por Antonio Alvares, impressor. Año 1593. *Véndese en casa de el mismo Flores, al Pelorinho Velho,* 444 hojas en 12.° (citado por Dozy, I, páginas 607-608 como existente en la biblioteca de Leiden). Este es el mismo Pedro Flores que cuidó de la edición del «Romancero general».

e) Sexta parte de Flor de rom. nuevos, recopilados de muchos autores, por Pedro Flores, librero. Imprimióse en Toledo, 1594, en 12.°, 190 hojas (Ticknor) (2).

---

(1) En Nic. Antonio (Bibl. hisp. nova, s. v. Sebastianus Vélez) se cita: «Romancero, 1.ª, 2.ª y 3.ª parte... recogido por Sebastián Vélez de Guevara, s. l. 1594, 8.

(2) Ticknor considera erróneamente esta como la primera edición; pero ha hecho notar que la licencia se refiere á las partes cuarta y quinta, y en el pasaje que cita del romance introductorio en alabanza de Flores, se alude al título de la precedente edición:

> ... de diversas flores
> Un *ramillete* he juntado,
> Las quales con grande afán
> De extrañas partes buscaron.

A lo que responde Flores que eran los romances: «que andavan desca-

f) * *Séptima parte de Flor de rom. nuevos, recopilados de muchos autores por Francisco Enríquez. Madrid, viuda de Alonso Gómez,* 1595, *en* 12.° (lo posee la Biblioteca imperial de Viena): 8 hojas. Tabla, 168 hojas.

Séptima parte de Flor de rom. nuevos, recopilados por Francisco Enríquez; emendado y corregido de muchos yerros que en la primera impressión tenia. Toledo, Tomás de Guzmán, 1595, *en* 12.° (Bibl. Grenville).

---

rriados», pero que él los da completos y no como los *ciegos*, que cuando han cantado la mitad, dicen que están cansados y dejan la otra mitad. Pero no puede tratarse de una recolección de boca del pueblo, como cree Ticknor, que ha desconocido en general el carácter de los romances contenidos en las *Flores*.

FERNANDO WOLF.

(Se continuará.)

OBRAS NUEVAS

Aleu (M. L.)—Elementos de matemáticas. Aritmética. En 8.°, VIII-245 páginas: 4 pesetas.

Almanaque del Asilo de Huérfanos del Sagrado Corazón de Jesús para 1896. En 8.°, 218 páginas: 1 peseta.

Idem de Bailly-Baillière, para 1896. Pequeña enciclopedia popular de la vida práctica, bajo la dirección literaria de D. Eugenio de Ochoa. En 8.°, 408 páginas y 68 de anuncios é indice: 1,50 pesetas.

Almanaque de los amigos del Papa para el año bisiesto 1896, año sexto. En 8.°, 144 páginas: 50 céntimos de peseta.

Idem de las Conferencias de San Vicente de Paul para 1896. En 8.°, 118 páginas con grabados: 0,25 de peseta.

Antich é Izaguirre (F.)—La unidad en las ciencias físico-matemáticas. Conferencia. En 8.° mayor, 27 páginas: 3 pesetas.

Arenal (C.)—Obras completas. Tomo IX. Ensayo sobre el derecho de gentes. En 8.°, 540 páginas: 4,50 pesetas.

Argos.—Ultimos pasavolantes (retratos sin retoque). En 8.°, XVIII-261 páginas: 1,50 pesetas.

Arigita y Lasa (M.)—El Doctor navarro D. Martín de Azpilcueta y sus obras. Estudio histórico-crítico. En 4.°, XXVII-687 páginas y un retrato: 8 pesetas.—Navarros ilustres, I.

Artero y González (J. de la G.)—Discurso leido en la solemne apertura del curso académico de 1895 á 1896, en la Universidad de Granada. En 4.°, 30 páginas. —Tema: Carácter de los asirios.

Baranda (J.)—Concurso científico. Discurso inaugural, pronunciado en la sesión solemne del 7 de Julio de 1895, en la Cámara de Diputados, México. Oficina Tipografía de la Secretaría de Fomento. 1895. En 8.°, 17 páginas.

Bassegoda (B.)—La Real Capilla de Santa Agueda del Palacio de los reyes de Aragón en Barcelona. Notas histórico-críticas. En 4.°, 107 páginas: 4 pesetas.

Bastinos (J.)—Juegos infantiles. En 4.°, 107 páginas con grabados: 1,75 pesetas.

Bellver (J.)—Curación de las heridas y úlceras sin necesidad de dejar las ocupaciones habituales. En 8.°, 16 páginas: 1 peseta.

Benot (E.)—Versiones inglesas, ó arte de traducir el inglés. En 4.°, 360 páginas: 6 pesetas.

Blasco.—Manual del velocipedista. En 8.°, 256 páginas con grabados: 3 pesetas.

Blasco (E.)—Juan León: drama en cinco actos y en verso, original. En 8.°, 119 páginas: 2 pesetas.

Boada y Romeu (J.)—Allende el Estrecho. Viajes por Marruecos, La campaña de Melilla. La embajada del general Martínez Campos á Marraskex. Impresiones y recuerdos. En 4.°, 563 páginas con grabados: 5 pesetas.

Boletín de la Real Academia de la

Historia. Tomo XXVI. Cuaderno V. Noviembre. Cada cuaderno, 1,25 pesetas.

Botana (L. S.)—Rasgos de administraciones nacionales. Montevideo. Tipografía L'Utile. 1895. En 8.°, 39 páginas.—Sumario: Estudio histórico-político de los gobiernos constitucionales del general D. Manuel Orive, don Juan F. Giró, D. Manuel Basilio Bustamante, D. Gabriel A. Pereira y D. Bernardo P. Berro, é ideales del partido Nacional.

Boy (S.)—Garbelladuras. Quadros de costums originals. En 8.°, 198 páginas: 2 pesetas.

Cantó (G.)—Sobresaltos y saltos: juguete cómico. En 8.°, 34 páginas: 1 peseta.

Cañizares y Moyano (E.)—Apuntes sobre Marruecos. En 4.° mayor, 223 páginas y 8 láminas. (Mapas, planos é itinerarios): 5 pesetas.

Cappa (R.)—Estudios críticos acerca de la dominación española en América. Parte quinta: El Viejo y el Nuevo Mundo. ¿Qué era España un siglo antes del descubrimiento de América? Tomo XV. En 8.°, 227 páginas: 2 pesetas.

Carrasquilla (R. M.)—Ensayo sobre la doctrina liberal. En 4.°, XV-207 páginas: 4 pesetas.

Festa modernista del Cau Ferrat. Tercer any. Certamen literari celebrat á Sitges el 4 de Novembre de 1894. En 12.°, 216 páginas: 7 pesetas:

Cervantes.—El cautivo (por Cervantes). An episode from «Don Quixote.» (Text based on the edition of the Royal Spanish Academy). Edited with an introduction, grammatical and explanatory, by Eduardo Tolrá y Fornés profesor normal (University of Barcelona). En 8.°, VIII-121 páginas y retrato del autor.

Círculo de la Unión Industrial de Madrid.—Conferencias dadas por los Excmos. Sres. D. Antonio Cánovas del Castillo, D. Francisco Pí y Margall, D. Fernando Cos-Gayón, D. Alberto Bosch y Fustegueras, D. José Canalejas y Méndez, D. Pablo de Alzola y Minondo, en el curso de 1894 y 1895. En 4.°, 110 páginas. —No se ha puesto á la venta.

Colección de documentos inéditos para la historia de Chile, desde el viaje de Magallanes hasta la batalla de Maipó 1518-1818, colectados y publicados, por J. T. Medina. Tomo VII. Almagro y sus compañeros. En 4.° mayor, VI-485 páginas.

Colección de libros españoles raros ó curiosos, que publica el marqués de la Fuensanta del Valle, de la Academia de la Historia y de la de Ciencias morales y políticas. Tomo XXIII. En 8.°, XIV-329 páginas y 2 reproducciones de portadas: 10 pesetas.—Contiene: Obras de Lope de Rueda. Tomo I.

Colección de libros raros ó curiosos que tratan de América. Tomo XIII. Relación historial de indios chiquitos, escrita por el P. J. Patricio Fernández, S. J. Tomo II (reimpresa fielmente según la primera edición de 1726). Memorial que el Padre provincial de la provincia del Paraguay presentó al señor marqués de Valdelirios, en que le suplica suspenda las disposiciones de guerra contra los indios de las misiones. En 8.°, 333 páginas: 3 pesetas.

Collado (C. del).—Ultimas poesías, En 8.°, XVI-125 y II páginas.

Delorme Salto (R.)—Cuba y la reforma colonial en España. En 4.°, 61 páginas: 2 pesetas.

Dicenta (J.)—Juan José; drama en tres actos y en prosa, original. En 8.°, 83 páginas: 2 pesetas.

Durán y Bas (M.)—Escritos del Excelentísimo Sr. D. Manuel Durán y Bas.—Segunda serie. Estudios morales, sociales y económicos; con un prólogo de D. Federico Rahola. En 4.°, 592 páginas: 7 pesetas.

Estadística general del comercio exterior de España con sus provincias de Ultramar y potencias extranjeras en 1894. Formada

por la Dirección general de Aduanas. En folio, XXXI-980 páginas: 10 pesetas.

Fernández Casado (M.)—Tratado de notaría. En 4.°, 2 tomos, 845 y 935 páginas: 20 pesetas.

Galcerán Granés (A.)—Neuropatología y psiquiatría generales. En 4.°, 254 páginas: 3 pesetas.

García de Galdeano (Zoel.)—Discurso leído en la Universidad de Zaragoza en la solemne apertura del curso académico de 1895 á 1896. En 4.°, 61 páginas.—Tema: Carácter y trascendencia de las Matemáticas en la época presente.

Gogorza (J.)—Elementos de organografía y fisiología humana. En 8.° mayor, 150 páginas. En tela: 5 pesetas.

Gómez Núñez (S.)—La acción de Peralejo. En 4.°, 24 páginas, 2 croquis y 4 retratos intercalados: 1 peseta.

Goncourt (E. y J. de.)—Historia de María Antonieta, reina de Francia (1895.) En 4.°, 374 páginas: 7 pesetas. — «Biblioteca de jurisprudencia, filosofía é historia.»

Grahit y Papell (E.)—Reseña histórica de los sitios de Gerona de 1808 y 1809, 2 tomos. En 4.°, 795 y 773 páginas, un retrato y facsímiles: 20 pesetas.

Guerra (M. M.)—Recuerdos de un viaje por Europa. En 4.°, 348 páginas. En cartón cromo: 3 pesetas.

Guía y catálogo del Museo nacional de pintura y escultura. Madrid. Imprenta de los hijos de Ducazcal. 1895. En 12.°, 79 páginas: 0,50 pesetas.

Heine. — Intermesso, por Heine; traducción catalana por Apeles Mestres. En 4.°, 64 páginas: 2 pesetas.

Iñarra y Echeverría (F.)—Lecciones elementales de higiene para uso de los alumnos de segunda enseñanza. En 8.° menor, 119 páginas: 2 pesetas.

Labra (R. M. de.)—La enseñanza primaria por el Estado. Discurso pronunciado en la sesión celebrada por el Congreso de Diputados el 18 de Mayo de 1895. En 8.°, 96 páginas.

Lázaro (F. A.)—Patentes de invención. Instrucciones prácticas: resumen de las leyes indispensables á los inventores. En 4.°, 124 páginas: 2,50 pesetas.

Medinaveitia (J.)—Diagnósticos y tratamiento de la fiebre tifoidea. En 8.°, 125 páginas: 1 peseta.

Martín Gil (R.)—Memoria agraciada con accésit en el concurso de premios de 1894 y escrita sobre el siguiente tema: Intervención de la cirugía en el tratamiento de las obstrucciones intestinales. En 8.° mayor, 149 páginas.

Mendieta (J.)—La Ortografía al alcance de todos. En 4.°, 32 páginas: 1,25 pesetas.

Merino (G.)—Mancha, limpia... y da esplendor: humorada en un acto y en verso, parodia del drama «Mancha que limpia.» En 8.°, 39 páginas: 1 peseta.

Miguélez (M. F.)—Jansenismo y regalismo en España (datos para la historia). En 4.°, VIII-482 páginas y 2 hojas de índice: 4 pesetas.

Monasterio (R.)—El Señor Gregorio: cuadro de costumbres lugareñas, en un acto y en prosa, original. En 8.°, 38 páginas: 1 peseta.

Monner Sans (R.)—Con motivo del verbo desvestirse (pasatiempo lexicográfico), con un apéndice acerca del lenguaje gauchesco. En 8.° mayor, 241 páginas: 3,50 pesetas.

Montesinos (E.)—El Desvergonzado; comedia en un acto y en verso original. En 8.°, 34 páginas: 1 peseta.

Nonell (J.)—Análisis morfologich de la lengua catalana antigua. En 4.°, 296 páginas: 3 pesetas.

Núñez Ponte (J. M.)—Estudio histórico acerca de la esclavitud y su abolición en Venezuela. En 8.°, 39 páginas.

Idem. —Nuestro óptimo Prelado. En 8.°, 14 páginas.

Peña Fernández (T.) — Discurso inaugural leído en la solemne

apertura del curso de 1895-96, en la Universidad literaria de Salamanca. En 4.°, 46 páginas. — Tema: Estudio de la historia de la Universidad Salmantina, bajo el aspecto de las producciones literarias de sus miembros.

Pérez Requeijo (R.) — Economía bancaria. En 4.°, XIX-298 páginas y 14 cuadros de proporción: 10 pesetas.

Pina Domínguez (M.)—Mujer y Reina: zarzuela melodramática en tres actos, divididos en nueve cuadros. En 8.°, 93 páginas: 2 pesetas.

Pozo y de Mata (M.)—La Voz de una madre. En 4.°, 3 hojas V-191 páginas: 3,50 pesetas.

Prontuario del aprendiz y aficionado al velocípedo. En 8.°, XVI-192 páginas: 3 pesetas.

Ramírez de Arellano (R.)—Cuentos y tradiciones. En 8.°, 237 páginas: 2,50 pesetas.

Ramos Carrión (M.)—El bigote rubio: comedia en un acto y en prosa, original. En 8.°, 35 páginas: 1 peseta.

Ríos y Serrano (D. de los.)—La Catedral de León. Monografía, tomo I. En folio, 221 páginas, 4 láminas y 5 hojas del plano de la Catedral: 12,50 pesetas.—«Biblioteca del Resumen de arquitectura (IV vol.)».

Roa Bárcena (J. M.)—Ultimas poesías. En 8.° mayor. 104 páginas. Edición de 150 ejemplares.

Rusiñol (S.)—Anant pel mon (cuadros en prosa catalana). En 4.°, 258 páginas: 4 pesetas.

Sanmartín y Aguirre.—Jagants y nanos (falóries en prósa y vérs). En 8.°, 280 páginas: 3 pesetas.

Sañudo Autrán (P.)—Pilar de Aragón: episodio dramático en un acto y tres cuadros, en verso, original. En 8.°, 31 páginas: 1 peseta.

Thebussem (Dr.)—Fruslerías postales, por el Dr. Thebussem, caballero profeso del Hábito de Santiago. En 4.°, IV-319 páginas, y una tabla de itinerarios.

Vega y de la Iglesia (F. de.)—Leyes españolas de organización y atribuciones de los tribunales de marina. En 8.°, XVI-274 páginas: 3 pesetas.

Vidal Solares (P.)—Cabos sueltos. En 4.°, 90 páginas con grabados: 1 peseta.

Vinuesa (R.)—Ellos y ellas. En 8.°, 13-127 páginas: 2 pesetas.

Vinyals (F.) — Cuentos verosímiles. En 8.°, 267 páginas: 2 pesetas.

INDICE

Págs.

Memorias de un solterón, por Emilia Pardo Bazán..... 5
Aventuras y desventuras de un soldado viejo, natural de Borja, por un Soldado viejo..... 30
Final del apocalipsis, (dolora) por Ramón de Campoamor..... 60
Recuerdos, por José Echegaray..... 61
Viaje de la Corbeta «Nautilus», por Vicente Barrantes..... 70
Los salones de la condesa del Montijo..... 88
La Prensa internacional, por el Licenciado Pero Pérez..... 110
Crónica literaria, por E. Gómez de Baquero..... 137
Crónica internacional, por Emilio Castelar..... 154
Notas bibliográficas, por A. Posada, P. Dorado y Ossorio y Bernard..... 177
La literatura castellana y portuguesa, por Fernando Wolf..... 188
Obras nuevas..... 204

españa moderna

AÑO 8.º NÚM. 86

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: J. LÁZARO

FEBRERO 1896

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE A. AVRIAL
1.568.—*San Bernardo, 92.*

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

ADAN Y EVA

(CICLO)

MEMORIAS DE UN SOLTERÓN

(Continuación.)

VI

Por entonces daba yo desenlace á uno de aquellos consabidos idilios prematrimoniales cuyas emociones describí, y encontrándome libre otra vez, alegre y melancólico juntamente, como el ave que ha logrado evadirse de una jaula linda y bien surtida de lechuga apetitosa, me dejé inducir á frecuentar la tertulia de absoluta confianza que formaban las hijas de D. Benicio y dos ó tres amiguitas, reforzadas con media docena de amigos, entre los cuales se contaban Baltasar Sobrado y León Cabello, el *virtuoso* marinedino, como solía llamarle Primo Cova. La tertulia era entre anodina y familiar; había mucha labor de gancho, excesivo aporreamiento de piano, y algún tortoleo en los rincones; todos sabíamos que Baltasar Sobrado, "ponía los puntos„ á Rosa; pero lo hacía con tan diestra maña y tal estrategia de cotorrón experto, que era difícil predecir si se dejaría coger en las blandas redes conyugales.

Yo también estaba á salvo, pues nunca se me había ocurrido *dedicarme* á ninguna de las niñas de Neira, creo que por respeto ó conmiseración hácia su padre, al cual me pesaría mucho de ocasionar la más mínima desazón. Era este un sentimiento puro, altruísta, que yo cultivaba para tener el derecho de afirmar que mi alma no está desecada por el egoísmo. Lejos de atraerme á la tertulia de

Neira los tortuosos y maquiavélicos planes que sin duda llevaban allí á Sobrado, me condujo el interés por el estudio de las miserias de la paternidad, y la sospecha de que algún drama fértil en peripecias y en lances hondos iba á representarse en aquel hogar tranquilo en la superficie, pero interiormente trabajado por las pasiones y los anhelos de algunas mujeres jóvenes y sedientas de vivir.

Tal vez sabía yo más que el mismo Neira de lo que allí latía y se agitaba. Sabíalo, no sólo por las indiscreciones de Primo Cova, por dichos de la gente, por antecedentes históricos, sino por detalles, pormenores y hechos que sorprendía mi ojeada investigadora de desapasionado curioso. Lo que no observaba el ciego padre, me saltaba á mí á la vista, y declaro que mi honrado propósito era enterarle, si se terciaba la ocasión, cuando me pareciese llegado el momento de que interviniendo la autoridad se evitase tal vez una gran desventura, algún irreparable bochorno. Al entrar en aquella casa como antojadizo y frío *espectador*, podía tambien (y esto calmaba en alto grado los escrúpulos de mi conciencia) ser útil al excelente D. Benicio, salvarle de peligros que yo presentía y él era muy capaz de no sospechar siquiera. Lo demostraba la benditez con que se había dejado engañar por la hipocritona aquella de Tula, que bajo su capa de soberbia y desdén, bajo sus alardes de rigidez y sus asquillos púdicos, encubría unas ganas rabiosas de encontrar marido, á cualquier precio y de cualquier clase ó género que fuese, y el propósito firme de agarrarse á lo primero que saliera, como lo efectuó en las barbas del confiado padre.

Por esa especie de fuero que lleva consigo el derecho de primogenitura, la hija que empuñaba hoy la batuta en casa de D. Benicio era María Rosa, pues de las dos mayores, Tula ya estaba casada y vivía con su calamidad de marido en una casa humildísima del barrio del Faro, y Clara, la segunda, paseaba sus majestuosos hábitos por el claustro de las Benedictinas de Compostela. Rosa, pues había asumido el gobierno de la casa, y cierto que no pudo caer en peores manos tan delicada misión. Era Rosa una de esas mujeres fatales y vitandas, de quienes se dijo con expresiva frase que son como el toro, que acuden más al trapo que al hombre. Sólo al ver las locuras que los varones cometen por una hembra se comprenden las que son capaces de cometer las hembras por un pedazo de tela bonita: pasión infinitamente más violenta y terrible que la afición amorosa, aun cuando parezca que de ella nace y se origina, y que á no mediar el deseo de agradarnos á nosotros, no se compondría la mujer: pero yo he llegado á creer que esta es una de las mu-

chas infundadas fatuidades masculinas, y que la mujer no se compone por nosotros, sino más bien por el gusto de componerse y emperifollarse, por el arte puro; y quizá, caso de impulsarla un móvil interesado, la impulse antes que el ansia de conquistarnos, el deseo de lucir, de brillar entre las amigas, de eclipsar á las otras mujeres y que éstas rabien de envidia y de vanidad mortificada...

A no dudarlo, Rosa era un *caso* de estos, caso de estudio, invasión total de la enfermedad trapera. Altísima fiebre la abrasaba al ponerse en contacto con cintas y moños. Su vida no tenía más clave ni más norma que el tocado y el vestido. Si volviésemos al estado paradisíaco, á la cándida desnudez de la aurora del mundo, Rosa, con su blanca mano, ensartaría las primeras conchas para el primer collar bárbaro, ó tejería la primer guirnalda de silvestres flores.

Hay que decir que Rosa era una belleza soberana. A la edad de veinticinco años que contaba cuando yo me metí á observador y fisgón en casa de las Neiras, Rosa podía arrrostrar la comparación con las más celebradas hermosuras. No tenía tipo marcado: ni era rubia, ni pelinegra, síno de abundoso pelo castaño con reflejos dorados, y garzos ojos que se oscurecían ó irradiaban espléndidamente según la cantidad de luz que recogían: su magnífica tez tampoco podía clasificarse entre las blancas ni entre las morenas, pues en ella se combinaban varios tonos finos y ricos, mezcla suave y maravillosa de sonrosados, de carmines, de nácares y de ágatas lustrosas y tersas. Tampoco la distinguía especialmente la estatura, que no pasaba de mediana, verdadera estatura femenil, pues la mujer demasiado alta parece que sobrepuja á su sexo. Las líneas del cuerpo de Rosa delataban una morbidez exquisita, tan distante de la obesidad como de la delgadez; una plenitud de carnes que no atentaba en lo más mínimo á la gracia y á la agilidad de los movimientos, á la esbeltez del talle, á la delicadeza de pies y manos, á la longitud de la tornátil garganta. Si hubiese que poner algún defecto á Rosa, (pues no existe belleza intachable), sería que su rostro, tan lindo, tan bien coloreado y modelado por la naturaleza, expresaba poco; era un rostro vacío. Se diría que lo vano y fútil de las preocupaciones de tocador, únicas que en el cerebro se aposentaban, imprimía huella en la faz, y que Rosa, en ciertos momentos, sobre todo cuando no la animaba el reir ó no resplandecía en su cara la vanidad satisfecha, se parecía á las perfectas muñecas de cera que se ven en los escaparates de las peluquerías exhibiendo el último peinado ó el más reciente adorno de plumas y flores artificiales.

En Marineda se criticaba acerbamente el "lujo asiático„ que ha-

bía dado en gastar la hija de D. Benicio Neira. Las devotas amigas de saber vidas ajenas, como Zoe Martínez Orante y Regaladita Sanz, contaban y no concluían del derroche, boato y locuras de aquella muchacha. "Nunca lleva dos veces seguidas el mismo traje„, suspiraban levantando los ojos al cielo. "Ahí está—añadían—Remedios Veniales, que ha tenido la curiosidad de contarle los trajes á Rosa Neira, y ¿cuántos dirá V. que resultan? Resultan quince, ¡quince!, todos de seda ó de raso; y á proporción los abrigos, los *gorros* (aún hay en Marineda quien llama así á los sombreros), los guantes, los abanicos, el calzado y todo lo demás... Me consta (aquí bajaban la voz las noticieras) que compró en *La Ciudad de Londres* —¿no sabe V.? ¿esa tienda que dicen que facilitó para ella los fondos Sobrado?—unos encajes anchísimos, soberbios, para enaguas y peinadores. Nada, igual que una novia... ¡Cómo está el mundo, hija! Pasman las cosas que se ven... ¿Y de dónde saldrán esas misas? Al padre parece que ya sólo le falta por hipotecar las narices...„

Aunque es fama que los hombres no entienden de trapos, he creído siempre que eso es como lo de las casas desordenadas que, en opinión del vulgo, deben tener los solteros; y me confirmo en que no es privativo del sexo femenino entender de trapos, cuando noto que los árbitros de la moda son los señores modistos. Declaro, pues, y vengan cuchufletas, que entiendo de trapos, y sé muy bien cuándo, cómo y por qué va bien ataviada una señora. Pues con la autoridad que me presta mi explícita y valerosa declaración, digo que Rosa, la pobrecilla, después de tantos esfuerzos, de consagrar exclusivamente su vida y sus escasos recursos á deslumbrar á Marineda y atraerse las censuras de todas las personas sensatas... iba mal, rematadamente mal; para alguien entendido y exigente en achaques de gusto, tan mal, que era un dolor.

Los quince vestidos contados por Remedios Veniales en realidad no pasaban de seis; pero la maña de Rosa consistía precisamente: en disfrazarlos con tal arte, que nadie pudiese decir al verlos: "Mascarita, te conozco.„ Aquellos pichoncitos caseros mudaban la pluma cada semana. El negro, de seda brochada, emulaba á Proteo, según las transformaciones que sufría, ya por medio de lazos amarillos, ya de plegados verdes, ya de encajes blancos, ya de flecos de azabache; el cuerpo unas veces lucía escote cuadrado, otras una pañoleta, cuándo unas hombreras anchas, cuándo unas mangas de color pegadas la víspera. No le iban en zaga las metamoforsis del blanco, con el cual logró Rosa chasquearme á mí, pues los visos y cubiertas que recibía el traje lo hacían parecer enteramen-

te distinto, inédito. ¡Qué diré de cierta casaquita de veludillo azul, unas veces guarnecida con densa piel, á la usanza rusa, otras velada por vaporosas gasas que remedaban nubes sobre un celaje puro!

Yo sabía perfectamente que tan laboriosas combinaciones harían sonreir de lástima á una verdadera *lionne,* de las que encargan sus trajes por cajas y docenas, y desdeñan la ciencia humilde y práctica de *aprovechar las sobras.* Yo comprendía que el supuesto "lujo asiático„ el "boato„ de la chica de Neira, era en realidad penuria, y que con aquellos cuatro pinguitos, en Madrid, Rosa no pasaría de ser una de las bellas cursis en quienes nadie repara, y que desfilan por la ancha y soleada acera de la calle de Alcalá, ó por las avenidas de Recoletos, oyendo piropos, á caza de un marido *serio* que las saque de penas. Mas, como decía el gracioso pedante moratiniano, todo es relativo en este mundo; y para Marineda, y sobre todo para la menguada renta de D. Benicio, el teje-maneje de trapeteo en que andaba Rosa era excesivo y alarmante. Aquellas pobreterías—no me cabía duda —desequilibraban el presupuesto como lo podrían desequilibrar, si fuese mayor, los cajones llegados de París y las facturas del joyero y del peluquero de fama. La economía y el lujo son palabras que carecen de significación si no se consideran relacionadas con condiciones individuales y sociales. Aparte de que Rosa, en realidad, gastaba demasiado,—pues esas vueltas y revueltas á un pingo, que al fin pingo se queda, nunca dejan de costar algunas pesetillas, y donde hay pocas todo abre surco—en Rosa concurría una circunstancia que hacía más visible y escandaloso lo que daban en llamar su lujo: y era su belleza misma, su belleza triunfadora y resplandeciente.

En Rosa el más insignificante trapito causaba alboroto porque se veía de cien leguas. Los colores en ella parecían más vivos, los adornos más caprichosos y ricos, las flores más lozanas, la seda más crujiente, más atrevidos y provocadores los *esprits* y plumas de los tocados. Mientras las hijas del archimillonario Chucho Díaz, encargando á Madrid y á París la ropa, no lograban que nadie fijase en ellas los ojos, y parecían vestidas siempre con un mismo traje usado y de medio color, en Rosa las telitas peseteras y las puntillas de á real adquirían un aire de opulencia, majeza y frescura que les centuplicaban el mérito y el precio. Rosa ponía la moda en Marineda, y como á toda reina social, se la criticaba y se la imitaba á destajo.

Lo más singular es que D. Benicio, en medio de la gran con-

fianza que conmigo tenía y que iba en aumento, lejos de quejarse del excesivo gasto de Rosa, alababa su economía, arreglo y habilidad.

—Es extraordinario—solía murmurar muy babosillo—cómo se las bandea esa muchacha. De un cuarto hace veinte. Oirá V. decir por ahí que derrocha, que tira el dinero. No, no, si ya sé que se murmura. ¡Infamias y picardías de la gente envidiosa, cuya maldad conozco! La pobre Rosa hace milagros. Aparece así... decentita... hasta elegante... como que en ella todo resulta... Claro; como que la figura la acompaña. Si fuese una cucaracha, una feróstica, de poco la serviría adornarse; porque aunque la mona se vista de seda... Lo que yo le aseguro á V. es que el ramo de trajes de Rosa no lo noto en mi presupuesto. Creo que con doscientos reales al año se las compone la chica. Vamos, que no he visto otra con más disposición.

VII

Que no decía verdad el apasionado padre, era para mí un hecho indiscutible; y sin embargo, me costaba trabajo suponer que tuviese el propósito de mentir; su aire de sinceridad y de candor era inequívoco. ¿Si le engañaría la muchacha, sisando en todo lo demás para cargar las sisas á la partida de perifollos? Con poco que yo asistiese á la tertulia se me figuraba que sabría á qué atenerme sobre este punto. El instinto de curiosidad, dominante en los célibes que carecen de asuntos propios y de verdaderos cuidados, era el móvil poderoso que me atraía á la reunión de las Neiras. La casualidad hizo que yo penetrase en ella en el momento más oportuno para satisfacer mis aficiones de espectador.

Solicitaron mi atención, más aun que la bella, coqueta y despilfarradora Rosa, otras dos hijas de D. Benicio, que ofrecían verdaderas singularidades en su manera de ser: *Argos divina* y *Feita*. Las demás eran muy niñas aun, excepto Constanza, que siempre realizó el tipo de la más clásica insignificancia y pasividad: callada, sosa, sin voluntad propia, una de esas personas cuya presencia en la habitación llega á olvidársenos por completo, y con las cuales no contamos para adoptar resolución alguna, pues estamos ciertos de que se prestarán á cuanto los demás determinen, por no tomarse el trabajo de emitir opinión propia. La nulidad del carácter reflejábase en las facciones de Constanza, de una regularidad agradable, pero

amortiguadas por la falta de expresión, incoloras, por decirlo así, como el agua.

En cambio ¡qué fuerza expresiva, qué viveza sentimental campeaba en el pálido rostro de Argos, á la cual llamaban así en memoria de la venerada efigie de *Nuestra Señora de los ojos grandes*! Su hermosura, romántica y seria, había llegado al apogeo, como también estaba en la plenitud su voz, aquella sorprendente voz de *mezzo soprano,* cuyas apasionadas inflexiones delataban un alma toda fuego. Yo era antiguo admirador (por supuesto secreto y platónico) de Argos Neira. Repito que jamás había querido iniciar idilio alguno, aun de los míos inocentes y diáfanos como el aire, con las hijas de D. Benicio, no sólo por la estimación que me infundía su padre, sino porque Argos, la que me atraía, tambien me inspiraba terror: no estaba seguro de nada con Argos, que me parecía mujer de distinto temple que las demás señoritas de Marineda, y se me figuraba (tal vez sin fundamento, por lo menos hasta entonces) una *tenoria.* Con las otras marinedinas tenía yo la absoluta seguridad de que, al terminarse el idilio, no representaríamos ningún drama; pero con Argos... veía en lontananza escenas espeluznantes, lances cuyo solo pensamiento me hacía estremecer. Y, fatuidad aparte, tampoco esperaba que Argos se prestase al idilio. Había sido siempre Argos caprichosa y rara en sus gustos: tan rara, al decir de las lenguas desolladoras, que no sé si debe darse entero crédito á la historia de sus antojos y aberraciones. Durante aquel período suyo de exaltado misticismo, en que sólo cantaba Gozos de novena, se refirieron horrores de su entusiasmo por cierto Padre Incienso, jesuíta austero y elocuente, el cual, por más señas, no la podía sufrir, y se vió obligado (continúa la versión de los chismosos) á salir de Marineda, esquivando el peligro, cortando de raíz el escándalo y salvando su honra de sacerdote, puesta en grave riesgo por la indiscreta muchacha. Y el remedio fué radical, pues no sólo se curó Argos de la afición malhadada, sino hasta del beaterio (quizás ambas cosas no eran sino una). Acabáronse los rezos y las mortificaciones; desapareció el hábito de jerga, con su corazón de plata en las mangas, símbolo visible de la enfermedad cardíaca que afligía á tan extraña devota; el negro cabello, antes descuidado y desgreñado, apareció peinado con gusto y arte, y el rostro cambió, adquiriendo una expresión indefinible. La hermosa escultura religiosa se convirtió en estatua profana. Si por medio de una comparación tomada del arte quisiese yo significar qué expresión había adquirido la cabeza de Argos, recordaría las testas

del grupo de Carpeaux, la famosa ronda de bailarinas que decora la portada de la Opera, en París. ¡Cuán distinta era la Argos de hoy de la que solía ir, con el velito muy bajo, á las primeras luces del alba, á la solitaria iglesia de San Efrén, á pegar á las losas frías sus ardorosos labios!

Si mis observaciones no fallaban, el actual quebradero de cabeza de Argos debía de ser... Me encocora estamparlo, porque mientras el Padre Incienso, bajo su sotana, tenía para mí y para todos los que le conocieron aspecto varonil, en cambio el musiquete, el famoso León Cabello, declaro que me producía el efecto, no ya de una madamita, sino de una vejezuela, de alguna de esas acartonadas profesoras británicas, mixto de bacalao y cecina, lo más contrario á toda idea de amoroso engreimiento. Era el *virtuoso* (mote que le había puesto Primo Cova), un pobre muchacho, de padres desconocidos, que recogió por caridad una tendera de zarazas de la calle del Repeso; susurrábase que podía ser fruto de un temprano desliz de la hija de la tendera, hoy muy bien casada con el ricachón fabricante D. Simón Cardador Blanco. Lo indudable es que la tendera profesaba gran cariño al arrapiezo, el cual fué uno de esos chiquitines fenomenales, cabezudos, inaguantables, con *genio artístico* mientras aún les flota la camisilla por la abertura del calzón. A los siete años mi Leoncito recorría las casas de Marineda tocando fantasías y nocturnos, y cosechando besos y cartuchos de caramelos de rosa y rosquillas *de ginete*. A los doce, la prensa marinedina armó una trifulca para conseguir, trabuco al pecho, que la Diputación provincial pensionase en la corte al prodigio, á fin de que "completase sus estudios en el divino arte„. Si la Diputación no pensionaba á Leoncito, eclipsaríanse para siempre las glorias de Cantabria y quedaría demostrado que la patria cántabra, en vez de acoger amorosa á sus hijos ilustres, de brindarles el calor de su materno seno, los corona de espinas y los deja morir de abandono y de *inanición moral,* á las orillas del Océano amargo y salobre. Renunciando á averiguar por qué había de ser precisamente á orillas del Océano, y no en su cama, donde sucumbiese Leoncito por falta de pensión, ello es que el fatídico cuadro tan de mano maestra trazado por la bien cortada pluma del revistero local Amador Milflores debió de hacer impresión en el ánimo de los padres de provincia, toda vez que pensionaron al niño fenomenal, de quien se refería que dedicaba á tundir el piano *diez y seis* horas diarias. Y allá marchó el Leoncito con rumbo á la corte, bien acompañado de redobles de bombo... que no se sabe si llegarían á traspasar los puertos.

En las vacaciones volvía contando maravillas de los grandes maestros del arte musical: Caballero, Barbieri, Chapí, Bretón, Monasterio, le adoraban, le pronosticaban el porvenir más risueño y brillante. Había tocado, arrebatando, en el salón Romero. La infanta Isabel, convidada expresamente para que admirase tan portentosas disposiciones y no pudiendo asistir aquella noche por sus quehaceres, se desquitó llamando á Palacio al melodioso León, y en sus habitaciones particulares le escuchó, le aplaudió, le colmó de elogios y le regaló un alfiler de corbata que representaba una lira de oro con tres rubíes. El periódico semanal *El Contrapunto* había publicado el retrato de Cabello, encuadrado por ramitos de laurel; y la gorda tendera, la presunta abuela, á punto de asfixiarse de gozo y orgullo, puso al retrato un marco de listón dorado anchísimo, sobre fondo de *peluche* granate.

Terminó Cabello sus estudios musicales y se vino á Marineda, donde le recibieron con nuevas ovaciones y largos artículos encomiásticos. Sin embargo, á la miel se mezclaban algunas gotas de hiel. La tendera estaba, ¡quién lo duda!, contentísima y ufanísima del chico; pero su fondo de buen sentido, su hábito de ganarse con el sudor de su frente el pan, la obligaron á inquirir si tanta algarabía de notas, tanto martirio á las teclas, tanto zapateo en el pedal, tanto viaje y tantísima trapisonda, no habían de redituar algo, algo que se cifrase en ingresos, en moneda contante y sonante, en medios de vivir, de comer, de pagar al zapatero y al sastre. Allí estaba el fenómeno, el niño de la bola: pero el tal nene, mezcla, según Amador Milflores, de Orfeo y de Anfión, tragaba, rompía botas... compraba papelotes de música, tenía un vertical... y todito á cuenta de la tendera gorda. ¿Cómo era que en Madrid no había descubierto una mina de oro? ¿Cómo no podía aquella gloria regional, nacional, europea (de tal le calificaban, no parándose en barras, los diarios), hacerse, con su asombroso genio artístico, una rentita de cinco ó seis mil duros al año lo menos? La tendera tuvo un instante de escepticismo amargo, en que lamentó no haber dedicado al chico á medir zarazas...

Entonces León Cabello, en lid con la maldita fatalidad de no haber un Banco donde se admitan como valores los trinos y las escalas cromáticas, empezó á pensar en la faena de las lecciones. Subiría pisos, se dedicaría á enseñar á los chicos los rudimentos del solfeo, ya que no había otro porvenir para el que *El Contrapunto* coronara de hojas de laurel. ¡Ingrata patria, ingrato suelo cantábrico! Antes de aceptar la prosaica solución de buscar discípulos, el Leoncito dió un concierto en el Teatro, que la prensa campaneó

desde un mes antes. Concurrió bastante gente, porque el mismo Cabello repartió, con cartas de su puño, los palcos y las butacas. La gente bostezó y aplaudió á rabiar. Halagado por esta primer caricia de la suerte, quiso repetir el golpe al siguiente mes; pero era abusar de las bolsas; el Teatro apareció completamente vacío, y Cabello desarrolló sus interminables *concertstucken* sin más auditorio que los acomodadores. Tuvo que pagar el alumbrado, la orquesta, el local, y perdió lo ganado en el primero. Entonces apretó en lo de las lecciones, y emprendió una labor encarnizada, furiosa, para imponer su candidatura á "lo principal„ del pueblo. Estalló guerra á muerte entre el *virtuoso* y los demás profesores á domicilio de Marineda, D. Sotero el organista, las dos Bemolitas, el director de orquesta del Coliseo... Trabajos subterráneos con la prensa produjeron en el lenguaje de ésta cambio singular: Leoncito cayó de su pedestal, y fué objeto de chistes punzantes y de caricaturas groseras en el órgano satírico *El Brujo,* donde sacaron á relucir su nacimiento, é hicieron alusiones mal veladas á su madre y á toda su historia... No me sorprendió, por cierto, el espectáculo, en Marineda frecuente, pues cuando los intereses se ponen en juego, no hay tigres ni panteras comparables en su furor á los marinedinos. Creo haber dicho ya que estas pugnas alrededor de unas míseras pesetas me son tan repulsivas, que sólo por eso no me casaría nunca, temeroso de que el amor paternal me impulsase á patullar tan francamente en el lodazal de la codicia.

En tan poco halagüeña situación me tienen Vds. ahora á Leoncito Cabello, la antigua esperanza de la madre Cantabria, que le ve sin pena y sin rubor encaramarse á los cuartos pisos y repetir cada media hora, en voz enronquecida por la fatiga y el aburrimiento:

—Do re, do re, do re fa sóool... sostenido... Más sentimiento ahí... Pero ¡cuándo empezaremos, Aurorita, á matizar ese pasaje!

Físicamente, el *virtuoso* parece una de las chistosas caricaturas alemanas en que se ridiculiza á los secuaces de la escuela de Wagner. Lleva la melena crecida, para tapar unas insolentes orejas, y su cara imberbe, fruncida, ya pergaminosa, á pesar de los pocos años, muestra amarilleces de fruto conservado en espíritu de vino. La boca es sutil, larga, sinuosa; los ojos, azules y fríos, sólo resplandecen al halago del elogio y al estímulo de la vanidad. Tiene la frente bombeada, el cráneo montuoso y puntiagudo, las manos prolongadas, ágiles, bien desarrolladas por el constante teclear. Viste de negro, y usa corbatas de color chillón, donde se ostenta la lira de S. A., con los tres rubíes. Y á pesar de esta facha rarísima, creo,

y creen muchos conmigo, que el musiquete no le parece saco de paja á Argos...

VIII

No; positivamente, no le parecía saco de paja á la ex devota el engarzador de arpegios. Había en aquel *flirt,* basado en la comunidad de gustos artísticos, algo de vago, ensoñador y baboso, muy diferente de la vehemencia y la exaltación que se habían notado en los primeros entusiasmos de *Argos divina.* Sin duda la muchacha poseía todas las cuerdas de esa gran lira que se llama el amor, y gustaba de coleccionar, en vez de trapos y cintajos, como su hermana, impresiones y recuerdos.

El León penetró en casa de Neira por la puerta de la pedagogía musical: le llamó D. Benicio, por recomendación de Sobrado, para dar lecciones de canto y piano á dos de sus hijas, Argos y Feíta. Esta última, al mes escaso, se rebeló, y dijo que no la daba la gana de perder tiempo, que se cansaba de aquel ejercicio bobo y que no pensaba ganarse la vida como León Cabello, haciendo competencia á las Bemolitas; Argos, en cambio, tal gusto le tomó al aprendizaje, que no se apartaba del piano en todo el día. La tertulia se resintió de la manía filarmónica de la muchacha. Cuando no *estudiaban,* de música hablaban el *virtuoso* y ella. Todo era revolver sonatas, elegir *caprichos* y rebuscar melodías. Una pieza brillante á cuatro manos llegó á ser para nosotros verdadera obsesión. Cada vez que yo veía girar despaciosamente el taburete, subiendo ó bajando para que en él se acomodase el artista, me entraba un desasosiego nervioso... Por fortuna allí no era de rigor escuchar en silencio: se podía charlar, se podía no hacer caso del chaparrón de notas. Tal vez el profesor y la discípula preferían que no se les concediese extremada atención. No aspiraban á la gloria de embelesarnos; harto embelesados andaban ellos.

Ultimamente habían descubierto un filón, las melodías aldeanas, preciosas canciones del país cántabro, tan mimosas, tan llenas de nostalgia dulce. Argos las cantaba con gracia hechicera, acompañándola con suma delicadeza el *virtuoso.* Con esa parte del programa me reconciliaba yo, y hasta la oía lleno de placer, pues á pesar de mi naturaleza poco elegíaca, las tales canciones, embalsamadas

por la menta y el saúco de los ribazos cántabros, me infiltraban en el alma una melancolía agradable, una especie de dolor grato, que se bebía á sorbos y no embriagaba de pena... Pero estas cosquillas románticas desaparecían así que tomaba asiento á mi lado y me dirigía la palabra la más extraordinaria y ridícula criatura que se ha visto en el mundo, ó sea Feíta, el séptimo retoño femenil de don Benicio Neira.

¿Cómo te haría yo comprender bien, oh sesudo y morigerado lector, lo que era la tal Feíta, en lo físico, en lo moral, en lo intelectual? Cien pliegos de papel no bastan para retratar á este curioso personaje. Su exterioridad es lo más fácil de sorprender al vuelo, pues no necesita el lápiz esmerarse para no alterar líneas de belleza. Feíta (diminutivo algo injurioso de *Fe*), no es linda, aunque tampoco repulsiva ni desagradable. Su cara, más que de doncella, de rapaz despabilado y travieso, ofrece rasgos picantes y originales, nariz de atrevida forma, frente despejada, donde se arremolina el pelo diseñando cinco puntas que caracterizan mucho la fisonomía. Sobre el labio superior hay indicios de bozo: no puede llamarse una dedada, sino á lo sumo leve sombra, que con el tiempo oscurecerá. Sus ojos son chicos, verdes, de límpido matiz, descarados, directos en el mirar, ojos que preguntan, que apremian, que escudriñan, ojos del entendimiento, en los cuales no se descubre ni el menor asomo de coquetería, reserva ó ternura femenil. El cuerpo de Feíta es suelto, ágil, de formas escuetas y de un dibujo muy sobrio, recogido y púdico, á la manera de esas figuritas magras y castas sin ascetismo, que los broncistas de Florencia legaron á la admiración de la posteridad. Sólo que para adivinar esta que sin duda alguna es perfección y gracia del cuerpo de Feíta, hay que ser más que lince, zahorí. Yo que me perezco por las mujeres ataviadas, peripuestas y pulcras, no me puedo acostumbrar á la manera de vestirse de esta chicuela indómita. Siempre anda metida en un talego ó amarrada como un saco de garbanzos. Sus hermanas no la hacen caso, y ella no se cuida de sí propia, ni creo que recuerda que hay espejos en el mundo. Su pelo vive en perpetua insurrección: es el mambís más rebelde que conozco. Lo lleva corto porque no la da la gana de dejarlo crecer, ni de sujetarlo formando moño, ni de enterarse de para qué sirven la tenacilla y el alisador, y cada mechón va por su lado unas veces crespos, otras lacios y mohinos, según la temperatura y la humedad. Los dedos de Feíta son un mapa mundi de manchas de tinta y de desolladuras y arañazos, porque el día en que á la moza la da la ventolera por revolver y arreglar la casa, la vuelve patas arri-

ba, desclava y sacude todo, alfombra ella misma, y se empingorota en una escalera de treinta peldaños para lavar los vidrios. Sin embargo, los arrechuchos de laboriosidad doméstica no son en Feíta muy frecuentes. Por lo general paga tributo á otra manía, insólita y funesta en la mujer: y es su malhadada afición á leer toda clase de libros, á aprender cosas raras, á estudiar á troche y moche, convirtiéndose en marisabidilla, lo más odioso y antipático del mundo.

Si Feíta me interesase por algún concepto; si fuese hija ó hermana mía; ¡qué pronto la convierto y la curo de esa chifladura inverosímil, reintegrándola en el puesto que la naturaleza señaló á la más bella mitad del género humano! Pero no soy yo el llamado á civilizar á esta salvaje sabia, y su padre, mi buen D. Benicio, carece de la energía que exige su cargo paternal. La debilidad de D. Benicio es lo único que puede explicar los derroches de Rosa, las novelerías de Argos y las inauditas excentricidades de Feíta.

Como Sobrado cuchichea con Rosa en el rincón de la galería, cerca de los heliotropos en flor, y Argos se entrega á las emociones musicales; como las otras señoritas que concurren á la tertulia, y son las del magistrado Tardejón y Mercedes Cabrera, la del ingeniero, forman su peñita y demuestran intenciones criminales, conatos de llevarme insensiblemente, si yo me dejo, caminito del ara santa... me desvío de ellas y suelo entretenerme en charlar con la extravagante, con la cual no arriesgo nada y que me hace reir de puro desquiciada y lunática que está la infeliz. Sus extrañas teorías se prestan á servir de base para mil discusiones acaloradas y chuscas, divertidísimas á veces; porque con Feíta no estamos nunca dentro de lo previsto y normal, sino que cada día saca ella un resorte nuevo, imprevisto.

La cabeza de esta pobre niña es "el caos é islas adyacentes„ según frase de Primo Cova, que la encuentra, como yo, muy salada. Ha leído todo cuanto cayó en sus manecitas, ávidamente, con prisa, sin discernimiento, tragando, cual los avestruces, perlas y guijarros en revuelta confusión. Desde los libros de mística con que se espiritaba Argos en sus tiempos de fervor, hasta los de fisiología y medicina que tuvo la insensatez de prestarle á Feíta el filántropo Doctor Moragas; desde las novelas de Ortega y Frías que la ofreció con grandes encomios el brutazo de D. Tomás Llanes, hasta las poesías de Verlaine que la facilitó secretamente un empleado de la Biblioteca del Puerto, Feíta ha recorrido toda la escala bibliográfica, hacinando en su mollera un fárrago estupendo, una capa de detritus, entre los cuales van envueltos preciosos gér-

menes que podrían fructificar si los cultivase con método y razón. No cabe duda que la tal Feíta sabe ya muchísimas cosas; pero su instrucción ha sido, como suele la de las personas de su sexo, confusa, precipitada, incoherente, y con lagunas y deficiencias donde debían existir ciertas nociones sin duda elementales, pero que son á guisa de eslabones que enlazan entre sí la vasta serie de los conocimientos humanos. Feita, en momentos de lucidez, lo reconoce, por más que en otros, con infantil pedantería, me llama ignorantón, á lo mejor, porque no sé en qué consiste la función de una glándula ó dónde radica un haz de nervios; pues en lo que está más fuerte este demontre de inaguantable chiquilla, es en ciencias enlazadas estrechamente con la medicina, gracias á los préstamos del bueno de Moragas, que es capaz, á fuer de ideólogo, de fumar sobre un polvorín descubierto.

—Me hago cargo—suele exclamar Feíta—de lo mucho que ignoro. No crea V. que necesito que me lo cuente nadie. ¡Soy yo más lista! Y tenga por seguro que si no reviento he de aprenderlo todito. ¿No ve V. que á mí, como enseñar, no me han enseñado ni esto? Coser, bordar, rezar y barrer, dice mi padre que le basta á una señorita. Un día recuerdo que hasta me puse de rodillas para que me enviasen al Instituto, como á Froilán, y papá salió con que me hartaría de azotes si volvía á hablar de semejante cosa. No tengo miedo á los azotes, ni mi padre es capaz de azotarnos con un hilo de seda; pero ni tenía dinero para las matrículas, ni los catedráticos me recibirían contra gusto de papá. Y cuando una es chiquilla, chiquilla... no tiene coraje para nada. Hoy me arremango y voy si quiero; pero hoy ya estudio yo sola, lo mismo que en el Instituto. ¡O más si se me antoja, hombre!

—¡Pues hizo bien su padre de V., mujer! ¡Sería una ridiculez ir allá!

—¿Pero por qué había de ser una ridiculez? Pago un duro de mis ahorros por cada razón que V. me dé.

—Pero, hija mía (yo solía tratar á Feíta así, paternalmente); ¿á qué se compara V. con Froilán? ¿no ve V. que Froilán es hombre y necesita tener carrera?

—¿Froilán hombre? Froilán jumento—respondía perentoriamente é imitando el habla de los negros la diabólica.

—No sea V. así. Froilán ha de concluir sus estudios y vivir de lo que gane.

—¡Ah! Pilléte—replicaba ella.—¿Conque vivir de lo que gane? Y yo, ¿me quiere V. decir de qué he de vivir cuando mi padre se

vaya al otro mundo? ¿Acaso tengo mayorazgos que Froilán no tiene?

—V... V. vivirá de lo que gane su maridito.

—¡Maridito! Sí, que andan los mariditos mantenedores de sus mujeres por ahí á patadas. Mire V. el de Tula, qué bien la mantiene. La da de almorzar mojicones finos, y de comer legítimas galletas. ¡Rayo en los mariditos mantenedores! ¡Además, ¿de dónde saca V. que quiero recibir de nadie lo que puedo agenciarme yo misma? ¡Me parece cargante y retecargante y hasta humillante la ocurrencia! ¡Y no sé cómo á Vds. los hombres no les revuelve el estómago eso de que han de tomarles siempre las mujeres por caballos blancos!

Este arranque de Feíta, á decir verdad, se conformaba con mis manías, con gran parte los escrúpulos y delicadezas que me retenían en el estado de solterón; pero el gusto de contradecir y el deseo de excitar á la muchacha á que replicase con más bríos, me impulsaron á responder:

—¡Quiá! Ese papel nos halaga. Así sostenemos y afirmamos nuestra soberanía; así reforzamos nuestros indiscutibles derechos sobre el corazón y la voluntad de la mujer. Nosotros trabajamos y Vds. administran y gastan... Lo más lógico. Tampoco ha de negarse que á Vds. las toca su parte de trabajo, y de trabajo constante y meritorio y sagrado. ¿Dónde me deja V. el gobierno de la casa, la crianza y cuidado de los hijos? Como se propongan Vds. trabajar...

—¡Los hijos!—protestó ella.—Siempre parte V. del supuesto de que la mujer es infaliblemente casada. Pues no hay en Marineda pocas solteronas.

—Y solterones también: aquí me tiene V. á mí.

—¡Pero V. es solterón... por su gusto!... y ellas...

Sonrió Feíta con picaresco guiñar de ojos.

—Según eso, ¿V. no cree que puede haber solteronas por gusto?...

—¡Vaya si lo creo! Como que yo lo he de ser. Sí, amiguito Abad; esta joya se ha de quedar para vestir imágenes, aunque se me presenten *partidos*, que no se me presentarán. Y sentiré que no se me presenten, sólo por el gusto de que vean que no los admito.

—¿Tan resuelta está V.?

—Tan resuelta. En algo me he de distinguir de esas otras—y diciendo así señalaba á sus hermanas y á las demás niñas casaderas de la tertulia.—Como que no encontrará V. en Marineda (yo se lo fío), persona que le diga á V. que hace divinamente en no casarse, á excepción de esta personita. Si yo fuese hombre ¡al momento me

caso! Vds. son, bien mirado, más inocentes que nosotras, porque Vds. ¿para qué quieren casarse? Mejor dicho ¿hay entre Vds. ninguno que no pueda disfrutar las ventajas del matrimonio, sin arrostrar sus inconvenientes?

—Por Dios, Feíta... ¡Qué cosas dice V.! Que no la oigan, al menos...

Esta plática recuerdo que la pasamos una noche de Octubre, en que la temperatura era aún tibia y hermosa, y nos habíamos refugiado en una esquina de la galería, por huir del sempiterno tecleo de Cabello y Argos y las risitas y provocaciones de las de Tardejón. Por cierto que aquella noche misma acaeció en la tertulia de las hijas de D. Benicio Neira algo que merece consignarse, por la cola que trajo; y fué que Baltasar Sobrado, entrando muy sopladito, de levita, á eso de las nueve y media, presentó á D. Benicio y á su familia á otro caballero más apuesto y majo, que supimos ser el nuevo Gobernador civil.

IX

Tres meses hacía que éste había llegado á Marineda, donde se hablaba mucho de él, á pesar de que se le tachaba de retraído y entonado. Era uno de esos hombres á quienes el público, al negarles ya la juventud, les sigue otorgando los privilegios á ella inherentes, y encontrando muy natural que dediquen la vida á perseguir el goce, á empalmar las aventuras, á la baraja y á la broma entre amigos. Para decirlo de una vez, el gobernador de Marineda, que por cierto, se llamaba nada menos que D. Luis Mejía, era todo un *juerguista,* pero con ribetes y collar de romanticismo: tipo bastante común en nuestra raza meridional, tan sobrada de idealismos malsanos como falta de sencillez y seriedad verdadera; y me pareció la más insigne prueba de inadvertencia y descuido en D. Benicio que dejase penetrar á semejante gavilanazo en aquel palomar repleto de palomas arrulladoras y lindas. Es verdad que entraba bajo el patrocinio de Sobrado, del soñado yerno, objeto de la codicia paternal de Neira, y rodeado del prestigio que da en provincia un puesto oficial que parece entrañar responsabilidades, y obligar á quien lo ocupa á observar una conducta, si no ejemplar, cuando menos formal y discreta.

A primera vista, Mejía guardaba las apariencias y conservaba su dignidad de funcionario y de personaje. Era grave al parecer, y en realidad guasón y mofador de todo; hablaba con respetuoso acento de la religión, de la patria, del arte y de la mujer, cosas de que se reía allá por dentro; daba limosna fácilmente y se corría en las propinas, pero jamás se familiarizaba con los inferiores. Era de mediana estatura, delgado, airoso, y vestía casi siempre de un modo correcto y muy á lo señor, aun cuando algunas veces le delataban ciertas osadías del traje, que indican más de lo que se cree el desorden moral de la persona: una corbata de seda roja, anudada á lo torero; las botas achuladas, que usaba por la mañanita; un sombrerillo de delicado fieltro, pero de hechura manolesca; un perfume cursi y exagerado que salía de su ropa interior... Observándole bien, hube de fijarme en cierto detalle, para mí altamente significativo: su reloj, maravilla admirada por todos los *snobs* locales que se reunían en la Pecera, y, á mi juicio, rayo de luz que iluminaba por completo la ambigua faz de aquel representante de nuestra podrida burocracia. Procedía el reloj de la más renombrada casa inglesa, y era de oro, liso, riquísimo bajo apariencias de modestia, de intachable gusto, de máquina infalible, y de tan exquisito trabajo en sus cinceladas tapas, que el heredero de un trono podría ufanarse con él. Pero examinado despacio el relojito, mirando detenidamente la tapa que cubre la esfera, podían verse cruzadas, entre los arabescos elegantes que trazó el cincel, dos iniciales, una *L* y una *R*, que no correspondían del todo al nombre y apellido que usaba el gobernador. L, Luis, era su nombre de pila; pero ¿y el apellido?

Todos, sin querer, somos un poco polizontes y otro poco jueces, de afición y sin sueldo. Todos, cuando una ráfaga de antipatía ó de sospecha cruza por nuestra alma, espiamos, instruímos proceso y lo fallamos allá en nuestro interior. Aquellas dos iniciales, que una correspondía y otra no con el nombre de *monsieur le préfet*, me indujeron á grandes cavilaciones. Me asaltó la idea de que Mejía era *dos* hombres: uno que el público veía y respetaba en su posición actual, otro que anteriormente se llamó de distinta manera y vivió, sabe Dios dónde y cómo, hasta que alguna tragedia ó algún sainete le obligó á echar piel nueva, á mudar nombre y á huir de sí propio. ¡Cuántas cavilaciones, cuánto temerario juicio á propósito de una inicial sobre la tapa de un reloj! Qué, ¿no podría el reloj ser regalo de un amigo? ¿No podría haberlo comprado de lance? Sin embargo de estas posibilidades, la sospecha no se me quitaba.

Otra menudencia, que apareció en el mismo reloj, contribuyó á arraigar en mi la convicción de la duplicidad de Mejía. Una noche que á última hora nos encontrábamos reunidos en la Pecera algunos de los *habitués,* y en que se había bebido ponche, el gobernador, animado por las libaciones, habló de la farsa ó comedia humana, sostuvo la tesis de que nadamos en un mar de mentiras, é insinuó con intencionada picardía que el mundo era como su reloj. Prestaba yo oído, incitado por mis recelos, y siguió diciendo Mejía:—"¿Vds. ven? No cabe chirimbolo más respetable que éste. Exacto, británico, la misma formalidad, la imagen de una existencia regularizada, honrada, clara, sin una nube... ¡Pero aprietan Vds... así... un resortillo... y alsa! verán lo que aparece!...„

Practicó el movimiento indicado, y levantándose una sutil tapa de oro, invisible antes y adherida á la cubierta principal, apareció en el fondo una miniatura... de la cual, á pesar de su mérito artístico, apartarás los ojos, lector, con verdadero hastío, á poco de fijarlos en ella. Aquella doble faz del reloj, por fuera símbolo del orden y del decoro, por dentro santuario de la Venus libidinosa, confirmó en mí la idea de la dualidad de aquel Mejía, en quien era equívoco hasta el nombre.

Por supuesto, que me guardé bien de manifestar mis aprensiones á nadie, pues entre las enseñanzas de mi santo egoísmo contaba la de no tener amigos íntimos, ni pecho abierto para persona alguna. Sabía que la mitad mas uno de los disgustos que se sufren en pueblos chicos, viene por la lengua, y que la palabra es una peste, y oro el silencio. Además, el gustillo de charlar y confiarse quita el de observar, que es mucho mayor. Me prometí con Mejía un divertido espectáculo, siempre que yo tuviese la constancia de oir, ver y callar, disimulando el verdadero concepto que de él formase.

La opinión de Marineda, por entonces, no era desfavorable á Mejía. Su buena presencia, su mejor ropa, su liberalidad, le habían captado simpatías. Los de su partido le ponían en las nubes. Los del bando contrario, ó sea los conservadores, esperaban que aquel gobernador que olía á *brisas de violeta* fuese blando en la brega electoral. De su historia sabíase poco: se le creía cordobés, ahijado y hechura de cierto prohombre que no gozaba fama de muy escrupuloso en elegir sus paniaguados, y constaba que había desempeñado cargos en Puerto-Rico y Filipinas, y habitado bastantes años en la corte, á la sombra y en la secretaría de su padrino. Primo Cova, en su afán de dar á todo carácter folletinesco, aseguraba que Mejía era hijo del prohombre y de "una encopetada señora„. En resumen,

no se veía muy claro en el pasado de *monsieur le préfet*, pero se entreveían buenas relaciones y antecedentes no deshonrosos, y mi extrañeza al verle admitido en casa de Neira carecía de fundamento.

Conferenciando sobre este punto con D. Benicio, pocos días después de la presentación del gobernador, díjome el bondadoso padre:

—¡Qué quiere V.! Teniendo hijas que casar, y según están las cosas hoy en día, no hay más remedio que hacer la vista gorda. Ya comprendo que estas moscas vienen al panal de miel... pero ¿quién sabe si se les enredarán las patas? Mayores milagros se han visto, D. Mauro, yo con V. hablo como hablaría con un hermano, si lo tuviese. Me siento muy envejecido, muy gastado, muy achacoso, y mi sueño sería dejar casada una hija con persona de cierto viso y posición, á fin de que protegiese á las otras y metiese en costura á Froilancito, que como no le da la gana de estudiar, tendrá que arrimarse al presupuesto para vivir.

—Comprendo sus móviles de V.—respondí con la sinceridad que me infunde este hombre digno de consideración y lástima: —sólo temo que pueda alguna de sus hijas sufrir una decepción...

—¡Qué se le ha de hacer! Para decepciones hemos nacido—murmuraba resignadamente el padre.

—¿O quién sabe si algo peor? Tal vez un amargo desengaño... un humillante chasco de esos que hunden á una mujer para siempre...

Apenas hube pronunciado estas palabras, cuando me sorprendí, casi me asusté, del efecto que produjeron en D. Benicio. Su rostro lacio y apacible, se enrojeció violentamente, y sus ojos, que siempre rebosan indulgencia, chispearon repentino furor.

—¿Chasco humillante á mis hijas?—balbució.—He pensado en eso mil veces... y eso sí que no lo verán los nacidos... ó por lo menos no lo verán quedar sin el castigo justo. Yo soy un cordero: hombre menos batallador dudo que exista bajo las estrellas. He deseado siempre que, al morir, se pudiese escribir sobre mi sepulcro, por único elogio, que á sabiendas no hice mal á nadie. Pero Dios, que me ha dado estas hijas, sin darme el carácter enérgico que se necesita para guiarlas bien, no me negará, llegado el caso, resolución para ampararlas. Es más fácil tener un arranque que constancia en el mando. El arranque sé que lo tendría. Espero—añadió serenándose—que no ha de ser necesario llegar á tales extremos. Crea V. que tiemblo sólo de pensar que llegase á verme en situación tan crítica. Y tiemblo, porque... el diantre de la costumbre de ser moro de paz... Diga V., D. Mauro: ¿qué opina V? ¿Tendría yo ánimos para... para hacer una hombrada?

Echéme á reir, por no confesar que le juzgaba absolutamente incapaz de hombrada alguna; y á fin de torcer la conversación le hablé de León Cabello y de su asiduidad con Argos.

—Eso salta á la vista—respondió D. Benicio—pero tengo por inofensivo á ese musiquín. Argos, con su imaginación volcánica, necesita experimentar algún entusiasmo, dedicarse con ímpetu á cualquier cosa... y ahora es la música lo que la trae sorbido el seso. Así que se canse de piano y de cavatinas se me figura que dará despachaderas al melenudo. ¡Es tan feo! ¿Sabe V. por qué demuestro yo esta tranquilidad? ¿Se admira de verme tan aplomado? Es que he consultado el asunto con Feíta. Ella me ha quitado la aprensión. Dice que no durará ni tres meses la privanza del músico.

—Feíta tiene un talento macho—respondí, deseoso de sonsacar á Neira.—¡Y cuánto ha estudiado! Va á ser una mujer notabilísima.

—¡Calle V.! Déjeme de notabilidades... Feíta es listísima, demasiado lo sé; cuando discurre, discurre mejor que nadie,... pero no está en caja. Esa sí que me dará que hacer. Las otras tienen sus adoradores, como es natural que los tenga á su edad una muchacha; se despepitan por galas, por diversiones, por lo que alborota á todas las chicas del mundo; están dentro de su edad, dentro de su sexo, se ajustan á las leyes de la sociedad y de la naturaleza... Feíta..., con dolor lo declaro... es un monstruo, un fenómeno aflictivo y ridículo, y si Dios no lo remedia... ¡Ha hecho cuanto cabe para salir de su esfera y del lugar que Dios la ha señalado; como si fuese un hombre, ha leído los libros más perniciosos; ha desgarrado velos que conviene á toda señorita respetar, y por efecto de sus disparatadas lecturas y de sus atrevidos estudios, piensa, habla y quiere proceder como procedería una mujer emancipada, y temo que por ella, ¡por ella, sí, y no por las otras criaturas! vamos á ser la fábula de la población. Ahora se le ha metido en la cabeza el mayor de los absurdos: pretende, fundándose en el supuesto de que las mujeres deben ganarse la vida lo mismo que los hombres, dar lecciones á domicilio á los chicos, prepararlos para el bachillerato... ¡qué sé yo! Delirios todo. ¡Y para esta hazaña, quiere salir sola, ir sola adonde se le antoje, volver á la hora que le acomode, disponer de lo que gane, y por este estilo! ¡Ay, D. Mauro! Si en un momento supremo seré capaz de alguna valentía, como le dije á V. antes, me falta fuerza de voluntad para sosegar á diario este gallinero... ¡Pobre Ilduara! ¿Por qué te perdí tan pronto? ¡Hágase V. cargo de mi situación: que Feíta se me vaya por ahí... precisamente cuando el tal gobernador, desde que entró en casa, parece que no tiene ojos sino para ella!

Tenía razón D. Benicio: todas las noches que el Gobernador, concurría á la tertulia, buscaba la conversación y el lado de la extravagante, discutía y bromeaba con ella, y no la soltaba un minuto. Yo había advertido lo que juzgué capricho momentáneo del hombre doble, pero al decírmelo el padre, me pareció que podría ser tenebroso y siniestro plan contra una virtud ya tan puesta en riesgo por las atrevidas lecturas y las genialidades de la muchacha. Y sentí un interés repentino, un deseo de contribuir á salvarla, que me impulsó á decir á Neira:

—Cuente V. conmigo para seguirle la pista al galán. Le tendré á V. muy sobre aviso. Y á Feíta, prohíbala V. redondamente que salga. ¡Carácter, carácter! Yo la aconsejaré. ¡No faltaba otra cosa!

X

Aun no bien cedí á aquel indiscreto arranque de altruísmo, cuando advertí que ya me arrepentía de él, y no debieron de contribuir poco á que así sucediese las efusiones de gratitud y de confianza que provocó mi oferta en D. Benicio, el cual, yendo más allá de lo que había ido nunca en nuestras conversaciones, me confesó que no sabía lo que le pasaba, por creer que Sobrado iba inclinándose... inclinándose... atraído por la hermosura de Rosa, y tal vez por la soledad en que el mismo Sobrado vive, sin más compañía que un perrito canelo y las domésticas más ó menos bravías y cerriles. Con tal motivo se explayó Neira, repitiendo una y mil veces que el encontrar yerno semejante había sido su ensueño, su ilusión, desde el punto en que entabló con Baltasar relaciones de inquilino á casero.

—Ya sabe ¡V.— decía—qué difícil es encontrar una proporción así. La sociedad se ha puesto terrible, y Vds. recelosísimos, lo que se dice escamones... No, y lo comprendo, lo comprendo. Los únicos que vienen decididos son los pobretes, como ese zanguango del marido de Tula, á quien tengo ahora esperanzas de que el gobernador me le coloque, y será sacar un ánima del Purgatorio... Esos vienen resueltos, porque peor de lo que están no han de estar aunque se casen más veces que Barba Azul; pero los acomodados, los yernos de San Antonio... fuego de Dios, y como se meten en la concha! A Sobrado le veo yo imitar á esos bañistas que tienen miedo á las olas

y al frío del mar, y se acercan á la orilla, y apenas les toca el agua á un dedo retiran todo el cuerpo, y vuelven á adelantarse y á retroceder y así se pasan media hora antes de resolverse al chapuzón... Sobrado ha de ser de estos, duros de pelar... pero creo que se va ablandando. ¿V. qué opina?

—Muy entusiasmado parece con Rosa—respondí:

—Le descubro á V. el fondo de mi conciencia... Ya sabe V. que poco tengo de codicioso... No me asusta la idea de meterme en un asilo, y vivir allí de limosna, comiendo mi ranchito á toque de campana. Casi casi me lisonjearía ese fin. Pues lo raro es que por cuenta de mis hijas noto que se me desarrolla una desatentada ambición. Esta casa tan productiva, con sus cinco pisos, sus tiendas, sus bohardillas, sería de Rosa! La quinta de la Erbeda, tan linda, con su parque, su huerto, sus fuentes, sus invernaderos, su jardín bien cuidado... sería de Rosa! Allí, entre las canastillas de pensamientos y de *colios*, jugarían... mis... mis nietos!

Y al hablar así, los ojos del padrazo se inundaron de agua.

—Es un espejismo—murmuró sofocado—pero no lo puedo apartar de la imaginación.

—Despues de todo—declaré yo para alegrarle y arrullarle—¿qué tendría de milagro? Rosa es un primor: otras, con menos encantos que ella, han conseguido grandes posiciones por su hermosura.

—Cree V.—interrogó D. Benicio, dejándose llevar—que Sobrado sea tan rico como dicen? Muchas veces hago la tontería de ponerme á calcular su fortuna—por si llega á ser *la fortuna de mi hija*—y ando preguntando á unos y otrós...

—Pregunte V. lo menos posible, Neira—indiqué, guiado por mi recta intención.—A mí, á mí solamente debe V. hablar de esto. Yo le enteraré... Se bastante de Sobrado. No, no dude V. que es poderoso. Tiene un mazo de papel; ha comprado varias fincas, y le van á caer en las manos otras muchas, por que prestó dinero á los dueños, á réditos, y como no le paguen, se quedará con la hipoteca.

—¡A quien se lo cuenta V.! suspiró D. Benicio.

—Suya es en gran parte—añadí—la refinería de petróleo que lleva el nombre de *La Industrial marinedina*, y él es quien suministró los fondos para ese gran establecimiento de tejidos y novedades, *La ciudad de Londres*.

—Pues eso último lo niega él á carga cerrada,—advirtió Neira.

—Pues es inútil que lo niegue, cuando todos estamos cansados de saberlo—afirmé yo, algo sorprendido.—Pero sea como quiera, y

aunque le restásemos esos veinticinco ó treinta mil duros, le queda lo suficiente para ser, después de Chucho Díaz y de D. Acisclo Arañón, nuestro primer millonario. Su mujer aportó un caudalazo, que él acrecentó. Guita, la tiene.

—Si yo le dijese á V. que me late el corazón al pasar por delante de aquellas tapias de *La Industrial?* ¡Asegurar á mi hija tal porvenir, un marido tan listo, tan apto para los negocios, para los cuales yo no he servido nunca!

—El defecto de Sobrado—dije deseoso de calmar algo la fiebre de ilusiones de Neira—es que siempre fué aficionado á las faldas, y á toda clase de faldas... V. no desconocerá esa crónica.

—¡Pch!... Sí, ¿quién lo duda? He oído.

—Sobre todo... la historia... ¿ya recordará V.?

—La historia de la cigarrera... ¡Bah! Debilidades humanas, debilidades humanas... En los pocos años deben disculparse ciertas cosillas...

—Aquello—insistí yo—fué muy mal hecho, D. Benicio. Se trataba de una real moza, una tal Amparo, á quien en la Fábrica conocían por la *Tribuna*, porque entonces, que eran republicanas la mayor parte de las cigarreras, esa pronunciaba discursos y leía periódicos y hasta tomó parte en un motín...

—¡Valiente marimacho!

—No, pero tenga V. entendido que era honrada; una niña, una pobre criatura... y este Baltasar, entonces oficial de infantería, la sedujo, parece que con palabra redonda de casamiento.

—¡Palabra de casamiento, palabra de casamiento! ¿Y quién la mandó creer á la muy simple en cuentos de brujas? ¿Andan los oficiales por ahí casándose con las cigarreras?—protestó D. Benicio, impaciente.—¡Casarse! Famoso punto será la tal—prosiguió cada vez más extraviado por su cariño de padre.

—¡Qué Neira de mi alma!,—repliqué.—La muchacha era realmente intachable antes de que Baltasar la perdiese; y lo fué también después de ese desliz, porque hubo muchos galopos que quisieron recoger la herencia de Sobrado... y se encontraron con la horma de su zapato, se lo aseguro á V. Ella siguió trabajando en la Fábrica, donde hoy es maestra; no se le conoció ni por casualidad otro devaneo, y además crió y mantuvo las consecuencias de las humoradas del Baltasarito... que á fe no ha sido nunca para echar mano á la cartera y enviar unos billetes de Banco á esa desdichada, que su hijo pudiese alimentarse mejor y educarse con algún decoro. Amparo ha sufrido crujidas terribles de miseria, allá en los prime-

ros tiempos, y pobre continúa, y su hijo más pobre aún, porque vive de su oficio de tipógrafo.

La cara de D. Benicio, mientras yo me expresaba así, se puso nublada y fosca.

—¿No es ese chico de la cigarrera—preguntó con cierto misterio—el que llaman por ahí el *compañero Sobrado?*

—El mismo que viste y calza.

—¿Un socialista, un loco, un charrán?

—Lo que V. quiera... pero ese charrán tiene sangre de Sobrado, en eso sí que no cabe duda, y mi señor D. Baltasar, ya que no se casó con la madre, bien pudo rascarse el bolsillo y asegurar el porvenir del retoño. Comprendo las pasiones y hasta las calaveradas, amigo mío, pero no las tacañerías. El que rompe paga, y lo demás es portarse como un sucio.

Mientras yo hablaba así, se obscurecía por grados la faz de don Benicio, y una arruga cerraba su entrecejo. Sus labios se movían, como si algo bullese en ellos pugnando por salir. Al cabo, después de mirar en derredor, por si nos escuchaban, articuló estas declaraciones:

—Oiga V... ya que viene á cuento... le voy á confiar á V... bajo sigilo... casi confesional... una cosa rara... que me está sucediendo... desde que Sobrado... dá señales de aficionarse á Rosa desde... que parece resuelto!

Ibamos paseando por el muelle, siguiendo la extensa línea de malecones que orlan el paseo y la Aduana, y era esa hora del día en que empieza á faltar luz, pero todavía, de cerca, se puede leer bien y aprisa un papel. El que Neira sacó de la faltriquera de su gabán era una carta algo arrugada y nada fina, aunque escrita con letra bastante gallarda y, según pude ver después, de una ortografía correcta.

—Aquí está...—susurró bajando mucho la voz,—la primer carta que he recibido de ese *compañero*... No trae firma, pero seguro estoy de que esta y la otra no son de nadie sino de él. ¿Puede V. leer? Porque ya medio anochece...

—Leo bien—respondí. Y en efecto, por ser el carácter de letra tan modelado, la última claridad del día alcanzaba para que yo descifrase el contenido de la misiva, que decía así (pues para satisfacer tu curiosidad, amable lector, me he procurado una copia):

"Sr. D. Benicio Neira: Muy señor mío: Vive V. muy engañado si se figura que D. Baltasar se casará con su hija de V., porque don Baltasar tiene otras obligaciones que cumplir, y si no las cumple

por buenas, las cumplirá por malas; y acuérdese V. de que se lo jura un hombre tal día como hoy; porque antes de un año las habrá cumplido. No se figure que no firmo por miedo: tengo otras razones; pero si quiere V. saber quién soy, se lo puede preguntar al mismo Sobrado, que le dirá quién es y cómo se llama, *El ejecutor de la justicia*.„

—Esta carta, por las señas, no es de ningún socialista, sino del verdugo—dije echando á broma el suceso, por desimpresionar á Neira.

—Sí, sí, ríase V.... Yo también quise reirme, pero la cosa en el fondo no me hace maldita la gracia. Este maldito bastardo es un obstáculo que veo atravesarse entre las buenas intenciones de don Baltasar y la felicidad de Rosa. Esta carta justifica las vacilaciones de D. Baltasar, que siempre está como aquel que no se decide á pasar el charco por no mojarse los pies. Sabe Dios cuánto tiempo hace que me hubiese pedido la mano de mi hija, si no estuviese por medio el estorbo... ¿Qué opina V.?

—¿Qué dice la otra carta? porque hay otra—respondí.

—Dice casi lo mismo: en casa la tengo. Es más lacónica, y contiene una amenaza seria: me ordena que me mude de casa, si estimo la vida.

—¡Bah! No tenga V. miedo, Neira, que nunca es tan fiero el león... La verdad: me cuesta trabajo creer que ese berrugo de don Baltasar—porque es un berrugo, de eso sí que respondo con la cabeza—esté determinado á hacer una cosa tan buena, tan sabia y tan puesta en razón como sería el pedir en matrimonio á la linda Rosa. No se sorprenda al oírme hablar así... después de conocer mis principios. Si creo que á mí el matrimonio me haría infeliz, creo que á Sobrado le vendría como anillo al dedo, y á su hija de V. lo mismo. Sobrado es hombre asaz amigo de las faldas, y llegado á edad muy madura, lo mejor que puede sucederle es encontrar una mujer joven, hermosa y fiel, como Rosa; y Rosa, que tiene gustos... escogidos... delicados... vamos, que es aficionada á presentarse... bien, con el decoro y el lucimiento propio de... de su esfera, emplearía divinamente los millones de D. Baltasar, les daría aire... Los dos en la gloria, y V. en éxtasis.

—Diga V., D. Mauro... Perdóneme de antemano... sé que voy á abusar. ¿No se enfadará V.?... Ya que tan convencido está de que la boda sería una solución para todos... ayúdeme, présteme su cooperación... no, no digo que haga V. nada que pueda ponerle en evidencia! Sólo le ruego que... que se entere... de quién es, de cómo vive,

de qué manejos se trae ese compañero Sobrado de mil demonios... y á ver si se le podía... vamos, obligar á que... á que dejase en paz á...

—A su padre—pronuncié sonriendo.

—¡Su padre! ¡Su padre! ¡Vaya V. á saber!

—El amor paternal le hace á V. implacable, D. Benicio, y le ciega. ¿Quién duda que el padre de ese pobre tipógrafo es D. Baltasar? Eso no quita ni pone... á lo de la boda... Vamos á lo que V. desea.

—Desearía... que tomase V. el pulso á... al tipógrafo... y también.., si había ocasión propicia... que no dejase V. de... de sondear á Sobrado, á ver si suelta prenda...

—Eso ya es más difícil—respondí, temeroso de que el encargo de Neira me acarrease cuidados y tal vez desazones, y sintiendo que mi numen protector, el egoísmo, se interponía, embrazado su escudo de hielo.

—Haga V. lo que pueda y lo que quiera, que por poco que haga he de pedir á Dios por V.—respondió D. Benicio con tan sencilla gratitud, que á pesar mío sufrí la influencia de aquella amante voluntad de padre, me conmoví, y sin reflexionar exclamé:

—Le aseguro que haré todo lo que pueda. Cuente V. conmigo, y descanse, y no se asuste de anónimos ridículos.

XI

Claro que al acostarme y apelotonarme entre sábanas, al encontrarme frente á frente con mi gato, que más filósofo y cuerdo que yo, ni hace escapatorias ni se ocupa en lo que no le importa un pitoche; al contar las campanadas del French, al escuchar á lo lejos el ruido temeroso de las olas, volví sobre mí y me pesó de haber accedido tan fácilmente al ruego del afanoso padre. Bien mirado, ¿quién me metió á mí en libros de caballería? ¿Qué me importaba que Rosa se casase ó se quedase para vestir santos; qué se me daba de que León Cabello cantase dúos del alma con Argos divina; qué tengo yo con el compañero Sobrado, y qué me duele si Feíta se va por los cerros de Ubeda, ora llevada de la mano por la diosa Minerva, ora por el Gobernador de la provincia, el del ambiguo reloj?

Lo que tranquilizaba algo mi conciencia era que en esta his-

toria el único interés que me movía era la amistad. No estando interesado mi corazón por ninguna de las hijas de D. Benicio, y sintiendo en cambio una afición nobilísima hacia el buen padre, no entrañaba verdadero peligro mi ingerencia en los asuntos de la casa. Aquello había venido no sé cómo, rodando insensiblemente, y sin que yo me diese cuenta de que los hilos de dos ó tres intriguillas iban reuniéndose en mis manos, y que se me habían enredado en los dedos, de tal suerte, que soltarlos me era difícil. No quería confesarme á mí propio que también me espoleaba la curiosidad, ese vicio de las vidas sin objeto, como lo era la mía.

Me dormí resuelto á poner en práctica un sistema mixto, ó como suele decirse, á nadar y guardar la ropa; y sin duda por efecto del escrúpulo que me había asaltado (si ya no por culpa de unas exquisitas almejas con que me tentó doña Consola), recuerdo que aquella noche no gocé del sueño dulce y reparador que acostumbraba ofrecerme su blando regazo: al contrario, tuve pesadillas. En los sobresaltos de mi agitado dormir, soñé que se me colaba dentro de la alcoba una serpiente. ¡Nada menos que una serpiente, lector compasivo! La ví rastrear por el suelo, erguir y deprimir las curvas bonitas de su largo cuerpo flexuoso, de reflejos metálicos, y avanzar así, silenciosamente, vibrando la cabeza, aunque aplastada, no exenta de cierta gracia y hasta de cierto inexplicable candor.... ¡Candor una serpiente! ¡Pero si he dicho que yo soñaba! El reptil, llegando al mullido tapete colocado al pie de mi cama, se enroscó, y sobre la espiral del cuerpo enderezó el cuello y me miró fijamente. Sus ojos despedían lumbres fosfóricas, su pecho blanquecino latía como si encerrase un apasionado corazón.... Y dulcemente, ondulando, apoyando la cabeza en el reborde de mi cama, el maldito ofidio, el que causó en el Paraíso la pérdida de nuestro padre Adán y de toda nuestra estirpe sentenciada á la concupiscencia y al dolor, fué ascendiendo, ascendiendo, hasta llegar cerca de mi cara, extenderse sobre mi colcha de damasco rojo, y apoyar la chata frente—¿podrá decirse *frente?*—sobre mi almohada de pluma y olán finísimo.... Mi angustia fué tal que desperté pegando un respingo; encendí atropelladamente un fósforo, y estuve á pique de chillar porque, en efecto, dos pupilas metálicas, verdes y embrujadas, se clavaban en mí...., pero eran, claro está, los ojos de mi prudente gato, acurrucado en el edredón y molestado sin duda por las vueltas que yo daba en el lecho....

Después de tan inquieta vigilia, amanecí descontento de mí mismo, azorado sin saber por qué, y mal dispuesto á recrearme en las

inocentes fruiciones de mi sosegada vida. Practiqué las operaciones del aseo sin gusto, sin la minuciosa atención que suelo otorgar á esta importante tarea, relacionada con la higiene y el bienestar del cuerpo y hasta del espíritu; hojeé distraídamente los periódicos de la mañana, y cuando acababa de enterarme de la verdadera actitud de Bismarck (que por otra parte me tenía sin cuidado), oí en el pasillo algo que me causó tal admiración, tal sorpresa, que me hizo pegar tal brinco, que creo que ni la serpiente de mi pesadilla me impulsa á saltar con más ímpetu si se me aparece sobre la mesa escritorio... Lo que resonaba á la puerta de mi propia habitación, era ¡figúrense Vds.!, ¡la voz de Feita! Y no velada, ni tímida, ni ahogada por la emoción, sino al contrario, sonora, aguda, bien timbrada, imperiosilla, cubriendo enteramente la de doña Consola, con quien dialogaba y parlamentaba repitiendo:

—Pues avísele V... Avísele en seguida... Yo entraría: pero sabe Dios si está en calzoncillos...

Esto dijo: esta palabra inconveniente pronunció la boca de la salvaje... y yo me figuré la cara que pondría mi británica patrona, la alumna de la heroína, ¡el mismo recato hecho mujer! A mí también se me encendieron las orejas, me dió una vuelta repentina la sangre, y me levanté con temor pensando: "¡Pero qué es esto! ¡Qué ocurre aquí, Dios poderoso!„

Los dos golpecitos acompasados de doña Consola me avisaron de que se acercaba el enemigo... Hice por serenarme, me dirigí á la puerta, y la abrí de golpe, como el que se arroja de una ventana á la calle... Y antes de que tuviese tiempo de enterarme de nada, precipitóse en la habitación, arrollando á la patrona, el torbellino: Feita.

—Buenos días... Qué cara tan rara me pone V.! Pero, ¿qué le sucede, hombre, qué le sucede?

—Hija mía, la sorpresa...

—¡Ah, ya... la sorpresa! Es cosa que pasma verme aquí.. Pues va V. á verme bastantes veces...—dijo—si no me muero ó doña Consolación no me echa con cajas destempladas...

¡Oh asombro mayor que los anteriores! Doña Consola, que había entrado detrás de Feita y que parecía la misma estatua de la circunspección, con su cuello blanquísimo, su vestidito angosto y sus grises bandós bien aplanchados, lejos de fruncir el ceño, sonreía... Sí: una rígida sonrisa dilataba los secos pliegues de su acartonado y bigotudo rostro!

—¿Pero viene V. con su padre? interrogué á la muchacha.

—No señor.

—¿Sola?

—Si señor.

—¿Qué me dice V?

—Lo que V. oye.

—Don Mauro—intervino la patrona británica, con reposado acento y aquel énfasis que gastaba para evocar recuerdos de su querida heroina—no juzgue V. de ligero á la señorita; no sea V. mal pensado, que es el defecto de los hombres, que se malician de todo. La señorita no viene á lo que V. supone.

—¡Pero si yo no supongo nada! Con esta señorita es difícil suponer; esta señorita... En fin, ¿puede saberse en qué consiste que se la vea á V. por aquí llovida del cielo? Tome asiento, honre el sofá.

—¿Pero como quiere V. que me explique, si no me da lugar á estornudar siquiera con sus admiraciones?—contestó Feita dejándose caer en el canapé Imperio, y soltando en una butaca próxima el cartapacio que debajo del brazo traía. Sólo entónces noté hasta que punto se había acentuado en la muchacha su habitual aspecto de estudiantillo. Su pelo, más corto y revuelto que nunca, como si lo hubiese alborotado con los dedos, se escapaba del casquete ó toca rusa, de piel; las líneas de su talle desaparecían bajo un chaquetón de paño, con bolsillos y solapas, prenda masculina; al cuello llevaba un pañuelo de seda arrollado y anudado al descuido; los guantes brillaban por su ausencia, y las botas eran grandes, duras, resquebrajadas, lo más opuesto á la coquetería y al arte de agradar, lo que más desilusiona en una mujer!

—¡Si en vez de hacer aspavientos como un papamoscas—continuó—me hubiese V. permitido decir de qué se trata, ya estaría enterado! He venido aquí... porque hoy ¡gran noticia! ¡es mi primer día de libertad! y he querido, por primer día, darme un buen verde de hacer mi gusto! ¡Uf! ¡Parece mentira! ¡Debo de haber crecido tres palmos! ¡Ay, Abad, ó demonio! ¡Qué bueno es hacer lo que á uno se le antoja!

—Pues cada vez la entiendo á V menos, criatura—respondí;—¿á qué llama V. libertad?

—¿A salir, á andar sola... á no depender de nadie? ¿Lo oye V? ¡De nadie!

Y se puso á tararear:

Libertad, libertad sacrosanta
nuestro numen tú siempre serás...

mientras doña Consola, entusiasmada al escuchar la música del himno progresista, repetía por lo bajo, acariciando reminiscencias inolvidables:

podrán vernos morir en tus aras,
mas vivir en cadenas, ¡jamás!

—Vamos, le enteraré á V. de los hechos—continuó Feíta, viendo que yo exageraba mis demostraciones mudas de incredulidad y explícita desaprobación.—Ya sabe V. que meditaba hace tiempo este golpe de estado. Papá, que se lo cuenta á V. todo, no habrá dejado de contarle esto y mucho más. Pues sí, meditaba el gran acto, y lo iba retrasando... ¿por qué dirá V?

—¿Por natural respeto á la autoridad de su padre?

—¡Quiá! Por temor... á mí misma. Yo pensaba: "¿A que después de sublevarme salgo con la fantochada de que no aprovecho las *conquistas de la revolución?* ¿A que armo la gorda y luego me falta coraje para dar cima á la empresa?„

—Pero ¡qué empresa ni qué alcachofas!—exclamé.—¡Ay, Feíta! Usted está muy mala. Doña Consola, ¿querría V. preparar una taza de tila caliente? ¡Aunque... ahora que me acuerdo! no puede V. dejarnos solos.

Feíta se echó á reir con toda su alma y con toda la frescura virginal de su alegría.

—¡Sí puede dejarnos solos, hombre...! pero yo no quiero que nos deje, ni necesito infusiones..., á menos que la tila sea para V. Doña Consolación; ¡no haga V. caso de ese farsante! Pues iba diciendo que no estaba segura de mi denuedo en el momento crítico. He tenido la grata sorpresa de que soy más valiente de lo que creía; mucho más. He dado la batalla y la he ganado en toda la línea. Ah, V. no sabe de qué se trata? Mi amigo, el Doctor Moragas—ese si que es un hombre de pro, y sin repulgos—me había buscado entre su clientela *dos lecciones*. Dos lecciones de á cinco duritos... ¡No es el Potosí; pero ya iremos progresando, y con diez duros al mes... no le costarán ni un céntimo á mi padre mis libros ni mis botas!

—¡Y que no la vendría á V. mal un par nuevecito!—respondí, mirándola de soslayo.

—Sí, sí, ya sé que estoy muy derrotada y muy fachosa—contestó ella convirtiendo los ojos á su *toilette*.—Pero me importa un pito. No me mire V., ó mire para el techo. Bien; pues una de las lecciones es allá, en el barrio del Ensanche, donde Cristo dió las tres voces...

¡Buena caminata! Me la soplé mientras V. estaría roncando... Me dió la vida. ¡Qué sano es andar! Me siento otra. Andar aprisa, andar solo, sin apéndices, sin rodrigones... La otra lección... ¿á que no adivina V.? Es la del chiquillo de las de Boliche...

—¿En el piso de arriba?—exclamé empezando á ver claro.

—Ajajá... Ya la he despachado también. Y como es temprano y me sobran horas y hace tiempo que suspiro por registrar la librería de la duquesa de la Piedad... me he venido junto á doña Consola, que es persona racional y ha vivido en países donde la gente no es tan boba como aquí...

Sonrió doña Consola, visiblemente halagada en sus manías, y dijo con dignidad cortés:

—Ya sabe esta señorita que de mí y de la librería puede disponer como guste; me complazco en servirla, porque si la señora duquesa levantase la cabeza, había de alegrarse de ver á una joven marinedina tan instruída y tan amiga de libros como lo era la señora, no despreciando á nadie... Sólo que como V. tiene la llave de los armarios de los libros, le advertí á doña Feita que iba á pedírsela á V... y ella quiso hacerlo en persona...; porque dijo así, dice: "Vamos á revolverle el cuarto á D. Mauro: venga V., venga V., que veremos el retrato de la señora duquesa y los muebles y lo demás de su ajuar...„ Y por eso le hemos molestado, D. Mauro... Con que si me da V. esa llavecita...

XII

La sacaba yo del bolsillo, cuando sonó la campanilla, y con indecible susto oí resonar en la antesala el metal de voz de Primo Cova. ¡De Primo Cova nada menos! Se me erizó el cabello... el cabello que ya quiere empezar á emigrar... y me lancé del sillón. ¡Primo Cova! La lengua más afilada de Marineda; el más implacable maldiciente; el que ni por casualidad dejaba honra sana; el que revolvía con fruición donde sospechaba que pudiese aparecer, palpitable y sangriento, el escándalo! Primo Cova, entrando allí, en-

contrando á Feíta, enterando á toda la ciudad que yo recibía visitas matinales de tal especie, y arrastrando por el lodo la buena fama de la muchacha, y lo que es peor, la de su padre!

No se me ocurrió sino levantarme, decir á doña Consola "Que se esconda Feíta por ahí, donde pueda„ señalando al mismo tiempo á la puerta de escape que desde mi sala conducía al comedor y al cuarto de los libros... y precipitarme al pasillo, resuelto á que Cova, antes de salvar la antesala, pasase sobre mi cadáver. Sin que Cova intentase avanzar, ni yo articulase palabra, me alcanzó Feíta riendo á carcajadas, burlándose á todo trapo de mí y de mis recelos.

—Pase, Cova, pase—decía la muchacha sin conseguir recobrar la seriedad y el aplomo.—Pase, por Dios, no haga caso de D. Mauro, que está en Babia...

—Pero, ¿qué es esto?—preguntó Cova en tono de sorpresa, no tan exagerado, sin embargo, como las circunstancias requerían.—¿Estaré viendo visiones? ¿Qué hace V. aquí, Feíta encantadora?

—Seductor Primo, aquí estoy porque quiero y porque me da la gana.

—Pues quedamos enterados. Por alguna rareza será.

—V. lo acierta—exclamé acogiéndome á la hipótesis, como el náufrago al palo flotante.—Un capricho de esta señorita, que nos ha de volver locos á todos.

—¡Puede!—respondió ella con alarde de chulesco desenfado.—Hijo (prosiguió, instando al maldiciente para que entrase en la sala, y señalándole un sillón), que se vuelva loco este señor (por mí) no tendrá nada de particular. Le falta equilibrio. La menor cosa le aturrulla y le pone en un estado que necesitaría la camisa de fuerza. Cuando V. entró, ¿sabe lo que pretendía? Que yo me escondiese en un armario, ni más ni menos que en los sainetes.

—La señorita—intervino doña Consola, con toda su dignidad y pulcritud de expresión—obró bien en negarse á ocultarse, porque nada hacía de malo, y desde que se encuentra aquí la he acompañado yo...

—Y aunque no me acompañase nadie—replicó insolentemente la estrambótica.

—Y aunque no la acompañase á V. nadie—repitió persuadida y entera la insigne patrona.—La mujer virtuosa, á sí propia se acompaña. ¡Cuántas veces me lo ha dicho en vida la señora duquesa, que de Dios goza! Cuando estábamos en Londres salía sola mi señora casi diariamente, y se echaba por aquellas calles que marean, con el tropel de los coches, y de los ómnibus, y de los carros, y de

los jinetes.... Sola iba á las casas de los emigrados, sola hizo cada tres meses lo menos el camino de Londres á París.... ida y vuelta!... Yo al principio me asustaba y la decía: ¿Señorita.... (porque en aquel tiempo era joven la señora) no le pasará algo? ¿No se desvergonzarán con V.? Y ella contestaba así, con el buen modo y la formalidad que tenía: Consolita, el respeto que nos tributan nos lo ganamos nosotros: nadie se mete conmigo, ni yo me meto con nadie.

—Eso pasaba allá en Inglaterra—objetó Primo Cova.

—Justamente—confirmó doña Consola, sin entender la malicia de la objeción.

—¿De modo—preguntó el maldiciente—que ya la tenemos á V. emancipada, Feíta? Porque este paso me parece decisivo. Venirse á la casa de un soltero, es pasar el Rubicón y la peña de la Marola. Puede V. decir que en horas ha sentado plaza de general.

—Sí, señor: estoy todo lo emancipada que puedo—respondió Feíta, enderezándose en el canapé, recogiendo las pupilas para mirar con mayor fijeza á Primo Cova.—Digo todo lo que puedo, porque desgraciadamente... Yo me entiendo y bailo sola, amigo.

—Y tan sola como baila V.

—Completamente sola. ¿Sería mejor bailar acompañada?

—No he querido decir eso.

—Pues voy á pedirle á V. un favor. Tengo curiosidad de ver si me lo concede.

—A sus órdenes de V—exclamó Primo con afectada galantería.

—¿A mis órdenes? Bueno. Pues se trata de lo siguiente, y dése prisa á probar que no es jarabe de pico lo que acaba de brindarme. A ver si es usted capaz de este rasgo! Todo lo que piensa V. murmurar de mí...

—Qué, qué es eso de murmurar?... ¡Si yo no murmuro! ¡Si soy un inocente!

—Todo lo que ha de desollarme V...—no me interrumpa, desollar he dicho—por este paso ó esta genialidad de venirme á ver á don Mauro Pareja, que tantas veces ha ido á verme á mí, por lo cual le debo aún muchísimas visitas que tendré que pagarle; todo lo que ha de cortar V. en mi pellejo y en mi honra,—¡córtelo ahora, delante de mí, en mi cara, frente á frente! ¡Salga el bisturí, y vaya alegando razones, fundando sus censuras, demostrando por *a* mas *b* que soy una loca ó una bribona; lo que le plazca! Pero repito que delante de mí, ahora mismo, sin reparo...

—¡Feíta, Feíta!—tartamudeó Cova, algo sobrecogido por tan briosa arremetida—V. parte del supuesto de que yo la voy á poner

como un trapo y á pregonar en todas partes que merece V. reprobación... ¿y V. qué sabe si haré tal cosa? Casualmente no pienso hacerla.

—¿No piensa V. zaherirme?

—No, señora.

—¿De veritas?

—Palabra.

—¡Bien!—exclamó la indómita batiendo palmas de gozo.—Ahora empiezo á creer que mi propósito está en buen camino, que Dios guía mis pasos, y que la fortuna, como dicen los autores cursis, me sonríe. En Marineda, todo lo que se murmura lo guisa Primito. Si cuento con la benevolencia del capitán de los maldicientes, tengo la mitad del camino andado. Procure V. no faltar al convenio —añadió levantándose y cogiendo á Primo por la solapa de la americana, que sacudió entre risueña y amenazadora.—Porque como yo averigüe que anda V. por ahí despellejándome, después de comprometerse á no hacerlo, soy capaz de darle á V. un soplomacos en mitad de la calle Mayor ó donde le encuentre, ¿se entera V.?

—Lo que procedería sería desafiarnos. Con sus teorías de V., Feita, no será extraño que lleguemos al terreno.

—¡Al terreno! ¡Valiente farsa la del terreno, y valientes gallinas están Vds.! En fin, no hablemos más del caso. ¿V. promete no ensañarse conmigo?

—Prometo más—dijo Cova, cuyo semblante, de ordinario frío y sin expresión, se animó algún tanto.—Prometo que voy á ser su defensor en todas partes y contra todos los follones y malandrines que la roan á V. los zancajos. ¿Qué tal? Este sí que es rasgo, ó no los hay en el mundo.

—Pues mira que he de agradecértelo—advertí yo interviniendo en el debate.—Sentiría mucho que á Feíta y á su padre les originase disgustos este nuevo sistema, pero el sentimiento sería mayor si los disgustos proviniesen de la venida de esta señorita á mi casa. Y quiero que conste que la desapruebo y que todo esto va contra mi criterio y contra mi voluntad enteramente. Esta señorita ha venido aquí...

—A dar lección al chico de arriba—respondió flemáticamente Primo.—Antes había ido á dar otra lección al barrio del Ensanche... Estas lecciones se las proporcionó el Doctor Moragas, que tiene la mitad de la culpa de que Feíta se nos vaya del seguro.

—¿Cómo lo sabes?—pregunté asombrado.

—¡Pch, pch! — respondió desdeñosamente el murmurador.—A buena parte vienes! Yo sé al dedillo las cosas que hay más empeño en ocultar... figúrate si sabré las que se hacen á gritos, en mitad de la plaza. A Feíta se la podrá poner toda clase de defectos, menos el de recatarse y disimular. ¡Saber los pasos en que anda! Pues si se ha empeñado en que hasta los gatos los sepan. Cuando vine aquí me daba el corazón que encontraría á nuestra gran Feíta, y mira si acerté.

—¿Le daba á V. el corazón que me encontraría aquí? Ese corazón merece embalsamarse y guardarse en urna, como el del general Esteva—dijo Feíta soltando la carcajada.—¿Y qué vengo yo á hacer aquí? Vamos, adivine.

—¡Qué sé yo!

—¿Ve V. cómo no todo se puede adivinar?

—Viene—me apresuré á decir—á consultar la biblioteca de la difunta duquesa.

—Sí por cierto—afirmó doña Consola—Y si la critican por eso, que deje á las lenguas venenosas esplayarse como gusten, que ya se cansarán. No hay envidia que cien años dure. Así sucedió con la señora duquesa, que en santa gloria esté. Vds. recordarán las muchas caridades que hacía; tantas, que S. M. la nombró duquesa de la Piedad, precisamente por las limosnas que daba y los establecimientos de beneficencia que fundaba. Pues á pesar de ser tan buena la señora y de que la alababan los papeles y de que S. M. la escribía cartas de su puño y letra (que yo conservo ahí diez ó doce lo menos y pueden verlas los que lo duden ¿Vds. entienden?) no faltó quien la mordiese y quien la pinchase, hasta en periódicos. ¡Nadie es doblón, nadie es doblón de á ocho, señorita! Dichosa V. si llegase á lo que llegó la señora duquesa, que al fin y al cabo la reconocieron por heroina sus mismos compatriotas.

Así habló doña Consola, dejándome atónito con su derroche de elocuencia. Pocas veces la insigne patrona, de suyo reservada y lacónica, enjaretaba párrafos de esta magnitud. Es verdad que el tema de la duquesa era el único que tenía el privilegio de que soltase la lengua doña Consola.

—¿Según eso V. viene á consultar la biblioteca?—dijo Cova mirando irónicamente á la muchacha.

—A eso viene—respondí yo, poniéndome de pie y entregando á Feita la llave.—Aquí tiene V.—añadí—la llave del tesoro, que acostumbro retener por indulgencia de doña Consola. V. queda en su casa, y puede revolver, no sólo la librería de la duquesa, sino

mis pobres estantes, donde no faltan también algunos libracos. No todos se los dejaría yo á V. manejar, si V. fuese como las demás muchachas; pero si ha leído V. otros...., bien puede leer los míos, que al fin y al cabo tampoco son de los que pervierten á nadie. Y adiós, amiguita. Nos vamos éste y yo á tomar el sol, que el día parece hermoso.

—Bien pensado—respondió la emancipada.—Para nada necesito de Vds. Gracias por los libros. ¡Me voy á dar una atraquina! V., Covita, ya sabe.... Cuidado con cumplir el convenio, porque si no...!

Y le amenazó con la mano. Salimos de allí, huyendo de la proximidad de la niña, como huiríamos de un dragón furioso. Mi fuga, según creí, cortaría las alas á las peores murmuraciones, á los comentarios más duros. Pero, ¡también era pensión haber de abandonar mi nido, porque se metía en él aquella insensata gorriona! Cogido del brazo del maldiciente, desahogué la contrariedad, y glosamos el suceso. Cova no mostraba severidad ni mala intención, caso raro: el áspid no destilaba gota de veneno.—¡"Pobre criatura!„—decía.—Comprendo su arrechucho. Está harta de miseria, y de sufrir á las hermanitas y al memo del papá. En toda la familia de Neira no hay persona mejor que esta chiquilla.„

Discurriendo así, y llevándole yo la contraria, porque la conducta de Feíta me parecía incalificable, bajamos por los muelles, á la sazón obstruidos por carros, pipotes y bocoyes, y pasamos ante la casa donde vivía D. Benicio Neira. Natural asociación de ideas nos hizo fijarnos en la fachada, en las encristaladas galerías, á cuyos vidrios arrancaban destellos los rayos del sol; y en el ángulo de la que correspondía al piso habitado por las Neiras, la ojeada sagaz de Primo Cova sorprendió algo que le hizo darme un codazo significativo. Una de las vidrieras estaba alzada, pero muy poco, sostenida en las palomillas de apoyo á suficiente altura para dejar pasar una mano, blanca, diminuta y fina; y esta mano de mujer sostenía y tremolaba una microscópica banderita de cinta color de rosa.

—Es una seña—dijo Cova, que se ocultó bajo el primer arco de los soportales para atisbar mejor.

—¡Una seña!—repetí.—Pero, ¿á quién? En la calle, excepto los cargadores y las pescantinas, no hay nadie más que nosotros.

—¡Simplón!—repitió mi compañero.—Vuelva un poco la cabeza, mire hacia abajo...

Hice lo que me aconsejaba Cova, y distinguí, en la ventana que pertenecía al piso de Sobrado, y que aparecía entreabierta, á cu-

chillo, la figura de un hombre vuelto de espaldas, que alzaba el rostro en dirección de la banderita microscópica...

—Buena biblioteca se consulta aquí—dijo Cova sofocando la risa. Mientras la otra revuelve librotes, ésta saca por la galería el corazón... porque Rosa, en el lado izquierdo, lo que tiene es un cintajo de seda...—¡Qué de líos, amigo Abad! No se sale á la calle sin tropezar en alguno...

EMILIA PARDO BAZAN.

(Se continuará.)

AVENTURAS Y DESVENTURAS DE UN SOLDADO VIEJO

NATURAL DE BORJA

Sublevación contra las quintas en 1845. – Los vencedores de Vall de Eurex.—Aspeade y herido.—Sin pantalones.—Ordinaria y fina.—Capua en el Ampurdán. — Magnetismo.— Tontería. — Edad feliz. — La monja progresista.—Montemolín.—Acción con los carlistas ó *matinés*. —Sorpresa doble.—El Griset.—La cuchara de palo.

Al referir en esta malhadada historia cómo los políticos han tratado al ejército en más de un tercio del siglo XIX que he tenido la fatalidad de servir, aludo á las armas generales y en especial á la infantería. A ella fué á parar la escoria de nuestras guerras civiles y revoluciones, los oficiales improvisados hechos por gracia, los premiados por conspirar ó sublevarse, los que querían comer sin trabajar, hijos y parientes de ministros, de generales, de amigas de ellos, de azafatas, y hasta de mozas de retrete. Les daban una charretera, y llegaban á los primeros puestos de la milicia; algunos, con valor se les supone, postergando á los que habían emprendido la carrera militar por vocación, con entusiasmo, creyendo en la justicia de Dios y de los hombres. Como he pertenecido á la despreciada infantería en aquella época, no olvido lo que pasó en ella. Nadie sabe pintar si no lo que ha visto. ¡Bueno estaría el retrato que yo hiciera del interior de un convento de monjas! Al escuchar que la infantería merecía sus desdichas porque las aguantaba, exclamaba:—Aunque se

conjurase toda su numerosa oficialidad, ¿era honroso abandonar las armas al frente del enemigo en las innumerables guerras que se han sucedido en España? Más vale en aras de la patria someterse que rebelarse. Afortunados los que ahora se hallan en la que por antonomasia llaman Valerosa; no ha perdido su antigua fama ni ha degenerado. Lo mismo pelea contra nuestros infames parientes de la manigua, que batallaron los antiguos tercios españoles en los campos de Africa, Francia, Italia y Flandes.

Al veterano barón de Meer, conde de Grá, vizconde de la Lealtad, y le cuadraba este título, lo relevó D. Manuel de la Concha, joven, guapo y elegante. Por eso decían escandalizados los señores antiguos de Barcelona al hablar de Concha.—¿Qué se puede esperar de un capitán general de Cataluña que baila la polka?

Concha, de talento, estudioso, entusiasta, el futuro reformador de la táctica, maniobraba con numerosos batallones en el campo de la Bota de Barcelona. Las evoluciones salían como una seda. Si lo verificaba el segundo cabo, para desenredar la madeja era preciso tocar fagina.—Lo has c..., le decía Concha.—Yo, no, tú, Manuel; sólo he hecho lo que me has mandado.—Aseguraban que los dos generales, valerosísimos soldados, por las muchas heridas recibidas en la guerra civil, no estaban completos.

La corte se hallaba en Barcelona en 1845. El gobierno de Narváez exigió que Cataluña presentase el número de quintos que le correspondía, y los mozos se sublevaron, acostumbrados á dar el cupo siempre mermado, con sustitutos, que llamaban por desprecio soldados de las *doblas* (de las onzas). Una catalana me preguntó cuántas había yo recibido. En San Andrés de Palomar resistieron á una columna, que mató á varios alborotadores. En Molins de Rey, los mozos, el 6 de Julio, se opusieron á que se verificase el sorteo, y desarmaron á la partida que acompañaba el agua de la Puda que tomaba la Reina. La noche del 7 salimos de Barcelona un ba-

tallón y un escuadrón al mando de un brigadier. Llegamos á Molins de Rey, me ordenaron ocupase la torre de la iglesia, el párroco se negó á abrir la puerta, hasta que le amenacé con hacer fuego á la ventana. Salió el sol, se practicó el sorteo, y los mozos huyeron al monte. Marchamos por la tarde en su persecución. En Vall de Eurex me adelanté con la vanguardia: la sed me devoraba, en una rectoría pedí agua, y el cura, para que no me hiciera daño, se empeñó en que tomara antes miel. No la llevé á la boca ni bebí.

Unos setenta mozos con escopetas salieron del bosque; creyeron que no tenían otros enemigos que los veinte cazadores que yo mandaba. Nos hicieron fuego, avisé á la columna, me replegué á mi compañía sin disparar un tiro ni hacer caso de los vivas y mueras que gritaban con acompañamiento de cornetas; los dispersamos á bayonetazos y cogimos cinco heridos.

Nos reunimos al batallón, que venía muy atrás, y pregunté á un oficial.—¿Y vosotros?—El comandante, aturdido, me contestó, al formar en columna armó un lío de todos los diablos.—El brigadier está herido.—¿Cómo? Nosotros íbamos cien leguas delante y hemos salido ilesos.—Le ha mordido su caballo.—¡Ah!

Pocos días después pasamos por el mismo sitio. Coloqué en la rama de un pino, junto á la senda por donde la columna debía desfilar, un papel con el rótulo siguiente en letras gordas:

A los vencedores de Vall de Eurex, 8 de Julio de 1845.

Lo leyó el comandante, mandó hacer alto, me llamó, preguntó si era obra mía, y cuando temía recibir una fuerte reprensión por la burla, me quedé estupefacto al escuchar que decía señalando el papel.—¡No comprende V. que se lo llevará el aire!—Creería que tan gran batalla merecía un arco de triunfo.

Dormimos al raso; el 9 nos incorporamos en Ripollet al general Concha y á la artillería. Corriendo, llegamos al frente de Sabadell, donde se habían rendido á los insurrectos tres compañías de infantería por la impericia del jefe. A las seis de la tarde desplegamos en guerrilla. Antes de romper el fuego vimos á un clérigo y á varios concejales que agitaban pañuelos blancos. Atravesaron por los claros de los cazadores, se arrodillaron delante del capitán general pidiendo misericordia para un pueblo inocente, y dijeron que los mozos huían á Tarrasa.

Concha, sin hacer caso de los que suplicaban, mandó la caballería por los dos lados del pueblo para cortar al enemigo; mi compañía, con el general, atravesó la villa á escape. Unos dos mil mozos se hallaban al otro lado del barranco que hay á la derecha del camino de Tarrasa. Tuvieron media docena de muertos. A un coronel de Estado Mayor le hicieron fuego desde unas casas; me mandó le siguiese con algunos cazadores. Ordenó registrarlas y matar á los insurrectos. En una encontré á un joven, alto, rubio, muy agitado, que para disimular cortaba pan y se lo comía. Le previne me siguiera, se resistió, alegando no era *fadri* (mozo), lo agarré por la chaqueta, tenía más fuerzas que yo, y no pude moverle. Solos los dos, él armado con descomunal cuchillo, yo sin haber sacado el sable, no me degolló porque no quiso. Los soldados, desbandados, después de matar á varios sublevados me buscaron y hallaron.

El catalán tenía las manos manchadas de pólvora, cartuchos en los bolsillos y el fusil detrás de una puerta. Mi vida había estado á su disposición. Volví á encontrar al referido coronel; me ordenó le dejase al prisionero custodiado por cuatro cazadores. No había andado cien pasos, oí tiros, y vi con horror que acababan de fusilar al pobre joven. ¡Cuánto sentí no haberle dejado en libertad! Siempre he tratado de evitar el derramamiento de sangre. Las barbaridades no son hazañas.

Echamos de Tarrasa á los insurrectos, y los más se acogieron á indulto.

El 10 de Julio llegué á Manresa, aspeado, enconada la herida en el tobillo que me hice en Barcelona, andando con calor sofocante; las alpargatas, única vez que llevé en mi vida, me llagaron las plantas de los pies, y de puntillas tuve que flanquear todo el día. El pundonor militar me impedía montar en un bagaje; deseaba morir de un balazo. No existe tormento igual al que sufrí en aquella jornada.

El 11 de Julio entramos en Igualada al amanecer, previnieron que se aseara la tropa y que descansaríamos hasta el día siguiente. No tenía yo más pantalones que los puestos, me metí en cama y mandé que mientras yo dormía los lavasen. Los llevaba desde el 7 de Julio, y con el sudor y el polvo estaban muy sucios. Aún no los habían sacado del agua, cuando tocaron llamada y redoblado. Mi apuro fué grande. Los pantalones eran de dril aplomado que usaban los oficiales para diario. Al mojarlos se volvieron negros. Me alojaba en casa de un panadero y grité al asistente los metiese en el horno. —Se queman y no se secan—me dijo trayéndolos chamuscados. En Igualada era imposible comprar otros. Si me quedaba en el pueblo, me habrían cogido los insurrectos. En camisa ó con los calzones chorreando no podía presentarme á la tropa, que hubiera creído me acababa de aliviar de una necesidad menor. La patrona, joven y guapa, se enteró de mi triste situación. Compadecida y riéndose, me trajo á la cama, donde yo continuaba dado á todos los demonios, unos pantalones de su marido. Como las piernas de éste eran largas y flacas, al contrario de las mías, no me sirvieron.—¿Y la compañía?—pregunté desesperado al asistente.—Ya ha pasado.—Corre, alcánzala, y di á los soldados que me socorran. Todos habían salido de Barcelona con tantos pantalones como yo, menos el barbero, que me prestó unos de lienzo que llevaba en un pañuelo. Dios se lo pague al rapista. Aunque cabían en ellos tres cuerpos como el mío, iba yo más contento que chico con

zapatos nuevos. Colgaron mis calzones de un mulo para que se secasen; se perdieron. ¡Malditos! Fueron causa de una de mis mayores desventuras.

Recorrimos las provincias de Barcelona y Gerona, desarmamos paisanos y prendimos alcaldes que no verificaban los sorteos. En algunos serví de secretario de ayuntamiento. En Barcarizas todos los concejales presenciaron el acto completamente borrachos. En un pueblo publicó el *nunci* (pregonero) el siguiente bando: «*De orden del senyor batlle* (alcalde) *y del senyor Colonel del batalló que esta aqui, se fa saber que 'ls fadrins* (mozos) *que s'en han anat* (ido) *que tornin* (vuelvan).» Yo lo repetía diciendo: «*Los fadrins que s'han senat*» (hecho eunucos), con gran risa de los catalanes.

En Olot me alojé en casa de un ordinario que pertenecía al partido moderado; su mujer, progresista acérrima, leía periódicos y las novelas *Cornelia Bororquia, La Mancha de sangre* y *El Opresor de su familia*. Decía que su marido la quería la quinta parte que á sus cinco mulos y que él era el sexto animal de la recua. La ordinaria, conmigo estuvo muy fina.

Vi en la plaza de Bañolas bailar el tirabou al son de la gaita y tamboril. Era pintoresco el efecto que producían los hombres con sus barretinas (gorros) encarnadas y las mujeres con pañuelos blancos en la cabeza. En La Bisbal (yo la titulaba Capua), nuestro centro de operaciones, lo pasábamos muy bien. Las muchachas eran guapas y amables. A mi patrón, vera efigie de Don Quijote, honrado, de pocas letras, le estaré siempre agradecido, porque me instó mucho continuase en su casa al concluir el mes de alojamiento, cosa rara en Cataluña. Su mujer, muy consumidita, no pensaba sino en la vuelta de los frailes y en disputar con su hijo, médico, que hacía gala de ateo y maldiciente. La hija mayor, si hubiera quintas de mujeres, habría sido granadera y aun gastadora: morena, de buenas carnes, me encajaba en catalán interminables relaciones de sus muchas conquistas; por querer demasiado no había encontrado marido. En la más chica dominaba

la cabeza al corazón.—¿Cómo se declara el amor en catalán? —la pregunté.—*Lo mateix que en castella*—respondió. En el alojamiento, la criada y mi asistente se querían á lo bestia: coceándose.

Al pasar por Lapera, pueblecito de pocas casas, pregunté á un paisano alto, gordo, en mangas de camisa, pantalón de pana y gorro encarnado, que nos contemplaba cruzado de brazos:—¿Por qué tienen Vds. tan menguada lápida de la Constitución?—¿Es mala?—Sí.—Nadie lo ha dicho más que V. —Consiste en que ninguno hasta ahora ha pasado por aquí. Era el secretario del ayuntamiento; yo apunté en la cartera: «16 Septiembre de 1845. Lapera tiene una torre gótica lindísima, y en la pared de una casa escrito con carbón el rótulo siguiente: PLAZA DE LA CONSTITUCIÓN.» Era preciso atravesar una *riera* ó *barranco* que llevaba mucha agua, y mientras se construía un puente provisional, me impacienté de esperar, tomé corrida, salté, caí en medio del arroyo y llegué á la orilla opuesta como si me hubiera bañado en chocolate.—Me alegro —gritó el comandante.—Pero he pasado — añadí satisfecho y corrido, porque mi desventura promovió grandes carcajadas. Jamás me he reído al ver caer alguno. Es prueba de la mala intención que domina á la mayoría del género humano. Al salir del río, después de pescar el sable en el fondo y el morrión que flotaba, pensé:—Si me vieran las muchachas de La Bisbal, ¡Qué facha!—exclamarían. Peor la tendremos ellas y yo ahora, si alguna vive después de cincuenta y pico de años.

El mismo comandante de la columna del Ampurdán, instruído y bondadoso, se empeñaba que los oficiales hiciésemos en la Academia, prácticamente, la instrucción del recluta. Como yo era delgadísimo de cintura y ancho de caderas, no podía unir los brazos al cuerpo como prevenía la táctica.—¿No ve V. cómo yo lo verifico?—Consiste en que yo no uso barriga—le contestaba, excitando la risa en él y en mis compañeros.

Pregunté á un oficial muy perezoso:—¿Por qué se va V. á dormir tan pronto?—¡Hombre! para adquirir mayor antigüedad en el empleo que tengo—me contestó.

A fines de 1845 relevó á D. Manuel de la Concha D. Manuel Bretón. Estando yo en Gerona encargado de la defensa de un trabucaire, llegó el referido general con una columna. La arengó en la plaza, diciendo, que había gentes mal avenidas con la justicia oponiéndose á contribuir con soldados para el ejercito, y que las quintas se harían en Cataluña. Formaron causa á varios sublevados en Llagostera. El oficial que defendía al jefe de la partida, seguro de que lo fusilarían, pretextó hallarse enfermo, mandó el alegato al Consejo, me lo hicieron leer, el público me creía el autor, la letra era malísima, y sufrí uno de los peores ratos de mi vida.

D. Manuel Bretón, riojano, duro, íntegro, y tan valiente, que en tiempo de Fernando VII, cuando mandaba en Cataluña el conde de España, se atrevió á escribir al general Martínez de San Martín advirtiéndole que hiciera de ello el uso que le acomodase: «Amo al rey mi señor, y no puedo consentir que un extranjero advenedizo lo desacredite y exponga. Acabo de llegar de Barcelona, donde he servido bastantes años la tenencia de rey de su Ciudadela. D. Carlos Espignac ó Espagne y no España, pues hasta en su apellido hay falsedad, de nación francés y de índole cafre, según la barbarie de su carácter, etc.»

A Bretón se le puede aplicar lo siguiente. Preguntaron á un general cómo se compuso para sofocar pronto una insurrección y contestó. Con un ten con ten; fusilando.

Bretón, en 1836, abofeteó en el Prado de Madrid á D. Fermín Caballero, que escribía en *El Eco del Comercio*, por deslenguado periodista. Lo mismo hizo Prim en 1844, con D. Modesto Lafuente, porque le llamó Pringue. Existe un folleto publicado en 1811 que se titula: *Apología de los palos dados al Excmo. Sr. D. Lorenzo Calvo por el teniente coronel D. Joaquín Osma.*

Concha dispuso que en el cuartel de la Merced de Barcelona se estableciese un casino militar con clases de gimnasia, esgrima y baile. Bretón lo dedicó á capitanía general, más útil, según decía, que para convertir á los oficiales en saltimbanquis. En el patio del convento había un zócalo de azulejos; representaba las conquistas de D. Jaime I de Aragón, incluso el episodio de coger el coloso monarca por las barbas al rey moro de Mallorca y aplastarlo contra la muralla. Lo mismo debieron hacer con los milicianos nacionales que destruyeron con las puntas de las bayonetas los ojos á los miles de figuras que contenían tan curiosos azulejos.

Estando yo de guardia en la capitanía general, mientras comíamos, nos refirió el general Bretón que aquella mañana le habían dado parte de la detención de un carro lleno de fusiles que los revolucionarios entraban en Barcelona. ¿Han cogido al carretero?—preguntó.—Se ha escapado—le contestaron.—¿Es caballo el que tiraba del vehículo?—Sí, señor.—Que lo suelten, se irá á su casa, y sabremos á quien pertenece —añadió muy satisfecho.—No puede ser. ¿Por qué?—dijo furioso el general.—Porque el animal es ciego.—Con los revolucionarios—añadió el general—sucederá lo que decían los insurgentes de la América del Sur. Nos ganan una batalla los españoles, bueno, otra, bien; pero si vencemos una sola vez... Así sucedió en Ayacucho.

El oficial de guardia de la capitanía general y yo oímos gritar en la escalera del palacio y vimos bajar por ella á unos jóvenes y á un viejo cojo, que el general, llamándolos pillos y tunantes, mandaba á los mozos de la escuadra los llevasen á la Ciudadela. Yo conocía al cojo, que era aragonés; creí sería conspirador, me dió lástima y llegué á la mencionada fortaleza antes que los presos. Mientras los registraban y apuntaban sus nombres, advertí á mi paisano, que suponía víctima de sus ideas políticas, que yo estaba de guarnición en la ciudadela y dispusiese de mí.—¡Ah!—exclamó el de la pata de palo—sálveme V.—Hable antes que lo metan en la torre. Cuando me

preparaba á escuchar la más grande y oculta conjuración — prosiguió el cojo señalando á sus compañeros.—Esos son estudiantes, hijos de familia, que otros y yo... á V., como paisano, lo diré en secreto. ¿Me hará el favor de que su asistente avise á mi mujer me hallo aquí para que esconda ó destruya lo que sería causa de que me mandaran á presidio?—Sí, hombre, sí, en seguida.—Pues bien; con franqueza aragonesa soy... jugador de oficio ó ladrón. A estos chicos les robamos el dinero. Si la policía registra mi habitación, encontrará barajas marcadas que usamos para pelar á los tontos. En pago del servicio le aconsejo, paisano, no juegue V. nunca. Cuando encerraban al diablo cojuelo y á sus compañeros, pensaba yo: ¡Vaya un amigo que me había echado!

Se sublevaron algunos batallones en Galicia y nos acantonaron en Calella 14 compañías de cazadores, 2 de ingenieros, un escuadrón y una batería de montaña. Como no me gustaba jugar, pasar la vida en el café, ni presenciar escenas de magnetismo, me dediqué á enamorar á una muchacha bonita y chiquita que se asomaba sin cesar al balcón, á la ventana y á la puerta de su casa.—Parecía un pájaro que trata de escaparse de la jaula. Hice el oso.

En Calella, el capitán que magnetizaba á los que se dejaban, decía que yo era el más á propósito; me negué á complacerle; ni antes ni después creo en tales farsas, en mesas giratorias ni en el espiritismo. A un aragonés, para convencerle de la verdad de esta mentira, le dijeron hiciese alguna pregunta. —Bueno; deseo saber si á mi difunto padre le gusta la conducta que observo.—Al oir que mucho, exclamó: — *¡Enredadores!* (embusteros), me he jugado cuanto él me dejó.—Preguntó á un matrimonio por su niño, y me contestó la madre riéndose:—Murió.—Conoció el espanto que me causaba su alegría, y añadió:—Nos comunicamos con el hijo cuando queremos. Pierda cuidado, no le haremos espiritista si se opone.—Salí corriendo y jamás volví á ver tales locos.

La columna solía acantonarse en Gracia. El que la mandó

era buen mozo y rematadamente fatuo. Nos reunió á capitanes y subalternos de infantería, y dijo había observado con dolor que en los partes de guardia poníamos: «El oficial que firma, da parte al señor comandante», y que por respeto al superior debía escribirse: «Al señor comandante da parte el oficial que firma». Quedamos enterados; como lo estábamos ya de la necedad que iba á prevenirnos, lo tomamos á broma, alquilamos tartanas y atravesamos la villa de Gracia para llegar descansados á su alojamiento. Recordé los partes que dieron dos cabos, diciendo uno, que pasaron por la puerta de la plaza varios difuntos con sus correspondientes cadáveres, y otro, que se había encontrado un muerto que por el *habla* parecía inglés.

Lo del español que estando bueno quiso estar mejor: desde Esparraguera fuí nueve mañanas á tomar los baños sulfurosos de la Puda antes de que construyesen un buen edificio. El camino era malísimo. Ocupábamos el ómnibus un abogado colosal que deseaba enflaquecer, una viuda delgadísima que quería engordar, una menestrala horrorosa que la venía de molde «Para anverso, reverso y pezuña á Cataluña», una criada que llevaba un niño cubierto de herpes, y dos hermosas payesas (labradoras), á las cuales no quitábamos el ojo otros tantos oficiales. A cada vaivén del carruaje chillaba la viuda, refunfuñaba el curial, aullaba la obesa, permanecían serias sin mirarnos las labradoras, y nos sonreíamos los militares. Cuando estábamos más descuidados, volcó el vehículo, y de milagro no rodamos por un precipicio hasta el río Llobregat. Los ayes de las mujeres subían al cielo, los reniegos y maldiciones del mayoral bajaban al infierno. Se rompió la crisma el jurisperito, se desmayó la flaca, y quedó sentada sobre mi barriga la hembra fea de tomo y lomo, causándome una impresión muy desagradable. Si alguno pregunta en Esparraguera: ¿Judas, era de aquí? se expone á recibir una paliza.

Los regimientos eran como tribus nómadas. Gracias á las agitaciones políticas, no paraban en ninguna parte. Estuvimos

de guarnición en la Ciudadela de Barcelona. A los oficiales casados, por decencia y bien parecer, repartieron un pabellón á cada uno. A los solteros nos metieron cada cuatro en un cuchitril. Protestamos.—Es una picardía—decía un teniente alto, flaco, feo, que como á los gatos se le erizaba el pelo.—Injusticia notoria que no debíamos tolerar—añadía otro que no podía encontrar mujer por su genio inaguantable.—¡Miren Vds. qué modo de estimularnos á continuar en el estado honesto!—exclamaba un capitán Matusalén que debió encontrarse en la batalla de Guadalete.—¿Hay faldas que deseen colgarse de una escarpia con mis pantalones?—preguntaba un alferez barbilampiño.—El frío que soplaba en la plaza de la Ciudadela aplacó los ánimos; hasta el de un oficial mal encarado que sudaba aunque helase. Los casados callaban, miraban á los solteros y dirían para sí:—Nos envidiáis y nos falta una cuerda ensebada para ahorcarnos.

En Tarragona mandé la escolta de una procesión. Yo era muy delgado, tenía menos cintura que cabeza, observé que cuanto más me doblaba para mirar mi abdomen, menos conseguía verlo, y pregunté á un amigo:—¿Llamará la atención á las muchachas mi falta de barriga?—Puede ser—contestó.—Durante la procesión oculté el vientre con la empuñadura del sable, que llevaba cogido con las dos manos. Una modistilla, al volver yo á casa, dijo á otra:—*Aqueix ofisialet porta cutilla* (lleva corsé). Comencé á desabrocharme la casaca, y las chicas se entraron corriendo en la tienda. Hice el amor á la más loquilla y graciosa. La pérfida admitía también los obsequios ¡qué vergüenza para mí! de un ca... tintas. La regaló su retrato, exigí me lo enseñara, y al ver lo que yo hacía con la miniatura del empleadillo, me dijo la muchacha muy compungida:—A ti te quiero más; pero no escupas al pobre Pepe.

El músico mayor de mi regimiento era tan informal como chismosa su mujer. Observé que ésta, si alguno veía comer á su marido, aumentaba una tortilla. Siempre que lo recordaba, á la hora de costumbre, me presentaba corriendo en su casa

para que el músico y la música á la fuerza tragaran tortilla. Por entonces oí que el gobernador militar de Madrid encontró en la calle á un individuo de la guarnición, muy sucio, y le preguntó:—¿Cómo se atreve V. á salir así del cuartel, teniendo en el ejército tan bonita posición?—El interpelado era cabo segundo.

Los carlistas, siempre tontos, se preparaban para pelear por el hijo de D. Carlos, que valía menos que su padre. Con el general Quintanilla, defensor de Chiloe, salió mi compañía el 2 de Setiembre de Tarragona. Era un buen señor, que se olvidaba de los que le seguíamos á pie echando los bofes, por las montañas de Prades. Anduvimos veinticuatro horas seguidas. Al pasar por un pueblecillo, como Quintanilla tenía la boca torcida y hablaba con dificultad, le preguntó un cura: ¿Es de perlesia?—De un ca... dajo; de un ba... lazo—replicó incomodado el veterano general.

Me contaron que en 1840, otro general, en la provincia de Tarragona, verificó poco más ó menos lo mismo. Marchaba una compañía de cazadores detrás de él jadeando días y días. Observó un oficial que el general se rascaba la espalda introduciendo el bastón por el cuello de la camisa, se lo pidió al ayudante que lo llevaba alguna vez, y sin que éste se apercibiera le hizo varios cortes en la contera en sentido inverso á la punta. A media jornada, el general se lo metió con facilidad, no pudo sacarlo sin arrancarse la piel, se apeó y descansó la tropa.

El 17 de Setiembre de 1846 llegué á Borja con licencia. Abracé á mi madre que lloraba de alegría encantada de mirarme. Era un niño cuando me separé de ella. Unos me encontraban delgado y cambiado; otros como siempre. Las vecinas me paraban exclamando:—¡Qué malo era de chico! No me habían olvidado!

El 10 de Octubre fuí á Zaragoza. Se celebraron las fiestas de la Virgen del Pilar y el casamiento de Isabel II.

Predicó un fraile exclaustrado en Borja que había quien

sólo hincaba una rodilla en tierra cuando alzaban en misa. Lo referí, añadí que yo lo verificaba así en el regimiento y que no pensaba enmendarme. Lo supo un canónigo intolerante, atrabiliario, subió al púlpito al día siguiente, pidió á Dios tocase en el corazón de joven tan irreligioso, dió tales señales, que todos comprendieron á quién se refería. Sólo faltó me indicase con el dedo.

Me encontraba tan á gusto libre de la sujeción militar, que oi tocar el tambor al pregonero del pueblo, único instrumento bélico que en él había, y me estremecí, recordando seguía amarrado á la cadena de la disciplina.

Mi madre quería que me calentasen la cama; todas las mañanas me decía al llevarme el chocolate:—No te levantes; aprovecha el tiempo que estás conmigo; ha nevado en Moncayo.—¡Pobres madres! No comprendemos el amor que nos tienen hasta que perdemos á nuestros hijos.

En el convento de Santa Clara de Borja había una monja muy original. De familia distinguida, contrariada en sus amores, abandonó el mundo, pero no la afición á la libertad. Durante la guerra de la Independencia se escapó una noche del claustro, arrojándose desde el tejado. Se dirigió al convento de capuchinos que ocupaban los franceses, el centinela vió un bulto, los soldados lo reconocieron, era una mujer, y en el cuerpo de guardia pasó la noche, hasta que la reclamó su familia. Desde entonces las religiosas la consideraron loca de remate, y jamás la eligieron para ningún cargo de la comunidad.

Una tarde me dijo mi madre:—Nieva, te aburres, sólo está el tiempo para sacar estiércol ó visitar monjas. ¿Por qué no vas á ver á Sor Navarro? Eres curioso, ella es progresista, te gusta lo raro y te divertirás, añadió sonriéndose.—En cuanto me presenté á la religiosa escapada, al verme de uniforme exclamó:—¡Cómo se parece V. en la figura á su padre! Lo recuerdo perfectamente cuando era teniente de voluntarios de Aragón, reinando el imbécil Carlos IV. Llevaba chaqueta en-

carnada y calzón corto; tenía buenas pantorrillas. Yo leo todos los días *El Eco del Comercio;* estoy al corriente de la cosa pública. ¿Qué es usted? me preguntó.—Teniente, respondí.—Ya lo sé. En política.—Nada.—¿Conoce usted al honrado Espartero?—De vista.—¿Y al feroz Cabrera?—De oídas.—Abandoné el locutorio. Una monja vieja liberal me daba risa.

Hablando de lo útil que es la limpieza en la milicia, por lo cual se pasa revista á los soldados siempre que forman, le oí contar en mi pueblo á un oficial retirado que un compañero suyo, en la guerra de la Independencia, se afeitaba en campaña, y en tiempo de paz, siempre que podía, antes de levantarse de la cama, con la mitad del agua que contenía el vaso que su asistente le llevaba después del chocolate. ¡Qué económico!

Un veterano repetía que en los alojamientos debe observarse lo siguiente:

Desde tiempo inmemorial,
según la experiencia abona,
el ataque á la patrona
corresponde al oficial.

El 1.° de Febrero de 1847 me reuní al regimiento.

Hicimos varias expediciones recorriendo la izquierda del Ebro.

En Tortosa, señalando á un viejo, me advirtieron: «Es el brigadier D. Pedro García Navarro, que entregó Peñíscola á los franceses.» El conde de Toreno dice: «Escandalosa entrega, pero más escandalosos y sin ejemplo los términos siguientes, con que se encabezó la capitulación: «El gobernador y la junta militar, convencidos de que los verdaderos españoles son los que, unidos al rey D. José Napoleón, procuran hacer menos desgraciada á su patria», etc.—En la Narración de D. Juan Van Halen, general español y belga, se lee: «Suchet hizo general y condecoró con la estrella de la Legión de Honor al brigadier García Navarro, porque le entregó traidoramente á Peñíscola.» Van Halen, alférez de ma-

rina, en 1809 se pasó á los franceses, y al fin de la guerra de la Independencia propuso á los españoles engañar á los primeros valiéndose de órdenes falsificadas para recuperar varias plazas. Sólo lo consiguió con Lérida. Debieron ahogar á salivazos á los que vendieron su patria.

En Tortosa le preguntó á un capitán su futura suegra:—¿Tiene V. para cenar? Mi hija lleva para comer.—Señora, yo si como bien, no ceno—replicó el oficial, volviendo las espaldas.

D. Carlos de Borbón perdió la esperanza de casar á su hijo mayor con Isabel II, renunció en él los derechos á la corona, y el conde de Montemolín se tituló Carlos VI.

Sus acérrimos partidarios se propusieron conquistar lo que por incapacidad no alcanzó su rey en la anterior guerra civil. Atravesaron el Pirineo á fines de 1846 y principios del 47, se les unieron los afectos á su causa, más los muchos que hay siempre en Cataluña dispuestos á sublevarse contra el gobierno, sea el que quiera. A estas facciones, que no necesitaban bagajes, que dormían al raso, que comían frugalmente, compuestas de payeses ó labradores, fuertes, robustos y valientes, de la raza donde reclutaban los reyes de Aragón á los famosos almogávares, que protegía el país por simpatía ó miedo, que evadían la persecución dispersándose, que las mandaban hombres prácticos, fanáticos y veteranos, se hubiera conseguido exterminarlas empleando el rigor y ocupando el país militarmente.

De los indultos se ríen los insurrectos; no se someten sin ser vencidos.

El general Bretón supo el día y hora que Tristany, con 400 carlistas, se hallaría en Tarrasa; los sorprendió la tropa, era poca y la arrollaron.

Fué el primer choque serio de la guerra civil.—Los pueblos la vieron comenzar con indiferencia.—Los matinés ó madrugadores, como se llamaban los montemolinistas, sin duda porque fueron los primeros que se levantaron, se extendieron

por el principado.—Bretón publicó un bando muy riguroso, chillaron los periódicos, y lo relevó D. Manuel Pavía.

En Tarragona presidía el consejo de guerra permanente un brigadier muy viejo, que se dormía durante la lectura de los procesos. Lo despertaban para votar, y siempre decía:—Yo, á muerte. — Si los vocales manifestaban que absolvían, añadía:—Bueno; lo mismo me da.

En Cataluña brotan más espesos que la alfalfa, los cabecillas, jefes de banda ó partidarios; en las luchas civiles para aumentar los males de la patria, en las nacionales para salvarla.—Durante la guerra de la Independencia, uno de los más famosos fué D. José Manso, conde de Llobregat.—Siendo capitán general de Castilla la Vieja, le preguntó un necio: —Mi general: ¿conque V. era molinero?—*Mulinero no; moso de mulino.* Si fuera *mulinero, ancara* (todavía) lo sería—respondió.

Es el más honroso origen de la nobleza antigua y moderna. La defensa de la patria.

A un partidario liberal que miraba con un anteojo desde la galería de su alojamiento, le dijeron que el alcalde del pueblo deseaba hablarle.—Siempre me interrumpen cuando estudio matemáticas—exclamó furioso.

Ramonet, jefe carlista en la guerra de los siete años, mandó á un sastre le hiciera una casaca. *¿Cuans galons li pusaré?* (¿Cuántos galones pondré?) — *¿Cuans en porta el que mes?* (¿Cuantos lleva el que más?)—Tres, respondió el artesano. *Posani cuatre.*—Quería superar á todos y se convertía en mamarracho.

El guerrillero Pedro Cuadrado, sólo aprendió á firmar. Si ponía el apellido antes del nombre y se lo advertían, replicaba:—Lo mismo da Pedro Cuadrado que Cuadrado Pedro.

Al canónigo Mosen Benet Tristany, lo persiguieron constantemente desde 1840; nunca emigró á Francia. Le cogieron la capa y la mula; siempre se salvaba, hasta que lo vendió uno de su partida el 17 de Mayo de 1847. Lo fusilaron. En la

provincia de Tarragona unos quinientos matinés, sorprendieron á la columna de Valls en Montagut; un teniente iba á vanguardia y se abrió paso á la bayoneta.

Premiaron al jefe que no mostró pericia ni valor. El capitán general, vitoreó á la reina, y al regimiento; al oir ¡Viva nuestro *comendante!* gritó: «Soldados, vuestro último comportamiento me ha ofendido altamente.» El jefe de la columna, doctor en gramática parda, propuso castigar al que dió el viva. El general uno de los más valientes de la primera guerra civil no lo consintió.

En la acción de Montagut á un lancero se le cayó el caballo, un carlista le dijo que se santiguase, le disparó y creyó haberle muerto. Otro faccioso le asestó un segundo tiro en la cabeza. Lo encontraron desangrándose y lo condujeron á Valls. A los tres días abrió los ojos y se halló al lado del carlista que lo fusiló, el cual, también herido, cayó prisionero; la guardia del hospital impidió que los otros heridos lo matasen con las tablas de las camas.

A consecuencia de la acción de Montagut fué destinada mi compañía á la columna de Valls. Al salir de Tortosa, me dijo el capitán irlandés que la mandaba.—Si los carlistas ocupan el Coll de Balaguer pienso...—¿Qué? le interrumpí, seguro de opinar lo contrario, nunca estábamos acordes.—Dispersar los cazadores y mandar se reunan en Hospitalet. — ¿Sí? pues me vuelvo atrás; ni uno llegará al punto indicado...—Ni encontramos los matinés ni lo verificó. En las guerras irregulares como en las de Cataluña y las de Cuba, los insurrectos se salvan dispersándose; la tropa se pierde. El 15 de Julio nos incorporamos á la columna de Valls.

En campaña aguantar la sed, el hambre, cansancio, calor, frío, subir y bajar montañas, recorrer valles, atravesar barrancos sin alcanzar jamás al enemigo y pocas veces verlo de lejos, desespera. Unos bandidos cometieron con su cabecilla Rovira la mayor de las villanías. Peor que asesinarle. Le presentaron atado en Valls. Al llevarlo á Tarragona entre in-

sultos y blasfemias dijo á los soldados que no tenían la culpa de la infamia verificada por sus paisanos.—¡Maldita sea la p... que parió al primer castellano!—Rovira, calla, te huele la cabeza á pólvora,—le replicó un mozo de escuadra. Los que vendieron á su jefe murieron ó fueron á presidio á poco tiempo. El 3 de Agosto perseguimos á Borges y á Pau Mañé hasta Alcover. El calor era horroroso; atravesamos el pueblo á escape, nos esperaron los carlistas en el calvario, rompimos el fuego y solo murió el único matiné que llevaba gabán. Aunque tocaban ataque, los soldados, rendidos de fatiga, se tendieron en el suelo. Yo me recosté en un olivo.—Cuando nos alcanzó la columna, los matinés habían desaparecido.—Casi todas las batallas que dabamos eran por el estilo.—El Griset exigía veinticinco onzas á los que compraron á Poblet.—El 11 llegamos al célebre monasterio.—Por sus imponentes y majestuosas ruinas podía formarse idea de lo que sería antes que los vándalos del siglo XIX profanaran las tumbas de los gloriosos reyes de Aragón.—Sólo pudo identificarse y trasladar á la catedral de Tarragona la momia de D. Jaime el Conquistador, por su tamaño colosal y por la señal del flechazo que recibió en Valencia.—La canalla en nombre de la libertad, destrozó ó quemó lo que no podía saciar su rapacidad.—En la provincia de Tarragona se reunieron 600 matinés; emprendimos su persecución el 1.° de Septiembre, no los vimos, sólo oímos tiros señal para avisar nos aproximábamos.—Observé que los carlistas en Cataluña cuando se reunían en número algo considerable colocaban parejas entre ellos y las columnas que los perseguían, haciendo disparos que anunciaban el movimiento y dirección de la tropa.—Era un sistema de telégrafos.—Existían desde el Pirineo al Ebro ruinas de torres colocadas en las alturas para avisar por medio de hogueras que se aproximaba el enemigo en las diferentes guerras que hubo en el principado.—En el sitio de Harlem por D. Fadrique de Toledo, hijo del gran duque de Alba, plaza de los Paises Bajos que se rindió el 14 de Julio de 1578, los sitiados recibían noticias por medio de pa-

lomas.—Un soldado español mató una de un tiro de arcabuz, y al desplumarla encontró un papel escrito que presentó á D. Fadrique. No existe nada nuevo.—Dormimos en Villarrodona sin más pérdida que la sufrida por los dueños de las viñas que atravesamos. La tropa no había comido en todo el día. El 3 llegamos á Torrellas de Fox después que salieron los carlistas. Sin descansar nos mandaron á sorprender á Vilella en Pontons.—Un desatino.—Los mozos de la escuadra, disfrazados de paisanos se adelantaron al pueblo y preguntaron al alcalde dónde se alojaba el mencionado cabecilla.—Los creyó verdadero matinés y escapó por una ventana.—La puerta de la casa estaba entornada, temieron una celada, se negaron á entrar y lo hice yo con varios cazadores.—Me recibió la alcaldesa, fea, vieja, en camisa, con una tea encendida en la mano y llorando. —La imagen de la discordia que dividía á los españoles.— Dos días y una noche anduvimos sin dormir.

Destinaron mi compañía á crear el batallón de cazadores de Antequera número 15 el 1.° de Setiembre de 1847.—En campaña pasábamos trabajos; en los pueblos del campo de Tarragona, sobre todo en Valls, nos divertíamos.—Al vernos exclamaban:—*Son los nostros*.—Mi patrón en Pont de Armentera, fabricante de mantas que con una mano se cargaba las sacas de lana, me repetía:—V. es muy joven, duerma; si *sona la trumpetá* lo llamaré.—¡Ojála todos los españoles fueran tan trabajadores y económicos como los catalanes!—Las mujeres reparten el pan de modo que toque por igual la corteza y la miga.—Tiene gracia cómo dan de beber á los niños.—Estos levantan el dedo índice, la madre tapa un poco el agujero del botijo para que el chorro sea delgado, echa el agua en la boca del chico, y éste, cuando se le llena, avisa moviendo el dedito.

El 10 de Setiembre corrimos tras el Griset de Cabra de Salmella á Saburella.—Perdimos la pista, atravesamos un bosque y vimos á los matinés sentados tranquilamente en la cima de un cerro burlándose de nosotros.—Para sorprender en Santa Creus el 13 de Setiembre al *Guerxo del esquerra*

(al tuerto del ojo izquierdo), iba yo á vanguardia, atravesé un bosque en noche obscura, hice alto, esperé media hora al resto de la fuerza, llegó, y me dijo el que la mandaba:—Como no se veía nada, los cornetas creyeron que un riachuelo cruzaba el camino; tomó corrida el primero, saltó y todos los soldados uno á uno lo imitaron en el mismo sitio. Para que no se extraviase ni rezagase ninguno me quedé el último. ¡Cual habrá sido mi rabia al reconocer el piso y no encontrar ni una gota de agua!—Las operaciones de noche dan pocas veces buen resultado. Se pierde el tiempo, exponiéndose á un descalabro. Cuando marcha la tropa, si el que va delante se mete en un mal paso lo siguen todos. El hombre haciendo siempre lo mismo se embrutece, y si van muchos, la disciplina los convierte en rebaño.

También iba yo á vanguardia el 26 de Setiembre.—Venían conmigo los tunantes que nos trajeron atado á su cabecilla. Les mandé cogieran sin hacer fuego á un centinela carlista para sorprender á los que se hallaban en el Mas de Romanils, y lo mataron de un tiro. Al disparo, D. José Borges con unos cien hombres salió de la masía y se retiró en orden.—No tuvo su rey mejor jefe en Cataluña.—¡Lastima que hubiera muerto fusilado el 18 de Diciembre de 1861 en Tagliacazzo por querer restaurar á Francisco II en el trono de Nápoles. ¡Qué le importaba! El que mandaba la columna tocó alto; y no avancé más.—Tenía instrucciones del jefe, se había quedado en Valls, de no empeñar acción. Era tan cínico, que repetía:—La facción es una cabra; si la matamos nos quedamos sin leche.—Mamó en grande. Era como el perro del hortelano. Después de tan singular batalla, me dijo el que la dirigió sin verla, redactase yo el parte.—Ponga V. al enemigo 20 muertos.—Han sido dos repliqué.—V. es muy joven; en esto yo sé más que V. y he de firmar el oficio.—El que nos mandaba no podía aprovecharse de la mentira y no la trasladó al general. Nos lucimos.

En Pla de Cabra, el comandante de la columna dijo á mi

capitán. — Tú crees no alcanzamos la facción por no perseguirla de noche. En Figuerola tienes á Vilella; cógelo.—El que así hablaba, ni á oscuras, ni con luz, hacía nada. El irlandés, persuadido que atraparía al cabecilla, que era un buen pez, desfiló con la compañía. Yo era el hombre de su confianza para los lances apurados, me envió á vanguardia con veinte cazadores, me encargó no corriese y lo esperase á la entrada del pueblo. A media noche llegué á las primeras casas, pregunté á un chico si había visto algún matiné, y contestó: — *Cap* (ninguno).—Llamé al alcalde, afirmó lo mismo, sentí el rumor de pasos de los soldados, y grité: —Capitán, hemos perdido el tiempo. — Al desembocar la compañía en la plaza por un lado, la noche estaba como boca de lobo, entraban los carlistas por el otro. Oyeron hablar en castellano, conocieron era tropa, tocaron llamada para los que se habían dispersado por las calles, y dispararon algunos tiros. Los cazadores, sorprendidos, se arremolinaron y contestaron al fuego sin saber á quién, ni ver á dónde. Los formé, mientras el capitán, desesperado, voceaba en anglo-español. Huyó el enemigo, con candiles reconocimos el campo de batalla, ningún beligerante sufrió detrimento, pregunté por el alcalde que nos acompañaba al llegar á la plaza, y respondió el secretario del ayuntamiento: —Vds. ó los otros le han atravesado la barriga de un balazo. — Fué la única víctima.

Se reforzaron las tropas de Cataluña, prometieron ventajas á los pueblos si ayudaban á exterminar á los carlistas, aumentó la persecución, dieron por terminada la guerra sin estarlo, fusilaron al Favot y mataron á El Griset, el cabecilla más famoso de la provincia de Tarragona. Juan Forné, según él firmaba los oficios, pasando la pluma sobre el indicado nombre después que el secretario, que era manco, lo escribía con lápiz, se titulaba comandante general del ejército carlista. Mandaba unos treinta hombres, era de Cabra, veterano de la primera guerra civil, y le llamaban *El Griset,* porque encaneció muy joven. De él cantaban:

«El Griset de Cabra
y el Llarch de Copons,
menjan *(comen)* las vellanas
de Picamuxons.»

No se hizo célebre por el valor, sino por conocer el terreno á palmos. Su principal mérito consistía en huir. El Griset avisó al jefe de la columna de Valls que el día de la fiesta mayor pensaba pasarlo en Cabra. Llegamos al mencionado pueblo á las ocho de la mañana, y el alcalde participó que El Griset con su gente acababa de salir hacia Pont de Armentera. Recorrimos las montañas inmediatas, regresamos á Cabra, y supimos que el referido cabecilla se presentó en el mismo pueblo á poco rato que lo abandonamos. Volvimos á marchar, y regresamos á Cabra por tercera vez. Así pasamos el día jugando al escondite con el partidario catalán, que nos toreó á su gusto. Como prueba del carácter del país, pregunté á un chico de unos ocho años.—¿Eres matiné? —*Encara* (todavía) *so petit, cuan siga gran ho seré*—contestó.

El comandante de la columna tomó una venganza como suya; llevó á los soldados á la viña de El Griset para que se hartasen de uvas. Al Griset lo vendió uno de su cuadrilla. Sólo de esta manera, no muy honrosa, pudieron acabar con Juan Forné. De lo contrario, hubiera muerto de viejo. Si El Griset, en lugar de ser fiel á su partido, reconociera al liberal, aunque no sabía leer, habría figurado como general en la *Guía de forasteros*.

Tuvimos de autoridad superior en la provincia de Tarragona á un general de salón. Tipo repugnante en la milicia. Le temíamos más que al enemigo. Lo ascendieron en 1844 por el fusilamiento de Zurbano; con éste formaba gran contraste. Cuentan que el guerrillero liberal arengaba á sus soldados de la manera siguiente: «Dicen que dice la ordenanza del ejército, que ni sé ni quiero saber...» Al otro general, al que tenía valor se le supone, en la hoja de servicios se le podía aplicar lo que dice Quevedo de un pobre diablo: «Hacíase sol-

dado y habíalo sido; pero malo y en partes quietas.» Parece imposible que en España, en guerra casi continua durante un siglo, hayan llegado á tan elevados puestos de la milicia gentes por el estilo. Fuimos con el comandante general desde Tarragona á Montblanch y regresó á la corte sin más hazañas. Omito nombrarle, como á otros muchos. Refiero hechos para que se saquen consecuencias.

El 26 de Noviembre de 1847 en Riudecañas, mi patrón, de unos sesenta años, cabello blanco, barba sucia, pantalón rayado, gorra con visera y alpargatas, me hizo sentar á la candela; se puso á cenar, sirviéndole de mesa las rodillas, y me preguntó: — ¿V. bebe sólo agua?—Sí.—¿Ve V. esta cuchara? —añadió; — hace treinta y seis años que como con ella; las tengo de plata y no las uso. Los franceses sitiaron á Tarragona en 1811; me escapé de la ciudad la víspera del día en que la tomaron por asalto. Antes de embarcarme en un bote compré á unos soldados seis mazos de yesca, cinco libras de atún, tres tenedores de hierro y esta cuchara. En Altafulla vendí la yesca y el atún por dos duros, pagué el pasaje y me sobró dinero. Me casé, y fuí alcalde constitucional; para que no se equivocase la cuchara con las demás, la señalé con el cuchillo. El año 22 entraron los realistas aquí; me saquearon todo menos la cuchara. El 23 emigré, volví, me hicieron secretario del ayuntamiento; nos atacó la facción el 36 y abandoné el pueblo. Quemaron mi casa, perdí mi hermoso reloj de oro, pero no la cuchara, que la llevaba en el bolsillo. Me nombraron teniente de la milicia nacional, nos sorprendió en el camino de Alforja el Llarch de Copons y me salvé milagrosamente. Concluyó la guerra, regresé á Riudecañas, murió mi mujer, mis hijos se casaron, vivo solo, y cuando los matinés con el cabecilla Cendrós entró en el pueblo estaba yo comiendo.—¿Con la cuchara?—le pregunté.— Sí, señor; aquí la tengo. Era de madera desgastada y sucia. El patrón se bebió, durante la cena, una botella de aguardiente y retozó con la criada. El ir alojado era para mí muy

fastidioso. A los patrones les hacía la misma gracia el admitirnos en su casa en el siglo XIX que en el siglo XVII, según dice el gran poeta Calderon, capitán en sus mocedades:

«Llegando una compañía
de soldados á un lugar,
empezó un villano á dar
mil voces, en que decia:
—Dos soldados para mí.
—¿Lo que excusar quieren todos,
dijo uno, con tales modos
pides?—Y el respondió:—Sí,
que aunque molestias me dan
cuando vienen, es muy justo
admitirlos, por el gusto
que me hacen cuando se van.»

UN SOLDADO VIEJO.

SOBRE DOS TREMENDAS ACUSACIONES

CONTRA ESPAÑA, DEL ANGLO-AMERICANO DRAPER

Influencia del elemento indígena en la cultura de los moros del reino de Granada, por D. Francisco Javier Simonet. *¿Shall Cuba be free?* (Artículo de Clarence King, en la revista de Nueva York *The Forum*.)

El librito cuyo título va en el epígrafe contiene en pocas páginas bastantes datos y mucha doctrina; mas, no sólo por esto, sino por las ideas que sugiere y por los comentarios de que puede ser objeto, ha llamado mi atención y me ha movido á llamar también sobre él, si puedo, la atención del público.

El Sr. Simonet, autor del librito, es un arabista de reconocido mérito, de grande ilustración y catedrático en Granada de la lengua del Yemen. Ha publicado ya varios libros en que muestra su mucho saber. Uno de ellos ha sido premiado por la Real Academia Española, y otro ha sido premiado por la Real Academia de la Historia.

La obra de que nosotros vamos á hablar es menos fundamental y profunda: es una obra de divulgación. Y si bien trata de sucesos, pasados ya hace siglos, tiene, en nuestro sentir, un interés de actualidad.

En las naciones extranjeras abundan los escritores desapasionados y juiciosos, de quienes no podemos quejarnos; pero no escasean tampoco los escritores violentos, ciegos de furor, fanáticos con el fanatismo que hoy se estila, y tan acé-

rrimos enemigos de España, que no hay crimen, maldad é infamia que no atribuyan á nuestra nación, infiriendo de ahí que la postración y decadencia en que hoy estamos es un justo castigo de Dios, y, si no cree en Dios el que de esta suerte quiere requebrarnos, una ineludible consecuencia de las leyes fatales, impuestas no se sabe por quién, que dirigen y ordenan la marcha de la humanidad á través de los siglos.

Con algunos autores tenemos cierta disculpa, ya que para ellos no hay responsabilidad ni libre albedrío. Todo ó casi todo depende del medio ambiente. Y si nosotros somos crueles, codiciosos, traicioneros, y sobre todo temerosos de Dios, que, según Buckle, es la peor de las cualidades, todo ello consiste en que en España no hay lluvias regulares sino feroces tormentas y prolongadas sequías, y además tal multitud de terremotos que nos tienen siempre con el alma en un hilo y con el corazón en un puño y producen en nosotros la crueldad y la intolerancia religiosas.

En prueba de que no exagero y de que no pueden ser más atroces las injurias que nos dirigen algunos escritores, cuyas obras se traducen al castellano, teniendo acaso nuestro público el mal gusto de estimarlas y la candidez de creer lo que dicen, citaré al célebre catedrático de la Universidad de Nueva York, Juan Guillermo Draper, el cual, en su *Historia del desenvolvimiento intelectual de Europa*, asegura que España, en justo castigo de sus espantosos crímenes, está hoy convertida en un horrible esqueleto entre las naciones vivas, y añade Draper: «si este justo castigo no hubiera caído sobre España, los hombres hubieran ciertamente dicho: «no hay retribución: no hay »Dios». Por donde se ve que es un bien y no un mal el que este pobre país esté muy perdido, porque mientras peor estemos, mayores y más luminosas serán las pruebas de la existencia de Dios y de su justicia. Largo es, muy largo, el capítulo de culpas que Draper nos echa á cuestas; pero las dos culpas más enormes, son las de haber destruido por completo, ó casi por completo, dos civilizaciones: la oriental y la occidental.

La primera de estas dos acusaciones no es tan ridícula como la segunda, de que hablaremos después, mas no por eso es menos falsa.

Indudablemente, los árabes, antes del Islam, poseían cierta extraña cultura, en algunos puntos patriarcal y propia de pueblos nómadas y pastores; en otros puntos, como por ejemplo en la poesía, hasta refinada. Cuando entusiasmados por las predicaciones de su profeta, se arrojaron á conquistar el mundo, no se puede decir que fuesen bárbaros. Tal vez por no serlo y por hallarse muchos países vejados, humillados y oprimidos por razas conquistadoras y por gobiernos despóticos, les fué fácil conquistarlos. Tal vez fueron recibidos como libertadores en algunos países, ó el pueblo al menos se sometió con docilidad á su yugo, no hallándole más pesado que el que antes sufría. Así se explica, por ejemplo, que cuatro ó cinco mil muslimes conquistasen el Egipto. Así se explica que no muchos más hiciesen la conquista de España. En poco tiempo se extendió el imperio musulmán desde la India y las fronteras de la China hasta el Mediodía de Francia, salvando los Pirineos. Los árabes, sin embargo, no eran muchos, y arrastraron en su expansión, valiéndose de ellas para triunfar, á hordas bárbaras ó semi-salvajes, como los habitantes del Norte de Africa, mauritanos, bereberes, ó como queramos llamarlos. En España se llamaron y se llaman moros. Sin duda por cada árabe de los que vinieron á la conquista de España, bien se puede suponer que hubo un centenar de moros. Y esto en el principio, mientras España estuvo sometida al califato de Oriente, y también, así durante la independencia de la España musulmana del mencionado califato, como desde la fundación del de Córdoba hasta su desmembración y ruina después de la muerte de Almanzor. La multitud de reyezuelos que surgieron de la ruina del califato, cuando no eran renegados españoles, eran moros y no árabes. Y, por último, en la época de las dos primeras grandes invasiones africanas, la de los almoravides y la de los almohades, que en España prevalecie-

ron y duraron, el elemento arábigo entró por muy poco. Los invasores y dominadores de España fueron africanos bárbaros, que no pudieron traer ni trajeron ningún principio civilizador á nuestra Península. Aquí fué donde se domesticaron y civilizaron algo, sometiéndose sin sentirlo los vencedores á la superior inteligencia y saber de los vencidos y al influjo que de esto nace.

Los árabes mismos no poseían, al extenderse por el mundo y al apoderarse de España, una civilización superior y propia. Tuvieron, sí, el mérito de no destruir la civilización de los países que ocuparon: de aceptar y de recibir en cada región algo de lo que allí se sabía, ya conservándolo para que no se olvidase ó se perdiese, ya siendo como vehículo para llevarlo de una región en otra. Esta buena cualidad, que no fué sólo tolerancia, sino curiosidad simpática y afición respetuosa al saber de los vencidos, valió de tal suerte que, durante algunos siglos, acaso hasta después de las últimas cruzadas, pudo creerse que el mundo musulmán era más culto que el mundo católico, y los espíritus superficiales pudieron esperar ó temer que el islamismo en Asia, en el norte de Africa y en España, arrebatase al cristianismo europeo la bandera del progreso y la antorcha de la cultura. Casi todo este brillo, sin embargo, y esta aparente superioridad en algunos momentos históricos, se debieron en todas partes, y más que en ninguna en España, á la civilización de los vencidos, á veces respetada, por lo cual merecen los vencedores elogio, á veces viva y retoñando y reverdeciendo siempre, sin que pudieran los vencedores arrancarla de cuajo, á pesar de los esfuerzos que hicieron, y al fin sometiéndose á ella.

En suma, no es posible descubrir en toda la cultura hispano-muslímica cosa alguna de valer que haya surgido en Arabia ó en Africa, entre alarbes y moros, y que desde allí haya venido á España. A mi ver, cuanta alabanza se quiera dar á la cultura muslímica española, es alabanza que se da á los españoles mahometanos, y no á moros ni á árabes que viniesen

de fuera trayéndonos ciencias, artes ó industrias que aquí no existiesen ó que aquí no tuviesen origen.

Por lo demás, yo creo que en la prosperidad y en la grandeza de los estados ó reinos musulmanes que hubo en España, entran por mucho la ponderación y la jactancia de los historiadores. Entra también por algo la manía de no pocos críticos y pensadores modernos, de encarecer ó ensalzar demasiado cosas que, si bien son bellas ó buenas, no merecen tan ponderativos encarecimientos.

Apenas hay gran pueblo, de los que más han figurado en la historia, que no haya dejado más hermoso y brillante rastro de sí que los árabes en sus monumentos.

Se supone, y no he de negar que es suposición muy poética, que la cultura arábiga no sé si en España sólo ó también en otros países, depende ó está ligada á una estrella que los griegos llamaron Canopo y los árabes Sohail. Esta estrella brilló, siglos ha, muy alto sobre el horizonte de España. En el día, á causa de la precesión de los equinoccios, apenas se levanta poco más de un grado sobre el horizonte de Cádiz. Cuando Sohail desaparezca de nuestro cielo, desaparecerán también y serán ruinas y escombros los monumentos del arte arábigo que en España quedan.

Esperemos que este vaticinio astronómico no se cumpla, para lo cual importa que haya restauradores artistas como el Sr. Contreras, y que nuestros ministros de Fomento no escatimen los recursos, no ya para conservar lo que aún existe, sino para restaurar lo que se halla lastimosamente medio destruido. Así, por ejemplo, yo no me contento con que la Alhambra se conserve, sino que, si de mí dependiese, haría restaurar las dos torres de las Infantas y de la Cautiva, cada una de las cuales es, ó, mejor dicho, ha sido, y puede volver á ser, una primorosa filigrana: un palacio ó casa real de la Alhambra en miniatura.

Acaso como arquitectos es como los árabes son, ó han sido, más originales. ¿Pero quién negará que su arquitectura tiene

escasa majestad y solidez, y que se distingue y es digna de elogio, más que por nada, por las menudencias y prolijidades del ornato?

El edificio más grandioso que de la época muslímica queda en España es la catedral de Córdoba; la antigua mezquita de Abderraman. Pero en aquel bosque de columnas que forman las diez y nueve naves ó calles, ¿hay muchas columnas que sean arábigas? ¿No ve, hasta el más profano, que todas, ó casi todas, son de templos cristianos ó gentílicos, de la época romana ó de la época visigótica, arruinados y despojados por los muslines para edificar y hermosear su templo? Este templo, á decir verdad, no me entusiasma tanto como á otros, en cuyo entusiasmo me parece advertir no poco de extravancia. Hasta figurándome la mezquita íntegra, en todo su esplendor, sin templo cristiano en su centro y tal como estaba en la época de los Abderramanes, sin la pared que la limita ahora hacia el patio de los Naranjos, y dejándose ver desde él toda la longitud de las diez y nueve calles, alumbradas por lámparas de plata y oro, y hasta figurándome además en todo su esplendor y belleza los primorosos mosaicos, alicatados y dibujos de la capilla del Mihrab, yo hallo, y he de confesarlo aquí, aunque se pongan las manos en la cabeza los que me lean, que me parece más hermoso, más digno, más artístico el templo cristiano que se levanta ahora en medio de la mezquita y que tantas y tantas personas lamentan el que allí se haya levantado. Para mi gusto, no ya el templo en su totalidad, sino alguno de sus pormenores, como por ejemplo, la sillería del coro, vale más que el Mihrab con todos sus arabescos y que cuantos primores, labrados con prolijidad bárbara, contiene y contuvo la mezquita en su época más brillante.

No discuto aquí si hubiera sido ó no mejor edificar en cualquiera otra parte el templo cristiano y dejar la mezquita íntegra y tal como estaba. Falta de sentido arqueológico y de buena crítica de bellas artes puede afirmarse que hubo en esto; pero, ¿en el siglo XVI, hubiera habido en cualquiera otra

nación de Europa un amor más fino á la arqueología, y un juicio más claro sobre el valer artístico é histórico de un monumento, que hubieran impedido, sobreponiéndose al sentimiento religioso, la construcción de un templo cristiano en el centro de la mezquita? Si por una parte, algo de la mezquita se destruía, ¿cómo negar por otra que hay no poco de poético y de sublime en la idea realizada de levantar en medio del más espléndido santuario del islamismo y del arte oriental otro magnífico santuario, según el gusto europeo, más adecuado al culto y glorificación del Dios trino y uno?

No negaré yo la gracia y el encanto de algunas construcciones arábigas.

Si los árabes produjeron algo original, fué en arquitectura, aunque tal vez tomasen mucho del arte bizantino y de la arquitectura de la India y de la Persia y de otras regiones que invadieron ó conquistaron.

Aun así es de notar y de deplorar la vida efímera é inconsistente de los monumentos arábigos. La estrella Sohail no se había ocultado aún bajo el horizonte de España, y ya no había en Córdoba ni huellas de los palacios de los califas; Medina-Azahara se había desvanecido; los alcázares y jardines de Almotamid en Sevilla, de Almotacín en Almería, y de otros reyezuelos elegantes y sibaríticos, se diría que se los había tragado la tierra. De ellos no queda una columna en pie; ni huella, ni rastro. Todavía en Grecia, en Sicilia y en Italia, están erguidos y casi completos monumentos del arte helénico, anteriores de seis ó siete siglos á la Era cristiana; en Egipto, en la India y en la Persia y en otras tierras del centro de Asia, subsisten pasmosas obras que dan testimonio del poder arquitectónico de pueblos que fueron grandes hace miles de años, mientras que de los árabes, sobre todo en España y de la mejor época, apenas queda nada. El mismo alcázar de Sevilla, más que moro, es mudejar, y honra más el buen gusto del caprichoso y popular tirano D. Pedro de Castilla, que la elegancia del rey poeta Almotamid, ó la magnificencia de su

tremendo padre, que adornaba sus jardines y las puertas de su alcázar con las cortadas cabezas de sus enemigos.

Los encomiadores de los tiempos muslímicos en España ponderan más aún, y no menos superficialmente, el gran florecimiento y prosperidad á que la agricultura había llegado entonces. Para las irrigaciones, sobre todo, no tienen más que alabanzas. Hay quien imagina que España en tiempo de los moros era toda ella una florida, amena y fructífera huerta, que los cristianos luego hemos marchitado y destruido. Nada más falso que este aserto. Bastante digno de encomio hicieron los moros (ó, mejor dicho, los españoles musulmanes, pues no hay razón para que fuesen moros ó para que nosotros así los llamemos), á fin de cultivar, regar bien y hacer productiva la tierra, especialmente en Valencia, Alicante, Murcia y Granada; pero cuando se estudia bien este asunto, se ve que los cristianos hicieron más y mejor para el mismo fin después de la conquista, así en grandiosas y útiles obras hidráulicas, como en leyes y reglamentos para organizar sabiamente el regadío. D. Jaime I en Aragón y D. Alfonso el Sabio en Castilla, aunque no tuvieran más que este mérito, gozarían de inmortal popularidad y serían gloriosos y benditos. Pero hay más aún: los más colosales trabajos realizados para el riego, trabajos que pasman por su solidez y magnificencia, son de las épocas en que se supone á España sumergida en las tinieblas horrorosas de un brutal fanatismo; son del reinado de Felipe II, bajo cuya protección y por cuya excitación se construyeron los admirables diques y pantanos de Alicante, de Elche y de Almansa, ó son del tiempo de Carlos III, bajo cuya protección y por cuya excitación se hicieron los de Lorca.

En artes y letras es mayor desatino sostener que los moros importaran nada en nuestro país, ni influyesen, salvo un poco en la arquitectura, en el desenvolvimiento intelectual de los españoles. De escultura y pintura no hay que hablar, pues, aunque, á veces, faltando á los preceptos de su religión, esculpiesen y pintasen algo, lo por ellos pintado y esculpido fué

grosero y rudo. Así lo atestiguan las esculturas y las pinturas que en la Alhambra se conservan. Poesía dramática no tuvieron nunca. Algo de poesía épica ó narrativa puede decirse que tuvieron, si bien no tuvieron nada que, ni remotamente, pudiera compararse, no digamos ya al antiquísimo poema del Cid, pero ni á las leyendas de santos de Gonzalo de Berceo. De aquí se infiere que nuestra gran literatura nacional trilingüe, castellana, catalana y portuguesa, nació ó retoñó en estos idiomas vernáculos, de su antigua raíz y tronco cristianos y latinos: raíz y tronco firmemente plantados en nuestro suelo. Y si algo de fuera, si algo extraño vino á ayudar ó á fomentar el reverdecimiento de esta literatura, vino de Francia y de Italia, y no de la morería. Por el contrario, yo creo que debe y puede sostenerse que la pompa oriental, las galas y primores, á veces excesivos, y cierta redundancia que en nuestra poesía y en nuestra elocuencia se notan frecuentemente, y aun se censuran, son ya sobras ó defectos que de muy antiguo tuvieron los españoles, y por los cuales fueron motejados en Roma Lucano, Séneca y otros prosistas, oradores y poetas de nuestra patria.

En las poesías escritas en lengua arábiga por españoles y en España, aunque durante la dominación muslímica, no hallo difícil percibir, á través de la forma clásica tomada de la antigua poesía del Yemen y de la imitación de los verdaderos poetas árabes más famosos y celebrados, algo, y no poco, en el sentir y en el pensar, nacido en corazones y espíritus españoles, y que casi de seguro no hubiera nacido jamás en el alma de un moro de Africa ó de un beduino de Arabia. Este orientalismo es tan español y tan poco oriental, que á raiz de la última reconquista se manifiesta esplendorosamente en prosa y en verso en nuestra literatura española y nace del concepto fantástico, transfigurado y hermoso, que la mente de los vencedores crea y forma de las costumbres, usos, pasiones y cultura del pueblo á quien ha vencido. De aquí la novela caballeresca, la ficción graciosa de Ginés Pérez de Hita. Y de aquí

la multitud de preciosos romances moriscos y el tinte imaginariamente oriental que engalana tantas de nuestras obras poéticas, desde los mismos romances moriscos que incluye en sus *Guerras Civiles* el mencionado Ginés Pérez de Hita, hasta los admirables romances de Góngora y de D. Nicolás Moratín, hasta el arabismo cordobés del duque de Rivas en *El moro expósito*, y hasta los explendores y ensueños orientales del valenciano Arolas y del instintivo y popularmente iluminado poeta Zorrilla en su leyenda de *Alhamar* y en otras composiciones y fragmentos. Casi todo esto contiene un arabismo ú orientalismo hechicero y de color de rosa, tan creado por nosotros, que bien se puede asegurar que no hay árabe ni moro que, aunque se le tradujera en su lengua, entendiese palabra de ello. Ni cómo habían de entender las quintas esencias y los refinamientos amorosos y místicos que gastan los poetas y algunos de sus héroes, y los discreteos, delicadezas y finuras de de sus galanes y de sus damas?

No voy á dilucidar aquí si algunas poesías compuestas en España, aunque en lengua arábiga y por muslimes españoles, pudieron ejercer influjo en la poesía castellana; si los cristianos conocían dichas poesías arábigas; si varios romances, como el de *la pérdida de Valencia,* fueron traducidos ó imitados del árabe; si el arcipreste de Hita, ya en el fondo, ya en la forma, imitó cantares moriscos; y si la elegía de Abul-Beka de Ronda, en su primera parte, fué uno de los modelos que tuvo presente Jorge Manrique cuando compuso sus admirables coplas. Lo que sostengo es, que, en todo caso, fué cortísimo el influjo é insignificante la imitación. Schack, por más esfuerzos que hace, tiene que convenir en que los cristianos españoles conocieron poco la poesía arábigo-hispana y la imitaron menos, y tiene que convenir también en que esa poesía arábigo-hispana, más ó menos conocida é imitada, apenas tenía ya de arábiga sino la lengua en que estaba escrita.

Pasando ahora de las letras á la ciencia, empezaré por decir que no me incumbe estimar aquí y tasar en su valor la de

los árabes; pero sí procuraré, aunque sea compendiosa y someramente, hacer tres importantes afirmaciones. Es la primera la de que España, cuando la conquista muslímica, tenía su ciencia propia, de la que dan testimonio clarísimo no pocos escritores y sabios, descollando entre todos San Isidoro de Sevilla, y que esta ciencia, á pesar de las persecuciones y tiranías de los conquistadores, continuó luciendo entre los muzárabes ó pueblo cristiano vencido, y dió altas muestras de sí en el abad Sansón, en San Eulogio y en Alvaro de Córdoba. Es la segunda que los árabes y los moros no eran sabios cuando vinieron á España, ni trajeron sabios consigo, de suerte que los sabios y la sabiduría que hubo más tarde entre ellos, no deben tenerse por arábigas sino por españolas. Tan español es Averroes como Séneca, como Luis Vives ó como Domingo de Soto. Y es la tercera que, lejos de destruir los cristianos españoles la ciencia mucha ó poca de los españoles muslimes, la protegieron, la fomentaron, se aprovecharon de ella y la difundieron por toda Europa. En este punto, más que en ningún otro, la acusación de Draper no puede menos de atribuirse á mala fe, á ligereza ó á supina ignorancia.

Otro pueblo, además de los árabes y de los moros, hubo en España durante toda la Edad Media, el cual, por su larga permanencia entre nosotros (tal vez, en parte, desde antes de la venida de los romanos), no podía ser mirado en España como forastero, sino como indígena. Era este pueblo el israelita, que valió, importó é influyó más que los muslimes en la civilización del mundo, floreciendo y mostrando tal actividad en España por su saber, que bien podemos jactarnos de ello como de una gloria. Maimónides, Ibn Gebirol, los Ben Ezrra, Jehuda, Leví de Toledo y otros muchos filósofos, doctores y poetas nos pertenecen, como, por ejemplo, Mendelshon ó Enrique Heine pertenecen á Alemania.

Llamemos ahora, para acomodarnos á la manera vulgar de expresarse, ciencia arábigo-judaica á toda esta ciencia que floreció en España entre los españoles que siguieron la ley de

Moisés ó la ley de Mahoma. ¿Qué fundamento hay para asegurar, como asegura Draper, que los cristianos españoles la destruyeron?

Los rabinos ilustres, los filósofos y los doctores musulmanes, arrojados de Andalucía por el fanatismo de los almohades, tuvieron franca acogida y lograron protección generosa en las cortes de los reyes de Aragón y Castilla. Así, las célebres escuelas de Lucena y de Córdoba vinieron á trasladarse á Barcelona y á Toledo. Ansiosos de difundir por el mundo esta ciencia arábigo judaica, ya en la primera mitad del siglo XII, el arzobispo toledano D. Raimundo y sus amigos y clientes hicieron traducir, tradujeron y dieron á conocer á Francia y á otras naciones cristianas las obras y doctrinas de Al-kendi, Alfarabi, Avicena, Avicebrón y otros autores. Sin duda, Domingo Gundisalvo y Juan de Sevilla fueron los iniciadores y divulgadores primeros de la filosofía y del saber semíticos en la Europa de la Edad Media.

Ernesto Renán nos reconoce este mérito y nos concede por ello su nada sospechosa alabanza, diciendo: «La introducción »de los textos árabes en los estudios occidentales divide la »historia científica y filosófica de la Edad Media en dos épocas »enteramente distintas, y el honor de esta tentativa, que ha»bía de tener tan decisivo influjo en la suerte de Europa, »corresponde á Raimundo, arzobispo de Toledo y gran canci»ller de Castilla.»

Claro está que muy fácilmente y con erudición de segunda mano, tomada de varios autores españoles, entre los cuales sobresalen Menéndez y Pelayo y Amador de los Rios, pudiera yo extenderme aquí y convertir en libro este artículo para demostrar hasta la evidencia que todo el saber arábigo-judaico de España fué propio de los españoles, y que éstos, no sólo le crearon, sino que le divulgaron por toda Europa.

El librito del Sr. Simonet, que da lugar á las consideraciones que hemos expuesto, las confirma con gran copia de erudición y con multitud de datos y de hechos, algunos de los cua-

les citaré en este escrito, tomándolos al azar ó prefiriéndolos por más curiosos. Muladíes ó españoles de puro orígen, bien probado, ya por documentos históricos, ya por sus propios nombres de mal disimulada etimología latina ó peninsular, fueron: «Abdelmelic-ben-Hagib el Asolamí, Alí Ibn-Hazm, el célebre Ibn Thofail, el insigne botánico malagueño Ibn-Albaithar, el distinguido gramático Abdalah-Ben-Vivax, el poeta y naturalista Abú Otzman Ibn Loyon, los literatos y poetas Ibn Corral é Ibn Xalvator ó Salvador, y hasta el egregio filósofo Ibn Badja ó Pace (desfigurado el ablativo latino) á quien conocieron los filósofos escolásticos de la Edad Media con el nombre de Avenpace. «En conclusión (para terminar en este punto mi artículo, como termina el Sr. Simonet el libro de que trato), de los testimonios que hemos alegado se infiere que, ni al elemento arábigo, ni al berberisco, sino al indígena, se debe, en su mayor parte, el esplendor literario y artístico del califato cordobés y del antiguo reino nazarita. Y por si acaso nuestras razones no parecieren bastante fuertes, ó inspiradas tal vez por el sentimiento patrio, concluiremos apoyándolas en la autoridad de un crítico extranjero muy competente, del alemán Guillermo Lubke, que en su celebrado *Ensayo sobre la historia del arte* se expresa así: «Si el arte árabe se desarrolló en España con más perfección que en los otros países *islamizados*, se debe sin duda á las relaciones íntimas de moros y cristianos, en las cuales, éstos comunicaron á aquéllos algo de lo noble, amable y caballeresco que resplandece en todos los ramos de su civilización, ciencias, arte y poesía.»

Saltemos ahora de la llamada civilización oriental á la occidental, que, según Draper, también hemos destruido. Esta civilización, que Draper afirma que era superior á la civilización española del siglo XV, es la americana precolombina.

Imposible parece que se diga de buena fe tamaño disparate. ¡Qué diantre de civilización había en América antes de su descubrimiento! Por casi todas partes era completo el salvajismo. Menos en el Perú, no creo que en región alguna hu-

biese animales domésticos. Había en varias tribus conocimientos elementales de agricultura, pero en las demás se vivía de la pesca y de la caza, ó los hombres se comían unos á otros. Los sacrificios humanos exigían millares de víctimas. El perpetuo estado de guerra y los vicios nefandos destruían la población é impedían su aumento. En Méjico, que era el imperio más civilizado, no habían descubierto aún que con un líquido combustible y con una torcida se podían alumbrar de noche, y la pasaban á oscuras por falta de candiles. Los jeroglíficos en embrión de aztecas, yucatecos y otros pueblos del centro de América (aun dando por supuesto que los más significativos y mejor pintados no son posteriores á la venida de la gente española y no son obra de indios industriados y medio civilizados ya por nosotros), á más de ser casi ininteligibles, dejan entrever una cultura harto inferior á la de los antiguos imperios del centro de Asia más de mil años antes de Cristo. Si algo hubo de más valor en la antigua civilización americana, había decaído y se había corrompido ó degradado antes de llegar los españoles. Poco ó nada tuvimos que destruir nosotros que no fuera perverso y abominable. En cambio llevamos á América nuestra propia cultura europea y cristiana, y llevamos el café, la caña de azúcar, el caballo, la vaca, el carnero, el trigo, las frutas exquisitas de Europa y de Asia, y otras mil cosas excelentes que por allí no había.

Se nos acusa de haber procedido con crueldad y codicia y de haber sometido á duros trabajos y atormentado con atroces castigos á la población india, hasta el extremo de mermarla y aun de hacerla desaparecer en algunas regiones. No seré yo quien defienda á todos los aventureros españoles de entonces, admirables y gloriosos por su inteligencia y por sus bríos, pero que distan mucho de valer para modelos de santidad, y que tal vez, como vulgarmente se dice, eran lo peor de cada casa. Si hubieran sido aventureros ingleses, franceses ó alemanes los que á fines del siglo XV hubieran ido á América, ¿se hubieran conducido con más humanidad que los españoles? ¿Fue-

ron más mansos y amorosos con los indios los alemanes á quienes el emperador Carlos V concedió que se estableciesen y se extendiesen por las que hoy son repúblicas de Venezuela y Colombia? ¿Se condujo más afable y dulcemente, no ya con los indios, sino con los mismos españoles establecidos en América, el enjambre de piratas, corsarios y filibusteros que en diferentes épocas fueron allí contra nosotros?

Los hombres de guerra y de aventuras en todos tiempos, y más aún en el siglo XVI, no han pecado por lo cariñosos y suaves; y en dicha época había dos corrientes de sentimientos y de ideas que endurecían más sus entrañas: el fanatismo religioso de la Edad Media persistente aún, y el renacimiento pagano, que, al traernos las elegancias y los primores, las artes y las letras de la clásica antigüedad, nos trajo también no poco de su corrupción, de sus vicios, de sus pasiones sensuales y de su sed de deleites y bienes de fortuna. Muchos de estos defectos no podían menos de tenerlos los aventureros audaces que envió España á América; pero la misma España no los tenía. ¿Pueden ser más filantrópicas que lo que son las leyes de Indias? ¿Se mostraron nunca nuestros legisladores crueles ni faltos de caridad para con los pueblos salvajes ó semisalvajes á quienes civilizamos y cristianizamos? ¿Ha habido nunca pueblo de más *católico* corazón que el pueblo español? Y digo *católico* en el más lato sentido de la palabra, envolviendo en ella el significado que tienen hoy las palabras *cosmopolitismo* y *humanitarismo*. Fr. Bartolomé de las Casas no fué el único defensor de los indios; fué acaso el más vehemente y atrabiliario; pero antes y después de él hubo multitud de santos misioneros y de almas piadosas que defendieron y protegieron á los indios, y desde luego los consideraron iguales á ellos, y á veces superiores, cuando por su nacimiento, por la autoridad de que gozaban ó por el respeto que les tenían los de su casta, eran superiores en su tierra. No sería tan grande la tiranía y la opresión de España cuando, no sólo igualó al pueblo indio con el pueblo español, sino que dió car-

tas y títulos de nobleza á los indios que se distinguían ó eran ya nobles entre los suyos. Todavía, por ejemplo, es grande de España y duque, y goza de una pensión cuantiosa entre nosotros, el sucesor de Moctezuma.

Y últimamente, con motivo del centenario del descubrimiento de América, la ilustre duquesa de Alba, ha sacado del archivo de su casa y ha publicado un tomo voluminoso, donde se contienen multitud de títulos de nobleza, escudos de armas y honrosos privilegios concedidos por los monarcas españoles á muchos señores indios á raíz de la conquista.

En cuanto al pueblo, yo creo, y tengo por seguro, que se puede demostrar que en muchas de las tierras descubiertas y ocupadas por los españoles en América, los indios, en vez de perder, ganaron en ser conquistados. Aun durante la misma conquista, por mucha importancia que se dé á la superioridad de nuestra caballería, de las armas de fuego y de la pericia militar, no se comprende cómo unos pocos españoles pudieron vencer y sujetar con crueldades á grandes muchedumbres y á poderosos imperios. Esto se comprende mejor, entendido como debe entenderse: asegurando que los españoles triunfaron porque fueron allí como libertadores, y ganaron en muchas partes la voluntad y el auxilio de los indios mal contentos, los cuales lograron sacudir así la tiranía más espantosa. Es probable que en Otumba hubiese del lado de Hernán Cortés tantos indios como en el ejército contrario. Y no sin razón nos auxiliaron, porque salieron ganando en todo. «Antes, como dice Gómara, pechaban el tercio de lo que cogían y si no pagaban eran reducidos á la esclavitud ó sacrificados á los ídolos; servían como bestias de carga y no había año en que no muriesen sacrificados á millares por sus fanáticos sacerdotes. Después de la conquista, añade Gómara, «son señores de lo que tienen con tanta libertad que les daña. Pagan tan pocos tributos que viven holgando. Venden bien y mucho las obras y las manos. Nadie los fuerza á llevar cargas ni á trabajar. Viven bajo la jurisdicción de sus antiguos señores, y si éstos faltan,

los indios se eligen señor nuevo y el rey de España confirma la elección. Así que, nadie piense que les quitasen los señoríos, las haciendas y la libertad, sino que Dios les hizo merced en ser españoles, que los cristianizaron, y que los tratan y que los tienen ni más ni menos que digo. Diéronles bestias de carga para que no se carguen, y de lana para que se vistan; y de carne para que coman ca les faltaba. Mostráronles el uso del hierro y del candil, con que mejoran la vida. Hanles dado moneda para que sepan lo que compran y venden, lo que deben y lo que tienen. Hanles enseñado latín y ciencias, que vale más que cuanta plata y oro les tomaron. Porque con letras son verdaderamente hombres, y de la plata no se aprovechan mucho ni todos. Así que libraron bien en ser conquistados.»

Yo entiendo que la cándida y sencilla apología que acabo de citar, basta para prueba de cuán benéfico fué para los indios el triunfo de España sobre ellos. Dicha sencilla y cándida apología vale más que las declamaciones pomposas. Los hechos posteriores la confirman plenamente. Desde el Norte de Méjico hasta el extremo Sur de Chile y de la República Argentina, sería fácil demostrar que en el día de hoy hay más indios que hubo nunca y son más felices, mejores y más civilizados que jamás lo fueron; que bajo el dominio de España los indios que se distinguían ó lo merecían podían ser cuanto se podía ser entonces en España; generales, arzobispos, duques, marqueses, y presidentes de tribunales; y que ahora pueden ser, y son á veces, presidentes de las Repúblicas. En los Estados Unidos tal vez habrán sido más humanos con los indios. Pero yo no he visto indios muy en auge en los Estados Unidos, ni que alguno de ellos figure entre los personajes importantes, que por su riqueza, por su posición ó por su saber, influyan ni remotamente en el gobierno de la nación. Tal vez los indios de los Estados Unidos estén acorralados como en España solemos tener toros bravos en una dehesa ó jabalíes en un coto, mientras que los indios de las tierras que España

y Portugal ocuparon, ya presiden las Repúblicas como jefes supremos, ya brillan como oradores en las asambleas legislativas, ya mandan ejércitos, ya recorren como diplomáticos las cortes de Europa, ya ganan fama y aplausos escribiendo en la lengua del pueblo que los conquistó elegantes é inspiradas poesías é interesantes libros en prosa, cuyo valer y mérito somos los primeros en reconocer nosotros los españoles, no escatimándoles la alabanza sino complaciéndonos en darla, acaso y á veces más allá de lo justo.

Las tremendas acusaciones de Draper contra España están puestas en su libro con mero intento teórico, á fin de que en su ramplona filosofía de la historia figuremos nosotros como un pueblo precito, y á fin de que, en el drama cuya acción es el desenvolvimiento de la inteligencia humana y el paso de la edad de la fe á la edad de la razón, haga España el papel más odioso. Pero en el día se renuevan y se exacerban estas acusaciones, no ya para filosofar, mas ó menos burdamente, sino para sacar muy duras consecuencias prácticas contra nosotros. En los Estados Unidos escriben hoy muchos para denigrarnos como Draper escribía, siendo lo más gracioso que todo lo que dicen contra nosotros es con el fin de ensalzar á los cubanos y de afirmar que deben ser independientes y libres. Acaso el más feroz de estos escritores anti-españoles sea un cierto Sr. Clarence King, que ha publicado en la revista *The Forum* un artículo titulado *¿Ha de ser Cuba libre?* Un amigo mío anglo-americano me envió hace un mes dicho artículo, excitándome á que le contestase y hasta brindándome con que insertaría mi contestación en una revista de su tierra.

Las acusaciones del Sr. Clarence King, son menos razonables aún que las de Draper; pero como llevan el propósito de excitar en los Estados Unidos el odio y el desprecio contra España y de favorecer á los rebeldes de Cuba, auxiliándolos y declarándolos beligerantes, creo que algo conviene decir contestando al Sr. Clarence King, aunque la defensa que haga yo de España sea ligera, desenfadada y de broma, ya que el ar-

tículo del Sr. Clarence King no merece refutación más seria y detenida. Lo que diga yo sobre él será como remate y complemento de la impugnación que la salida de tono y los anatemas de Draper contra España me han inspirado..

Empezando ahora por contestar á la acusación que nos dirige el Sr. Clarence King de haber exterminado la población india de Cuba, que llega á suponer se elevaba á un millón de almas, diré que parece imposible que con seriedad se insinúe, ya que no se afirme, semejante disparate. Si á nosotros, fundándose en él, se nos dice: ¿Qué habéis hecho de ese millón de almas? ¿Caín, que has hecho de tu hermano? Con la misma razón podemos suponer nosotros que, en la inmensa extensión de territorio ocupado hoy por la gran república, había lo menos cuarenta millones de indios, y preguntar luego con voz fatídica: ¡Caínes! ¿qué habéis hecho de ellos?

De todos modos, á mí no me parecería razonable dirigirme á los ingleses pidiéndoles cuenta de esos indios que han desaparecido. Se la pediría en todo caso á los que se han apoderado de sus bienes después de matarlos y viven hoy en el territorio que ellos tranquilamente poseían. Porque es absurdo é irracional, suponiendo que gente de casta española mató á un millón de indios para apoderarse de Cuba, simpatizar con los herederos y con los que se aprovechan aún de la matanza y del robo, y condenar por ese robo y por esa matanza á los españoles de por acá, que desde el descubrimiento y la conquista de América hasta hoy no han hecho más que predicar y legislar en favor de los indios.

Es cosa de risa citar á Hatuei, que dijo que preferiría ir al infierno á ir al cielo con los españoles, para aplaudir á los descendientes de esos españoles porque se rebelan contra otros españoles que no sacaron el menor provecho de la muerte de Hatuei ni le hicieron el menor agravio. Todo lo que dice el señor Clarence King acerca de esto, vendría muy á propósito si hubiese aún en Cuba descendientes de Hatuei y de sus indios que apellidasen libertad y que pugnasen por arrojar de Cuba

á los españoles intrusos, lo mismo á Weyler, que á Maceo ó que á Máximo Gómez.

Otra no menos chistosa acusación del Sr. Clarence King contra nosotros se funda en la esclavitud de los negros; sosteniendo que, acostumbrados nosotros á mandar esclavos, no sabemos mandar hombres libres. No parece, al leer esto, sino que en los Estados Unidos no hubo esclavitud nunca. Dice también el articulista que España se vió *forzada* á dár libertad á sus negros. ¿Y quién le hizo tal fuerza? España dió la libertad de grado y con gusto. Y los propietarios de los negros no se opusieron con las armas á esta libertad, si bien en Cuba era el darla más difícil, más perjudicial económicamente y más peligroso que en los Estados Unidos, aunque no fuese más que porque en Cuba la población negra era tan numerosa como la blanca. No fué, pues, en España, fué en los Estados Unidos, ó al menos en mucha parte de ellos, donde se vieron *forzados* á dar dicha libertad; donde tuvieron que tragarla á regañadientes, y donde al que la dió, al libertador glorioso, no faltó quien en premio le matase de un tiro.

Por lo demás, la compasión hacia los negros esclavos acaso se pudiese probar que ha sido más tardia que en nuestra raza en la raza anglo-sajona, que bastante tiempo ha sido *negrera,* y donde aun, en el presente siglo, se inventan teorías tan filantrópicas y consoladoras, como la de Malthus y la del *Struggle for life.*

No en el día en que los españoles estamos harto abatidos, sino en los momentos ó en los siglos en que preponderábamos en el mundo, se le ocurrió á ningún español, que tuviera séquito y que valiera algo, el considerarse de una raza superior á las demás razas humanas, y el despreciarlas y humillarlas. Ni cuando el Gran Capitán se enseñoreó de Italia arrojando á los franceses; ni después de Lepanto, de San Quintín y de Pavía; ni cuando en Trento prevalecieron nuestros teólogos y reformando la iglesia oponían fuerte valladar al protestantismo y trataban de conservar la virtud que informaba y que unía la

civilización europea; ni cuando desde principios del siglo XV, con tenacidad admirable y con fe constante agrandábamos experimentalmente el concepto de las cosas creadas, circunnavegando el planeta, cruzando mares incógnitos y tenebrosos y descubriendo nuevos mundos y nuevos cielos, jamás hemos menospreciado á las otras naciones ni las hemos tratado con insolente orgullo, ni las hemos insultado como en el día se nos insulta.

A la verdad, ni ahora ni nunca habrá un solo español que rebaje la gloria de Lincoln; todos ensalzaremos esa gloria, pero alguna, aunque sea menor, nos toca colectivamente, porque dimos de buena voluntad y no por fuerza libertad á los esclavos negros de Cuba; y alguna gloria también, anterior y á mi ver más clara y con algo de divino, nos toca por haber sido de nuestra raza santos varones como Alonso de Sandoval y Pedro Claver, que hicieron por los negros, en un siglo en que aún se ignoraba hasta el nombre de filantropía, movidos de caridad cristiana, obras maravillosas por amor de Dios y de los negros de Africa.

Supone el Sr. Clarence King que en el carácter español (ya se entiende que en el de los españoles peninsulares, pues en el de los cubanos, sobre todo si son rebeldes, ha de haber habido una transformación dichosa), supone, digo, que en nuestro carácteter persiste, en combinación diabólica, la crueldad pagana de Roma, reforzada y sublimada con feroz intensidad por la Inquisición. De aquí resulta que el más blando y humano de nosotros es un Calígula-Torquemada. Y que á fin de evitar que sigamos haciendo atrocidades contra los pobrecitos é inofensivos insurrectos, los Estados Unidos tienen el deber moral de reconocer la beligerancia de dichos señores que no talan, ni incendian, ni saquean, ni cometen atrocidad alguna.

Lo de la Inquisición es una cantaleta que nos están dando los extranjeros desde hace mucho tiempo, y que nos tiene ya tan aburridos, que casi justifica que algunos españoles se pon-

gan fuera de sí y en apariencia se vuelvan locos, aunque sean sujetos de mucha madurez y juicio. Así es que, sin duda por chiste y para lucir la agudeza de su ingenio, alguien defienda la Inquisición todavía, como por ejemplo, lo hace con mucha gracia el catedrático D. Juan Manuel Orti y Lara, el cual llega á exclamar: «¡Oh dichosas cadenas del Santo Oficio, que tan fuertemente sujetaban al monstruo de la herejía, que no le dejaban libertad alguna para impedir á los ingenios españoles el vuelo que tomaron desde las alturas de la fe por las regiones del saber y de la poesía!»

Claro está que el monstruo de la herejía, que hoy anda suelto en España sin que la Inquisición le encadene, no impide al Sr. Orti y Lara que vuele por donde se le antoje y hasta que haga la apología de la Inquisición. Pero yo no quiero ni puedo hacerla, y convendré con el Sr. Clarence King en que la Inquisición era una infernal maquinaria muy á propósito para atormentar y matar á la gente. En lo que no convengo con el Sr. Clarence King, sacando una consecuencia opuesta á la suya y muy favorable á los españoles, es en que nosotros, poseedores de la maquinaria susodicha, hayamos atormentado y asesinado jurídicamente á más personas que las atormentadas y asesinadas jurídicamente en no pocas naciones extranjeras, donde tal vez y sin tal vez no hubo Inquisición nunca. Jamás la Inquisición de España se regaló ajusticiando víctimas tan ilustres como Servet, Vanini y Bruno. Jamás la Inquisición de España condenó, sino que aplaudió, defendió y ensalzó á Copérnico, á Galileo y á otros sabios, á quienes en tierra donde no había Inquisición condenaban. Y en lo tocante á la muchedumbre de gente menuda, quemada, ahorcada ó muerta por otros medios á manos del fanatismo religioso, nada tienen que envidiarnos los pueblos más cultos que en el día hay en Europa. Sólo de brujos y brujas, si hemos de creer á Michelet, en Tréveris quemaron siete mil; pocos menos en Tolosa de Francia; en Ginebra quinientos en tres meses; en Wurtzburgo, ochocientos de una sola hornada, y mil quinientos en

Bamberg. Convengamos en que jamás hubo en España tan espléndidas y colosales chamusquinas. Y es lo más chistoso, si yo no recuerdo mal (porque no doy ahora para comprobarlo con una Historia de los Estados Unidos que contenga el período colonial), que en esos Estados se quemaron y se ajusticiaron también brujos y brujas con profusión pasmosa. Por donde yo me inclino á sospechar que en toda la América, dominada por España durante los siglos XVI y XVII, no hizo la Inquisición tantas víctimas, contando judíos, mahometanos y herejes relapsos y hechiceros de todo linaje, como las víctimas que por sólo el delito de brujería fueron sacrificadas en los Estados Unidos cuando aún eran colonias.

Otra de las razones que tiene el Sr. Clarence King para desear que Cuba no sea española, es que Cuba es un paraíso muy fecundo y que en otras manos más trabajadoras y hábiles produciría mucho más. Este argumento, no obstante, no vale nada en favor de los cubanos. Es probable, es casi seguro que si los dejásemos en libertad, Cuba no prosperaría más de lo que hoy prospera. Si prevaleciesen los negros, Cuba sería como Haití, y si prevaleciesen los blancos y mulatos, Cuba sería como es Santo Domingo. Los cubanos, que de buena fe y de corazón estén con los rebeldes, si quieren entrever y columbrar el porvenir que siga á su triunfo, bien pueden mirarse en el citado espejo. Harto lo comprenderá el Sr. Clarence King, coincidiendo con mi parecer; pero por cierta púdica delicadeza no deja ver el fondo de su pensamiento. El fondo de su pensamiento es que Cuba llegue á ser una estrella más en la bandera de su patria. Adiós entonces idioma, casta, sangre y linajes españoles en la Isla. En ella, al cabo de veinte ó treinta años ó de menos, no se hablaría más que inglés. Todo hombre de origen español desaparecería de la Isla más pronto que desaparecieron los indios cuando se apoderaron de la Isla los españoles.

¿Pero qué mal, qué daño, qué terribles ofensas hemos hecho los españoles de la Península á los españoles de Cuba,

para que á ser unos con nosotros prefieran algo á modo de suicidio colectivo?

Nada prueba menos que el exceso de prueba. Figurémonos que el Sr. Clarence King tiene razón; que los españoles no sabemos gobernarnos; que nuestra administración es absurda y corrompida. Con esto no probará sino una cosa: que si los cubanos toman muy á pecho su desgobierno, no deben separarse de España, sino separarse de ellos mismos y ser otros de los que son, y convertirse, por ejemplo, en *yankees*. ¿En una nación tan democrática como es y ha sido siempre la nuestra, qué diferencia puede haber ni hubo nunca entre un español de Cuba ó un español, v. gr., de Málaga, de Loja ó de Logroño? ¿Los que alternan, en España, en el poder, con turno más ó menos pacífico, los Narvaez, los Cánovas y los Sagastas, ¿no pudieron ser cubanos? ¿Qué inferioridad hemos supuesto nunca, ni por ley ni por costumbre, que exista entre un español de por acá y un español de por allá? La igualdad más perfecta entre todos los españoles de la Península y de Ultramar ha sido proclamada siempre en leyes, pragmáticas, ordenanzas y decretos. Felipe II la proclamó solemnemente con palabras citadas por el mismo Sr. Clarence King. Si esta unidad legal existió bajo un poder absoluto, lo mismo era para los peninsulares que para los cubanos, y estos últimos no podían pretender entonces ser más libres que nosotros. Pero no bien hubo en España una Constitución liberal, en 1812, la Asamblea que formó esta Constitución declaró, adoptando la elevada idea de Felipe II, que la nación española es el conjunto de todos los españoles de ambos hemisferios. Las libertades de que desde entonces debieron gozar los peninsulares las debieron gozar también los cubanos. No fué culpa nuestra que Fernando VII, el Deseado, diese al traste con todas esas libertades, no bien volvió á España en 1814. Renacieron dichas libertades en 1820, en virtud, por desgracia, de un motín militar, que puede considerarse como el pronunciamiento inicial en la larga serie de pronunciamientos que después ha

habido. Y menos culpa nuestra es aún que, en 1823, así los peninsulares como los cubanos, perdiésemos de nuevo las mencionadas libertades, por obra de los cien mil hijos de San Luis, sostenidos moralmente por la Santa Alianza, ó sea por Rusia, Prusia y Austria, con el beneplácito sin duda de la libre Inglaterra.

De cuantas crueldades y tiranías y de cuantas muestras de grosero, torcido y falso celo religioso hizo y dió entonces un partido fanático por el afán de extinguir en España la civilización moderna y de retroceder á una edad de ignorancia y barbarie, que jamás existió y fué completamente soñada, más culpa que dicho partido fanático y servil tuvieron la Santa Alianza, los franceses que ejecutaron sus órdenes y casi toda Europa, abrumando con su peso al pueblo español y desatando las manos de Fernando VII para que, en premio de haber peleado por su trono, cargase á este pueblo de cadenas. Pero aun así, justo es confesar que los cubanos fueron los que menos padecieron, si es que algo padecieron, de este último absolutismo de los diez años.

Una prueba más de que no son los españoles peninsulares tan culpables de este absolutismo de los diez años, sino de que nos le impusieron las más poderosas naciones de Europa, es que, desde que en 1834 hubo en España un gobierno liberal, los gobiernos de esas naciones se negaron á reconocerle, le volvieron la espalda y favorecieron al pretendiente, rey de los fanáticos y serviles. El nuevo orden de cosas no fué reconocido en España, por Prusia y Austria hasta después de la revolución de 1848, y por Rusia hasta 1857.

Y como yo no quiero condenar á nadie en más de lo justo, y menos á naciones tan ilustres como Rusia, Prusia y Austria, ni quiero tampoco injuriar al partido absolutista español, diré que alguna explicación y hasta disculpa tuvieron el odio y el terror de ellos á las modernas libertades, ya que tanto glorificaban, como el Sr. Clarence King, la primera Revolución francesa. Por pasmosos que hubiesen sido sus triunfos guerre-

ros, no bastaban á atenuar las atrocidades de Dantón, Marat y Robespierre, y los espantos del *Terror* y de la guillotina; y fué lo peor que todo ello tuviese por resultado un gran genio militar sin duda, pero á la vez un déspota, que humilló y ensangrentó la Europa entera, sin que el más hábil y sutil profesor de filosofía de la historia pueda descubrir, fuera de la ambición personal, del prurito de elevar á la familia y á los amigos, y del afán del predominio de un pueblo sobre los otros, propósitos y fines altos y providenciales, parecidos á los que más ó menos conscientemente tuvieron Alejandro y César.

Será pensamiento mío, que tal vez escandalice á muchas personas, pero que ahora se me ocurre y no puedo menos de expresarle: la primera Revolución francesa, en vez de acelerar el advenimiento de la libertad verdadera y los progresos del linaje humano, vino á atajarlos, poniéndoles como obstáculo que tienen que saltar en su curso, el miedo y la repugnancia que los desórdenes y crímenes de la Revolución inspiraron.

Comoquiera que ello sea, pues sería muy largo discutirlo aquí, vuelvo á la cuestión de Cuba. Hoy que tenemos libertad, los cubanos la tienen también como nosotros. Sus senadores y sus diputados toman asiento en nuestras Cortes. Allí defienden sus intereses, allí piden reformas, allí concurren á legislar con los demás representantes del pueblo, y aun son más considerados y atendidos. Nunca, pues, la rebelión ha sido menos justificada que en el día por motivos políticos.

¿Lo será acaso por motivos económicos? Menos aún. Los cubanos no pagan tanta contribución como nosotros. Apenas pagan contribución territorial. Pagan en las aduanas. Y si algún empleado de los que van de la Península, se enriquece por allá, bien puede afirmarse que no es á costa sino con beneficio de ellos, favoreciendo el contrabando.

En lo tocante á la solicitud con que el gobierno de la metrópoli procura el fomento de la producción agrícola, de la industria y del comercio de Cuba, se llega á un extremo casi

increíble. En prueba de ello, baste citar el Tratado que los señores Foster y Albacete negociaron en Madrid, siendo Presidente de la República el Sr. Arthur, y que el Sr. Cleveland, no bien entró en la Casa Blanca, retiró sin consentir que se ratificase. Si el Tratado hubiese sido ratificado, los azúcares de Cuba hubieran ido á la gran República libres ó casi libres de derechos, y de la misma manera hubieran sido recibidas en Cuba las harinas, las carnes y muchos productos de la industria anglo-americana. Inútil es ponderar la prosperidad y el auge que esto hubiera traido á la perla de las Antillas. Para lograr este fin, hubiéramos sacrificado nosotros con buen ánimo la agricultura de Castilla, cuyas harinas no hubieran podido resistir la competencia, el comercio de Santander, bastante de la industria catalana y no cortos intereses de nuestra marina mercante.

Alguna queja tengan acaso los cubanos de que, á fin de proteger la industria azucarera peninsular, se grave con demasiado derecho de introducción la azúcar de Cuba; pero el fundamento de esta queja es aparente cuando se considera el corto consumo que España puede hacer y hace de azúcar, en comparación de lo que totalmente produce la Isla, que por otra parte cuenta con más ricos, favorables y cercanos mercados.

Dice el Sr. Clarence King, que por codicia, por la riqueza que de la Isla sacamos, y por lo que esperamos sacar, nos resistimos á que sea independiente y libre. A mi ver, nada hay más falso; y creo que de los diez y ocho millones que hay de españoles, sólo no pensarán como yo mil ó dos mil á lo más. Todos sabemos que en los cuatrocientos años que hace ya que poseemos á Cuba, sólo durante quince ó veinte ha habido sobrantes en las Cajas de Ultramar. En los otros trescientos ochenta y tantos años, Cuba no nos ha valido sino gastos, sacrificios y desazones. ¿Pues entonces—dirá el Sr. Clarence King—por qué España no abandona á Cuba? La pregunta equivale á la que pudiera hacerse á una buena madre, cuya hija

mimada no le trajese más que gastos, si se la aconsejara que la dejase en plena libertad para que ella se ingeniase y buscase quien con más lujo la mantuviera. Conservar á Cuba no es para nosotros cosa de provecho, sino punto de honra de que España no puede prescindir.

La nación que ha descubierto, colonizado, cristianizado, y civilizado á América, tiene más derecho que ninguna á ser y á llamarse americana, aun dentro de las doctrinas de Monroe, y tiene el deber sagrado é ineludible de sostener este derecho con razones y con armas, hasta donde sus fuerzas alcancen y mientras su sangre, su dinero y su crédito no se agoten.

No se comprenden los argumentos que se puedan alegar en los Estados Unidos para proclamar la beligerancia de los insurrectos cubanos y para excitar acaso á otras potencias á que también la declaren. No hubiera habido menos motivo para pedir ó declarar hace años la beligerancia del Tempranillo, del Chato de Benamejí ó de los Botijas. No se conducen mejor Máximo Gómez y su cuadrilla ni atinan con más habilidad á escabullirse de sus perseguidores. Las diferencias que hay son favorables á aquellos antiguos bandidos de la Península, porque no eran incendiarios, y porque, cuando se acogían á indulto, cumplían como caballeros y no volvían á las andadas, engañando y burlando á los que los habían indultado.

En la pasada guerra civil cubana, el conde de Valmaseda, ofendido de estas villanías con que era burlada y pagada la generosidad española, dió un bando, no he de negar que harto violento; pero esto no basta para justificar la nota dirigida por el Sr. Fish, secretario de Estado, al ministro de España en la gran república.

Esta nota es una dura reprimenda hecha en nombre de la civilización cristiana y de la humanidad, por alguien que debió de creerse, sin el menor interés, representante y Encargado de Negocios de dicha civilización y aun del linaje humano, y con autoridad para dirigirse á nosotros como á un subordi-

nado suyo. Fueran las que fueran las faltas cometidas por el conde de Valmaseda, el Sr. Fish cometió al dirigir la nota un atentado contra la soberanía, la autonomía y el decoro de España, cuyo ministro, si su gobierno no hubiera sido tan débil y le hubiera prestado apoyo, lo menos que hubiera debido hacer es devolver la nota sin contestación, dándola por no recibida, como alguna otra nota, menos insolente y soberbia, se devolvió en Madrid á un ministro anglo-americano.

Ahora, por fortuna, si de algo han pecado el noble general Martínez Campos y los demás jefes y autoridades de España en Cuba, ha sido de lenidad, de espíritu de conciliación y de generosa confianza. Repito, pues, que no se comprenden los argumentos que pueden alegarse en los Estados Unidos para declarar la beligerancia de los insurrectos cubanos y para excitar á otras potencias á que la declaren.

Ni el gobierno español ni sus agentes han cometido ni cometerán en Cuba crueldad alguna. Aunque los foragidos que está asolando el llamado, por el Sr. Clarence King, fecundo paraíso, no merecen que las potencias cultas de Europa los amparen ó los protejan, no contra nuestra saña, sino contra nuestra justicia, yo espero que ésta se temple y mitigue con la mayor misericordia; mas no por eso acierto á explicarme que á los cabecillas rebeldes, á los principales al menos y á los que no tienen siquiera la excusa de ser cubanos y de estar cegados por un mal entendido amor á la patria, se les perdone si llegan á caer en poder de nuestros soldados. Justo y necesario será algún saludable escarmiento.

Difícil es, cuando no imposible, descubrir el motivo de queja que, en nación tan grande y generosa como los Estades Unidos, pueda haber contra España, bastante á mover á mucha parte de su ilustrada prensa periódica, al Sr. Clarence King y á una respetable comisión de senadores, á que pidan, valiéndose de mil injurias contra España, que el gobierno de la gran república declare beligerantes á los insurrectos, procure que otras potencias también los declaren, y garantice

así la impunidad de todos ellos para el día en que depongan las armas, cansados de andar á salto de mata y de perpetrar toda clase de delitos. Por el contrario, España es quien puede quejarse por no pocos motivos : porque la acogida y el favor que reciben en aquel país los ingratos y rebeldes hijos de España excede sobremanera á la más franca hospitalidad, y porque bien puede recelarse que excitado por ellos el gobierno anglo-americano ha mostrado con frecuencia cierto prurito de vejarnos y lastimarnos.

Hay una, en mi sentir, detestable costumbre, fundada en torcidos principios de Derecho internacional, que prevalece en todas las naciones cultas, y no lo negamos, también en España. Hablo de la exagerada obligación en que se creen los gobiernos de proteger á sus súbditos en país extraño y de pedir, hasta con amenazas, que reciban indemnización de perjuicios que se les causen ó de pérdidas que tengan.

Los gobiernos, movidos por la opinión pública, extraviada ó violenta, reclaman, tal vez sin mucha gana y por cumplir, pero reclaman, y suelen nacer de las reclamaciones tirantez, enfriamiento de amistad y hasta conflictos. Y es lo más deplorable, que cuando la potencia que reclama es fuerte, humilla á la débil, en ocasiones la atropella y casi siempre le saca el dinero. Y en cambio, cuando es más débil la potencia reclamante, en vez de salir airosa, es desdeñada en su reclamación, y su súbdito ofendido se queda burlado en vez de lograr se indemnizado.

Cuando por cualquiera circunstancia se equilibran las fuerzas de las potencias reclamante y reclamada, suelen originarse hasta guerras, aunque para declararlas se busque ó se invente otro fundamento. Así, por ejemplo, si bien se rastrea y aun se escarba hasta llegar á la raíz de algunas expediciones belicosas, se verá que nacen de reclamaciones poco atendidas de particulares. Probablemente, si Francia y España no hubieran reclamado algo en balde para súbditos suyos, tal vez nunca hubieran tenido la ocurrencia de favorecer

en Méjico á un partido monárquico y un tanto aristocrático y de ir allí á levantar el trono, que pagó más tarde muy caro un príncipe egregio y bondadoso. Tampoco sin reclamaciones hubiera habido guerra del Pacífico, ni bombardeo de Valparaíso y del Callao.

Cuando la nación de quien se reclama es débil, sin duda que no hay guerra, pero suele haber violencia y atropello. Así, pocos años ha (y prescindo de todo disimulo diplomático) Italia contra Colombia.

Véase, pues, con cuánta imparcialidad reconozco que apenas hay potencia, incluso España, que no adolezca de esta manía de reclamar exageradamente en favor de sus súbditos, establecidos ó de paso, en país extranjero, aunque cristiano y civilizado como aquel de que son naturales. A mi ver, sería bueno y provechoso decidir en el primer gran Congreso diplomático que haya, que esa protección del súbdito en país extranjero no la ejerza ninguna potencia cristiana y culta, sino cuando dicho súbdito vaya á vivir á un país bárbaro ó resida en él, y que, si reside en un país culto y cristiano, como el país de que procede, se someta á las leyes, usos y costumbres del país de su nueva residencia, sufra las molestias y se exponga á los peligros que allí sufren ó á que allí se exponen los demás, y reclame contra cualquier agravio ó daño, no por la vía diplomática, sino por los medios y recursos que le preste la legislación del país adonde voluntariamente ha ido.

Así se evitarían muchos males. Así se evitaría que, en ocasiones, en vez de ser una ventura que venga un extranjero, con capital ó con inteligencia ó con ambas cosas, á un país pobre y débil, sea una calamidad ó un ominoso preludio de vejámenes y sobresaltos, y así se evitaría que el extranjero que pasa de un país débil á un país fuerte sea desatendido y acuda en balde, en cualquier reclamación, á su legación, á su cónsul ó directamente á su gobierno.

Hasta hoy no se ha pensado en esta reforma del Derecho internacional, que ligeramente dejo indicada. No clamo, pues,

contra la costumbre protectora. No protesto del uso, sino del abuso. Y lo que más lamento en que en los Estados Unidos se haya sutilizado y alambicado tanto el uso ó el abuso, que no reclaman sólo en favor de legítimos, castizos y nativos anglo-americanos, sino en favor de cualquier cubano rebelde que se va á la gran república huyendo de la autoridad española por delitos políticos que su nueva patria adoptiva no considera como tales. Han procedido de aquí muchas reclamaciones, que hemos satisfecho con longanimidad lastimosa, por donde los rebeldes, al ver la protección triunfante que se les otorga y la condescendencia con que España la acepta y paga, desdeñan á España y reciben alicientes y estímulos para rebelarse contra ella.

A despecho de tanta dificultad, entre las cuales, como se ve, cuentan por algo las que los Estados Unidos nos suscitan, todavía espera la mayoría de los españoles, y yo con ella, que Cuba, por ahora, *no ha de ser libre*, como el Sr. Clarence King ansía y propone. Esperemos que Cuba siga siendo libre, pero española, como la metrópoli desea, pero tenga por seguro el Sr. Clarence King que, si por desgracia y lo que Dios no permita, se agotasen nuestros recursos y tuviésemos que abandonar la gran Antilla, no hay español peninsular que sueñe por espíritu vengativo con que aquello se vuelva ó *yankee* ó *merienda de negros*. Por cima del patriotismo y más allá del patriotismo, vive y alienta en nosotros el amor de casta ó de raza. Ojalá, primero, que Cuba siga siendo española; pero si Cuba deja de serlo, ojalá que sea pronto, para gloria y satisfacción de la antigua madre patria, una gran república cultísima y floreciente. Entonces, Máximo Gómez, por ejemplo, á quien ahora fusilaríamos ó ahorcaríamos sin escrúpulo y para cumplir con una penosa obligación, brillaría con aplauso nuestro, á la altura de los egregios libertadores; podría ponerse al nivel de Simón Bolívar y de Jorge Whasington y tener estatuas y monumentos como los que ellos tienen. Lo malo es que bien se puede apostar uno contra mil á que ese estado de florecimiento

y de grandeza no llegará para Cuba, ni en muchos siglos, si prematuramente y con marcada y notoria ingratitud, lograra separarse ahora de la metrópoli. Queden, pues, tranquilos los anglo-americanos y los hispano-americanos, y no recelen, que ni á Jorge Whasington ni á Simón Bolívar le suscite el cielo ó el destino un rival de gloria.

JUAN VALERA.

LOS SALONES DE LA CONDESA DEL MONTIJO

III (1).

Desde el reinado de Carlos IV, en que la reina María Luisa de Parma, había impuesto á la alta sociedad de Madrid, el trato íntimo de una elegancia suprema, hasta la regencia de María Cristina de Nápoles y los veinte primeros años del reinado de doña Isabel II, no habían vuelto á reproducirse aquellas costumbres del buen tono que han dado carácter á la corte de España en ciertas épocas determinadas de nuestra historia moderna. La exaltación de las costumbres populares, adoptadas en su más bella expresión, por la reina, la corte, las clases superiores y opulentas, las musas de Moratín y los númenes de Goya, imprimió su tinte peculiar á la primera de las épocas referidas: la exaltación de la poesía y de las artes, convertidas de igual modo, en el Liceo y en el Instituto, en la idolatría de todo el régimen social, desde el trono hasta las buhardillas de la indigencia, imprimió el suyo á la de la regencia de doña María Cristina de Borbón y el del reinado de doña Isabel II, principalmente desde la declaración de la mayor edad y los casamientos reales, fué los salones y los bailes suntuosos, los desfiles de la Castellana y el Teatro Real. Los bailes y las recepciones animaban las espléndidas salas de la residencia real, en el palacio de

(1) Véanse los I y II en La España Moderna, Enero, 1896, pág. 88.

Oriente. Ya con el carácter de familia, ya con el de recepciones ó bailes generales, hacían una segunda corte de la morada en que la Reina Madre, casada con el duque de Riansares, é ilustrando la primera edad de sus lindas hijas la marquesa de Vista Alegre y la duquesa del Castillejo, habitaba en la calle de las Rejas, frente al palacio de los próceres de doña María de Molina. La alta banca extranjera domiciliada en nuestra capital, como la casa de Mr. Daniel Weisweiller y la diplomacia acreditada cerca del gobierno, estimulaba por los mismos medios aquella aproximación de clases y de elementos políticos de todo género. Además, la sociedad aristocrática mantenía abiertos salones, donde, cuando menos un día señalado á la semana, se reunía un número de contertulios distinguidos á tomar te, danzar *ó hacer* música, jugar al tresillo, y á veces dar lecturas poéticas ó representaciones dramáticas de elegantes aficionados, amén de tres, cuatro ó seis bailes de mayor extensión en las proximidades de cada cuaresma. Madrid tenía en esta época tres salones cuando menos siempre abiertos, de ninguno de los cuales era enteramente ajeno la política: los salones de la condesa del Montijo, los salones de María Buschental y los salones que seguían á la mesa diaria de la condesa del Campo de Alange. Esto no obstaba para que otros nobles ó ricos y siempre algunos de los representantes de las diversas potencias en nuestra corte, facilitaran también los suyos á la gente joven del gran mundo y á la gente provecta de la fortuna, de la política, de las letras y de la banca. Esta costumbre estuvo algún tiempo tan en boga, que todos recordaban que en el año de 1850, en menos de dos meses, de Enero á Marzo, se dieron por la sociedad elegante de Madrid y en sus domicilios particulares cuarenta y nueve grandes bailes, de los que sólo dos ó tres fueron de trajes ó de máscaras y uno de niños.

Desde el casamiento de Eugenia de Guzmán, con el emperador Napoleón, la residencia de su noble madre en Madrid fué el centro de la alta política, con tanto mayor motivo, cuanto que, habiendo sobrevenido en 1854 la revolución de Julio,

que expulsó de Madrid á la reina doña Cristina, los salones del palacio de la calle de las Rejas quedaron deshabitados, y aún más que deshabitados, desnudos; porque en los motines de Julio las turbas insurrectas hicieron hoguera de los ricos muebles de aquella casa, como la habían hecho de los de las del conde de San Luis, el marqués de Salamanca y otras personas influyentes de las últimas situaciones *polacas,* en quien el odio popular había puesto su blanco.

La condesa del Montijo tenía la costumbre de solemnizar cada año con un gran baile los días de su hija mayor, la duquesa de Alba; después todos los domingos tenía recepciones no generales, que duraban hasta que al fin de la primavera se retiraba de temporada á su preciosa quinta junto á Carabanchel. La proximidad de esta linda posesión á Madrid hacía que fuese visitada con la misma frecuencia que si formara parte del radio de la capital: por manera que, cuando en los estíos, la condesa no salía á sus expediciones al extranjero, la quinta de Carabanchel era la continuación de los salones del palacio de la plazuela del Angel. El año de 1853 celebró la condesa en París, con el casamiento de la emperatriz los días de la duquesa Francisca de Sales; pero desde el siguiente de 1854 aquellas mismas recepciones tuvieron otro carácter: la dueña de la casa ya no era simplemente la viuda de un grande de España y la madre de dos hermosuras de primer orden, condecoradas además con el rango superior de la vieja aristocracia española y sostenida con una cuantiosa fortuna; la dueña de la casa desde entonces era la madre de la emperatriz de los franceses, consideración de sumo peso para nuestra propia corte, para la gente política y para la representación diplomática extranjera acreditada cerca del gobierno de doña Isabel II.

Para la temporada de 1854, lo primero que mandó hacer la condesa fué transformar en su adorno las habitaciones principales de su espacioso palacio. Todo se había retocado en él, todo había sufrido alteraciones más ó menos importantes; pero

cuando después de su restauración, el 29 de Enero, se inauguraron los salones de su hermosa residencia, todo el mundo selecto que fué invitado á ellos, por mucho tiempo se hizo lenguas del lujo y exquisito gusto que allí se había desplegado. La antigua sala amarilla había sido estucada de blanco con infinitas molduras doradas, que le hacían revestir un aspecto mágico con sus colosales espejos, sus espléndidas colgaduras, sus soberbios candelabros de cien luces cada uno y su mueblaje todo de la última novedad en la construcción artística y en los escogidos materiales. Hasta el pavimento, antes de losetas alternas de mármol y pizarra, había sido cambiado por un mosaico de maderas primorosas, y que fué el primero de su clase que se construyó en Madrid. El gabinete ovalado había sido revestido nuevamente de damascada seda azul, y la amplia escalera resplandecía con sus grandes lámparas de gas, sus estatuas de alabastro y sus jarrones colosales de mayólicas italianas ó de porcelana del Japón y la China, inundados de flores y de palmeras y arbustos de salón. La vista allí se dilataba en conjunto tan magnífico de cosas artísticas y de cosas elegantes, en aquel tiempo en que el lujo moderno no se había generalizado entre nosotros, como posteriormente sus espléndidos atavíos. Los revisteros de entonces dijeron que aquello era imposible de describir y más imposible todavía de imaginar. En el Casino de Madrid y en otros círculos de la murmuración se dijo que aquella ostentación había provocado la rivalidad de la reina madre, en su palacio de la calle de las Rejas, y desde luego se echó de ver, que, aunque á la primera de las recepciones de la condesa del Montijo en aquel año asistió el duque de Riánsares, la reina María Cristina objetó un pretexto para excusarse. Esto no fué obstáculo para que la concurrencia fuera aquel día tan verdaderamente extraordinaria, que hasta las primeras horas de la madrugada, habiendo comenzado el baile á las once de la noche, apenas podían moverse en las espaciosas salas ni las parejas de la polka y el vals, ni los cuadros del rigodón. Por una parte suscitaba

gran curiosidad ver las transformaciones hechas en aquel palacio, que desde mucho tiempo antes se habían venido ponderando en todo Madrid; por otra, á la sociedad española había sido muy agradable ver exaltada una compatriota que gozaba tantas y tan universales simpatías á un trono como el de Francia, y todos se adelantaban á revelar estas pruebas de su adhesión á la feliz madre que veía á sus dos hijas colocadas en la altura que habían logrado. Todavía viven muchas damas de las que aquella noche asistieron al baile de la condesa del Montijo, entre ellas la duquesa Angela de Medinaceli, entonces en todo el esplendor de su juventud, perpetuada por los encantos de una naturaleza que no se rinde y cuya rivalidad con la duquesa de Alba ha pasado á las leyendas de la posteridad; la duquesa de Fernán-Núñez, joven entonces también, y que en la riqueza de sus trajes y joyas no admitía competencia con ninguna; la marquesa de Molins, digna consorte de un poeta soñador, á la sazón ministro de la corona, y gloria á la sazón de todas las Cármenes; la condesa de Heredia Spínola, otro tipo de la rica esplendidez castellana; la entonces señorita de Zarco del Valle, después marquesa de Mendigorría, y otras de las que constituían el núcleo militante de la buena sociedad con las duquesas de Alba y Fernandina, de Medina de las Torres y de Sanlúcar la Mayor, de San Carlos y de Tamames, princesa Pía de Saboya, las marquesas de Escala, Portugalete, Santa Cruz y Arenales, las condesas de Campo de Alange, Esterhazy, Castellá, Quinto y Velle, Fuenrubia y la Cimera, y muchas otras de que aquí no cabe un catálogo abreviado.

A fin de apagar en parte los humos de aquella gran solemnidad de la madre de la emperatriz Eugenia y de la duquesa de Alba, para el día siguiente, el 30 de Enero, la reina Cristina había circulado sus invitaciones, más numerosas que otras veces, á todo el gran mundo social, político, literario y artístico de Madrid. Aunque la rivalidad fué conocida, no dejaron de ser de los primeros que pisaron la residencia casi real de la

calle de las Rejas la condesa viuda del Montijo y los duques de Alba; pero como se había sabido que la reina Isabel no asistiría, como se había anunciado, algunas personas de las que pisaban las alfombras de aquella casa en las grandes ocasiones, se retrajeron, y la recepción quedó reducida á una de las que con carácter de familia se celebraban allí todos los lunes, y que hasta entonces habían estado muy brillantes. El mes de Febrero era siempre, como antesala del carnaval, el mes de la actividad de los salones: los del cuerpo diplomático, con excepción de los del marqués de Turgot, embajador de Francia, no fueron abiertos, no faltaron otros que los reemplazasen, aunque en los círculos fueron muy comentadas algunas de aquellas omisiones. Los condes de Esterhazy, representantes del imperio de Austria-Hungría, fueron de los que pretextando la próxima salida del ministro para Viena á fin de asistir á las ceremonias y fiestas del casamiento del emperador Francisco José con la princesa Maximiliano de Baviera, Isabel Amalia, no obsequiaron, como en años anteriores habían tenido por costumbre, á sus numerosos amigos del gran mundo madrileño. Esta conducta la imitó el barón Daniel de Weisweiller, que había pasado el invierno en París. Pero en todos los círculos se creyó que aquella excusa obedecía á la tirantez en que habían quedado las relaciones entre los dos imperios con motivo de la exaltación de la condesa de Teba al tálamo nupcial de Napoleón y de los sentimientos que éste, para justificar su elección, había expresado sobre el segundo matrimonio de su gran tío Napoleón I con una archiduquesa de Austria. Otro salón tampoco abierto aquel año á la sociedad de Madrid, fué el del Sr. Osma, después marqués de la Puente y Sotomayor, y á la sazón ministro del Perú en nuestra corte. Pero éste tenía motivos de muy diverso género. Para dar mayor esplendor á sus recepciones, no solo había tomado en arrendamiento uno de los pisos del suntuoso palacio de Villahermosa, en la esquina del Prado, sino que había mandado adornarlo y amueblarlo con un lujo casi de leyenda. Aunque creyó que para el prime-

ro de Febrero estarían terminadas las obras emprendidas con este motivo, nuestros artistas no dieron cumplimiento á los cálculos del diplomático opulento, y aquel año tuvo que renunciar á las fiestas de su casa, que eran muy apetecidas por toda la sociedad madrileña.

Sin pretenderlo aparentemente ninguna de las dos partes, el caso fué que los dos salones de la reina Madre y de la madre de la emperatriz, en el invierno que precedió á la revolución de Julio, quedaron frente á frente, y que, aunque para disimular aquella tácita rivalidad, en que los ladinos podían adivinar la dirección de los sucesos, se hizo dar otros dos bailes á la marquesa de Fourbiel y á los señores de Buena Esperanza, marqueses de Gaviria, «la mansión habitual del buen tono y de los mayores atractivos», como escribía un revistero de *La España,* estaba reconcentrada en el palacio de Ariza, cuyas reuniones formaban «una cadena de placeres». Al baile de los señores de Buena Esperanza, que tenían su morada en la calle del Arenal, asistió la reina Cristina, con el duque de Riánsares y sus hijas, y se ponderó el precioso patio que se había iluminado con faroles chinescos de colores; pero aunque para celebrarlo se escogió un día de los que la del Montijo tenía señalados para sus reuniones semanales, se notó mayor concurrencia en la plazuela del Angel que en la calle del Arenal, y aun en la primera la de algunas personas que después tomaron parte muy principal en los sucesos del campo de Guardias y en los posteriores al encuentro de Vicálvaro. Tampoco eran ajenas á la disposición de aquellos acontecimientos las comidas que los viernes daba en su casa lord Howden, ministro de Inglaterra, á algunos de nuestros personajes políticos y de nuestros literatos de más renombre. Estas comidas eran siempre de diez y ocho cubiertos; el pretexto, el amor del noble inglés á nuestra literatura; pero entre los literatos de gran renombre se entreveraban los hombres políticos que más influencia tenían en el Parlamento y en la prensa en la movida opinión del país. Los comensales del viernes 17 de Fe-

brero fueron el duque de Rivas y D. Joaquín Francisco Pacheco, jefes de la fracción puritana que hizo la revolución; González Brabo y D. Alejandro de Castro; el marqués de Morante y D. Alejandro Oliván; los generales D. Francisco Serrano y D. Antonio Ros de Olano, los Madrazo, D. José y don Federico y D. Eugenio de Ochoa, Corradi, el director de *El Clamor Público* y D. Modesto Lafuente, del partido progresista histórico, Hartzenbusch y Amador de los Ríos, que, aunque puramente hombres de letras, se consideraban en los puestos avanzados del partido liberal, al menos por sus simpatías, Rua Figueroa, el conde de Vegamar y el actor D. Julián Romea. D. Manuel María de Santa Ana era también de los asiduos á estas comidas, y á quien se suponía mentor de todas las noticias políticas de que allí se hablaba tanto, como del movimiento literario.

Las últimas recepciones que la reina Cristina celebró en su residencia habitual, fueron en los días 21, 24 y 27 de Febrero. La primera y la última fueron de familia, y baile general el del día 24. A la penúltima de familia y á la del 24 asistió la reina doña Isabel. Fué este último un baile que tuvo gran resonancia y para los que se habían hecho extraordinarios preparativos. Empezó, como entonces era de rito usual, á las once y cuando á la una y media se hallaba en su apogeo, se presentaron los reyes doña Isabel y D. Francisco de Asís. Una redecilla de riquísimas piedras cubría la cabeza de la reina, ceñida de un trasparente velo blanco bordado de oro que le caía sobre los hombros: la falda y corpiño de mangas perdidas eran verdes y por todas partes resplandecía en el traje tal abundancia de oro y pedrería, que podía decirse que toda su gallarda y hermosa figura estaba deslumbrante. A su llegada bailó una contradanza con el ministro de la Guerra, que lo era el general D. Anselmo Blaser, y después con varios individuos de la primera nobleza bailó aquella noche polkas, valses y rigodones. Su presencia y su primera pareja fueron consideradas como un reto; mas si en los acontecimientos que á los pocos

meses estallaron, su posición personal no estuvo realmente comprometida, como más tarde en 1868, aquel fué el último gran baile que su madre pudo dar en Madrid, pues, segunda vez arrojada de España por la revolución, ya no pudo volver hasta 1867, desprovista de todo influjo en la política y pretestando hallarse aquí como de paso, y no queriendo entender nada que con la política se relacionara.

Las recepciones de la casa del Montijo no fueron interrumpidas nunca por ninguna clase de sucesos políticos, aunque muchos tuvieron origen, ó al menos inmunidad, en sus salones. Después de la revolución de Julio volvieron á abrirse á su sociedad acostumbrada el 7 de Enero de 1855, y todos los domingos se bailaba en ellos, alternando con los miércoles de los Sres. de Osma, y con los tes del ministro de Méjico Vivó, de la condesa de Velle, del embajador francés M. Turgot, del conde de Azinhaga, ministro de Portugal, de la señora de Iturbieta y del barón de Weisweiller, que había regresado de París. En una de estas reuniones, la de la señora de Miranda, de origen belga, se introdujo en la Epifanía de aquel año la costumbre extranjera de la *torta de reyes,* que después ha descendido á una costumbre popular. Respecto á los grandes salones, hubo novedades también que la crónica debe conservar. El baile anual del día 29 en el palacio del Montijo fué celebrado en 1855, con una ostentación inusitada, y aunque nuestras grandes damas habían elevado el lujo de los trajes y de las joyas á una graduación que hasta entonces no se había conocido, la duquesa de Alba, cuyos ricos prendidos han quedado legendarios, aquella noche se presentó adornada solamente de flores naturales. La señora de Osma, después marquesa de la Puente y Sotomayor, la condesa de Sobradiel, la duquesa de Medinaceli, la marquesa de la Scala y la condesa de Velle lucían aderezos de brillantes cuya riqueza y exquisito gusto artístico excedían á toda ponderación. La duquesa de Alba rodeaba su ebúrneo cuello, que parecía torneado á cincel, un collar de flores menudas, casi microscópicas, y, como decía un escritor

de la época, «nada más nuevo, ni nada más aéreo, que aquel adorno, el cual con el resto de su atavío hacía aparecer á la reina y á la heroína de la fiesta como el personaje fantástico de una leyenda, como *la hada de las rosas*.» Si mucho se habló aquellos días de esta novedad elegantísima, aún más se comentó otra que los concurrentes á los salones de la plazuela del Angel hallaron en ella: una dama que se familiarizaba poco en esta clase de comunicación social: la duquesa de la Victoria, cuyo marido, el regente intruso de 1841, había venido de su retiro de Logroño á presidir el gobierno de la revolución y á salvar el trono de la reina Isabel.

No pagaba generosamente esta señora á los personajes progresistas que de estas cosas hacían un mérito superior. El 20 de Diciembre, para ver de cerca y halagados por su real magnificencia aquellos personajes de cuyos nombres apenas tenía más noticias que las que le suministraba la lectura del *Diario de las Sesiones de las Cortes* y los periódicos políticos diarios, dió en palacio un gran baile, para el cual repartiéronse por miles las invitaciones. Desde el último baile del palacio de la calle de las Rejas, la reina habia formado el propósito de no bailar más que el rigodón. Para abrir el de la regia morada aquella noche señaló al duque de San Miguel para que fuese su pareja. El anciano general, llegó con casi lágrimas de gratitud á la reina; pero se excusaba de bailar diciendo que hacía más de cuarenta años que no bailaba. La reina cogiéndole por el brazo, le replicó:—No temas: seré tu guía, y formó la cabeza del cuadro donde el pobre viejo, á pesar de tan gran directora, tuvo que hacer un triste papel. A la reina, que siempre fué burlona, y en aquel tiempo la lozanía de la edad le hacía serlo más, no debieron desagradar los apuros del general San Miguel, y al rigodón siguiente, indicó á Madoz, como presidente que era de las Cortes. San Miguel, aunque hacía cuarenta años que no bailaba, al fin y al cabo había bailado alguna vez; pero Madoz... ¡no había bailado nunca!

(Continuará.)

RECUERDOS

Los últimos meses de mi estancia en Almería fueron —como dije en el artículo precedente—por todo extremo desagradables, á causa de unas tercianas fuertes y tenaces que se apoderaron de mí.

Tuve que salir á no sé qué operación de campo; pasé toda la mañana tirando visuales y midiendo ángulos; á la una concluí; monté á caballo; y, dejando atrás peones y ayudantes, emprendí, á buen paso, el camino de vuelta hacia Almería.

Aunque apenas estábamos en primavera, el día resultó abrasador. El sol desplomaba torrentes de fuego; las ramblas eran estrechas y áridas. Ni una sombra; ni un hilo de agua; ni la más ligera brisa. Me sentía materialmente ahogar, porque llevaba todavía ropa de invierno y un capotón de mucho abrigo.

Lo que más me molestaba era la sed, y como encontrase una mujer con una carga de naranjas, le compré ocho de ellas, que resultaron deliciosas.

Lo he dicho muchas veces: mi memoria es eminentemente geométrica. Casi todos mis recuerdos se apoyan en una figura, en un dibujo, en un paisaje.

Cuando recuerdo, veo siempre el recuerdo dibujado, por decirlo así.

Yo me veo ahora mismo en un mediano caballejo de alqui-

ler, de pelo negro y de alguna sangre; las riendas hechas un nudo y abandonadas á sí mismas para tener las manos libres.

Yo me veo, repito, sacando de los bolsillos del capotón una tras otra naranja, mondándolas con ansia, y devorando, más bien que comiendo, sus jugosos gajos.

Yo me veo, en fin, marchar al galope por las infernales ramblas, bajo una lluvia de fuego.

A la caída de la tarde llegué á Almería, sudando á mares, tostado el cutis, y ardiendo la cabeza bajo mi gorra de uniforme.

Sin embargo, no me encontraba mal. Comí con apetito, pasé la noche en casa de mi buen amigo D. José Monasterio, me acosté á la hora de siempre, leí un rato, y me dormí tranquilamente.

Me desperté á las nueve, y al despertar me sentí malo.

Por segunda vez en mi vida sentí *dolor de cabeza*. Sólo cuando tenía once años había sufrido otro dolor parecido.

Pero éste era formidable. No sólo me dolía, sino que parecíame que todo el cráneo estaba relleno de plomo.

Yo no soy sufrido para los dolores físicos, me molestan mucho, y esto le pasa á todo el mundo; pero, además, me irritan como á pocos, y como á ninguno me desesperan.

No comprendo el dolor, es decir, no comprendo que exista. Jamás le encuentro causa justificada.

El dolor es algo así como lo absurdo que toma vida.

Me vestí, no obstante, sin pensar ni por un momento en quedarme en cama, y sin almorzar, me fuí, según costumbre, á casa del ingeniero y compañero mío Don M. C.

El estaba almorzando tranquilamente y con muy buen apetito, unas perdices escabechadas y un plato de dulce.

Me acuerdo de este pormenor, porque me irritó sobremanera.

¿Cómo era posible, que sufriendo yo tanto, hubiera justicia en la tierra para que otro hombre almorzase tan bien?

Pues nada, siguió almorzando como si tal cosa, sin perder

el apetito, sin perdonar un alón, y apurando casi todo el postre, mientras yo me paseaba febril, explicándole «que mi dolor de cabeza era intolerable».

Don M. C. era muy partidario del célebre médico y republicano francés Raspail.

Oyó con toda tranquilidad mis quejas y mis relaciones, y cuando acabó su opíparo almuerzo, se puso á mi lado á pasear por la sala, explicándome con gran autoridad en qué consistía mi dolor de cabeza.

—«Mire V.—me dijo:—V. tomó ayer mucho sol, y el calor le ha congestionado la sangre en el cerebro. Cada venilla del sistema sanguíneo, es como un tubo por donde va el rojizo líquido. Secándose éste en gran parte, por la evaporación, se ha espesado, y ha formado coágulos, que se han quedado detenidos como verdaderos tapones de la tubería. La sangre se acumula, *sangre arriba*, y de ahí procede el dolor, el aturdimiento y la pesadez. Y yo voy á curarle V. en seguida.»

Diciendo esto, sacó un frasco de *agua sedativa del Dr. Raspail*, y me mandó que durante un cuarto de hora me estuviese humedeciendo con ella la frente y la cabeza.

—«Verá V. lo que sucede»—me dijo, continuando conmigo el paseo cuando tuve bien empapada la cabeza en aquella agua tan portentosa, según él.

«Esta agua admirable, va á penetrar á través del cutis; va á llegar á las venillas inyectadas; va á insinuarse en ellas, y va á disolver inmediatamente todos esos taponcillos de sangre seca y coagulada, con lo cual recobrará el licor sanguíneo su fluidez, circulará fácilmente, desaparecerá la congestión, desaparecerá el dolor, y antes de quince minutos está V. completamente bueno, y se comerá V. con tanto apetito como yo, otra perdiz que debe haber quedado allá dentro.»

* * *

Yo le oía como á un oráculo; la teoría que me había expuesto me encantaba, parecíame la verdad misma. Veía materialmente la red venosa y arterial obstruida por pequeñísimos tapones análogos á los que á veces se forman en las cañerías de conducción de aguas.

Seguía, con el pensamiento, al agua sedativa en sus filtraciones, la observaba disolviendo los malditos coágulos de sangre, y tenía la seguridad de que en seguida iba á sentirme bueno.

A mí las teorías, cuando están bien preparadas, me encantan, me seducen y me dominan.

Las teorías, la explicación racional de las cosas por conceptos del entendimiento, las leyes que de ellas se desprenden, todo esto es para mí la verdadera belleza de la ciencia y su admirable Estética.

Los hechos deben ser, á no dudarlo, la base de toda ciencia; pero como la teoría y la ley no los traben, los hechos aislados son como granos sueltos de un arenal: la esterilidad, la menudencia abrumadora, el aislamiento, la muerte, la nada.

Si la teoría no se funda en los hechos, será pura ilusión, fantasma insustancial; pero si los hechos no dan de sí la ley teórica, que es su unidad, por muchos que sean serán como gotas dispersas de la nada.

Nada es nada si no se relaciona con *otra cosa,* y si no tiene dentro de sí partes que se relacionen unas con otras.

Lo he dicho ya: los hechos aislados son granos de arena de un desierto. Y es preciso que entre sí se traben, y que se unan al aire y al agua, y que los penetren las grandes fuerzas de la naturaleza, que el calor los caldee, que los empape la luz, que los estremezca la electricidad, para que el desierto se convierta en jardín cuajado de hojas y de flores.

Verjel de la ciencia son las grandes teorías, flores divinas son sus grandes leyes. ¡Y aún hay quien niega, que exista la belleza estética en la verdad científica!

Podrá haber quien no la sienta, como hay ciegos que no

ven la luz; pero negar la belleza científica es declararse ciego del entendimiento.

Podrá éste ir palpando hechos aislados, formando de memoria índices y catálogos insulsos, fabricando almonedas mentalmente; pero con todas estas enumeraciones irresistibles, enojosas y abrumadoras, que no se precie de haber visto ni un girón siquiera de la verdad.

Ya sé que no todas las teorías son exactas. Que las teorías se transforman, se desarrollan, se corrigen, se completan: pero esto le sucede á todo cuanto existe, ya en el terreno de la realidad, ya en las esferas del pensamiento.

* * *

Perdóneme el lector este largo paréntesis; y, volvamos á mi dolor de cabeza, que aún era mayor que el que tal vez le habré dado con mis filosóficas lucubraciones.

Vuelvo á decir que la teoría de mi compañero parecióme exactísima, y que el líquido del Dr. Raspail parecióme infalible; con lo cual apuré toda la botella sobre mi cabeza, empapando cuanto pude mi pelo, que, por entonces, era espeso y sedoso y de un rubio oscuro que no dejaba de ser interesante.

Pero ¡oh mala ventura de las teorías mal fundadas! ¡Oh ruina lastimosa de mis esperanzas! ¡Oh derrota de mi compañero Don M. C.!

Pasaron quince minutos, y pasó media hora, y aun tres cuartos de hora pasaron, y el dolor crecía, crecía con latidos intolerables, y la pesadez aumentaba hasta el punto de que me costaba trabajo sostener la cabeza: se me cerraban los ojos, y me invadía el cuerpo una calentura abrasadora.

Por mucho que ame yo las teorías, como no concuerden

con la realidad, las mando muy enhoramala; y á todos los diablos mandé el agua sedativa del Dr. Raspail.

—Mire V.—le dije á Don M.:—yo me siento muy malo: me parece que voy á perder el sentido; con que me voy á la fonda, voy á meterme en cama, y ya le mandaré á V. noticias mías, si es que puedo mandarlas.

Y me fuí todo lo aprisa que pude, dejando á mi compañero en plena y plácida digestión de sus perdices escabechadas y de su plato de dulce.

—Vaya V., vaya V.—me dijo al despedirme;—pero esté V. tranquilo, que eso no será nada.

Llegué á la fonda, y llegué con el convencimiento profundo de que se me preparaba una gravísima enfermedad.

Sin embargo, ni por un solo momento pensé que de aquella enfermedad pudiera morirme.

Era una molestia, era un contratiempo, pero nada más. Ni temía á la muerte ni la creía posible.

Mi apuro y mi miedo, cuando llegué á la fonda, eran otros: «Yo voy á estar—pensaba—treinta ó cuarenta días en cama: acaso tenga un tifus: y en todo este tiempo no podré escribir á mis padres, que será para ellos gran disgusto al principio y gran alarma después.»

«Es preciso evitarlo—me dije á mí mismo.»—Y en seguida escribí, como pude, una carta muy breve; anunciándoles que salía al campo para unos trabajos del distrito y que no se asustasen si en muchos días no llegaban mis cartas de costumbre; porque iba á vivir en despoblado, y era seguro que no tendría ocasión de escribirlas.

Di la carta para que la echasen al correo, pedí dos vasos de agua de naranja, que puse á la cabecera de la cama, y me acosté casi mecánicamente, porque iba perdiendo el sentido por instantes.

¿Deliré ó dormí? No lo sé: Sólo tenía conciencia de un hondo malestar, de un calor insufrible y de unas visiones muy raras, creaciones, sin duda, de la fiebre.

Así estuve unas siete horas. A las ocho de la noche me desperté con la cabeza perfectamente buena: y aunque estaba el cuerpo algo dolorido, no era cosa mayor.

Me levanté, me vestí y me fuí al teatro, pensando que todo ello había sido lo que vulgarmente se llama *un causón*.

Gran triunfo fué para mi compañero D. M. C., cuando me vió entrar en el palco.

—«¿Lo ve V.?—me dijo.—El agua sedativa es remedio infalible.»

—«Pues no me ha librado—repliqué—de siete horas de fiebre.»

—«Naturalmente—repuso él, aferrándose á su idea;—como que ha necesitado todo ese tiempo para penetrar bajo la piel y destaponar el sistema circulatorio.»

Yo me dí por vencido, y juntos proclamamos las excelencias y maravillas del agua sedante de M. Raspail.

Pasé bien la noche; pasé sin novedad el siguiente día; pero, al despertar al tercero, me sentí como el primer día me había sentido: dolor de cabeza, pesadez plomiza, fiebre muy alta.

Ya no cabía duda: conocí que eran intermitentes, y llamé á un médico, que confirmó mis sospechas y que me recetó altas dosis de quinina.

Pero la quinina no ejerció en mí más que efectos pasajeros. Cuatro ó cinco días estaba bien; y al sexto volvía la terciana con la misma fuerza que al principio; como que me duraron seis meses, y sólo pudo vencerlas mi padre dándome no sé qué preparaciones arsenicales.

Eso sí, á la primera toma quedaron vencidas, y no han vuelto más aquellas malditas intermitentes, contra las cuales habían sido impotentes cantidades enormes de quinina; purgas de muy diversas clases; emplastos varios, á cual más repugnante; toda clase de amargos; todo linaje de remedios caseros, tan sucios como extravagantes; y hasta unas píldoras que me recomendaron de telas de araña, que yo iba buscando por

los rincones de la fonda, la cual—dicho sea entre paréntesis—fué, para medicina tal, farmacia inagotable.

—«¿Lo ve V.—le decía yo á mi compañero—como el agua sedativa no ha servido para nada?»

Y él montaba en cólera y proclamaba á voz en cuello la virtud prodigiosa de su medicamento favorito.

—«Quéjese V.—me decía;—á no haber sido por el agua sedativa, á estas fechas estaba V. muriéndose, ó se había V. muerto ya, nada menos que de tifus.

»Gracias á mi consejo y á lo pronto que acudimos, se le quitó toda malicia á la enfermedad; y en vez de la tifoidea formidable de que estaba V. amenazado, escapó V. casi de la tumba con unas intermitentes, más ó menos molestas, pero que no inspiran cuidado alguno. Y si se dejase V. de quininas, emplastos, porquerías y telarañas, y se frotase V. todas las mañanas la cabeza con el agua sedativa del Dr. Raspail, ya estaba V. bueno.»

Era un hombre famoso el ingeniero Don M. C.

Voy á bosquejar su retrato, como he de bosquejar los de la mayor parte de las personas con quienes he tropezado en este mundo: críticos, autores, poetas, sabios, políticos y particulares de fisonomía más ó menos curiosa.

He dicho ya que dicto estos recuerdos para mi solaz, entretenimiento y desahogo; y, en todo caso, para que el lector los tome como otros tantos documentos humanos.

* * *

El ingeniero Don M. C. era hombre de mucho talento, talento clarísimo, pero talento eminentemente matemático, sin la más mínima flexibilidad.

Era hombre recto y honrado como el que más, pero pensando mal de todo el mundo.

Aunque él no lo decía, yo creo firmemente que él dividía

el género humano en dos grandes grupos: los tontos y los tunantes.

De aquí un gran escepticismo que invadía con sombras tristísimas todo su espíritu.

Con los inferiores era dulce y cariñoso; pero sabía imponerse y mandar.

Con los superiores era rebelde, intratable, terco é indisciplinado. Jamás supo obedecer.

En cuanto recibía una orden, lo primero que se le ocurría era cómo podría desobedecerla, para dejar mal al superior; porque estuvo perpetuamente convencido de que cuantas órdenes recibió en su vida de ingeniero eran injustas, absurdas, ridículas y perjudiciales para el servicio público.

«Si yo hago un bien—decía con profundo convencimiento—oponiéndome á que la orden se cumpla.»

Conocía admirablemente la legislación, sobre todo la de Obras públicas, y su principal trabajo, al recibir una orden cualquiera, era buscar una ley, un reglamento, un artículo cualquiera que le prohibiese dar cumplimiento á la orden recibida.

Hay que confesar que casi siempre lo encontraba; y entonces, ¡qué triunfo! A mí venía con un tomo de la Colección legislativa en la mano, y me leía—comentándolo gozosísimo—el artículo en cuestión: y despés se sentaba á almorzar tan satisfecho, diciéndome con sonrisa de triunfo: «¿Ve V. cómo la orden no podía cumplirse?»

Y para ayudar á la digestión, escribía un larguísimo oficio desmostrándole al jefe del distrito, y á la dirección de Obras públicas, y al ministro y al mismísimo Poder moderador, que la orden recibida era un atentado contra toda la legislación vigente.

El ingeniero Don M. C. era la desesperación y la pesadilla de todos sus jefes. En tales luchas jamás le vencieron: él venció siempre; pero al fin le aplastaron, como ya diré en otra ocasión: le aplastaron sin vencerle.

Con este sistema no hay que decir si recibiría oficios de *desagrado*.

Imitando á otro ingeniero ya viejo, tenía él también su carpeta de desagrados.

Recibía un oficio; empezaba á leer: «S. M. ha visto con el mayor desagrado»... me miraba sonriendo, si yo estaba delante,—pero aún creo que no estándolo se sonreiría también,—y sin acabar de leer el oficio, decía: «á la carpeta de los desagrados.»

Yo, que siempre he sido eminentemente subordinado, temblaba por mi pobre amigo; y esperaba á diario verle conducir á Madrid entre la guardia civil.

Había seguido la carrera con brillantez; hasta creo que había sido el número uno de su promoción, y á los pocos años de salir de la Escuela, á la Escuela volvió como profesor de una importante asignatura.

He oído siempre á sus discípulos y á sus compañeros que había sido un profesor modelo. Exactísimo en el cumplimiento de sus deberes, de explicación clara y sencilla, y bondadoso para los discípulos.

Si hubiese seguido en la Escuela, habría concluido, tranquilamente su vida y jamás habría existido la diabólica carpeta de los desagrados.

Pero surgió un conflicto en la Escuela, y no provocado por él, sino por choques entre el director y el de Obras públicas. Al lado del director de la Escuela estuvo con toda la energía de su carácter el ingeniero Don M. C.; y el resultado fué que le echaron de Madrid, destinándole al servicio de provincias. Que fué perder la escuela un profesor excelente y encontrarse el servicio de Obras públicas con el más testarudo ingeniero que ha existido.

Dos ó tres rasgos acaban de pintar su carácter.

El ingeniero C. era al mismo tiempo laborioso y holgazán. Para el estudio, laboriosísimo: para el trabajo material, para montar á caballo, para hacer proysecto, para visitar obras,

me duele decir que era holgazán; pero la verdad se impone y ya ningún daño le causo, porque no existe.

Cada hombre es como es: hay grandes actividades espirituales: hay grandes actividades materiales; y fué grave error no utilizar las primeras en quien tantas y tan excelentes atesoraba, pidiéndole las segundas, que jamás las tuvo, y que, dadas sus condiciones de carácter, tampoco las quiso tener.

He dicho que voy á citar algunos ejemplos para poner en relieve algunos rasgos dominantes del retrato que me he propuesto trazar.

Por exigencias de cierto diputado, mandóle la dirección de Obras públicas ir al pueblo X., que era pueblo de alguna importancia, á estudiar una conducción de aguas al mismo, desde unos cerros próximos.

Molestóle grandemente la comisión; irritóle sobremanera el empeño del diputado; y decidió en el tribunal de su conciencia, que aquello era una picardía, además un disparate, y sobre todo, una impertinencia, y falló que la conducción de aguas proyectada no debía verificarse.

Pero, ¿cómo dejaba de cumplirse la orden terminante del director de Obras públicas? Muy sencillo: demostrando que no había agua; porque si no había agua no podía haber conducción, y la orden no podía cumplirse, que era lo importante.

Fué, pues, á X., hizo un reconocimiento á la ligera; se convenció ó quiso convencerse de que todos los alrededores del pueblo eran secos como desierto africano, y dirigió un triunfante oficio al director de Obras públicas, demostrando por A más B que, ni había agua, ni dada la constitución del terreno, podía haberla, ni por lo tanto, podía dar cumplimiento á la comisión que se le había confiado.

El sediento pueblo lanzó un grito de angustia; el diputado puso el grito en el cielo; indignóse la superioridad, y el ingeniero C. recibió orden terminante para que se constituyera inmediatamente en el pueblo; para que en él continuara

hasta nueva orden, es decir, indefinidamente, y para que buscase agua por todas partes, es decir, por todos los alrededores.

Obedeció, con firme propósito de no obedecer. Con dos ayudantes y un repuesto de obras científicas se fué al pueblo y se metió en una posada; y es público y notorio que no abandonó la posada en seis meses.

Todas las mañanas despachaba á los ayudantes en una ó en otra dirección. Se levantaba tarde, almorzaba fuerte, se sentaba después en un banco de piedra que á un lado de la puerta de la posada había, y hasta que faltaba la luz se estaba leyendo la teoría industrial del calórico de Peclet.

En aquellos seis meses, leyó, volvió á leer y anotó ampliamente la obra clásica del distinguido ingeniero francés.

A veces, las mujeres y los hombres del pueblo y buen golpe de chiquillos, formaban corrro y miraban con curiosidad al ingeniero de Madrid, murmurando por lo bajo—según él mismo me contaba—Mira, mira: está viendo en el libro cómo ha de traernos una fuente.

Pero el agua no llegaba nunca; y él periódicamente oficiaba á la Dirección para poner en conocimiento de la superioridad, que por más que buscaba no aparecía agua por ninguna parte.

La superioridad, al cabo, se dió por vencida. Le mandaron volver á su provincia y enviaron otro ingeniero.

El nuevo ingeniero encontró agua, aunque no mucha, á decir verdad, ni de muy buena calidad tampoco, según se dijo. Pero se construyó una fuente; se hizo una conducción, y el pueblo vió con alegría frente al banco en que el ingeniero leía sus librotes, un cañito de agua que fué regocijo para todos los vecinos.

No por eso cedió en sus opiniones el ingeniero C. Continuó asegurando que aquello no era agua, sino un veneno que habia de diezmar á la población; que aquello no era una fuente, sino un escarnio de toda fuente verdadera. Y que,

además, cada litro de aquella agua nauseabunda había costado un montón de oro.

Como yo no he estado nunca en aquel pueblo, ni he probado de aquel agua, ni sé cual fué el coste de la conducción, no sé de parte de quién estaría la razón.

Y vaya otro ejemplo; pero este ejemplo no irá hasta el número próximo.

José ECHEGARAY.

LA PRENSA INTERNACIONAL

Desaparición de la nobleza en Alemania.

I

La nobleza tiene importancia allí donde posee el suelo y donde al mismo tiempo ocupa una posición excepcional en el ejército y en la administración; pero siempre es preciso que se apoye en la propiedad territorial, como la forma más segura y duradera de la riqueza. Una fortuna colocada en la industria puede perderse en poco tiempo. Además, está expuesta á las grandes fluctuaciones de la vida de los negocios; pueden ser causa de su completa ruina las crisis mercantiles, las guerras, etc. Por el contrario, los bienes raíces garantizan siempre cierta renta, que puede aminorarse en los malos tiempos, pero nunca se extingue del todo; por otra parte, una mala administración rara vez puede ponerla en peligro hasta el punto de producir su pérdida total. Así se explica cómo las fortunas territoriales perduran muchos siglos en manos de una misma familia, mientras que jamás acontece lo propio con las fortunas industriales y con los bienes raíces; por eso, la propiedad del suelo es lo único que puede constituir una firme base para la aristocracia.

La familia noble sólo tiene sólido asiento en el dominio he-

reditario. Algunos de sus miembros eminentes se distinguen en los cargos públicos, aumentando de ese modo los ingresos por su posición personal y por las rentas siempre infalibles de sus fundos. Otros se satisfacen con vivir tranquilamente del producto de sus tierras, y perpetúan la raza conservando los bienes para algún nieto más ambicioso y mejor dotado, que á su vez se dedicará á la vida pública.

Pero la propiedad territorial sólo puede tener necesariamente esa importancia donde no se haya convertido aún en un capital circulable. Donde esté movilizada, tiene que obedece, hasta cierto punto, las mismas leyes que el capital colocado en la industria. Y digo «hasta cierto punto», porque aún existen diferencias esenciales.

Cuanto mayor desarrollo económico adquiere un país, tanto más á menudo cambia en él de dueño la propiedad territorial, y recíprocamente; así es que la importancia de la nobleza y el desarrollo económico son factores que están en razón inversa en un mismo país.

Desde el punto de vista económico é intelectual, Alemania se divide en dos partes, una de otra separadas por el Elba. La oriental, es decir, todo el territorio sito al otro lado del Elba, manifiesta un desarrollo social más profundo y allí tiene gran importancia por ahora la aristocracia; allí tienen también los *agrarios* su fortaleza, su *Hochburg;* y esos agrarios forman el partido de los hidalgos, el *Junkerthum*, que va desapareciendo.

A decir verdad, en el resto de Alemania también hay nobleza con algunos privilegios, pero no son privilegios escritos. En la mayoría de los Estados alemanes, se dan de preferencia los altos empleos á quienes pueden anteponer á sus apellidos la partícula *von* (de); cierto es que á menudo son antiguos esos apellidos, pero los que los llevan no se distinguen de sus colegas de la clase media en ninguna particularidad, pues de generación en generación sólo vive la familia del mezquino sueldo señalado á los cargos públicos. Representa el tipo de las familias de altos funcionarios: el padre se casó machucho,

porque hasta entonces no tuvo suficiente sueldo para hacerlo; las hijas no se casan, porque carecen de dote; todo pasa á los hijos, quienes necesitan llevar un método de vida relativamente costoso, y llegan muy tarde á bastarse á sí propios; guárdanse con esmero las apariencias, y no es raro que en el interior de la familia se contenten con cosas que no pueden ver los de fuera de casa, viviendo del modo más mezquino. Además de esta nobleza (que sólo se encuentra en el ejército y en la administración pública), existe la nobleza fincada; pero ésta tampoco se distingue por ningún concepto de la clase media de igual posición, con la cual está en relaciones de alianzas por medio del matrimonio, ya casándose un aristócrata pobre con una burguesa rica, ya haciéndose un rico burgués marido de una señorita noble, pero sin bienes de fortuna. Otra tercera categoría está representada por los antiguos señores mediatizados. Algunos conservan importantes fortunas; pero la mayor parte de ellos vive en una pobreza relativa. No tienen ninguna influencia personal, y nada suponen dentro de la organización social.

Muy de otra manera pasan las cosas al Oriente.

La parte oriental decide notoriamente hoy de los destinos de Alemania, pues toda la fuerza y el particularismo de Prusia estriban en las provincias del lado de allá del Elba. Pues bien; esto no es obra del acaso, y es preciso buscar sus causas en la historia. Se puede afirmar que á su nobleza debe Prusia el haberse elevado á su actual poderío, y puede añadirse que, gracias á su nobleza, mantiene aún su supremacía hoy. Por eso, no es extraño que todo se consagre al sostén de esta clase decadente; tanto, que en ciertos momentos casi entran tentaciones de pensar que el imperio alemán sólo existe para el hidalgüelo ó *Junker* del Elba oriental.

Remontémonos á la guerra de los Treinta años. Lo mismo que toda Alemania, el electorado de Brandeburgo veíase devastado de la manera más terrible. El Brandeburgo presentaba entonces, aún más que los otros países alemanes, la particu-

laridad de que en él no existía vida municipal ó ciudadana digna de importancia. Aquellas comarcas eran pobres; el suelo, todo de arena, no producía sino una insuficiente cosecha de centeno, allí donde no estaba cubierto de bosques de pinos achaparrados; ninguna mina, nada de vida mercantil. Los individuos de clase media eran escasos; no había más que hidalgos y labriegos. Pues bien; si se estudia el desarrollo del absolutismo en los demás Estados, obsérvase que en todas partes se apoya en los plebeyos y que éstos están en pugna con la aristocracia. Los príncipes electores de Brandeburgo no tenían á su pro esa fuerza. Claro es que de vez en cuando hicieron algunas tímidas tentativas para atraerse á su partido á los aldeanos y domeñar con su ayuda á la nobleza; pero en la naturaleza misma de las cosas está el que los campesinos vivan desparramados, que el trabajo al cual se dedican les quite las ganas de cualquiera clase de agitaciones, que sólo tengan una estrecha política de campanario, y, por consiguiente, no puedan asociarse á miras amplias y á grandes planes. Por otra parte, esas tentativas se hicieron demasiado tarde: los labriegos estaban ya bajo tal dependencia de los hidalgos de gotera, que el *Junker* era para ellos un personaje político, más poderoso que el príncipe elector. Por ende, el poder efectivo del país estaba en manos de los hidalguetes; y el príncipe reinante estaba obligado, en el fondo, á hacer lo que éstos quisiesen.

Tres puntos merecen considerarse aquí: el establecimiento ó más bien la agravación de la servidumbre, la condición de las clases rurales, la creación de los ejércitos permanentes.

No es de este lugar el referir cómo consiguió el hidalgo trocar en siervo al campesino que en otros tiempos tenía idénticos derechos que él. Cuanto más nos acercamos á los tiempos modernos, tanto más vemos al *Junker* agravar esa servidumbre para su mayor provecho personal. Procura á la vez ensanchar sus dominios, agregándoles las tierras de labriegos que quedaron yermas durante la guerra de los Treinta años, y más tarde expulsando sencillamente de sus campos

por un medio cualquiera á los aldeanos. El dominio señorial, que al principio no era mayor de una doble *Hufe* ó aranzada de tierra (1), extendióse así en algunas comarcas hasta el punto de incorporarse toda la campiña de un término municipal; pero no pararon aquí las usurpaciones. Los hidalgos tenían hijos y parientes á quienes colocar, y para eso hacían falta ejércitos permanentes en los cuales darles plazas de oficiales. Por aquel entontes el oficial tenía que desempeñar ciertos servicios económicos para el regimiento: esto producía muchas ganancias, según las ocasiones, y por tanto, era un modo muy cuco de emplear magníficamente el dinero para hacer negocio. Claro es que el ejército tuvo necesidad de aumentarse en proporción al número de nobles á quienes había que colocar; tanto, que, con motivo del último aumento del cupo militar, los diputados socialistas en el Reichstag han acusado al gobierno de no tener otro propósito sino el de crear plazas para ciertos personajes. Por eso, gracias á la enorme cifra de su ejército con relación á la importancia de su territorio, de su población y de sus recursos económicos, pudo arrogarse Prusia con el tiempo la supremacía del poder.

En la batalla de Jena hundióse ese Estado. Entonces se vió que su situación y sus instituciones ya no respondían al cambio de circunstancias. Bajo las banderas de Napoleón combatía un ejército salido del pueblo: los soldados franceses sabían que iban al fuego por la libertad y por la salvación de los suyos, á quienes habían dejado en sus hogares; bajo las banderas prusianas, costábales inmenso trabajo á los oficiales (gracias á la más severa disciplina) retener juntos á un puñado de mercenarios, montón de gente perdida, hato de vagabundos. Con tales tropas, que sólo ocasión esperaban para desertar, nadie podía resistir la táctica de Napoleón; y aun

(1) La aranzada de tierra equivalía, por término medio, á 765,97 áreas. La *Hufe* no tiene un equivalente constante en áreas: por ejemplo, la *Königshufe* tiene doble medida que la *Hufe* ordinaria, por eso varía según las regiones.

cuando los jefes del ejército prusiano hubiesen tenido mayores capacidades, no hubieran podido renunciar á los movimientos tácticos en orden cerrado, único que les permitía posibilidad de retener en filas á sus hombres.

Era necesario oponer al ejército francés, emanado del del pueblo, un ejército del pueblo prusiano. Pero para tener éste, era preciso dar al pueblo prusiano lo que tenía el pueblo francés, abolir la servidumbre, y en condiciones tales que el campesino se convirtiese á su vez en propietario. Comenzóse por abolir la servidumbre y luego se derogaron los tributos feudales. Esta derogación había de efectuarse por medio del abandono de las tierras ó abonando su valor en moneda metálica. Compréndese que esta legislación tuviera las mismas consecuencias que la revolución francesa. El prodigioso entusiasmo de las guerras por la libertad fué su resultado.

Pero si la reacción política siguió inmediatamente á las guerras por la libertad, aún fué más rápida la reacción social. Preciso es ponerse en el caso del noble propietario del suelo. Hasta entonces no había tenido necesidad de caballos, pues los labriegos estaban sujetos á todas las prestaciones forzosas y gratuitas de yuntas. Naturalmente, tampoco tenía cuadras. Además, había podido pasarse sin criados y jornaleros, puesto que todos los siervos tenían que pechar con toda clase de trabajos. ¿Dónde iba á encontrar ahora los obreros necesarios para que le labrasen sus campos? Estando abolidas las prestaciones personales y la servidumbre corporal de otros tiempos, ya no podía hacer trabajar á nadie sino pagándole un salario y reemplazando los pecheros por trabajadores á sueldo; pero, ¿no preferirían los siervos de antaño labrar sus propias tierras? En definitiva, era menester proporcionarse caballos. Pero no se podía renunciar á la prestación forzosa del trabajo corporal humano, pues no podía esperarse hallar obreros voluntarios. Los nobles hicieron prevalecer su voluntad. Luego de terminadas las guerras, apareció una declaración que sólo reconocía como dueños de sí mismos á los labra-

dores que tuviesen una yunta; y se añadía que quienes carecían de caballos no podrían eximirse de los servicios manuales. Semejante estado de cosas no cesó sino con la revolución de 1848.

A pesar de esta medida, después de las guerras por la libertad hubo una abrumadora crisis de la propiedad territorial. Los precios, que se habían sostenido altos durante ellas, bajaron con rapidez. Y así como en las guerras por la independencia se crearon por vez primera oficiales plebeyos, de igual modo en las crisis posteriores recibieron un gran golpe las condiciones de la propiedad de la nobleza. Más de un propietario tuvo que declararse en quiebra, y sus bienes pasaron á manos de un plebeyo; á menudo de algún pastor, pues el pastor era en aquella época el capitalista de la comarca. Muchas de esas familias de ganaderos fueron ennoblecidas después; y aunque probablemente sólo tendrían sangre azul en las venas por efecto del derecho de pernada de sus antiguos señores, esta aristocracia de nuevo cuño, no deja de dar que hacer al sociólogo que carece de informes exactos acerca de los ascendientes y de las estirpes.

La baja de los precios de las tierras se sostuvo hasta 1830; después se reanudó progresivamente el alza. De 1860 á 1875, hubo un rápido aumento en el valor de los terrenos de labor; y esas circunstancias, tan ventajosas en apariencia, causaron, en realidad, la ruina, de la cual vemos hoy los comienzos.

Muchas cosas contribuyeron á ello. El descubrimiento de los *placeres* (álveos de riachuelos, de donde se extrae el oro) en California provocó una baja importante en el curso del oro, y, por contragolpe, un alza en el precio de las sustancias alimenticias, de la cual se aprovechó la agricultura. La elevación de precio de los víveres tuvo como consecuencia un aumento en la producción industrial. Al mismo tiempo se construyeron las grandes líneas de ferrocarriles. De ahí resultó mayor demanda de materias alimenticias y una elevación de

sus precios. Vino luego la guerra de Crimea, durante la cual no se exportó trigo ruso: y vino después la guerra de secesión en los Estados Unidos. Estas dos guerras dieron vuelo á la actividad industrial en Europa.

Este prodigioso impulso ha producido, en la antigua situación de los nobles, una revolución emanada del suelo. En el siglo anterior, aún eran primitivas las condiciones de existencia en esas provincias, y se vivía con una sencillez enteramente ruda. Los tiempos difíciles de los diez primeros años del siglo actual, con sus consecuencias que se prolongaron hasta 1850, habían enseñado también la parquedad y los gustos sencillos. La vida del oficial en el regimiento era análoga á la de su familia en sus posesiones. Todos los afanes y esperanzas de un padre limitábanse á poder enviar á su hijo el modesto subsidio que éste necesitaba para poder llevar con decencia la vida de oficial; y á dar una dote no menos modesta á las hijas, que se casaban con alguien de su misma condición y que viviese bajo el mismo pie que ellas.

Vivíase bien y en la abundancia con todo lo que la hacienda producía, y no precisaba de ningún modo comprar otras cosas. Había allí buen jamón, tocino, salchichas, huevos; no se comía carne sino cuando mataban á algún carnero, y el vino generoso era una rareza en la mesa mejor servida. En estas condiciones se crió la generación de los oficiales que hicieron la guerra franco-alemana de 1870 á 1871.

Esto cambió con el impulso económico.

Todos los dominios de la vida social tienen entre sí conexiones y no se comprenden el uno sin el otro. Por eso debemos tener en cuenta aquí la condición de las clases trabajadoras, cuyo actual desarrollo tiene tan grande importancia para el asunto de que nos ocupamos.

El punto de partida de la legislación obrera ha sido la situación del *Instmann*. Lo que la caracteriza es que el contrato de arrendamiento del servicio personal no se celebra con un idividuo, sino con una familia; y que los obreros no recibenn

todo su salario en dinero, sino parte en productos naturales bajo la forma de derechos de trilla, que les asegura un tanto de la cosecha. En los años buenos, ese tanto es lo suficiente elevado para permitirles vender hasta cierta cantidad de grano; además, reciben un pequeño lote de tierra que ellos mismos cultivan. El 90 por 100 de estos obreros viven en el estado económico natural: les da la tierra casi todo lo que necesitan para alimentarse; cultivan lino para hacerse camisas, esquilan ganado lanar para hacerse ropas; hilan, tejen y ellos mismos se fabrican los vestidos.

En estas condiciones de trabajo, había estrechos vínculos entre el amo y los jornaleros. El hijo del *Instmann* haciase criado; su hija criada. Ambos desempeñaban las tareas cotidianas; para los trabajos exclusivos de una determinada época estaba el *Instmann*. Al quedar vacante la plaza de éste, casábase un criado antiguo y ascendía al cargo de *Instmann*. Todo esto estaba reglamentado, y las familias de los trabajadores del campo formaban parte, en cierto modo, de los dominios señoriales. El obrero agrícola tenía así desde la infancia el sentimiento de sus conexiones con el señor, quien por su parte se cuidaba del bienestar de sus servidores, cual nunca deja de acontecer cuando median esas íntimas relaciones. El trabajador tiene los mismos intereses que el amo. Si la cosecha de trigo es buena, su participación es grande; si están altos los precios, gana proporcionalmente tanto como el amo. Tiene una vaca, á veces hasta dos; vive con mucha sencillez, como el señor, pero de nada carece. Mata dos cerdos para el invierno; tiene manteca, leche, huevos, pan y patatas que le abasten. Regálase con espeso puré de guisantes con tocino.

En tales condiciones, eran grandes y robustos los hombres; virtudes consuetudinarias en ellos eran la obediencia y la adhesión á los señores; y cuando iban á la guerra, marchaba á su cabeza como oficial un hijo de su amo. Esos fueron los ejércitos de la campaña de 1870-1871.

La gran prosperidad económica fué desde luego fatal para esas gentes. Ya hemos visto que parte de los obreros agrícolas tiene ocupación diaria, al paso que otra parte sólo trabaja en determinadas épocas. Por efecto del gran impulso económico, ha llegado á ser más numerosa la que sólo es necesaria en ciertas épocas. Cuando no se trillaba el trigo sino con el trillo vulgar, los obreros tenían faena para el invierno; la introducción de las trilladoras mecánicas, que pueden acabar toda la trilla en otoño, ha hecho inútil el trabajo de esos mismos braceros en invierno. Al mismo tiempo, el cultivo de la patata y el uso del azadón en el cultivo de los trigos á consecuencia de la introducción de las sembradoras en línea, exigieron mayor suma de trabajo durante el estío. Así llegó á ser oneroso el mantener los contratos anuales con una familia; prefirióse emplear al obrero enteramente libre, á quien no se le pagaba más que un salario en dinero, que sólo trabajaba cuando había necesidad de él, y que en lo restante proveía él mismo á su propia subsistencia.

El alza en la renta del suelo tiene siempre como consecuencia la concentración de la propiedad territorial en pequeño número de manos, mientras que la baja produce á menudo el resultado de subdividir grandes haciendas rurales. El antiguo predio señorial no era muy extenso, pues no medía más de doscientas hectáreas. Entonces se formaron *latifundia*, compuestos de varios fundos reunidos; y los *latifundia* que ya existían agrandáronse. Los dueños de los nuevos *latifundia* sólo en parte eran descendientes de la nobleza antigua; y, aun donde todavía lo son, sólo es casi siempre por línea paterna. El antiguo *Junker* no tenía capital inmediato para comprar una gran propiedad territorial; sólo podía adquirirla casándose con una plebeya rica. Con la revolución de 1848 comienza la invasión de los ministerios por funcionarios plebeyos de los países ribereños del Rhin. Los Hausemann, los Camphausen, los Delbruck y otros descendían marcadamente de las circunscripciones industriales de Prusia, de Westfalia y de la

provincia rhiniana. En la misma época celebráronse alianzas de familia entre los nobles del Elba oriental y los plebeyos de las márgenes del Rhin. Además, muchas hijas de banqueros y bolsistas israelitas se enlazaron con hijos de familias de rancio abolengo. Sin embargo, la otra parte de los nuevos poseedores de *latifundia* era de origen puramente plebeyo. Entre las dos clases no hay más diferencia que los nombres; pero, en realidad, la primera no tiene ya nada de común con la aristocracia antigua. Esto se ve también en la situación política. Los antiguos *Junker* son conservadores de antiguo cuño; los nuevos propietarios de *latifundia* son conservadores á la moderna; y mientras que los primeros eran declarados adversarios de los liberales nacionales, los últimos combatian unidos con éstos.

En Alemania no tenemos ninguna estadística que permita seguir el curso de esos movimientos. Tomamos las cifras siguientes de una información privada hecha por el Dr. Meyer acerca de la provincia de Pomerania.

En 1856 había en Pomerania 25 grandes propietarios territoriales nobles dueños de 229 haciendas; en 1891, los mismos propietarios tenían 485 fincas rústicas. En 1891, había en esa provincia:

76 nobles, propietarios de *varias* haciendas: 182 fincas, que representaban 109.950 hectáreas;

219 nobles, propietarios de *una sola* hacienda: esas 219 fincas representaban 169.432 hectáreas;

119 plebeyos, propietarios de *varias* haciendas: 295 fincas, que representaban 131.198 hectáreas;

y 785 plebeyos, propietarios de una sola hacienda: esas 785 fincas representaban 377.591 hectáreas.

Los 219 nobles que sólo poseían *una* hacienda, son los descendientes auténticos de los antiguos *Junker*.

En la actualidad, los hijos de los propietarios de *latifundia*, lo mismo que los de los poseedores de antiguos dominios señoriales, aún sirven en el ejército; pero también hay en él muchos hijos de la clase media industrial.

Luego veremos qué giro trágico toman los negocios de la nobleza alemana.

Según es fácil de comprender, los resultados de la guerra de 1870-1871 rodearon de inmensa aureola de gloria al ejército alemán; y el oficial ocupa una posición muy alta en la jerarquía social. Por eso es muy apetecida la carrera militar; sólo que hoy no es ya el hijo del modesto dueño de un dominio señorial quien da el tono en el cuerpo de oficiales, sino la *juventud dorada,* los jóvenes ricos del país. En general, han aumentado con exceso las necesidades de placeres y de lujo; tanto que en varias ocasiones se han dejado ya oir quejas. Por consiguiente, de año en año se ha hecho más difícil para la nobleza antigua mantener á sus hijos en el ejército; y eso hace que la aristocracia de pergaminos se vea sustituida ya en los cuadros de la milicia por la clase media y la aristocracia del dinero.

Agréguese á esto el tremendo cambio de situación económica, que dura desde 1874 y 1875. La baja de precio de los productos agrícolas data de 1874. El trigo, que en 1874 aún se cotizaba en el mercado de Londres á 58 chelines y 6 dineros, en 1875 ya no vale más que 45 chelines y 2 dineros; en 1893, cae hasta el precio de 26 chelines y 4 dineros.

Pues bien; esta baja de precios tiene una significación importante.

El cultivo intensivo, la creación de las destilerías de alcohol, etc., habían reclamado capital. Este no se encontró sino por medio de la hipoteca; y en el estado de cosas de entonces, recurrióse á ella sin dificultad. Hipotecar sus bienes era un medio de enriquecerse. En circunstancias ordinarias, para un propietario territorial que cultiva él mismo sus tierras (y ese es el caso general aquí), puede ser ventajoso gravar con hipoteca sus haciendas. El capital prestado sobre fincas paga un interés mucho menor que el producido por el dedicado á empresas industriales, y en esta última categoría entra el capital de explotación agrícola. Mientras que el ca-

pital territorial hipotecado no pagaba más que una renta del 4 por 100, el capital llamado de arrendamiento producía una renta del 8 por 100. Por tanto, si el propietario hipotecaba sus bienes, la parte de su capital que daba una renta inferior representaba una cifra más pequeña de lo que de otro modo hubiera sido.

Otra circunstancia había en las provincias orientales. En esa parte de Alemania existen aún sociedades de crédito que vienen de siglos atrás y están abiertas á los poseedores de bienes señoriales: se llaman *Landschaft*. Estas sociedades é instituciones de crédito, por efecto de donativos del Tesoro real ó de otras maneras, andando el tiempo, han adquirido un capital propio y pueden prestarlo á un interés mínimo. Sólo piden el 4 por 100, del cual se reserva el 0,50 por 100 para amortización; de modo que los propietarios no tienen que pagar más que el 3,50 por 100 de interés. Pues bien; como el interés corriente entonces era más alto, los poseedores de bienes señoriales hacían un buen negocio dando á la *Landschaft* hipoteca sobre sus tierras y comprando sencillamente con el producto de este empréstito títulos de la Deuda pública, ó sea una renta del 4 por 100 garantizado. Con el tiempo, al terminar la amortización, habían ganado bonitamente el importe de las sumas hipotecadas.

A igualdad de circunstancias, esto era una buena suerte. Pues bien; según ya sabemos, subió la renta territorial. Por tanto, desde ese momento era más ventajoso para los propietarios, en vez de comprar papel, hacer nuevas adquisiciones de tierras con el importe de las hipotecas. Así tenían además el beneficio que pudiera esperarse del alza de la renta territorial. Pongamos el ejemplo siguiente: los Sres. A. y B. tienen cada uno una hacienda rural libre de deudas y que vale 100.000 thalers. Cada uno de ellos toma en 1850, en la *Landschaft*, un préstamo hipotecario de 66.000 thalers. El Sr. A. emplea estos últimos en renta del Estado prusiano, y con los cupones paga los intereses hipotecarios. Al cabo de cuarenta

años, en 1890, encuéntrase con su hacienda exenta de cargas, y además con 66.000 thalers en consolidados prusianos. Por su parte, el Sr. B. compra con sus 66.000 thalers otra nueva hacienda; la hipoteca por 44.000 thalers, y así sucesivamente, hasta que se encuentra en posesión de una propiedad de bienes raíces valorada en 300.000 thalers, de los cuales están hipotecados 200.000 thalers en la *Landschaft*. Según sus cálculos, todas sus haciendas deben redituarle el 4 por 100. Con los dos tercios de ese interés paga los censos hipotecarios, que amortiza, y al cabo de cuarenta años tiene fincas rústicas libres de gravámenes y que valen 300.000 thalers. Entre tanto, la renta territorial se ha beneficiado de un alza, pongamos que del 25 por 100. Por consiguiente, el valor real de los bienes raíces es en la actualidad de 375.000 thalers; el valor de los bienes del Sr. A. es á la sazón de 125.000 thalers. El Sr. A. ha ganado 66.000+25.000=91.000 thalers; al paso que la ganancia del Sr. B. es de 200.000+75.000=275.000 thalers, ó sea triple que la del Sr. A.

Además de esas deudas de pura especulación, había las deudas de sucesión hereditaria, influidas también por el alza de la renta territorial. Cuanto más subía ésta, más elevada era también la hipoteca que el heredero tenía que dejar tomar sobre los bienes heredables.

A partir de 1874, las rentas de las tierras han sufrido una gran baja. Las causas de ella son: la baja del precio de los trigos, por la competencia de Ultramar; más tarde, el retroceso de la industria alcoholera, por la competencia rusa primero y después por la superabundante oferta de los alcoholes en todos los mercados del mundo. La exportación de los alcoholes de Alemania era en 1881-1882 (punto máximo) de 100 millones de litros; en 1892 descendió ¡á 7 millones! Vióse entonces el reverso de la medalla: mientras que de 1850 á 1875 se ganaba en grande con la hipoteca, ésta conducía ahora á las gentes al borde del abismo. Estímase en un 25 por 100 la baja de la renta territorial en las provincias sitas al Oriente

del Elba durante estos últimos veinte años. Figurémonos ahora que los Sres. A. y B. hiciesen su respectiva operación rentística en 1874. En la actualidad el Sr. A. posee un finca rústica que ya no vale más que 75.000 thalers y que está gravada con una hipoteca de 66.000 thalers amortizada en parte; además tiene 66.000 thalers en rentas del Estado.

Aún sale del apuro sin pérdida, gracias á la *Landschaft*. El Sr. A. tiene bienes raíces que ya sólo valen 225.000 thalers (1), con 200.000 thalers de deudas hipotecarias, también en parte amortizadas. Ha perdido una porción de su capital. Añádase á esto que uno y otro se habían acostumbrado á gastar anualmente el 4 por 100 de interés de 100.000 thalers; si continúan viviendo bajo el mismo pie, se interrumpe la amortización, pues necesitarán contraer nuevas deudas cada año. En otro tiempo se decía: «cuanto más se hipoteca, tanto más se gana». Ahora es preciso decir: «cuanto más se hipoteca, más se pierde.»

Nuestros Sres. A. y B. aún pueden soportar sus respectivas pérdidas; pero la situación es mucho más difícil para quienes están gravados con deudas hereditarias á consecuencia de las tierras que les han sido legadas por sucesión, y se ven reducidos á vivir de la renta de la parte no hipotecada de sus bienes. Por ejemplo: si el Sr. A. es primogénito entre tres hermanos y cada uno de los otros dos han recibido 66.000 thalers, deduciendo cierta cantidad por amortización, sólo le quedan actualmente á él 75.000—66.000=9.000 thalers como valor real de su hacienda; y como en estos tiempos difíciles no ha podido pensar en la amortización, acaso haya contraído más deudas nuevas que amortizado antiguas.

Tal es hoy la situación de los propietarios de dominios señoriales, por lo menos de la mayor parte de ellos. Y adviér-

(1) 225.000 thalers suponen una pérdida del 25 por 100 con relación á 300.000; pero suponen una pérdida del 40 por 100 con relación á 375.000 thalers que llegaron á valer los bienes del Sr. A. cuando sus rentas subieron un 25 por 100, según el articulista.—*(N. del T. esp.)*

tase que al valorar la baja de las rentas del suelo en 25 por 100, tomamos la cifra mínima.

Otras razones decisivas se agregan á lo que llevamos dicho.

Cuando se ignora si los propietarios territoriales tienen otros recursos, sólo puede tener un valor hipotético la estadística de la deuda privada, fundándose en lo que antecede. Sin embargo, podemos indicar las cifras asentadas por el señor Miquel, fundándose en las bases para la exacción del impuesto sobre la renta para el ejercicio económico de 1893-94. Véase aquí el cuadro:

CIRCUNSCRIPCIONES TERRITORIALES	Valoración de la renta según la propiedad territorial. — *En marcos.*	VALORACIÓN DE LOS INTERESES DE LA DEUDA	
		En marcos.	Tanto por 100 de la renta.
Koenigsberg	14.379.000	7.355.541	51
Gumbinnen	7.484.201	3.280.197	44
Dantzig	8.082.819	3.921.232	48
Marienwerder	10.526.259	6.066.150	58
Postdam	30.110.133	16.007.049	53
Francfort	12.970.118	6.278.306	48
Stettin	12.723.454	6.133.730	48
Koeslin	7.752.553	5.026.927	65
Stralsund	6.490.072	3.235.789	50
Posen	14.964.382	8.998.799	60
Bromberg	9 648.836	5.769.292	60
Breslau	24.599.682	10.726.562	44
Liegnitz	13.095.777	6.549.372	50
Oppeln	16.229.526	7.757.286	48

De suerte que el 44 al 65 por 100 de las rentas hay que abandonarlo á los acreedores. Añadamos á esto los intereses de los créditos no hipotecarios, las pérdidas causadas por las crisis agrícolas, y veremos que en muchos casos los alemanes linajudos están condenados á morirse de hambre.

En las circunscripciones territoriales del Oeste son mucho

menores las deudas: el percentaje más alto es allí del 29, en Arnsberg; el más bajo es del 14, en Aquisgrán y en Osnabruck.

Queda manifiesto que la mayor parte de la gente está al borde del abismo; si continúa la baja de los precios, se verán precipitados en él del todo.

A todas estas causas agréganse también las consecuencias de los cambios producidos en la organización obrera. Los trabajadores del campo y de las comarcas de Levante, cada vez menos ligados y más reducidos al simple salario en dinero, naturalmente han comparado sus jornales con los de los obreros de las ciudades y de las comarcas de Poniente. De ahí ha resultado un éxodo general hacia las ciudades y una emigración anual hacia el Oeste. Las extensas plantaciones de remolacha y el cultivo mucho más intensivo en esta parte, requieren en la temporada de la recolección un gran número de braceros, asalariados nada más que para este período del año; y suelen colocarse sobre todo los que antes estaban empleados por los propietarios territoriales del Oriente. En Abril comienzan á despoblarse las aldeas, y á menudo sólo quedan en ellas viejos inútiles y niños. En el Oeste, los *Sachsengænger* (los que van á Sajonia), como se les llama, ahorran lo suficiente para satisfacer sus necesidades en sus casas durante el invierno; y cuando poseen en su pueblo algún trozo de tierra, pueden reunir al cabo de años un capitalito de unos cuantos centenares de thalers. Los propietarios de fincas rústicas de Levante no tienen por su parte más medio de salir del apuro que llamando á braceros nómadas, que les suministra principalmente la Polonia rusa. Pero no siempre basta este recurso. A menudo, es tan grande la falta de brazos, que cuesta sumas dificultades entrojar las cosechas; hasta ocurre á veces que se pudra parte de ellas en el campo, por carencia de obreros. El efecto natural de semejante estado de cosas es la carestía de los salarios, lo cual hace aún más desfavorable la posición de los propietarios de dominios señoriales. Esto se remedia tem-

poralmente tomando otros segadores que vienen de Rusia. Por último, se llegará á determinar á la Polonia rusa á establecerse de un modo permanente en las provincias del Elba oriental. Así se vería al elemento alemán rechazado por el elemento eslavo de ese mismo suelo que aquél conquistó á éste á fuerza de trabajos y de luchas.

No cabe dudar que tales circunstancias, ejercen perniciosos efectos en la condición de los obreros del campo, la cual es ahora más desfavorable que antes; y lo único que puede consolarles de ello es el progreso que han hecho para elevarse á un grado más alto de cultura intelectual. Pero si los trabajadores rurales llegan á ser más inteligentes y á tener mayor conciencia de sí mismos, eso será un nuevo peligro para los nobles. En efecto, los segundos habían considerado siempre á los primeros como su hueste política; y hoy se advierte ya que comienzan á debilitarse las opiniones conservadoras de esta población obrera agrícola.

Pues bien; sobre todo en el actual estado de cosas, quien dice poder político dice también ventaja económica. Si los nobles pierden esta última, también se les escapa de la manos el primero.

Los aristócratas han hecho votar en su propio beneficio los derechos aduaneros sobre los trigos, las primas á los alcoholes y azúcares. Estas son ventajas muy reales. Por el contrario, no ha cesado el retroceso de la renta territorial, aunque también ha disminuido. Parece que ha de ser más eficaz la legislación acerca de la propiedad parcelaria.

No puede preverse cuándo y cómo tendrá fin el movimiento descendente de la renta territorial; y la desesperación que causa una propiedad que de año en año disminuye de valor, induce á los antiguos propietarios á desprenderse de ella. Los compradores se encuentran en la clase inferior del pueblo, donde siempre hay gran deseo de adquirir un pedazo de tierra. Pero sólo hay un obstáculo, y es que esas gentes no suelen tener el capital necesario. Gracias á un ingenioso sistema

de pago á plazos combinados con el crédito abierto por el Estado, tienen esas capas de la población el medio de adquirir en parcelas los bienes de la aristocracia casi tronada, y esas compras se realizan á altos precios, como es de regla en esas ventas parcelarias.

Trátase aquí de dos leyes, la una de 27 de Junio de 1890 y la otra de 7 de Julio de 1891. La última contiene las disposiciones reglamentarias para ejecutar lo legislado en la primera. En el corto tiempo transcurrido hasta fin de 1892, ofreciéronse 150.000 hectáreas de terrenos aparcelados y se constituyeron 572 pequeñas propiedades, que sumaban en junto 6.550 hectáreas; en el siguiente año se constituyeron 1.882 propiedades que comprendían 17.379 hectáreas; y más adelante 3.673 propiedades, formando 37.886 hectáreas cuya superficie se ha deslindado, pero cuya transmisión de dominio no se ha hecho aún definitivamente. Además, se han ofrecido otras 114.000 hectáreas más.

La perspectiva del porvenir para los adquirentes de esos bienes es de lo más triste que imaginarse pueda. Con independencia de la baja futura de la renta territorial, tendrán que padecer por efecto de que cediendo á la seducción de las condiciones de pago, por lo común compran las tierras á un precio muy alto, lo cual no puede tener otra salida sino la de formar un proletariado de *Kuhbauer* (1), que vive en las condiciones más míseras y precarias.

Pero cuando el último aristócrata haya convertido en propiedad parcelaria y vendido su última hectárea de tierra, podrá decirse que se acabó la clase noble en Prusia; entonces compartirá la suerte de sus iguales en los países donde está en decadencia, y descenderá hasta desaparecer entre la clase media.

---

(1) El *Kuhbauer* es un campesino que no tiene caballos para la yunta, sino vacas, porque su lote de tierra es harto pequeño para permitirle mantener caballos.

Según hemos visto al comienzo de este estudio, la nobleza fué el factor esencial de la formación del Estado en Prusia; hoy, todavía es el verdadero sostén del Estado, y, por consiguiente, del imperio, en su actual constitución. La burguesía alemana se ha mostrado incapaz de desempeñar ese papel. Pero hay en Alemania un poder que no ha llegado aún á entrar positivamente en la actividad política, es cierto, pero que ha dado pruebas de significativas aptitudes políticas, y empieza á pesar hoy mucho en la balanza política: me refiero á la clase de los obreros industriales.

Las revoluciones sociales tienen muchos vínculos con las revoluciones políticas. Es difícil imaginar que la abdicación de la aristocracia pueda efectuarse sin sacudimientos políticos; y el resultado probable de éstos será el advenimiento de un gobierno democrático de obreros, lo cual cambiaría toda la situación política.

Los Estados europeos van á paso de gigante hacia una terrible catástrofe. Su constitución económica tiene por base la exportación, y los diferentes dominios de ésta se emancipan cada vez más de Europa. Si ese movimiento sigue con obstáculos, no puede engendrar en Europa sino falta de trabajo, pérdida de los medios de producción, empobrecimiento y despoblación. Añádase que la pequeña Europa se divide en dos campos enemigos, el alemán y el francés; y que agota sus fuerzas en armamentos inútiles, mientras nuestros adversarios económicos, los Estados Unidos, las Indias, Rusia, representan enormes territorios donde no hay traza ninguna de guerras interiores. Las condiciones de la existencia futura de Europa dependen de una alianza entre los Estados europeos, sobre todo entre Alemania y Francia. La sensible anexión de Alsacia y Lorena ha hecho nacer en Francia el afán del desquite, y en Alemania el miedo al mismo. Así se encuentran separados por una desconfianza recíproca los pueblos llamados á proseguir de común acuerdo los progresos de la civilización europea.

Si en Alemania pasa el gobierno á manos de los obreros, todo puede mudar por efecto de ello, pues el partido obrero fué el único que en la época de la guerra protestó contra la anexión de Alsacia y Lorena; por consiguiente, no tendría que hacer sino reanudar ó continuar su antigua política, para conseguir aliarnos con Francia. Y entonces quedaría Francia libre de esa alianza que tan pesadamente gravita sobre el resto de Europa. El papel de Prusia, después de la destrucción de Polonia (la más loca perfidia que se ha cometido en el mundo), sería el de impedir la creciente supremacía de Rusia. No ha desempeñado este papel, porque los aristócratas han sacrificado por sus intereses personales los intereses europeos, mucho más grandes. Aun después de la campaña de 1870-1871, si hubiesen podido aliarse Alemania y Francia, estaría realizada hoy esa tarea; pero Francia ha sido empujada á los brazos de Rusia. Esto es absolutamente lo mismo que aconteció cuando Polonia fué desmembrada á causa de sus disensiones interiores; y los países europeos sufrirían la misma suerte que la Polonia de antaño, si la constitución social de la Alemania de hogaño no estuviera en vías de disolverse y trasformarse.

Dr. Pablo HERNST.

Traducido de la *Revue des Revues*, por el

Licenciado PERO PEREZ.

CRONICA INTERNACIONAL

Los boeros en el Transvaal.—Su origen holandés.—Caracteres de Holanda y Flandes.—Historia de ambos pueblos.—Causa del crédito que los holandeses gozan en Alemania é Inglaterra.—El Transvaal y sus conflictos.—Luchas entre los boeros y los uitlanderes.—El presidente Kruger y el filibustero Jameson.—Grandes simpatías de Inglaterra por éste.—Intervención de Alemania en el conflicto.—Muerte del gran estadista belga Frere Orban.—Aniversario de una escuela en Suiza y de un Imperio en Alemania.—Muerte de Floquet.— Otros muertos ilustres.—Problemas intercontinentales.—Alianza de Rusia con Turquía.—Inglaterra y los discursos de sus jefes sobre las cuestiones pendientes.—Bautizo del príncipe Boris.—Conclusión.

I

El célebre conflicto entre los boeros y los uitlanderes del Transvaal ha puesto de moda la raza holandesa durante todo el mes que acaba de expirar ahora, durante todo el mes de Enero último. En estrecho triángulo, cuyo vértice da en el mar y cuyos lados en las fronteras de Francia y Alemania, extiéndense los húmedos Países Bajos, combatidos á la continua por las hirvientes olas de los mares del Norte y á la continua inundados por las turbias desembocaduras del Rhin, del Mosa y del Escalda. Semi-celtas y semi-germanos aquellos pueblos, según que se aproximan á las fronteras de Francia ó á las fronteras de Alemania, casi han escapado y huido al poder omnímodo y absoluto del Lacio en-

tre sus inciertas y fangosas marismas, á pesar de nominales sumisiones en tiempo del Imperio. Verdad que César exterminó algunas de sus tribus más numerosas y fuertes, sin dejar varón alguno á vida; pero verdad también que si les impuso pechos, no los pagaron jamás, acaso, cual dice con gracia un escritor moderno, porque no tuvieran medios con que pagarlos. Distinguiérase con distinción verdadera entre todos aquellos pueblos el pueblo bátavo, quien unas veces se unía con los germanos y otras veces con los latinos en sus luchas constantes. El nombre de Civilis flota sobre los héroes opuestos á Roma como el nombre de Viriato en España y como el nombre de Arminio en Alemania. Sin embargo, nada hoy de cierto se alcanza respecto al fin de la historia de Civilis; y no sabemos todavía si murió frente al poder ó bajo el poder de la diosa Roma. El Imperio tuvo á los Países Bajos entre sus provincias; pero no los marcó profundamente con su indeleble sello. Cuando las irrupciones bárbaras vinieron, hallaron coexistentes y sin mezclarse sus dos razas fundamentales, la raza celta y la raza germánica. Desde los tiempos de Vespasiano hasta los tiempos de Odoacro, los Países Bajos tuvieron la dominación de Roma, pero no el carácter romano. Así reciben las irrupciones bárbaras sin protesta y quedan esencialmente los mismos, celto-germanos como en sus comienzos, bajo el poder nuevo de los francos. El caudillo Carlos Martel sujetó los Países Bajos á la Monarquía franca; y el prelado Bonifacio á la Iglesia católica. En tiempo de Carlo-Magno sublevároнse al par que las tribus sajonas, pero Carlo-Magno los sometió bien pronto y los tuvo reunidos bajo un solo cetro. Este mismo Carlo-Magno quiso restaurar el antiguo imperio latino, poniéndolo bajo la tutela de los Pontífices de Roma; y sus tiempos no se lo consintieron. En cuanto el grande hombre se tendió sobre su lecho de granito en Aquisgrán, el feudalismo, rudo germen de futuras edades regado con sangre, debió estallar, para que la ley de variedad se cumpliese fielmente, como en el Universo, en las

humanas sociedades. Indignos sucesores dejaron caer de sus manos debilitadas la unidad formidable que fundaron Pipino y Carlo-Magno. Los Países Bajos entraron por entonces en el caos propio de la Edad Media. Aquí los obispos de Utrecht, allá los condes de Brabante, acullá los duques de Luxemburgo, más lejos los barones de Malinas y los marqueses de Amberes constituían varios Estados sin unidad, erigidos todos en la fuerza. Cinco siglos duró este régimen de tristísimo aislamiento. Pero en estos cinco siglos dibújanse los tres elementos, que han de disputarse con disputas eternas el predominio en las sociedades cristianas y han de tejer la nueva urdimbre de una civilización poderosa. Estos tres elementos resultan: la nobleza militar, que libra en la espada su derecho y que tiene la espada por cetro de gobierno y por balanza de justicia; el clero, que representa por sí sólo el ideal humano de aquellas edades y difunde con la luz de la ciencia eclesiástica el calor de la vida espiritual; y el comercio, que trabajando y vendiendo, aquista oro, con el oro independencia, con la independencia libertad, con la libertad derechos, con los derechos una fuerza muy superior á la fuerza del ejército y un ideal mucho más luminoso que todo el ideal de la clerecía. Esta última clase funda y compone las grandes ciudades mercantiles, que darán su carácter democrático y su gobierno republicano á Holanda. Los escandinavos con sus irrupciones, las cruzadas con sus mezclas de clases, el movimiento municipal con su carácter emancipador, el comercio con su riqueza que levantaba y ennoblecía el trabajo, las cartas donde se hallaban escritas ideas confusas de libertad echaron los fundamentos de aquellos progresivos Estados, los cuales habían bien pronto de iluminar y esclarecer la tierra con el calor y la luz de sus progresivas democracias.

II

Por 1417 un esbozo de unidad aparece, como incierto albor, en los Países Bajos. Una joven de diez y siete años hereda el imperio de sus tres fundamentales provincias, y muere después de haberlas poseído, combatida y destronada por su sobrino el duque de Borgoña, llamado el Bueno, según antífrasis frecuentísima en la historia. El principio de unidad indispensable á los Estados modernos, fundada en Francia por Luis XI, en Inglaterra por los Tudores, en España por Fernando el Católico, se funda casi al mismo tiempo en los Países Bajos por los duques de Borgoña, quienes, merced á la traición de Felipe llamado el Bueno, se apoderan del dominio de las Provincias Unidas y establecen la necesaria unión, poniéndole por cúspide su corona. Dueño de la baja y alta Borgoña; conde, por herencia, de Flandes y Artois; comprador de Namur; soberano por el dolo y la fuerza de Holanda y Zelanda; usurpador del ducado de Brabante, al cual otras soberanías iban anejas; tanta fuerza y tanto poder, si bastaron á dar unidad á tan diversas regiones, verdaderamente no bastaron á destruir la libertad, por más que resultara incompatible principio tan humano y progresivo como éste con autoridad y poder tan fuertes como el poder y autoridad obtenidos entonces por los duques de Borgoña. Dados estos á restringir las franquicias populares, no pudieron evitar que surgiera la Reforma, ni que se inventara la imprenta, proporcionando una y otra poderosas fuerzas á los que ya tenían aliento propio adquirido en los combates formidables con las olas y con los vientos.

III

A Felipe llamado el Bueno, sucede Carlos llamado el Temerario. Ningún apellido tan justificado. El nuevo duque de Borgoña nace con los intintos del combate como las alimañas carniceras. Dotado por las previsiones paternales de un ejército permanente y de un cuantioso tesoro, entra en liza, como si las armas fueran órganos naturales suyos; y lucha con todo el mundo, como si todo el mundo fuese su enemigo. Así aquella serie de combates que no concluyen jamás; combate con Luis XI de Francia, combate con los cantones de Suiza, combate con todos cuantos estaban cerca de su mano. Tres campos nefastos funestaron la historia de este Anníbal de la derrota: el campo de Granson, el campo de Morat y el campo de Nancy. Carlos el Temerario murió á la edad florida de cuarenta y tres años, dejando los Estados varios que componían su corona fuerte y deslumbrante, á la princesa su hija, designada en la historia con el nombre de María de Borgoña. Como sucede á la muerte de todos estos tiranos, y al comienzo del débil imperio de todas estas pobres mujeres, los instintos populares se despiertan y reclaman nuevamente los derechos desconocidos por la traición y atropellados por la fuerza. En cumplimiento de tal histórica ley, los pueblos varios de los Países Bajos compendian sus derechos en fórmulas claras y los elevan á la consideración de su nueva soberana, quejándose de los desacatos y agravios inferidos á su venerable grandeza por el abusivo poder de Felipe el Bueno y de Carlos el Temerario. A tal requerimiento de los pueblos, brota el Gran Privilegio, carta constitucional de Holanda, en cuyos párrafos se ven á una contenidas y consagradas todas las viejas libertades históricas.

Los Países Bajos entraban de nuevo en el goce de sus derechos. El ciudadano de Flandes y de Holanda podía holgarse con representar la mayor suma de libertad conocida entonces en Europa. La duquesa María hubiera desmentido su oficio regio si no conspirase contra las libertades mismas que otorgara mal de su grado. Apenas reconoce las nuevas instituciones, cuando ya envía emisarios á Francia para entenderse con Luis XI y tratar de destruirlas. El taimado rey francés encuentra muy llano delatar á los libres holandeses y flamencos las tramas urdidas contra sus libertades; y los ciudadanos de Gante se apresuran á colgar á los embajadores que los han traicionado y vendido. Ningún poder humano podrá salvarlos. María sale de su palacio y va hacia el mercado á interceder por ellos, tocada de luto, desceñida de cintura, despeinada y llorosa: nadie la escucha. Los pueblos han recobrado su libertad y están decididos á defenderla contra las perfidias del débil y contra las violencias del fuerte.

IV

María de Borgoña se casa con Maximiliano de Austria. Tan trascendental matrimonio se cumple á 18 de Agosto de 1477. Maximiliano comprende que la fuerza está en manos del partido municipal; y conspira en el palacio de su mujer á favor de los municipios. El cielo, en estas le da un heredero; y el heredero se llamará en la historia Felipe el Hermoso. Pero una casualidad le deja huérfano de madre á los cuatro años. La duquesa María, tan amiga de los ejercicios ecuestres como su padre Carlos el Temerario, cae del caballo en una carrera vertiginosa y se mata. Entonces Maximiliano reclama la tutela de su hijuelo y reivindica la regencia. Pero si Holan-

da le reconoce tal derecho, Flandes se lo niega. Una regencia colectiva se apodera del nuevo monarca y gobierna en su nombre desde la mercantil y artística ciudad de Brujas. El archiduque Maximiliano corre á derribar tal gobierno, pero con bien escasa fortuna. Empeñado en un combate, véncenlo sus enemigos, y lo apresan, y lo encierran en humilde vivienda de la plaza del Mercado. El regio cautivo, para salir de tal encierro, tiene que pactar con sus carceleros, los cuales, á una, le imponen condiciones bien duras. Acéptalas, cuando preso, el taimado; y las revoca una vez libre. La división á que las democracias parecen condenadas por su exceso de vida, basta indudablemente á explicar la victoria del monarca sobre su pueblo. Si Holanda hubiera seguido á Flandes en la reivindicación del derecho de los ciudadanos al gobierno, y en la protesta contra los ejércitos extranjeros, no predominaran, no, las dobleces y las traiciones de Maximiliano sobre la justicia y la libertad.

V

Maximiliano se venga de la resistencia de Flandes. La carta concedida y jurada por María desaparece traidoramente, por su voluntarioso viudo borrada. Muchos ciudadanos mueren á una en la horca por haber querido convocar Congreso general que tuviese á raya los caprichos del regente. A las arbitrariedades políticas suceden las extorsiones económicas en el fatal gobierno de éste. No contento con esquilmar á su pueblo por los tributos, se mete á monedero falso. Despues de tan colosal estafa, prescribe que todos los patrimonios particulares, faltos de sucesor varón, pasen á la corona. Todas aquellas provincias, inclusa la Frisia, cuyos

habitantes se creían más libres que los huracanes y los oleajes de sus costas, caen bajo el yugo infame de una misma servidumbre. En 1496 se verifica el matrimonio de Felipe el Hermoso; y cuatro años más tarde, al comenzar el siglo XVI, en su año primero, nace de este matrimonio el Gran Carlos V. En 1506 Felipe el Hermoso muere, y la corona de los Países Bajos pasa entonces á las sienes de Carlos V.

VI.

Gante merecía entonces el título de la ciudad principal de Flandes y de una de las principales ciudades del mundo. Erasmo, muy amigo de los reyes y poco amigo de los pueblos, alaba y encarece á Gante por centro de cultura, de riqueza, de inspiración y de trabajo entonces. En Gante había nacido su nuevo poderosísimo señor, Carlos. Llanuras fértiles la circuían; calles y plazas espaciosísimas la formaban; monumentos de primer orden la enriquecían; libre constitución la dignificaba; y sus innumerables fábricas y sus ejércitos de trabajadores decían que aquella fabulosa prosperidad estaba sostenida por la mayor y más fecunda entre todas las fuerzas, por la fuerza material del trabajo, que genera y vivifica la fuerza moral de la virtud. Gante, como ciudad libre, tuvo con Carlos una gran diferencia por causa de los enormes tributos que demandaba éste para sostener tanta y tan ruinosa guerra como tenía empeñada en las cuatro partes del mundo. En su resistencia los ganteses, no solamente se negaron al pago de los tributos, sino que requirieron de amistad y trato al rey de Francia. Francisco I procedió con los súbditos de Carlos V como había procedido Luis XI con los súbditos de María de Borgoña. En vez de agradecer tal afecto, los delató al soberano que debía conside-

rarlo como un crímen. Pidió Carlos I permiso para poder atravesar la tierra de Francia en este gran conflicto con sus paisanos, fiándose por completo á la caballerosidad personal de su enemigo; y Francisco I le dejó el camino franco y le trató como merecía en el hospedaje debido á tan excelso huésped.

VII.

Cuando Carlos llegó á Gante, duró la entrada triunfal de su cortejo en la ciudad más de seis horas. Precedíanle cuatro mil lanceros armados hasta los dientes, cinco mil mosqueteros de los más diestros entre sus numerosas tropas, y cinco mil alabarderos, guardias todos personales de su cuerpo y de su vida, que, por el número y por el armamento, parecíanse, no á un séquito militar y cortesano propio para el ornato y orgullo de un monarca, no, á valeroso ejército aparejado para inmediata guerra. El emperador entró caballero en alazán de bella estampa y ricos jaeces; rodeado de cardenales y arzobispos, en mulas montados, cuyos arreos ostentaban tal número de campanillas y cascabeles que componían extraña música; seguido de caballeros y ricos hombres con sus banderolas y sus plumajes al aire, sus blasones y sus collares al pecho, vestidos de terciopelos y brocados relucientes de pedrería; formando todos ellos la más vistosa corte que ojos mortales vieran jamás en la tierra. Para mostrar cuánto ganaría la ciudad con tal ceremonia, baste decir que aposentó y alimentó sesenta mil extranjeros y quince mil caballos en días tan solemnes. Y sin embargo, aquella ceremonia cortesana debía parecerse á una ceremonia fúnebre. Las fiestas ruidosísimas ocultaban una grande crueldad en el

corazón de tan poderoso monarca y una incertidumbre todavía mayor en el corazón de su pueblo. Parecía que, transcurrido un mes entero, las fiestas y regocijos debían haber prestado á las graves heridas bálsamo y á los tristes recuerdos olvido. Mas no fué así: á mediados de Febrero entró en Gante Carlos, y al mediar Marzo ahorcó en la plaza pública diez y nueve ciudadanos tenidos por cabezas de la resistencia. Y mes y medio más tarde fué ahorcada la ciudad también, porque perdió sus fueros, sus libertades, sus bienes públicos, sus rentas perpetuas, sus fortalezas, traspasado todo á la potestad real y todo prohibido á su antiguo poseedor y dueño, el pueblo gantés, quien además debía en realidad aprontar los cuatrocientos mil florines, á cuyo pago se había resistido, con ciento cincuenta mil de multa y seis mil de renta perpetua. El 3 de Mayo del mismo año rebosaban las calles de tropa en armas; grupos de caballería y algún que otro cañón cargado hasta la boca, ocupaban las encrucijadas y los puntos estratégicos; porque los principales ciudadanos de la ilustre ciudad iban vestidos de sayales, rapadas las cabezas, descalzos los pies, con sogas al cuello en vez de los antiguos áureos collares, á la casa municipal, donde Carlos, con su hermana la reina de Hungría al lado, sus príncipes y obispos en torno, circuido de alabardas y lanzas, sentado en el trono, vestido de púrpura, su diadema en la frente y su cetro en las manos, les daba un perdón, más cruel, por humillante, que todos los suplicios.

VIII

Mal quedaron los Países Bajos tras tales sucesos. La libertad en ellos no era solamente un derecho, era una tradición, y esta libertad se había perdido. Aquellas constituciones anti-

guas, aquellos fueros, semejantes á los fueros de Suiza, los municipios democráticos, las Cortes libres, las cartas venerandas, todo había desaparecido, todo, bajo la segur impía del absolutismo nivelador, que todo lo había segado. Y, sin embargo, la libertad estaba en las tradiciones de su historia, en el temperamento de su raza, en la sangre de sus venas, en la letra de sus leyes, en la continuación histórica de sus estados, en los deseos de su alma, y era necesario que la libertad volviese y triunfase. Corría entonces por el mundo, quizá venido del cielo, un viento de revolución espiritual, que sublevaba los ánimos contra los viejos poderes históricos, y movía las conciencias para que buscasen, allá en el espacio infinito, la llama eterna de la santa y vivificadora libertad. Esta revolución, suscitada en Alemania, pasó á Suiza; y allí en Suiza, por las predicaciones de Zuinglio y de Calvino, se dilató hasta formar una doctrina y una Iglesia verdaderamente republicanas. Pocos pueblos tan preparados en el mundo para recibir y aceptar esta idea como el pueblo de los Países Bajos. Su temperamento germánico se compadecía muy bien con la reforma religiosa y con ella se armonizaban sus tradiciones históricas. Todo estaba, pues, preparado allí para una transformación; y como tal transformación debía verificarse bajo el trono más católico de Europa, todo estaba preparado allí para un conflicto.

IX

Examinando la historia de este pueblo se ven ya de antiguo sus propensiones á la revolución religiosa, preparada casi por la sucesión de los tiempos y por los decretos de la naturaleza. En el siglo XI los holandeses y flamencos sos-

tuvieron la causa gibelina de los emperadores contra la causa güelfa de los Papas. En el siglo XII, cuando la conciencia humana dormía bajo el ala maternal de la Iglesia, despertábanse, y en tropel bullicioso, herejías innumerables por el suelo de los Países Bajos. Todas las nuevas doctrinas encontraron allí sectarios y resonancias. Los valdenses pulularon como en Lyon; los arnaldistas siguieron las sublevaciones prematuras del entendimiento humano contra la autoridad eclesiástica; los albigenses de aquellas tierras compitieron con los albigenses del Mediodía de Francia; y no hubo herejía que no tuviese allí en aquellos espacios sus sectas y sus resonancias. Las traducciones de los Libros Santos al francés hechas por Waldo, corrieron todos aquellos territorios y ocuparon mucho antes que las traducciones luteranas la noble atención de tan despierto pueblo. En el siglo XIII comenzaron á decaer allí los monasterios; en el siglo XIV corrieron las doctrinas de Wiclef desde un extremo á otro de aquel territorio; los mismos caballeros que fueran á la cruzada contra los hussitas de Bohemia en el siglo XV volvieron con grandes inclinaciones á la herejía y á los herejes. La imprenta esparce allí los primeros rumores de la tempestad que conmovía las conciencias. Los reyes preparaban sin saberlo el movimiento. Felipe el Bueno quita el derecho de asilo á las iglesias. Carlos el Temerario impone costosa tributación sobre los bienes eclesiásticos. Grandford de Croninga prepara los ánimos al combate. Erasmo, sin quererlo ni desearlo, inclina el sentido común á separarse del dogma ortodoxo. A Maximiliano I sólo se le ocurre unir con la corona del Imperio la tiara del Pontificado en su cabeza. Y los más moderados gritaban que Lutero era de los reyes y de los clérigos odiado porque á un tiempo mismo atacaba los vientres de los frailes y las bulas de los Papas. Así los holandeses gozan mucho crédito en los pueblos del Norte, por protestantes y por germanos. Un destacamento, digámoslo así, de tal raza embarga hoy el interés público desde Africa, desde la República de Transvaal.

X

Eramos pocos y parió mi abuela, dice con gracia cierto refrán español para significar el crecimiento de numerosa familia. Eran pocas las dificultades internacionales y ahora surge otra de primera magnitud en Africa. Precisa enumerarlas mil veces para sentirlas en toda su acerbidad y comprenderlas en toda su extensión. Hay gravísima dificultad de los Estados Unidos con Inglaterra por los límites entre la Guayana inglesa y el Estado de Venezuela; dificultad gravísima de Inglaterra con Rusia por los proyectos de esta última potencia sobre Mandchuria, colindante de la Siberia moscovita; dificultad de Inglaterra y los primeros imperios y gobiernos europeos con Turquía por la cuestión de Armenia; todas ellas dificultades múltiples de gravísima exacerbación; y cuando parecía que la medida se colmaba y ningún accidente nuevo podía sorprendernos y sobrevenirnos; el cielo se nubla y el rayo estalla por donde menos podíamos temerlo, por el Cabo de Buena Esperanza, hoy sumido en guerra, y por tanto sumiéndonos á todos los amigos de la paz en una desesperación verdadera. Allá por el Cabo de Buena Esperanza, tan célebre de suyo en Geografía como en Historia, se han sobrepuesto á las tribus primitivas de salvajes diversas compañías mercantiles de nuestra Europa, las cuales han debido constituirse Estados primeramente, comerciar luego con el mundo todo, y defenderse por último de zulúes, cafres, y demás indígenas con piel negra y temperamento bárbaro, generados por los ardores del clima en selvas y montes y desiertos. Aunque los portugueses descubrieron el Cabo, nuestra mala suerte ha querido que pasase á poder aquel espacio de bátavos é ingleses, quie-

nes hoy se dividen su dominación absoluta, no sin porfias y competencias entre sí mismos, agravadas por los horrores del ambiente clima y la bravura de los naturales históricos. Hay allí una colonia inglesa que se llama del Cabo, dirigida por el gran político Rhodes; otra, vecina de ésta, holandesa, pero en la cual nada tiene que ver su patria, dirigida por el presidente Kruger, colonia llamada República del Transvaal; otra lusitana, Lorenzo Marqués, mandada todavía directamente por Lusitania, pero siempre requerida de protección por Inglaterra que cuenta muchos intereses allí, ó por Alemania que desea, mejor dicho, codicia contarlos. Con el horror á la uniformidad, verdaderamente distintivo de los ingleses, y el acomodo á las circunstancias en ellos consuetudinario, donde pueden, se alzan siempre con el domino directo; y donde no pueden hacer esto, apechugan siempre con una tutela más ó menos franca, que les permita explotar las ventajas mercantiles é industriales sin los cuidados y los desvelos políticos. De tal especie son las colonias del Cabo y del Transvaal, más dominada la primera, esencialmente británica, y menos la segunda, compuesta de holandeses, quienes admiten á una tanta protección de la gran potencia cuanta necesitan para tener á raya los indígenas, en batalla siempre, cual todos los salvajes. El Transvaal se halla compuesto de dos partidos, que realmente son dos clases, ó mejor, dos gentes. Llámanse unos los boeros y otros los uitlanderes en el mundo. Los boeros son los holandeses, y los uitlanderes aquellos extraños, especialmente ingleses, que van allí tras el ejercicio de una industria y forman su rancho aparte por las leyes del país, nada hospitalarias. Cuáqueros, liberales, industriosos, económicos, republicanos de abolengo, muy apegados al gobierno de sí mismos y muy contrarios á compartir este gobierno con los demás, constituyendo un patriciado ilustre, sumergidos en espacios adversos á su naturaleza y á su historia, encastíllanse dentro del propio poder, y repugnan todos compartir este grande privilegio con aquellos que sólo han ido allí, aguijoneados por un afecto tan bajo como el deseo

de lucro y no pueden querer á un país que sólo desean explotar. Así los derechos políticos, sobre todo el derecho de sufragio consagrado por los boeros, no quieren transmitirlo por modo alguno estos á los uitlanderes.

XI

Los uitlanderes van desde la colonia del Cabo á la colonia del Transvaal. Guíalos allí la sed hidrópica de oro y mantiénelos allí la industria minera consiguiente al deseo que los guía. Pero si pueden ejercer á su sabor industria y comercio, no pueden ejercer los derechos de ciudadanos. Tienen libertad de creer y escribir, hasta jurados; mas las leyes aquellas no los admiten al Comicio, y menos, por tanto, pueden admitirlos al gobierno. Así han armado una grande agitación en demandas de garantías, que creen les tocan por estricta justicia. Mas los boeros saben perfectamente que, magüer gobiernen ellos, no constituyen la mayoría del pueblo cristiano; lo constituyen los extranjeros, los ingleses, los uitlanderes; y se niegan por modo resuelto á toda entrada de estos en el comicio y menos en el gobierno. Los peticionarios están apoyados por Inglaterra, la cual se funda para ello en dos razones: primera, en el espíritu liberal suyo que la hace protectora nata de todos cuantos mantienen amplitudes justas de los derechos políticos, y segunda en el origen y carácter inglés de los peticionarios. Pero Inglaterra, que quizá tuviera razón en el fondo de sus preferencias, hala perdido en absoluto por los procedimientos al defenderlas. Y hala perdido porque ha dejado, no solamente organizarse á sus anchas una conspiración dentro de la colonia del Cabo contra la colonia del Transvaal, sino que ha permitido ataques á mano armada, en los cuales

toda razón se pierde y todo derecho se vulnera. ¿Quién ha dirigido una irrupción de mil soldados contra el gobierno vecino? El Dr. Jameson. ¿Y quién es el Dr. Jameson? Pues un médico que, después de haber curado al presidente Kruger de una enfermedad mortal, hale inferido esta enfermedad política de muerte, la invasión armada, que ni las invasiones del cólera. Y lo peor del caso estriba en que Jameson es un segundo de Rhodes y Rhodes una representación viva en el Cabo de Inglaterra. Así, nada más natural que todo cuanto acaba de suceder en esta ocasión y con este motivo. Acaba de suceder que los boeros, y en su nombre y representación el gobierno, se han dirigido á Inglaterra quejándose del proceder de los ingleses en el Cabo. Y ha tenido Inglaterra que desautorizarlos y condenar ese acto, bien desgraciado por cierto, pues de los mil irruptores comandados por el médico inglés han muerto cerca de cien, han quedado prisioneros más de quinientos, y el resto, roto y desesperado, ya se dispersa en todas direcciones, ya se rinde á discreción, y demanda, como única merced, no ciertamente la libertad, no, la vida. Pero aún hay cosas peores tras tantas nefastísimas. Aún hay que Guillermo II de Alemania se cree con derecho, en virtud de sus intereses más ó menos fantásticos sobre los espacios de la horrible Africa Meridional. Y reunió Consejo en cuanto supo lo allí sucedido, para disponer nada menos que una escuadra; y en esa escuadra equipar soldados de todas armas que desembarcasen allí, sobre la colonia lusitana de Lorenzo Marqués, y corrieran en defensa del Transvaal. Mas como quiera que la victoria de esta república, en tan inminente daño puesta por sus congéneres, haya sido tan pronta, se ha limitado el Emperador á enviarle una felicitación, la cual resuena como una gran bofetada en las mejillas de Inglaterra. Y así un cambio de artículos entre periódicos ingleses y alemanes tan terribles los unos contra los otros y tan henchidos de mutuas ofensas, que parece ya sonar el apocalíptico minuto en que rompa y estalle una guerra entre la mayor potencia con-

tinental de los germanos y la mayor marítima. El pueblo inglés ha mostrado suma extrañeza de que un amadísimo nieto de su Reina Victoria sea osado á tamaños atrevimientos contra el imperio de su abuela, como si el mundo se rigiese por intereses dinásticos, cual en los tiempos del pacto de familias, y no por lo que todo arriba lo dirige, por las ideas, y por lo que todo lo dirige abajo, por el interés.

XII

Tan congruentes guerras con desgracias aparecerán siempre á nuestros ojos, que sólo es propio del ánimo en muertes y en muertos ocuparse. Una colectiva necrología se impone á todos los periódicos liberales del mundo, la necrología de Frere Orbán. Hijo de un conserje, se levantó por esfuerzos de la voluntad soberanos y por títulos de mérito indiscutible á primer ministro del rey de Bélgica y á jefe de aquel partido liberal. Diez y ocho años consecutivos desempeñó la cartera de Hacienda, y en estos diez y ocho años abolió la capitación y los consumos, que gravaban mucho al pobre pueblo en los tiempos anteriores á su gobierno tan próvido y fecundo. Ministro de Obras públicas largo tiempo también, extendió muchas de las redes férreas que facilitan las comunicaciones en el industrial país belga; y no contento con extenderlas, acertó á salvarlas del tercer Napoleón, quien, soñando siempre con engrandecimientos y conquistas, quería enredar Bélgica entre sus dedos. Tres grandes inclinaciones distinguieron al glorioso difunto: la inclinación al derecho sacratísimo del espíritu y del pensamiento humano, la inclinación al gobierno parlamentario moderno, la inclinación al principio individualista de la Economía política. Con estas tres grandes inclinaciones prestó ser-

vicios valiosos á Bélgica y á su libertad. Era un estadista bastante conservador para constituir en los Parlamentos una derecha liberal y una izquierda conservadora. Pero en sus tendencias á la derecha y en sus tendencias á la izquierda exageró algunos principios que le suscitaron sumas dificultades y que cedieron al cabo en deservicio de su propia causa. Llevó á sangre y fuego sus relaciones con la Iglesia de su país, con la Iglesia católica, trayendo así odios que dieron á la natural emulación entre reccionarios y liberales carácter de guerra litúrgica y religiosa. Exageró su liberalismo tradicional en frente de la Iglesia católica. Y en frente del sufragio universal aún se mostró más exagerado, petrificándose dentro del dogma de los privilegios burgueses con sus capacidades sumadas á sus censos, y resistiendo á reconocer el advenimiento de la democracia universal. Así cosechó el fruto de ambos errores. La eterna contradicción implacable con la Iglesia le quitó el poder para dárselo á una fracción católica, no tan verdaderamente conservadora como su partido; y la eterna contradicción implacable con la democracia le quitó la diputación para dársela por mal de todos á un socialista, no tan liberal y tan amante del progreso como él, vencido por los votos del pueblo. Así ha pasado los últimos años de su vida fuera del gobierno y los últimos días fuera del Parlamento. Mas, orador afluente, político experto, cristiano viejo, aunque no católico, economista consumado, administrador de primer orden, un financiero como decimos ahora de primera magnitud, sin llamarse idólatra del pueblo como los comunistas y demás sectas del socialismo, ha descargado de gravámenes horribles el pan con que los pobres de su patria se alimentan y ha mejorado la condición social de estos con reformas prácticas y tangibles, superiores á las leyendas y fantasías de todos los videntes que pululan por el mundo. Nunca podrá, jamás, olvidarlo la historia.

XIII

¡Cuál diferencia entre los dos aniversarios estos días celebrados en Alemania y en Suiza, pues, mientras la república veneraba un maestro de escuela, el imperio veneraba un emperador de combate! ¡Cuánto más meritorio vivificar que destruir! ¡Cuánto más glorioso esclarecer un alma que bombardear un pueblo! Entre la gloria de Benjamín Franklin arrancando el rayo al cielo, y la gloria de Guillermo Brandeburgo arrancando á Francia su Lorena y su Alsacia, no es la elección dudosa. El maestro Pestalozzi rodeado de niños en aquellas montañas divinas se parece mucho á Cristo, mientras el vencedor Guillermo ciñéndose la diadema imperial en Versalles entre matanzas é incendios se parece mucho á César: y notad cómo no podría el mundo pasar sin maestros de escuela, cual no podría pasar sin redentores sublimes, y podría pasar sin Césares imperiosos y combatientes como pasan muchos pueblos y todo un continente. Así, mientras el puñal de los Casios y de los Brutos mata á César para siempre, no pudieron los sayones de Tiberio matar á Cristo en la cruz: al tercer día de consumada la sentencia suya resucitó de entre los muertos. ¡Cuán envidiables las gozosas aldeas helvéticas á la falda de los Alpes coronados por nieves eternas y á la vera de los lagos repitiendo en sus cristales el cielo, aldeas donde solamente se ven hombres libres y ciudadanos iguales en dignidad y en derechos! ¡Cuán aborrecibles ceremonias como la de Versalles, aquel jardín baldío de los déspotas, erigido por turbas de siervos para santuario de un Dios implacable como Luis XIV, cuyos últimos representantes y sucesores en el trono francés provocan y hasta justifican la invasión extran-

jera! Cuando uno recuerda la ceremonia de Versalles el año 71, en que fué coronado el vencedor, monarca de monarcas, entre reyes feudatarios, que llevan en sus manos por timbres las señales del combate y de la conquista, por roja púrpura la sangre vertida entre los rojos reflejos del incendio y las desolaciones del saqueo y de la matanza, no puede menos que preguntar al cielo cuándo se acabarán los conquistadores; y si compara tal espectáculo con un comicio helvético, con una peregrinación á la capilla de Guillermo Tell, cantado por Schiller y por Rossini, ¡ah!, no puede menos que decir: sólo es digno del hombre vivir en los senos de un pueblo libre.

XIV

No ha menester la muerte de cooperadores como los Césares; harto vuela con sus alas de murciélago y hartas vidas siega con su guadaña de aniquilamiento y exterminio. Hace poco hemos llorado á un sabio como Pasteur y á un literato como Dumas; lloramos hoy á Floquet. Presidente de la Cámara en Francia, presidente del Consejo, tribuno de la plebe republicana bajo Napoleón III, primate radical en la República; su enfática elocuencia, un poco solemne y algo artificiosa, jamás adoleció de doblez, pues tenía la sinceridad entre sus primeras condiciones y cualidades tal hombre de bien. Esta sinceridad lo perdió. Acusado por la malicia pública en la tribuna francesa, de haber distribuido entre los publicistas republicanos acciones del Panamá; como no tenía una sombra en su mente, ni una mancha en sus manos, ni en su peculio un céntimo que no fuera suyo y de los suyos, tomó por lo más natural y justo del mundo secretas dádivas, que podían hacerse por las necesidades ineludibles del gobierno, pero que no

pueden justificarse ante la opinión pública y menos ante la conciencia universal. De aquí el descenso de su popularidad en las muchedumbres y de su crédito en las asambleas. Pero ya deslizara el nombre de Polonia en los oídos del Czar cuando la Exposición del 67; ya defendiera en el tribunal de Tours contra la familia de Pedro Bonaparte á la familia de Víctor Noir en las postrimerías del Imperio; ya declamase ante las reuniones públicas por la democracia y por la libertad en las luchas generadoras de la revolución del 4 de Setiembre; ya dirigiera sus invectivas ciceronianas á Boulanger en discursos que parecían ecos de las frases dichas por Marco Tulio contra Marco Antonio; ya cruzara su fino guante de abogado con el guantelete férreo de tal competidor; ya propusiera revisiones constitucionales absurdas y divorcios entre la Iglesia y el Estado imposibles; no puede dudarse que á sus aciertos como á sus errores presidió siempre un móvil desinteresadísimo, dimanado, ya de sensibilidad harto exaltada ó ya de doctrina muy errónea, pero nunca de personales intereses y menos de bajas pasiones. Republicano gubernamental yo y él republicano radicalísimo, estuvieron en discordia nuestras inteligencias, pero en concordia nuestros corazones, pues le debí una continua é inalterable amistad. Dios le haya recibido en su gloria. Dos muertes de poetas célebres en Portugal y en Francia. El poeta portugués, cuya muerte nos apena hoy, cantó el amor en todas sus exaltaciones, y sin embargo, supo consagrarse á la enseñanza en todos sus ramos; el poeta francés, cuya muerte nos apena también, supo cantar todos los deliquios de la religión, amén de todas las voluptuosidades y goces del sentido. Cuando lo que hay de animal en el hombre tiraba de él hacia los abismos de abajo, revolcábase como un hipopótamo en el estercolero inmenso de todas las inmundicias; pero cuando todo lo que hay en el hombre de ángel impelíale á los abismos de arriba, nadaba en el éter de la primera luz y oía el concierto de las esferas como los mensajeros hieráticos del Creador en los primeros días de la creación. Contradicciones tales há-

llanse á cada paso en el Universo material, en el espíritu infinito, en la sociedad, en la Historia. Pero la muerte lo purifica todo y la inmortalidad sólo se concede las á obras buenas y hermosas en el mundo.

XV

Pocas veces los negocios de nuestro continente se han por tan estrecho modo enlazado con los negocios de las otras partes y porciones del mundo como ahora. En lo más extremo del Oriente la cuestión japonesa y en lo más extremo del Occidente la cuestión cubana; guerra de Portugal con las razas vecinas á su colonia de Lorenzo Marqués y sublevación terrible contra Portugal de las tribus indígenas extendidas por los dominios de Goa; combates de los holandeses con los britanos en la república del Transvaal; litigios, mejor ó peor terminados, de Inglaterra y Francia sobre las riberas del Río Amarillo, y litigios muy graves y confusos por terminar sobre las hieráticas riberas del río Nilo; proyectos acariciados por Alemania y su emperador Guillermo para un desembarque de tropas germánicas en el Africa meridonal y apresamiento de las tropas italianas por el Nego abisinio Menelik, que las lleva en rehenes entre filas de soldados suyos, promoviendo grande anhelo en Italia que se había holgado ya con la ilusa esperanza de una paz definitiva y pronta; victoria del Czar en la Mandchuria que han abandonado á los moscovitas los ejércitos ocupantes y mayor victoria en Armenia, quien parece asirse á sus manos al par que se desase de las manos del imperio turco; entrada en escena de los Estados Unidos, quienes pretenden arrogarse por interpretaciones absurdas y maquiavélicas del dogma de Monroe un arbitraje nato para dirimir pleitos entre las potencias americanas y potencias europeas, amén de un pontifi-

cado enriquecido con excomuniones y anatemas que se permiten con insolencia patente y sin derecho alguno sobre nuestro modo de combatir insurrecciones interiores, para el cual nos aconsejan humanidad como si ellos no presentaran ejemplos de crueldades é inhumanidades en los canes rabiosos azuzados contra los siervos de antaño y en los linchamientos bárbaros y en el exterminio de los pieles rojas tostadas dentro de los bosques incendiados por sus teas; competencias terribles entre Austria y Rusia por el futuro dominio de Serbia y Macedonia, como disolución del otomano Imperio, sobre cuyas resquebrajadas moles echan suertes los poderosos del planeta y libran esperanzas los privilegiados pueblos de la divina Grecia. El sentimiento de que algo muy grave y muy trascendental se prepara está en el ánimo de todos y á todos nos embarga. Como hay tantos intereses comprometidos y tan pocas ideas luciendo sobre su egoísta competencia, todos á una tropezamos en los negrísimos senos de un misterio impenetrable. No son estos aquellos tiempos en que los ejércitos europeos iban al son de las liras y de los coros como las antiguas legiones helénicas en pos de muerte gloriosa para en los campos de Misolonghi ó Solferino redimir á las naciones sublimes, generadoras en lo antiguo de la ciencia y del arte. No son aquellos tiempos, en que un emperador recibía Venecia de otro emperador, y entregaba su posesión á Italia; ó aquellos tiempos, en que un grande tribuno devolvía las islas jónicas á Grecia y todos nos regocijábamos de tal reconocimiento del principio salvador de la nacionalidades como si de nuestra propia patria se tratase. Hoy reina el derecho de conquista puesto en boga por el retroceso que delata en los afectos humanos los acaparamientos por la victoria ciega y por la fuerza bruta de Metz y Estrasburgo, usurpadas al imperio alemán contra todo el torrente de sus voluntades respectivas y contra todos los cánones y principios del humano derecho. Así parecen los gobiernos jaurías soltadas contra codiciables presas, que husmean á una con su olfato, atisban á una con sus ojos, perciben á una en sus

oídos, ojean á una en sus ambiciones y exterminan á una en sus batallas. Este gobierno se queda con Chipre y Alejandría, cedidas como predios ó bombardeadas sin piedad; el otro campa por las orillas del Mar Rojo disputando sus posesiones á los Maedíes y abisinios; esotro se alza con Madagascar y Túnez y grande porción de tierra amarilla, ejerciendo como conquistador y como guerrero, cuando es víctima de la conquista y de la guerra; el de más allá dilata con paso de tortuga pero con seguridad de triunfo su imperio hasta las puertas boreales de India, Persia y China; llegando el atrevimiento acaparador á extremos tales, que una oligarquía de azucareros quiere disputar á España los archipiélagos invenidos por su genio creador, y otra turba de mineros más ó menos facinerosos menguar Venezuela y el Brasil y el Transvaal, como si la humanidad no tuviese más dios que el oro, más sentimiento que la codicia, ni más finalidad que allegar las grangerías del odio y del despojo.

XVI

Para ver cómo este retroceso de la política universal ha trastornado las inteligencias, basta considerar que anda ó corre muy válida la inverosímil noticia de una cordial inteligencia entre moscovitas y turcos, ó sea, entre ratones y gatos, entre milanos y palomas, entre lobos y corderos, entre las más enemigas especies. Yo comprendo á Turquía en potencia propincua de asirse al primer clavo ardiendo que le depare la suerte, después que ha perdido su amistad con Inglaterra, en cuyos senos antaño poseyera un verdadero seguro. Cuando los ingleses coincidieron en esto de proteger á los búlgaros, contra Turquía subertidos, con los rusos; y al surgir de la insurreccion búlgara una guerra oriental y de la guerra orien-

tal un pacto como el célebre de Berlín, se alzaron sin escrúpulo con Chipre, como compensación de Besarabia, conseguida por el Czar pontífice, y de Bosnia con Herzegovina conseguida por el emperador austriaco, todos entendimos cómo había terminado el principio de la integridad del imperio turco entre los dogmas capitalísimos de la política internacional inglesa. Y si á esto se añade la grande agravación de haberse Inglaterra sustituido por fuerza de armas y por derecho de ocupación violenta en el patronato sobre la histórica región del viejo Egipto á Turquía, se comprenderá la pérdida por los turcos del antiguo arrimo de los ingleses y su resolución de vivir por sí mismos, en cuanto se lo permitan y toleren las innumerables fuerzas de atracción, que arrastran hácia las moles mayores y más poderosas á las moles menores ó más débiles. Sólo cuerpos fluidos y gaseosos como los cometas, carecen de órbita calculable y se van por esos espacios inmensos á su guisa y modo, atravesando desde unas fajas á otras fajas del inmenso espacio. Turquía no puede salir de este triángulo fatal: ó con Inglaterra, ó con Rusia, ó con Alemania. Separada hoy de Inglaterra, cae por su propio peso en el radio de las atracciones rusas. Pero no cabe dudarlo; si alguna tradición prepotente y secular predomina en Rusia y si los rusos oyen alguna monótona y unísona voz de vocación suprema é imperiosa, es el llamamiento á expulsar de nuestra Europa cristiana la media luna osmanlí en Oriente, como sintieron los españoles el llamamiento á borrar la herradura tradicional árabe aquí en Occidente. Y nada vulneró á los árabes, nada les dañó en su poder y su fuerza, nada los debilitó hasta disponerlos y aparejarlos para la expulsión, sino que tuvieron pactos é inteligencias con los monarcas cristianos de nuestra Península. Cuando los Alhamares iban á sitiar la Hispalis musulmana en compañía de San Fernando y luego pagaban tributo á Castilla y le rendían parias; expulsábanse de nuestro suelo ellos mismos antes de que los expulsase la victoria definitiva del cristianismo con la cruz, erguida por la manos del Cardenal Men-

doza sobre los adarves de Granada. Sólo con que haya corrido esa noticia, se demuestra cómo corre Turquía desbocada y sin freno á su total ruina.

XVII

Más pujanza muestra el emperador Menelik de Abisinia, que el sultán Hamid de Constantinopla. Decidido á entenderse con Italia, se había por completo avenido á que la potencia, con quien acababa de aliarse, lo representara en las cortes y ante los gobiernos de nuestra Europa. Un tratado, convenido entre las dos naciones aliadas y llamado de Uccellai, arreglaba los términos de la cordial concordia. Pero como quiera que las lenguas abisinias sean ignoradas en Europa y las lenguas europeas en Abisinia, se cometieron erratas de traducción, las cuales han dado margen á mucho derramamiento de sangre. Mientras los abisinios creían haber firmado un mero convenio de alianza, los italianos creían haber cogido una tutela de protectorado. Y como en Roma no se leyó nunca el original abisinio y en Abisinia no se leyó nunca la traducción romana, duraron mucho tiempo las satisfacciones del negro africano por haber contraído una grande amistad con Italia y las satisfacciones del rey europeo por haber conseguido sobre tal poderoso señor un protectorado. Todo hubiera permanecido sin dificultad, si el extranjero no se mezcla en ello. Pero se mezcló por exigencias de cancillería, corrientes entre los pueblos más apartados en el mundo, si anudan y mantienen alguna relación diplomática. Un día recibe carta Menelik de colega tan eminente como la reina Victoria, y otro día del mismísimo emperador alemán. ¿Cuál no sería su asombro, viendo que una y otra le daban poco menos que por destronado, á causa de haber admitido la capitisdiminución subsi-

guiente al predominio sobre su persona y sobre su imperio de un protectorado extranjero? La carta de Victoria guardaba consideraciones á su coronado compañero, si bien le descendía ó rebajaba el tratamiento de majestad á tratamiento de alteza; pero la carta de Guillermo le borraba del número de los soberanos y procedía con él como si fuera un subteniente. Los hombres de todas estas regiones, que si os profesan amistad, no parecen vuestros amigos, parecen vuestros siervos, en lo dóciles y flexibles, así que se ven pisoteados, tíranse contra quien los pisa con el aspid tijereteando de la serpiente, con la uña cavadora del tigre, con el sepulcral hocico de la hiena, con la quijada machacante y la gola rugiente del león, con la crueldad voraz del águila, con el furor ciego de la pantera, con los esfuerzos del elefante, con todos cuantos medios y recursos de combate y destrucción tienen á mano. Así Menelik declaró á los italianos la guerra, y en esta guerra no les fué á estos últimos tan favorable la fortuna como antes, al posesionarse de la colonia entera y someter la Kazaba de los mahedíes y conseguir un tratado con Abisinia en que Humberto se supo aparecer como protector de aquel vasto imperio africano. El mayor Tosseli fué vencido y muerto en Dogali primero; después el comandante Galiano sitiado en Makallé. Tales incidentes han sacudido en alternativas horribles la fortuna de Crispi, ascedente unas veces hasta el zenit y otras descendente hasta el ocaso. Que los italianos quedan vencidos, pues requerimiento á que caiga Crispi, siquiera equivalga la rota en último término á una victoria por el heroísmo que han mostrado las tropas y por el sacrificio que han hecho digno de los antiguos Scévolas. Pero como á las noticias del desastre sucedan en seguida noticias de tratados pedidos por los abisinios, ascensión nueva del crédito de Crispi á las estrellas. Y como á estas noticias sigan otras de que los italianos se mueren por sed en el sitio de Makallé, nuevo descenso del nombre de Crispi; y como á las noticias de una muerte colectiva por sed suceda la noticia de una salida con todos los

honores de la guerra, nuevo ascenso; y como esta salida se convierta en una especie de Cautiverio nómada en los partes subsiguientes, novisísimo descenso, hasta que ahora, como quiera se reduzcan las pretensiones de Menelik á restaurar el tratado de Uccellai tal como él cree haberlo firmado y no como lo han traducido las cancillerías, resurgen otras esperanzas nuevas y se cree posible una paz próxima que llegue á estancar en el erario de tanto malvertido tesoro y en el cuerpo de Italia tanta malvertida sangre. Bien lo deseamos nosotros, en el amor sincero nuestro á la paz universal.

XVIII

Aparecen de tal modo complicadas las especialísimas cuestiones europeas con las universales cuestiones planetarias, que se necesita un curso de geografía para conocer desde los problemas planteados en los glaciales desiertos de Siberia y sus anejos hasta los problemas planteados en los encendidos desiertos de Transvaal y sus anejos, ó desde los problemas planteados en las cordilleras del Tauro y del Olimpo hasta los problemas planteados en la desembocadura del ardiente Orinoco y en los hielos eternos de la boreal Terranova. Así los discursos de las notabilidades inglesas, los discursos de Salisbury, de Chamberlain, de Balfuwr, parecen temas variados sobre Historia Universal. Decididamente Inglaterra no puede consolarse del desaguisado de Jamesoon y del triunfo de Kruger en el Transvaal. Aunque morales deberes háyanla obligado á maldecir del acto de un filibustero casi propio; la procesión en pro de este señor anda por dentro. Así, mientras el ministro de las Colonias, Chamberlain, telegrafiaba sus anatemas legales despedidos por un deber internacional sobre la cabeza del terrible invasor, con quien aparecía cómplice Inglaterra; el

poeta oficial de la corte británica, Austin, designado á la reina Victoria, no por inspiradísimo, como deben ser los poetas, por conservador, cantaba en versos medianos la empresa de Jamesson, como pudiera Homero cantar la cólera del valeroso Aquiles ó Virgilio la piedad del bondadosísimo Eneas en versos divinos. Este cántico no aumenta la gloria de nación en poetas y naturalistas y matemáticos tan copiosa como Inglaterra; pero patentiza la distancia entre su probidad interna y su probidad externa, pues exalta en poesía donde resuena el sentimiento nacional público, lo que condena en política donde sólo se atiende al interés y á la conveniencia del Estado. Verdaderamente hánselas en esta cuestión del Transvaal y el Cabo los ingleses con redomado político, el buen Kruger, muy campesino, casi un muletero, acostumbrado á los senos de la naturaleza y apartadísimo de la ciencia, pues á los trece años ni siquiera sabía escribir, pero con toda la fuerza de un colono bátavo, ido en la vida y en el mundo hasta los setenta y un años por sus fuerzas robustas, y llegado en política y gobierno á las cumbres del Estado y á la presidencia del país por su rural destreza en las complicadísimas artes del derecho y de la diplomacia. Conociendo que los montes de oro, sitos en su patria y abiertos y fáciles á una explotación más barata que la explotación de California, debían llevarle aventureros ingleses, muy codiciosos y no aprensivos, rodeóse de precauciones tales en las leyes, que le permitieron, después de haber arrancado las uñas al célebre leopardo sajón, cuando iba en guerra contra él como enemigo declarado y conseguido así la independencia de su República, no dejarle penetrar en ésta bajo el blanquísimo vellón de cordero pascual, ó sea de ciudadanos libres, pues intentaría conseguir con sus votos aquello mismo que no había conseguido con las armas. Así dejó á los extraños el derecho á la seguridad completa de los hogares, el derecho á la seguridad también de los templos, el derecho á escribir lo que les pluguiera y á reunirse ó asociarse, los derechos individuales garantizados por el Jurado, mas no

la gobernación del país, para lo cual, con plena conciencia de lo que hacía y tras madura deliberación, á piedra y lodo les tapaba las puertas del Comicio y del Parlamento y del Estado. De aquí un pleito entre boeros é ingleses, del cual pleito es como un incidente la empresa y la derrota de Jameson y sus filibusteros contra Kruger y sus soldados. En este pleito se ponen unos y otros como no digan dueñas. El inglés le dice al boero que, por ejercer éste la industria de carretería y recelar del efecto producido por las locomotoras contra los carros, tardó mucho tiempo en admitir los ferrocarriles, y fué como una manzana de discordia y guerra civil el asunto de su planteamiento en el territorio de la República. El boero dice de los ingleses que se han quedado con carne suya entre las garras y le han cogido lo mejor de su dominio, el espacio entre sus restrictos límites de ahora y el Océano que le correspondía por toda clase de derechos. Y el inglés dice del boero que no le permite la ciudadanía en su república. Y el boero dice del inglés que quiere la ciudadanía del Transvaal, sin perder la ciudadanía británica, pretensión derogatoria de todos los principios de derecho, estando tan persuadidos ellos mismos de no ser ciudadanos boeros, que, cuando se ven éstos con frecuencia por los cafres atacados no pueden alcanzar tomen las armas aquéllos en defensa del derecho de todos. Así, el jefe de los torys, ó sea, el primer ministro, ha comparado el Transvaal autónomo á lo que sería la Irlanda probablemente, si recabase por milagro su imposible autonomía, pues la gente luterana del Ulster haría con los irlandeses católicos, lo que ha hecho Jameson y sus camaradas sajones con los ciudadanos boeros. En realidad, el pleito que parecía concluido, está en curso; y habrá de tener muchas instancias. Y no sólo sirve para que continúen riñendo en Africa boeros con ustlandeses, también sirve para que continúen riñendo en Europa ingleses con alemanes, á causa del cablegrama puesto por el emperador Guillermo al presidente Kruger, contra el filibustero Jameson. Como podrían creerse los relatos de tal batalla producto de mi fanta-

sía, copio los sendos retóricos disparos de unos contra otros, tal y como corren por toda la prensa europea. «Es hora ya, dice un gran orador inglés en reuniones públicas, de que imponga la reina silencio al villano gansillo, á quien llaman su nieto.» El diputado Madean añade: «Ese filibustero cablegrama, puesto al presidente Kruger por el nervioso y voluble César germánico, constituye una violación del derecho de gentes mucho más grave que la por él condenada.» Y los alemanes responden á su vez en los diarios con frases como la siguiente: «Gruñe ahora el británico leopardo; pero no muerde tan despreciable bestia, porque tiene la costumbre de hacer cobardes reverencias en cuanto se oyen los chasquidos de un látigo.» Diríase que iban á empeñar una guerra.

XIX

Otra grave cuestión, y acabo con ella tan larga crónica, es el bautizo griego que se quiere propinar al príncipe Boris, heredero presunto del trono de Bulgaria, después de haberle antes dado el bautizo nuestro, como á la criatura más ortodoxa y católica del mundo. No conozco familias tan aparatosas en materia de alardeos tartufescos cual las familias reales, ni más dispuestas á cambiar de religión y de culto. Para casarse con el heredero de la corona helénica una hermana del emperador alemán cambió la religión protestante por la religión griega; y para casarse con el emperador de Rusia una nieta de la reina Victoria cambió también la religión protestante por la religión moscovita. No comprendo cómo se puede hacer esto. Frecuentísimo el caso de irse dejando en las zarzas del camino, por imposiciones del estudio científico y del combate político, la religión heredada de los mayores, pero cambiarla por otra, y obedeciendo, no á sentimientos de amor,

que pueden justificarlo todo, á sentimientos de ambición, pues el amor apenas entra en matrimonios hechos por la cruel razón de Estado, cambiarla por estos motivos y en tal guisa, es incomprensible, aun para los que, habiendo perdido la religión en su conciencia, la guardan en su vida, y al dejar sus dogmas de lucir en las ideas interiores, aún componen y alimentan las costumbres atávicas. Tal extrañeza, ¡vive Dios! de punto crece al saber que será cómplice de una tan terrible apostasía, joven infanta parmenia, que con las infantas modeneses constituyen la dinastía de beatas más intolerantes é intolerables del mundo, capaces de repartir escapularios milagrosos á los carlistas y de resucitar los viejos y crueles vendeanos. Y para que aun haya cosas más estupendas en este drama histórico representado á nuestra vista hoy por una parmesana y un Coburgo católicos, éste se parte á Roma, pretendiendo para tal guisado, repugnante al corazón y al estómago, la bendición del Papa más tolerante y más circunspecto y más sabio, pero más ortodoxo y católico, de cuantos han regido desde hace tres siglos la Sede altísisima de San Pedro. La temeridad del príncipe búlgaro pretendiendo apostatar en representación de su hijo y obtener para tal infame apostasía una sanción del Papa, corre parejas con la temeridad increíble de su señor primo, el inexperto rey lusitano, pretendiendo que lo recibieran al mismo tiempo y con iguales honores en el Quirinal y en el Vaticano. Las mujeres de mi tierra, las que yo he tratado en Valencia, en Andalucía, en Aragón, en Cataluña, en Galicia, en toda España, desdeñarían sin excepción todas ellas, no ya la corona de Bulgaria, la mayor corona, si habían de cambiarla por el nimbo de los ángeles que todas ellas ven resplandecer en las sienes de sus hijos y sobre los altares de sus cunas; y no son Borbones, y no sienten discurrir la sangre de San Luis en sus venas, y no han pertenecido á la Liga de los Católicos que decretara la matanza de los hugonotes, ni han firmado con el puño y el sello de sus abuelos la revocación del Edicto de Nantes, ni han enrroje-

cido con sangre so pretextos religiosos desde las cordilleras de Normandía y de Bretaña hasta las cordilleras de Cantábria: pertenecientes á familias liberales, creen que la libertad es religiosa, y que Dios la creara con el hombre y Cristo muriera en el Calvario por divinizarla sobre la faz del planeta, y no cambiaran por nada en el mundo sus creencias. La princesa de Parma no trocara el trono de su hijo por el infierno de Satanás, si creyera, como se cree aquí, de bulto y de veras al diablo. Pero es el caso que ni la mujer ni el marido consiguen cosa tal con el abandono de su fe, pues Bulgaria pende á la postre de Rusia, y este imperio no se contenta y satisface con que cambie de religión el príncipe heredero Boris; quiere que abdique á toda prisa el príncipe reinante Fernando. Por manera que los dos infantes, la princesa de Parma y el príncipe de Coburgo, habrán reñido con Dios y cerrádose los cielos sin ganar en el mundo un trono, ni avenídose con el emperador de todas las Rusias, rey de los reyes y señor de los señores orientales. Así lo ha querido su nefasta estrella.

EMILIO CASTELAR.

CRÓNICA LITERARIA

Juanita la Larga, por D. Juan Valera.—**La mujer de Loth**, drama de D. Eugenio Sellés.

No puede decirse que, en absoluto, no exista hoy una preceptiva literaria. Todavía se escriben y circulan más ó menos por el mundo tratados de Retórica y Poética. En los planes de enseñanza continúa figurando esta asignatura. Y á más de esto, que acaso no será argumento de gran valía, la existencia y la eficacia real de algunas reglas está fuera de duda. A nadie es lícito hacer sonetos de doce versos, ni fabricarse una gramática especial para su propio uso, aunque algunos lo hagan.

Pero aunque las reglas no hayan desaparecido por completo, su esfera de acción alcanza hoy á muy poco. Apenas pasa de lo más rudimentario y material del arte. No rigen más que lo exterior, ni conservan jurisdicción más que en algunos puntos de procedimiento. No hay ya cuestión sobre si deben prevalecer las reglas ó la libre inspiración del literato, pues las primeras apenas se llaman Pedro.

Resulta de ahí una gran libertad, aunque quizá sea ésta, en vez de efecto, causa de la decadencia de la preceptiva. Mas aunque hubiera, como en otros tiempos ha habido, un arte retórico generalmente acatado y con reglas de común observancia, bien inducidas de la experiencia ó bien sacadas de

alguna filosofía de la literatura, no podría haber una manera ó estilo único de hacer novelas ó dramas, un tipo ó patrón de cada género.

Antes bien, si esa preceptiva existiera y fuese lo tolerante que tendría que ser necesariamente para poder subsistir, reconocería que dentro de cada género hay muchos tipos y estilos diversos de obras, diferentes formas y procedimientos, ninguno de los cuales puede erigirse en modelo ó pauta obligatoria para los autores, ni en arquetipo ó *idea platónica* de las producciones literarias de su clase.

Por esto y por otras razones que se verán luego, no creo que deba reprocharse á la novela del Sr. Valera *Juanita la Larga*, el que se aparte de la forma y tendencia dominantes en la novela contemporánea. No me refiero al naturalismo, que ya pasó como escuela militante y proselitista, sino al procedimiento de representación que el naturalismo ha dejado y que no pasará, de seguro, tan pronto.

Juanita la Larga se asemeja más á nuestras novelas antiguas que á las contemporáneas. Esto podrá parecer un elogio ó una censura, según se mire, mas ni en son de elogio ni de censura lo digo, sino como antecedente para exponer otros juicios acerca de esta novela. Y al afirmar que tiene más semejanza con las antiguas que con las de ahora, me refiero sólo á la forma, á la estructura literaria. En punto á ideas, D. Juan Valera es tan moderno como el que más, aunque en la expresión propenda al clasicismo.

Nuestros novelistas clásicos fueron, por lo común, narradores. Contaban al lector una historia, la vida y aventuras de uno ó de varios personajes. El autor no se cuidaba de ocultar su personalidad, sino que la ponía de manifiesto, intercalando en el relato consideraciones y juicios suyos. No faltan excepciones, pues la variedad de formas y estilos no es cosa de hoy; ha existido siempre y de modo más señalado en períodos de exuberante y rica floración literaria. Sirvan de ejemplo, sin ir más lejos, las novelas autobiográficas, muy abundantes

por cierto, en las cuales, confundiéndose la personalidad del autor con la del héroe de la novela, se hacía el primero impersonal en cierto grado.

¿Y qué otra cosa que narrar hacen, en suma, los novelistas modernos?—se dirá acaso. Por lo menos narran de otra manera. El novelista al estilo moderno no le cuenta al lector los hechos; aspira á que sucedan en el libro, á *representarlos,* hasta donde es posible con palabras, ocultándose él, y convirtiendo la relación que antes se establecía entre el lector y el novelista que le relataba las aventuras de sus personajes, en relación, tan directa como pueda serlo, con estos mismos.

De ahí la importancia de las descripciones, pudiéndose decir en cierto sentido que toda la novela es una descripción. Hay menos metáfora de lo que parece, aunque sin duda haya bastante, en decir que el novelista *pinta* las cosas. La novela moderna es eso, pictórica, *representativa,* más que narrativa. Es más dramática, tiene más acción, no en el sentido de que abunde en sucesos y episodios, sino por ser su acción más directa, menos *refleja*. El autor desaparece, la acción se personifica y se concreta, por donde la representación se hace ó parece hacerse más inmediata. La obra tiende á dar una impresión viva de realidad, y este color de realidad seduce, porque se acerca más á la intuición sensible, cuya intensidad no igualan nunca los fantasmas imaginativos. La fantasía embellece en algún sentido la realidad, pero sus ficciones, aun concediendo que nos parezcan más perfectas que las cosas, tienen menos vida, son más pálidas, como reflejos al fin.

Claro está que la novela, por realista que sea, no podrá dar nunca una impresión sensible como la de una representación escénica ó como la de la música. Siempre serán las suyas representaciones mediatas é indirectas, pero la forma moderna las aproxima más á la realidad y hace asistir más de cerca al lector á las escenas que le presenta el novelista.

*
* *

El género del Sr. Valera es otro. Narra como los clásicos, y lo hace admirablemente como ellos. Prefiriendo los procedimientos nuevos, el nuevo arte de hacer novelas, me encantan, sin embargo, las del autor de *Pepita Jiménez*. Se leen con el deleite con que oímos referir casos memorables ó sucesos entretenidos á una persona de conversación amenísima, de superior cultura y de exquisito y depurado lenguaje, que cuenta con tal arte las cosas, que casi nos gusta tanto oirlas como nos gustaría verlas, si son placenteras y agradables, y nos conmueven é impresionan casi al igual que presenciadas, si son trágicas y terribles, aunque á estos últimos asuntos no tiene el Sr. Valera la afición que á los naturalmente graciosos y deleitables.

Este modo de *novelar,* más sencillo en apariencia, requiere en el novelista cualidades no inferiores á las que el otro género exige, y aun algunas en grado más eminente. Con dotes de observación y una fantasía fecunda y plástica pueden hacerse buenas novelas, sin necesidad de que sea un hablista consumado el que las escriba. Sin duda, no serán perfectas tales novelas, pues la pureza y elegancia del lenguaje no es cosa secundaria, ni poco importante en la literatura, que al cabo es un arte que tiene como medio de expresión la palabra. Mas la viveza é intensidad de la visión imaginativa puede hacer perdonar algunas incorrecciones de lenguaje. Entre los novelistas españoles contemporáneos, apenas hay alguno que, como hablista, pueda compararse con el Sr. Valera, y en cambio, varios, inferiores á él en este respecto, le superan como noveladores, en gran parte por usar otros procedimientos que no requieren en grado tan alto las galas y adornos del estilo.

En la novela narrativa se necesita, en efecto, esa perfección de la forma literaria externa que nadie puede negar al Sr. Valera. Como el autor es quien habla en tales obras, al cabo de tanto hablar llegaría á producir cansancio á los lectores si no hablase de un modo excelente. A no ser por su lenguaje y por otras circunstancias, más relacionadas con las

prendas generales del escritor que con la inventiva novelesca y con la plasticidad imaginativa, se nos caerían hoy de las manos algunas de nuestras novelas clásicas.

En *Juanita la Larga*, además de esta corrección y elegancia del lenguaje, ejercita el Sr. Valera otras cualidades excelentes á que tiene ya acostumbrados á sus lectores, y que son también muy propias para realzar su manera ó estilo novelesco. La gracia con que relata los sucesos y caracteriza á los personajes, la agradable y fina ironía de que usa con frecuencia y hasta su misma erudición, hacen de él un narrador exquisito.

Acaso parezca que la erudición está de más en novelas, que, no siendo históricas, no han de contener reconstrucciones arqueológicas. No es, en verdad, indispensable y hasta, á veces, es perjudicial y extemporánea. No hablemos de la erudición de *doublé*, que exhibe citas buscadas exprofeso el día antes y resulta, por tanto, una grotesca caricatura, una manifestación del *quiero y no puedo*, comparable á la ridiculez en que incurren las personas pretenciosas y escasas de recursos, que, no pudiendo vestir con elegancia y no resignándose á usar trajes modestos, se atavían con guiñapos llamativos, que van pregonando á voces la desproporción entre los medios y las aspiraciones de su dueño. Esta erudición de pega, intolerable en todas partes, lo es todavía más en la novela, donde las necesidades del asunto no pueden servirle de disculpa.

Todavía, algunas manifestaciones de la erudición verdadera resultan contraproducentes en un género poético como la novela, que no es una disertación científica. Así la erudición que muestra el novelista francés J. H. Rosny en algunas de sus obras, sembrándolas de denominaciones técnicas, que serán tal vez muy exactas, pero en nada contribuyen, antes bien perjudican, al efecto artístico de estas novelas, notables por otros conceptos. En cambio, y va de ejemplos franceses, la erudición que despliega J. K. Huysmans en su novela *La Bas*, al hablar de la demonología antigua y moderna, es

oportuna por el carácter de esta obra, y contribuye á aumentar el interés que excita su lectura. Lo mismo puede decirse de la erudición que en *Juanita la Larga* y en otras de sus obras de este género despliega el Sr. Valera, y que viene traída por el asunto de un modo tan natural y espontáneo, que no hay en ella ni asomo de pedantería, y resulta un adorno de la narración, un atractivo más del relato que el autor nos hace en su libro, dejándonos la impresión de que conversamos con persona que, además de dominar las gracias del lenguaje, sabe mucho y aplica agradablemente su sabiduría á las cosas que refiere, comunicándonos algún reflejo de ella.

Todas estas condiciones: la elegancia clásica del lenguaje unida á una gran naturalidad, la erudición, de que ahora hablaba, la finura y discreción con que el autor expresa lo cómico y picante, hacen que sean novelas aristocráticas las de D. Juan Valera, como es aristocrático su ingenio. No quiero indicar con esto que sean novelas de salón, como lo fueron las de Feuillet, por ejemplo; lo cual sería rebajar injustamente el mérito del autor de *Pepita Jiménez*. Empleo en otro sentido el adjetivo aristocrático, para indicar que, más que obras populares, son propias para un público culto, de espíritus delicados y selectos.

No es que la popularidad esté reservada á obras inferiores. Populares son, como lo prueban las enormes ediciones que de ellas se han hecho, las novelas de Emilio Zola, y nadie, ni los mismos adversarios del naturalismo, niega la importancia que, en las letras francesas y en general en las contemporáneas, tienen. Populares también son, entre nosotros, los *Episodios* de Pérez Galdós, que igualan y aun superan á lo mejor que en este género se ha escrito en los países donde mejor se cultiva la novela. Es cuestión de manera, de estilo, de asunto en ocasiones (aunque no me refiero á esto), y en tal sentido, la mayor ó menor capacidad para ser populares no implica superioridad ni inferioridad en las obras.

*
* *

Juanita la Larga tiene algo de égloga, de égloga moderna por supuesto, dado que si el sentimiento de la naturaleza es independiente de los tiempos, no lo son sus manifestaciones ni los accidentes que le acompañan al producirse ó expresarse. Se respira allí un sano y fresco ambiente de vida campesina. Las descripciones, especialmente la de la verbena y las de las procesiones de Semana Santa de Villaalegre, son muy animadas y pintorescas y tienen ese sello de verdad que, en las letras como en la pintura, comunica hasta á los mismos que no han visto las cosas representadas por el artista (aquí las costumbres y paisajes andaluces), la impresión de que no hay nada fingido en aquellas imágenes.

La acción es sencilla y está desarrollada con gran naturalidad, sin artificio aparente, con ese arte de exposición, en fin, que reproduce el orden natural de las cosas, dando á cada pormenor y á cada episodio la importancia que le corresponde. La mayor parte de lo que sucede en la novela lo narra el novelista, y lo narra con el primor y galanura con que sabe hacerlo escritor tan excelente. Hay poco diálogo: los personajes hablan mucho menos que el autor, y sólo algunas escenas principales acaecen, por decirlo así, ante los lectores, sin que aquel aparezca y figure de un modo visible en la exposición de los sucesos.

El Sr. Valera hace de vez en cuando amenas digresiones y comentarios ingeniosos, sin que por esto se debilite la unidad de la acción. Aunque el lenguaje en que está escrita la novela tiene la espontaneidad y soltura propias de quien no necesita esforzarse para ser correcto y preciso en la locución, acaso algunos de los personajes hablen con demasiada pulcritud y elegancia, y discurran con demasiada sutileza para su condición. Pero á un autor como el Sr. Valera, que piensa con Montaigne: *Celuy qui dict tout il nous soule et nous desgouste,* y que opina que la verdad estética no es la verdad real (1), casi

(1) *Apuntes sobre el nuevo Arte de escribir novelas.*

no puede hacérsele este reproche. Si se equivoca, se equivoca por principios y no al azar, por ignorancia ó torpeza.

Aunque el autor de *Juanita la Larga* no se eclipse ni se *impersonalice* en la novela, no por eso carecen de personalidad las figuras de su obra. Juanita, en particular, la tiene muy marcada. Si en algún respecto, el del lenguaje, v. gr., es... Juanita Valera, tiene, sin embargo, su individualidad propia. Por su discreción, su dignidad y su ánimo varonil en las ocasiones graves, se parece algo á las antiguas heroínas de nuestra literatura, discretas y animosas como ella, y que hubieran hecho, sin duda, en caso semejante, lo que Juanita hizo con el cacique D. Andrés Rubio. El sentimiento de dignidad que hace á la protagonista de la novela rebelarse contra el menosprecio y la maledicencia de las personas que en su torno viven, es lo que más se destaca de su carácter. El triunfo que consigue da mayor relieve á su altivez y valentía. Fuera de la tragedia antigua, la voluntad victoriosa brilla más que la voluntad vencida.

Otros personajes, como D. Paco, doña Inés y Juana la Larga, madre de Juanita, están igualmente bien pintados. Hasta las figuras secundarias de la novela interesan y tienen carácter.

Deja esta obra una impresión de placidez y de optimismo. Hasta la desventura del pobre D. Alvaro Roldán, que se vuelve idiota, arranca de un origen tan alegre y regocijado cual su ferviente adoración á Afrodita la Rubia, que no le impediría de seguro obsequiar también á las morenas. Además, en estas novelas narrativas las desdichas de los personajes aparecen más atenuadas y lejanas. Entre ellas y el lector está el novelista, que, por mucho que se conduela de los males que afligen á los hijos de su fantasía, al cabo es distinto de ellos. Sucede en algún modo lo que con las desgracias contadas, que no impiden al que las refiere, aunque sea persona sensible y humanitaria, conservar cierta tranquilidad subjetiva y hallarse satisfecho del mundo y de la existencia.

El desenlace clásico de nuestras novelas antiguas, que es también el de *Juanita la Larga,* cuyos dos principales personajes se casan, son felices y tienen muchos hijos, podrá parecer cosa anticuada á los pesimistas que ahora abundan y que dejan atrás, quizá sin haberle leído, al propio Schopenhauer. A mí me parece de perlas. En este punto opino con D. Juan Valera. No niego que el pesimismo pueda inspirar grandes creaciones artísticas, sublimes más bien que bellas. Pero en la amena literatura, que tiende ó debe tender á deleitarnos, prefiero el optimismo, y creo que en general se acomoda mejor á ese sentimiento desinteresado de la belleza, á esa emoción del arte que nos ilumina como un sol interior. El pueblo que nos ha dejado un arte más acabado y admirable fué un pueblo de grandes optimistas y aun *eudemonistas:* el pueblo griego. Ni por la enseñanza moral, ajena ya al arte, es superior el pesimismo. La virtud moralizadora del dolor es muy dudosa y discutible. Es como un fuego, que si sublima y purifica algunas almas selectas, trocándolas en luz, ennegrece y seca á las más, convirtiéndolas en carbones. Puede engendrar el pesimismo algunas virtudes exquisitas, algunas delicadezas morales muy elevadas y sutiles. Pero es para pocos. La alegría de vivir conviene á todos y es la solución más racional que podemos adoptar, en cuanto de nosotros dependa. La esperanza de un cielo, que era una solución optimista del misterio de la muerte, es una de las creencias que más bien han hecho á la humanidad. Gracias á ella, se tragaba la amarga píldora de los males del mundo, como una antesala molesta, pero pasajera, de la mansión de la dicha. La felicidad hace mejores á los hombres. Las épocas más horribles de la historia, aquellas en que el crimen y la maldad brotaron con más pujanza, como flores venenosas de un pantano, fueron las edades trágicas de dolor y de tinieblas...

* * *

Cada vez va siendo más difícil el oficio de autor dramático, del *género grande* se entiende. Hace algunos años, el drama del Sr. Sellés *La mujer de Loth* hubiera alcanzado, á mi entender, un gran éxito, sin ser peor ni mejor que ahora, ni aun comparativamente, pues no ha adelantado tanto, suponiendo que algo haya adelantado, nuestra literatura dramática en estos últimos tiempos.

La crítica periodística se va volviendo muy exigente para con los escritores de mérito. Tiene algo de megalofobia; reserva toda su indulgencia para los engendros que vemos en los teatros por horas, cuyos escenarios visita de tarde en tarde la Literatura, como sitios donde se expone á andar en muy mala compañía. Piensa sin duda la crítica que los que valen mucho á mucho están obligados, y los que valen poco no están obligados á nada. El realismo va abriéndose camino entre nuestros críticos y revisteros de teatros (me refiero á algunos, no á todos), pero de un modo muy especial. Es un realismo negativo, que sirve de guía para señalar defectos. No apreciarán, tal vez, las obras realistas, aunque no digo yo que no las comprendan, pero sí notan en las que no lo son la ausencia de realidad, dándose con frecuencia el caso de que se juzgue con el criterio estético del realismo una obra escénica inspirada en otra tendencia y en que el autor no se ha propuesto copiar la vida real, ó se ha propuesto, en primer término, otra cosa. Es lo mismo que juzgar la filosofía de Santo Tomás, por ejemplo, con arreglo á las opiniones de Epicuro ó á las doctrinas de Spencer.

En los teatros á que va poca gente, fuera de los días de moda, como sucede en el Español, donde se ha estrenado *La Mujer de Loth*, influye mucho en la suerte de las obras el *fallo* de la prensa, así como influye poco ó nada en los teatros del género chico, que se ven de ordinario llenos, y en los cuales se representan obras asequibles á las inteligencias más vulgares y á los gustos menos exigentes. En aquéllos sucede que el público, poco inclinado ya á asistir, se retrae al leer en los pe-

riódicos, en forma más ó menos disimulada, que la obra ha sido un fracaso, y mueren por consunción, por anemia progresiva y alarmante de la taquilla, dramas no inferiores á los que años ha conseguían ruidosos triunfos en la escena.

Eufemismos aparte, lo que se deduce de la mayoría de los juicios que ha publicado la prensa sobre el drama del Sr. Sellés, es que, como drama, es malo. No lo creo así, aunque no le tengo por modelo de obras dramáticas. Pero pueden perdonarse á *La Mujer de Loth* muchas faltas de lógica y de realidad, muchos defectos en el desarrollo de la acción, en obsequio á su brillante y, á veces admirable, forma literaria.

En el «extraordinariamente aplaudido» con que se califica en los carteles el drama, no es todo ficción y convencionalismo. Hay algo de eso. El adverbio pertenece sin duda al número de las fórmulas convencionales, pero aplaudido sí lo ha sido el drama. Y á ser más benévola, ó menos rigurosa la crítica, creo que hubiera distado mucho de resultar un fracaso, al menos desde el punto de vista de la duración en los carteles. Pero ¿quién va á un teatro hacia el cual se siente de antemano poco atraído, si le indican que la obra que allí se representa vale poco? (1).

La Mujer de Loth, á pesar de sus defectos, tiene condiciones para agradar al público normal, que no es el público de los estrenos. Me extrañará que en provincias no consiga buen éxito, como ha sucedido con otras obras que fracasaron en Madrid. Los defectos del drama, que depende principalmente del desarrollo de la acción, no son de aquellos en que más suele reparar el público. Lo que á éste le impresiona en el conjunto de las situaciones, no la propiedad de cada pormenor y cada incidente. El público no es realista, ó lo es poco; recibe impresiones generales, juzga y aprecia las cosas *grosso modo*, es más sensible á las pinceladas enérgicas y atrevidas

(1) Después de escrito esto, he visto que la obra ha *durado* más de lo que se suponía. Lo celebro.

aunque tenga la pintura mucho de fantástica, que á los matices delicados, á la complicada trama de los detalles de la vida, á la sencillez con que la realidad suele presentarse. Y *La Mujer de Loth* tiene en cambio de las cualidades que le faltan para ser un buen drama, otras de las que suelen emocionar al público y atraerle. La acción interesa con todas sus impropiedades. Hay allí nervio, energía, sangre roja, pensamientos simpáticos, forma brillante, *efectos* teatrales.

Por el desarrollo, más que por la concepción del conflicto, es por donde este drama flaquea. La mayor parte de lo que sucede en la obra es posible y verosímil. Lo que con frecuencia es impropio y hasta absurdo es *cómo* sucede. No es inverosímil del todo que dos ramas de una familia que conserva muy vivos los sentimientos, ó si se quiere, los prejuicios aristocráticos, pleiteen durante setenta años por la posesión de unas armaduras y unos pergaminos. ¡En España duran tanto los pleitos!... Es verosímil que concierten como transacción el matrimonio de los herederos. No tiene nada de imposible ni de absurdo que éstos se enamoren por su cuenta. Que las familias se opongan á los amoríos con personas de condición social muy inferior, y en particular á los de Jaime con Ascensión, hija ilegítima, y de casta de color, por añadidura, es naturalísimo, como lo es que venza *la razón de Estado*, que triunfen las conveniencias y los respetos sociales, cual casi siempre sucede. Que un matrimonio como el de Jaime é Isabel no sea feliz, y que cada cónyuge prefiera á la realidad su novela amorosa, no tiene tampoco nada de extraño. Hasta el suicidio de Isabel, al verse comprometida antes de ser, en realidad, culpable, al unir á la pérdida de la dicha la de la fama, no se sale de la verdad teatral ni de las posibilidades reales.

Lo que sí es inverosímil, artificial, forzado, es cómo acaecen en el drama estas cosas ó muchas de ellas. Las impropiedades abundan, empezando por la lectura del texto bíblico referente á la mujer de Loth. En una familia protestante estaría bien; pero entre católicos, no es la Sagrada Escritura, sino

otros libros religiosos, meditaciones, vidas de santos, ejemplos morales, lo que se leerá al empezar ó acabar la comida, allí donde se conserve esta costumbre. Si el recuerdo de la mujer de Loth, trocada en estatua de sal, era necesario para el simbolismo de la obra, pudo el dramaturgo presentarlo de otra manera. No pretendo, ni mucho menos, rehacer el drama, pero creo que esta dificultad era facilísima de resolver. Sin ir más lejos, la lección de historia sagrada aprendida aquél día por los niños, por los *señores condesitos,* como dice el ceremonioso mayordomo, podía dar ocasión para que se citase el ejemplo bíblico. De este modo se evitaba también el que algún chusco pueda preguntar si al día siguiente, continuándose la lectura del mismo capítulo del *Génesis*, serían los versículos referentes á las hijas de Loth los que leyese el *condesito* á quien le correspondiera en turno, y escuchasen, entre los comensales, la señora condesa y la señorita recién salida del convento. Y otras impropiedades se hubieran también evitado: la de que entren en el comedor los profesores, que no están convidados á comer, y la mayor aún, de que inmediatamente después de escena tan violenta como debe de ser para Isabel y Jaime la del anuncio de su boda á aquellos de quienes eran media hora antes finos y rendidos enamorados, se sienten á la mesa como si no hubiera ocurido nada. Cierto que los amantes infelices, á menos de dejarse morir de inanición, como Tito Pomponio Atico, que tiene hoy pocos imitadores, y que además no lo hizo por amor, comen y beben, pero una transición tan rápida de la desesperación amorosa (aunque sea latente) á las exigencias del estómago, es harto prosaica, poco real y nada estética.

Puede pasar lo de la lectura de la Biblia. Pero no aquellos repentinos cambios en las resoluciones de los personajes, como el de Jaime en el primer acto, ni aquella franqueza tan excesiva y sorprendente con que manifiestan sus sentimientos, cual si se hallaran en el estado de naturaleza que imaginó Rousseau, libres de los hábitos de disimulo y de dominio sobre sí

mismo que crean las maneras y conveniencias sociales. Tanta naturalidad resulta antinatural. Los vestidos son, sin duda, cosas artificiales, y nadie, sin embargo, encontraría natural que saliera uno á la calle con *la librea de su inocencia,* como el Andrenio de Gracián. Lo mismo pasa con aquellas almas del drama. Están en cueros vivos.

Que Ascensión se queje del desengaño que recibe (en el primer acto) es natural; pero no lo es que lo haga en las circunstancias que presenta el drama. Toda la libertad y todo el desembarazo que haya podido darle su educación en los Estados Unidos no justifica el que se exponga así al ridículo y falte de tal modo á las conveniencias. Su conciencia de institutriz debe gritarle *¡shocking!* Y no se diga que las conveniencias son cosa baladí en el drama. No lo son tanto. Sin ellas no habría drama en *La mujer de Loth.* Jaime se casaría con Ascensión, Isabel con Pedro, y en paz.

Por el estilo es también la escena del tercer acto entre Jaime, Ascensión y el general. Pero, ¿á qué multiplicar los ejemplos? En todo el drama se nota esa falta de realidad, que no proviene de la naturaleza de los hechos ni de lo esencial en los caracteres de los personajes, sino de la forma de aquéllos y de las manifestaciones de éstos. El paralelismo de los dos conflictos gemelos que se desarrollan en el curso de la obra, el conflicto de Jaime y Ascensión y el de Isabel y Pedro, fatiga también un tanto y perjudica á la variedad, necesaria en toda obra de arte. Es un drama por partida doble.

Todo esto hace que los personajes de *La mujer de Loth* tengan poca *humanidad,* resulten así como símbolos ó esquemas de pasiones y sentimientos reales, pero expresados, no al modo real, sino á la manera simbólica. Hasta la brillantez del lenguaje perjudica acaso, si perjudicar puede excelencia semejante, al efecto de verdad de la obra. No se habla tan bien en la vida; se cultiva menos la retórica. Forman las hermosas frases en que abunda la obra, y que son regia vestidura de ideas lozanas y gallardas, como un mosaico compuesto de

preciosas piedras, que, con ser muy bello, no llega á producir la impresión de realidad que una pintura, hecha con materiales menos exquisitos, pero en la cual hay gradaciones de matices, continuidad en las tintas que se funden, cosas, en fin, que no puede haber en el mosaico.

Los personajes creados por el Sr. Sellés calzan coturno. En la edad de *Sanchismo*, en que vivimos, los hombres del mundo real gastan, á lo sumo, botas. Y es el caso que, á pesar de todos sus defectos y de toda su prosa, las personas de carne y hueso nos interesan más que los símbolos, más que las figuras fantásticas y las personificaciones abstractas y vaporosas de los sentimientos humanos. Cuestión de solidaridad, de parentesco, de sentirnos prójimos. Ya lo dijo el poeta latino, *Homo sum...*

No está en este ó el otro acto el vicio del drama. Está en todos. Si el primero ha parecido mejor, es porque en estas obras en que la idea no llega á encontrar forma adecuada, el primer acto, en que se plantea el conflicto, suele ser mejor que los siguientes, en que hay que desarrollarle y resolverle, lo cual es más difícil. Tampoco creo que sea anticuada ni falsa la idea de *La Mujer de Loth*. No ya en una familia aristocrática, de ideas tan rancias como sus pergaminos, en muchas familias *burguesas* tropezarían los Jaimes, al querer unirse á las Ascensiones, con la misma oposición paterna, con el mismo prejuicio de origen y de casta. Podrá haberse equivocado el Sr. Sellés, si ha querido indicar que la aristocracia es la mujer de Loth, por más de que ya dice, por boca de Rodrigo, que no todos los nobles miran atrás, á lo pasado; mas aun admitiendo la hipótesis, lo que resultaría no es que el asunto del drama fuera falso, sino que no demostraba eso, y los dramas no tienen obligación de demostrar nada, que no sea el talento del autor para cultivar el género. Tampoco me parece un pecado de lesa estética la aparición de la mulata. La esclavitud no está tan remota; casi podría decirse que están más lejos los impulsos generosos que la abolieron, al observar el horror

moderno á la *sensiblería*, que no es, á veces, más que un apodo, bajo y vulgar, del sentimiento.

Tiene *La Mujer de Loth*, además de su rica, exuberante, espléndida, forma literaria, otros méritos indudables, plétora de ideas, calor de sentimiento, originalidad en los pensamientos y en las frases. En el conflicto entre el amor y el orgullo de raza, conservado como herencia de honor, como depósito de muchas generaciones, que se debe á las futuras, hay un noble idealismo. El individuo se sacrifica á la idea colectiva, pero las pasiones individuales no mueren, sobreviven al sacrificio. Nada hay en esto contra la realidad, que no es tan estrecha y ruin que se limite á lo material, á lo que se ve y se toca. Lo ideal es real á su manera, tanto como lo material lo es á la suya. Pero, por lo mismo que es real, hay que expresarlo con realidad. Y esto le falta á *La Mujer de Loth*, hermosa como obra literaria, deficiente como obra escénica.

E. GÓMEZ DE BAQUERO.

LA LITERATURA
CASTELLANA Y PORTUGUESA

SEGUNDA PARTE

CONTINUACIÓN

g) Septima y octava parte de Flor de var. rom. nuevos, recopilados de muchos autores. Alcalá de Henares, Juan Iñiguez de Lequerica, 1597, en 12.° Cada parte tiene su licencia especial, la de la 7.ª del 4 de Mayo de 1596, y la de la 8.ª del 30 de Septiembre de 1597, en la cual se da á esta el título de: Flores del Parnaso, 8.ª parte. Tienen, sin embargo, una sola hoja de título, aunque cada una con su foliación especial; 168 y 132 hojas (Ticknor).

Flores de Parnaso, 8.ª *parte, recopilada por Luis de Medina. Toledo, Pedro Rodríguez,* 1596, en 12.° (Biblioteca Grenville).

h) Flor de var. rom. diferenles de todos los impressos, 9.ª *parte. Marte, Juan Flamenco,* 1597, *en* 12.° Aprobación de 4 de Septiembre de 1597. Tasa de 22 de Marzo de 1596, licencia sin fecha, 144 hojas. (Ticknor y Biblioteca de Leiden) (1).

Estas nueve partes de la Flor, que fueron apareciendo

(1) Según la citada copia que del catálogo manuscrito de la Biblioteca del Escorial existe en la Biblioteca imperial de Viena: «Romancero hasta la parte nona. Tres tomos. Alcalá, 1591.» Sin indicación del tamaño, ni otra seña, de modo que no se puede sacar de ahí si es una colección de la novena parte de la Flor bajo un título fingido y quizá con la fecha de la primera parte, ó si efectivamente es una edición más antigua del «Romancero general».

una tras de otra—á lo más con algunas alteraciones en el orden, con algunas supresiones y añadiduras, pero en su totalidad formando una base sola—fueron reunidas y repetidas en una colección general, que llegó á ser el tan famoso:

13) *Romancero general, en que se contienen todos los romances que andan impressos en las nueve partes de romanceros: aora nueuamente impresso, añadido y enmendado. Madrid*, 1600, en 4.° La licencia y tasa son del 16 de Diciembre de 1599 (según noticia de Ticknor, no contradicha por los traductores españoles, hállase un ejemplar en la Biblioteca nacional de Madrid. Los últimos dicen, sin dar más fundamentos (v. la precedente nota): «hay fundamento para creer se imprimió en 1599».—Durán no hace mención alguna ni de él, ni de la existencia de un ejemplar de Madrid; vió en su juventud uno de esta edición en la biblioteca del conde de Aguila en Sevilla).

* *Romancero general, en que se contienen todos los romances que andan impressos en las nueve partes de romanceros. Aora nuevamente impreso, añadido y enmendado. Medina del Campo, por Juan Godinez de Millis. A costa de Pedro Ossete y Antonio Cuello, libreros de Valladolid*, 1602, en 4.° La licencia es de Valladolid á 14 de Julio de 1601, y se dice en ella de este romancero, con referencia á precedentes ediciones: «que otras vezes ha sido impreso». Entre las «Erratas» está la fecha: Valladolid, 22 de Diciembre de 1601, y la «Tassa» está fechada en 14 de Enero de 1602. Apareció de ella la tercera edición aumentada con *cuatro* secciones (13 partes): Ahora nuevamente añadido, y enmendado. Madrid, por Juan de la Cuesta. Véndese en casa de Francisco López, 1604, en 4.° La «Licencia» es de Madrid, de 6 de Febrero de 1601, las «Erratas» de Alcalá de 25 de Agosto, de 1604, y la «Tassa» de Valladolid, de 11 de Septiembre de 1604 (1).

(1) Aquí se halla la notable indicación del precio originario de este

Es una mera reimpresión de éste la que bajo la inspección de Pedro Flores se hizo en Madrid, 1614, por Juan de la Cuesta, á costa de Miguel Martínez, en 4.° La Biblioteca imperial de Viena posee las tres últimas ediciones, la primera de las cuales, sobre todo, es muy rara (mis citas se refieren á la última).

El impresor de la tercera edición, Francisco López, dice en el muy bien escrito prólogo «Al lector»: «En este volumen, o Lector, se contienen repartidos en treze partes, los romances que han sido oydos y aprovados generalmente en España. Y de aqui he cobrado animo para esponerlos a la mas rigorosa censura que es la de la leccion, pues agora escritos y desnudos del adorno de la musica por fuerça se han de valer por si solos, y de las fuerças de su virtud. Si fueres aficionado a la lengua española, aqui la hallarás acrecentada sin asperezas: antes con apazibilidad de estilo y tan mañosamente que no te ofenderá la novedad: porque como este genero de poesia (que casi corresponde a la Lyrica de los Griegos y Latinos) no lleva el cuydado de las imitaciones y adorno de los antiguos, tiene en ella el artificio y rigor rethorica poca parte y mucha el movimiento del ingenio elevado, el qual no excluye al arte, sino que la excede, pues lo que la naturaleza acierta sin ella es lo perfeto. A este genero de versos se reduzen los romances que usan en España, assi los de ficciones amorosas, como los de sucessos verdaderos, etc.» (El prólogo es de Madrid, fechado á 30 de Septiembre de 1604.)

Dedúcense ya su carácter y su ordenación del hecho de que, como hemos visto, este Romancero general no es propiamente otra cosa sino una colección y una reimpresión nacida de *muchos Romanceros más pequeños* (de las partes aisladas de la «Flor»), que contenían los roman-

---

tan precioso libro: «Tiene este libro ciento y veinte y cinco pliegos que conforme á su tassa monta un ducado (!)».

ces más corrientes y gustados entonces, y que fueron aumentados con *nueve partes* á medida de la necesidad y de la provisión que de ellos había (1). Claro es que en tales condiciones tenía que ser aquel *Romancero* sumamente abigarrado; está completamente falto de plan, y la única regla fué el gusto de los *aficionados* y el favor del acaso en la conservación de los romances «que han sido oídos y aprobados generalmente». Así es que se hallan en cada división en la más abigarrada mescolanza, junto á pocos romances con base tradicional muchos completamente modernos y subjetivos; junto á algunos históricos (2)

(1) Así, la parte 13.ª apenas es más que una reimpresión de la «*Segunda parte*» del «*Manojuelo de Romances* de Gabriel Laso de la Vega», cuya segunda sección había aparecido un año antes, en 1603, en Zaragoza, en casa de Juan de Bonilla, en 8.° La primera parte del *Manojuelo* era de 1601, de Barcelona, en casa de Sebastián de Cormellas, en 16.° Todavía con más anterioridad había editado Laso de la Vega una colección de sus romances bajo el título de: «*Primera parte del Romancero y tragedias de Gabriel Laso de la Vega, criado del Rey nuestro Señor, natural de Madrid. Alcalá de Henares, Juan Gracián, que en gloria sea, á costa de Juan de Montoya,* 1587, en 8.°, muchas de cuyas piezas fueron reimpresas, aunque sin nombre del autor, en la 12.ª parte del «Romancero general». Véase el trabajo de D. Bartolomé Gallardo acerca «del asonante», etc., en la *Antología española,* núm. 3, Marzo de 1848, pág. 106, por el cual se completan y rectifican las noticias que da Durán (l. c. s. v., Laso de la Vega) y los traductores españoles de Ticknor (en la edición de Madrid, tomo III, pág. 535). Gallardo dice en este trabajo (pág. 100), que lo tenía preparado para darlo á la prensa, pero que perdió el manuscrito cuando tuvo que huir de Sevilla el 13 de Junio de 1823: «Un Romancero y un Cancionero, con sendas di»sertaciones sobre este género de composiciones en España: ¡á las cuales »servían de comprobantes diez ó doce Cancioneros, y sobre treinta Ro»manceros impresos, con más de cuatro mil romances manuscritos, entre »medianos, malos, peores y buenos!» Se podrá medir la extensión de la pérdida si se sabe que Gallardo era uno de los críticos más perspicaces y uno de los más celosos bibliómanos de España.

(2) Entre los romances históricos, hállanse también aquí muchos sobre sucesos enteramente contemporáneos, como, por ejemplo, Décima parte, fol. 365 vuelto: «Romance á la entrada del Rey D. Felipe III en la ciudad de Zaragoza y reyno de Aragón, el año de 1599.» A los pocos romances propios de esta colección que tengan base tradicional, pertenecen los de los Comendadores de Córdoba (Octava parte, folios 263 á 270; son de

una multitud de amatorios y pastoriles, junto á un excesivo número de moriscos algunos satíricos contra esta monomanía. Que la ya citada moda á la morisca había alcanzado su punto culminante, se prueba con este romancero, que es el más rico almacén de este género de romances. En conjunto, el *Romancero general,* con toda su riqueza, nos ofrece muy poco botín para la poesía romancesca propiamente popular; hasta los romances legendarios y caballerescos propios de él, son más bien una especie de variaciones, como las que hacían los poetas eruditos sobre los más antiguos temas populares ó sobre episodios de las novelas caballerescas y los poemas italianos, dándose á conocer por los afectados arcaísmos (1).

Juan Rufo, y están en sus Seiscientas apothegmas. Toledo, 1596, en 8.°, al final) y los de Galcerán de Pinos (13.ª parte, fol. 483). Contiene también una «novela» (9.ª parte, fol. 344) en redondillas, que tiene por asunto el conocido relato de Lafontaine: *Le cocu battu et content.*

(1) Un ejemplo que valdrá por muchos. Es conocido el antiguo romance popular del «Cancionero de romances» y de la «Silva», el de D. Gaiferos, que empieza: «Asentado está Gaiferos.» Se narra en él cómo Melisendra, la esposa de D. Gaiferos, prisionera de los moros en Sansueña, contempla ansiosa desde su torre el camino que conduce á Francia, ve que pasa por él un caballero y le llama, suplicándole diga á su perezoso marido que no olvide libertarla, entretenido en sus juegos é intrigas amorosas con otras. Muéstrase entonces que aquel caballero es el mismo Gaiferos. El elemento lírico en esta situación, lo retórico de los lamentos de Melisendra, satisfacían de tal modo á los posteriores poetas artísticos, que tomaron esta parte del romance viejo por tema de sus variaciones, y la trabajaron en romances especiales, como en el siguiente del «Romancero general»: «Cautiva, ausente y celosa», y: «El cuerpo preso en Sansueña».

(Se continuará.)

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

Psychologie de l'anarchiste-socialiste, par A. HAMON. Un vol. (de la Bibliothèque sociologique) de XXV-332 páginas, 3,50 francos, París, P. V. Stock, editeur, 1895.

El anarquismo es un hecho en la sociedad contemporánea, un factor de la misma, de indudable poder y vitalidad cada día mayor; y como tal, es forzoso que el hombre de ciencia lo haga objeto de su examen, con la serenidad y elevación con que debe proceder siempre en todas sus obras y sin dar oídos á las declamaciones quejumbrosas de los espíritus ignorantes y pusilánimes. Bien mirado, el anarquismo, principalmente el fondo de la doctrina que predica y defiende, y no parándose en la contemplación de ciertas manifestaciones violentas (única cosa que las gentes suelen mirar, por ser lo más visible) que corren á su cargo, se ofrece como un ideal social muy merecedor de estudio atento para el observador y el filósofo, cuando no de verdadera simpatía para el filántropo y el hombre justo.

A. Hamon, el conocido autor de la *Psicología del militar profesional*, libro que tanto ruido ha hecho en Francia, ha publicado recientemente otro, también de índole psicológica, el cual estudia el anarquismo bajo uno de sus aspectos, á saber: bajo el aspecto de la constitución mental, propia de los individuos que lo profesan. Según M. Hamon, todos los adep-

tos de una misma doctrina filosófica, poseen una mentalidad común, aun cuando bajo tal comunidad se den después variantes. Precisamente esto ocure también con los anarquistas.

Los datos y documentos de que el autor se sirve para conocer los caracteres mentales de los referidos sujetos son, además de las obras y escritos doctrinales, de renombrados anarquistas, las respuestas que varios de éstos, de diferente nacionalidad, sexo, clase social, profesión, religión, etc., han dado á las dos siguientes preguntas que el propio Hamón les ha dirigido : primera. ¿Por qué sois anarquista-socialista? Segunda. ¿Cómo habéis llegado á serlo? Del estudio de esas contestaciones y obras doctrinales deduce M. Hamon que el anarquista-socialista (donde no está incluido el de la propaganda por medios violentos, al cual dice el autor que le dedicará otro trabajo independiente) se distingue por tener una constitución cerebral en que se notan estos caracteres : *a*) espíritu de rebeldía, *b*) amor á la libertad; *c)* amor de sí mismo ó individualismo; *d*) amor á los demás ó altruismo; *e*) sensibilidad; *f*) sentimiento de justicia; *g*) sentido lógico; *h*) curiosidad por conocer; *i*) espíritu de proselitismo. Cada uno de estos caracteres es objeto de un capítulo. Además, contiene el libro otros tres capítulos (I, X y XI) de conjunto.

P. Dorado.

Introducción al estudio de la ciencia económica, por J. Piernas Hurtado, catedrático de la Universidad de Madrid. Un volumen de 107 páginas. Madrid. Librería de Victoriano Suárez. Precio, 2 pesetas.

La obra de que voy á dar cuenta en breves términos, del distinguido catedrático de Hacienda pública de la Universidad Central, Sr. Piernas, estaba destinada por su autor á consti-

tuir parte de otra de corte elemental, pero de más amplias proporciones. Esto no obstante, la *Introducción al estudio de la ciencia económica,* que hubiera sido preparación excelente para enterarse y comprender los *Principios elementales* de la misma ciencia—que tal es la obra á que nos referimos—forma por sí misma un buen trabajo de investigación científica, digno en verdad de ser leído y meditado por cuantos en España tienen afición á los importantes problemas de la Economía.

Procediendo el Sr. Piernas con rigurosa lógica en la ordenación sistemática del contenido de la ciencia económica, antes de exponer lo que propiamente constituye el objeto de esta exposición, que habría de ser la materia de los *Principios elementales,* ha tratado en la *Introducción* que ahora se publica de aquellas cuestiones que la buena orientación del espíritu reflexivo exige sean tratadas, como preparación adecuada de los ulteriores estudios. Estas cuestiones (examinadas en el libro de que hablamos) el Sr. Piernas las reduce á las siguientes: 1.ª Formación del concepto de la economía—no simplemente de la economía política, sino de la Economía en general.—2.ª Naturaleza, método y plan de la Economía; esto es, determinación de los caracteres de lo económico, de sus aspectos filosófico é histórico, teórico y artístico, con más la del método de investigación y plan de exposición. 3.ª Relaciones de la Economía con otras ciencias. El Sr. Piernas se fija especialmente en las relaciones de la Economía con la Moral, la Política, la Sociología y la Estadística. 4.ª Utilidad de los conocimientos económicos, fijándose, á este propósito, en el interés de gran actualidad que lo económico reviste; y 5.ª Historia de la ciencia económica desde la antigüedad hasta las modernas escuelas. Estudio este muy nutrido de amplia y escogida erudición, sobre todo en su última parte, relativa al estado presente de la ciencia económica.

A. Posada.

Les Grands problèmes, por Adolphe François. Un volumen de 362 páginas. Paris. Ch. Noblet, 1895.

Son grandes, verdaderamente grandes, los problemas que el Sr. François aborda en su libro: la cuestión de la felicidad, el bien social, lo bello, la cuestión del alma, helos ahí. Se trata de un ensayo de pura y elevada filosofía, no meramente abstracta, pues el autor quiere apoyarse constantemente en la experiencia y en la ciencia; pero de filosofía al fin, «en tanto que la filosofía es la investigación de la verdad, de lo que es, sobre todo de lo que importa al hombre conocer». Para el señor François «la cuestión de la felicidad, es el hombre en la vida corriente: el bien social, es la cuestión tan agitada y movida, de lo que debe ser la sociedad; lo bello ó lo ideal, es el fin de las aspiraciones confusas de la humanidad; la cuestión del alma, es el más allá».

El sentido dominante en el autor de este libro tiene algo de místico, y de místico cristiano. Su idea fundamental es la de la congruencia de la ciencia humana con la eterna aspiración religiosa. Puede considerarse la obra del Sr. François, dentro de la general corriente de reacción metafísica y religiosa que por do quier se manifiesta, ya con tonos templados y puramente ideales, ya con alcance político, avasallador y violento. Naturalmente; la noción metafísica y religiosa á que obedece el espíritu imperante en el autor del libro de que hablo, no parece tener este último carácter, sino el primero. «La verdadera ciencia, dice, es la razón aplicada al estudio de la realidad, y la verdadera ciencia es sagrada lo mismo que la razón. La religión también es sagrada, porque ha nacido de la verdadera ciencia y de la razón, de la razón del espíritu y de la razón del corazón. Pero la religión debe crecer aún,

como la ciencia, y... crecerán juntas en la armonía que surgirá de la lucha leal, que también es sagrada.»

Fuera de esta idea general, el estudio de los cuatro grandes problemas que el autor hace en su libro resulta interesante, muy animado y de agradable lectura. En el primer trabajo—la cuestión de la felicidad—examina esta eterna y universal aspiración humana, á partir de sus condiciones capitales—la salud, el bienestar, el matrimonio, la paz, el trabajo, el honor, el ideal, la independencia, el poder y la benificencia;—y de sus principales medios—la higiene, la manera de vivir, el oficio y la mujer. En el siguiente capítulo—el bien social—detiénese el autor á hacer amplias consideraciones sobre la llamada cuestión social, no meramente en su manoseado aspecto económico, sino en otros no menos interesantes. La larga disertación acerca de lo bello, comprende indicaciones generales relativas á la definición general de esta gran idea, y luego otras especiales sobre lo bello en las cosas materiales, en las cosas del espíritu y en las cosas del corazón. La última parte está dedicada á la cuestión del alma: de las cuatro estudiadas por el autor, ésta es la que con más detenimiento examina. Conviene advertir que no se trata de un trabajo de pura psicología, sino más bien de una defensa del alma, desde el punto de vista de los principios y de las consecuencias morales y religiosas.

A. Posada.

Conde Eduardo Soderini.—**Roma y el gobierno italiano desde 1870 á 1894.**—Traducción del caballero Pablo Mac-Swiney. Prólogo del marqués de Olivart. Barcelona, 1895. Un volumen de xviii-118 páginas, una peseta.

¡Privilegiada condición la de este librito, que aparece en castellano bajo el patrocinio de tres nobles! Bien es verdad que, según en el prólogo se declara, los tres apenas forman

más que uno, porque son todos «miembros de la *familia* pontificia», pertenecen todos ó dos á la Real Academia de Ciencias morales y políticas española, y á la *Societé d'Histoire diplomatique,* de París, y son beneméritos defensores de la *causa de Dios y del príncipe* (no dice de cuál).

Si la portada por sí sola no fuera bastante á predisponer favorablemente el ánimo del lector, el señor marqués de Olivart, que hace en el prólogo la biografía de autor y traductor, contesta por anticipado á ciertas observaciones que pudieran dirigírsele, advirtiendo que la traducción ha sido hecha por un francés é imponiendo al crítico que «halle defectuoso algún giro ó intolerable un galicismo» el castigo de traducir «la página incriminada al francés ó al italiano», para mandar él «su versión al Caballero, que de seguro nos agradecería el buen rato que con ello le proporcionaríamos. De seguro que iba á ser mil veces peor.» Vaya, en prueba de mi perfecta conformidad con este dictamen la siguiente declaración: la traducción del libro del conde Soderini está mejor escrita que las obras del señor marqués de Olivart, que tienen muchos méritos, pero poca gramática.

Y esto dicho en descargo de mi conciencia, vengamos al fondo de la obra. Se estudia en ella la situación de Italia en el período que media de 1870 á 1894, proponiéndose decir «toda la verdad, sea cual sea y á quienquiera que sea». Según el programa de Cavour, Mazzini y Víctor Manuel, Roma, capital de Italia, tenía que ser el término de la unidad nacional; «allí desaparecerían todas las discordias, se celebraría la unión de todos los ánimos y florecerían leyes, ciencias, artes é industrias, y el *alma parens*, rica de dinero y de nuevos monumentos, sería la admiración del Universo». El gobierno de Víctor Manuel protestaba siempre de su afecto y sumisión á la Iglesia; la posesión de Roma no implicaba para él nada contrario á los intereses del Catolicismo. Roma continuaría siendo la capital del mundo católico, y el Pontífice y el clero gozaría de la más amplia libertad.

Nada de esto se ha cumplido, según el conde Soderini. Tomada Roma, el gobierno confiscó los bienes eclesiásticos; impuso á los profesores de la Universidad un juramento depresivo; suprimió las corporaciones religiosas, transformando muchos monasterios en cuarteles y las iglesias en almacenes; se prohibieron las procesiones en Roma; se secularizaron los cementerios; se sometió al clero á la jurisdicción de los tribunales ordinarios, y se le permitieron á la prensa todo género de libertades.

Sobre todos estos actos, que constituyen á los ojos del autor verdaderos crímenes, el gobierno italiano planteó una política y una administración que no han podido ser más desacertadas. Produjo en Roma una horrible crisis de la propiedad, cuyo valor se elevó sin motivo y decayó repentinamente; protegió los agios bancarios; recargó excesivamente los impuestos; prohibió exportar los objetos de arte; respecto la libertad dió alientos al socialismo y al anarquismo; acabó con la independencia de la magistratura; reformó á cada ministerio nuevo la instrucción pública; suprimió las antiguas fiestas, marchándose la corte en el verano; y en cuanto á la política exterior, se echó en brazos de Alemania y Austria contra los naturales amigos y protectores de Italia, y emprende la desastrosa campaña colonial de la Eritrea.

Todos estos males han venido, según el señor conde de Soderini, de la constitución de la capitalidad italiana (no la *capitanía*, que dice el traductor) en Roma. ¿A qué decir mi opinión sobre el asunto? Sólo me ocurre una observación, que seguramente asomará también á los labios de cuantos hayan leído el fiel extracto que antecede: todo eso, y bastante más y más malo, por desgracia, viene pasando y pasa en España. Y aquí ni hemos tomado ninguna Roma, ni nos gobiernan ¡vive Dios! políticos excesivamente liberales.

A. Sela.

OBRAS NUEVAS

Adsuar y Moreno (J.)—Ejercicios prácticos de geometría.—Parte primera: Cuestionario.—En 8.°, 151 páginas: 1,50 pesetas.

Alamo Castillo (R.)—Compendio de organización y legislación militar. En 4.°, IX-1193 páginas: 13 pesetas.

Algué (P. J.)—Baguios ó tifones de 1894. XII-181 páginas y 37 mapas: 20 pesetas.

Aranceta (P. A. de).—Prontuario del maquinista de ferrocarriles. En 4.°, VII-670 páginas, 27 figuras y 2 láminas: 11 pesetas.

Avilés (J.)—El fin de la revolución y sus consecuencias, con motivo de las fiestas nacionales italianas. En 4.°, VII-88 páginas: 1 peseta.

Barra (E.)—El problema de los Andes. En 8.°, 416 páginas.

Boletín de la Real Academia de la Historia. Tomo XXVII. Cuaderno VI. Diciembre de 1895. En 4.° (páginas 417 á 512, fin del tomo). Cada cuaderno: 1,25 pesetas.—Sumario: Informes.—I. Inscriptions Basques: Edward Dodgson. —II. El monasterio de Santa Clara en Barcelona. Bulas inéditas de Alejandro IV, Urbano IV, Clemente IV, Bonifacio VIII y Juan XII: Fidel Fita.—III. El Mihrab de la Almadraza granadina, recientemente descubierto: Antonio Almagro Cárdenas. — Variedades. — Noticias. —Indice del tomo XXVII.—Rectificaciones.

Cabeza Pereiro (A.)—Estudios sobre Carolinas. La isla de Ponapé: geografía, etnografía, historia. En 4.°, XIII-247 páginas, 13 mapas, 20 láminas, 2 cuadros sinópticos y un retrato: 8 pesetas.

Cappa (R.)—Estudios críticos acerca de la dominación española en América. ¿Qué era España un siglo antes del descubrimiento de América? Tomo XVI. En 8.°, 2 hojas, 235 páginas: 2 pesetas.

Cobo (B.)—Historia del Nuevo Mundo. Tomo IV (fin.) En 4.°, 247 páginas. Para los suscriptores: 7 pesetas. Los cuatro tomos, 40 pesetas. Sociedad de Bibliófilos andaluces.

Costa (J.)—Estudios ibéricos. En 4.°, 15-LXXXII-207 páginas: 6 pesetas

Cuadra y Herrera (L. M. de la).—La concepción de Rivera. En 4.°, 58 páginas: 1 peseta.

Díaz Cassou (P.)—Serie de los Obispos de Cartagena; sus hechos y su tiempo. En 4.°, 304 páginas: 7,50 pesetas. Se ponen á la venta 20 ejemplares.

Elguezabal y Orive (J.)—Manual de correos y telégrafos. En 8.°, 75 páginas: 1,50 pesetas.

Escuela Central de Artes y Oficios. Memoria estadística correspondiente al curso de 1894-95, y discurso leído por el director señor Díaz Maroto. En 8.° mayor, 28 páginas.

Estasen (P.)—Instituciones de derecho mercantil. Apéndice, formularios mercantiles. En 4.°, XV-436 páginas: 8 pesetas.

Galindo y de Vera (L.) y Escosura (R. de la).—Comentarios á la legislación hipotecaria de España y Ultramar. En 4.°, 380 páginas 10 pesetas.

García Barzanallana (J.)—La sal como materia imponible en España. En 4.° mayor, 22 páginas.

Garín y Sociats (A.)—Nuevas teorías, sobre formas, propulsión y aptitudes giratorias de los buques. En 8.°, 189 páginas y 2 láminas con grabados.

Grave (J.)—La sociedad futura, traducción por el Dr. Luis Marco. En 4.°, 448 páginas: 8 pesetas.—Biblioteca de Jurisprudencia, Filosofía é Historia.

Guerra de la Vega (A.)—Comprensión de la destreza. En 4.°, portada grabada y 39 páginas.—Tirada de 50 ejemplares. No se vende.

Guevara (A. de.)—Libro llamado menosprecio de corte y alabanza de aldea. En 4.°, 166 2 hojas, 183 páginas y un retrato de don Juan III de Portugal: 3 50 ptas.

Guzmán (G.)—En España (novela de costumbres). En 8.°, 29 páginas: 2,50 pesetas.

Hazañas y la Rua (J.)—Discurso. En 4.°, 31 páginas. No se vende. —Tema: La vida intelectual en Sevilla.

Instituto Geográfico. Movimiento de la población de España en el septenario de 1886-92. En 4.° mayor, 68-163 páginas.

Letelier (V.)—La lucha por la cultura; miscelánea de artículos políticos y estudios pedagógicos. En 8.°, XI-446 páginas: 6 pesetas.

Lorenzo y Lorenzo (L.)—Tratado de capellanías colativas. En 8.°, 196 páginas: 2,50 pesetas.

Martín Rizo (I.)—Fechas y fechos de Cartagena (primera serie). En 4.°, XXXIV-326 páginas: 6,50 pesetas.—Puesto ahora á la venta.

Martínez Ruiz (J.)—Notas sociales. En 8.°, 34 páginas: 0,50 pesetas.

Martínez Vigil (R.)—Los pecados de la lengua (pastoral). En 4.°, 63-IV páginas.

Membreño (A.)—Hondureñismos. Vocabulario de los provincialismos de Honduras. En 4.° mayor, XII-123 páginas: 2 pesetas.

Mir y Noguera (J.).—El milagro. En 4.° mayor, XII 1288 páginas, á dos columnas: 12 pesetas.

Moreno y Lorenzo (J.)—La jurisdicción de Marina. Tratado de todas las leyes y disposiciones de constante y necesaria aplicación en los tribunales de marina. En 4.°, 5 hojas preliminares, 1016 páginas: 15 pesetas.

Moret (S.).—Discurso leído por el Excmo. Sr. D. Segismundo Moret en el Ateneo de Madrid. En 8.° mayor, 47 páginas.—Tema: «La soberanía nacional.»

Navas (C. de las).—Cosas de España (segunda serie). El tabaco.—Juan de la Cosa y su mapa-mundi.—La Nochebuena.—D. Fernando Colón (apuntes biográficos).—Homenaje á Cristóbal Colón... por cuenta y á costa ajena. —Estatuas.—La pelota.—El Robinsón español. En 8.°, 155 páginas: 6 pesetas.—Tirada de 250 ejemplares.

Novo y García (J.)—Por Galicia: cuartillas y apuntes. En 8.°, 285 páginas y un retrato: 3 pesetas. Biblioteca gallega, tomo XLI.

Ojeda (A. de).—Ejercicios de la brida. En 12.°, 23 páginas.—Tirada de 50 ejemplares. No se ha puesto á la venta.

Ortega Rubio (J.).—Los pueblos de la provincia de Valladolid. En 4.°, 2 tomos, XI-395 páginas, 17 láminas y XI-356 páginas y 26 láminas: 20 pesetas.

Pérez Galdós (B.)—Halma (novela). En 8.°, 354 páginas: 3 pesetas.

Pérez García (M.)—Elementos de ciencias físico-químicas y naturales. En 4.°, 349 páginas: 3 pesetas.

Prado (N. del).—Sermón de Nuestra Señora de Covadonga. En 4.°, 42 páginas.

Restrepo H. (J.)—Juicio seguido en la Corte Suprema de Justicia contra los Sres. Arturo Malo

O'Leary y Dr. Nicolás Osorio. Alegato del Dr. Julián Restrepo H., defensor del Sr. Arturo Malo O'Leary. Bogotá (Colombia). En 4.°, 108 páginas.

Rodrigo (A.) y Brouta (J.) — Ciclismo. Datos interesantes y consejos útiles á los ciclistas. En 8.°, IX-94 páginas: 2,50 pesetas.

Rodríguez Marín (F.) y Montoto y Rautenstrauch (L.). — Discursos leídos ante la Real Academia Sevillana de Buenas Letras. En 4.°, 99 páginas: 2 pesetas. — Tema: «De los refranes en general, y en particular de los españoles».

Romero y Girón (V.) García y Moreno (A.)—Complemento de las instituciones políticas y jurídicas de los pueblos modernos. En 4.°, 875 páginas: 16 pesetas.

Saderra Masó (P. M.).—La sismología en Filipinas. Datos para el estudio de terremotos del Archipiélago filipino. En folio, IV-125 páginas, 8 láminas y 41 mapas: 20 pesetas.

Sánchez Moraleda (D.) y Gutiérrez (F.)—Anuario postal telegráfico. En 4.°, 150 páginas: 2 pesetas.

Sánchez de Toca (J.)—La libertad de enseñanza y la Universidad de Oñate. En 8.°, 2 hojas, 3 láminas y 194 páginas y 2 hojas de índice: 2 pesetas.

Soto y Corro (C. de).—Bigamo (novela original). En 12.°, 262 páginas.

Suárez de la P. y de la Vega (A.) —Tojos. Costumbres populares de Galicia. En 8.°, 157 páginas: 2 pesetas.

Tejada de Valdosera (Conde de). — Necrología del Excmo. Sr. Don Antonio de Mena y Zorrilla. En 4.°, 26 páginas.

Velada celebrada en honor de don Joaquín María Sanromá, en la noche del 25 de Abril de 1895, en el Ateneo de Madrid. En 4.° mayor, 2 hojas, un retrato y 119 páginas: 3 pesetas.

Verdaguer (J.)—Flor del Calvari, llibre de consols, per Mossén Jacinto Verdaguer. En 8.° mayor, 208 páginas: 2,50 pesetas.

Idem.—Jesús infant, per Mossén Jacinto Verdaguer (ab tres fototipies). En 8.°, 288 páginas: 3 pesetas.

Yxart (J).—Obres catalanes de Joseph Yxart. En 8.°, 425 páginas y retrato del autor: 5 pesetas.

Zorrilla (J.).—La leyenda de Don Juan Tenorio (fragmento). En 4.°, VIII-345 páginas: 10 pesetas.

INDICE

Págs.

Memorias de un solterón, por Emilia Pardo Bazán..... 5
Aventuras y desventuras de un soldado viejo, natural de Borja, por un Soldado viejo..... 42
Sobre dos tremendas acusaciones contra España, del anglo-americano Draper, por Juan Valera..... 67
Los salones de la condesa del Montijo..... 100
Recuerdos, por José Echegaray..... 110
La Prensa internacional, por el Licenciado Pero Pérez..... 123
Crónica internacional, por Emilio Castelar..... 144
Crónica literaria, por E. Gómez de Baquero..... 177
La literatura castellana y portuguesa, por Fernando Wolf..... 193
Notas bibliográficas, por P. Dorado, A. Posada y A. Sela..... 198
Obras nuevas..... 205

España moderna

AÑO 8.º NÚM. 87

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: J. LÁZARO

MARZO 1896

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE A. AVRIAL
1.598.—*San Bernardo, 92.*

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo, es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

LOS SALONES DE LA CONDESA DEL MONTIJO (1)

IV

Desde que la madre de la emperatriz de los franceses formó de su casa en Madrid una segunda corte diplomático-aristocrática, puede decirse que fué la dama que con mayor ahinco sostuvo entre nosotros por un cuarto de siglo el espíritu de sociedad. Sin sus esfuerzos, tal vez habrían desaparecido por completo los que, después de los liceos y las asociaciones literarias, comenzó á delinear la reina madre. Con su estímulo, y por imitarla, fueron muchas las familias de gran opulencia que entraron en moldes de una vida restaurada, si no enteramente nueva en España, cuyas tradiciones, al menos se habían perdido. Lo que sucedió con las familias aristocráticas, tuvo por necesidad que repercutir en las representaciones diplomáticas y en la alta banca nacional y extranjera que tenía domicilio en esta capital. Desde 1854 hasta el 59, que la atención general se fijó en la guerra de Africa, y desde 1859 á 1861, durante casi todo el invierno, desde Todos los santos á la Semana Santa, y desde el sábado de Gloría hasta entrado Junio, además de los domingos de casa de la condesa del Montijo, se recibía por regla general los lunes en la Legación de los Estados Unidos, desempeñada por el general Dudge; en casa de los

(1) Véase La España Moderna de Enero, 1896, pág. 88 y la de Febrero, 1896, pág. 100.

condes de Casa Bayona y en la tertulia literaria del duque de Rivas en la plazuela de la Concepción Jerónima. Los martes se los habían adjudicado los marqueses de Turgot, embajadores de Francia, que residían en la Cuesta de la Vega, en el palacio viejo de la condesa-duquesa de Benavente, y los prosiguió M. y Mad. Barrot, que les sucedieron. Los duques de Fernán-Núñez obsequiaban también ese día en su palacio de Cerbellón á sus invitados con sus famosos *chocolates*. Los miércoles fueron por mucho tiempo los señalados para los bailes de los Sres. de Osma en el palacio de Villahermosa. Los jueves los condes de Velle daban sus exquisitos *tes* en su morada de la calle de Atocha y mientras fué ministro de la Gobernación, sostuvo ese mismo día reuniones político-sociales en su casa D. Cándido Nocedal. Los viernes eran los ambicionados saraos del ministro de Prusia, conde de Galla y los sábados los del duque de Valencia, en la presidencia del Consejo y los del barón Daniel de Weisweiller en la plazuela de Santa María. En el cuerpo diplomático cada año había dos ó más recepciones de sociedad en cada una de las legaciones de Rusia, Portugal, Méjico y Nápoles, respectivamente representadas por el príncipe de Gallitzin, el Sr. de Soveral, D. Buenaventura Vivó, el general Alpuente y el marqués Riario Sforza. En palacio cuando menos se bailaba los domingos de carnaval, y con alguna frecuencia actos de este género, en que se mezclaba la política, ya en casa del marqués de Miraflores, donde se reunía la plana mayor del partido moderado, ya en casa del conde de Patilla, pariente del general O'Donnell y adonde asistían los hombres afiliados á la jefatura del conde de Lucena.

Salamanca, Baüer, Calderón, Moreno y otros hombres de la banca daban frecuentes banquetes. Conciertos había en casa de la Sra. de Creus, donde recitaba versos Gertrudis Gómez de Avellaneda, y en la de los Sres. de Ochoa; representaciones dramáticas en los palacios de las duquesas de Medina de las Torres y en el liceo Piquer, por aquel tiempo inaugurado; tertu-

lias literarias en las casas del marqués de Molins, en la calle del Prado, y de Cruzada Villaamil, en la de Lope de Vega, y bailes de niños en casa de los Sres. de Osma, de Weisweiller, de la señora de Ceriola, de las de Algarra y del conde de Torrealta. Por último fueron bailes singulares, que dejaron largo recuerdo en nuestra sociedad uno que dió la condesa viuda de Toreno, en su palacio de la calle de San Bernardino, el grandioso del marqués de la Pezuela en la calle de Pizarro y el de la condesa del Campo de Alange, en la del Príncipe. Ninguna de estas festividades sociales, que tanto hermoseaban las costumbres, dejaba de ofrecer alguna particularidad, por la que merecían casi todos los honores de la historia. En las recepciones de la gente literaria se habían hecho dos bandos ó partidos: en el palacio del duque de Rivas se reunía el Estado mayor general de la aristocracia del arte. y en casa de Cruzada Villaamil el sol de la democracia alboreante. Los nombres de los asistentes al primero de estos círculos todos estaban decorados con los laureles académicos, siendo, por lo tanto, reputaciones hechas que declinaban. En casa del segundo se levantaba el astro de la esperanza. Solo iba á estas últimas reuniones un título de Castilla, grande de España, el marqués de Heredia: los demás eran nombres incipientes, aunque hoy constituyan la gloria de nuestra edad: allí leían sus versos y producciones Alarcón, Núñez de Arce, Ruiz de Aguilera, Manuel del Palacio, Castro y Serrano, Zea, Viedma, López de Ayala, Eguílaz, Trueba, Barrantes, Flores, Vila y Goiri, Arnao, Llano y Persi, los dos Picón, Serra, Manuel Fernández y González, Navarro y Rodrigo, Cuende, Santisteban, Dacarrete, Gálvez, Amandi: toda la generación, después y en parte todavía, gigante. Molins quiso transigir los campos, y en su casa de la calle del Prado reunía las Noches Buenas en fraternal jolgorio lo más selecto del elemento viejo y del elemento mozo, con que en 1857 publicó aquel ático periódico *El Belén,* cuyo producto se dedicó á enjugar lágrimas y aliviar dolores. En *El Belén* en efecto escribieron juntamente Martínez

de la Rosa, Alcalá Galiano, Joaquín Francisco Pacheco, Amador de los Ríos, Hartzenbusch, Campoamor, Ventura de la Vega, Segovia, Gabino de Tejado, Rosell, Ochoa, Nocedal, Pastor Díaz, Cueto, Dacarrete, Cervino, Alarcón, Selgas, Juan Valera, el marqués de Auñón, Arnao, González de Tejada, Eulogio Florentino Sanz, González Pedrosa y otros, auroras del porvenir que se confundían con crepúsculos vespertinos. Allí iban además Rodríguez Rubí, Gil de Zárate, Emilio Castelar, Llorente, Lafuente, Fernández-Guerra, Flores, D. Severo Catalina, Gutiérrez de la Vega y muchos más. El general Pezuela no se conformó con esto, y aunque nunca su casa se había abierto hasta entonces al bullicio de la sociedad, aprovechó el feliz natalicio del príncipe de Asturias, después malogrado rey D. Alfonso XII, para hacer en su palacio recién construido de la calle de Pizarro, una soberana ostentación. Escogió para ella una fecha también histórica, y fué la del 2 de Enero de 1858 aniversario de la toma de Granada por los reyes Católicos. Las tarjetas de invitación para aquel baile se solicitaron como títulos de honor ó empleos lucrativos, y la sociedad de Madrid, halló en aquella señorial residencial, amueblada y adornada con la grandeza de una antigua morada feudal, veintidós salas por donde discurrir con una amplitud de que no había ejemplo ni aun en el palacio real. «No hay en ninguna casa particular, escribía un cronista de salones en aquel tiempo, salón que se puede comparar en dimensiones con el del traductor de la *Jerusalén libertada*.» Todas las aristocracias se reunieron allí: la antigua y la moderna, la heredada y la adquirida, la del valor y la del talento, la de la elegancia y la de la hermosura; pero el talento no estaba representado ni en gran número, ni por la nueva generación; sino por Bretón de los Herreros, Molins, Vega, Auñón, Ochoa, Amador y Cañete, es decir, por algunos de los dioses que quedaban del Olimpo literario en que el actual conde de Cheste nació. Y sin embargo, se había dado en palacio el ejemplo de invitar á estas festividades sociales hasta á la prensa, como

prensa; de donde brotó un gran número de revisteros de fiestas, como Girón, el de *La España;* Navarrete y Alarcón, los de *La Epoca*, Carolina Coronado, la de *La Discusión;* Eusebio Asquerino y Alvareda, D. Amós Escalante y D. José Alcalá Galiano, Rodríguez Correa y Palacio, que fueron precursores de los Blasco, de los *Fernanflor,* de los *Almavivas* y de los Abascal.

Todo este mundo había surgido del ejemplo y de la imitación de los salones de la condesa del Montijo, donde, sin aparentarlo, estaba siempre el nucleo de nuestra dirección política; sin presumirlo, se excitaban aquellas guerras tácitas de rivalidad, como la de la duquesa de Alba y la duquesa de Medinaceli, que bastaban por sí solas para dar movimiento y vida á una sociedad elegante entera; y sin pretenderlo, cada año aparecía alguna novedad de las que hacían época en los anales del fino trato social. La novedad del invierno de 1857 fué la modificación de algunos bailes y la introducción de otros, ó nuevos ó resucitados de la antigüedad. El *vals de dos tiempos* fué proscrito y puesto en boga *el de tres.* El clásico *rigodón* estuvo á punto de sufrir un total eclipse; pues la bella condesa de Stéfani había importado de Italia, del mismo modo que á Italia fueron llevados de Escocia, su país natal, *los lanceros.* El primer salón donde en Madrid se bailaron fué el del Montijo, en el baile que se celebró la noche del día de Inocentes. Parecía á los jóvenes aficionados que se había descubierto un continente. ¡Qué de ensayos! ¡Qué de intrigas para adivinar las figuras! Los primeros que en público lo bailaron fueron la duquesa de Alba teniendo en frente á la marquesa de Caicedo, con sus correspondientes parejas masculinas, y de costado á la condesa de Nava del Tajo, ó sea Enriqueta Cabarrús, que pocos meses antes se había casado en el mismo palacio de su tía la condesa del Montijo, con D. Félix María de Bejarano, habiendo sido sus padrinos los duques de Alba y D. Francisco Martínez de la Rosa, y las señoritas de la Paniega, de Villafranca y de Alvear. No hay que decir ni que el éxito fué com-

pleto, ni que en el momento se propagó á todos los salones. Hasta en el baile de palacio, el domingo siguiente de carnaval, se bailó con gran prosopopeya en presencia de SS. MM. También al *cotillón* le había tocado su chinazo, y en su lugar se puso de moda *la balanchera,* ó la *boulangére,* como le llamaban los franceses, y que la emperatriz había resucitado durante el anterior verano en los saraos de la villa Eugenia, de Biarritz.

La novedad del año 1858, fué la presentación de los diplomáticos de Turquía, que no había tenido representantes en España desde 1843, en que residió en Madrid un mes escaso el después célebre Fuad-Effendi. El Sultán tuvo la galantería de mandar á la embajada que sucedió á las paces de la guerra de Oriente, un ministro y un secretario segundo católico y un secretario primero cristiano de rito griego. El plenipotenciario era el conde de Kerkhove, de origen belga como el secretario segundo, Hipólito Van Meldert: el secretario primero era armenio, se llamaba Glábani. De esta embajada, los rendimientos oficiales fueron, como era natural, para la reina y para el ministro de Estado, que lo era Istúriz; pero su presentación á la alta sociedad de Madrid, se hizo como la de todos los nuevos diplomáticos, como lo había hecho la del conde de Miltcke, ministro de Dinamarca, en los salones de la plazuela del Angel, especie de sucursal, en este terreno, de la corte de París. El ministro turco era muy joven, y fué muy simpático á nuestras damas, así como el secretario armenio, que valsaba y polkaba como un trompo.

Al año siguiente hubo también novedad local en el edificio señorial de la condesa del Montijo: antes del 29 de Enero, la fiesta anual clásica de aquella casa, los conciertos, en que tomaron parte la misma duquesa Francisca de Sales; el día 29 de Enero, las reformas de los salones y el estreno de algunas joyas suntuosas. El programa del primero de aquellos conciertos lo conservó Alarcón en unas cartas de sociedad que empezó á publicar aquella temporada con el título de *Visitas á la marquesa.* Se abrió el acto con un coro del *Elisir d'amo-*

re, en que tomaron parte la duquesa de Alba, Flavia Cueto, la condesa de Río-Molinos, la condesa de la Vega del Tajo y las señoritas de Soveral, Calderón de la Barca, Fuentes, Alvear, Iradier, Vázquez Queipo y Roca de Togores. El profesor Oliveres cantó después la *Barcarola* del maestro Alary; y en seguida el *terceto* de Campagni Flavia Cueto, Inzenga y Murillo. Otro cantante de profesión, Giuglini, cantó el *largo* del aria de *El Trovador,* y las dos últimas piezas fueron un duo de flauta y piano sobre el aria final de *Lucia* por el señor Sotomayor y Lidia Calderón, y el duo en francés de *La Simpatía*, que cantaron la señorita de Cueto y Murillo.

Pero la gran fiesta de aquel año en los salones de Montijo fueron los aniversarios ducal é imperial del 29 de Enero. Aquella noche se inauguró la galería árabe ó jardín de invierno, que se había construido en recuerdo de la Alhambra. El salón dorado ostentaba una nueva sillería tallada, de tan exquisito gusto como riqueza, y la sala del *buffet* también había sido restaurada, habiéndola cubierto con un precioso artesonado. Los salones todos parecían una continuada estufa de plantas en flor, de camelias, azaleas y rododendros, entre elevadas y airosas palmeras de todos los hemisferios. Pasaba de mil doscientas el número de las personas allí reunidas, conteniendo las notabilidades de nuestra mejor sociedad, y fué admiración de todos la espléndida corona ducal de turquesas, esmeraldas y brillantes que la duquesa estrenó aquella noche por valor de más de medio millón de reales. Los asistentes más acostumbrados á las magnificencias de aquella casa quedaron pasmados aquella noche, creyéndose transportados todos como en un sueño á las regiones encantadas de las leyendas orientales. Alarcon escribía: «La galería árabe que se estrenó aquella noche me transportó á mi Granada. Allí, entre aéreas columnas, entre flores y cristales, á la luz de las lámparas moriscas, percibiendo por un lado el cielo salpicado de estrellas, y por el otro los espléndidos salones, salpicados de astros de hermosura, soñé con la Alhambra de

otros días, con Andalucía y con el Oriente, con Zoraidas y Zulemas, con los cuentos de *Las mil y una noches* y con las imaginaciones de mi infancia. En el comedor, también nuevo, se disputaron la excelencia un refresco y una cena tan deliciosos, que muchos no supieron por qué decidirse, y optaron por el uno y por la otra. Mi tercera impresión la causaron esas cuatrocientas bellezas de quince á cuarenta y nueve años cada una, coro de estrellas ambulante, que ya esmalta el teatro Real, ya los salones de los condes de Galen, y los de los señores de Osma, ya la embajada de Rusia, ya la Fuente Castellana. ¡Pero nunca tan numerosa ni deslumbradora como aquella noche! ¡Sólo sé que *siete* brillaron por su ausencia, según la frase sacramental! Todas las demás estaban allí: luceros, estrellas, planetas, satélites, constelaciones, ó sea familias de ángeles, nebulosas, ó sean mujeres incomprensibles... y no digo más, porque me quemo. Pasando á un terreno más ingrato, allí estaban también, y por último, todas las condecoraciones de Europa, la mitad de los títulos de Castilla, la tercera parte de los ministros, algo de las letras y las artes, toda la diplomacia, mucho ejército de mar y tierra, no pocos diputados, el suficiente número de pollos y una respetable cámara alta de mamás. ¡Mil doscientas personas, y esto lo dice todo!»

En un periódico de París, un periodista francés, que hallándose en Madrid había concurrido á bailes de los señores de Osma, del barón de Weisveiller, del príncipe de Gallitzin, del conde de Galen, de la condesa de Velle y de la del Montijo, decía de los salones del palacio de Ariza. «Los salones están lujosamente puestos; unos tapizados de sederías, otros pintados al fresco y dorados. Tiene la casa una moderna galería morisca, cuyos arcos y paredes, siguiendo el estilo de la Alhambra, están incrustados de arabescos. También tiene un buen salón para el *buffet*, y otro donde se ven suspendidos los retratos de cuerpo entero de los Emperadores de Francia y de los duques de Alba. Las damas que acudieron á la invitación

de la señora condesa del Montijo, vestían con lujo y ostentación, ofreciendo á la admiración de los demás sus collares de quince y diez y seis hilos de blancas perlas, adheridos á grandes broches de brillantes, y que representan valores de ciento veinticinco y ciento treinta mil francos cada uno, las duquesas de Alba, de Medinaceli y de Frías. Otras damas muy principales, como la marquesa de Guadalcázar, de Alcañices, condesa de Reus y señora de Calderón de la Barca, se adornaban con uno ó dos hilos de perlas, que por su tamaño, perfección y belleza eran sorprendentes. La señora de Osma ostentaba un rico collar de chatones de brillantes, cuyo valor llegaba á ciento treinta mil francos. La duquesa de Alba sorprendió á sus amigas luciendo en la cabeza una corona ducal de esmeraldas y brillantes, de precio elevadísimo, y la marquesa de Javalquinto con un collar de esmeraldas de las minas de Nueva Granada, un poco claras, engarzadas en brillantes, y de otros ciento treinta mil francos de valor. Otras damas, como la duquesa de Fernán-Núñez, la condesa del Campo de Alange y la señora de Urzaiz, llevaban piezas y diademas de riquísimo valor; pero que, á pesar de su mérito y hermosura, no podían formar historia, como las antedichas. Llamaban del mismo modo la atención por sus vestidos, trabajados en casa de Mad. Roger, por los prendidos y flores de Mad. Nathié, por los ricos encajes y blondas de Alençon, de Valenciennes y de Malinas, y más que todo por la suma distinción con que los llevaban, las dos duquesas rivales de Alba y de Medinaceli, la princesa de Gallitzin, la señora de Osma, la marquesa de Villaseca, hermana de la de Medinaceli, la de Santa Cruz y Bassecourt, la hija de la condesa del Campo de Alange, Luisa Salamanca, y otras varias damas. También brillaban por su hermosura y juventud la misma señorita del Campo de Alange, la de Miraflores, la de Corvera, la de Brunetti, la de Zavala, la de Ahumada y la de Bassecourt, hermosuras de primer orden, que dondequiera hacían raya por su atractivo y discreción. Mientras las buenas y elegantes ma-

dres vestían con esta pompa, descotadas y prendidas como las opulentas matronas de las Siete Colinas bajo los Césares, las muchachas núbiles, las vírgenes inocentes y pudorosas, se presentaban adornadas con suma sencillez. Regularmente enlazaban sus cabellos y tules del vestido con cintas ó flores naturales ó de imitación, y los trajes eran de gasas y telas vaporosas y blancas.»

Después de la reacción política de 1856, los asuntos de gobierno en España habían entrado en camino muy distinto al que seguían antes de 1854. Retirado Espartero definitivamente y para siempre del poder y á Logroño, el conde de Lucena, que le sucedió, no inspiraba desconfianza á la Europa liberal, y por lo tanto, ni á Francia, ni á Inglaterra, ni al Piamonte, que ya meditaba las anexiones italianas. El partido moderado, sin embargo, intrigó en palacio como correspondía á sus viejas tradiciones, y á mediados de Octubre de 1856 el general Narváez reemplazó en la jefatura del gabinete al general O'Donnell; pero el duque de Valencia sólo gobernó en aquella ocasión un año y tres días, y fué á su vez sustituido por el general Armero. Este no imprimía carácter ni á la política, ni al gobierno que dirigió. Su situación era de pura transición, y la presencia de Martínez de la Rosa en el ministerio de Estado le daba un matiz, lo más liberal posible, dentro del antiguo partido moderado. Este matiz lo acentuó más, á mediados de Enero de 1858, Istúriz, que entró á ocupar la presidencia del Consejo, para dejársela de nuevo, y por el largo espacio de cinco años, al general O'Donnell el 30 de Junio de aquel año. Era muy pasivo, por lo tanto, en aquel tiempo el influjo que en los salones de la condesa del Montijo ejercía desde Francia la política del emperador. El campo, casi completamente neutral, que afectaron entonces aquellas suntuosas estancias dejáronse apercibir por la clase y condición de los hombres políticos de la primera jerarquía que eran recibidos en ellas, notándose claramente que á ninguna intransigencia se le daba cuartel, y que si como moderados pi-

saban los umbrales del palacio de Ariza los Martínez de la Rosa, los Pidal y otros, y como progresistas avanzados D. Salustiano de Olózaga, D. Patricio de la Escosura y el conde de Reus, ni en un sentido ni en otro aquellas puertas se abrieron para los extremos, ora representasen las generaciones viejas, ora las del porvenir. Castelar, que como orador conquistaba en la cátedra de la Universidad y en la del Ateneo una reputación de primera fuerza, pudo entrar en el círculo literario del marqués de Molins, pero nunca en el social y político de la madre de la emperatriz, aunque se dijo que lo había pretendido.

O'Donnell, en su segundo ministerio, quiso ensayar el modo de hacer estable el poder, acallando el inquieto clamor de las parcialidades políticas, ya catequizando algunas de sus figuras más influyentes, ya conquistando el poderoso navío de la opinión por medio de alguna de aquellas empresas, que, hiriendo y provocando la explosión del sentimiento nacional, crean más estrechos vínculos de identificación entre los pueblos y las instituciones que los rigen, y entre estas mismas y los poderes que los representan. Era difícil, á pesar de todo, encontrar blanco adonde asestar la puntería, de modo que las aspiraciones nacionales se sintieran impelidas hacia fines generosos que llenaran la mente de la opinión. En las empresas de política exterior en que España había tomado parte durante el reinado de Doña Isabel, no habíamos desempeñado el papel más airoso, y de cualquier modo, ni en la del general Concha en Portugal, ni en la del general Fernanden de Córdova en los Estados Pontificios, obtuvimos ningún género de ventajas efectivas morales ni materiales. Napoleón, que tenía la misma necesidad que el gobierno de O'Donnell de éxitos militares, después de haber jugado el papel de cooperador que prestó Francia en la guerra de Oriente, ponía sus ojos en las colonias lejanas y reclamaba nuestro concurso para abordar en los mares de Oriente la guerra de Cochinchina. Pero este género de conquistas no entusiasmaba á

España, que tenía casi abandonado un inmenso poderío colonial en Africa y en la Oceanía, avaro siempre de iniciativas redentoras y expuesto siempre también á las incomprensibles ineptitudes de nuestra administración. Meternos con Portugal hubiera sido temerario, antipatriótico y de resultados contraproducentes. No teníamos, ni se nos ofrecía otro campo de acción que Africa; porque en América, á pesar del bello ejemplo que daba la opulenta prosperidad que inundaba á la sazón á Cuba de toda clase de fortunas, ninguna empresa podría intentarse que de antemano no dejara de advertir el triste resultado que tuvo la anexión de Santo Domingo. O'Donnell, por lo tanto, suscitó la guerra de Africa, asiéndose de un cabello para justificar una ofensa que motivara aquella agresión formal contra Marruecos, y como el jefe de aquel gobierno había previsto, logró herir en el fondo el corazón nacional.

No hubo partido político ni clase social que no respondiese al entusiasmo de la nación. Fuera de España, si osamos poner en cuidado á Inglaterra por la seguridad de Gibraltar, la libertad del Estrecho y los intereses Mediterráneos, todas las demás naciones, y sobre todo Francia, nos estimulaba á una empresa que parecía hacer despertar á España del asolador letargo de dos siglos. La palpitación de las Cámaras representativas y de la plaza pública, del ejército y de la prensa, se hizo extensiva á todos los círculos de la sociedad, y en los aristocráticos y del alto mundo hasta las brillantes recepciones de sus periódicas fiestas, tomaron el carácter y el tinte de la novedad patriótica que se imponía. En algunos palacios de la grandeza se suspendieron los bailes hasta la terminación de la guerra; en otros se sustituyó el activo ejercicio del vals y de la galop por la preparación de las hilas y vendajes para los hospitales de los heridos de la guerra; menudearon los banquetes, y hasta en los ofrecidos por los individuos del cuerpo diplomático extranjero, se daba preferencia, entre los invitados, á los generales y militares de graduación, sobre la

gente meramente política. De los que cerraron sus salones del palacio de Villahermosa fué D. Joaquín de Osma. Entre sus recepciones de aquel año, la que más resonancia había tenido fué el baile de trajes para niños, que al sonreir la primavera había dado en honor de sus tres hijas, Blanca Osma, que inspiró el numen de Ventura de la Vega y luego fué malograda marquesa de Malpica; ésta se vistió de húngara; Anita, la actual condesa de Casa Valencia, que se disfrazó de cantinera, y Joaquinita, la linda actual esposa del Sr. Cánovas del Castillo, que llevaba un precioso traje de polaca. Todas las niñas aristocráticas de Madrid acudieron á aquella fiesta con los trajes más variados y caprichosos. Belén Echagüe, que hoy ostenta el título del Infantado y que entonces volvía ya á los hombres locos con sus ojos verdes como los de las huríes del paraíso de Mahoma, vistió de *folie,* é hicieron raya por lo reputadamente *monos*, los hijos del duque de Fernandina y otros rapazuelos de entonces, que hoy llevan ya canas en la cabeza. Algunas pollas de más edad aspiraron á la categoría de niñas: éralo, en efecto, Adela Weisweiller, que no tenía más que doce años, aunque representaba por su precoz desarrollo quince y todas las gracias de las hadas septentrionales; pero no María Matilla, que frisaba en los quince efectivos y era el tipo que da las orillas del Guadalquivir, de donde acababa de llegar para casarse con su tío el príncipe de Anglona, entonces presunto heredero de la casa ducal de Osuna. El secretario de la legación de los Estados Unidos, Mr. Horacio Perry, presentó á otra rapazuela rubia como un querubín y sonrosada como un clavel; su hija Carolina Perry y Coronado, cuya madre, la eminente y soñadora Carolina Coronado, más orgullosa de aquella flor de su hogar, que de cuantas habían dado las musas del Bótova á su fantasía, rompió la pluma de los revisteros de oficio, para escribir ella misma el primer sarao á que concurría su hija. Aquella tarde los Sres. de Osma, no sólo ostentaron á sus hijas como reinas del baile en sus salones, sino en un cuadro recién pintado por

Esquivel, que las representaba jugando en el jardín. Después de aquel baile y de las expediciones del verano se declaró la guerra al Africa, y los Sres. de Osma, aunque representantes del Perú, no volvieron á admitir en son de fiesta en su casa, á la sociedad que suspiraba por el encantador *confort* de aquellas habitaciones, hasta que llegó la noticia triunfal de la toma de Tetuán. Verdad es que en la guerra se hallaba uno de los individuos de su familia, que gozaba en aquella casa un cariño singular; el general Zavala, después marqués de Sierra Bullones, que mandaba uno de los cuerpos del ejército expedicionario.

V

Ni por la guerra de Africa, ni por los muchos lutos que aquel año hubo, se hizo clausura general de salones. Los del Montijo continuaron abiertos todos los domingos; y allí se sabían antes que en ningún otro círculo de Madrid todos los progresos de nuestro ejército en Marruecos, el nombre de los heridos de cada día y el de los que habían realizado en los combates hazañas singulares. Mas, no sólo por la codicia de estas noticias, el círculo limitado á los domingos había llegado á tomar posesión de aquellos salones todos los días. Desde los últimos meses de 1857 se había notado cierto desmejoramiento en la encantadora duquesa de Alba, sobre lo que se había hablado mucho en los centros aristocráticos de Madrid, donde hasta por sus rivales era idolatrada. Se hablaba del principio de una enfermedad, siempre grave, que, una vez iniciada, raras veces se cura, y que á pesar de los rigorismos del régimen que imponía la ciencia, de los cambios de aires en busca de

ambientes oxigenados, de las brisas marinas en los viajes por mar y de las brisas purísimas de las grandes alturas, como las de las montañas y de la Orotava en Canarias y de Panticosa en los Pirineos, el mal come, come siempre, no retrocede, cada día acentúa sus estragos y al cabo entrega á sus víctimas á la muerte. Los doctores Viñals y Seoane no querían propagar las alarmas de su observación; disminuían con los que les preguntaban la gravedad de la dolencia desde que se insinuó, aunque á la paciente la aconsejaban regularidad en sus costumbres, abstención de paseos, saraos, teatros y trasnoches, y sobre todo la necesidad de salir de Madrid para otros climas más benignos. A nada la duquesa se sujetaba. Para ella, vivir era reinar; y ¿quién se atrevía á privarla de los trofeos de su Castellana, de su palco siempre admirado en el Real, de la adoración de los salones y de los comentarios de admiración al exquisito gusto de sus prendidos, á la elegancia singular de sus trajes, á la opulencia despótica de sus joyas y á la magia embriagadora de su conversación? Mientras la tisis se apoderaba de sus pulmones y devoraba aquella celestial naturaleza, la duquesa, sin rendirse ni á su temor, ni á sus estragos, se resolvió á no abandonar ni un solo momento el cetro y señorío de la sociedad de Madrid que disfrutaba. Si la emulación de su hermosura y de su elegancia la condenaba á una perpetua lucha de rivalidad, aquella lucha era sostenida con toda la energía y la perseverancia de un espíritu dominador y tenaz.

Aquella rivalidad existía, y era el objeto de ella otra andaluza de la parte del Guadalquivir, como ella lo era de la del Darro, de gran cuna y nacimiento como el suyo, y como ella enlazada al precursor de otra de las primeras casas grandes de Castilla. Aquella rival era Angela Pérez de Barradas y Bernuy, á la sazón duquesa de Medinaceli. Eran dos tipos completamente opuestos; pero los dos señoriales, y si á la sazón no estuviera ocupado el trono de España por otra mujer, superior á todas las de su tiempo, lo mismo en la magnificen-

cia física que en la magnificencia de su talento y de su corazón, habría sido difícil discernir á cuál de las otras dos le tocaba la corona. La duquesa de Alba era un tipo espiritual, poético, enteramente celeste: una deidad rubia, de la mitología rúnica, el hada del lago, la sirena de las valkirias; la duquesa de Medinaceli el tipo del Africa y del Mediodía, Esther, Semíramis, Cleopatra. Bajo formas menudas, pero escultóricas, la duquesa de Alba era una efigie de marfil torneada por el cincel de un Fidias; la duquesa de Medinaceli la estatua de una reina modelada por el genio de Miguel Angel: gran presencia, grave porte, formas altas y redondas, frente altiva, boca desdeñosa, ojos penetrantes. Sus galas, sus prendidos, sus trajes y sus joyas, no sólo habían de ser la suma creación de los más reputados artífices, sino su secreto más impenetrable. El signo del triunfo de cada una de aquellas diosas de la elegancia y del buen tono, era, aún más que la admiración, la sorpresa. Cuando la primera de ellas aparecía en su palco respectivo del Teatro Real, en sus respectivos trenes en la Castellana ó rompiendo el ambiente de la etiqueta cortesana en los salones espléndidos del real alcázar ó de la alta sociedad, imponía inmediatamente la expectación hacia su persona. Todos sus adornos se analizaban, se comparaban, se discutían, y cada una de ellas tenía su partido de admiradores, en aquella época en que en nada existían opiniones conformes. En el mundo lírico unos eran apasionados de la Ortolani, otros de la Grassi; unos de Mario, otros de Tamberlick; unos de Vialetti, otros de Selva: en el mundo cómico, unos de Romea, otros de Valero; unos de Matilde Díez, otros de Teodora Lamadrid: en el mundo taurino, unos de *Cúchares,* otros de *Desperdicios;* quiénes del *Tato,* quiénes de *Pepete;* y nada hay que decir de lo que sucedía en el campo de la política. Los apasionados de la duquesa de Alba no se saciaban de ponderar sus encantos, sus atractivos, sus seducciones; los apasionados de Angela Medinaceli hacían lo mismo de todas sus cualidades. No siempre en la novedad de sus galas podían ser

originales; pues cuando alguna de las dos se adelantaba á la otra en un linaje de adornos, á la ocasión siguiente la otra se presentaba en la órbita de los que en su rival habían producido el cautiverio de la admiración, con todos los extremos de la perfección más consumada. En una de aquellas recepciones tan frecuentes entonces, la duquesa de Alba no llevó más adornos en la cabeza, en el cuello, en los hombros, en el pecho, en la espalda, en la cintura, en las faldas y en la cola que un verdadero derroche de flores naturales en que se había exigido al arte y á la ciencia de la naturaleza todas las bellas miniaturas de la creación; en la ocasión siguiente, la de Medinaceli perfeccionó la materia con una carga de pensamientos cubriendo todas sus formas bajo cintillos de brillantes. Desde París, la emperatriz, que adoraba á su hermana, cuidaba del prestigio de su magnificencia, y todos los artistas del buen tono se hallaban ocupados siempre por mandato imperial en elaborar las galas con que en Madrid la duquesa de Alba había de sostener sin tregua la supremacía de la riqueza, de la elegancia y del buen gusto. Este mismo cuidado lo dictaba la esposa de Napoleón III hacia su madre, y el último traje que la condesa del Montijo lució en las festividades sociales por las victorias de nuestras armas en Africa, era regalo de la emperatriz, y consistía en un traje de tisú blanco de plata bordado al realce de flores de seda de varios colores.

La enfermedad que había hecho terribles avances en la fiera naturaleza de la duquesa de Alba, no había logrado domar su fiera energía, para adoptar aquel sistema de vida con el cual al menos hubiera podido prolongar algún tiempo su existencia. Ofrecía el Teatro Real la atractiva novedad de las representaciones dramáticas de la eminente trágica italiana Adelaida Ristori, y ni una sola noche la elegante dama faltó en su palco para admirar aquel prodigio del arte. Abriéronse las fiestas sociales del año 1860, con la recepción de los condes de la Regalía para adjudicar la noche de la Epifanía *la torta de Reyes,* y aunque todos quisieron nombrarla *reina de la fiesta,* ha-

biendo allí señoritas de primer vuelo como las hijas del conde del Campo de Alange, la del duque de la Roac, las de los condes de Ripalda y de Patilla, las señoritas de Oquendo y de Aranguren y la de la dueña de la casa, meritorias candidatas á aquel honor, propuso ella, y fué aceptada por unanimidad dar el *gateau des rois* á la hija de los condes de Ripalda, que era un encanto de diez y siete años. El día 13 del mismo mes el príncipe de Gallitzin celebró en su palacio de la calle de Fuencarral la entrada de año nuevo, que toca á dicho día en el almanaque del rito griego, y allí estuvieron las duquesas de Alba y de Medinaceli, compitiendo en esplendor, á pesar de la enfermedad de la primera, que vestía traje de tul con adornos de terciopelo negro y la cabeza salpicada de estrellas de brillantes. De tul también, adornado de flores silvestres cogidas con lazos de cinta de terciopelo rojo y broches de brillantes, vestía la Medinaceli, la cual llevaba además un collar de hilos de perlas desde el cuello hasta la cintura. En todo Enero dejó la de Alba de asistir los jueves, alternando, á las recpciones de Mad. Barrot y de mistress Andrew Buchanam, ni los viernes á las de los condes de Galen, deslumbrando como siempre en la del domingo 22 en la residencia de su madre en la plazuela del Angel. El 29 fué el baile grande anual de los aniversarios de las hijas de la condesa del Montijo, último que se celebraría en aquel palacio por la conmemoración de San Francisco de Sales, y durante el mes de Febrero y los primeros de Marzo, cuyo domingo 4, fué el baile de Piñata, que la condesa daba antes de suspender los ejercicios de Terpsícore hasta la Pascua de Resurrección, aún concurrió á uno de los saraos de la marquesa de Narros, á otro de la marquesa de Villaseca y á las grandes fiestas con que los duques de Medinaceli y los señores de Osma celebraron la toma de Tetuán. Otra hubo en casa de su madre, en que, como en todas á las que asistía, fué la reina: la que el 12 de Febrero hubo en el palacio de Ariza en honor de la infanta doña Amalia y el príncipe Adalberto de Baviera, que dieron con sus personas mayor

brillantez al sarao. Mas ya desde los primeros días de cuaresma la enfermedad tomó un aspecto alarmante, y como no se pudiese obtener de la duquesa que dejara de asistir ni á los conciertos sacros del Real, donde Mario, la Trevelli, la Fioretti y otros artistas interpretaban la música de Stradella y de Alary, y en los que por vez primera se cantó en Madrid el *Ave María* de Schubert, ni á las funciones de prestidigitación de Hermann, ni dejar de trasnochar en el círculo diario é íntimo de la condesa su madre; ésta también suspendió los últimos y aun se fingió enferma, para que el delirio que por ella la duquesa sentía, se quedara cuidándola junto á su lecho, que era el modo único de cuidar á la verdaderamente lesionada y en peligro. La enfermedad de la duquesa no se había ocultado á la emperatriz, y como los médicos á todo trance querían sacarla de Madrid, la emperatriz, para engreirla, la escribió diciéndola que ella también tomaba parte en los coros de música religiosa de los conciertos de las Tullerías, y que para el 17 de Abril había anunciado á la corte un baile de trajes en el *palacio de la duquesa de Alba* en los Campos Elíseos, prometiendo que la dueña de aquella residencia iría de Madrid á hacer á la alta sociedad francesa los honores de su casa. La fina penetración de la duquesa le hacía adivinar el objeto de aquellos pretextos, y contestaba sonriendo siempre, que ella quería morir en su patria. No obstante, su estado era tal en los primeros días de Abril, que los cronistas amigos fueron encargados de anunciar en los periódicos que hasta que desapareciera la indisposición que la duquesa de Alba padecía la condesa del Montijo no recibiría los domingos.

La alegría de las victorias de Africa prestó á la sociedad de Madrid una animación extraordinaria después de las solemnidades religiosas de la Semana Santa de 1860, y aquella primavera, lejos de interrumpirse las recepciones sociales con la jornada de la corte á Aranjuez, continuaron los lunes las de Mad. Barrot, los martes las de la señora de Torres, los jueves las de los marqueses de Narros y la legación de Ingla-

terra, más las de los marqueses de la Granja; los sábados las de los marqueses de Villaseca, las de los marqueses de la Habana y las de los condes de San Isidro, y finalmente, los domingos suprimidos de la condesa del Montijo tomáronlos para sí los marqueses de la Regalía y la señora de Aranda, hija del general Infante. En ninguno de estos salones volvió á verse la hermosa figura de la duquesa de Alba: su estado era tal, que ya los mismos médicos creyeron que habría peligro en ponerla en las molestias de un viaje largo á París; y cuando el 17 de Abril llegó, todo el mundo aristocrático en la corte del emperador se preguntaba por la bella y elegante dama española, hermana de la soberana. El baile, sin embargo, no se suspendió. Los duques de Tascher de la Payerie, mayordomos mayores de la casa imperial, hicieron los honores á los invitados. El emperador y la emperatriz concurrieron, y ésta vestida en traje de Diana cazadora. No bailó, sin embargo; pero autorizó que bailara, como cuadrilla de honor, la que representaba los cuatro elementos, por medio de la condesa Walawska, *el agua,* que vestía de ondina; la condesa de Morny, *el aire,* que llevaba alas de cisne; la princesa Gwikowska, *la tierra,* coronada de espigas de oro, y la princesa Czartoriska, hija de la reina madre, Doña Cristina de Borbón, *el fuego,* que se adornaba con una diadema de llamas de oro. La relación de aquella fiesta la escribió la misma emperatriz á su hermana, siempre invitándola á marchar á su lado para ponerse bajo el cuidado de los médicos de París y para participar de aquellas recreaciones suntuosas de que la capital de Francia, bajo el imperio, ofrecía un continuo programa. No obstante, antes de que la antigua condesa de Teba pudiera recibir la contestación auténtica á su carta, en los periódicos de Madrid halló el alarmante anuncio de que «la condesa del Montijo no volvería á recibir hasta el invierno». Después de este anuncio, que envolvía una cruel revelación, el eco de la publicidad se extinguió por algunos meses sobre aquellas ilustres damas, que se reconcentraban en el hogar domés-

tico, en los cuidados y en las angustias de un dolor sin esperanzas.

Las repetidas instancias que de París se recibían, las exhortaciones incesantes de los doctores Seoane y Viñals y el progreso de la enfermedad cada día más agravada, al cabo resolvieron á la duquesa á dejarse conducir al lado de su hermana. Avisada ésta, envió al puerto de Alicante para recibirla á bordo y conducirla á Lyon el *yath* imperial, y á mediados de Junio, bajo una temperatura dulce y suave, abandonó á Madrid, acompañada de la condesa su madre, del duque su esposo, y de sus hijos. También llevó consigo á Viñals, en cuyo corazón fiaba más que en su ciencia, pues personalmente le estimaba por aquel fondo de bondad y de lealtad que le caracterizaba. El día antes de dejar para siempre la capital que habia sido desde niña corte de sus triunfos y cuna de sus hijos, rindiendo el último culto á la condición de mujer elegante y de buen tono, por el que había alcanzado tanto prestigio, como por su hermosura, se vistió con los más refinados perfiles de una encantadora coquetería, mandó poner uno de sus trenes y pasó la tarde en la Castellana. Fué su última despedida al Olimpo que por tantos años hizo el teatro de sus triunfos. París no le dió más vida, ni más salud: la cruel enfermedad que se había apoderado de ella, seguía indómita su camino, aunque entre alternativas que á algunos de los que la rodeaban les hacían pasar las más contrarias emociones. Durante su estancia en aquella capital, y en aquel palacio de los Campos Elíseos que llevaba su nombre, no perdió los hábitos de pasear todos los días por el Bosque de Bolonia. Pálida, moribunda, acostada en una carretela abierta, atravesaba por ellos, y aún sus ojos vibraban los rayos de su fosforescente luz, cuando conocía en los que hallaba al paso caras españolas, que la saludaban siempre con lástima, adoración y respeto. El poeta Pedro Antonio de Alarcón, que después de haber escrito *El Diario de un testigo en la guerra de Africa*, se hallaba entonces en París camino de Italia, todas las tardes, acompa-

ñado del artista francés Carlos Iriarte, se dirigía al Bosque para ver á la duquesa. La veían llegar y pasar; saludábanla emocionados, y siempre se decían: —*¿Vendrá mañana? ¡Ah! quizá mañana no vendrá.*—En la tarde del 8 de Setiembre la vieron aún á la orilla del lago, bajo los árboles que comenzaban á perder las hojas. Despues... no la vieron más. El día 16 del mismo mes, domingo, día señalado de las fiestas de su madre en Madrid, rodeada de los que amaba, mientras que París se entregaba á las expansiones de aquel día, mientras que detrás del palacio de Alba resonaban las alegres armonías del *Chateau des fleurs*, aquel espíritu sublime se extinguió. El día anterior, el día 15, la emperatriz con el emperador se había embarcado en Ajaccio para la Argelia. Iban engañados. Napoleón, que adoraba en su esposa, abrigaba el temor de que el mal de la duquesa la contagiase: aún hay quien sostiene acerca de los tísicos esa aprensión. Los mismos médicos de la cámara imperial fueron los encargados en producir aquel engaño, haciéndole creer, no sólo que la ilustre enferma se hallaba muy aliviada, sino de que á su regreso la encontraría mejor. Este celoso cuidado del emperador hacia la emperatriz privó á esta del consuelo de recibir su último suspiro. Entre las fiestas de su viaje regio recibió la noticia, y el 22 volvió á desembarcar en Francia.

Le Monde illustré publicó este elogio de la duquesa de Alba después de su muerte: «La duquesa de Alba ha sido una mujer idolatrada: desde su casamiento, aunque muy joven todavía, pues se casó antes de cumplir los veinte años, se colocó al frente de la alta sociedad de Madrid, de que era la reina. Nadie ha podido hasta su muerte arrancarle, ni aun disputarle su cetro, habiendo sido una de las mujeres más admiradas que han atravesado sobre la tierra. Reinaba en los salones de Madrid, no sólo por su singular belleza y su elegancia inimitable, sino también por el atractivo de su viva y graciosa conversación, por la seguridad de su criterio, por sus vastos conocimientos y por la superioridad de ciertas natura-

lezas privilegiadas que saben armonizar sus facultades y sus encantos y dar á todas sus acciones, á todas sus palabras, á todos sus movimientos cierto perfume suave, cierta melodía misteriosa, una mujer indescriptible. Los españoles con razón dicen que ella era lo mejor que tenían, y todos estaban orgullosos de ella. Todos la amaban con ese culto lejano que sólo se tributa á los astros y á las maravillas del arte. Había llegado á ser en España el centro de una vasta y múltiple asociación de todas las aristocracias, de todas las eminencias de Madrid. Todo el mundo ha oído hablar de estos bailes y de los conciertos de la condesa del Montijo, pues allí era donde brillaba la hija que esta ilustre señora acaba de perder; por ella y para ella se hacía todo allí. Ya no se volverán á ver aquellos salones iluminados, donde se reunían los hombres que llevan un nombre esclarecido, los oradores, los soldados, los artistas y los poetas que ilustran al país. En aquel campo neutral fraternizaban las celebridades políticas, militares, opulentas, elegantes, aristocráticas, diplomáticas y literarias que Madrid encierra: todos los viajeros de distinción, todos los artistas extranjeros de alguna fama, compositores, pintores, cantantes y cómicos. En medio de aquella brillante multitud reinaba la duquesa sin rival, dirigiéndose á cada cual en su idioma propio y en el lenguaje de su carrera, de su profesión ó de su arte favorito. Aquella mujer era al mismo tiempo la reina inteligente de la moda, el ídolo de la juventud fashionable, el modelo del buen gusto en sus trajes, en sus trenes, en todo lo que la rodeaba y en todo lo que la pertenecía. Su voz sonaba en los conciertos como una nota argentina. Todos los ojos en el torbellino del baile seguían su talle esbelto. Su mano de hada contribuía en el teatro á los aplausos de la multitud, cuando no daba la señal para ellos. En la caza, en el paseo, en la corte, dondequiera se la veía á la misma altura, siempre el objeto de todas las atenciones, siempre el polo de todas las almas.»

La prensa española la consagró análogos panegíricos.

Poco después, cuando en las auras del otoño en Madrid, se restauró la vida habitual de estas estaciones del año, se abrió el Teatro Real el 2 de Octubre. La Julienne, Fraschini, Bouchi y Giraldoni cantaron las *Vísperas Sicilianas*, y *La Epoca* daba noticia de la inauguración. No citó nombres de la elegante concurrencia; pero no dejó de notar que «el palco donde tanto había brillado la elegante duquesa de Alba estuvo vacío». Así pasó toda la temporada. Alcalá Galiano, en los primeros días de 1861, dirigió una salutación ingeniosa al año que comenzaba; pero recordando la mayor de las pérdidas del antecedente, también escribía: «La llegada del cadáver de la malograda duquesa de Alba viene á turbar un tanto el halagüeño cuadro que la sociedad presenta. La que no ha mucho era el alma de los salones y el modelo de la elegancia, la que brillaba tanto por su hermosura, su juventud y su gracia, por su talento y nobleza, la que era la joya de la buena sociedad, desapareció de la escena del mundo; se ocultó como el sol en todo el lleno de sus esplendores, y ahora viene en un ataúd, ceñida con el triste ropaje de la muerte, á dormir en un panteón el sueño eterno. Las que ayer iban á admirarla en su palco, en sus salones y en sus trenes, mañana irán á rezar sobre su tumba.» En efecto, la muerte de la duquesa de Alba cerró los salones de la condesa del Montijo, que, retirada en su residencia de Carabanchel, lloró inconsolable todo el resto de su vida la desgracia que le privó de una hija querida, y á la corte de Madrid de su más bello adorno. Sobre su sepulcro, labrado en el panteón de familia de los duques de Alba, nunca desde aquel tiempo ha faltado el homenaje del amor representado en flores frescas, renovadas con frecuencia en todas las estaciones. Mientras compartió su hermana Eugenia de Guzmán el imperio con Napoleón III, de París llegaba cada día este piadoso tributo.

(Se continuará.)

AVENTURAS Y DESVENTURAS DE UN SOLDADO VIEJO

NATURAL DE BORJA

La guerra de Cataluña en 1848 y la de Cuba de 1896.—Canina.—*Gabaix, porch.*—Narvaez y Bullwer.—Contubernio político nefando.—El Rosario y el himno de Riego.—Me tasan.—Asistente heroico.—Por dinero baila el perro.—Efectos de indumentaria.—Zapatero sucio.—Desgraciada profecía.—Un general modelo.—El alférez calamidad.—Los jamelgos.—El bufido de la patrona.—Idilio.—La mujer de Putifar.—Absolución de pito.

La guerra de los matinés ó carlistas del 40 al 49 en Cataluña se parecía á la que hacen los insurrectos de Cuba en 1895 y 96. Aquellos huían siempre si no eran muchísimos más; atacaban á partidas ó destacamentos y al verse acosados se dispersaban. Si se les hacía una descarga, sólo caía prisionero el que salía perniquebrado. La infantería no podía alcanzarlos por el vestuario y equipo que la abrumaba, y la caballería, en terreno montañoso, era completamente inútil. Se colocaba á retaguardia de la columna, y para evitar que en un desfiladero la cortase el enemigo, marchaba detrás de ella infantería.

Los carlistas no esperaban jamás en campo raso, sino en posiciones elegidas de antemano; acometían por sorpresa, si la tropa se desorganizaba, si enseñaba el morral al enemigo, de seguro aquel día sobrarían pantalones, como decían los soldados para significar que habría muertos. Las tres columnas que durante la guerra volvieron la espalda, sufrieron la humilla-

ción de ser vencidas por los matinés. Estos se salvaban siempre huyendo; la tropa perdía vida, libertad y honra. Si el general Reding (año 1809) triunfa en la batalla de Valls, como además de los soldados se hallaban preparados los somatenes catalanes, no queda un francés. Las hordas medio negras de la canalla cubana, escapan á caballo de la infantería española. La prueba de que ésta no ha retrocedido, es que no ha perecido ninguna columna. No continúo. De la guerra de Cuba sólo tienen facultad de hablar los que no son ni fueron jamás militares.

A principios de 1848, la columna de Reus se componía de dos compañías y cuatro caballos. El capitán de la mía la mandaba; habló con el alcalde en la plaza de Montbrió, y preguntó:—¿Cuál es el oficial más antiguo?—Yo, le contesté.—Se queda V. aquí y á nadie entere de mi dirección. Sígame la caballería.—Echó á andar á pie delante de cuatro jinetes.—Capitán, le grité, no tenga cuidado se me escape á dónde va; no me lo ha dicho V.—Militares y paisanos soltaron la carcajada. Poco tiempo después, para darse importancia, compró un malísimo penco. Yo llamaba Canina á su jamelgo.—¿Quiere V. apostar á que corro más que ese animal?—le dije.—Sí, ahora mismo.—La tropa abrió filas y se colocó á derecha é izquierda del camino. El término de la carrera eran unas piteras á trescientos pasos. Llegué á ellas antes que el cuadrúpedo, que se llevó una tremenda silba. El capitán, furioso, no me dirigió la palabra hasta el día siguiente. Al recibir algún pliego miraba si me hallaba cerca. Sabía que yo leía á gran distancia y que me enteraba de las noticias sólo para calcular si dormiríamos en cama con colchón. Le entregaron un oficio, lo colocó de modo que no viese lo escrito, lo leí al trasluz, ¿qué hay?, le preguntaron.—Y contestó:—Entre otras cosas, que dé á Vds. la paga.—Lo único que dice, añadí.—Se atufó. Pronto le pasó el disgusto.

Los franceses, á últimos de Febrero de 1848, echaron con cajas destempladas al rey ciudadano, á Luis Felipe, que con-

tribuyó á destronar y sustituyó á su pariente Carlos X. Entonces oí referir la siguiente anécdota: Al verificar un cange en Cataluña durante la guerra de la Independencia, los españoles tenían mayor número de prisioneros que sus enemigos, y convinieron en dar franceses por cerdos. El jefe catalán, al entregar un gabacho y recibir un cochino, repetía: —*Gabaix, porch.*—Desde entonces llaman gabaixs porchs á nuestros vecinos transpirenaicos.

Al parecer, sólo quedaba Marsal con una pequeña partida en la alta montaña. No había matinés en la provincia de Tarragona. En Abril comenzaron á salir al campo los amnistiados, entraron de Francia muchos carlistas y bandas numerosas de trabucaires recorrían las montañas del Principado. La guerra, casi apagada, volvió á encenderse con más fuerza. En la carretera de Reus había el siguiente rótulo, durante la campaña: *A Tarragona 3 leguas de 6.666 varas y 2/3 de Burgos.* Lo leyó un soldado, y dijo: De aquí á Burgos hay 6.666 varas.—Y también 8.000, añadió otro.

Siempre que la columna se detenía en el famoso monasterio de Santas Creus, hablábamos con dos pobres monjes que vivían en él desde la exclaustración. Uno de ellos era ciego, y tan aficionado á los caballos, que sufría por no poder verlos. Los acariciaba con la mano y adivinaba al tacto el color del pelo; particularidad que comprobamos varias veces y que nos causaba admiración.

En Santas Creus existe el sepulcro de Pedro III de Aragón, el de las vísperas sicilianas, llamado justamente el Grande. Los restos se hallan en un antiguo baño árabe de porfido. Se observaban en él ligeras huellas que hicieron al tratar de destruirlo, en nombre de la civilización.

Permanecimos en Reus durante los sangrientos motines que hubo en Madrid. El ministro inglés Bullwer protegía descaradamente á los revolucionarios. El general Narvaez le expulsó de España el 18 de Mayo de 1848. Hubo quien temía que los barcos ingleses desde el Manzanares bombardeasen á la corte.

Medida enérgica, por la cual el duque de Valencia merece todos los honores que recibió en su vida. Cesaron de influir en el gobierno español los franceses, cuando mandaban los moderados; los ingleses, si se hallaban en el poder los progresistas.

Por odio y temor que hasta después de muerto tenían los revolucionarios á Narvaez, quitaron en 1868 su nombre á una de las principales calles de la capital y pusieron el de Serrano.—Como si tan necia disposición evitase que la historia le considere como un gran carácter.—La restauración y los conservadores, siempre ingratos, no lo remediaron por cobardía. En lo que va de siglo sólo han debido hacer capitanes generales y duques á Castaños por Bailén, á Palafox por Zaragoza, á O'Donell por Tetuán y á Narváez por la expulsión de Bullwer. ¡Qué dejan para el que tome á Gibraltar, una á Portugal ó conquiste á Marruecos, si prostituyen como lo verifican títulos y condecoraciones! Aparecieron en la provincia de Tarragona, partidas carlistas que se dispersaban en seguida. Los bandidos Pau-Mañe y Vilella se burlaban de la persecución. Enguera reclutó en la liberal Reus 60 carlistas, llegó á la Musara y se dispesaron.

En Abril fuí destacado con 30 cazadores á Vimbodi. Perteneció en feudo á Poblet, y sus vecinos, en nombre de la libertad, después de robar el monasterio, lo quemaron en 1835. Me dijeron existía en Vimbodi el puñal de Pedro IV (en Cataluña le llaman el del Puñalet), con el cual se hirió en el brazo, y borró con su sangre los fueros de Aragón. Sentí no encontrar arma tan interesante.

El 28 de Mayo se me desbocó el caballo en Valls. Se ladeó la silla; al caer quedé enganchado del estribo; me arrastró largo trecho; recogí en la carretera la gorra, uno de los faldones y media espalda de la casaca. Al ver ésta mi patrona, cuando volvió el asistente de llevarme una levita para poder entrar en el pueblo, creyó me traerían á casa entre cuatro. Todo se redujo á chichones en la cabeza y rozaduras en la espalda; parecía un archipiélago.

A mediados de 1848 tomó la guerra civil gran incremento; Cabrera entró en España, tratando de organizar á los catalanes, siempre valientes, infatigables y arrojados, pero refractarios á la disciplina. En la primera guerra civil consiguió el conde de España que catorce batallones carlistas del Principado comiesen rancho y llevasen corbatín; mandaba cortar la cabeza á los que cometían la más leve falta. Lo arrojaron con una piedra al cuello por el puente de Orgañá al río Segre.

Cabrera supo que el nuevo capitán general, D. Fernando Córdoba, había llegado á Cataluña con gran comitiva, y preguntó:—¿Lleva alpargatas? --No; botas de charol.—Pues no me cogerá—añadió el sacristán de Tortosa. La profecía se cumplió.

La guerra de los matinés se hacía interminable: nuestros soldados se esforzaban en vano persiguiendo al enemigo por terreno escabroso, donde la caballería estorbaba y sólo servía para distraer la fuerza de infantería que la custodiaba.

Los carlistas esperaban en posiciones casi inaccesibles, seguros de la retirada. Si se dispersaban, como no llevaban uniformes ni divisas, en caso de apuro abandonaban las armas y veían pasar tranquilamente á la tropa.

Cuando eran cuádruples en número y el terreno favorecía, preparaban hábilmente una emboscada á la columna. Si el comandante no era valiente, práctico y avisado, la destruían.

El 27 de Agosto, al republicano Baliarda, que llevaba 200 hombres, lo batió una compañía cerca de Poblet. Baldrich y Escoda, también republicanos, aparecieron en la provincia de Tarragona. Masgoret, comandante general por Montemolín, llevaba 400 infantes y 25 caballos. Rivas y Sabaté, 250 de á pie. D. Ramón Arbones (a) Ramonet, el que mandó poner cuatro galones de coronel á su casaca, capitaneaba por las Garrigas y el Priorato 300 á 400 y 50 jacuchos. Torres de Beliana, con unos 150, merodeaba por los confines de la provincia, y Basquetas, con 50 foragidos, se escondía en la áspera Baronia de Entenza. Las partidillas de Siseta, el Pitus, el Pato, Pavet y

otros, eran los mosquitos de la facción, que picaban cuanto podían en los pueblos pequeños. Cuando oía el nombre de un nuevo cabecilla lo apuntaba. Si lo mataban, ponía al margen un cero, y si lo cogían el signo menos.

Se descubrió una conjuración republicana, cuyo plan era entregar á Cabrera varias plazas fuertes de Cataluña. Atenme esta mosca por el rabo. Se refería por entonces que al ir á fusilar á un comandante republicano, dijo á su compañero de infortunio:—«Nuestro partido llegará al poder y nos vengará del capitán general que tan cruel es con nosotros.» Si es verdad esa anécdota, se equivocó el pobre iluso. El general absolutista de Fernando VII, fué el primer ministro de la Guerra de la República en 1873.

Víctima de la arbitrariedad del jefe, sin corresponderme, me mandó destacado á Alcober el 11 de Septiembre.—Arréglese como Dios le dé á entender—me dijo. Era un Adán.

En Alcober no quise fortificar ningún edificio. Me situé en la iglesia, que era de piedra cantería y difícil de incendiar. Coloqué piedras en la torre y tenía en ella cuatro soldados y un cabo. Me hubiera servido de refugio si me atacaran carlistas ó republicanos. La tropa ocupaba la bóveda del templo y yo el coro. De noche, con la oscilación de la lámpara, parecía que se movían los santos del altar mayor. Muchas veces pensaba. Si cuando yo era niño me hubieran metido aquí, me muero de miedo. El cura, acérrimo partidario de Montemolín, se admiraba de que los cazadores lo saludasen al pasar, como manda la ordenanza, y que observasen la más rígida disciplina.—¿Todos los soldados de la Reina son así?—me preguntó. —Todos—le contesté.—Pues aunque ganen los nuestros, como no sirven sino para correr y batirse por las montañas, Carlos VI, tendrá precisión de llamar á Vds. para formar el ejército.

Como los soldados se aburrían en el destacamento, un día los encontré á todos en cueros con el correaje, el morrión y las polainas puestas, ejercitándose en el manejo del arma. En

algo se habían de divertir. El efecto que me causaron fué atroz. Hice como en las comedias antiguas, cuando alguno embozado al atravesar la escena, exclama:—Pasaré sin ser visto.

No me reí en Alcober, hasta que una mujer me preguntó, al enterarse que yo era aragonés—si antes que militar había sido arriero.

Me avisó el alcalde del pueblo que los facciosos, republicanos y carlistas, habían ofrecido una onza al que me cogiera muerto ó vivo. Cuando se llenaba la iglesia de gente, me subía con el destacamento á la torre, para evitar una sorpresa. Un día me dieron parte que el centinela colocado en el campanario no se dejaba relevar, y amenazaba con matar al que tratara de acercársele, lo cual podía hacer uno á uno con los soldados del ejército de Jerjes. El soldado era catalán, y por si se hallaba en combinación con los que me querían pescar, avisé al alcalde que me proporcionase albañiles y materiales. El centinela observó que iban á tapiar la bajada de la torre, se sometió, descolgó el fusil y lo mandé preso á Tarragona. Llegué á ser muy querido de las mujeres del pueblo. Decían que me salvarían, escondiéndome debajo de sus faldillas. En tal caso no hubiera tenido frío.

Pasó una columna por Alcober. En ella iba un coronel de brutal aspecto. Me chocó por lo brillante y nuevo del uniforme. Pregunté.—¿Qué tío es ese?—y me contestaron.—El Perot de la Casta, que hemos perseguido por las montañas de Prades. No tiene más mérito que saber 32 caminos diferentes para ir desde Pont de Armentera á Montagut; un par de leguas. Sirve de guía.—¡Nos mandará á nosotros!—exclamé admirado.—Por supuesto—añadió el oficial.—Ha reconocido al gobierno y el gobierno á él el empleo de coronel.

D. Carlos, en la primera guerra civil, porque el cabecilla Esaín le llevó sobre los hombros, librándole de caer en poder de Rodil, le nombró conde de Casa Esaín, grande de España y coronel. Le llamaron el burro del rey. Si se hubiera adhe-

rido en 1839 al convenio de Vergara ó sometido al gobierno en 1848, se habría aumentado el número de asnos, que han hecho coroneles y grandes de España con menos méritos que conducir á cuestas á un simple por las breñas y precipicios de Navarra.

Los caudillos carlistas del Norte, en la primera guerra civil se dividieron. Los guerrilleros del país odiaban á los castellanos y militares instruídos. Nada, señor—decían los prácticos á D. Carlos—nada de gente que sepa escribir; los brutos llevaremos á V. M. á Madrid. Uno de ellos, ya le había servido de cabalgadura.

El 1.° de Noviembre nos reunimos con el capitán general en La Bisbal. Mientras perseguíamos á Masgoret por Selma y Montagut, atacó el referido carlista al destacamento de Cabra que pertenecía á mi batallón. Incendiaron la casa del cura y la torre, se voló el repuesto de pólvora, y los carlistas dijeron que habían comido muchas veces carne más cruda que la del capitán que mandaba la tropa. No le valió ser amigo de Baldrich, que ayudaba al general carlista. Los matinés, todos los días mañana y tarde, rezaban el Rosario por compañías, mientras los republicanos cantaban el himno de Riego. ¡Buen contraste! Los montemolinistas jamás iniciaban en sus planes á sus auxiliares. Mi patrón de Valls, segundo de Baldrich, me escribió que á pesar de su odio al gobierno, me quería mucho.

El 3 de Noviembre, en Igualada, conocí al general Lersundi, el héroe de 1848, que entró sólo con un corneta en la plaza Mayor de Madrid, ocupada por el regimiento infantería de España, núm. 30, sublevado contra el gobierno. Lersundi mandó tocar alto el fuego, los insurrectos obedecieron maquinalmente ó por costumbre, y las fuerzas leales que le seguían tomaron la plaza sin ser hostilizadas. Los envidiosos dirán que á cualquiera se le hubiera ocurrido. A casi nadie. Al regimiento de España le variaron el nombre por el de Iberia; en 1873, se volvió á pronunciar, y desde entonces se llama Lealtad. Por ironía.

Mientras dormía en Santa Coloma de Queralt la columna, compuesta de dos batallones de cazadores, el 14 de Diciembre, á las tres de la mañana, Masgoret, general carlista, un buen hombre, Vilella, mala persona, y el republicano Baldrich, sorprendieron y mataron á los miqueletes que había en la puerta de Valls.

Ocuparon la población menos las calles inmediatas al cuartel, de las que fueron rechazados por los músicos y quintos aragoneses del batallón cazadores de Antequera. Meses antes oí á Baldrich, comandante de reemplazo, procedente de cuerpos francos, que perteneció en 1843 á lo que llamaban Estado Mayor de manta de Prim, que los que defendíamos á Isabel II éramos carlistas. En calificar con exactitud, literatura y milicia, estaba poco fuerte. Murió de teniente general, sirviendo á Alfonso XII. Los facciosos de ambas castas, registraron en Valls el alojamiento del segundo comandante de Antequera, y asesinaron á su asistente José de Vega, que se negó á descubrir dónde se escondió su amo. Fué en el batallón, único acto heroico; el que nos mandaba, ni comprendía ni era capaz de ejecutar, ni dió parte de haberse verificado.

El año 1848 fué fatal. Entraron de Francia los emigrados carlistas, cansados, como los oficiales realistas de 1827, de no comer; por igual razón los liberales procedentes de la Jamancia y de las sublevaciones vencidas en tiempo de los moderados. En nefando contubernio, como decían entonces, se unieron montemolinistas y republicanos, Cabrera y Ametller. El primero trataba de penetrar en Barcelona, y el segundo, en el castillo de Figueras. Se batían juntos contra las tropas de Isabel II, no para salvar la patria, sino por saciar el hambre y la ambición. Aquí no se os dará el mal trato que recibís de vuestros oficiales, decían en una proclama á los soldados para engañarlos por la milésima vez. El gobierno ganó á los carlistas con dinero y grados, reconocieron como brigadieres á Pons, Pozas y otros, concedieron dos empleos y dos pagas á los oficiales de este último, en premio de haber

derrotado á la columna de Manzano. Otro *pedrisco* de brigadieres.

Para ser militar, como para todo, se necesita nacer y mucha práctica. A un comandante, le enviaron á La Bisbal, provincia de Tarragona, á sorprender á unos matinés. Era de noche, hizo entrar en el pueblo dos compañías por un lado y dos por el otro. Lo arregló tan bien, que se emprendieron á tiros los soldados, murieron tres y se escaparon los facciosos. El jefe procedía del convenio de Vergara y ostentaba la cruz laureada de San Fernando. Debieron quitársela. Por fortuna, no me encontré en tan gloriosa refriega.

Ruiz de Alarcón, refiriéndose á los nobles, y se puede aplicar á los militares, dice:

> «Pues, si honor puede ganar
> quién nació sin él, ¿no es cierto
> que, por el contrario puede,
> quién con él nació perdello?»

Operaban con nosotros 250 carabineros. El 11 de Noviembre llegamos de noche á Querol. Colocaron el batallón en columna cerrada en la plaza, frente á uno de los lados que era un precipicio; á retaguardia las acémilas, la caballería y los carabineros en desorden. Estos merodeaban por el pueblo, dieron el ¡quién vive! á unos bultos; como eran vacas no contestaron, hicieron fuego, y se echaron sobre los cuadrúpedos que empujaban al batallón contra el despeñadero. Harto trabajo nos costó impedir que los soldados disparasen y nos matásemos los unos á los otros. La imprevisión y la indisciplina causan en la guerra los mayores desastres.

Muchos carlistas que perdieron la esperanza de triunfar, para no volver á la emigración, vendieron su honra á cambio de que les reconociesen los empleos recibidos de D. Carlos. Se celebró con ellos un segundo convenio, y á las pacientísimas armas generales, en especial á infantería, la idea de caballería catalana no se comprende, destinaron un contingente

numeroso de jefes y oficiales sin educación civil ni militar, con grave perjuicio de los que servían en ellas y siempre habían sido fieles.

Montemolín no traspasó la frontera, esperando que sus huestes ocupasen á Madrid. Como si para ser rey, jefe del ejército, y vestir de capitán general, no fuera justo y de obligación sacar la espada y exponer la vida ya que lanzaba á sus partidarios á perderla. El 1.° de Enero de 1849 varios batallones rodearon de noche la Vilella alta, pueblo de la provincia de Tarragona. En él estaban Rivas y Sabaté con unos trescientos carlistas, que después de romper el fuego al amanecer, se entregaron, aconsejados por sus jefes que habían avisado al general Ena, para que los sorprendiese en la indicada población. Sólo se escaparon unos pocos con los cabecillas Pavet d'Arbolí, el Pepo de Ginestá y Pipeta; tres pillastres de profesión.

Al ver los rendidos formados en la plaza, comprendí por qué no podíamos alcanzarlos, aunque la mayoría de los matinés físicamente eran inferiores á los soldados. Consistía en el traje, equipo y armamento que unos y otros usaban. Los matines sólo llevaban lo puesto. En la cabeza, barretina ó pañuelo, chaqueta ó en mangas de camisa, calzón ó pantalón de pana, canana y fusil. A los soldados les abrumaba el incómodo morrión, el largo capote, el burdo pantalón, el pesado morral, la cartuchera y las polainas. Después de una campaña se olvida siempre lo que en ella se aprende. Los que mandan, si la han hecho, no han caminado á pie y varían los uniformes convirtiéndose en sastres, aumentando chismes inútiles, á veces por adular. Poco después de la guerra, añadieron á los morriones de los cazadores carrilleras y plumeros para hacer más pesadas á las tropas ligeras.

Cuando á los rendidos de Vilella alta los conducimos á Tarragona, apostrofaban á Rivas llamándole *Caragirat* (cara vuelta, traidor), y á Sabaté *savata porch* (zapatero sucio). Así se vengaban justamente de la infamia cometida por los referidos cabecillas; reconocieron los empleos de coronel al pri-

mero, y de brigadier al segundo; tal vez les dieran dinero como á Judas. Sus soldados volvieron á la montaña. Buen negocio.

En la campaña de los matinés hubo jefes de columna que escribían á los periódicos ensalzándose hasta colocarse en los cuernos de la luna, y convertían en grandes batallas el coger al enemigo una barretina ó gorro y un par de mantas. Así llamaban la atención y los ascendían.

Un comandante, aludiendo á sí mismo, decía: «El valiente fulano sorprendió al cabecilla mengano que se escapó por la fragosidad del terreno y oscuridad de la noche. Después pasamos el Ebro por.....» Metió la pata y nos reimos del badulaque. Tranquilo el resto de la nación, se dió gran impulso á las operaciones y los pueblos se cansaron de las exacciones de los facciosos. El 12 de Enero de 1848 sorprendimos á Basquetas, y el 14 se presentaron 150 carlistas con 40 oficiales, á á condición de que se les reconocieran los empleos. A los que cogía Cabrera con tales intenciones los fusilaba. Si al sorprenderle el nuevo brigadier Pons (a) el Pep del Oli, no se escapa á uña de caballo hace lo mismo con él. Fuera mejor para su memoria. Pasará á la posterioridad como un caracter, aunque los liberales le llamaron el tigre del Maestrazgo.

En Falset me alojaron en casa de un comerciante. Me recibieron con agrado, lo cual no era muy común en Cataluña. Es natural la repugnancia á que desconocidos invadan la morada; si son mal educados lo pagan las personas y las cosas que encuentran. Los niños por instinto se acercan á los que los quieren. Uno de cinco años que había en la casa se apoderó de mi sable y otro de cuatro se caló el morrión. Los pregunté cual era el *hereu* (heredero). Yo *só*, contestó el mayor. Tú no lo serás añadí en broma, sino éste, señalando al menor que era mucho más guapo. El muchacho rabiaba al oirme, mientras sus padres lo celebraban. Salí de la casa, volví al poco rato, encontré la tienda cerrada, llamé, no abrieron y los vecinos me dijeron que rodease la manzana y podría en-

trar por la otra puerta. En ella me esperaba el asistente con la maleta en la mano.—¿Qué sucede? le pregunté.—En cuanto V. marchó, los niños de la patrona pasaron por encima de las tablas que cubren el lagar, una se ladeó, cayó el mayor en el vino y aunque gritó el pequeño *Peret ha caigut*, han sacado ahogado al que V. decía, no sería *hereu*. No me atreví á ver á los infelices padres ni he vuelto jamás á meterme á profeta.

A las órdenes del general Ena no pudimos sorprender á los facciosos la noche del 26 de Enero. Se reunieron todos los de la provincia, mandados por Borges, los perseguimos con tal actividad que no descansamos en cuarenta y ocho horas. A pesar de lo acostumbrados que nos hallábamos á las fatigas de la campaña, enfermaron cuatro oficiales y 80 soldados del batallón. El 5 de Febrero esperaron Borges y Baldrich en Selma; llevaban unos 750 hombres y 40 caballos. Se batieron con una columna. La nuestra no pudo entrar en acción. Por la noche en San Juan de Conils los migueletes, vanguardia de la columna de Igualada, creyeron que los nuestros eran carlistas y se emprendieron á tiros. Oí el fuego, salí del alojamiento, vi á un oficial del ejército que iba con ellos, me puse entre unos y otros y grité:—Es tropa, y cesó la lucha. Me envanezco de haber evitado derramamiento de sangre española. Solo hubo dos muertos. El republicano Bellera entró en la provincia, le puso la proa el general Ena, lo acosamos noche y día y se dispersó su gente. A Baldrich le echamos de nuestro distrito y no volvimos á ver más facciones republicanas. A éstas se las destruía con facilidad. Se componían generalmente de menestrales y tejedores acostumbrados á la vida de los pueblos; resistían menos que los payeses ó labradores. La columna que perseguía á los republicanos, si el jefe era activo el primer día los avistaba, el segundo los alcanzaba y el tercero los dispersaba. Ni quince días hubieran durado á no apoyarse en los carlistas. El país no los quería. Las payesas decían á la tropa sin preguntarlas. En tal parte está la repú-

blica. Es inexacto que el ejército los odiaba más que á los montemolinistas. Lo mismo. Era más facil por su menor disciplina y más debilidad acabar con ellos. El jefe absolutista fusilaba al que no obedecía. El demócrata no se hacía respetar; todos mandaban. Una república según la idea que de ella se tiene formada en España. Sin subordinación la gente armada es una horda. Al general D. Manuel de Ena lo destinaron á la provincia de Gerona. Aragonés, incansable y valiente, jamás conspiró ni se sublevó. Montaba rara vez á caballo, dormía poco y no se acordaba de comer. Una noche en el Mas de Romanils, no se había desayunado en todo el día, le presentaron por único manjar unas sopas de pan de centeno. Al llevar la primera cucharada á la boca, dirigiéndose á los oficiales que llenabamos la cocina nos dijo:—Señores; el comer es una ilusión; en pasando de aquí, y señalaba su largo cuello con el índice de la mano izquierda, todo es igual. — Al oirle pensé: Tiene ideas disolventes. Conseguirá que nuestras pantorrillas se parezcan á las suyas. Era muy alto y flaco. Aquella noche lo pasé mal. Mi asistente sólo llevaba en el morral un pedazo de pan; de rabia, lo tiré por la ventana. Fué el único día que tuve hambre durante la campaña.

Marchaba yo á vanguardia de la columna del general Ena, y le dieron parte que los soldados de mi compañía habían robado una gallina. Mandó que los registrasen, decidido á fusilar al que se le encontrara. Se halló detrás de un pino envuelta en un pañuelo. Al verla gritaron los cazadores. «Es de Sabaté». Un catalán muy conocedor del país que nos servía de guía. Al frente de la tropa, junto á la rectoría de Albá le pegaron 110 palos por 11 cabos. El ladrón debía ser de acero. Ni se quejó. Lo ataron y llevaron al presidio de Tarragona de donde procedía y no debió salir.

Al general Ena relevó Galiano, que llevaba gran equipaje y cantina. Al verle exclamé:—¡Gracias á Dios que vamos con un general que come!

A D. Manuel de Ena lo mataron en Cuba en 1852 los fili-

busteros del traidor López. Los aragoneses que se hallaban en ella costearon el sepulcro que guarda sus cenizas en el templo de Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza. Sólo á los que mueren por la patria toda, y no por un partido se debe erigir monumentos.

En una acción cerca de Igualada, después de andar siete horas y correr una, alcancé á un carlista de caballería que al verme á veinte pasos se bajó de su cabalgadura me disparó y se internó en el bosque. Cuando me incorporé á la columna, iba yo hecho una facha y cubierto de barro. Sin charreteras ni gabán, me resguardaba de la lluvia embozado en la manta sucia de un partidario del oscurantismo, montaba en el caballo prisionero, más alto que un elefante, pesado, y el más feo que he visto en mi vida. Los soldados y yo volvimos cubiertos de porquería. Esta fue la última batalla y la mayor de mis proezas. El general me regaló el jamelgo cogido á los matinés, lo vendí y repartí su importe á los soldados de mi compañía.

Viendo Cabrera que sus esfuerzos eran inútiles, que Montemolín con el nombre de alférez Lirio, tan bravo como en la Rápita en 1860, se hacía prender por la policía francesa para evitar el peligro de entrar en España, regresó á Francia. Lo mismo verificó el general republicano Ametller.

Después de dos años, siete meses y veintiún días la guerra se acabó rápidamente. Ese fué el doble tiempo de campaña que nos abonaron. En él anduve á pie 1.924 leguas y cambié de cama trescientas cincuenta y cinco veces.

A pesar de la seducción que empleaba el enemigo, ni un soldado de mi batallón desertó, ninguno tomó parte con los carlistas de los que en Cabra cayeron prisioneros. Tampoco se formó una sola causa. No hubo robos. Imposible era evitar que los soldados al pasar por las viñas cogiesen uvas. Colocaban el racimo junto á la culata del fusil que llevaban sobre el hombro y se las comían sin que lo vieran los oficiales que marchaban á la cabeza ó á retaguardia de las hileras. La ordenanza es tolerante con el hurto de la fruta comestible.

El 14 de Mayo fuimos á Barcelona; además de la guarnición, se reunieron veintisiete batallones para la entrada triunfal de D. Manuel de la Concha, ascendido á capitán general de ejército, vencedor de unos ocho mil carlistas y republicanos sin disciplina, con cuarenta mil soldados inmejorables perfectamente organizados, sin que se pronunciase ni siquiera un general. En cambio, se compraron con dinero y empleos á bandidos como Caletrus, que asesinó á los pobres soldados rendidos en La Llacuna y á otros que ni leer sabían.

Al referido *Tintorer* de Igualada le vi en Madrid de coronel, naturalmente de infantería, en 1868. Expondría méritos revolucionarios que entonces eran de moda : político también.

Una nueva avalancha de oficiales, la mayoría inútiles, cayó sobre la infantería, que es la que más se bate, más sufrida y menos recompensada.

El gobierno se negó á conceder á los carlistas otros grados y empleos que los que tenían en 1839 cuando se celebró el convenio de Vergara. General hubo que se empeñó en que se les reconociesen los que les dió el pretendiente durante la emigración; único medio, según él, de acabar la guerra. Así desprestigiaban el ejército y desesperaban á los oficiales pundonorosos.

Durante tan larga campaña, no me di jamás de baja; recorrí montañas y llanos, me helé, abrasé y estuve en varias acciones de tres al cuarto. Por recompensa recibí la cruz de San Fernando. En Tarragona vendimos los jamelgos. ¡Qué lástima! No podían ser peores. A la generalidad de los oficiales nos había dado la manía de comprar caballo. Les puse nombre, según las cualidades físicas de los pencos y las morales de los jinetes. Al rocinante del jefe, Orejita. No se dejaba tocar las orejas ; hubo un cabecilla del mismo nombre en la primera guerra civil. Al jaco del irlandés que sustituyó al famoso Canina, Atila. Pegaba un par de coces al lucero del alba, y su amo repetía que se hubiera alegrado ser jefe de estado mayor del feroz rey de los hunos. Aunque yo no nece-

sitaba babieca por mi ligereza de piernas, los mozos de escuadra me llamaban la *pasturela* (pajarita de las nieves), por lo de prisa que caminaba, compré un potro alto, flaco, y flojo, después que vendí el que me arrastró. Aspiraba á ser bueno, y lo titulé Aspirante. No lo monté, y sólo sirvió como los caballos que llevan en los entierros de los generales, de ostentación. En un alojamiento colocaron á mi bucéfalo en una cuadra cuya ventana daba al patio encima de un banco. Dejó sobre éste la *mayordona,* ó ama del cura, una cesta llena de chocolate y bizcochos; se asomó Aspirante, los olió y se los comió. Me participaron la hazaña, y mandé diesen agua al jamelgo para que no se le indigestase el soconusco. La *mayordona* al referirlo á su amo exclamaría: *La bestia era mes dulen que un soldat de acaball.* Espresión que usan en Cataluña para encarecer la maldad de alguno.

En la indicada guerra de los *matinés*, servían en una compañía de mi batallón un capitán y un teniente naturales del Principado. Nos reíamos de ellos si hablaban en catalán de asuntos del servicio, refiriéndoles que un paisano suyo mandaba á la patulea. *Tersien, si os plau. Descansen, si voleu.* Tercien, si os place; descansen, si queréis. Ambos valientes y buenos, al darles broma los oficiales castellanos, se volvían á mí, exclamando:—¡Que nos ayude Aragón!—Contra la unidad española, nunca—añadía yo.

En el mismo batallón había un capitán, guapo mozo, inteligente y elegante; se dejaba las patillas rectas, y era progresista, porque le decían se parecía á Espartero. Todos tenemos algo de tonto.

En mi batallón, durante la guerra de los matinés, los oficiales sentíamos grande entusiasmo, menos el tumbón que nos mandaba. Hacía poco, de mala gana, y si podía se quedaba en la población, encargando al que lo sustituía evitara todo encuentro con los facciosos, fueran blancos ó negros. Para que le abonasen el doble tiempo de campaña, mandó que pusiesen en las hojas de servicio de los oficiales del batallón la

siguiente nota. 1848 : «Se encontró en la sorpresa que se hizo al cabecilla republicano Escoda en las Poblas de Santas Creus.» Yo que iba á vanguardia aquel día no vi al enemigo. Así se engañaba al país, y se llegaba á general. A pesar de sus malos y escasos servicios, chupó más que juntos todos los que fueron á sus órdenes. Al concluirse la campaña volvieron á premiar al indicado jefe, valiéndose éste de una treta indigna. Pidieron á los cuerpos relación de las gracias que durante la guerra habían recibído los oficiales, expresando la que cada uno merecía. Omitió las cinco que le habían dado, número mayor que el de las acciones que se encontró, y puso de su letra al margen, refiriéndose á él : «Este jefe se considera altamente recompensado con haber cumplido con su deber.» Al ver tanta modestia y desprendimiento, le dieron el grado de coronel.

Había en mi compañía un alférez calamidad: madrileño, realista de Fernando VII, pacífico, lo apalearon los liberales y se marchó con Zumalacárregui. Cayó prisionero cuando se dispersó la expedición de Negri, le dieron de culatazos, quisieron fusilarle, lo embarcaron, naufragó, se unió á Cabrera y porque los feroces carlistas aragoneses se burlaban de su exquisita finura, según decía, volvió al Norte, se adhirió al convenio de Vergara, sirvió de poco en el bando absolutista y de menos en el opuesto. En las interminables marchas que ejecutabamos, aburrido, le decia:—Cuénteme V. algo de su vida. Comenzaba el relato al amanecer; continuaba horas y horas. Me distraía, nada escuchaba de su monótona historia y cuando callaba siempre venía á pelo mi exclamación. ¡Cómo se ha fastidiado V.!—¡Y tanto!—añadía mi compañero. Muy prosaico, si le preguntaba yo:—¿No le gusta á V. el hermoso paisaje que descubrimos? respondía:—Bonito, para verlo pintado. Jamás le vi coger un periódico ni un libro. Tenía horror á las letras. Huía el bulto para que no le agujereasen la piel. Era lo que en el ejército llaman un ...., el sitio donde se mete la hoja de la espada al llevarla ceñida. No se expresarlo con más pulcritud.

Como había tolerancia en el vestir y el gabán de reglamento era fino, para las expediciones nocturnas me hicieron uno de paño pardo forrado, lo mismo que la capucha, de bayeta azul, de cuyo color aparecieron teñidas mis manos y cara al amanecer de la primera noche que me lo puse. Parecía yo de lápiz-lázuli. No volví á ponerme abrigo. Iba en cuerpo.

Se podría escribir un tomo con las aventuras que me pasaron en los alojamientos que tuve en Cataluña. En Reus estuve quince días en una casa; no me la ofrecieron, no pasé de mi cuarto ni vi á nadie. Una noche en el paseo oí que dos muchachas muy guapas decían riéndose:—No conoce á sus patronas. Sin duda sus padres tenían horror á los militares y les prohibían hablarles.

A pocas patronas de pueblos de la montaña se las podía aplicar lo que dice Gerardo Lobo de la suya de Bodonal y Elechosa:

«De mi patrona el matiz
al alma causa vaivén;
trae por frente una sartén
cuyo rabo es la nariz.
Sus ojos, ¡cosa infeliz!
por niñas tienen dos viejos:
se descuelgan rapacejos
de la boca y las pechugas
y entre el vello y las arrugas
se pueden cazar conejos.»

La mayoría de las mujeres del Principado, son guapas, trabajadoras, económicas y limpias.

Estuve alojado varios días en un pueblo del Priorato. Mi patrona, payesa rica, alta y gorda, era muy arisca; de las que todo cuanto hace la tropa les parece mal, y se extrañan hasta de que coma. Digna paisana de aquella que cuentan exclamó: *¡Mare de Deu de Monserrat! Cuatro gallinas pera un soldat y encara no 'nte prou.* En la casa tenía una sirvienta bastante guapa y amable. Estaba yo cenando muy distraído, se paró á mi derecha de pie una mujer, la agarré por la cintura, la

acaricié sin mirarla, ella permaneció quieta, volví la cara, me asusté al encontrarme con el ama, y dije sin poder contenerme:—¡Ah! creí era la criada. —Después de medio siglo no he olvidado el bufido que me pegó. Lo merecí. Gracias que no me llamó *carnus* (borrico muerto) lo más despreciativo en boca femenil (catalana).

Referían en Valls, durante la guerra de los matinés, que había muerto no hacía mucho un joven, que de seguro se le habría llevado Satanás en cuerpo y alma. Cuando necesitaba dinero para vicios y su madre se lo negaba, el malvado daba una tremenda paliza á una Dolorosa de bulto. En cuanto levantaba el garrote amenazando á la Virgen, sacaba hasta el último ochavo á su infeliz madre, que era muy piadosa. Añadían que Lalau y un capitán de guardias españolas fueron los únicos que atravesaron á caballo el acueducto romano que hay junto al camino de Valls á Tarragona. En esta ciudad vi á un oficial de infantería subir á escape en su caballo las gradas de la catedral. Legún los ancianos, sólo lo había verificado antes un loco montado en un asno y muy despacio.

La pasión que domina en los oficiales durante la guerra es el juego. Si les faltaba dinero, echaban á cara ó cruz los sables, gorras y hasta los calcetines. El ganancioso se guardaba el mejor objeto y entregaba el peor al que perdía. A los que no nos tentaba el demonio por ese lado nos dedicábamos a hacer el amor. Pasábamos la vida alegremente.

En Valls obsequiaba yo á una preciosa muchacha, de talento, buenísima y muy viva; decían en el pueblo que entre ella, mi inquieto caballo y yo se había encontrado el movimiento continuo. La niña, á cualquiera hora de noche ó de día que oía la corneta se asomaba al balcón para verme pasar en busca de los matinés, que, más madrugadores que el jefe de la columna, rara vez los alcanzábamos. La chica, de imaginación volcánica, se alegraba que yo fuese á vanguardia, soñaba que me herían y que me curaba en seguida. Decía que los cobardes no eran hombres.

Para hablar con la linda joven de noche, me encasquetaba una barretina encarnada y me embozaba en una manta azul. Me disfrazaba tan bien, que en Valls, donde era yo muy popular, nadie me desconocía. El traje me sentaba como á un Cristo un par de pistolas. Podían aplicarnos:

«Piensan los enamorados,
piensan y no piensan bien,
piensan que nadie los mira,
y todo el mundo los ve.»

La niña se negaba á hablar en castellano y yo en catalán. Ninguno cedía; sin cesar el vertiginoso diálogo bilingüe hasta que ella escapaba al oir ruido, diciendo:—*La mare* (la madre).

Estos amores concluyeron. Me marché, se quedó y aunque es probable se acordaría de mí, yo nunca la olvidé, jamás nos escribimos.

Pasaron trece años. Recorría yo las estaciones un Jueves Santo en Valencia, vi una hermosa monja que pedía en una iglesia, me conoció, bajó la vista, pregunté cómo se llamaba y me dijeron el nombre que había tomado al profesar en la orden religiosa á que pertenecía. Mucho tiempo después, al leer en un periódico: «El 19 de Marzo de 1888 ha muerto en Valencia la virtuosa Madre Espíritu Santo, superiora general de las adoratrices del Santísimo Sacramento», exclamé con gran pena: ¡Pobre Mariana!

En 1845 era yo ayudante de una columna que operaba en el Ampurdán. La esposa del que la mandaba, gruesa, de ojos negros, boca grande y pelo cerdoso, como supongo sería la mujer de Putifar, tenía quince años más que yo; me distinguía entre todos los oficiales. Repetía á su marido que se alegraría fuera yo su hijo ó que tuvieran una hija para casarla conmigo.—¡Lo querríamos tanto!—exclamaba.—Una muchacha loquilla se empeñó en ponerme un pañuelo en la cabeza por que decía tenía yo cara de mujer. La señora del comandante se incomodó. Averiguaba mis pasos y se burlaba de cuantas jóve-

nes me gustaban. Jugueteaba conmigo á solas y juntaba su cara con la mía. Yo respetaba á su marido, que era un perfecto caballero. Ella decía que me amaba ardientemente, pero no faltaría nunca á su deber. Traté de separarme de su lado, de alejarme, de huir. Si tardaba en verla, exigía á su marido me llamase. Se valía de mil medios para que la acompañase. Repetía los halagos, aunque yo los rechazara. Delante de mujeres jóvenes enumeraba mis defectos físicos y morales; abusando de mi educación, me atormentaba. Si me despedía para no volver, lloraba y suplicaba que para evitar sospechase su marido continuase yendo á su casa. Cometí la necedad de escribirla lo siguiente: «Se ha propuesto V. mortificarme. Me mira V. con pasión, me acaricia, me incita con palabras, me exalta, no puedo resistir, me llama mal amigo y dice que no la conozco. Si me voy, me hace llamar, pide explicaciones, me importuna y asegura que voy á conseguir que sospeche quien me quiere y no es digno que lo agraviemos. ¿Se burla V. de mí?» La di el papel, lo leyó, lo guardó en el pecho y exclamó: «¡Qué infeliz soy!» Cayó en tierra y aturdido eché á correr. Me avisaron que la habían encontrado desmayada; que se moría. Pregunté á un amigo qué debía hacer. —Ir á verla; si se muere, V. es el responsable.—¿Y si el marido ha encontrado el maldito papel?—Arrostrar las consecuencias, lo demás es cobardía—me contestó.—Llamé en casa del comandante, temía me rompiese la cabeza; el pobre me dijo entrara á ver á su mujer.—Respiré; la enferma exclamó:—¡Cuánto sufro por V.! – ¡Se ha empeñado en matarme, le perdono!... En aquel instante la compadecí. En ella se conocía el estrago que la había causado el último ataque de rabia.

Me destinaron á otro punto, y me escribió: «Canta V. admirablemente, y no maneja mal la pluma para otros. Cinco contestaciones me debe. «También me mortificaba de lejos. Llegaron el comandante y su mujer á la población que yo estaba. Lo consideré una desgracia.—Me llamaron, volví á luchar, se enteró que yo tenía amores, y me insultó.

Fué á verme con su marido: quedamos solos, y al manifestarla que no le agradecía la visita, replicó que despreciándola había llegado á esclavizarla. En nada la complacía. Llegaron á repugnarme sus caricias. Se empeñó en quedarse con un anillo de la Virgen del Pilar, regalo de mi madre. Mandé traer de Zaragoza otro igual, y no lo quiso. Sólo deseaba los objetos que yo estimaba. Me pedía por Dios que no dejase de ir á su casa, por su esposo, que lo extrañaría, sospecharía y sufriría. Se hallaba en otra ciudad, llegué á ella con la columna, había comenzado la guerra civil en Cataluña; me llamó por medio de su bonísimo marido, la encontré sola, y repetí que sólo había amado á la muchacha con la cual, á fuerza de intrigas, consiguió se acabasen nuestras relaciones. A ella la aborrecía con toda mi alma.

Persuadida de que yo no la quería, se contuvo al borde de la culpa. Yo no era el casto José. En 1855 se vengó. Estaba yo casado, la volví á encontrar, y metió en mi casa el demonio de los celos. Veinte años después, durante la última guerra civil, pregunté á una señora si conocía á la que tanto me atormentó.—«Sí, señor», me contestó.—¿Cómo se explica llegara á casarse con un señor tan fino, amable, instruído y caballeroso?—Por agradecimiento.—Se hallaba el que fué su marido sitiado por los carlistas en la primera guerra civil en un pueblo de la provincia; nadie se atrevía á llevar un parte á la capital de la apurada situación del destacamento, y una muchacha, hija del carnicero de la población, con la que el jefe de la tropa de Isabel II tenía amoríos, lo verificó. Los carlistas, al regresar, la cogieron y emplumaron. Al valiente militar lo premiaron con la cruz laureada de San Fernando. La mereció dos veces, porque se casó con la joven que le salvó la vida. Entonces no daban cuartel á los prisioneros.

Para postre de narraciones sucio-políticas, guerra sin gloria, campañas pedestres y amores más ó menos poéticos, concluiré este capítulo con un cuento asaz prosaico.—Un capellán castrense se empeñó en confesar al tambor más des-

vergonzado de la infantería española.—Este convino, si contestaba con redobles más ó menos largos, según fuese grande ó chico el número de pecados que hubiera cometido en cada mandamiento.—«¿Has jurado muchas veces?», le preguntó el cura.—Raaam... (tocó en la caja el tambor).—«¿Has deseado la muerte al prójimo?»—Raaaam...—«¿Has faltado en el sexto?»—Un redoble interminable fué la contestación.—El clérigo, aragonés, impaciente, para que acabara de sonar el marcial instrumento, se metió los dedos en la boca, dió un largo silbido, y gritó: «A confesión de tambor, absolución de pito».

UN SOLDADO VIEJO.

RECUERDOS

Una de las manifestaciones de mi afición al teatro ha sido, y sigue siendo, el interés con que he estudiado siempre todos los caracteres que á mi paso por la vida he solido encontrar.

No debe, pues, extrañarse este recuerdo vivo, que en mí ha quedado, del ingeniero Don M. C. Y fué, á no dudarlo, un carácter digno de estudio. Presenté ya algunos ejemplos, que han podido servir para que el lector se forme idea de aquella naturaleza tan compleja y tan sencilla al mismo tiempo. Laborioso y holgazán. Hombre de una bondad, paternal casi, para sus inferiores y de una malevolencia incorregible para sus jefes. Exacto y pundonoroso en el cumplimiento de sus deberes mientras fué profesor de la Escuela de Caminos; abandonado, sin celo, y sin estímulo mientras estuvo en el servicio activo. De una honradez á prueba siempre; y, sin embargo, su conciencia andaba perezosa en el cumplimiento de las obligaciones, que el servicio ordinario impone á todos los ingenieros. Bueno y leal como compañero; pero recelando siempre de la lealtad ó del amistoso afecto de los demás. De noble inteligencia, pero aferrándose al error como tomara parte el amor propio en el empeño. Amigo de la comodidad, silbarita casi, y perdiéndolo todo y quedando en la miseria por lo que él entendía que eran imperios de su dignidad y no eran más que

locuras de su carácter terquísimo. Voluntad de hierro, en suma, que jamás cedió; talento clarísimo, que como un punto se obscureciese jamás volvía á la claridad. Un hombre extraño, un hombre digno de estudio, que yo, sin propósito deliberado, sin darme cuenta de ello, estudiaba por instinto artístico, y cuya fotografía moral quedó grabada con rasgos imborrables en mi memoria, como la imagen fotográfica en la lámina sensible.

Seguiré citando algunos hechos característicos de aquel buen amigo que ya, por desdicha, no existe.

Estaba Don M. C. en el servicio de Obras públicas de una provincia, y en un pueblo de la misma situado á bastante distancia de la capital, ocurrió una tremenda catástrofe, que tuvo resonancia en toda España.

El pueblo en cuestión, se hallaba al pie de un cerro, y una noche el cerro se desplomó y la mitad del caserío quedó enterrado bajo la derrumbada montaña.

Llegó la noticia á la capital, y el gobernador, que por aquel entonces se hallaba imposibilitado por una larga y pesada enfermedad, no pudo presentarse en el lugar de la catástrofe; pero dictó sin pérdida de momento cuantas disposiciones se le ocurrieron ó le aconsejaron.

Agitándose febrilmente su espíritu, ya que él no podía ir, tomó empeño en que fuese todo el mundo; pero vino á tropezar su actividad con la inercia soberana del ingeniero C.

Y de este modo vinieron á chocar los naturales alardes del jefe con las naturales rebeldías del subordinado.

Fué el caso, que el ingeniero Don M. C., recibió, al día siguiente de la catástrofe, una orden verbal del gobernador, para que mandase todos los peones camineros de la provincia al pueblo de que voy ocupándome y á que llamaré L.

¡A buena parte iba el gobernador! A la orden verbal contestó verbalmente el ingeniero C.: «que lo sentía mucho, pero que no podía separar á los peones camineros de su puesto, porque estaba prohibido».

Segundo recado del gobernador: «que de todas maneras, en la provincia apenas existían carreteras, que los perjuicios para el servicio no podían ser grandes y que sólo estarían ausentes de sus puestos los peones camineros dos ó tres días».

Segundo recado del ingeniero Don M. C.: «que por lo mismo que las carreteras eran pocas los peones no eran muchos; y que quince ó veinte hombres más en el lugar de la catástrofe pocos auxilios podían prestar. Que en cambio, su responsabilidad como ingeniero sería grande si separaba á los peones de sus puestos de servicio para mandarlos al límite de la provincia».

Tercer recado del gobernador: «que él, como autoridad superior de la provincia mandaba, lo mandado; y que lo mandado mandado estaba y había de cumplirse».

Tercer recado del ingeniero: «que lo mandase por escrito».

Oficio terminante del gobernador, repitiendo las órdenes dadas anteriormente de palabra.

Oficio del ingeniero repitiendo sus anteriores argumentos; citando el reglamento de peones camineros, varias órdenes y circulares y la mitad de la Colección legislativa de obras públicas.

El gobernador no perdió los estribos, porque tenía una pierna muy mala y no podía apoyarla sobre estribo alguno; pero si materialmente no pudo perderlos, los perdió moralmente: se revolvió como un condenado en su sillón; agitó la pierna enferma con verdadero frenesí, como aquel personaje del *Alcalde de Zamalea;* juró que había de meter en la cárcel al ingeniero; y por lo pronto, ordenó entre juramentos, que lo llevasen á su presencia, aunque fuera entre guardias civiles.

Todo esto lo sé por habérmelo referido testigos presenciales.

Contra la fuerza no hay resistencia: y al fin se vió en presencia del gobernador mi compañero Don M. C.

Era el gobernador, aunque hombre de mucho carácter, persona bien educada. Bien educado era á su vez, á pesar de

sus rebeldías, el Sr. Don M. C. Su hablar era reposado, su forma digna y correcta, y toda su persona imponía respeto: de suerte que la entrevista no fué en la forma tan tempestuosa como todo el mundo temía; pero en el fondo, sí lo fué. Ambos contendientes se mantuvieron firmes; y al fin puso término á la contienda el gobernador, declarando, que no solamente irían todos los peones camineros, sino que con ellos iría el ingeniero mismo, y que para que á éste no se le siguieran responsabilidades ni perjuicios, haría constar que á todos los mandaba á la fuerza: de suerte que si alguna responsabilidad resultaba, sería íntegra para el gobernador, que entre guardia civil estaba dispuesto á que fuese al pueblo L. todo el rebaño de peones camineros con su legítimo pastor el ingeniero C. á la cabeza.

Este, á su vez, manifestó que siendo así estaba dispuesto á que le llevasen al pueblo de la catástrofe, complaciéndose mucho en servir á la digna persona del gobernador como á particular, sin faltar á sus deberes como ingeniero.

Y de este modo, con frases muy corteses, pero muy intencionadas, terminó la entrevista.

Al pueblo L. fueron, pues, los peones camineros y el ingeniero, con un viaje penoso de muchas horas, en que debió dar á todos los diablos al gobernador, por sus gubernamentales obstinaciones, el ingeniero Don M. C.

Al anochecer llegaron; en la posada se metió como en último baluarte, y manifestando á todo el mundo que por aquella noche nada podía hacerse, metióse en la cama tranquilamente, á descansar de las fatigas de la expedición.

Amaneció Dios, y á las primeras luces del alba ya esperaban, alrededor de la posada, á que despertase el ingeniero, los quince ó diez y seis peones que había llevado; todos los vecinos que habían quedado con vida en el pueblo; las gentes que habían ido llegando de los pueblos próximos, y las que había ido mandando el gobernador en los dos ó tres días precedentes.

Despertaron á Don M. C., que despertó de mala gana según confesión propia. Empezó á vestirse con reposo, y echó de ver con extrañeza y disgusto, *que se le había descosido una bota*, catástrofe que atribuía á las violencias y precipitaciones del gobernador de la provincia.

Y entonces, con una calma olímpica y un valor cívico superior á toda ponderación, manifestó á los alcaldes, á los arquitectos, y á cuantas personas llenaban la posada, que él no podía salir de aquel modo, si antes no le componían la bota descosida.

Fué preciso buscar un zapatero, que, por fortuna, uno había quedado con vida en el hundimiento, y á la posada le trajeron; y el buen hombre compuso como pudo la bota descosida del señor ingeniero.

El cual estaba pensando entre tanto «¡Cómo rabiará el endiablado gobernador que me envía, cuando le refieran esta escena! De seguro que se le emberrenchina la pierna mala.»

En voz alta hacía reflexiones de otro género á los que le rodeaban. Reflexiones por otra parte de una exactitud matemática, aunque de dudosa oportunidad.

«No deben Vds. molestarse por estas tardanzas—decía—porque mi presencia aquí es inútil y obedece tan sólo á un capricho del señor gobernador.

Cuantas disposiciones han debido tomarse Vds. las tomaron ya, según anoche me dijeron, cómo que hace tres días que se verificó el hundimiento. Los que pudieron salvarse ya se salvaron. Los muertos, muertos están; y ni vamos á darles vida ni vamos siquiera á sacarlos de los escombros, porque no podemos quitar de encima la montaña, que con todo su peso se desplomó hace setenta horas.

Y, por otra parte, para resolver lo que haya de hacerse al tanto de evitar una nueva catástrofe, el que tardemos una ó dos horas más, poco importa.»

Claro es, que en el fondo tenía razón; bajo el punto de vista lógico su argumentación era irrefutable; pero no lo inter-

pretaban de este modo aquellas pobres gentes. La lógica en ciertos momentos toma las apariencias de crueldad y crea corrientes de antipatía entre el que secamente discurre y el que apasionadamente siente.

Al fin y al cabo, las botas quedaron, bien ó mal, compuestas, y el ingeniero con todo su acompañamiento salió á reconocer las ruinas de la población y el cerro sobre la población desplomado.

Dictó las disposiciones oportunas, todas muy acertadas, porque era hombre de buen entendimiento, y volvió á la capital en la que, á los pocos días redactó una excelente memoria sobre las causas de la catástrofe y sobre los medios que debían emplearse para evitar que se repitiera en lo sucesivo.

Con hacer lo que hizo, pero de buena voluntad, en forma espontánea, y sin tanto regatear unas cuantas horas de trabajo, más ó menos molesto, se hubiera granjeado universales simpatías; al paso que, por no dominar su carácter ó por demostrar un tesón importuno, quedó mal con el gobernador y quedó mal con toda la gente de aquellos pueblos, que, desde aquella ocasión, le tacharon injustamente, pero con apariencias de justicia, de hombre de malos sentimientos.

Injustamente digo, porque era hombre compasivo y de excelente corazón. Pero ¡vaya V. á detener la opinión pública, cuando impremeditadamente se le abre un cauce tortuoso y por él se lanza el oleaje impetuoso de las pasiones desencadenadas!

*
* *

El ingeniero C., era incorregible. Siempre fué el mismo. Era un carácter de hierro fundido, si se me permite esta comparación.

Carecía en absoluto de elasticidad. Se dejaba aplastar;

pero nunca se doblaba, ni cedía lo más mínimo á las presiones exteriores de unos ó de otros, de altos ó de bajos, de nadie en suma.

Con el ingeniero jefe del distrito de Granada estaba en guerra continua. A tal punto había llegado la tirantez de sus relaciones, que dicho ingeniero jefe, que con frecuencia visitaba las demás provincias del distrito, pasó dos años sin ir á la provincia de Almería, temiendo, según me dijo varias veces, que al verse frente á frente de su rebelde subordinado, no pudiera contener el enojo y resultara un choque lamentable y un escándalo mayúsculo.

Eso sí, le dirigía oficio sobre oficio y reprimenda tras de reprimenda, y á los oficios y á las reprimendas contestaba con otros tantos oficios el indomable insurrecto.

¡Y qué oficios! Me los daba á leer con frecuencia, gozándose en mi espanto y en mi asombro de ingeniero novel. Yo no comprendía, que un ingeniero subalterno tratase de aquel modo, con aquella altivez, con aquel desprecio, con aquella ironía, digamos la palabra, con aquella insolencia, á todo un ingeniero jefe.

«Pero ¡hombre de Dios!—le decía yo—no mande V. este oficio. ¿No ve V. que es un desacato continuado; que le van á formar á V. expediente; que le van á suspender á V. de empleo y sueldo; y que hasta pueden expulsarle á V. del cuerpo?»

El se reía mucho de lo que llamaba mi candidez; y me replicaba:

«Pues no, señor; ni me castigará, ni me formará expediente, ni acudirá en queja á la superioridad. Se *tragará* el oficio, rabiando mucho, es cierto, pero *se lo tragará como un hombre.*»

Esta era su frase predilecta.

«Pero ¿por qué?—preguntaba yo.» Y él, mostrándome el oficio, me señalaba un párrafo, que tenía el cuidado de reproducir en todas sus comunicaciones oficiales al jefe. Era una

especie de salvo-conducto ó de para-rayos, y decía, próximamente lo siguiente:

«En cuanto á que está paralizado el proyecto del *trozo tal* de la carretera, V. S. sabe que no es mía la culpa; porque para terminar el proyecto es preciso que entre V. S. y yo convengamos en el *aplazamiento* de *tales* y *tales puentes,* que son de gran importancia. Pero como V. S., á pesar de lo dispuesto en los artículos tantos y tantos del Reglamento, hace dos años que no visita esta provincia, ni conoce sus necesidades, ni ha hecho el más leve reconocimiento de estos terrenos, ha sido imposible que vengamos á un acuerdo en ésta, como en otras cuestiones, que por la persistente ausencia de V. S. están sin resolver.»

Y después de leerme este párrafo, me miraba sonriendo mi compañero, y agregaba: «Si el Jefe quisiera castigarme por este oficio, tendría que dar cuenta de él á la superioridad, en cuyo caso *se pondría él en evidencia;* porque el director de Obras públicas vería, que mi Jefe tiene abandonada esta provincia hace dos años. Y como á esto no se atreve, y es hombre que le tiene mucho miedo á la Dirección general de Obras públicas, se tragará mi oficio».

Y, en efecto, se lo tragaba.

***

Me he detenido tanto en describir el carácter del ingeniero Don M. C., porque era digno de estudio; y porque, como dije antes, es trabajo que grandemente me recrea éste de analizar los caracteres diversos de todas aquellas personas con quienes voy tropezando en esta vida.

Afición propia de novelistas—que no lo soy; pero también de autores dramáticos—que, andando el tiempo, he pretendido serlo.

Por mi gusto escribiría muchas comedias y muchos dramas, de poca acción pero de caracteres bien definidos y bien dibujados, dado que acertase á dibujarlos.

Ya sé que, á veces, hice lo contrario, aunque más de una vez me dejé llevar de mis aficiones; pero cuando de lleno no las sacié no fué por falta de voluntad, ni porque no tenga almacenados en mi memoria muchos tipos y muchos caracteres. Fué porque le tuve miedo al público, es decir, porque temí aburrirle.

El público en general, y sobre todo el nuestro, es por todo extremo nervioso, y lo que más le gusta, sobre todo en el teatro, es la vida, el movimiento, la acción, la fábula, los sucesos, las situaciones; es decir, la parte dinámica de la obra dramática.

La descripción de un carácter, por regla general, le cansa. Todo análisis le fatiga. No quiere ver figuras por bien dibujadas que estén. Lo que quiere es que pase algo; que suceda algo; que las figuras se muevan; que la vida circule por la escena.

Por eso entre, otras razones, ha sido nuestro público eminentemente romántico y, digan lo que quieran, lo es todavía.

Cuando el autor analiza anatómicamente un personaje, por bien hecha que la disección esté, el público bosteza de cansancio. Y en cambio, toda acción, si es enérgica, le interesa, le conmueve y le arrastra.

Así, por ejemplo, el hombre bravo, el que desafía á todo el mundo, el que demuestra las energías de su alma en frases calientes, es su tipo predilecto, si á la bravura de palabra acompaña la bravura de acción.

Pero de estas y de otras ideas ya me ocuparé cuando llegue la ocasión oportuna. Por ahora sigamos evocando recuerdos de épocas más remotas, que *estas épocas del drama* son, por dicha ó por desdicha, más próximas; y tanto que en ellas estoy todavía.

***

A todo esto, yo seguía con mis tercianas y ellas seguían sin abandonar su presa y atormentándola periódicamente con matemática exactitud: ¡que esta es la única época de mi vida en que he renegado de todas veras de la exactitud matemática y de esa gran ley de la periodicidad, que palpita misteriosa en el seno de todos los fenómenos!

Al fin, acudí al gran medio, que resultó ser ni grande ni pequeño, sino totalmente nulo; pero que como grande y eficacísimo me lo forjaban mis esperanzas.

Quiero decir, que acudí á mi padre y que mi padre consiguió una orden trasladándome de Almería á Palencia.

Y llegó el día, feliz para mí, de salir para siempre de Almería.

Me era muy simpática aquella capital, á pesar de todo; en ella dejé muy buenos amigos. Cuando llegó la ocasión, en años posteriores, hice en favor de desheredada provincia cuanto pude, sin ningún linaje de interés particular; porque ni en ella tengo intereses, ni familia, ni he sido nunca diputado por aquellos distritos, ni lo he intentado siquiera.

Yo fuí el primer ministro que, á pesar de lo difícil de los tiempos, hizo subastar carreteras en la región de Almería. El primero que procuró la construcción de un ferrocarril. El que con más afán atendió á sus obras públicas. Y todo, como he dicho, por espíritu justiciero, y porque me constaba el abandono en que una y otra situación política habían dejado á la desdichada provincia, que tantos gérmenes de riqueza encierra.

Pues con todo esto, me embarqué muy á gusto. Y digo que me embarqué, porque salí por mar de aquel desierto. Por tierra hubiera necesitado tres días para ir á caballo á Granada; y un par de días para venir en diligencia á Madrid.

En cambio, tomando un vapor de los que hacían el servicio de aquellas costas, en una noche iba á Cartagena; de Cartagena en pocas horas á Murcia; y tomando en Murcia la diligencia, en veinticuatro horas llegaba á Aranjuez y acababa mi viaje en ferrocarril, que era digna manera de acabarlo.

Además, veía á Cartagena, y veía á Murcia, después de seis años de ausencia; y de este modo refrescaba todos los gratos recuerdos de mi niñez.

Tomé, pues, el vapor en Almería, á las cinco de la tarde de un día espléndido de fines de primavera.

Estaba precisamente en lo álgido de la terciana; se me partía la cabeza y me abrasaba la calentura, pero en aquel momento, ¿qué me importaban á mí ni la calentura ni la terciana? Iba á volver á Madrid, iba á abrazar á mis padres, iba á encontrar quizá algún compañero de carrera, á tomar butaca en los teatros, á visitar la Escuela de Caminos, á leer libros nuevos de matemáticas, á vivir, en suma, con lo que ha sido siempre mi vida.

En la lancha del puerto bogaba por aquel mar azul y tranquilo, bajo un sol que centelleaba en el espejo de las aguas, y en compañía iba de D. José Monasterio, del ingeniero Don M. C., y de tres ó cuatro amigos que tomaron á empeño despedirme.

Con ansia suprema me acercaba al vapor que simbolizaba para mí la libertad tras largo cautiverio del espíritu.

Por primera y última vez de mi vida, fueron en mí ser compatibles el sufrimiento material, el dolor físico y una inmensa alegría del orden moral, que me innundaba el alma y que avasallaba con su luz espiritual el fuego de la fiebre.

Llegué al vapor; me despedí de los amigos, me eché en la litera, y al poco tiempo dejé de sentir dolores y alegrias, pasé la noche en un sueño, y desperté gozosísimo al entrar en el puerto de Cartagena.

José ECHEGARAY.

EL MUSEO DE HISTORIA NATURAL

Si la capital de todas las Españas, como se decía, en los tiempos remotos, en que era grande nuestra patria, tiene motivos para mostrarse orgullosa de los tesoros que encierran sus Museos de Bellas artes y Arqueología, no sucede por desgracia lo mismo con el que es objeto de este mal perjeñado artículo. Porque triste es decirlo, pero el Museo de Historia Natural, el que primero fué fundado en España, por el celo y entusiasmo de un monarca que fué su decidido protector, muerto éste, apenas si logró vejetar, como una planta exótica que se ve privada de los cuidados de un inteligente jardinero.

Y es, quizá, que los estudios científicos, faltos en España de un público que los comprenda y aprecie, sólo llegan á interesar á los pocos que han tenido la virtud de consagrarse á ellos y al vulgo de curiosos que se da cuenta de lo que son, como de las estrambóticas parrafadas con que le explican un curioso fenómeno en el barracón de una feria. Por esto nuestra patria, tan rica en ilustres artistas, en historiadores, en teólogos y en filósofos no lo ha sido nunca en hombres de ciencia.

En el pueblo español han florecido todas las bellas artes, espontáneamente, como las hermosas plantas que crecen en los campos sin más cuidado que el que Dios las prodiga. La teología, la filosofía, la historia, se han cultivado como algo

que encarnaba dentro de nuestro modo de ser, y cuya necesidad se sentía. Pero las ciencias, quizá porque son lo más cosmopolita que existe, se han tomado siempre hechas del extranjero, porque estudiadas por propios ó extraños, esparcen para todos igualmente sus resplandores.

Lo triste es que los gobiernos no se hayan preocupado por lo general de llenar este vacío y demostrar la utilidad de tales estudios, que, como un niño delicado, necesitan de mayor cuidado y protección, siquiera porque para emprenderlos es preciso disponer de medios, laboratorios y colecciones, que generalmente no están al alcance de un particular, y que el Estado debe prodigar, si quiere obtener los resultados que debemos envidiar á naciones más felices que la nuestra.

Ciertamente que mucho honran á un país sus teólogos, sus filósofos, sus artistas, pero los hombres de ciencia no le enaltecen menos, y además le enriquecen con multitud de útiles inventos, que todos se apresuran á aprovechar.

Cuando ha habido en España quien los proteja, han florecido quizá más que ningunos otros, y buena prueba de ello es la misma historia del Museo de Historia Natural. Creado y protegido por Carlos III, de haber seguido por las sendas que el monarca le trazó, y continuado con la generosa protección que siempre le concedió, sería hoy, ciertamente, el primero del mundo; pero muerto su fundador, apenas si su impulso bastó para conservarle vida y actividad por algún tiempo; pasó éste, y desde entonces, hasta tiempos recientes, ha arrastrado una existencia triste y lánguida, que hoy, abandonado ó poco menos por todos, termina, con la desdichada traslación que de él se está efectuando, en la ruina más completa, tanto por la exigüidad y malas condiciones del local que se le destina, como por la descuidada manera con que el traslado se verifica.

El presente artículo no puede ser, pues, una descripción del Museo de Historia Natural, ni un programa de lo que será; el Museo antiguo no existe, sus salones están ya casi desiertos

como la casa del que ha muerto; el Museo nuevo yace por los suelos en los sótanos del palacio de Recoletos, y ni existe hoy ni se sabe siquiera cómo podrá ser; necesitaría, que, como la fabulosa ave fénix, pudiera resucitar de sus cenizas y adquirir nueva vida para llegar á ser algo y reponerse del golpe que hoy le mata. Estas líneas son, pues, triste es decirlo, el artículo necrológico del Museo que primero se estableció en España y que tanto protegió Carlos III, su ilustre fundador.

Nació el Museo de Historia Natural de Madrid casi al mismo tiempo que los de Londres y París, y poco después de los de Austria é Italia, que fueron los primeros establecidos; como el Museo de Londres, creado con las colecciones legadas por el sabio médico y naturalista Sloane, en 1754; el Gabinete de Historia natural de Madrid lo fué con las regaladas por don Pedro Dávila y las existentes en la Real Casa; así que en un principio, lo mismo que el de París, fundado con las colecciones del Gabinete del Rey, fué verdaderamente una dependencia de Palacio.

Según refiere Clavijo, en su introducción á las obras que tradujo de Buffón, en 1770 no existían en España verdaderos gabinetes de Historia natural; únicamente se conocían como colecciones dignas de poderse citar, la que se habían reunido para la educación de los infantes en Palacio, otra que con igual fin había juntado el infante D. Luis Jaime, y las que en Barcelona poseía el Doctor D. Jaime Salvador, el célebre botancio catalán, acompañante y guía de Tournefort en sus viajes por España. Fernando VI había puesto ya los primeros jalones para la fundación del Gabinete de Historia Natural, mandando recoger las más curiosas producciones de sus vastos dominios, y atraído á ellos personas peritas en el estudio de las ciencias, como Löefling, el discípulo predilecto de Linneo, La Planche para la química y Bowles para las ciencias naturales en general.

Bowles trabó conocimiento en París en 1752 con D. Antonio de Ulloa, el célebre marino, y por su intermedio y recomen-

dación se le propuso que viniese á España á estudiar sus producciones y establecer el Gabinete de Historia Natural. En el mismo año vino á Madrid, y se le encargó primero de una especie de viaje de exploración, para recoger ejemplares y estudiar la geología y producciones de la Península, asignándole como compañeros á D. José Solano, que luego fué gobernador de Santo Domingo y marino distinguido; á D. Salvador de Medina, también marino, que más tarde murió en California, donde había ido comisionado á estudiar el paso de Venus; y á D. Pedro Saura, abogado de Madrid, y muy aficionado á dichos estudios. La primera expedición de Bowles y sus compañeros fué á las minas de Almadén, casi destruídas á consecuencia de un incendio y de la mala explotación que hasta 1635 habían hecho de ella los hermanos Fuggars, ó Fúcares, como en Madrid se decía: Bowles consiguió repararlas, y el buen éxito alcanzado fué causa de que, empleándosele en otros trabajos de minería y geología, quedase apartado casi por completo de la primera idea del establecimiento de un Museo.

Así pasó el tiempo, y á Fernando VI sucedió su hermano Carlos III, siguiendo las cosas en tal estado hasta que en 1767, un naturalista español, nacido en Guayaquil y residente en París, D. Pedro Dávila, que había fundado en dicha capital un rico gabinete de historia natural y de medallas, armas, bronces, trajes, etc.; quiso deshacerse de sus colecciones y publicó en esa fecha, con el auxilio del célebre cristálografo Rome Delisle el catálogo de ellas, proponiendo su venta, en total, ó en el caso de que no lo pudiera conseguir, por subastas parciales. No dejó de comprender Cárlos III la ocasión que se le presentaba de adquirir, en buenas condiciones tan ricas colecciones para formar con ellas el núcleo de un Gabinete de Historia Natural y después de largos tratos con Dávila, se pactó la adquisición ó mejor el regalo de las colecciones para fundar con ellas el gabinete, á condición de que se le nombrase director perpetuo del mismo con una buena retribución. Los objetos que formaban estas colecciones pueden verse especifi-

cados en el citado catálogo, publicado en París en 1767: *Catalogue systematique et raisonné des curiosités de la nature et de l'art, qui composent le Cabinet de M. Davila,* obra curiosa y de gran importancia para la historia del Museo de Historia Natural y aun para el Arqueológico, pues que el tomo tercero está exclusivamente dedicado á las armas, bronces, trajes, etc., que luego fueron el primer origen de sus colecciones.

En 17 de Octubre de 1771, vencidas las dificultades de la traslación de las colecciones, apareció por fin el decreto de Cárlos III, refrendado por el marqués de Grimaldi, mandando admitir la oferta de las colecciones de Dávila, creando con ellas el Real Gabinete de Historia Natural y nombrando á Dávila director perpetuo del mismo, con el sueldo anual de mil doblones sencillos.

Tratóse entonces de instalar y aumentar el naciente Museo, y en un principio intentó el rey comprar la casa que en la calle del Arenal poseía el duque de Arcos, en el solar que ocupa la de Gaviria, pero las dificultades del contrato le hicieron desistir, y en su lugar fué elegida la que aun, casi, ocupa en la calle de Alcalá, edificada por el arquitecto D. Pedro Rivera y comprada á censo á su propietario D. Francisco de Goyeneche, marqués de Belzunce y conde de Saceda. Entre esta casa y el palacio del ministerio de Hacienda quedaba una pequeñísima casita, cuyos vestigios aún se advierten por la desigualdad de edificación y huecos en la parte que entre ambos edificios queda; su dueño se negó en un principio á venderla al monarca, y así quedó mucho tiempo hasta que por fin convino en su venta y se pudo arreglar un poco su fachada, levantándola é igualándola al resto del edificio, en cuanto fué posible.

En aquel edificio instaló por fin Carlos III de una manera provisional las colecciones del recién creado Gabinete, dedicando á ellas el piso segundo del edificio, y á la Real Academia de San Fernando creada en 1754 el principal, hermanando así bajo un mismo techo el estudio de la naturaleza y

del arte, según lo expresa la elegante inscripción, compuesta por Iriarte, que aún ostenta el edificio sobre su puerta de entrada.

Carlos III y sus ministros comprendieron desde un principio que en un local tan pequeño no podía albergarse dignamente un establecimiento como el que se proyectaba, y que, según la práctica lo confirmó muy en breve, había de ser pequeño para contener las colecciones que rápidamente aumentaban en riqueza é importancia, y apreciando las necesidades del establecimiento, nueve años después, en 1785, en público testimonio del aprecio que las ciencias merecían, mando erigir en el Prado un magnífico palacio, que destinaba á Gabinete de Historia Natural. Villanueva, el célebre arquitecto, consultó con los profesores del Gabinete é hizo los planos del edificio que actualmente ocupa el Museo de Pinturas. Las tres fachadas, de distinto orden arquitectónico, habían de representar los tres reinos de la naturaleza, y contiguo al Museo quedaban, el Botánico recién establecido en el Prado, y el Observatorio astronómico; reuniendo así un núcleo de establecimientos científicos, que, de haber podido disfrutar siempre de la protección de Carlos III y sus ministros, serían hoy los primeros de Europa.

Desgraciadamente vivió poco más Carlos III, y la realización de obra de tal importancia requería mucho tiempo y dinero. Vinieron luego los trastornos políticos, después la invasión francesa, y el edificio casi acabado, pero amenazando ruina, á consecuencia de los destrozos de la invasión, quedó abandonado hasta la vuelta de Fernando VII, que por deseo de su mujer doña María Isabel de Braganza, dió de su bolsillo el dinero necesario para repararle y terminarle, y le dedicó á Museo de Pintura y Escultura.

En el comienzo de la vida del Museo es cuando más claramente se ve el celo y entusiasmo que por su obra mostraba el monarca y los ilustres ministros que tan bien le secundaban en sus planes. Era preciso crear algo nuevo, darlo vida, po-

nerlo al nivel de su misión y de lo que eran los demás establecimientos del extranjero, y Carlos III no omitió medio alguno para lograrlo; por su mandado redactó Davila, y se puso en cirdulación una *Instrucción hecha de orden del Rey N. S. para que los Virreyes, Gobernadores, Corregidores, Alcaldes mayores é Intendentes de provincias, en todos los dominios de S. M., puedan hacer escoger, preparar y enviar á Madrid todas las producciones curiosas de la Naturaleza, que se encuentran en las tierras y pueblos de sus distritos, á fin de que se coloquen en el Real Gabinete de Historia Natural que S. M. ha establecido en esta corte para beneficio é instrucción pública,* que dió por resultado que de América, de Filipinas y de España, se remitieran gran número de valiosos ejemplares. Además, nombró personas que recogiesen objetos en América, llevó al Museo todas las alhajas y vasos preciosos que heredó Felipe V de su padre, el Delfin de Fracia, y multitud de joyas y curiosidades que se conservaban en los reales palacios. Regaló también magníficos ejemplares de oro, plata y platino, entre otros una pepita de oro que pesaba doscientas cuarenta y ocho onzas, y otra de platino, seguramente la mayor que se ha conocido, que pesaba una libra y nueve onzas; magníficos ejemplares que después, en 1845, en una de las épocas de mayor incuria y abandono del Museo, fueron robadas, quizá por un dependiente llamado Frigola, hombre de malos antecedentes, que aprovechando la comunicación que existía entre su habitación en las guardillas y las salas del Museo por la escalera que aún quedaba de la casita medianera entre el Museo y el ministerio, bajó una noche y pudo apoderarse de ellas; pero desgraciadamente nada se le pudo probar, las pepitas no parecieron y en tal estado fincó el pleito.

En el deseo de dar interés al Gabinete, allí se reunían también, no sólo objetos de Historia natural, sino alhajas y objetos de arte, que después han pasado algunos al Museo de Pinturas, como los preciosos vasos y esmaltes que se admiran en la sala grande del mismo y otros que luego sirvieron de base para la

formación al Museo Arqueológico, de tal modo que hasta 1867 existía en el gabinete de Historia natural una sala llamada de lo antiguo, en que se conservaban joyas, trajes y armas de gran valor, que al crearse el Museo Arqueológico pasaron á formar parte de él.

Para que se vea el cuidado con que se procuraba reunir cuanto fuese raro ó de verdadero interés, citaremos como particular un caso curioso. Entre los papeles del Museo se conserva una información acerca de dos tumores en forma de cuernos, que, según se atestigua, fueron cortados por un cirujano á un caballero murciano del hábito de Santiago, en Abril de 1767, y el corregidor de Madrid D. Pedro José Valiente y los testigos hacen constar que dicho señor los tenía en *posición natural*. Dichos cuernos fueron remitidos al Gabinete con la siguiente carta del conde de Florida Blanca:

Remito á Vm. dos hastas pequeñas cortadas á un hombre por el cirujano Joseph Correa, según consta del testimonio que también acompaña, y encargo á Vm. que las coloque y guarde en el Real Gabinete con la nota correspondiente.

Dios guarde á Vm. á El Pardo 25 de Febrero de 1787.—El conde de Florida Blanca.—Sr. D. Joseph Clavijo.

Era entonces y aún lo fué luego por mucho tiempo, una dependencia de la Real casa; sus empleados gozaban pingües, sueldos y los privilegios mismos que los de Palacio; sólo así se explica que se conserven en los archivos documentos nombrando á un sujeto *barrendero honorario del Museo con uso de uniforme pero sin sueldo*. El rey miraba el Gabinete como cosa propia, y él mismo no desdeñaba dirigir su instalación, remitiendo los objetos que en Palacio se recibían y encargando, á veces, que no se abriesen los cajones hasta que él fuese.

Por fin, tras de muchos desvelos y trabajos por parte de Dávila, siempre protegido por el rey, en 4 de Octubre de 1776 se abrió el Museo al público, y poco después, en 1777, para ayu-

dar á Dávila en las crecientes tareas que el desarollo del Museo imponía, se nombró secretario á D. José Clavijo y Fajardo. Era Clavijo persona de grandísima cultura, que oriundo de una familia de Canarias, había venido desde niño á la corte y fué nombrado en ella intendente de los reales teatros y director de un periódico fundado entonces, el *Mercurio histórico y político de Madrid*. Publicó además varias obras de arte militar, de política, como *Los Jesuítas culpados de lesa majestad divina y humana*, en la que, siguiendo el espíritu dominante en aquel tiempo, atacaba á la entonces perseguida Compañía; otras literarias como el *Tribunal de las damas*, la traducción de la *Andrómaca* y diversas más, y finalmente, otras científicas como la traducción de las obras de Buffón hacía poco publicadas. Hombre de costumbres ligeras, contrajo relaciones amorosas con la hermana de Beaumarchais, y con este motivo tuvo un lance, que sirvió de asunto para una tragedia de Gœthe, *Clavijo*, en la cual nuestro pobre secretario del Museo muere en escena, cuando aún estaba bien vivo y ocupado en arreglar las piedras y bichos del gabinete de Historia natural.

Poco después murió Dávila en 1785, y se nombró para reemplazarle á D. Eugenio Izquierdo, con el sueldo de 44.000 reales. Era Izquierdo más que un sabio un hombre ilustrado, y, como en su *Historia de la guerra, levantamiento* y *revolución de España*, dice Toreno, *hombre travieso* y *de amaño*, que logró hacer su carrera merced á la protección del conde de Fuentes primero, y después, en tiempos de Carlos IV á su intimidad con el omnipotente príncipe de la Paz, que le confiaba frecuentemente importantes misiones reservadas en el extranjero; entre otras el tratado de Fontainebleau con Napoleón I.

Estas tareas le tuvieron casi constantemente separado del cuidado del Museo, hasta tal punto que pronto tuvo que dejar este cargo para continuar en sus negociaciones diplomáticas. Entonces Clavijo pasó á ocupar su puesto y se nombró

como secretario y vicedirector á D. Carlos Gimbernat, ilustre geológo catalán, honra de nuestra patria.

La época de la dirección de Clavijo fué quizá la de mayor vida para el Museo, pues aun cuando en un principio no era un verdadero naturalista, hombre de gran talento y cultura, tomo afición á estos estudios, se consagró á ellos y supo enriquecer las colecciones del Gabinete que dirigía, entablando cambios y correspondencia con los naturalistas extranjeros. Testigo de ello es la correspondencia y colecciones que del barón Humboldt se conservan cual preciada joya en el Museo, en las que se ve el aprecio que Clavijo merecía de tan ilustre sabio.

Entonces también bajo su dirección, en 1799, y con el concurso de Asso, de Herrgen, de Proust, de Cavanilles y de otros naturalistas españoles, comenzó el Museo á publicar sus *Anales de Historia Natural*, que siguieron apareciendo regularmente hasta 1804. Nacieron asimismo en esa epoca las enseñanzas del real Gabinete, primer origen de la facultad de ciencias; Herrgen, discípulo de Werner, se encargó de la cátedra de mineralogía, y D. José Angulo primero y luego Proust, se encargaron de la de química, estableciendo un laboratorio anejo al Gabinete. El buen exito alcanzado con las enseñanzas de Herrgen, hizo que se dividiera esta cátedra, al poco tiempo, quedándose Herrgen con la geognosia y asignando la de oritognosia á D. Mariano Párraga. Y luego más tarde se completaron estas enseñanzas, en 1818, con la de zoología para la que, previa oposición, fué nombrado don Tomás Villanova.

Así siguió el Museo por la senda emprendida merced al impulso de su fundador, hasta los sucesos de la invasión francesa y el reinado de Fernando VII, en que comenzó la decadencia y abandono del real Gabinete. En 1815 se suprimió el cargo de director y se nombró una junta de protección, de la que fue primer presidente el marqués de Santa Cruz, luego, en 1819, siéndolo el marqués de Cerralbo, se creó una junta directiva,

de la cual se hizo presidente y director del establecimiento á D. Donato García, presbítero y entendido mineralogista que había sucedido á Herrgen en su cátedra en 1816. Cesó esta junta en 1821 y después de multitud de cambios y sistemas, en 1845 se declaró al real Gabinete de Historia natural dependiente de la Universidad Central, y se nombró director á don Mariano de la Paz Graells, catedrátito que en 1837 había sucedido en su cátedra á Villanova. Pero luego más tarde se volvió á separar el Museo de la Universidad, confiando su dirección á un comisario regio, y después al rector con este caracter y por fin á un profesor del Museo como representante del rector y jefe del establecimiento, habiéndolo sido D. Mariano de la Paz Graells, D. Miguel Colmeiro y actualmente D. Miguel Maisterra catedrático de mineralogía é ingeniero industrial.

Período tan fecundo en mudanzas de régimen del Museo. no lo fué ciertamente en cambio para el aumento de sus colecciones, que hasta tiempos muy recientes quedaron casi en el mismo estado en que las había dejado su fundador, y aun mermadas por la polilla y algún que otro robo como el citado de las célebres pepitas.

Sólo en tiempos de la dirección del Sr. Graells, hizo el Museo algún progreso; joven entonces y lleno de entusiasmo por estas ciencias, procuró el director y profesor de zoología dar mayor interés á la enseñanza de esta asignatura, aumentar el Museo con ejemplares de la fauna española y estudiar algo más científicamente las colecciones; pero desgraciadamente, distraído quizá, en tareas y estudios para que fué comisionado, como la dirección del Jardín Botánico, la comisión de pesca, la de la carta geológica, la del jardín zoológico y tantas otras que nuevamente fue desempeñando, con notable provecho y celo por la enseñanza, no pudo probablemente, por falta de los medios precisos, realizar los grandes cambios que en el Museo eran ya imprescindibles.

Ya en tiempos recientes, creada la facultad de Ciencias y

nombrados más catedráticos, el celo y trabajos de éstos logró mejorar un poco el aspecto y riqueza de las colecciones del Museo. El Sr. Martínez y Saez, que á la vuelta de un importantísimo viaje de exploración á la América Central y Meridional se encargó de la clase y colecciones de vertebrados, pudo lograr aumentar éstas poco á poco, merced á compras y envíos de particulares. Los Sres. Vilanova y Solano, encargados de los de Geología y Paleontología, tuvieron que crear y ordenar estas colecciones, luchando con los inconvenientes de la falta de local. El Sr. Bolívar tuvo también que ordenar y reponer las de Entomología, que apenas existían cuando se encargó de ellas, y hoy forman ricas y ordenadas series perfectamente estudiadas en su mayoría. El Sr. Antón tuvo que crear las de Antropología, aprovechando los materiales recogidos en la citada expedición á América, los existentes en el Museo y los procedentes de la reciente compra del Museo del Dr. Velasco, en cuyo local se pudieron instalar interinamente. El Sr. Maisterra, con el concurso del Sr. Quiroga, prematuramente fallecido, creó una colección de minerales de España y estudió y ordenó las existentes. El Sr. Machado aumentó las de animales inferiores con los ejemplares adquiridos en Nápoles y los remitidos por el Sr. González de Linares, y finalmente, todos los profesores del establecimiento, poco á poco, y aprovechando la mezquina consignación del Museo, fueron aumentando y extendiendo las colecciones hasta el punto de que era ya imposible que el edificio de la calle de Alcalá pudiera contenerlas á todas ordenada y decorosamente dispuestas.

En este estado, el Museo que hasta hace pocos días todos hemos conocido, no puede decirse que fuera uno de los mejores, ni siquiera lo que debía ser, pero al menos existían en él elementos para poder constituir uno aceptable en el momento en que personas celosas y dotadas de pocos más medios que los actuales se lo propusieran. Sus colecciones eran ciertamente muy desiguales; las unas ordenadas con arreglo á mé-

todos antiguos, las otras absolutamente sin ordenar y las más de ellas estudiadas y ordenadas en debida forma. Pero aun así, los ejemplares se conservaban, y sólo era preciso distribuirlos mejor, formar con ellos colecciones generales y exponerlos al público de modo que pudieran ser más fácilmente estudiadas. Sólo de moluscos existen más de seis colecciones, la magnífica comprada á D. Patricio Paz Membiela, que consta de más de 5.000 especies y 12.000 ejemplares; la de Aldamar, la del Mar Rojo, la antigua, la de D. Lucas Tornos y la del Pacífico. De mineralogía existen aún más, la antigua, la de la cátedra, la de Forster, adquirida en 1793 por 315.000 reales; la de Parga, legada por este mineralogista y tasada en 76.000 reales; la de Pingarrón, comprada por 20.000 reales; la legada por D. Donato García, la de España y algunas otras más. Si todas estas colecciones se reunieran en una ó dos solamente, y los ejemplares muy duplicados se dedicasen á cambios, fáciles de entablar, ciertamente que se podrían reunir magníficas series malacológicas y mineralógicas que serían de las mejores. Casi todas las demás colecciones necesitaban también un poco de unificación en su aspecto, mejor instalación y más cómoda disposición, pues aumentadas constantemente y no habiéndose ampliado el local, que ya en tiempo de Carlos III era pequeño para contenerlas, se verían aglomeradas en las estanterías y en muy malas condiciones para ser estudiadas, de tal modo, que algunas ni podían estar siquiera expuestas al público y se conservaban almacenadas en locales impropios para ello.

Además, en el edificio que aún ocupa el Museo, los laboratorios eran sumamente deficientes, algunos instalados en las buhardillas y sin medios de alumbrado y calefacción, tan necesarios en cualquier laboratorio, si en él se ha de poder trabajar con provecho.

Todas estas deficiencias reconocidas universalmente y no poco criticadas por naturalistas propios y extranjeros, habían convencido á todo el mundo de la necesidad de trasladar el Museo á un local digno, en el que pudiera instalarse decoro-

samente y en el que las cátedras y laboratorios permitiesen una enseñanza práctica y seria como la que estos estudios requieren. A nadie se le ocurría que el Museo pudiera trasladarse en otras condiciones, sino para mejorar su instalación, y repetidas veces se había pensado en hacer para él un edificio *ex profeso* bien solo ó unido á la facultad de Ciencias, tan desdichada como todo lo que á ciencias se refiere. El edificio de la actual escuela de Ingenieros de Caminos, el que se construye para ministerio de Fomento, otro que se empezó á edificar á su lado en lo que hoy ocupa la calle recién abierta, todos ellos se pensaron dedicar á este objeto y se hicieron planos y proyectos informados por la facultad y por los profesores del Museo, pero desgraciadamente siempre caían en el olvido, y por fin los edificios se destinaban á otro objeto ó no se construían jamás.

A satisfacer esta aspiración parece que habían de encaminarse las órdenes recientemente dadas por el gobierno en 3 de Agosto y en 25 de Setiembre del pasado año; pero desgraciadamente la práctica no lo ha comprobado así. Necesitado de local el ministerio de Hacienda para ensanchar sus oficinas, hace tiempo que venía codiciando el edificio vecino que ocupan el Museo y la Academia de Bellas Artes, y antes de sacrificar las habitaciones particulares que en aquel centro existen desde antiguo, pensóse naturalmente en desalojar al pobre y desgraciado Museo, ya que por el pronto no podía ser también á la Academia.

Pero ya que esto se hacía, si al verificarlo se hubiesen satisfecho las necesidades del Museo y se le hubiese procurado una instalación amplia y decorosa, la traslación hubiese sido un bien por todos alabado. Así parecía que podía esperarse de la Real orden suscrita por el presidente del Consejo y publicada en 3 de Agosto último, en la cual en los sitios que para Museo se designaban hubiera este podido establecerse digna y desahogadamente, pero se nombró una llamada junta de mudanza, en la que entraban *naturalistas* tan reputados y

competentes como los Sres. Madrazo, Rada y Delgado y Ruiz de Salces en unión de los Sres. Maisterra y Colmeiro, directores del Museo y del Jardín y contra el voto y opinión del director del Museo, desestimando las consideraciones expuestas en el fundamento de la citada Real orden, se dictó otra en 28 de Setiembre ordenando que en los pocos días, *dos solamente*, que faltaban para comenzar el curso se trasladase todo el Museo á la planta baja, casi los sótanos, pues algunas salas están á un nivel inferior al de la calle, del ala de la izquierda del palacio de Museos y Bibliotecas.

En vano fué que la prensa llamara la atención sobre los daños que las colecciones sufrirían y lo insuficiente del local, que una comisión de la Sociedad de Historia Natural visitase y expusiese convincentes argumentos al ministro de Fomento, Sr. Bosch, é intentase ver también, sin poderlo conseguir, al señor presidente del Consejo; en vano también, que la junta de profesores pasase una comunicación al señor ministro demostrando lo insuficiente del local, todo fué inútil y la traslación comenzó, á pesar de todo.

Pero aún el mal se agravó con la manera de verificar ésta, pues lo lógico y natural es que las colecciones, al ser llevadas al nuevo local, hubiesen encontrado dispuesta una estantería para conservarlas, pero como la traslación no se hacía por mejorar el Museo poco importaba cuál fuese su suerte; y consignada una mezquina cantidad para ella, menos de 15.000 pesetas, cinco se dedicaron á pintar las salas, otras cinco para las obras que se hayan de hacer en el edificio que el Museo deja y menos de cinco para los gastos de la mudanza, estanterías, jornales, etc. De este modo ha sido preciso ir llevando los ejemplares y colocarlos *provisionalmente en el suelo*, por Dios sabe cuántos años, hasta que un ministro piadoso se compadezca de su suerte y pueda conceder algunos miles de pesetas para estanterías é instalación del Museo. Además, los armarios antiguos, hechos para salas en las que no existían grandes huecos, y muchos de ellos de dos pisos no se podrán

instalar—los que valgan la pena de ello y no queden destrozados en estas operaciones—en las salas nuevas que tienen una distribución muy diferente.

Aún así, en las diez salas que al Museo se destinan, algunas de ellas demasiado oscuras y húmedas, no pueden colocarse y eso ya la experiencia lo demuestra, todas las colecciones existentes, ni aun siquiera estando tan aglomeradas como en su antiguo local se encontraban.

Por otra parte, un Museo, y más el nuestro, dedicado á la enseñanza por ser anejo á la facultad de Ciencias, no consta sólo de una serie de salas en las que los objetos se exponen al público, es preciso que tenga laboratorios, cátedras, bibliotecas y otras dependencias. Malas serían las existentes en el antiguo local, pero aun así y todo mejor son ciertamente que no tener ninguna, como forzosamente tiene que suceder en el que se le ha destinado. Sin laboratorios, es imposible ni dar enseñanza ninguna de estas ciencias, completamente experimentales, ni siquiera poder ordenar y estudiar las colecciones. Y tampoco dichos laboratorios que, como los de mineralogía, son en gran parte químicos, son la mejor vecindad para las colecciones artísticas y la biblioteca que en aquel palacio se encierran, y muchas de las colecciones de zoología conservadas en alcohol pudieran ocasionar en caso de incendio una deplorable castástrofe en todo el edificio.

En resumen, y preciso es confesarlo, cuando el Museo de Historia Natural se veía necesitado de una mejora grande en su instalación, que le hubiera dado nueva vida y puesto al nivel de lo que debía ser, se le traslada á un local poco capaz, de malas condiciones, se le priva de sus laboratorios y dependencias y se colocan sus colecciones por el suelo hasta que los recursos del presupuesto consientan otra cosa.

¡Véase, pues, si no puede decirse con razón que el Museo de Historia Natural ha muerto, y que á menos que pueda renacer de sus cenizas, ha muerto para siempre!

Y no es lo peor que las ricas colecciones atesoradas á cos-

ta de mucho tiempo, trabajo y dinero se pierdan ó puedan perder por completo, que al fin y al cabo son objetos que aunque tengan mucho valor se pueden reponer con unos cuantos millones; es aún más deplorable el efecto moral de este desastre que demuestra el desprecio que á todos merece este género de estudios y que no servirá ciertamente para alentar á nadie á que los emprenda.

MANUEL CAZURRO,
Del Museo de Ciencias Naturales.

ADAN Y EVA

(CICLO)

MEMORIAS DE UN SOLTERÓN

(Continuación.)

XIII

Debo decir que, no sin gran admiración mía, Primo Coba cumplió estrictamente su palabra. Hizo más: fué en todas partes el defensor, abogado y encomiasta de la conducta de Feíta. Yo temía que los arranques de esta fuesen motivo para que en Marineda la apedreasen. Cierto que se habló á destajo, que se armó alboroto, y se calificó á la emancipada, según merecía, de insolente marimacho; pero en el punto importantísimo de su honra, en la interpretación maligna é infamante á que se prestaban sus correrías, fué dictamen general no atribuir á las genialidades de Feíta, por lo pronto, ninguna intención siniestra. Debió de contribuir á esta indulgencia relativa del público la campaña benévola del en otras ocasiones desaforado maldiciente Primo Coba.

El propio desenfado característico de Feíta, la claridad de sus palabras, la impetuosidad de su proceder, borraron sombras y disiparon sospechas. Los agoreros más pesimistas se limitaron á predecir que Feíta, si no se había perdido, acabaría por perderse irremisiblemente, entre los azares y riesgos de la vida libre é insólita á que se entregaba. Hasta en esto rompió lanzas por ella Primo Coba. "No se perderá la chica„,—aseguró tan impávido como si tuviese don de profecía,—"porque su despejo natural y el mundo que va á correr la enseñarán á precaverse. Además, á esa niña, hoy por hoy, sin cuidado la tienen los hom-

bres y el dios Cupidillo. Lo que la hierve en los sesos es el afán de estudiar, de saber, y de aprovechar y lucir su sabiduría. ¿No ven Vds. como anda, hecha un Caifás, con el pelo al rape, cada bota lo mismo que un lanchón los dedos negros y la saya de través? ¿Vds. afirman que caerá? Pues yo sostengo una apuesta. Apuesto á que antes que se pierda ese pericón, se habrán reperdido unas cinco ó seis muchachas de su misma esfera social, que viven al estilo antiguo, no salen solas y no dan lecciones. ¡A ver quién se juega mil realitos!„

A pesar de la atmósfera semi-benigna que se formó alrededor de la emancipada, yo me sentí tan cohibido, por la circunstancia de haber sido mi casa el terreno donde Feíta realizó su primer escarceo, que me escondí, dejé de concurrir á la tertulia de Neira, y hasta evité encontrarme con D. Benicio. Nada, cautela, mucho tiento: á tu agujero, ratón: no arriesguemos por cosa de este mundo la adorable tranquilidad.

Entre tanto Feíta, rota la valla, no se contenía. Mañana y tarde se la veía recorrer las calles, de verso suelto, ufana, intrépida, desgreñada, empecatada de *toilette*. Diríase que era alguna forastera que no había estado en Marineda jamás, según el anhelo y prisa con que recorrió y curioseó la ciudad, cruzando impávida los callejones más vitandos, saliendo al campo, visitando los alrededores, escudriñando los monumentos y hasta sacando dibujos de algunas graciosas puertas románicas y algunas casas del xv que se conservan aún en la vieja *Nautilia*. Si en la calle ó por los andurriales la encontraba algún conocido y se brindaba á acompañarla, la chica rehusaba sin ambajes ni cumplimientos.—"Me encuentro felicísima haciéndome compañía á mí propia„ decía, con tal irradiación de gozo en las pupilas verdes, que era preciso creerla y dejarla cumplir el capricho.

Cada dos días venía puntualmente á registrar la librería de la duquesa de la Piedad, alternando este registro con el de otra biblioteca, pública y muy copiosa, la del Puerto. Yo me enteraba de que la muchacha se encontraba en mi domicilio por algún roce ó arrastre de muebles, algún eco de pasos, que se oía en las habitaciones contiguas á mi sala,—pues la librería estaba pared por medio;—no ignoraba que á dos pasos de mí leía y tomaba apuntes una joven, una doncella, y me producía este incidente desasosiego y contrariedad. Nada debía importárseme, toda vez que la estudiosa, con alarde de prudencia y discreción en ella sorprendente, ni preguntaba por mí ni daba señales de querer allanar mi morada.

Sin embargo, me alteraba, me desazonaba, me trastornaba, destruía mi dulce paz. Esa intrusión de la mujer era un elemento inesperado, de imprevistas consecuencias; algo que no estaba en el programa, algo reñido con mi grata soledad absoluta, con mis mañanas apacibles, con el fino aroma del *Henry Clay* voluptuosamente aspirado, con las visitas de Primo Coba á traerme la chismografía, con el goce monacal de saborear mi soconusco y de sopetear en él doradas rebanaditas de pan..... Si analizo bien mis sensaciones de entonces, la que me causaba la presencia de la invisible Feíta era de molestia, hasta tal extremo, que generalmente, al escuchar el ruidito de su silla ó el volver de hojas de su libro, acababa por cojer el sombrero y marcharme á la calle.

Chafaba también mi amor propio masculino que tabique por medio se encontrase una mujer dedicada á un serio trabajo, á una labor intelectual, sin acordarse de mí más que de la primer camisa que vistió. Nunca una soltera disponible se había manifestado tan despreocupada de mi vecindad. No insinúo que anduviesen las solteras encandiladas por mí; lector, mira que no es eso. Lo que digo es que *todas* daban alguna señal de saber que yo, por mi estado y mis circunstancias, podía llegar á ser un *pretendiente,* el embrión de un *marido;* y esta idea, involuntariamente, influía en su cara, en sus ademanes, se delataba en sus ojos, modificaba las inflexiones de su voz. Para ellas, yo *existía* como hombre. Para la extravagante engolfada en su lectura á diez pasos de mí, no existía.

Hay una especie de sugestión moral, — ¡quién sabe si también física! — que todo el mundo conoce ó ha experimentado alguna vez. La determina la proximidad de una persona á la cual no vemos. Entre los terrores más profundos que pueden estremecer el alma, cuento el de penetrar á oscuras en una habitación y percibir que allí está *alguien.* Aunque tengamos motivos para suponer que ese *alguien* no quiere hacernos ningún daño; aunque nos conste que el individuo allí agazapado nos tiene miedo á su vez... no somos dueños de reprimir un intenso escalofrío, una especie de horror misterioso, que no procede de la persona oculta por las tinieblas, sino de lo *desconocido,* de una aprensión sin objeto, casi sobrenatural...

Pues bien; ese mismo indefinible espanto, esa alarma sin causa racional y justa, me punzaba á mí al percibir, entre el silencio de mi solitaria celda, el leve roce de la hoja del libro que pasaba Feíta. La hora elegida por la extravagante para dar tormento á la libre-

ría de la duquesa, era precisamente la misma que yo consagraba (por ser tiempo de invierno y no poder bañarme en la playa del Rial) á mis faenas de tocador, á mi reposo después de las fricciones, y á convertir en humo mi exquisita breva. ¡Y aquella muchacha allí! ¡Qué calamidad! Al través de la pared creía mil veces sentir sus ojos curiosos que me fisgaban, ni más ni menos que si Feíta anticipase el gran descubrimiento del paso de la luz al través de los cuerpos opacos; pensaba escuchar su voz de inflexiones burlonas, y cada ruido que subía de la calle fantaseaba que era la irrupción de Feíta en mi cuarto, á volverlo patas arriba. Temores ilusorios, porque á Feíta, sepultada entre tomos, ni se le ocurría cosa semejante, y esta convicción creo que me irritaba más, sin que por eso dejase de tener la mente fija en la contingencia de que la lectora se me colase en la habitación; y sólo el imaginarlo me quitaba la libertad, me obligaba á proceder como si no estuviese solo, á escupir con mucho cuidadito cuando me enjuagaba los dientes...

¡Situación intolerable! Esperé que, pasando tiempo, vendría á serme indiferente la presencia de Feíta en la librería, y hasta llegaría á olvidarla, como olvidamos la del gato apelotonado sobre la alfombra; mas no fué así, porque sin duda mis nervios se atirantaron gradualmente, y lejos de disminuir mi irracional agitación, creció hasta levantarme calentura. De suerte que el edificio de mi dicha, laboriosamente erigido sobre la piedra de mi celibato y mi soledad (acaso de mi abandono en los últimos años de la vejez), lo echaba por tierra aquella antojadiza criatura.

¡Si al menos perdiese mi bienestar por culpa del que todo lo añasca, del ciego flechador que apunta á nuestros corazones! Pero ni ese consuelo tenía. A mi parecer, ni se me importaba un bledo del marimacho, ni al marimacho se le daba de mí un ardite. ¿Yo querer á semejante mascarón; á una chica que gasta calzado de hombre y lleva el pelo hecho un bardal? Si eso es el sexo femenino, ¡malhaya por siempre jamás amén!

Comprendí que era urgente poner fin á semejante "estado de cosas„, recobrar á cualquier precio "la dulce calma„, como diría nuestro *muso* local, Amador Milflores *(Ilang-Ilang* por otro seudónimo), y medité una resolución suprema.

En vez de una se me ocurrieron dos; realmente la más inmediata, y única que por el momento podía adoptar, era un paliativo: la otra, la radical, la que me libertará para siempre de intrusiones atrevidas, consiste en instalar—cuanto antes, y aun sacrificando parte de las economías que prudentemente reservo para un apu-

ro—mi deseada *garçonnière*.—Allí no podrá nadie meterse sin mi permiso como trasquilado por iglesia, ni interponerse entre mis ensueños y el humo gris de mi cigarro...

Sólo que una *garçonnière*, un nido abrigadito y poético como el que yo ansío poseer y habitar, no se arregla en un decir Jesús... y por ahora debo conformarme con el paliativo. El cual se reduce... ¡verán Vds.! á tener una entrevista con Feíta, advertirla de lo mucho que me sobresalta, y rogarla que elija otra hora para sus estudios: la hora, verbigracia, en que yo salgo á paseo... Este favor no me lo negará la maniática.

Adoptada tal determinación, que me pareció en todas sus partes excelente y discreta, esperé el día en que le tocaba á Feíta venir; me levanté más temprano que de costumbre; me lavé, peiné, acicalé y vestí de gala—no sé con qué objeto, pues al cabo Feíta era el mismo descuido y no merecía tales precauciones,—y apenas advertí ruido de muebles en la contigua librería, empujé suavemente la puerta y entré.

Estaba Feíta encaramada en una escalera alta, estrechísima, revolviendo el último estante de los dos armarios unidos que encerraban el tesoro bibliográfico de la duquesa. La posición de la muchacha era indiscreta en grado sumo, y si Feíta se contase en el número de las bien encuadernadas por el forro, yo no hubiese regateado á mis ojos tan delicioso espectáculo, ese surgir del menudo pie, como flor de entre la hojarasca, envuelto en la espuma de los bajos limpios, ricos y orlados de encaje, que es uno de los encantos mayores de la mujer civilizada y pulida. Con Feíta valía más no mirar, por no encontrarse las botazas y las faldas de paño, análogas á los masculinos pantalones. La naturaleza jamás pierde sus fueros, y al entrar yo hizo Feíta un movimiento esencialmente femenil: exhaló un chillido, se puso colorada, bajó las faldas, y soltando el tomo que empuñaba, descendió precipitadamente.

—¡Vaya una manera de entrar!—exclamó.—Ya podía V. haber llamado. Me extraña que no sea V. más correctito.

—Tiene V. razón—respondí algo confuso,—y pido mil perdones; pero no sospeché que la iba á encontrar en la percha, como al loro. Creí que estaba V. leyendo.

—Bueno; ¿qué más da?—murmuró con un resto de enojo.—Ya me bajé... Por cierto que es V. fino. Ni siquiera me tuvo la escalera para que no me rompiese las narices.

—Es que me quedé aturdido. No me dió V. tiempo á nada.

—Es que no se le ocurre á V. ni esto. En fin, ya pasó—repuso

ella limpiándose los dedos, perdidos de polvo, con un pañuelito no más pulcro que los dedos.—¿Y puede saberse qué tripa se le ha roto, Sr. Abad, para que, sin solicitar audiencia, se meta V. en mis dominios?

—¡Feíta, Feíta!—respondí sentándome en el anticuado sofá de crin que decoraba aquel chiribitil, pomposamente llamado biblioteca.—Tenga V. juicio, aunque sólo sea un día y por extraordinario. Estos no son dominios de V.: antes poseía yo la llave, y consideraba este cuarto dependencia del mío. V. se lo ha apropiado... No me opongo; pero, á lo menos, permita que de vez en cuando ejerza mis antiguos derechos. Además, ¿qué sabe V. si yo necesito decirla cosas importantes?

Al expresarme así miraba con curiosidad á la original chiquilla, que se había sentado de espaldas á la ventana, de manera que el sol jugaba en su movida cabellera y doraba su pescuezo juvenil. Aquella ojeada (la inevitable que dedicamos á todos los que no hemos visto en algún tiempo), descubrió en Feíta cierta variación, no indigna de referirse. En la cara de la muchacha se advertía inexplicable modificación de líneas, algo más lleno, suave y mórbido; sus facciones se armonizaban con más dulzura, sus sienes y cuello ofrecían curvas delicadas, sus ojos tenían una placidez, una luz velada, atractiva y graciosa que antes les faltaba por completo. De parecer un monaguillo ó un paje, había pasado Feíta á parecer una joven, más ó menos linda, pero con toda la gentileza y la lozanía misteriosa de la mujer en su doncellez tierna, en sus floridos Abriles. Su cutis se había aclarado; su boca, rosada y turgente, sonreía entre dos mejillas que un toque luminoso, nacarado, palidecía y refrescaba á la vez; sus orejitas se escondían bajo el abundoso pelo, y éste, desflecado aún como pluma de volandero pájaro, mostraba sin embargo algún esmero en su colocación, y relucía y se esponjaba como sólo se esponjan las cabelleras lavadas y libres de crasitud y de impureza. Feita había ganado mucho, y para negarlo era preciso no tener ojos.

—¿Me encuentra V. mejor, más sana?—exclamó la chica, que leyó en los míos esta impresión.—La libertad, amiguito... la santa y requetebenditísima libertad.

XIV

—Sí—repitió riéndose, con una risa melodiosa y apacible—la libertad es quien ha obrado estos milagros. ¡Si yo le dijese á V. los efectos beneficiosos que noto en mí, y todo por obra y gracia de la señora libertad! — Vaya V. contando. En primer lugar (y siempre en primero debe ir la salud), cuando proclamé *los derechos de la mujer,* yo me sentía floja y desmadejada. A veces me figuraba que mi cuerpo me decía: "hija, zarandéame, que lo necesito mucho„. ¡Pero no poder salir sino en comandita, á la hora que me ordenasen... siempre por las mismas calles, siempre empleando el mismo tiempo... en fila, despacito... eso ni es pasear, ni es nada! ¡Ahora salgo temprano, sin apéndices; cruzo las calles, dejo atrás la ciudad, me meto por los sembrados, los huertos, los caminitos vecinales; tengo sed ó tengo hambre; saco mi vasito,—¿lo ve V.? aquí en el bolsillo va—bebo en el primer arroyo ó en la fuente de la carretera... cojo un mendrugo de pan y le hinco el diente... si se me ha olvidado echarme en la faltriquera el mendrugo, compro un cuarterón de *brona* y me sabe á gloria divina... ando una legua, dos leguas, tres... y vuelvo á Marineda en estado de beatitud! Dígame V., Abad, pero con la conciencia en la mano: ¿hay algún mal en esto? ¿Infrinjo alguna ley humana ó divina? ¿No? Pues creo que tampoco sea ningún crimen el dedicarme á enseñar á los que no saben... y el leer á troche y moche, para curarme á mi vez de la ignorancia. Esta es toda mi vida; á ver si en ella hay qué tachar. ¡Abad de mil demonios! créame V., estoy muy contenta de la señorita Feíta, y si los demás no lo estuviesen... peor para ellos.

Y me dió un palmo de narices, poniendo en fila las manos delante de su remangada naricilla.

—Quedamos—prosiguió—en que la salud, inmejorable. Nada de languideces ni de nerviecitos: un sueño de marmota, un apetito de par en par, y la cabeza más fresca que una lechuga. Bueno. Pues vamos ahora á lo de dentro... que suele ser el corolario de *lo otro.* Por dentro, maese Abad, ¡me siento tan cambiada! Me he vuelto

muy buena, y hasta se me ha despertado un deseo atroz de ser útil á mis semejantes, empezando por mi familia... Los últimos tiempos de mi *opresión* (patachín, patachín) cuando aún vivía sujeta al *ominoso yugo* (¡pataratachiiin!) me iba volviendo mala... ¡malísima, infame! No sentía nada de las desventuras que en casa ocurrían: parece que tenia gustillo en que se fastidiasen, ya que me fastidiaban á mí no dejándome hacer cosas buenas é inocentes!... ¡sí señor! Desde que he roto las cadenas, he visto que aquel modo de sentir mío era perverso. A mí debe importarme la familia. Y me importa, ¡cuidado si me importa!

—¡Y es natural que le importe á V.!—respondí haciendo aspavientos.—¡Pues me gusta! ¿Dónde habrá cosa que para V. valga más que su padre y sus hermanas?

La insubordinada me miró traviesamente y se quedó muy grave.

—¡Qué bobalicón es V., ó qué hipócrita!—respondió.—¡Abad, ó D. Mauro, ó como V. quiera! Ha soltado V. eso lo mismo que soltaría una verdad de Perogrullo... ¡y no es sino una insigne patochada! La cosa que más me interesa á mí es Feíta Neira, y á V., Mauro Pareja. Después, lo que sigue. Pero antes, el número uno.

Quedéme estupefacto al oir salir de aquella boca virginal, y formulada tan crudamente, la teoría de la *filaucia,* que yo, sin embargo, había erigido en norma de mi existencia.

—¿A que me va V. á decir que no?—continuó Feíta.—No se atreverá. Estoy cierta; no se atreve. Pero venga V. acá y hágame el favor de ser franco, franco: ¿tengo ó no tengo razón? Dios nos manda, en primer término, que nos salvemos á nosotros mismos: después de mirar por nuestro propio bien, por nuestra felicidad propia, es cuando podemos pensar en la del prójimo. El deber supremo es para con nosotritos, Abad. Y lo digo porque estoy harta de que á las mujeres no nos consientan vivir sino por cuenta ajena. ¡Caramba! No ha de haber nada de eso... Para mí vivo, para mí.

—Es V. un monstruo, Feíta—exclamé conteniendo la risa.

—Y V. un serpentón...—replicó ella soltando la carcajada.—Diga—añadió, metiendo las manos en el bolsillo de su chaqueta y sacando unas monedas que soltó sobre la mesa triunfalmente:—y de esto, ¿qué opina V.?

—¡Cinco duros! ¡Zambomba! ¡Las ganancias!

—Mi primer mes de sueldo, que me lo han adelantado los de Boliche: y me querían adelantar el segundo, porque están encantados de mí—prosiguió la joven.—¡Dinerito del alma! (Y al decirlo cogió una de las monedas y con infantil movimiento la acercó á los labios.)

¡Qué bien me sabes! ¡Qué embelesada estoy contigo! Te he ganado yo, yo misma; no te he recibido de manos de ningún hombrón; no eres señal de mi esclavitud, ¡eres prenda de mi emancipación total y absoluta!

—¡Pobre criatura!—murmuré en tono compasivo.—¡Qué ilusiones!

—¿Ilusiones? Desde el mes entrante tengo una lección más: me la han buscado los de Boliche y doña Consola. ¡Eh! ¿V. qué creía? ¡Quince duritos! Con quince duros se vive pobremente, pero se vive. El día que no tuviese lecciones en Marineda, á Barcelona ó á Madrid me largo á buscarlas. ¿Qué se figura V.? ¿Que yo me apoco? Si, bonita soy para apocamientos. Tengo la seguridad de ganarme el pan en cualquier punto del globo. Lo que más risa me da, es cuando la gente, que no acaba de entender mis ideas, dice por ahí que proyecto "dedicarme á poetisa.„ Aquí, aun no bien una mujer sabe cómo se llama la capital de Rusia, poetisa la tenemos. ¿Qué entenderán por poetisa esos memos? ¡Yo que casi no manejo poetas; que prefiero leer de medicina ó de historia! ¡Yo que no acertaría á asonantar una mala aleluya! El otro día estuvieron tan necias las de Tardejón con tumba y daca la poetisa, y vuelta que les leyese *mis inspiraciones*, que para tomarlas el pelo recité un romance del Cid, aquel de

Afuera, afuera, Rodrigo,
el soberbio castellano.....

y se tragaron que era mío, las muy estúpidas. ¡En fin, Abadillo ó Abadejo, que con este hermoso duro, primero que gané, voy á hacerme un imperdible..... y lo usaré siempre! ¡Veinte reales del alma! ¡Sueño plateado!

—Lo que noto en V., Feíta—dije en tono incisivo y creyendo que la desconcertaría—es que desde la santa libertad se arregla V. mejor; trae V. el pelo más coquetoncillo; se nota en V... cuidado, primor...

—Así es en efecto,—respuso con aplomo.—Antes, mi abandono era como una especie de protesta, una forma de mi rabia contra el yugo..... Desde que soy libre, he comprendido muchas, muchísimas cosas que antes no podía alcanzar... No crea V.: esto de la libertad tiene de bueno que ensancha el meollo y le abre á uno no sé qué registritos allá en el entendimiento, que se ven sin esfuerzo las verdades. Cuando me tenían presa entre cuatro paredes, me decía Rosa: "Mujer, abróchate bien ese cuerpo, que pareces el

trasno... Mujer, atusa esos pelos, que eres la mismísima estampa de un puerco espín„... Y yo, por llevar la contraria, respondía: "Mejor, estoy así porque me da la gana; métete en tus narices, presumidona„. Ahora conozco que si ella era entrometida, yo era rara y mal criada..... ¿Ve como lo conozco? Y desde que me he convencido de ello, aunque no me gusta vivir esclava de los moños, me arreglo lo posible, todo lo que cabe, sin derrochar un tiempo que puedo dedicar á cosas mejores. Para andar aseada, lavo y plancho yo misma mi ropa, mis cuellos: ¿ve V. qué reluciente este de hoy? No lo llevará V. más blanco. Gasto mucha agua, remojo la cabeza dos veces por semana, y me paso el pelo con unos cristalitos de soda..... á lo pobre, porque el *shaampoing* cuesta un sentido, y las yemas de huevo... son muy buenas para almorzarlas. También cuido las garras: ya he perdido la mala maña de comerme las uñas; las limo, las recorto, y así me ahorro guantes. Voy sin ellos. Ahora las tengo negras de polvo, y el pañuelo también, porque anduve revolviendo ahí arriba, y claro..... Pero si V. me da un poco de agua y jabón..... verá qué manos de señorita!

Al hablar así la extravagante, parecíame más evidente su transformación, que allá en mis adentros, valiéndome de un símil nada nuevo, comparaba á la de la crisálida cuando pugna por romper el capullo.

—Nada; que se nos va V. á convertir en una mujer encantadora, Feíta. ¿Ve V. cómo yo tenía razón? ¿No la he predicado á V. cien veces que es preciso arreglarse, y que á su sexo de V. le sienta bien un poquillo de coquetería?

—En eso disparataba V. De mis reflexiones resulta que debe uno arreglarse por higiene, por decoro, por respeto á nuestros semejantes; por coquetería, niquis. Con esos principios, vamos derechitas á Rosa y á sus... á sus...

Vi que Feíta, tan decidida en la frase, titubeaba, lo cual me sorprendió.

—A sus exageraciones, dirá V.... ¡Corriente! Todo extremo es vicioso. Rosa no vive sino para los pingos. Pero ¿no cree V. que el arte, manifestado en el atavío femenino, hermosea la vida? ¿No opina V. que el placer que nos causa ver á la mujer prendida con esmero y gusto, es lícito y hasta puro y noble? A ver, Feíta; V. que tiene tanto talento y tanta imaginación...

—¡Chist! ¡Alto... no descarrile! Soy poco amiga de incienso y de farsas.

—Bueno... pues V.... que... en fin, que ha leído y no es un... ani-

mal...! (creo que no extremo la lisonja) ¿no se hace cargo de que la mujer fina y ataviada es una de las conquistas de la civilización, y que el descuido, la indiferencia, la vuelve al estado salvaje?

—No niego eso—respondió sonriendo Feíta,—siempre que V. me haga extensiva la teoría al hombre. Ese mismo gusto que Vds. pueden hallar en vernos artísticamente arregladas, lo hallaríamos nosotras en verles á Vds. menos ridículos de lo que andan con el traje de ahora, que ni buscado con candil podría ser más horroroso. Vds. dicen que visten así por comodidad y por higiene. Pues nosotras, con atender á la higiene y á la comodidad... despachadas. ¿Qué obligación tenemos de recrearle á Vds. la vista? ¿Somos odaliscas, somos muebles decorativos, somos claveles en tiesto? Gaste V. cuellos de encaje y bucles, y yo haré un sacrificio y me ataviaré á la Pompadour.

—Me aplasta V.—respondí irónicamente fingiéndome convencido.

—Crea V. que, suprimidos los moños, no por eso dejarían Vds. de hacernos caso. Vestidas de estameña nos miran Vds., y con botas de cuero gordo hacemos conquistas. Ya que viene á cuento, antes de que se lo diga á V. Primo Coba, le quiero enterar de que tengo... ¿qué dirá V.?, Un adorador ferviente y decidido.

—¡El gobernador!—exclamé, levantándome amostazado, con una vehemencia colérica que, según entendí, demostraba mi antipatía hacia el hombre doble.

—¡El gobernador!—repitió Feíta con expresión despreciativa, pero dirigida á mí.—¡El gobernador! ¡Si será V. camueso! ¡También á V. se la ha pegado ese truhán, con su falsa maniobra! Le creí más perspicaz, Sr. Mauro. ¿No tiene V. ojos? ¿No ha visto que, mientras discute, se chancea y arma peloteras conmigo, los guiños y las señas del tal Mejía se dirigen á mi hermana Argos? Pues la de Cabrera y las de Tardejón lo pescaron ya. Y por cierto que se me figura que esta vez... Argos... le dará que hacer á mi pobre padre!

—Pero, ¿es de veras?

—Y tan de veras. ¿Acostumbro mentir?

—¿Y el melenudo?

—¡Bah! Ese siempre dije yo que no iba á ninguna parte. Es un manso, un corderillo que bala. Argos... Argos... quiere leones; se muere por los audaces, por los insolentes, por los perdidos. Hay bastantes mujeres del temple de Argos. ¿Y sabe V. cómo se llama tal predisposición? Falso romanticismo y telarañas en mollera vacía.

—Pues,—contesté respirando—me alegro, Feíta, de que no sea V.... Porque el tal Mejía me huele á pirata... Le tengo entre ceja y ceja... ¡Sentiría que la eligiese á V. por víctima!

—¡Bravísimo!—gritó Feíta aplaudiendo y señalándome burlonamente.—Con que si me eligiese... ¡paf! ¿víctima me declara V. y al sacrificio me conduce Mejía? ¡Pobre de mí! Puede tranquilizarse; no me persigue Mejía. Hay en la costa otros moros...

—¿Quién, quién? Feita, hónreme V. con su confianza—supliqué lleno de inexplicable afán.

—Pues mi trovador—respondió la sabia—es un obrero socialista... V. le conocerá... El *compañero* Sobrado. Un paso de novela. Me encontró el otro domingo en un huerto, á espaldas de la fábrica *La Industrial Marinedina*; yo estaba sentada en una piedra merendando mi zoquete de brona, y él venía solo, cabizbajo, muy pensativo. Me saludó, me preguntó que hacía; se lo expliqué, le ofrecí pan, y más de una hora charlamos. No crea V., es ilustrado; ha leído cosas que parece mentira. Allí salió Proudhón y el príncipe Kropotkine, y una obra de Bebel, y hasta el Evangelio... porque él asegura que el Evangelio es socialista puro, de lo refinado! Yo le enteré de mis ideas y él me contó sus penas, el abandono en que D. Baltasar dejó á su madre, cómo aprendió un oficio para ayudarla, cómo no le gusta emborracharse ni ir á bailes de candil. Nos hablamos con confianza, lo mismo que si toda la vida nos conociésemos, apesar de que no le había visto jamás. Me fué simpático.—¿Por qué pone V. ese gesto?—A él le caí tan en gracia, que desde entonces se mete en los portales para verme pasar. Otra le miraría con ceño ó le echaría una ojeadita de soslayo: yo le miro cara á cara, pero él no entiende lo que significa mi mirada, y apenas tenga ocasión, le llamaré á capítulo y le cantaré muy claro que se deje de boberías, porque temo que esas exterioridades me quiten un adarme de la santa libertad ó un céntimo del ideal duro, del plateado sueño. Además me fastidia que no sea mi amigo á secas, porque su conversación me divirtió bastante, y si le dá por cantarme endechas, no podemos echar otro palique comiendo brona. Creí que ya se lo habrían contado á V., hombre... ¡Atiza! ¡El French que da la media! ¡La hora del almuerzo! Adiós, adiós, Abadito. Continuaremos la sesión... pasado mañana.

XV

Y salió escapada, como un rehilete, dejándome asaz preocupado y descontento de mí mismo. ¿No había yo entrado allí para rogarla que variase la hora de sus visitas á la librería? Y en vez de tan necesaria advertencia, ¿no me había dejado enredar en conversación y oído cien mil cosas que ni me iban ni me venían, pero tenían la fatal condición de alterarme la bilis? Era indudable que yo había cometido una inadvertencia gorda dejando que se acercarse aquella muchacha á mi guarida. Tipo tan original y tan vivaz como Feíta no entra impunemente en ninguna parte. Su natural virtud es la de agitar, trastornar y embrollar una existencia, por bien arreglada que la supongamos.

Después de su marcha, sin querer quedé rumiando sus revelaciones. Lo que más me irritaba era descubrir en mí extraña indulgencia para las rarezas de la independiente, y propensión á que su carácter y modo de proceder, en vez de indignarme ó serme antipáticos, se me antojasen defendibles, atractivos, y hasta (Dios me ilumine) grandes y hermosos. En el episodio del encuentro con el obrero me pareció que existían encantadores detalles, y mi fantasía empezó á trabajar activamente, como si la inflamase la reciente lectura de alguna novela. Yo veía el cuadro, el huerto, la piedra, la muchacha mordiendo su tarugo de pan, sentada cerca del arroyo, á la sombra de desmedrado arbolillo, y ante ella, en pie, el tipógrafo, fascinado por su presencia, dando vueltas á la gorra, escogiendo las frases, buscando las que significasen mayor respeto, y dirigiéndose á ella como el innovador al neófito, como se comunican los que alimentan una aspiración que no comprenden las muchedumbres, plétora de ideas que no pueden derramar y que les ahoga, la visión de un mundo nuevo alzándose sobre las ruinas del caduco mundo clásico, otra sociedad, otras costumbres, otra noción del derecho y de la vida... A mi juicio, Feíta no podía menos de entenderse divinamente con el *compañero;* las tendencias que los dos representaban enlazábanse con estrecha solidaridad. "¿Le querrá?„

—pensaba yo. — "De fijo acaba por quererle... ¿Y si le quiere, qué diantres me importa? Que les haga buen provecho...„

Doña Consola me trajo el aromoso chocolate, y cuando empezaba á despacharlo sin ganas, entró Primo Cova, con el aire reservado y truhanesco de los días en que hay mucho que contar. Acomódose en la butaca y cruzó las piernas, esperando á que yo le interrogase.

—¿V. gusta?—le dije.—¿Mando hacer otra taza?

—¡Quiá! Ya sabe que como á la antigua española, á las dos.

—¿Un puro?

—Tampoco... Mis Susinis, y de ahí no salgo.

—¿Y que trae hoy?...

—Cosillas, cosillas... ¡Algunas célebres, muy célebres! Las Neiras, en esta temporada, están de beneficio. Hay más historia en esa casa que en diez tomos de Cantú. ¿V. se ha retraído?

—No voy á la tertulia desde hace un mes... Estuve ocupado... y resfriado...

—¡Bah! A mí no me dé pretextos... Se asustó del paso de Feíta y tiene pocas ganas de encontrarse con el papá... Ese sí que anda malucho; las hijas conseguirán muy pronto echarle á la sepultura. Además, creo que esta semana hipotecó otros lugares... y á cada pedazo de tierra que le llevan así, le arrancan el corazón. Ese infeliz es un Ecce Homo.

— ¡Cuitado! — respondí suspirando. — Preferiría no ser amigo suyo, ni conocerle siquiera. Ahí se prepara el trueno gordo: van á pedir limosna.

—No lo sabe V. bien. Todo anda como Dios quiere en la casa. A Feíta la dejan por cosa perdida: la chiquilla tiene más carácter que el papá (poco necesita para eso), y D. Benicio ya se convenció de que no la mete en vereda. Está desvanecido con la esperanza de que Baltasar le pida á Rosa en matrimonio...

—Ello es que Rosa á Baltasar bien le gusta. Hace años no le ví tan al retortero de ninguna muchacha. Ya no visita á la *Caracola*... No se le encuentra en aquel callejón...

—¡Ah, eso!... Gustarle, sí... Rosa le chifla... pero...—y el gesto expresivo y cínico del maldiciente completó la idea.

—¿Qué dice V.?—exclamé con mayor sobresalto, con mayor impresión de bochorno de la que yo podía suponer que me causara tal insinuación.

—Lo que V. adivina... y lo que sé... y no porque nadie me lo haya contado.

Al expresarse así, Primo Cova estiraba con el dedo índice, hacia la mejilla, el párpado inferior del ojo izquierdo.

—Se acuerda V.—prosiguió—de aquella señita de la bandera de cinta que sorprendimos días hace? Pues la tal seña me puso en guardia. Yo rumiaba entre mí: podrá ser que la bandera sea una monería así... inocente... de guagua... de natillitas... en fin, de enamorados filadélficos; pero... me quedaban dentro las hormigas, un hormiguero que no cesaba de rebullir... Piensa mal... y acertarás de cien veces noventa y nueve y media... Por fin averigué la verdad.

—¿Es V. brujo?

—Valiente falta hace ser brujo... Basta con no ser tonto. El día de la banderita, cuando me separé de V., me encontré, un cuarto de hora después, á D. Benicio, en el barrio de las Afueras. "¡Tate!„ —(calculé).—"Este viene de bastante lejos... falta de su vivienda desde hará una hora... ¿Si la seña querría decir eso, precisamente eso, *papá no esta en casa?*...„ Ya no necesité devanar más hilo. Otra vez que acerté á ver á Neira en la calle, desde lejos (él no me vió), volví atrás, subí las escaleras de Sobrado, y llamé en el piso de Neira, preguntando por D. Benicio. Me respondieron que había salido... y yo, como al descuido:—"Pues bajaré á ver si está don Baltasar; tengo que hablarle.„—Descendí y llamé...—"¿D. Baltasar?„ —"No está.„—"Pues á estas horas acostumbra...„—"Pues hoy le digo que salió.„—"Pues es asunto que me interesa y que urge: le esperaré, porque él vendrá á almorzar infaliblemente.„ El criado, aturdido, lo que se dice sin saber á qué santo encomendarse, me zampa en un cuartucho que hay á la parte de atrás de la casa, y me dice que tome asiento.—"Pero este no es el despacho ni el gabinete de tu señorito. ¿Cómo me recibes en este chiribitil? Cuando venga, verás...„—Y el fámulo tartamudea, y me pide excusas... —"Bueno, basta, aquí aguardo...„—Se retira precipitadamente y quedo yo solo. Entreabro la puerta, me deslizo por el pasillo, y me pongo en acecho, atisbando qué sucede en la antesala. Un recodo del pasillo me oculta y me permite evitar cualquier sorpresa. No han transcurrido cinco minutos, cuando risch, risch... crujir de seda... tiqui, tiqui, tiqui... pasitos furtivos de mujer... La caza.!

—¡Jesús!

—Iba tapadita, caído el velo del manto... pero, supóngase V.... Aunque llevase capuchón... ¡Para mascaritas está el tiempo!

—¡Ay Primo!—exclamé con verdadero ahinco y dolor.—¡Por Dios, por su conciencia de V.... no hable de esto con nadie, con nadie

más que conmigo! ¿No conoce V. que sería malísima acción cubrir de deshonor y de vergüenza á ese pobre Neira? Primo, por el alma de su madre de V., ¡silencio! ¡silencio! Me lo va V. á prometer.

—¡Caramba, y con qué calor lo toma D. Mauro!

—Sí por cierto. No he de ocultar que quiero mucho á ese hombre de bien, á ese desgraciado padre, más desgraciado aún de lo que yo mismo creía. ¡Cómo ha de ser! Tenemos nuestras flaquezas. Soy compasivo. Siempre queda un rincón para la sensibilidad. Don Benicio ha llegado á excitar la mía.

—¿Pero es D. Benicio la persona que le interesa á V. en casa de Neira?

—¿Pues quién ha de ser?

—¡Hombre! Donde hay tantas chicas jóvenes, guapas, atractivas cada cual por su estilo...

—*Vade retro*—respondí sonriendo para ocultar el recelo y el desagrado.—No tema que le dispute la conquista á D. Baltasar.

—Ahora sí que me pone en cuidado el disimulo que V. gasta—replicó el maldiciente.—Claro que á V., de importarle una Neira, no le había de importar ni el pavo real de Rosa, ni la pava de Constanza, ni la pájara pinta de Argos; claro que si alguna le trae á mal traer, es la que me traería á mí, si ya no estuviese á prueba de bomba: la simpática, la original de la casa; la única que no se parece ni á sus hermanas, ni á ninguna muchacha de Marineda ni del mundo!

—Déjese V. de bromas pesadas conmigo, Coba—respondí amoscadísimo.—No tiene V. ningún motivo para suponer que me he vuelto loco. Con Feíta no hay que dar matraca á nadie, y menos á mí. Feíta pincha y araña. Si no hubiese en el mundo más que hembras así... Por fortuna son la excepción.

—No sea marrullero ni zorro: Feíta es una delicia de criatura, y á V. le hace tanta gracia como á mí. Yo al pronto no la entendía, y hasta la creí disparatadora: ahora la entiendo, y digo que vale cuanto pesa, y que los únicos que la desaprueban y la roen los zancajos son los tontos.

—Pues tonto me declaro, porque la desapruebo. ¡Vaya si la desapruebo! Pero no se me escape V. por la tangente. Volvamos á Rosa. ¿Ha comunicado V. el descubrimiento á alguien?

—¡Ingrato! Ya sabe que siempre le guardo las primicias de la murmuración, de ese sabroso pan del alma.

—Entonces... ¿no lo divulgará en la Pecera? ¿Me lo promete? Porque, bien mirado, Primo, ¿no conoce V. que es terrible eso de que

por una palabra que se nos escape quede infamada una familia? ¿Qué nos importa á nosotros, después de todo, lo que haga Rosa ni lo que haga nadie? Considere V. que somos hombres honrados, que nos preciamos de caballeros, que tenemos el deber de no cavar fosas donde se rompa las piernas una mujer, una señorita. Nada, chitón... y ruede la bola. No meterse en honduras.

—Nos metemos porque somos, V. y yo, y los demás, una entidad que se llama *la opinión*... y la opinión no se compone nunca de los dos ó tres á quienes puede afectar real y verdaderamente la conducta de una mujer, sino de los cien mil á quienes en realidad debería serles indiferente. Representamos lo colectivo, la justicia social. Y V., que ya tiene retorcido el colmillo, ¿cree buenamente que, si yo me callo, lo de Rosa queda oculto? Secreto entre tres... y éste ya anda entre cuatro, porque el criado lo sabe. ¡Que si lo sabe el galopín!

—Le aseguro á V.—dije, rechazando la bandeja del chocolate que se quedó á medio tomar—que no creí á Rosa capaz de tanta ligereza, ni á Sobrado tan falto de aprensión. ¡Qué tío!

—Rosa no es tan liviana como amiga del lujo...

—¡Ah!—exclamé con mayor y más triste sorpresa.

—¿Pero V. puede aguantar la risa cuando el papanatas de Neira alaba la maña de la Rosita para adquirir por diez reales, tres corpiños de seda? Estos días hubo diluvio de galas. Ha estrenado la chica cuatro pingos nada menos: uno de paño, otro de raso, otro de no sé qué tela á ravas, y un abrigo con pluma y azabache. Pues no anda poco escandalizada la gente por ahí. Muchos ya sospechan. Ella triunfa, luce sus trajes, se va á *La ciudad de Londres*... y "mándenme esto„ y "envíenme á casa lo otro„ sin que jamás se la vea abrir el portamonedas para pagar.

—¡Qué cosa tan horrenda! ¡Pobre D. Benicio! —murmuré espantado.

—Era visto. Sobrado tiene al padre y á la hija cogidos por medio del dinero; al uno le presta á réditos, y va haciéndose poco á poco con sus bienes; á la otra la facilita esos trapos, por los cuales es capaz de echarse de cabeza en la boca del infierno... Baltasar es un gran pillo, un vicioso avaro, lo peor de la clase. Merece que el compañero Sobrado le ponga dinamita en el portal. Dicen que le tiene emplazado y amenazado con la bomba.

Al oir por segunda vez el nombre del compañero Sobrado, sentí un choque raro y desagradable, una especie de malestar violento y repentino, una repulsión. ¿No era ese individuo el que acosaba

con anónimos al pobrete de Neira, el que no le dejaba vivir, el que le tenía bajo el peso de una coacción y una violencia constante? Y al experimentar este movimiento, noté que, por primera vez de mi vida, á la impresión moral se unía la imagen física de la persona que la causaba. Vi, con extraordinaria claridad, dibujarse sobre el fondo de mi cuartito amueblado al estilo del Imperio, la figura del *compañero*, mozo, robusto, guapo, moreno, con rizosa cabellera, que casi le caía sobre los ojos. En nada recordaba el clásico tipo del socialista puesto en caricatura por las publicaciones ilustradas: ni gastaba barba de ruedo, ni ojos zainos, ni fumaba en pipa. Un bigote negro, fino y curvo, le adornaba el labio superior; su faz, aunque enérgica y sombría, no era fosca ni espantable; y en algunos rasgos, en la forma de la nariz, en el corte de cara, noté cierto parecido con D. Baltasar. El compañero me pareció, en suma, agradable aparición para una muchacha emancipada, que tal vez, á orillas del arroyo, sueña un idilio modernista... y al pensar en este lance de la vida de Feita, narrado por ella misma con tal sencillez y franqueza, advertí una gran pesadumbre, un escozor intenso, y juzgué que se me llevaban tres docenas de diablos... "Cepos quedos, amigo Mauro„,—pensé:—"cuidate, que se me figura que has contraído algún mal. ¡Mis presagios, mis presagios! ¡La serpiente!„

XVI

Sospecho que antes de llegar aquí habrá dicho cien veces el lector prudente: vamos á cuentas, señor *memorista;* ¿lo que nos relata V. son sus memorias, sus verdaderos recuerdos íntimos, ó son los de la apreciable familia Neira? ¿Hemos de tomarnos interés por V., ó más bien por Argos, Rosa, Feita y demás retoños de ese padre de familia angustiado y maltrecho? ¿Es V. un solterón acorazado en su benéfica *filaucia*, defendido por el amor de sí mismo de las asechanzas y precipicios femeniles, ó es V. un nene fascinado y traído al retortero, desde los primeros instantes, por cualquier falda que en su camino se atraviesa?

Lector que así hablas, reflexiona, reflexiona antes de acusarme

de deserción de mis banderas. Empieza por considerar que si mis memorias se redujesen á contarte cómo me levanto, almuerzo, paseo, me cuido, leo y duermo..., no valdría la pena de haberlas escrito. Yo podría vivir muy dichoso en mi rincón con el alma atrofiada, sin deseo de cosa alguna; ¿pero qué te importaría á ti mi vida de marmolillo? Donde no hay lucha no hay drama, y donde no hay drama no hay emoción. Diríase que nuestra propia existencia, si se considera aislada y disgregada de los demás, carece de sentido, y sólo lo adquiere al relacionarse con otras, al producirse ese oleaje y ese hervidero de sentimientos que determina el contacto con seres humanos. Mi propósito de evitar el gran error matrimonial no me ha convertido en piedra; mis sentidos, mis potencias, no han dejado de funcionar á causa de mi soltería; y porque un sacerdote no haya extendido la mano para bendecir mi unión, y porque yo huya de tal contingencia, no estoy libre de sustos y de fatiguillas emocionales...

Además, también rige para mí la ley que ordena que por lo general nuestro destino sea una ironía, y mientras pretendemos ir hacia el Norte, se nos ponga sobre los ojos una venda y en los pies sintamos impulso irresistible hacia el Sur. Si alguien me hubiese preguntado dos meses antes qué mujer en el mundo me era, no más indiferente, sino más imposible, yo respondería sin vacilar,—Feíta Neira.—Sus condiciones físicas y su modo de ser moral, su rostro y su genio, sus lecturas y sus botas, todo me parecía lo contrario de lo que á mí me puede atraer, de lo que para mí constituye un peligro. Y de pronto, sin causa que explique el cambio, sin que hayan precedido á este descubrimiento indicios ó síntomas que me lo hiciesen presentir, me encuentro casi prendado y casi celoso, poseído de una inclinación más para comentada entre cuchufletas, que para combatida con las armas de la reflexión y del buen sentido.

Hay enfermedades que se incuban lentamente, sin que el enfermo advierta ningún malestar, ningún trastorno atendible en sus funciones. Tal vez desórdenes levísimos; acaso una sensación de cansancio, ó una insignificante alteración del pulso; un poco de desgana, unas horas de insomnio... De repente se declara en toda su extensión é importancia el padecimiento, y sólo entonces el enfermo coordina síntomas anteriores y se admira de no haber comprendido que anunciaban un peligro incalculable... Así yo, solo en mi cuarto, con el minino que hacía la carretilla en un ángulo del sofá, daba vueltas, enlazaba antecedentes, y me asombraba de no haber conocido que mi compasión y mi caridad por D. Benicio obedecían la atracción anómala de Feíta.

¿De qué, vamos á ver, de qué me había yo prendado? O muy mal me conozco, ó el origen de mi perturbación no estaba en los sentidos. Ni Feíta era una beldad, ni menos poseía esa ciencia del tocado y del adorno, de la palabra y del gesto, del mirar y del reir, en que funda su avasallador dominio la mujer. Feíta no conspiraba contra el reposo de nadie. Aun en los momentos en que me sentí, como se dice en el lenguaje de la esgrima, *tocado,* no advertí alboroto sensual, ni llegué á ver en Feíta una imagen tentadora, una visión de las que causan fiebre: el rebelde fango corporal no se sublevaba al evocar su recuerdo. Tampoco era el corazón el que se me había subido á la cabeza, no, señores: si Neira me inspiraba conmiseración, en cambio su hija alejaba toda idea protectora, de esas que suele infundir la debilidad del sexo: hasta creo que me exasperaba por su fortaleza. Feíta era improtegible, y cuando las gentes ni necesitan ni quieren nuestro apoyo, cuando comprendemos que al ofrecérselo nos pagarían con una rabotada ó una burla, se nos quitan las ganas de meternos á caballeros andantes, amparadores de viudas y huérfanas. Feíta era un ser vigoroso, armado para la vida, sin sentimentalismos, sin temores pueriles de ninguna especie, y yo aparecería soberanamente ridículo si quisiese representar con ella el papel que Oliverio de Jalin, en el *Demi-monde,* representa con la interesante Marcela, doncella desvalida y expuesta á las insidias de la seducción y á las asechanzas de la venalidad. Yo no podía negar que á Feíta la sostenían su carácter, sus estudios, el mismo triste cuadro de su familia, tan lleno de enseñanzas, y un no sé qué varonil y resuelto que había en su conducta y que disipaba toda niebla y desarmaba toda malicia, y rodeaban á aquella mujer tan joven con el baluarte que la experiencia y la edad elevan en torno de las matronas ya seguras de sí mismas.

Hube de convenir en que si Feíta se había apoderado de mí, era por el camino de la imaginación.—¿Les parece Vds. poco?

Mi fantasía, mi pensamiento, estaban desde tiempo atrás ocupados—ahora lo veía claro—por aquella chiquilla estrambótica. La curiosidad moral, mi único vicio, raíz de la mayor parte de los inexplicables caprichos amorosos, me había atraído á la casa y trato de Neira, por afán de ver de cerca al fenómeno, á la sabidilla, á la independiente. La antipatía que al pronto creí sentir hacia ella, no era sino la atracción del abismo, la magia negra de lo desconocido, contra la cual parecemos indignarnos, mientras nuestro espíritu en secreto lo sueña y lo busca, obedeciendo al impulso que lleva al hombre al progreso, asustándose de él y hasta repugnándolo. Es

cierto que yo vivía prevenido contra la mujer; pero ¿en qué se parecían á Feíta las demás?

Feíta era la mujer nueva, era el albor de una sociedad distinta de la que hoy existe. Sobre el fondo burgués de la vida marinedina, destacábase con relieve singular el tipo de la muchacha que pensaba en libros cuando las demás pensaban en adornos; que salía sin más compañía que su dignidad, cuando las demás, hasta para bajar á comprar tres cuartos de hilo, necesitaban rodrigón ó dueña; que ganaba dinero con su honrado trabajo, cuando las otras sólo añadían al presupuesto de la familia una boca comilona y un cuerpo que pide vestimenta; que no se turbaba al hablar á solas con un hombre, mientras las restantes no podían acogernos sino con bandera de combate desplegada... En suma, todo lo que al principio me pareció en Feíta reprobable y hasta risible y cómico, dió en figurárseme alto y sublime, merecedor admiración de y aplauso. En mi inteligencia surgieron, á manera de flores finas y blancas que creciesen á la par, el respeto y la estimación hacia Feíta. Sólo que estos dos sentimientos, por lo general fríos y hasta contrarios al engreimiento amoroso, en mí se revelaban turbulentos, ardientes, apasionados. Analizando sutilmente el origen de ellos, encuentro que yo no estimaba ni respetaba tranquilamente á Feíta, porque mi estimación y mi respeto no armonizaban con el sentir de las gentes. Cuando nos inclinamos reverenciosos ante una honesta viuda, ante una tímida virgen, ante una esposa ejemplar, el saludo que les hacemos es *representativo:* nuestro homenaje cifra y resume el homenaje de la masa, la opinión unánime de la sociedad y del mundo. Esto no podía aplicarse á Feíta. Por mi desgracia, yo creía ser la única persona que en Marineda, en aquel instante, tasaba á Feíta en su justo valor; de suerte que, al estimarla, me ponía en pugna con todos y contra todos, sin el menor escrúpulo ni recelo, desplegando esa hostilidad agresiva, ese espíritu belicoso que despierta en nosotros la contradicción universal. Si bien en Marineda no destrozaban la honra de Feíta, no por eso se la juzgaba favorablemente. Ya dije se auguraba muy mal de su porvenir, y se vaticinaba que por las peligrosas sendas que recorría iba á despeñarse. Actualmente su conducta se calificaba, si no de liviana y criminal, por lo menos de chocante é inconveniente, y se hablaba mucho de la vergüenza que sufrían su padre y hermanas mirando convertida en "maestra de primeras letras„ á toda una señorita de Neira, con su correspondiente aguilucho en el blasón. Y en efecto, según el criterio de las gentes, las bodas inconsideradas, los devaneos, los enredos y las trampas, no rebajaban tanto la cate-

goría social de la familia de Neira como el hecho de ver á Feíta, cartapacio al brazo, subiendo las escaleras de sus discípulos y cobrando su modesta retribución.

En tales circunstancias, mi respeto y estimación á Feíta eran un sentimiento batallador, que me ponía en pugna con la ciudad entera, sin más excepción que Primo Cova, desde los primeros instantes abogado y padrino de Feíta. ¡Qué extraños somos! En mis diálogos con el maldiciente no me daba á mí la gana de declarar que Feíta tenía razón contra todos. Siempre que se suscitaba esta conversación con Primo Cova, recordaba haberle llevado la contraria, y al llevársela era sincero; me parecía que me salía de dentro reprobar la conducta de Feíta. Sin embargo, mentía: era mi *yo* verbal y superficial el que condenaba á la innovadora, mientras mi *yo* esencial y profundo, desde lo más secreto de la conciencia, abrazaba sus teorías, la aclamaba, la colocaba en un trono.

¿Al través de qué lente pude analizar la índole de los sentimientos que me inspiraba Feíta? Me reveló su naturaleza algo que, según uno de mis favoritos autores, es tan viejo como el mundo, y nació probablemente al punto y hora en que Adán vió á Eva inclinar su frente velada por luengos cabellos, y prestar la orejita cuca al silbo de la serpiente.—¡Los celos!

Muchas veces—apelo á tu experiencia, oh lector, y no te hago la ofensa de creer que no atesoras ninguna—ignoraríamos que estamos enamorados si no estuviésemos celosos. Esa herida ardiente y enconada que no afecta á una parte de nuestro organismo, sino que lo abarca todo como una quemadura extensa y profunda á la vez; que coge el amor propio,—la superficie,—y penetra más adentro, hasta la sensualidad y la ternura—esa herida, digo, nos revela el alcance de nuestra sensibilidad, descubriendo la verdadera posición de nuestra alma. Mientras creí que nadie pensaba en Feíta sino para reirse de sus extravagancias, no imaginé que podía sentir por la chiquilla sino un afecto de índole amistosa. Desde que supe que alguien había visto en ella el ideal, conocí que también en mi interior latía ese mismo sueño, y comprendí que estaba bajo el imperio del tirano del orbe. Lo comprendí con un terror tanto más grande y natural, cuanto que aquello no podía parecerse á las escaramuzas á que estaba yo habituado; al simulacro y al juego,—que juego y todo me había arañado dolorosamente, á poco que me descuidase, la epidermis del corazón.—Feíta no tenía nada de común con la larga serie de mis idílicas novias, todas coquetillas, tiernas, pasivas y asiduas al amor, y muy preocupadas de santificarlo por medio de

las bendiciones. Yo adivinaba que si Feíta me quisiese, si Feíta llegase á compartir mi estado psíquico, lo que pudiese haber entre nosotros,—llámese amorío, llámese noviazgo, llámese... otra cosa peor... ó mejor... como quieran Vds. calificarla, según la severidad de sus principios ó el humor de moralista que gasten Vds. en este momento—se diferenciaría enteramente de lo que yo archivaba en el armario de mis recuerdos y en el ligero cofrecillo azul de mis esperanzas... A Feíta no la podía prever; no podía imaginar la expresión de su rostro cuando mirase rendida, ni como arrebolaría la emoción amorosa aquellas mejillas descoloridas por la lectura, ni qué fluido derramaría el cariño en aquellos serenos ojos de Minerva, ni cómo latiría al agitarse de amante zozobra y felicidad aquel seno de líneas apenas perceptibles bajo el paño rudo de su masculino chaquetón. ¡Peligrosísimas suposiciones, y con qué prisa me consagré á apartaros de mí! Erais las primeras gotas de un veneno mortal, y volví la cabeza rechazando vuestra copa que me convidaba. "Hagámosle—resolví—la cruz á Feíta... Ni verla, ni oirla, ni entenderla... ¡Ah! Cuánta verdad dijo el que dijo que donde menos se piensa salta la liebre! Todavía creo y espero que este arrebato ha de ser un calenturón de la fantasía, y que en realidad Feíta no me ha apresado; y mientras puedo resistir y mandar en mis acciones ¡distancia, pared de hielo, y si es menester, derivativos, remedios heróicos... A cualquier precio la salud!„

XVII

La resolución de curar un mal de amor privándose de la vista y trato del ser querido, es como los demás remedios que suelen recetarse para la gran enfermedad sentimental: útil si el mal es leve, inútil si ya se ha apoderado del alma. Abstenerse de la vista para quitar la afición es como pretender extinguir la sed apartándose de la fuente cuyas aguas son las únicas que pueden apagarla. Yo empecé á practicar el sistema de alejamiento: salí por las mañanas á fin de no encontrarme en mi habitación cuando Feíta fuese á la librería: renuncié á dar paseos largos, por si la casualidad hacía que

nos tropezásemos en algún huerto ó en algún peñascal de la ribera: á casa de Neira, ni arrastro: la Pecera fué mi asilo. Mas noté que con este género de vida no me sufría á mí propio. Lo de menos era el cambio de mis hábitos: lo grave, mi estado moral: mi descontento, mi inquietud, el estéril hervor de mi fantasía, y especialmente la desagradable sensación, nueva para mí, de fastidio,—preciso es llamarle por su nombre—de tedio mortal, el verdadero cáncer del celibato, que antes no había padecido nunca, ni durante mis noviajos sosos, ni al romperlos, ni en las temporadas en que me hallé absolutamente solo conmigo mismo... Este tedio no era sinó la protesta de mi sensibilidad reprimida, la plétora del corazón que quiere funcionar, que reclama su parte de emociones, de fruiciones y hasta de sufrimiento,—los vapores nerviosos que, al acercarse la edad madura, obscurecen el cerebro del hombre como desequilibran el temperamento de la mujer...—Que no se puede ser perfecto; que necesitamos sentir, aunque el sentir nos atormente, y que ciertos estados del alma no piden retraimiento, piden guerra y conflicto...

Desde que me impuse, como penitencia saludable, la obligación de no ver á nadie de la familia Neira—ni siquiera al papá—me entró un deseo extraordinario de saber de ella, pareciéndome que sólo en aquella casa podría quitárseme el esplín. Oía hablar continuamente de las muchachas en la Pecera, á donde concurrían por la tarde Baltasar Sobrado y el gobernador, que recibían bromas picantes, y las rechazaban con ese tono de afectación y reserva, la peor,—la más sospechosa de las actitudes cuando se trata de la honra de una mujer.—Si ellos no estaban presentes, se discutían acaloradamente las probabilidades de boda: había partidarios de que Baltasar acabaría por casarse, y otros que no lo creían posible. Estos últimos alegaban, como razón concluyente, que D. Baltasar no se decidiría á contraer matrimonio mientras el compañero Sobrado le tuviese bajo la amenaza de volar con dinamita la casa, y á su padre dentro. Era público y notorio que se jactaba de realizarlo, y muchos le suponían capaz de cumplir en todas sus partes la amenaza. "Ese Sobrado es un mozo cruo„—decían,—"no se achicará. Si se casa D. Baltasar, ya puede hacerlo en secreto, largarse de Marineda y no volver en veinte años. De otra manera... ¡puum! Habrá toros y cañas.„ Algunos se mostraban excépticos: el compañero sería probablemente lo mismo que todos sus correligionarios, que si hiciesen cuanto anuncian, no quedaría un mosquito. Perro ladrador nunca mordedor, y no es tan fiero el león como la gente lo pinta. Que

D. Baltasar se riese, que D. Baltasar no hiciese caso de espantajos, y el compañero le dejaría en paz, máxime si D. Baltasar tenía la feliz ocurrencia de señalar á la madre del compañero una pensión, que permitiese á éste respirar con algún desahogo y no trabajar como un negro en la imprenta de *El Nautiliense*,—donde muchas quincenas no se cobraba, sobre todo cuando los de *El Nautiliense* no gozaban las dulzuras del poder...

Estas discusiones acerca del compañero eran como de encargo para avivar en mí el recuerdo y la imagen de Feíta. Siempre que se nombraba al tipógrafo, yo pensaba en la niña, y por centésima vez discurría, mortificado y sobresaltado:—"Pero podrá ser que acepte semejante galán?„ — Analizaba las palabras de Feíta cuando en la librería me enteró de su encuentro con el compañero, sus expresiones de simpatía, la afirmación de que le había parecido ilustrado, la indulgencia de su modo de juzgar al joven socialista. ¿Y por qué no había de agradar éste á mujer tan excéntrica, que probablemente tenía un ideal opuesto al de las demás señoritas marinedinas? ¿Qué importa una blusa, qué una gorra, qué una camisa sin planchar, á quien como Feíta desdeña formulismos y busca directamente la inteligencia y el carácter? La misma personalidad del *compañero*, amigote y corresponsal del célebre Pablo Iglesias; sus discursos en los *meetings*, su actitud de propagandista, y todo añadido á su juventud y á su hermosura varonil, que sólo necesitaba algo de aliño para brillar — eran razones más que suficientes para que Feíta pudiese ablandarse y compartir un sentimiento siempre halagüeño para la mujer.

De las angustias de los celos, tal vez la más cruel es la que podría llamarse la obsesión del rival. Extraño género de padecimiento, curiosa forma de una pasión en que todo es ilógico. Aunque mis celos no revistiesen el carácter siniestro y feroz que adquieren después de que nos ha pertenecido una mujer, la manera d e ser libre y rebelde de Feíta hacía que, á pesar de su doncellez, me inspirase esa furia que sólo suele inspirar la casada: matiz psicológico difícil de explicar, pero que se comprende. Ya he dicho que esta ponzoñosa mordedura de los celos fué precisamente la que me reveló mi trastorno. Si yo pudiese esperar convalecencia, perdería la esperanza al ver que pensaba á todas horas en el *compañero*, y notar el singular afán que tenía de verle, de fijarme bi n en su cara, de detallarla con la ardiente y sagaz ojeada del enemigo.

Fué tan terco el antojo, que empecé á rebuscar pretextos para cumplirlo. A mano tenía la excusa que siempre nos damos á nos-

otros mismos cuando cedemos á los impulsos desordenados de la voluntad. La comisión de D. Benicio Neira estaba sin cumplir, lo cual no me parecía justo. D. Benicio fiaba en mí; me había encargado de explorar al compañero; yo había prometido hacerlo, y la palabra obliga. Mi lealtad me impulsaba á tener una entrevista con el tipógrafo. Al menos, así quise creerlo.

Desde que hallé el pretexto, me faltó tiempo para aprovecharlo. No veía la hora de encontrarme con el agitador, de saciar mi curiosidad hostil mirándole como sino le conociese. Realmente, aunque le había visto mil veces de lejos y en la calle, hoy el compañero era para mí otra persona, y su faz, su voz, su aire habían adquirido el valor y la significación que tienen los menores detalles del individuo que influye poderosamente en nuestra vida afectiva.

¿Cómo acercarme á Sobrado de manera que le permitiese acogerme sin desconfianza? Una conversación con el gobernador me dió la entrada en materia. "Sabe V., Pareja,—dijo Mejía en la Pecera una noche, momentos antes de descolgar el abrigo para irse á la tertulia de Neira—que debía algún bien intencionado prevenir á ese mocito... al compañero, vamos, al tragaldabas que trae aterrorizado á medio mundo, de que si no se modera y deja en paz al amigo Baltasar, va á encontrarse con la horma de su zapato?„ Al hablar así, el rostro de Mejía mostraba una dureza semiburlona, una expresión de desprecio agresivo, de mal agüero para el socialista. "Puede que ese nene se figure que yo le he de dejar ser aquí *o terror dos burguezes*... Ha escogido un mal momento. Tenemos instrucciones categóricas... y ejemplos del sistema que hay que seguir con los espantapueblos. Si inicia trabajos para preparar la manifestación y la huelga del primero de Mayo, se ha caído. Y aunque no los inicie, como yo vea que se siente ni el olor de la dinamita, ó que la nombran solamente... No pienso anunciar medidas de represión. Eso sería dar la voz de alarma. ¡Chitito, y que se le vaya un pie al compañero!... ¿No me acompaña V. á casa de Neira? ¡Pillín! A V. le han dado calabazas, no me cabe duda...„ Y Mejía se eclipsó, dejándome en posesión del recurso que necesitaba.

Avistarme con el tipógrafo no me pareció difícil. *El Nautiliense* veía la luz por la mañana, y se componía y tiraba de noche. El compañero no entraba á trabajar hasta las ocho bien dadas. Hacia las siete se le encontraba de fijo en un cafetucho llamado de América, y medio escondido bajo los soportales de la Marina, casi frente al Espolón, lugar frecuentado por la gente del muelle. Allí me resol-

ví á buscar á mi rival, y al otro día de mi conversación con el gobernador, entre dos luces, y vestido del modo que juzgué más á propósito para entrar en establecimiento tan ajeno á mis gustos y costumbres, pasé el umbral del cafetucho y fuí resueltamente á sentarme ante una de las mesas de zinc, manchada y pegajosa de las copas y del café que en ella se había servido á los marineros y á los cargadores.

Fué uno de los momentos en que mejor he sentido la diferencia entre las clases sociales. Aquel recinto mal oliente, oscuro y angosto, con el piso sucio de gargajos y colillas, alumbrado por lámparas que atufaban y que habían señalado en el techo un círculo negro, servido por un mozo de remendada chaqueta y macilento rostro reñido con la navaja barberil desde hacía un mes, era la Pecera, era el centro recreativo del hombre de quien se me ocurría estar celoso. Allí venía á descansar de sus fatigas, á exaltarse con los periódicos, á saborear la taza del negro brebaje de infusión de bellotas, el hijo espúreo, el guripa del arroyo, el político por desesperación, el jornalero á quien yo juzgaba capaz de hacer latir el corazón de una señorita, que por emancipada que la supongamos no podía haber suprimido de repente los escrúpulos de delicadeza de la mujer, que tan difícilmente olvida las distancias y hasta las diferencias de jabón y de planchado en la ropa. Si yo advertía repugnancia profunda á aquel lugar innoble vivo deseo de abandonarlo, y una especie de náusea cuando el camarero me puso delante, á petición mía, una botella de cerveza y una turbia copa, ¿qué sería para Feíta la proximidad de un obrero, de un tío de blusa, que llevaría en la piel rastros de su profesión y la atmósfera de sitios como este y otros peores?

Mi opinión, se modificó apenas entró el que yo esperaba, el compañero Sobrado, hacia quien me dirigí, tendiéndole la diestra.

XVIII

Mis ojos se clavaron en él, estudiándole para establecer esa comparación minuciosa, forma inevitable de los celos. Y aunque mi vanidad y mi amor propio sufran, debo confesar que reconocí ven-

tajas en el tipógrafo. Veintiséis años contaría, y á pesar de ciertos rasgos fisionómicos en que había sellado su paternidad D. Baltasar, á quien se parecía era á su madre, á la hermosa cigarrera, flor de la Fábrica de tabacos, y ejemplar popular de lo más típico y brioso. Hay tipos femeninos que ganan al ser transmitidos á un varón. El de la *Tribuna*, aunque magnífico, siempre me había parecido material. En su hijo resultaba, si no exquisitamente fino, más espiritual é inteligente. El tipógrafo era moreno; sus facciones expresivas, que apenas empezaba á marchitar el trabajo nocturno, tenían alma, unida á esa corrección de líneas que se observa en los modelos italianos; su bigote chico descubría una boca fresca, unos dientes blancos é irreprochables; su pelo se rizaba y caía gracioso sobre la lisa frente, y sus ojos negrísimos, algo tristes, cuando hablaba despedían fuego. Una blusa azul, casi nueva y mal cortada, desfiguraba las buenas proporciones de su cuerpo, que así y todo se adivinaba nervioso y robusto. En suma, mi presunto rival había salido guapo é interesante como cree el vulgo que salen siempre los *hijos del amor,* criaturas á quienes la desgracia ó la dureza de un padre sujeta á una esfera social para la cual no nacieron. La cara del socialista era una protesta contra la suerte. En lo físico y en lo moral me pareció—y al notarlo me reconcomí de despecho—que el mozo era pintado para ocupar la imaginación de Feíta, como Feíta ocupaba la mía. No tenía yo delante á un adocenado obrerete, á un pelagatos por el estilo del que tan pronto venció la afectada esquivez de Tula, la hija mayor de Neira. El compañero reunía condiciones especiales; quizá entre los que en Marineda vestían levita no existiese ninguno tan á propósito para impresionar á la extravagante como aquel galán de blusa y gorrilla de seda.

Cuando le tendí la mano, dudó y retrocedió: su actitud fué hosca y glacial; al fin, venciéndose, me alargó la diestra á su vez. La presión con que correspondió á mi movimiento me pareció nerviosa; la mano estaba fría: un pedazo de mármol que suda. Acaso estrechaba por primera vez la diestra de un burgués; acaso recelaba que yo me burlase de él tratándole con demasiada cortesía. Me dió sordamente las buenas noches, y le convidé á sentarse á mi mesa. "Tengo que hablarle—dije sin rodeos—y creo que aquí es buen sitio. ¿Nos oirán?„

—No—respondió, mirándome de soslayo y como si se aprestase á defenderse.—Aquí se tratan cosas más reservadas que las que V. pueda traer. Colocándonos en el rincón, ¿ve V.?, cerquita del soportal... y bajando la voz... se van las palabras hacia la calle, y

esos que juegan al dominó allá atrás sólo podrían coger, caso que atendiesen, alguna palabra suelta.

—¿Qué va V. á tomar?—pregunté, trasladándome al sitio indicado por el socialista y situándome de modo que el ruido del diálo se perdiese al aire libre.

—Café—respondió.—Vengo de cenar, y aquí echo la taza de café y la copa todos los días.

—¿Copa... de algún anisado... de... de aguardiente?

—Dispense... De *fine champagne*.

—¡Mozo, coñac del mejor, y dos tazas de café! — ordené, sin dar indicios de que me admiraba tal refinamiento.

—Sírvase decir lo que guste, porque sólo dispongo de veinticinco minutos. Tengo que largarme á la imprenta. Los hijos del trabajo no derrochamos el tiempo como...

—Como nosotros—respondí sonriendo, no sin un matiz de ironía. —No le robaré á V. más que esos minutos, si V. no se escama y se hace cargo de que me guían las mejores intenciones.

—Sepamos de qué se trata—barbotó con desconfianza y mal humor, apoyando los codos en la mesa y la quijada en las palmas, de suerte que la carne de sus mejillas, subiendo á los ojos, se los achicaba extrañamente. En aquella posición me pareció feo y ordinario, lo cual me consoló.

—Se trata de un aviso que quiero darle á V.

—¿Un aviso? Y V. ¿á honra de qué santo me da avisos á mí? Por interés mío no será, de seguro.

—¿V. qué sabe?

—¿No he de saber? Sin cuidado le tendría á V. y á *los otros* que yo reventase... En fin, sea por lo que sea, venga V. ese aviso, que yo lo tomaré... si me antoja.

—Muy lógico—respondí sin poder reprimir á mi vez la irritación.—V. no se fíe de mí, pero escuche y haga lo que le parezca.

—Convenido... Aquí tenemos el café... Déjalo,—ordenó el mozo, —yo lo serviré, yo colocaré las tazas... ¡Lárgate!—repitió con imperio. Y mientras el socialista ponía azúcar y vertía la infusión humeante, yo, procurando dominarme y expresarme con tono franco y cordial, dije ensordeciendo la voz, pero articulando bien:

—No trate V. de solemnizar el primero de Mayo... No incite V. á la huelga, ni organice manifestaciones, *meetings* ó números extraordinarios de periódicos... Procure que su nombre no aparezca mezclado directa ni indirectamente en ningún complot ni en el disparo de un petardo, aunque sea de esos con que juegan los chiqui-

llos... Entérese V. de cómo acostumbra proceder este gobernador; de cómo procedió en Guadalajara, por ejemplo, con los carlistas...

—Este gobernador — interrumpió con sorna el tipógrafo — es la gran ficha! *Les* debería avergonzar mandarnos gente así, si *les* quedase cara adonde saliesen los colores de la vergüenza.

—No discuto con V. la personalidad del gobernador—respondí, poniendo á pesar mío en la entonación del *con V.* cierto desdén;— pero sea lo que quiera este gobernador, parece que viene resuelto á no consentir que se turbe el orden en lo más mínimo. Aquí entre nosotros... hay autoridades que... que casi se alegran de que les den ocasión de hacer un escarmientito y enriquecer su hoja de servicios... Más le diré á V., por si aún no le basta. Y es que... en las esferas oficiales... hoy... prevalece el criterio de... de no sujetarse á los medios de estricta legalidad... porque la ley... á veces... cohibe... y... En fin, que después de esta advertencia leal... V.... echará sus cuentas y se tentará la ropa.

El compañero guardó silencio, ocupado en llenar nuestras copas de coñac. Terminada la operación, irguió la cabeza y me miró un rato, frunciendo las cejas y con el rostro contraído por la intensidad de la reflexión. Así como suele verse el paso de las nubes que ya encubren ya descubren un trozo de cielo, veía yo las pupilas del mozo, tan pronto luminosas como veladas por la sombra de sus negrísimas cavilaciones. Por fin tendió la mano hacia la copa de licor, y bebió lentamente un sorbito; se pasó la lengua por los labios, y con sonrisa agridulce y astuta, profirió estas palabras:

—¡Cuando V. va ya estoy yo de vuelta! Siento que me haya tomado por un infeliz... V. calcularía: á un obrero cualquiera le engatusa... Soy de esfera superior, y éste, á mis primeras palabras, ¡boca abajo!

Se me encendieron las mejillas. El compañero, al paso que veía mi confusión, recargaba el mortificante carácter de su sonrisita mofadora.

—De dónde saca V....— murmuré tragando quina á grandes dosis—que mis avisos...

—¡No se moleste más, no se moleste más!—murmuró él con una ironía mansa y resignada que me cortó doblemente los vuelos.— Sería raro que á un hijo del pueblo le hablase un señorito con el alma en la lengua. Se han tragado Vds. que somos unos chiquillos, y que con gritarnos desde lejos: "Ahí viene el coco„ ó "mira que te encierro en el cuarto obscuro„, nos ponen más blandos que un guante. Viven equivocados, y algún día se desengañarán. Con esos

resortes poca carrera haría V. de mí, D. Mauro. Y más valdría, entre hombres que se afeitan, decir las cosas reales: esto, y esto, y esto, y si no lo quieres así te abro en canal... V. no se ha llegado á este café de mala muerte para evitar que yo me comprometa el primero de Mayo. Ea, le voy á dar una leccioncita de claridad y de verdad; voy á cantarle por qué viene V. y otros secretillos.

—Si lo toma V. así...—dije, haciendo ademán de levantarme ofendido y serio.

—No, perdone V.; yo le he escuchado, y V. me ha de oir, porque supongo á menos que no lo tendrá.

—¡Qué á menos! Haga V. el favor de dejarse de inocentadas. Ni yo me considero superior á V., ni me acuerdo siquiera, en este momento, de burgueses y proletarios y demás andróminas. Soy un hombre que habla á otro hombre...

—A su igual, ya lo sé—contestó con torvo ceño el compañero. —A su superior en lealtad... Voy á enseñarle el juego.

Callé porque me subían á la boca réplicas agresivas, y el anuncio de las revelaciones del socialista me interesaba demasiado para que no me contuviese.

—Si V. se ha dignado venir aquí—no me interrumpa—es porque hay en Marineda dos personas de su clase de V....

—¡Dale con las clases!—gruñí para mis adentros, impaciente, olvidando que al entrar en el cafetucho también yo pensaba en ellas.

—De su clase de V.... y que me han cogido... un poco de asco... un respeto... en fin, boberías. Al aconsejarme que no turbe el orden, lo que V. me aconseja es que no quite el sueño á D. Baltasar Sobrado y á su futuro suegro D. Benicio Neira. ¿Acerté?

La ocasión venía rodada; el mismo enemigo me presentaba el flanco; y simulando un arranque de franqueza respondí:

—Para que vea; acierta V.... en parte, en parte. Esas personas á quienes V. se refiere... han recibido cartas... cartas anónimas... cartas para asustar, para molestar. En ellas se habla de venganza, de justicia, de ¡muerte!, y se alude á la posibilidad de un atentado semejante á los que por medio de substancias explosivas se han cometido en Barcelona y en París. V. en esas cartas ni aun trató de disimular la letra; y con ellas en la mano, no este gobernador, pero el funcionario más tolerante, encontraría tela para...

—Para echarme á presidio—pronunció con calma el compañero, bajando la voz hasta convertirla en un susurro, á causa del grave giro que iba tomando nuestro diálogo.—Ya lo sé. En el terreno en

que me he colocado y dada mi resolución actual, no me importaría.— Hizo una pausa, y apuró lo que restaba de su copa de coñac.—Para que vea V.—prosiguió—que le doy un gran ejemplo de franqueza, le diré que lamento haber escrito esas cartas. Cuando las escribí me encontraba ofuscado, medio loco, porque tuve un arrebato... vamos, así como un calenturón... al enterarme de la conducta de mi padre—de mi padre, ya sabe V. quién es— para con mi madre. Ella, la pobre mártir, nunca me había querido contar esta historia. Cuando oyó que D. Baltasar pensaba casarse, me reveló ciertas cosas. Y claro: la primer idea, vengarme y que saltasen todos por los aires y que se los llevase Judas al infierno. A V. le parecerá muy mal, y me creerá un monstruo, una fiera; ¡pero V. qué sabe! ¡Ha nacido V. con el pan asegurado; no ha tenido frío nunca por falta de ropa; no le han escupido á la cara el desprecio, porque no tenía V. padre, y porque su madre, al darle á V. á luz, perdió la honra, su único caudal! La injusticia social no ha pesado sobre V.; por mejor decir, la injusticia social le ha sido favorable. Ha cogido V. sitio á la sombra. Yo me aguanté con la cabeza al sol, y los sesos se me requemaron. A puntapiés me destetó el pícaro mundo. Y á puntapiés me empujaría á la hoya, si yo no fuese capaz de valerme. Me valdré. ¡No faltaba otra cosa! ¿Que las leyes, que las costumbres, que todo es iniquidad? Pues me tomaré la justicia por la mano. El que viva verá lo bueno. También yo he aprendido que en ciertos casos la legalidad no vale tres caracoles. ¡Ah! Estoy decidido. Y ha de ser pronto, porque así como así, ¡día que se pierde, no vuelve!

—¡Chist! ¡Bajito!—exclamé alarmado, porque á pesar suyo la voz del compañero vibraba.—¿Ve V.—proseguí—cómo vuelve á recaer en los delirios que le dictaron aquellas cartas que pueden perderle?

—Para que V. comprenda—respondió él con sombría y repentina tranquilidad—lo natural que es que á veces me vaya del seguro, como ahora, le diré que si temo ser perseguido no es por las cartas que escribí á D. Benicio Neira. Me parece incapaz de denunciar á nadie.

—Es, en efecto, un santo.

—O un lila—continuó el tipógrafo sonriendo con hiel.—Lo cierto es que si de alguien recelo que me tienda asechanzas para dar conmigo en Ceuta ó Melilla, es de... de mi propio y amoroso papá... ¡Ese, ese! —repitió crispando los puños.—Ese... ¡como ese pudiera desembarazarse de mí! ¡Ah! Pero le prometo que se lleva chasco. Se ha de hablar de este asunto años en Marineda.

—Ya está V. otra vez fuera de quicio. ¿No decía V. que le pesaba de haber escrito esas cartas, de haber pensado en violencias, de todas las atrocidades que le dictó la ira?

—Y lo repito. No debí escribir tales papas, ni pensar en tal colocación de cajas explosivas. Eso se hizo, se hizo... por espantar... ¿sabe V.? y al pronto es cosa que seduce, porque parece que al estallar el chisme va á hundirse el mundo. Pero ya va pasando el furor de la dinamita, porque resultaba una castaña de las gordas. La máquina salta ó no salta. Bueno, que saltó. Si no hace cisco al mismo que la coloca ¡y ya es suerte!... rompe cuatro vidrios, perniquiebra á una portera infeliz que de nada tiene la culpa, y deja tan frescos y tan sanos á los que pretendía castigar. Y la policía le trinca á V. y le mete en chirona, y viene el juez y le envuelve... y al grillete... ó á otra cosa más fea... ¡Ah! Que vivan tranquilos, que salgan, que entren... el compañero Sobrado no pondrá bombas en el portal ni en la escalera de nadie. ¡Y en la escalera de esa casa... menos que en ninguna!

Al pronunciar esta sencilla frase, la cara del tipógrafo cambió; de alterada y contraída se volvió radiante, se dilató, y en sus ojos se descubrió de una vez limpio el trozo de firmamento. No pude dudar: *esa casa...* quería decir *la casa de Feita.*

—Que se les pase el cerote—continuó casi afable, mirándome como con fisga.—Puede V. decirles á sus amigos... y á la autoridad, que por el compañero Sobrado ni se alterará el orden, ni estallarán petardos, ni habrá *meeting,* ni manifestación. Los demás... no puedo yo responder por ellos; por mí respondo, y mi palabra es palabra.

—¿Según eso renuncia V. á... á toda violencia?

—¡Ah! Eso no le importa á nadie, y en mi derecho estoy al callar —contestó el agitador levantándose y calando la gorrilla sobre los copiosos rizos.—Poco ha de vivir el que no lo vea. Y al Sr. de Neira... agradeceré que le diga que, lejos de intentar molestarle, me complacería servirle, y que puede disponer de mí y de cuanto valgo, y que este ofrecimiento no es palabrería, que me sale de aquí—y el compañero se golpeó sobre el corazón.—Pero si se empeña en que su hija Doña Rosa ha de ser la señora de Sobrado... que pierde el tiempo. Que la busque otro marido. Y adiós, D. Mauro: celebro conocerle personalmente. Aunque sé que no vino V. para hacerme ningún favor... es lo mismo, D. Mauro. No hay rencores. Si me quiere mal, no puede hacerme daño; y si me desea bien... no está en mano de V. mi destino. Estas me valdrán—añadió,

abriendo las anchas y musculosas manos.—Amigos nopodemos ser, porque esto—y sacudió su blusa—lo impide. No importa; si me necesita...! Abur.

Fuése rápidamente, porque era la hora de su trabajo, y yo quedé más confuso que antes de venir, más picado de la víbora de los celos, cortado, preocupado, con el presentimiento de que algo serio latía bajo aquellas gastadas y cursis diatribas antisociales.

XIX

Al salir del café reconocí que salía derrotado. La entrevista con el tipógrafo no había dado más fruto que el de redoblar mis inquietudes y exasperar mi deseo de ver á Feíta, de disfrutar la picante delicia de su conversación, y de discutir sabrosamente, pareciéndome que un palique con la chiquilla era lo único que podía quitarme la murria, y á la vez, que en ese palique descubriría yo la veta de su sentir y sabría hasta qué punto la era ó no indiferente el peligroso *compañero*. Tuve, sin embargo, valor para resistir y para recogerme aquella noche sin ceder á la tentación de presentarme en la tertulia de Neira; pero no estaba en condiciones de luchar más contra mí mismo; no en balde me habían acostumbrado á darme gusto, á evitarme sensaciones penosas ó desagradables; no en balde era mi propio niño mimado. Perdemos la disciplina moral, y con ella el vigor; el egoismo, que nos acaricia, nos enerva. A la mañana siguiente, llegada la hora en que Feíta acostumbraba visitar la biblioteca, no salí de casa, y esperé con ansia digna de un cadete el ruidito del mueble ó el susurro de la hoja volteada. Oí el campanillazo; sentí andar en el pasillo... y no tardé en comprender que se encontraba Feíta en el cuchitril. Me levanté, corrí gozoso á herir con los nudillos la puerta... y al primer golpe, otro golpe respondió desde adentro. Al mismo tiempo que yo la llamaba, me llamaba Feíta á mí.

Volví el picaporte y entré. La muchacha me esperaba de pie, con el sombrero puesto, sin haber tocado á un libro.

—Venga V.—dijo con una seriedad muy distinta del tono desenfadado y chancero que habitualmente gastaba.—Rabio por verle.

—¡Qué casualidad, Feíta! —exclamé, mirándola con avidez.—Rabiábamos los dos... yo sobre todo. Pero ¿qué sucede? ¿Ocurre algo grave? ¡Si parece V. otra! ¿Está V. enferma?

—Enferma, no; disgustada, muy disgustada, sí. Quiero contarle mis penas... ¿No le fastidio? Sea franco. Necesito que me oigan, que me consuelen, que me ayuden.

Sentí que se me iba el alma hacia Feíta, en quien por primera vez apreciaba un rasgo de debilidad femenil, algo que me halagaba y enternecía. La independiente venía á someterse, á que la sostuviese mi brazo... Un intenso goce, una emoción que no supe disimular me embargó, y mi cara debió de traducir esta ráfaga de engreimiento viril, porque á su vez el rostro de la indisciplinada se suavizó y despejó, sus labios se entreabrieron, y sus ojos verdes, me enviaron un rayo, no quiero decir de cariño (sería mucho asegurar), pero sí de simpatía y concordia, de algo sumiso, ingenuo y dulce, que me transportó al quinto cielo: ¡tal y tan profunda era ya mi herida!

—Siéntese V.—pronuncié solícito. Así... aquí...—Descanse, tome aliento, acepte un caldo, ó una copa de buen Jerez... Está V. pálida, ¡ya lo creo! y muy desencajada...

—Acepto el caldo—contestó la muchacha.—No me he desayunado aún. Tengo frío y debilidad, y la debilidad es tan mala consejera, que estuve á punto de soltar el trapo á llorar cuando le he visto á V. ¡Yo llorar! No me ha sucedido otra desde que mamá se murió y desde que yo era así—y bajó la mano.—Aborrezco los pucheros y las lagrimitas. Deme ese caldo... y también, también el Jerez.

Salí para pedir lo que Feíta deseaba, y después de una breve conferencia con doña Consola, volví á la librería y encontré á la niña recostada en el sofá de crin, en actitud tan meditabunda, que podía graduarse de melancólica. Me apresuré á sentarme á su lado, lidiando con las ganas de tomarla las manos—las manitas ya bien cuidadas y pulcras—y apretárselas para comunicarle la efusión con que solicitaba ser su guía y su apoyo.

—Hasta que tome el caldo no hablo—dijo con abatimiento.—Me faltan ánimos.

Cinco minutos á lo sumo tardaría en aparecer la insigne patrona, y en presentar á Feíta el sopicaldo más caliente, restaurador y bien calado que pudiera soñar un enfermo. Yo mismo escancié la copa del rancio oloroso, y ofrecí los bizcochos ligeros y crocantes.

Feíta comió y bebió con gusto y ansia; á cada cucharada, á cada sorbo, se la veía revivir. Tal vez la pobre niña llevase mucho más tiempo del que decía sin probar bocado. En esta suposición me confirmó el oirla exclamar:

—¡Qué bueno estaba! Dios bendiga á doña Consola... Desde ayer por la mañana se me cerró el pico... ¡Ay! Esto es otra cosa, Abad. ¡Maldito cuerpo, que no ha de pasar sin lastre!

Así que doña Consola recogió la taza vacía, dejando la botella y la copa "por si acaso„, me acerqué á Feíta nuevamente.

—Sepamos qué ocurre—dije en tono que convidaba á la expansión.—Aquí me tiene V. todo envanecido de que me elija para confidente...

—¿Pues á quién había de elegir?... Hace tiempo que mi padre no le calla cosa ninguna... De cuantos vienen á casa... sólo V... sólo V. no entró en ella para dañarnos. V. se ha portado mejor que todos. Sé que calla V. lo que le dicen, y se me figura que no me desea V. ningún mal. ¿Verdad que no me lo desea?

—¡Qué criatura!—exclamé conmovido.—Toda clase de bienes. Si me he peleado con V. más de cuatro veces, ha sido por... por eso... cabalmente por eso. Buenos deseos, amistad... interés que...

—No lo dudo—declaró ella, sacándome sin querer del atolladero. —Por eso resolví despedirme de V.... y que no ignore el motivo de mi marcha... y de deber favores á alguien...

—¿Su marcha de V.?—pregunté aturdido.

—Me voy á Madrid... á ver si allí puedo encontrar trabajo suficiente para mantenerme.

—¿Pero qué significa esto? ¿Qué repentón?...

—No hay tal repentón. Las ganas de emigrar las tengo de antiguo. Además, mi casa... ¿Le parece á V. que yo encajo bien en mi casa? No hay idea, no hay pensamiento, no hay cosa de este mundo en que estemos conformes los que viven á mi lado y yo. A mí se me figura que allí no se hace cosa al derecho; y ellos piensan que yo deliro. Disputas vanas, roces continuos, asperezas, caras de cuerno, belenes... eso es allí el pan de cada día. Yo repruebo el modo de vivir de mis hermanas; ellas dicen que el mío las pone en berlina, y que no quieren por hermana á una maestra, á una rara, á un marimacho. Cuanto oigo, cuanto veo, en vez de contribuir á que me perfeccione, á que valga más, no hace sino agriarme, corromperme el hígado. Como dice uno de los pocos poetas que me gustan, "vivir quiero conmigo„. En aquel bureo no me encuentro á mí misma, no me conozco, no me poseo, y se me lleva Barrabás.

Creí que la libertad consistía en salir sola á la calle. No; también consiste en *estar sola* dentro de casa.

—¡Ah, Feíta!—murmuré con ahinco y pena.—¿Ve V., ve V. las consecuencias fatales de esa desatinada é imposible emancipación? ¡Ya sueña V. con abandonar el hogar doméstico y con renegar de la familia, imitando á las desatentadas y monstruosas heroínas de Ibsen, que se marchan cuando se las pone en el moño, pegando un portazo... y á correr mundo!

—V. perdone—respondióme Feíta con su brío acostumbrado, que delataba la beneficiosa influencia del caldo y del añejo Jerez. —La heroína de Ibsen á que V. alude deja á su marido y á sus hijos. Se dan casos de mujeres que los dejan por motivos peores que los que guían á Nora; pero, en fin, ello es que Nora abandona á tres inocentes. ¡Yo... abandono á varios culpables! No se asuste, ya le probaré que no exajero. Si estos culpables fuesen mis hijos... ¡puede que no tuviese valor para tanto, culpables y todo! No son mis hijos. Por algo he formado la resolución de no casarme. —Los hijos deben de ser una cadena atroz...—No se figure V: me duelen las niñas pequeñas y mi padre. He de estar tristísima los primeros tiempos lejos de aquí. Desde que me convencí de que era preciso marcharme, no he comido; así me puse tan débil. Pero hay que armarse de valor. Convencida de que debo marcharme, me marcho, y salga el sol por Antequera. Cuanto más pronto...

—¡Pero, hija, hija... cómo se amontona V., y como abraza esas decisiones heroicas! Vamos, vamos, agua fría por la cabecita... y tenga la amabilidad de explicarse. Yo no le digo á V. que su propósito... andando el tiempo... preparándose... sea malo, sea indigno de aprobación... Por lo mismo que se trata de una cosa que levantará polvareda, hay que pensarlo: déjeme V. respirar. ¿Por qué esa prisa?

—Porque...—respondió la muchacha estremeciéndose—porque *allá* suceden cosas... Así como así, tiene que llegar á saberse, y quiera Dios que no se sepa ya. ¿Me va V. á convencer de que no lo sospecha? Yo, al ver que V., que siempre concurría á la tertulia, falta de ella desde hace un mes, supuse que había olido... Las de Tardejón también dijeron pies para qué os quiero: se han escandalizado, y supongo que llevarán el cuento á todas las esquinas. Y mi padre... mi padre... ¡ciego, sordo, embaucado, echándolo todo á buena parte, creyendo que mis hermanas han encontrado *novio!*... cuando lo que han encontrado es...

Hizo Feíta, al pronunciar estas palabras, un gesto tan expresi-

vo, de asco, de desprecio, de repulsión, que cambió su fisonomía y la puso diez años más vieja.

—¿De veras? ¿Según eso...? ¡Baltasar...!

—Baltasar... y Mejía... ¡sí! Y ellas...! Ya ve V. que debo marcharme... hasta por sentido moral. O me marcho... ó se lo canto á mi padre y le doy la muerte... porque á esto no resiste. Sé que no resiste.

—¡Qué infamia!—exclamé.—¡Los canallas esos! ¡A unas señoritas! ¡A las hijas de tan buen hombre! ¿Pero está V. cierta, Feíta? De Rosa... francamente... ya tenía yo mis barruntos... ¡De Argos, no! ¿No será error de V.?

—Ojalá.

—¿Cómo lo averiguó V.?

—Por... por su descaro—respondió Feíta ruborizándose y con un tono humilde y dolorido, que daba pena.

XX

Mi hábito de desconfiar de las mujeres, de suponerlas consagradas á la caza del marido, venció en aquel momento á los sentimientos que Feíta despertaba en mí. Noté una especie de frío moral repentino, y acogí receloso las confidencias de Feíta, precisamente cuando éstas llegaban al grado de mayor intimidad y abandono, cuando la muchacha no recataba nada de lo que la afligía. Sentí que me ponía en guardia, y me pareció que de pronto mi cariño se sumía como agua en arenal. Sin embargo, continué atento, bien dispuesto en el terreno amistoso. "Procederé como amigo„, pensé, "como verdadero y leal amigo, á fin de que si estas son artimañas de una mujer, dotada de gran entendimiento y voluntad, para buscar otro género de protección, no pueda quejarse ni motejarme de que no la aconsejo y sirvo desinteresadamente.„

—Vamos, hija mía—insistí en alta voz—no sea que se haya V. ofuscado y visto lo que no existe. Quizá la... la intriguilla de... de sus hermanas... sea inocente... ó no sea aún tan... tan arriesgada como V. supone...!

La muchacha respiró, se pasó la mano por la frente, y se enca-

ró conmigo, mirándome de un modo que subyugaba por lo límpido y firme.

—Apelo á su sinceridad—dijo.—¿Puede V., no *jurar* (detesto los juramentos), sino asegurarme, como hombre de bien, que las relaciones de mis hermanas son puras?

Callé, bajé la cabeza, y ella continuó:

—¡Lo ve V.! Por otra parte, dijese V. lo que quisiese, sería igual. No hablo sin pruebas.

—Mire V., á veces una exterioridad... una tontería...

—No me dé V. esa clase de consuelos, Pareja; conmigo no se moleste V. en aplicar paños calientes. No me conoce V.; sin duda no comprende todavía lo que soy... en malo... y en bueno. No me asusto de que mis hermanas tengan novio. Casi... casi... no me asustaría de que tuviesen... otra cosa. Me horrorizo, sí, de las circunstancias que rodean esa... flaqueza suya. Aunque en otros terrenos nos entendiésemos ellas y yo (que nunca nos hemos entendido), su conducta en éste nos separaría por siempre jamás amén. Rosa... ¿Creerá V. que hasta el explicarlo me cuesta sudores?

La vi palidecer y la oí suspirar acongojada.

—Rosa... ha cedido al dinero. Rosa se ha vendido. Argos... es menos antipática; se ha entregado... por capricho, por curiosidad malsana, por novelería, por falta de sentido moral... ¡Ah! y por enfermedad. No vuelva V. la cara. ¡Ya entiendo! La vuelve V., no porque le espanten los hechos de *ellas*, sino porque le horrorizan *mis dichos*. Estoy hablando como no hablan las señoritas. No sería V. hombre si no le alarmasen más en la mujer las palabras reflexivas que los procederes ligeros; no sería V. hombre si no negase á una mujer que no quiere delinquir, el derecho de saber en qué consiste el delito.

—Tiene V. razón—respondí, instantáneamente dominado.—No puedo acostumbrarme á pensar que para V. no hay misterios. ¡Es V. tan joven, tan buena, tan lista, tan encantadora!; añadidas á esas cualidades, la ¡ignorancia, la inocencia, la sentarían á V. tan bien! Son esos fatales libros, son ciertos estudios impropios los que destruyeron en V. el mayor hechizo de su edad y de su sexo...

—Si eso fuese un hechizo..., poco me importaría carecer de él. No aspiro á hechizar á nadie.

—Pues hechiza V., aunque no se lo proponga—dije requebrándola involuntariamente.

—¡Entonces, auto en mi favor! Nada he perdido... Abad, Abad, hablemos en serio, que los tiempos no están para chanzas. Le pue-

do asegurar, sacándole de un error, que por los libros y los estudios yo sería aun... eso que Vds. llaman inocente. He leído mil cosas que no comprendí. La clave de ellas me la dió el mal ejemplo que he visto, los tristes cuadros que contemplo. La inocencia se puede perder muy temprano, sin leer más que el calendario, y hasta leyendo el *Astete*. ¿Dónde habrá libro más inmoral que mi casa?—añadió con amarga risa.—Por eso no quiero leerlo. Lo cierro. Si pudiese lo quemaría.

—Rosa—prosiguió después de una pausa en que no acerté á encontrar forma de interrumpir sus dolorosas reflexiones—estaba predestinada á este desenlace, si no encontraba inmediatamente un marido muy rico. Y si encontraba ese marido, estaba predestinada á arruinarle y á cubrirle de vergüenza. Por un retazo de terciopelo, vende Rosa la hostia consagrada. ¡Muñeca sin alma y sin decoro! Increíble parece que cieguen tanto unos trapos. Mire V., contra esa estoy más indignada que contra Argos... No me explico su conducta. La indignación viene de eso: de que no comprendemos, de que no podemos concebir una acción. Si lo comprendiésemos todo, todo lo perdonaríamos. En mi cabeza no cabe que por un metro de tela se hagan semejantes porquerías. ¡Un hombre gastado, y que no la gusta! ¡Un usurero, un prestamista, que ni es capaz de arruinarse por una mujer! ¡Vamos, eso no es malo, porque... porque es peor!

—Va V. á oir—frotándose los párpados con rabia—lo que ha hecho Rosa. Se ha vendido, bueno: pero como es tan necia, como su pobre cabeza está tan vacía, ni venderse supo, y lo que hizo fué ponerse la argolla de esclava y á mi padre también. D. Baltasar Sobrado, es, como V. no ignora, una hormiguita. Tiene á papá sujeto con préstamos que le va facilitando. Puede, cuando le plazca, dejarnos en la miseria. Pues bien; Rosa, en vez de tratar—ya que iba *al negocio*—de conseguir la libertad de papá, de conservarle el pan de la vejez... ¿cómo dirá V. que cedió á las pretensiones de ese coscón vicioso? ¡Pues conviniendo Sobrado en que la *garantizaría* en las tiendas, sobre todo en la *Ciudad de Londres*, de donde la envían lo que pide sin presentar la cuenta!

Los ojos de Feíta, al decir esto, chispeaban; sus mejillas ardían, y temblaban sus labios. Era magnífica su expresión de antipatía y desdén, y disipadas mis sospechas enteramente, recobró su dominio y me sentí atraído hacia ella con más fuerza que nunca.

—¿Comprende V?—repetía.—¿Ve V. la trampa en que se ha dejado coger esa idiota? ¿Ve V. lo que sucederá cuando mi padre, ó

tenga que abonar las deudas de Rosa, que ascienden á miles de reales, ó que deber el perdón y el abono de esa partida á la *garantía* y á la generosidad del infame de Sobrado? ¡Ah! ¡Cuántas ganas he tenido á veces de que el *compañero* le ajuste las cuentas! ¡Y se las ajustará, quién lo duda! ¡Si no, no habría Dios en el cielo!

Mortificáronme estas palabras y volvió á morderme en el corazón el despecho. Aquel obrerito—saltaba á los ojos—había encarnado el ideal de la sabia, y hasta sus sueños de venganza y justicia.

—No sé—continuó Feita - si será verdad que el mucho estudio nos acerca á Dios: yo bien poquito he estudiado por ahora, pero cada día creo más en la Providencia, y en que no hay maldad que al fin y al cabo no se pague. Todos pagarán, todos serán castigados según su delito, y V. lo verá y yo lo veré! Pero no quiero verlo de cerca. Ahí se quedan mis hermanas... según la carne...! con sus intrigas y sus enredos y su afán de conservar *la posición,* esa manía que tanta parte ha tenido en la desventura de Rosa! Porque Abad, ahí tiene V. el secreto. Las clases sociales, esa preocupación maldita, han hecho nuestra desgracia. Somos una familia de origen noble: convenido. Tenemos un escudo donde campean un aguilucho, unos roeles, y no sé qué más zarandajas heráldicas. Allá en el siglo xv y en el xvi un Neira fué señor de algún castillejo, y puede que hiciese barbaridades en la guerra. Pero faltó el *guano,* y cuando mis padres se trasladaron á Marineda, veníamos ya á reducirnos, á dejar nuestro papel de señores de pueblo. Desde que abandonamos la casa solariega y vendimos los trastos viejos y alquilamos un pisito en la capital, entramos en la *clase media.* De clase media fueron nuestras relaciones, de clase media nuestro modo de vivir. ¡Y ni aun de clase media ilustrada! No; de esa clase media que ni dirige ni sube. Aun así, no alcanzaban los cuartos. El varón de la familia, inepto para el estudio; nosotras, mujeres y teniendo que gastar y que exhibirnos, á ver si *nos colocábamos.* Papá, no decidiéndose nunca á... á hacer algo, á solicitar un puesto, á jugar los codos. Su honradez, su modestia, su decencia, le estorbaban...—Mi padre es de otra época, de tiempos en que la sociedad iba más despacio.—Murió mi madre, que hacía milagros de economía. Vino el desconcierto, el préstamo, la hipoteca, los apuros, el trueno. Si hubiese sentido común, si la vida se construyese directamente, sin farsa, con lógica... ahora era la ocasión de que bajásemos otro peldañito, é ingresásemos en las filas del pueblo. ¿Por qué no? Si al fin hemos... han de caer, digo en las de la gente perdida y despreciada! ¿No valdría más que Rosa planchase? ¿No estaría

mejor Argos cosiendo? ¡Cuanto tiempo hace que la aconsejé que se dedicase á tiple de zarzuela! A estas horas tendría la independencia ganada con su trabajo.

—Eso es imposible, Feíta.

—¿Por qué imposible? Lo imposible es vivir de cierto modo... Que se olviden de ese rótulo que dice: "somos señoritas„, y que se coloquen en la única situación honrada que les permiten sus medios Si quieren continuar dentro de la clase media (aunque en su esfera más humilde) entonces... que trabajen como yo. Pero ellas dicen que es *una vergüenza* trabajar así. ¡En casa—añadió, riendo sardónicamente—la vergüenza, soy yo quien la traigo! Pues he estado bien resuelta, si no encontrase lecciones, á entrar de doncella en una casa de Madrid. Sería *pueblo*... sí, *pueblo*... Comería en la cocina, al lado del lacayo... y dirían de mí: La Fe... una cántabra muy viva de genio... que no aguanta cosquillas! Y los domingos, en vez de salir á los Tíos Vivos y á los bailoteos y á las jaranas, me iría á ver Museos y á aprender lo que pudiese... Sería *pueblo* con el cuerpo, lo cual casi me hace ilusión... y con el cerebro sería *aristocracia,* más que mis amos probablemente... ¿No está V. conforme, Abad? ¿Vale más andar como Rosa y como Argos?

—Y está V. segura—insistí—de que Argos también...

Feíta movió la cabeza afirmativamente, con violencia y tenacidad.

—¿No será una cosa sin trascendencia?

—Es cosa muy de fondo... terrible... Basta que yo lo diga... No me haga V. entrar en detalles. Rosa aún guarda ciertas apariencias, pero Argos, con su desequilibrio y su condición de pólvora, no se recata, y verá V. lo que tarda en cubrirnos de barro. No quiero ver eso. Me voy. Nada puedo remediar. El favor que solicito de V. es que me preste lo indispensable para el viaje en tercera... y para vivir en la capital los primeros días. Cuatro cuartos, porque ya me han buscado en Madrid lecciones: Moragas, que es mi amparo, me recomienda á unas amigas suyas, que tienen muchas niñas y me admiten como una especie de institutriz... sin diploma y sin residencia... Creo que no tienen habitación para mí. Las casas allí son chicas. Hay otra lección, en un colegio, de historia. Habrá que estudiar para lucirse y cumplir bien, tan bien como un hombre! ¡Y como he de pagarle á V. religiosa y civilmente... me conviene que me preste V. muy poquito... para desentramparme pronto! ¿Verdad que no me niega V. este servicio? Mucho se lo agradeceré: no lo olvidaré nunca.

Me levanté sin contestar, y comencé á pasear por el reducido espacio del cuchitril. Una lucha se verificaba en mi alma. Las palabras de Feíta, su modo de pensar y de sentir, tan bien manifestado en aquella decisiva conversación, habían acrecentado y desatado, con reacción violenta, mi entusiasmo, actuando sobre mi imaginación, realzando su figura, obligándome, casi á la fuerza, sin aquiescencia de mi voluntad, á estimarla como nunca, y á postrarme rendido á sus pies. Mis desconfianzas, ya que no muertas, reposaban adormecidas por la magia de aquella bravía veracidad, de aquella virtud natural y desenfadada, de aquella pureza consciente y segura de sí misma, de aquella originalidad de pensamiento, que jamás pude imaginar que se encontrase en una virgen de poco más de veinte años. Sentíame arrebatado, conquistado, enamorado á todo trapo, de veras, y un arrebato inexplicable llenaba mi pecho, como si aquel sentimiento singular, que pocos días antes ni sospechaba, fuese para mí una patente de juventud, de salud moral, de energía, la potencia germinativa del alma, conservada en mí y atrofiada antes bajo la plancha de acero del egoísmo. Sí; lo más extraordinario, es que me regocijaba de sentirme en poder de la pasión. Juraría que había crecido. Mi pulso se apresuraba, mis venas hervían, mi cuerpo era ligero y ágil como cuando respiramos inhalaciones de éter. ¡Sensación extraña! En aquel transporte me parecía volar... Apenas quería combatir: ansiaba entregarme; quería dar salida á las palabras que se agolpaban á mis labios y desahogo á la plenitud de mi corazón. Me sacó de aquel estado de positiva embriaguez la voz de Feíta, diciendo burlonamente:

— No creí que mi petición le agitase á V. tanto. Figúrese que no he dicho nada. Le pediré á Moragas ese dinero, y aunque por su genio caritativo tiene mil compromisos, de seguro me lo da.

—¡Feíta!—exclamé volviéndome con ímpetu hacia ella, y dejándome caer en el sofá á su lado.—¡Que ha de ser V. tan discreta para unas cosas y tan cerrada para otras! ¿Supone V. que se trata de dinero? Tome V.

Y eché mano al bolsillo y lo vacié sobre la mesa.

—¿Quiere V. ahora mismo mis economías todas? ¿Quiere mi patrimonio? ¿Quiere mis muebles, mis ropas, mis libros?

—¿Está V. en su juicio? ¿Somos chiquillos y jugamos? Me bastan quince ó veinte duros.

—Pero si V. no se irá; si V. se quedará aquí... para toda la

vida! Desengañaremos á su padre de V..... salvaremos á sus hermanas... arreglaremos todo... ¡Si supiese qué contento estoy!

—A mí me parece que está V. fuera de sí—respondió ella levantándose, ya sorprendida y asustada.

—Y le parece á V. bien. No me haga caso... Es decir, sí... Oigame; no se ría... ¿Quiere V., Feíta... quiere V.... ¡ah! ¡mire que no se trata de ninguna broma! quiere V... casarse conmigo... inmediatamente?

EMILIA PARDO BAZAN.

(Se continuará.)

CRONICA LITERARIA

Doña Perfecta.—La novela y el drama.—¡Viva Orbajosa!—Sobre la región en el teatro.—María del Carmen.—En la Academia de Ciencias Morales y Políticas.—La política especulativa y la política experimental.—La lógica de lo absurdo.

La opinión arbitraria de que el Sr. Pérez Galdós, por ser un excelente novelista, no podía ser autor dramático, ha debido ir perdiendo fuerza—racionalmente pensando—á medida que las obras escénicas del autor de *Voluntad* han mostrado lo caprichosa é inexacta que es la supuesta incompatibilidad entre el cultivo de la novela y el *sentido* del teatro. Pero todavía esta opinión es un obstáculo para el buen éxito de las obras dramáticas del Sr. Galdós, y acaso continúe siéndolo por mucho tiempo, si, como es de suponer y de desear, el autor de los *Episodios* no se descorazona y sigue dando obras á la escena.

¡Ay de aquel á quien le cae encima una de estas opiniones hechas! En todas partes pesan mucho los prejuicios de esta clase, pero entre nosotros más, por la pereza en el pensar la y escasa afición á la lectura, así como por la arrogancia con que aquí juzga cualquiera de *omni re scibile,* y hasta no *scibile,* si le apuran un poco. No hay empleado de cinco mil reales ó dependiente de comercio que no se crea con luces para censurar el sistema de guerra que se sigue en Cuba, para arreglar la hacienda nacional, ó para poner los puntos sobre

las ies á los literatos de fama, cuando llega el caso de hablar de sus obras, y sin que preceda muchas veces la lectura ó la asistencia al espectáculo, si de dramas ó comedias se trata. La fuente inmediata de esta crítica *espontánea* es la prensa, pero el hábito éste no hay que cargárselo en cuenta á los periódicos, atribuyendo al influjo de su lectura esa general propensión á hablar de lo que no se entiende. Antes bien, puede decirse que la influencia de la prensa es saludable, pues al fin y al cabo hace que sean menos desatinados esos juicios vulgares.

No es de ahora nuestra propensión crítica. Cualquiera que haya hojeado nuestras novelas del siglo XVII recordará al arbitrista, al soldado, capaz, á su juicio, de acabar breve y felizmente todas las guerras en que por entonces se hallaba empeñada la monarquía española, al estudiante osado para enmendar la plana á los más sabios humanistas y á los más afamados poetas. Son tipos nacionales; los de hoy proceden de la vieja cepa castiza, aunque lo ignoren, y representan, como aquellos del tiempo de los Austrias, la hinchazón del carácter nacional, el lado portugués del temperamento ibérico. Que se inspiren las críticas en los viejos y bien llamados mentideros ó en los periódicos modernos, no es diferencia que alcance á la naturaleza de aquéllas, y la diferencia que en realidad hay representa un adelanto. Las fuentes contemporáneas son más cultas, más mesuradas, menos anónimas, y por tanto, más responsables.

En cambio, estas opiniones hechas tienen hoy más fuerza y se extienden más, no sólo por aquello de que suelen ser menos descabelladas, sino por la gran sugestión que los periódicos ejercen sobre la mayoría de sus lectores. Se las podría comparar á ese otro tipo de verdad artificial, aunque necesaria para el orden de la república, que se llama cosa juzgada. Y todavía estos fallos sobre literatura y arte, dictados por lo común en juicio sumarísimo, á usanza militar, son más irrevocables, si no más santos, que la cosa juzgada. Tratándose de ésta, puede haber un diputado que la discuta y la regatee la santidad, como

abogado del diablo, en el Parlamento, y quedan además el recurso de revisión y la gracia de indulto. Pero de las sentencias literarias que acoge y da por buenas el gran jurado vulgar, apenas hay á quien recurrir ni de quien esperar gracia. La apelación á la posteridad es casi una mera frase retórica, tratándose de lo presente. Se escribe para los contemporáneos. De la opinión de los venideros puede decirse aquello de: *si tan largo me lo fiais...*

Cierto es que más que estos prejuicios influyen en la suerte de las obras dramáticas del Sr. Galdós y en la de otras, esa falta de público que lamentaba no ha mucho el Sr. Picón en un artículo. No tenemos público para cierto género de obras; apenas lo hay para el drama, como no sea para dramas de psicología tan sencilla como *Juan José*, y que tengan además, como lo tiene esta obra, cierto sabor de actualidad, que al vulgo, que profundiza poco, le parece la expresión más acabada del *modernismo*, de las *ideas nuevas*, de que se habla, sin aquilatar, por lo común, las pretendidas novedades, ni ver si lo son efectivamente. Con toda su apariencia realista, con sus blusas y su escena del presidio, la obra del Sr. Dicenta (que aparte de esto, me parece digna del buen éxito que ha alcanzado, como dije en una Revista anterior), pertenece menos á la estética nueva que *Voluntad* y que *Doña Perfecta*. Pero la superstición de lo nuevo, como la de lo castizo, suele ser superficial, y no se fija más que en apariencias, en la corteza, en lo más externo de la forma.

A pesar de estos obstáculos, propios para desanimar á cualquiera, y más á quien, como el autor de *Halma*, ha conquistado ya, en una larga y brillante carrera literaria, suficientes laureles para que no pueda sentir el afán de notoriedad y la sed de gloria que anima á los principiantes en los lances adversos de la batalla en que tratan de *ganar sus espuelas*, como los antiguos paladines; á pesar de todo esto, repito, el Sr. Pérez Galdós prosigue con gran constancia su obra de autor dramático, y demuestra cada vez mejor, con sus producciones,

que lo es verdaderamente, á despecho de la pretendida incompatibilidad entre la novela y el teatro.

Obra de verdadero autor dramático es *Doña Perfecta*. La acción de la novela, estimada como una de las mejores del señor Galdós, se prestaba admirablemente para el teatro, y el arreglo está hecho de una manera magistral, con arte consumado de dramaturgo, aprovechando para los efectos de la escena cuanto el libro ofrecía de más dramático. *Doña Perfecta*, drama, conserva todas las bellezas de *Doña Perfecta*, novela, y las aumenta, concentrando más la acción, dándola mayor intensidad, y ofreciendo, con los recursos de la representación escénica, que copia la realidad más á lo vivo que los libros, una manifestación más plástica, más real, de los hechos que en la obra se desarrollan y de los personajes que en ellos intervienen.

Comparar dos obras escritas por el mismo autor sobre el mismo asunto, con un intervalo de muchos años, es siempre interesante, como que muestra, por decirlo así, la historia de un espíritu, la transformación de las ideas y de la fantasía en el curso del tiempo. Aunque no por completo, pues no se trata de una refundición radical, sino de una adaptación á la escena, el drama *Doña Perfecta* permite esa comparación. Y es altamente satisfactorio para el autor de los *Episodios nacionales* que, en estos tiempos de prematuras decadencias y de rápidos agotamientos, al cabo de los veinte años transcurridos desde que publicó la novela, origen de su último drama, y en los cuales ha sido tan fecunda su pluma, se muestre su fantasía no menos robusta y vigorosa que entonces y, lejos de acusar declinamiento, sus facultades de escritor aparezcan, por el contrario, realzadas por una perfección mayor en la forma, por una depuración visible del lenguaje que, sin perder en viveza y colorido, ha ganado en corrección y elegancia. El drama *Doña Perfecta* es, á mi juicio, obra más acabada en los pormenores, que la novela, con ser ésta tan notable.

La exposición, que llena el primer acto, está hecha con

sencillez y facilidad dignas de un maestro. Los personajes quedan clara y admirablemente caracterizados. En el segundo, la escena final entre Pepe Rey y Doña Perfecta presenta, por las circunstancias en que se produce, un vigor y un relieve superiores sin duda á los que ofrece en la novela, ganando en el drama todo lo que pierde en éste la entrevista de los novios, que me parece mejor en el libro que en la escena. El toque de los clarines, que anuncia la llegada de las tropas á Orbajosa, es de un efecto dramático admirable. Efecto legítimo, que nada tiene de común con las falsedades del efectismo teatral. Lo que caracteriza á éste es lo forzado y artificial de los recursos que emplea, la tendencia á producir en el público una impresión desproporcionada con la verdadera naturaleza de los hechos que ante él acaecen. En la escena de los clarines, por el contrario, la impresión no es superficial ni emana de circunstancias accesorias, traídas por los cabellos; arranca del fondo mismo de los hechos, de la naturaleza, de la situación en que se encuentran los personajes. En la lucha trágica, por lo desigual, que sostiene Pepe Rey con la tenebrosa conjuración de aquel pueblo de hipócritas en que impera doña Perfecta, el eco marcial de los clarines, que anuncian la aproximación de la patria armada, el restablecimiento de la ley común, es un hermoso símbolo, comparable, aunque más natural y humano, á la intervención de las divinidades mitológicas ó de los encantadores en favor de los héroes que reñían descomunal batalla con enemigos sobrenaturales. Es el restablecimiento del equilibrio, el socorro que llega cuando está próximo á sucumbir el combatiente, la ley que viene, como dice el ingeniero. Y ese sonar de los clarines no es en la obra un elemento nuevo, ideado para la representación escénica. En la novela figura ya con la misma significación, aunque allí no produzca impresión tan viva como en el teatro.

No participo de la opinión de que decae el drama en sus dos últimos actos, opinión que procede quizá de un concepto rutinario y falso de lo que debe ser el desenlace en las obras

escénicas. Lejos de pensar así, me parece que el interés aumenta en estos dos actos últimos, y que están desarrollados con tal maestría que, sin que huelgue nada en ellos, viene á concentrarse su acción en una escena capital que, en cierto modo, los resume y compendia. En el tercero esta escena es la de la junta de los cabecillas, convocados por doña Perfecta. Aquellos tipos de facciosos natos están admirablemente pintados y adquieren en ocasiones, á pesar de las estrechas miras de su particularismo local, caracteres épicos de héroes de viejos romances castellanos. *Caballuco*, en particular, tiene rasgos legendarios. La imparcialidad que en esta y otras escenas manifiesta el Sr. Pérez Galdós, excede de la que puede pedirse al arte. Decir, como creo que ha dicho un periódico, que *Doña Perfecta* es una *progresistada,* indica una dosis tal de apasionamiento que raya en estolidez ó ceguera.

En el último acto, muy breve todo él, la escena principal, la del desenlace, es rapidísima, y de una intensidad trágica extraordinaria. Aquellos gritos de María Remedios: «¡Cristobal... aquí... junto á los cipreses..! ¡que matan á la señora!» Aquel «¡Cristobal, defiéndeme!» de doña Perfecta, que es una orden de muerte, producen honda emoción, que aumenta al aparecer moribundo Pepe Rey.

Del pensamiento del drama, de las líneas generales de su desarrollo no hay para qué hablar, puesto que son los mismos de la novela de donde aquel procede. Pero sí merece mención muy laudatoria, por lo mismo que con tanta insistencia se han puesto en tela de juicio las facultades de autor dramático del Sr. Pérez Galdós, la habilidad con que están presentados hasta los más menudos pormenores de la acción. Nada hay en ella que no esté justificado lógicamente por circunstancias ó por episodios anteriores y que no sirva, á su vez, de antecedente para los hechos sucesivos. El desenvolvimiento de la acción revela verdadero conocimiento del teatro, comprensión tan clara de las condiciones de la obra escénica, que no la tendría más exacta y precisa un autor que llevara muchos años cul-

tivando este género. Hay en *Doña Perfecta* muchos detalles delicados, en que no se fijará probablemente la generalidad del público, pero que no pasarán inadvertidos para los inteligentes y en general para las personas dotadas de sentido artístico; pormenores que aumentan en proporción no escasa el valor de esta obra, y manifiestan el cuidado extremo que ha puesto su autor en todas las partes de ella, limando y cincelando cada una con perfección no acostumbrada.

Aunque la literatura tenga su finalidad propia, suficiente por sí, y no necesite que concurran con ella otras de diverso género, no es independiente el valor de la obra literaria del de su objeto, del de las ideas y realidades que expresa, como no lo es la estimación de la obra escultórica de los materiales de que se compone, ni de la figura que trazó el artista. El mármol y el bronce predominarán siempre sobre la arcilla, cuando los labre mano igualmente experta, y las imágenes de dioses y héroes honrarán más al cincel que las de bufones contrahechos. De las representación de ideas y sentimientos que han ejercido gran influencia entre los hombres, de cosas grandes, sean buenas ó malas, que también en la maldad hay su jerarquía y su grandeza, de sucesos que reflejen intensa y acabadamente la lucha de la vida, podrá obtener el arte literario mayores elementos de belleza que de las barreduras de la realidad.

Esta excelencia, emanada del objeto, tiene también *Doña Perfecta*. No es una de tantas manifestaciones del eterno drama amatorio, que forma la materia de la mayor parte de lo que llama Nordau literatura de ficción, y que pregona por modo bien elocuente, con su supremacía sobre todos los demás temas literarios, la importancia del sentimiento sexual, el predominio perdurable de esa abnegación inconsciente ó de ese acabado artificio de la naturaleza, que hace que hasta en las existencias más secas y egoístas, la vida del individuo esté orientada perpetuamente en el sentido que conviene á los intereses de la especie.

Aparte de esto, que aparece en casi todas las obras litera-

rias y que daría motivo para decir que la literatura es una colección de variaciones infinitas sobre el amor, *Doña Perfecta* es algo más. Es un símbolo de la historia de España, y no sólo de nuestra historia en este siglo, de las recientes guerras civiles, sostenidas por motivos ó por pretextos dinásticos, sino de nuestra historia desde que somos nación y aun antes de que lo fuésemos. Esa tendencia particularista que expresa tan bien el grito de los Paso Largos y los Romeros: ¡Viva Orbajosa y muera la nación! ha sido, en una ú otra forma, bandera de batalla y grito de pelea en todas las épocas, derribada á veces por manos y cetros fuertes, vencida en tiempos por los Reyes Católicos, cuando sojuzgaron á la inquieta nobleza y suprimieron los maestrazgos, y crearon la Hermandad y dieron las Ordenanzas reales; derrotada en Villalar, castigada en Aragón por Felipe II, sujeta por el espíritu unitario que trajeron de Francia los primeros Borbones; tendencia que tuvo en la organización espontánea de la guerra de la Independencia su expansión heroica, su momento épico, y que, degenerando luego, alimentó las guerras civiles; bandera apercibida siempre para levantarse de nuevo, grito que nunca se olvida y que aún hoy en épocas de paz resuena entre las protestas y las agitaciones con que cada pueblo defiende su audiencia, su capitanía general, su girón de privilegio, su resto de fuero, su exención de la ley común.

Acaso buscando los orígenes de este modo de ser llegáramos mucho más lejos, á cosas más hondas que la historia, á los cimientos etnográficos. Si, como dicen los antropólogos, somos de raza libio-ibera, kabilas traídos á la civilización, arrancados de Africa para Europa por la conquista romana y la inflexible reglamentación latina, sería esa una remota herencia, viva todavía, del aislamiento del aduar y de la tribu. Pero no hay que tomar las cosas de tan lejos. En los tiempos en que las vemos claras, esa tendencia es innegable. Desigual en sus frutos, ha creado héroes y bandidos, Empecinados y José Marías. Ha abonado la tierra para el caciquismo y para la resistencia heroica al

invasor; ha hecho que para todos los Orbajosas sea el poder central un monstruo apocalíptico y ha engendrado para combatir al dragón y si no para vencerle, para ser vencidos por él, innumerables Jorges, bárbaros y valientes como Caballuco. Y nuestra historia, desde que la nacionalidad se constituye, es la crónica de esa lucha entre el particularismo, en sus diversas formas, aristocrático y feudal unas veces, popular y local otras, cuándo de corporaciones, cuándo de territorios, y el sentido de unidad, de patria grande, de nación.

Al revés de lo que piensa el Sr. Picón, para quien los aplausos tributados á *Doña Perfecta* en el teatro son una prueba de lo que hemos adelantado en tolerancia desde 1875 acá, creo que si el drama del Sr. Pérez Galdós se hubiera representado por aquellos años habría conseguido un triunfo inmenso, ruidosísimo. La España nueva acababa de salir entonces de una de esas periódicas contiendas y conservaba aún el calor de la pasión y los ardimientos de la reciente lucha, en que, al cabo de diversas peripecias y bien pesados los sucesos, había salido vencedora.

Hoy es otra cosa... En la realidad, el desenlace del drama no fué el que presenta el Sr. Pérez Galdós. Pepe Rey no murió; se llevó á Rosarito, y satisfecho con sus amores y su triunfo, amén de poco rencoroso por naturaleza, olvidó las asechanzas y los agravios, y, lejos de vengarse, procuró vivir en buena armonía con doña Perfecta la halagó y transigió con ella. Y así vive, sin que le inquieten los recuerdos de lo pasado, sin cuidarse de si su horrible suegra urde contra él nuevas tramas, de si Orbajosa se agita, de si los Aceros y los Caballucos limpian las armas y ensillan los caballos para nuevas correrías...

***

Antes de ver la comedia del Sr. Feliu y Codina, *María del Carmen*, había leído el artículo del autor sobre *La región en el*

teatro. La tesis literaria me pareció exagerada y falsa; la comedia buena, mas no por lo que pueda tener de regional, puesto que lo que allí sucede podría acaecer, lo mismo que en la huerta de Murcia, en cualquier otra región de España, y aun en una provincia extranjera, sin que por ello desapareciese elemento alguno sustancial de la obra. La región, en *María del Carmen,* es asunto de vestuario y de decorado más que obra del poeta. El color ó el tono local que haya puesto éste en el lenguaje de las personas de su comedia, dado que sea exacto y verdadero, cosa que yo no puedo juzgar, no agrega á la obra elemento esencial alguno de belleza.

Aparte de esto, no creo que el Sr. Felíu y Codina haya descubierto ningún continente con su teoría del regionalismo literario. La verdadera literatura regional es la escrita en los dialectos de las regiones. El lenguaje, que es la exteriorización más inmediata y el reflejo más exacto y claro del alma colectiva, da entonces forma propia y adecuada á los sentimientos é ideas que expresa la obra literaria. Todavía lo regional ó lo local puede entrar, por otro concepto, en la literatura, como descripción de costumbres y tipos característicos de una comarca, y en esto es maestro el Sr. Pereda, á más de serlo en tantas otras cosas. En este último sentido hay más *región* en *Doña Perfecta* que en *María del Carmen*. Los cabecillas del drama de Galdós, *Paso largo*, *Romero* y *Caballuco*, así como el pleitista *Licurgo*, tienen más color y más espíritu local que los huertanos del Sr. Felíu y Codina.

La afirmación de éste de que «hacer región es hacer patria», es muy discutible; acaso podría sostenerse aquí con más fundamento lo contrario. Mas, prescindiendo de este punto, lo regional, en el sentido en que lo entiende el Sr. Felíu, se acomodará mejor á las obras en que entre por mucho el elemento descriptivo, á la novela principalmente, á la comedia de costumbres. En el drama, en comedias *dramáticas* como *María del Carmen,* representará muy poco. Las pasiones, las ideas y sentimientos, que forman la materia principal de estas

obras, no suelen estar localizados por comarcas, y en las creaciones literarias más elevadas son, antes que nacionales, humanos. La excepción no puede convertirse en ley ni servir de base para una teoría general.

Se ha dicho que las obras dramáticas del Sr. Feliu y Codina eran jornadas diferentes de un viaje de la Dolores por las distintas comarcas de España. Por lo que toca al elemento regional de estas obras, es exacto. Tanto monta Calatayud como la Alcarria ó la huerta de Murcia. María del Carmen pudo ser baturra y la Dolores murciana, sin que se alterase la acción de las obras de que son protagonistas, ni tuviese que cambiar su carácter.

Pero una cosa es *La región en el teatro* y otra *María del Carmen*. El Sr. Feliu debe seguir escribiendo comedias y dejarse de hacer propaganda de su teoría literario-regionalista. Los aplausos tributados á su última comedia me parecen justos. Á mi juicio, *María del Carmen* es obra de un género inferior al de *Doña Perfecta*, pero dentro del suyo hay que reconocer que es acabada y primorosa. Por lo que toca al asunto, á las ideas, á la parte íntima del drama, está en análoga relación de inferioridad respecto de *La mujer de Loth*, y sin embargo, es indudable que aventaja mucho á esta obra en la *ejecución*, en el desarrollo, en todo lo que se refiere á la habilidad *técnica*, por decirlo así, del autor dramático.

Por lo que toca á este último punto, *María del Carmen* nada deja que desear. Se muestra en ella esa difícil facilidad, tan bien denominada, y que, si como frase se ha vulgarizado hasta el extremo, es, en la práctica, tan rara como estimable. Hay una gran naturalidad en la manera de presentar cada escena y cada episodio de la acción. Todo tiene allí mucha vida, y revela en el autor una fantasía vigorosa y fecunda. Lo que hay de regional en la comedia (aunque, como he dicho, creo que es puro accidente) le da cierto colorido pintoresco que contribuye á la impresión de realidad que produce. Algunas figuras de segundo orden, como Pepuso,

Migalo, Fuensantica y Domingo, están magistralmente trazadas, y los actores las interpretan con exactitud y acierto. Los personajes principales presentan rasgos muy gallardos, particularmente Pencho, y el interés se mantiene sin decaer en todo el curso de la obra. Algunas escenas, como la final del segundo acto, en que Pencho se delata á sí mismo para librar á María del Carmen del compromiso que, por salvarle, contrajo, producen grande y legítimo efecto, y son eminentemente teatrales.

El desenlace se aparta de lo vulgar; es, en lo que cabe, original, con la originalidad relativa que puede pretenderse en la solución de estos conflictos de amor y celos, que, por haber sido y seguir siendo tema constante de la literatura, han sido ya resueltos de mil maneras diferentes y presentados en multitud de aspectos y combinaciones. Veía yo en él algo que, apartándose de la psicología corriente de las rivalidades amorosas, emanaba de una psicología más sutil y más honda, de la psicología de la renuncia y del desasimiento de las cosas temporales que produce á veces la revelación de la inminencia inevitable de la muerte. Pero he oído que no era este el primitivo desenlace de la comedia, y que la modificación se llevó á cabo en consideración al gusto del público y no á filosofía alguna. De ser así, lo que yo creí ver en aquella escena queda reducido, ó á ilusión subjetiva ó á un efecto casual, que no buscó el autor deliberadamente.

* * *

Pasando del Teatro Español, á otro teatro, español también, el de nuestra política, diré, para terminar esta Crónica, algunas palabras sobre los discursos leídos en la recepción del Sr. León y Castillo en la Academia de Ciencias Morales y Políticas.

No me parece bien que la importancia personal y la categoría alcanzadas en el ejercicio práctico de las artes de gobierno, ó del gobierno sin arte alguno, puedan suplir los títulos literarios ó completar los que de suyo son escasos, para ingresar en la Academia de la Lengua. La calidad de orador parlamentario notable es sin duda título para el ingreso, por ser la oratoria un género de literatura no inferior á los escritos. Mas en tierra tan fecunda en oradores como la nuestra, se debe hilar muy delgado en la apreciación de estos méritos, pues las cosas comunes desmerecen por su abundancia, en igual medida que las raras ganan estimación por su escasez.

Tratándose de la Academia de Ciencias Morales y Políticas es otra cosa. Los que han sobresalido en la política práctica tienen allí una representación que á nadie mejor que á ellos pertenece; la representación de la parte experimental, no menos importante que la teórica, en estas ciencias. Si en los ocios que á tales personajes proporcionan las alternativas de la política, les diera por trabajar en corporaciones de este género, su concurso sería indudablemente valioso. El roce con la realidad, la experiencia adquirida, el conocimiento práctico del mecanismo de las instituciones, de la fisiología y de la patología del Estado (de esta última particularmente), les habilitaría para ser colaboradores eficaces, y aun en ocasiones maestros, de los eruditos y los sabios que han estudiado las naciones y los gobiernos más en los libros que en la vida real. Pero, salvo notorias aunque contadas excepciones, nuestros políticos no suelen ser aficionados á la especulación, en el sentido científico de la palabra.

Sucede, además, que los que debieran atender á la práctica, por ser en ella competentes, la olvidan para inspirarse en la teoría, que han frecuentado menos, y los teóricos propenden á su vez á reglamentar la realidad y aun á imaginársela tal como les cuadra, sin detenerse en su estudio, ni saber de ella más que por testimonio ajeno. Afán de visitar países nuevos,

efecto de esa general propensión á apetecer lo que no poseemos y á desdeñar lo que está en nuestro dominio.

Algo de esto ocurre en el discurso del Sr. León y Castillo. No se trata allí de política experimental, sino de política especulativa. Al leerle, parece que se está leyendo á un profesor de Derecho político, que conoce muy bien la teoría constitucional y tiene leídos y sabidos sus autores, pero que no ha sido siquiera alcalde de barrio, ni sabe por tanto la diferencia que hay entre la regularidad geométrica de las fórmulas de los tratadistas y las sinuosidades, asperezas y jorobas que tienen las creaciones de la realidad en este orden de cosas. No se diría que el discurso—bien escrito, y á trozos elocuente—es obra de un político práctico, si no lo declarase la portada.

Discurrió el Sr. León y Castillo sobre la irresponsabilidad del poder real y la responsabilidad de los ministros en los países de representación falseada. Esto de países de representación falseada quiere decir países donde los gobiernos *hacen* las elecciones, y la frase es menos exacta de lo que parece, pues el Parlamento no es la única representación nacional, y además, en los países en que esto ocurre, por no haber en ellos verdadero cuerpo electoral, no necesita el poder ejecutivo falsificar sistemática y totalmente las elecciones, pues la propia atonía é indiferencia de los electores hace que los más, ó muchos cuando menos, estén siempre al lado del que manda. La falsificación parcial se completa con el turno pacífico ó belicoso de los caciquismos locales.

La conclusión á que llega el Sr. León y Castillo es que, falseada la representación, se produce el absolutismo ministerial, desaparece la responsabilidad de los ministros y queda gravemente comprometida la irresponsabilidad del monarca, por lo cual el príncipe, apartándose de la peligrosa máxima:—*el Rey reina y no gobierna*, debe imponer la sinceridad electoral.

Todo esto, al menos por lo que toca á España, está muy bien... para los libros, pero es muy discutible en la práctica.

Apelo del Sr. León y Castillo, académico, al Sr. León y Castillo, ministro. Cuando lo vuelva á ser, comprenderá cuán profunda y verdadera filosofía hay en la frase de Don Juan Tafetán, el de *Doña Perfecta: el absurdo es la razón de mi tierra*. Y todavía se queda corto el personaje de Galdós. El absurdo, en mayor ó menor escala, es la razón de todas partes... sólo que nosotros somos muy razonables.

Filosofar es grato, pero vivir es necesario, y la vida, principalmente la vida política, se compone de incongruencias, de transacciones con lo absurdo, de términos medios y amalgamas de cosas heterogéneas. Pedir sinceridad en las elecciones donde no hay cuerpo electoral es reproducir prácticamente la disputa sobre la precedencia de la gallina ó la del huevo. Se pide la función faltando el órgano. Puede pretenderse que la función creará el órgano, pero ¿quién la ejerce y cómo careciendose de éste? Hay que resignarse á que se ejerza mal y esperar en la virtud creadora del tiempo, lenta pero segura, cuando no se echa en tierra estéril la semilla.

No es tampoco tan absoluto el absolutismo ministerial. La prensa, cada día más poderosa, las minorías parlamentarias, la opinión pública, lo reducen y restringen mucho. Por el hecho de gobernar no se despojan los hombres de la razón, de la prudencia y de la justicia, convirtiéndose en arbitrarios y tiránicos. ¡Justicia, razón, prudencia!... ¡Palabras!, se dirá. En todo caso, palabras que pesan é influyen mucho.

No suelen hacerlo bien nuestros gobernantes y sería milagro que lo hicieran mejor cuando tantas causas, herencia las más de nuestros disturbios remotos y recientes, coadyuvan á que tengamos mal gobierno. Pero si desaparecieran esos calumniados convencionalismos y en la situación actual de España fuese verdad lo que está escrito en las leyes, y hubiese Cortes y diputaciones y ayuntamientos elegidos sin trampa, lloraríamos, como la vieja de Siracusa, por el tirano anterior. El caos no sería una frase retórica, jubilada ya, del repertorio de los periódicos de oposición; sería una realidad, mucho

más real y verdadera que las elecciones que ahora se hacen, pero también mucho más desagradable, perniciosa y funesta.

Del discurso de contestación del señor marqués de la Vega de Armijo no hay para qué tratar. Es un mediano artículo de periódico, que habla del *referendum*, como podía hablar de cualquier otra cosa.

* * *

A otros hechos recientes podría aplicarse también, en algún sentido, la frase de Tafetán: «El absurdo es la razón de mi tierra.»

Varios señores obispos parece que han prohibido el drama *Juan José*, del Sr. Dicenta.

Grande es la importancia que va adquiriendo esta obra, tal vez más por su índole popular que por los verdaderos méritos que tiene. Hay ya un periódico que se llama *Juan José;* con el mismo título é inspirada en el drama va á publicarse una novela por entregas. Los prelados prohiben la obra. No se puede quejar el Sr. Dicenta de que le dejen sus contemporáneos en la oscuridad ó el olvido.

No es que las censuras de la Iglesia sean apetecibles. Pero cuando los señores obispos se detienen en prohibir una obra literaria, que no tiene tendencias dogmáticas ni ataca á la religión, habiendo por el mundo tantos pecados, impiedades y males que combatir con los consejos y enseñanzas cristianas, debe de ser porque juzguen que la tal obra es muy importante y peligrosa para los fieles, y esto puede halagar los sentimientos profanos del autor, si no es extremadamente piadoso, y aun excitar la curiosidad de algunos pecadores, débiles ante le atractivo del fruto prohibido.

Si fuera este otro país, si no rigiera aquí plenamente la frase de Tafetán, creo que los partidarios de la independencia del

arte y de la libertad en la expresión del pensamiento, nada podrían decir contra la resolución de los prelados, sin mostrarse inconsecuentes é intolerantes. El obispo, juez y maestro en su diócesis, está en su terreno, ejercita un derecho y hasta cumple un deber, procurando con sus avisos y advertencias apartar á los fieles de lo que estima peligroso para la fe y para las costumbres. Pero no hay que olvidar la lógica que por aquí gastamos. En esta tierra de fe parece como que se confía muy poco en los medios espirituales. Hay una gran propensión á acudir al brazo secular, á convertir las censuras eclesiásticas en *punición temporal* de los herejes ó pecadores. Y aunque esta punición no pueda ser ya la de otros tiempos, sus formas posibles están en pugna con el espíritu de la época actual y con las ideas de libertad, justicia é independencia del poder civil que ahora se profesan. De aquí que este género de intervenciones de las autoridades eclesiásticas origine conflictos y despierte animosidades y recelos, con que nadie sale ganando, y quizá no es la Iglesia la menos perjudicada.

Vivimos en tiempos de tolerancia, y la tolerancia es un gran bien para todos. Resucitar las luchas religiosas parece temerario. A la tolerancia de la Iglesia en los Estados Unidos se deben en gran parte los extraordinarios progresos del catolicismo en aquel país, donde es planta nueva. Y al espíritu conciliador y transigente del sabio Papa actual son debidos muchos de los triunfos de su fecundo pontificado.

E. GÓMEZ DE BAQUERO.

CRONICA INTERNACIONAL

Descomposición del partido republicano español.—Ideas del Sr. Pi y Margall.—Estado del mundo.—Cuestiones coloniales.—Horror á la guerra.—Móviles que me impulsaron á escribir el Manifiesto á los americanos.—Consignación en estas columnas del Manifiesto.—Política internacional. — Predominio de Rusia en la tierra. — Aislamiento de Inglaterra.—La cuestión del Transvaal.—El Dr. Jameson ante los tribunales de Londres.—Cuestión de Bulgaria y de Abisinia.—Grande agitación en Italia.—Terminación.

I

Lo hemos visto y apenas damos crédito á nuestros ojos. La extrema izquierda del elemento democrático español, con su jefe á la cabeza y su programa por lábaro, se ha dividido con fragor de las inútiles bandas revolucionarias y se ha francamente acercado al método de la legalidad, después de haberlo puesto como no digan dueñas y haberlo maldecido con excomuniones pontificias en veintitrés años de diarios combates. Un verdadero neologismo han inventado en esta metamorfosis para caracterizar sus propósitos, mal sonante al oído, por poca costumbre de recogerlo entre las palabras usuales, pero muy expresivo de una resolución sistemática en los procedimientos, el neologismo «legalista,» que ahora tiene una circulación limitada, por incipiente, pero que llegará tarde ó temprano á entrar en las costumbres y aún á recibir consagración legal en el Senado de

nuestra Academia. Quien ahora leyera un antiguo documento electoral, aquella tan abominable alocución dirigida por mí el año 76 en Enero, á los heroicos electores de Barcelona, encontraría palabra por palabra las ideas y frases hoy publicadas por los que, olvidando y eludiendo su apellido de pactistas, entran en la vigente legalidad con alardes y entusiasmos nunca sentidos por los que mantuvimos en el creador año 73 la República posible, como después del 73 la democracia legal con sus naturales caracteres históricos, y su propia esencia íntima. Es evidente, de toda evidencia, que las varias agrupaciones democráticas no se distinguen tanto por sus teorías ideales, como por sus procedimientos prácticos. Divídese la democracia, comprendiendo en ella desde las agrupaciones que han gobernado últimamente hasta los que profesan el socialismo y la federal, por este dilema: ó pacífica ó revolucionaria. Y prueba de que no importan las ideas, como importan los métodos, la tenemos al canto. Los krausistas se llaman mucho más avanzados que nosotros, fundadores de las teorías y de las agrupaciones conservadoras dentro de la democracia radicalísima; y sin embargo, prefieren al voto universal el voto cualitativo, resto de las teorías eclécticas, eco de aquellos tiempos en que Guizot, desde la Sorbona ó el Colegio de Francia, y Donoso desde la cátedra del Ateneo de Madrid, proclamaban dogma político tan reaccionario como la soberanía de la inteligencia, oponiéndolo á la soberanía de la nación. Y lo que asevero del voto cualitativo, asevérolo también del concepto federal, que contiene reacciones económicas propias para resucitar el régimen de la tasa y de los gremios, como contiene reacciones regionalistas, de cuyos resultados únicamente podrían aprovecharse D. Carlos y el absolutismo. Después que, por la proclamación de los derechos humanos, se ha realizado la soberanía individual; y de que, por el establecimiento de la magistratura popular llamada Jurado y por la extensión del sufragio á todos los españoles, se ha realizado la soberanía nacional, no se distingue la democracia, tanto por su doctrina,

como por sus procedimientos. Deploro ver á mis antiguos compañeros de gobierno en la República enterados tan tarde, tras veintiún años, de la eficacia del método legal y parlamentario, pues, habiéndolo seguido al iniciarlo yo, acaso adelantáramos en nuestro camino mucho más, y acaso consiguiéramos cosecha mucho mayor de principios democráticos, aunque no ha sido escasa la últimamente atrojada; pero nunca es tarde, si la dicha es buena; y yo, alejado del Parlamento y del gobierno para siempre, desde mi humilde condición de publicistas, debo ayudar á los legales contra los revolucionarios, al federal de Madrid contra el federal de Cartagena, repitiendo á este que una revolución jamás fué obra de una secta, sino de una época, cual una tempestad jamás fué obra de una botella eléctrica, sino de aéreas y celestes corrientes magnéticas; por todo lo cual debe aprender la democracia, no á subvertir y subvertirse, sino á gobernar y á gobernarse.

II

No hay más que cuestiones coloniales en el mundo: los franceses tienen la cuestión de Madagascar, los italianos la cuestión de Eritrea, los alemanes la cuestión del telegrama de su emperador al presidente Kruger, los ingleses las cuestiones del Transvaal y del Cabo, los españoles la cuestión de Cuba, los rusos la cuestión de Corea, como si el eje de la política se hubiera separado de nuestra Europa y quedaran sus dos polos en el Oriente y en el Occidente extremos pasando todo él por los mares, y no como antaño, por el continente nuestro, que ha ejercido una soberana hegemonía en el planeta por espacio de siglos y más siglos. ¡Cuántas consecuen-

cias intrincadas traen tales gravísimos hechos y cómo andamos sobre todos ellos con el temor de que alguno estalle y abra volcanes asoladores en el suelo é incendie los aires con apocalípticas tempestades. Nada me repugna y me subleva en el mundo como la guerra, necesitada de organizar sus fuerzas en un verdadero despotismo; esgrimida siempre con violencia y siendo esencialmente un mal, aunque vuelva por el bien; olvidada por completo de todas aquellas nociones del derecho humano sin las cuales no tienen precio alguno la vida y vuelven las sociedades al período de los caníbales como si reinaran aun sobre nosotros los dioses del odio, los dioses antropófagos cuyas narices se abrían como las narices de los tigres al hedor de la sangre, cuyo exterminador espíritu encerrado en cielos de tinieblas se gozaba con los holocaustos cruentos y los sacrificios humanos.

III

Odiando yo por tal suerte los horrores de la guerra, ya comprenderéis cómo habrá conmovido y angustiado mi espíritu el horror de la presente guerra civil en Cuba y el horror de la probable guerra internacional con los Estados Unidos. Yo comprendo y explico, aunque lo deplore, combatir á sangre y fuego en el continente de lo pasado como Asia ó en el continente de la barbarie como Africa; pero no comprendo, no puedo comprender guerras civiles ó extranjeras en los dos continentes de la luz y de las ideas, en América y Europa, comprendiendo menos un choque mortal entre ambos, que sería tan terrible sobre la inmensidad del Océano como el choque de dos cuerpos celestes en la inmensidad del espacio. Viejo

republicano, constante demócrata, liberal de abolego, he prestado culto á las instituciones americanas toda mi vida y puesto entre los nombres de mis devociones laicas á los héroes de la libertad, de la República, de la democracia en el Nuevo Mundo. Hanlo reconocido y recordado así en estos angustiosos momentos los periodistas y escritores de la grande América del Norte, dirigiéndose á mí en demanda de un pensamiento y de un verbo sobre la probabilidad y las consecuencias de una guerra, entre nuestras dos naciones. Las Revistas, *El Faro* y *El Norte;* los periódicos *El Herald* y *El Voorld* y *El Journal,* diputados y senadores, varias corporaciones hanme dirigido tantas consultas que me creí en la necesidad imprescindible de poner un cablegrama circulatorio, con quinientas ocho palabras inglesas, cuyo texto español copio aquí á la letra. Héles hecho, pues, á los americanos las debidas reflexiones sobre su temeridad en las lineas siguientes:

IV

Decisme, americanos, que América escucha mi palabra. Creílo un tiempo. La vejez hame traído este desengaño: no me oís. Yo afirmé que nunca reconoceríais la beligerancia de los facciosos cubanos, y todavía creo que, siendo tal acto incumbencia del presidente, no lo realizará éste y le daréis el apoyo de vuestros afectos republicanos y por ende pacíficos. Así no vulneraréis, como vulnera vuestro Parlamento, el derecho internacional con declaraciones de beligerancia que atacan el principio de no intervención proclamado por la democracia toda y amenazan la integridad y la independencia de nuestra España. Si apoyarais al Parlamento, tendríamos que aborre-

ceros, porque ser patriota es amar y aborrecer como ama y como aborrece nuestra patria. Imposible oiga vuestro primer magistrado á las Cámaras. Llamar ejércitos á facciosos sin disciplina y sin ley; Estado y gobierno á cabecillas sin residencia posible; Congreso á juntas nómadas sin domicilio conocido; escuadras á barcos filibusteros sin filiación y sin bandera, derogando así todos los principios del humano derecho para cohonestar una impertinente ingerencia en conflictos de nuestra privativa soberanía y para fomentar una revolución criminal, funda todas sus esperanzas en el auxilio extraño y á extraños quiere sujetar la Isla en su mentido esfuerzo por una independencia ilusoria, y arremete contra la nación madre de todas las naciones americanas, es un error y un crimen colectivos, tan enormes, que habríais de pagarlos carísimos vosotros, si lo perpetran vuestros representantes, pues no pueden tolerar ni Dios, ni la humanidad este cesáreo y despótico atentado de la fuerza bruta y del interés mercantil á la justicia universal.

V

Quiere trastrocaros vuestra oligarquia belicosa de pueblo trabajador en pueblo guerrero por tristes resoluciones, que suman todas las violencias de una conquista armada con todas las perfidias de una diplomacia cartaginesa. La república conquistadora perecería en América como pereció en Grecia por Alejandro, en Roma por César, en Francia por Napoleón. Y perecería más pronto esa república conquistadora, si chocase con ùn pueblo inconquistable, como el pueblo español, á quien importan un ardite veinte años de guerra. Pero no habrá guerra entre nosotros, hermanos por los vínculos de la

Historia toda y de las instituciones democráticas. Franklin, Washington, Lincoln, esos bienhechores de la Humanidad, no pueden trocarse, no, en Jerges, en Faraon, en Atila, esos azotes de Dios. La Flor de Mayo, que todos los republicanos bendecimos, como saludan la rosa mística de sus letanías los devotos, no puede soportar un riego de sangre, ella que llevaba los peregrinos ansiosos de aplicar el sermón de la montaña y sus bienaventuranzas al nuevo mundo social.

VI

Volved en vosotros, como habéis vuelto durante los conflictos con Inglaterra, no se diga que retrocedéis ante los fuertes y arremetéis con nosotros porque somos débiles. Pues no lo somos, porque se han engañado todos cuantos, al creerlo así, nos han agredido, estrellándose contra un valor, cuya principal cualidad no está en el coraje, sino en la constancia. Y además no estaríamos solos. Al vernos el mundo desacatados por nuestros hijos de América, se sublevarían los afectos paternales de todos los corazones humanos y harían por los españoles, padres de la civilización americana, lo que hicieran por los helenos y por los romanos, padres de la civilización europea. La presencia de España en las Antillas recuerda que fuimos los reveladores del nuevo mundo, como la presencia en Filipinas recuerda que fuimos los reveladores de todo el planeta. Bien estamos, pues, donde estamos. No queremos nada más ahí; pero tampoco queremos nada menos.

VII

Y no invoquéis la doctrina de Monroe, desconociéndola y falseándola. Esta doctrina se revuelve contra la reconquista de América por Europa; mas reconoce la posesión secular de los territorios europeos en ese continente, y con especialidad del territorio antillano. No puede haber ni un continente solo, ni un pueblo solo. Y esas Antillas, separadas del continente nuevo y tendiendo al antiguo, representan la unión entre América y Europa, como representaban los archipiélagos griegos la unión entre Europa y Asia. Resulta, pues, un interés europeo el que las Antillas sirvan de comunicación entre los dos continentes y de áncora firme á la estabilidad del planeta. No estáis aislados en el mundo. Como todos los pueblos industriales, necesitáis cambiar, y mejor mercado encontraréis en Cuba española que en Cuba colonia vuestra, que no podríais someter, ó en Cuba presa de las enfermedades consiguientes á una imposible independencia, que no podría conservarse.

VIII

Y Cuba es una democracia como España. Os lo dice quien pertenece á una generación, la cual ha suprimido la trata, la esclavitud, la intolerancia religiosa, el antiguo régimen colo-

nial, y ha proclamado libertades que nos admiran y nos envidian todos los pueblos del mundo. Y casualmente hase erguido la insurrección parricida en Cuba, cuando acabábamos de dar leyes liberales por voto unánime de todos los partidos y nos preparábamos á concederle con amplia descentralización el gobierno oportuno de sí misma bajo nuestra gloriosa bandera y la posible libertad mercantil. Vosotros habéis nacido para descargar el cielo de asoladoras centellas, no para forjarlas y menos para blandirlas. Convivamos en paz. Cuando por el *Virginuis* tuvimos la gran dificultad con vosotros, el más sublime senador vuestro, el abolicionista inmortal, mártir de la libertad, oponiéndose á la guerra en el Capitolio, dijo que si América concluía con la República en España, sucederíale lo mismo que le sucedió á la segunda república francesa cuando mató la república romana. Y vuestras Cámaras votaron un mensaje, reunidas en Congreso, aclamaron la República y la nación españolas. No somos hoy una República, pero somos la democracia más liberal de todo el viejo continente. Y á nuestra patria no podéis arrancarla de América, porque si esa tierra se hundiese en el Océano, sobre las ondas brillarían las estelas de nuestros descubridores navíos y en aquellas solitarias brisas eternamente sonaría el nombre de la creadora España.

IX

Está pasando un fenómeno, que pocos advierten, y que influye con influencia soberana sobre todos: el aumento de la prepotencia moscovita en el mundo. Llámase al predominio de un territorio sobre las demás de cualquiera región hegemonía desde las edades, en que hubo la guerra del Peloponeso

por la superioridad política ó moral disputada entre Atenas y Esparta sobre toda Grecia. Pues Rusia no ejerce hoy hegemonía sólo sobre nuestra Europa; la ejerce desde los muros de China hasta los mares de Cádiz, la ejerce indisputablemente sobre todo el viejo mundo, mayor, mucho mayor, que la ejercida por los Estados Unidos sobre todo el Nuevo. Que Francia dispuso de Europa desde los días primeros de la centuria expirante hasta el año 14, por medio de Naploeón; que dispusieron los reyes y emperadores del Norte desde la batalla de Waterloo en el año 15, hasta la cuádruple alianza en el año 34; que desde la cuádruple alianza entre Inglaterra y Francia y Portugal y España hasta la terrible catástrofe de Sedán, dispusieron franceses é ingleses, según lo demuestran en la guerra de Crimea como la guerra de Italia y en la guerra de Italia como la guerra de China; que desde la catástrofe de Sedán hasta la retirada de Bismarck dispuso Alemania de todos nosotros no cabe duda de ningún género, pues son fases del tiempo las así caracterizadas que se hallan reconocidas por todos cuantos estudian y conocen la historia contemporánea. Pero como lo más difícil va siendo el conocimiento de los hechos diarios, apenas enlazados unos con otros en la viveza y multiplicidad de nuestras emociones personales, impeditivas de toda sistematización regular, nadie nota cómo anda Rusia, cual no se nota casi cómo anda el tiempo y no se nota nada cómo anda el planeta. Mas, miradlo: un veto suyo ha detenido los japoneses en su marcha triunfal y los ha sacado, no obstante victoriosos, de la Mandchuria vencida; otro veto suyo ha destruido la influencia de Austria en los Balkanes y logrado que príncipes tan católicos como el hijo de un Orleans y de una Parma bauticen al primogénito de sus amores en la religión oriental más ó menos ortodoxa búlgara, feudo religioso y político ya de la santa Rusia; otro veto suyo ha hecho que Inglaterra desistiera de sus pretensiones acerca del régimen favorable á la pobre Armenia y ha repuesto al sultán sobre su trono despótico cuando parecía casi depuesto; una maniobra

suya se ha incautado del gobierno de Corea, constituyendo esta península misteriosísima so el protectorado ruso indirecto contra todos los esfuerzos y maniobras del Japón; demostrando así que Rusia crece hasta posesionarse de dos continentes amenazando á los occidentales con la realización de aquella profecía del emperador Napoleón, quien anunciaba en las previsiones del mirar suyo de águila que para la próxima centuria Europa sería ó republicana ó cosaca.

X

Así comprendo yo que Inglaterra se halle muy embargada por estos terribles síntomas del avance ruso y se aperciba con todos los medios posibles á procurarse un seguro venidero y una defensa enorme. Bien lo necesita, pues Rusia, que le iba cerrando antes por tierra desde las mesetas centrales del Asia tártara todos los caminos á Persia y á China y á India, se le cuela de rondón ahora en el mar y en el río Amarillo, disputándole con su largo cetro territorial el poderoso tridente oceánico. Mas no se duerme Inglaterra en las pajas. Fortalecida por el más potente factor de influencia que puede imaginarse, por su oro, y teniendo á su disposición aquella fuerza de que no pueden disponer ya los Estados, ni en Europa, ni en América, un presupuesto con superábit, no solamente ve crecer sus escuadras, sino aparejarse y moverse con una grandeza y una rapidez inexplicables. Tanto su ministro de las Colonias, Chamberlain, como su ministro de la Marina Goschen, aseguran, y no mienten, haber llegado el poder colonial y el poder marítimo de la Gran Bretaña en el mundo á términos que parecen soñados. Pero esta grandeza le suscita dificultades y conflictos

no envidiables en las cinco partes del globo, muy propios para quitar el sueño á sus estadistas con frecuencia. Cola de cometa siniestro extiende la cuestión del Transvaal desde las riberas del Cabo hasta la desembocadura del Nilo y desde la desembocadura del Nilo hasta las orillas del Támesis. El grande africano Rhodes, una especie de Yugurta europeo, reinando so el regio manto y la imperial corona de Victoria, su reina, entre republicanas denominaciones y amaños, no se contenta y satisface, tras haber tendido á los pies de su ilustre soberana dominios innumerables y mapas que parecen como inscritos en los fantaseos de *Las Mil y una Noches*, no se contenta y satisface con esta obra fantástica, la cual cree pobre y pequeña en comparación de la intentada para lo futuro, y pretende acrecentarla, si quier en este acrecentamiento alguna vez tropiece con obstáculos invencibles y haga correr á la metrópoli, con su emperatriz y todo, riesgos ó daños gravísimos. Los que conocen á este hombre, muy extraordinario, le atribuyen, al par de una codicia por el oro sin límites, una tan grande ambición que le suponen capaz de arrancar la corona cedida por necesidad á la reina, y coronarse, ó César de un Imperio negro inacabable, ó Cronwell de una República. Pero las gentes británicas, muy satisfechas del magno esfuerzo que supone todo esto en su patria y gente recelan dos cosas: bien un escándalo colosal, en cuya comparación quede lo del Panamá cosa baladí, bien una sarta de complicaciones intercontinentales como la surgida últimamente con el emperador alemán, en las que recaiga sobre su patria una responsabilidad tan enorme como la de haber encendido en el planeta una guerra, cuyos estragos pueden dar al traste con todas las grandezas de nuestra ilustre civilización y con todos los productos del trabajo universal. Y hay para temerlo, y mucho, visto lo visto, visto lo que ahora mismo está sucediendo entre Inglaterra y el Transvaal.

XI

Las peregrinaciones emprendidas por los jefes de las colonias del Cabo y al Cabo próximas, encierran tal número de instructivas enseñanzas, que no debemos, ni desatenderlas, ni descuidarlas, si deseamos comprender el complicadísimo asunto. Desde luego el explorador y gobernante, á quien los ingleses idolatran, este célebre Rhodes, cuyo nombre no podemos elidir un instante, por sus obsesiones al gobierno y al pueblo de Inglaterra, se había partido de sus Estados como reo, por causante de la última perturbación y vuelve á sus Estados cuando no ha podido aducir excusa de ningún género como vencedor. Después de haber sido el general y jefe supremo en la triste aventura del médico Jameson; después de haber tirado la piedra esconde la mano; y se reduce todo el castigo que le han impuesto á un viaje más ó menos cómodo por aguas y arenales más ó menos extensos, y á una conversación larga con el superior jerárquico más ó menos embarazosa. En cambio el instrumento de sus maniobras, el verdugo cumplidor de sus sentencias, el cabecilla de sus irrupciones, Jameson, va preso desde el Transvaal á Inglaterra como reo de lesa nación y lleva consigo presos también y sometidos á la justicia histórica los que componen el ejército roto que tantas pesadumbres acaba de dar á Inglaterra y tantos males ha podido inferirle. Y se ha dado el rarísimo ejemplo de que mientras la policía los vigilaba y las cárceles se abrían á su paso para recibirlos y por ende penarlos, el pueblo les ofrecía palmas al paso y les atronaba los oídos con vítores. Vestían los insurrectos vestimentas ceñidas á su cuerpo en

Africa y ostentaban las pruebas de convicción que debe atraerles el justo castigo. Y no solamente ostentaban todo esto, sino que hacían un relato casi homérico de sus hazañas, ennegreciéndose la conciencia y la memoria con la incomprensible jactancia de crímenes que no han cometido y de muertes que no han hecho. Doscientas ochenta víctimas se imputaban á su voluntad y á su nombre tan gárrulos criminales; y el gobierno á quien asaltaban y que los ha vencido no quiere la gloria consiguiente á un tal extraordinario esfuerzo y se venga con no haber tenido necesidad del sacrificio ni de una docena entre soldados suyos muertos y heridos para salvarse del tremendo enemigo. Mas sea de todo esto lo que quiera, si así reciben los ingleses al vencido, entre loores y aleluyas, ¿no puede recelar el vencedor que lo reciba á él entre denuestos y silbidos? Sin embargo, el íntegro y estoico Kruger, que hizo un viaje tres lustros ha, sacudiendo en él una parte de las obligaciones que le impusiera la gran Bretaña, se dirige hacia Londres en requerimiento de nuevas garantías, por las cuales puede presentar él en fianza un régimen más antinómico para los uitlanderes y una participación más activa en el gobierno municipal para los ingleses que hoy explotan aquellas minas y que desistirán de proteger nuevas invasiones en cuanto alcancen una mayor libertad. Dondequiera que por grandes transacciones políticas se recaba un progreso pacífico y seguro, allí están siempre con sus adhesiones deliberadas y continuas, así nuestro corazón como nuestro pensamiento.

XII

Terminemos esta extensa revista deteniéndonos ante dos hechos capitalísimos, como son las transformaciones de Bulgaria y las guerras de Abisinia. Desde que mataron á Stambouloff, único estadista búlgaro capaz de comprender cómo Bulgaria no merecía el nombre de nación, si pasaba desde su antigua servidumbre bajo los otomanos á servidumbre nueva bajo los moscovitas; desde tal suceso comprendimos que la rusificación de los Balkanes tardaría poco tiempo, apoyada directamente por Francia contra sus propios intereses, é indirectamente por Alemania contra los intereses de la Triple Alianza. La inclinación á Rusia del primer ministro Stoiloff, la embajada del metropolitano Clemente á Petersburgo, la ida del príncipe Fernando á Roma en pos de imposibles cohonestaciones del catolicismo heredado con su apostasía próxima, el bautizo de su primogénito Boris por la mano del exarca Joseph, los padrinazgos de una comisión moscovita representando al gran padrino, al Czar, la proclama de Fernando como feudatario del sultán y su reconocimiento en esta humillación por todas las potencias, enseñan cómo se ha rusificado Bulgaria; y esta rusificación enseña cómo hay un imperio extendido desde la Península coreana en estos meses últimos hasta la helénica Macedonia. Todo hubiera podido temerse del Coburgo adscrito á la humilde monarquía búlgara menos que apostatara de la religión católica y volviese las espaldas al Austria después de haberse casado con una rica infanta parmesiana, tan devota de los Papas romanos como de los viejos Hapsburgos. Los escritores, dispuestos á excusar cuanto los

reyes hacen, recuerdan la célebre apostasía del renegado Enrique IV y la comparan á una con esta reciente apostasía de un Coburgo-Borbón. Pero Enrique IV apostató para que no reinaran en Francia los hijos de Felipe II y el imperio español no se dilatase desde las aguas del Danubio hasta las aguas de Gades, sin contar sus dominios en todo el mundo conocido; y Fernando Coburgo apostata para que se dilate un imperio como el de Nicolás II, que va provocando las iras mil veces dispertadas en la sucesión de los siglos por los aspirantes al dominio universal del planeta. Y los triunfos indirectos de Rusia son ya tan graves como los mismos triunfos directos. Y triunfo indirecto suyo es la campaña del Nego abisinio contra el ejército de los italianos en Africa, porque Rusia protege al vencedor so pretexto de ser el único rey africano de nuestra religión y pertenecer esta religión cristiana, ó brazo de la religión cristiana en el árbol de nuestras creencias, á la religión oriental como la propia iglesia moscovita. Y lo de Africa trasciende mucho á Europa, y lo que sucede por Algalí, por Makallé ó por Kasala repercute muchísimo en Italia, donde los ministerios á una oscilan y las Cortes con los ministerios al empuje de los telegramas eritranos. Así, viendo allí los ministros de Hacienda que la guerra puede traer aparejada la ruina, y alarmados por la terrible perspectiva de un Tesoro agotado y un presupuesto exhausto, se han decidido por convocar las Cortes, convocatoria muy combatida por Crispi, que quisiera presentarse al Parlamento, no con una dificultad aumentada, sino disminuida, merced á lo cual ha resistido cuanto ha estado en su mano las sesiones amenazadoras y los debates borrascosos. Pero las Cortes italianas se congregan en pésimas condiciones. Pocas veces he cerrado estas revistas bajo un dolor tan intenso, pues veo entrar en muy malos caminos á Europa y siento sobre mis ojos cargados por el insomnio la electricidad terrible de una voraz guerra. Encontrábame aquí próximo á cerrar estas reflexiones, cuando el telégrafo me comunica la desgracia de Italia en Abisinia, su general

Baratieri vencido, diez mil de sus soldados muertos, las fortalezas próximas al sitio del desastre cercadas, los bárbaros aullando sobre la matanza y el exterminio, las manifestaciones en el pueblo italiano al saberse tal caso revistiendo carácter de revoluciones, el pueblo romano indignadísimo hasta maldecir á sus ministros como fieras de caza, las gentes echadas á los caminos para impedir la salida de tropas, y así la realeza como el rey pasando por tan espantosa crisis que nadie se maravillaría de ver triunfante la República en aquella desgraciada península. Si recorréis mis revistas, no podrán maravillaros tales sucesos, porque mil veces os he dicho que la demencia de su guerra en Africa traería una irreparable catástrofe á la infeliz Italia.

EMILIO CASTELAR.

LA PRENSA INTERNACIONAL

Los locos fuera de los manicomios.

Uno de los modos más antiguos de asistir á los locos consiste en colocarlos en casas de familias particulares. Existe en Bélgica, quizá desde el siglo VII. La leyenda de Santa Dinfna hacía conducir á Gheel desde tiempo inmemorial á los enajenados, con la esperanza de una curación milagrosa. Situábanse los locos en una dependencia de la iglesia, *Ziekenkamer* (aposento de los enfermos), para presenciar las ceremonias religiosas que debían sanarlos, gracias á la intercesión de la santa virgen y mártir. Cuando los enfermos no habían recobrado la razón después de la primera novena, dejábaseles á menudo en el domicilio de los habitantes del pueblo, para que aguardasen hasta la próxima fiesta de la patrona.

Aquella usanza parece ser el origen del método de asistencia en familia seguido en Gheel desde varias centurias ha, el cual sufrió algunas modificaciones desde que está sujeto á la vigilancia administrativa.

Gheel es una ciudad de 5.000 almas, sita en la Campine, antiguo departamento francés de Deux-Nèthes. Su término municipal comprende veintidós poblados, seis de ellos con parroquia, que aumentan cerca de 6.000 habitantes la población. Ese municipio, que abarca una superficie de más de

10.000 hectáreas, es uno de los mayores de Bélgica. En 1840 contenía ya 717 enfermos, pero su número ha aumentado muchísimo de entonces acá; el director de la Colonia, doctor Peeters, dice (1) que en 1.° de Enero de 1894 comprendía un total de 1.875 enfermos: 1.005 hombres y 870 mujeres. Estas cifras pueden servir para caracterizar el desarrollo de esa institución y colegir su importancia.

Los enfermos llevan en Gheel vida común con los dueños de la casa donde están hospedados, participando de la mesa y de los recreos de las familias de éstos. En la calle, lo mismo que en casa, el demente goza de completa y absoluta libertad, mientras no causa escándalos ni desórdenes. Nadie hace corro para ver los ademanes incordinados de algunos; hasta los chicuelos, acostumbrados ya á ese espectáculo, pasan de largo sin volver ni aun la cabeza. Los locos toman parte en los trabajos de la casa, en las faenas domésticas, y ayudan á la guarda de los niños que los padres les abandonan sin la menor desconfianza. Compréndese que este sistema de aislamiento en medio de personas cuerdas es más favorable que el aislamiento en los asilos en medio de otros locos, entre los cuales no se desarrolla nunca ningún sentimiento de cariño.

Son excepcionales los malos tratos por parte de los hospederos, y esto no debe causar sorpresa: no sólo está acostumda desde hace largo tiempo la población necesitada de Gheel á la asistencia de los locos, sino que los hospederos viven bajo una vigilancia permanente. Aparte de la administración que sostiene varios funcionarios especiales, ejércenla los mismos enfermos, los demás hospederos no exentos de envidia, los habitantes que no representan ningún papel en la institución, pero que se interesan por el buen orden, y los forasteros que circulan libremente por todo el término municipal.

La administración, por su parte, provee ampliamente á la

(1) Peeters: *La situation actuelle de la colonie de Gheel. (Bulletin de la societé de médecine mentale de Belgique*, Setiembre de 1894.

vigilancia oficial, que se ejerce: 1.°, por la Junta superior, compuesta del gobernador de la provincia como presidente, el promotor fiscal del distrito, el juez municipal, el alcalde y un médico nombrado por el gobierno; 2.°, por una comisión permanente de vigilancia, compuesta de cinco miembros, dividida en la actualidad en dos secciones que hacen sus visitas por separado. El secretario tiene el encargo especial de velar por el buen arreglo de los alojamientos. El médico-director ve dos veces por año á todos los enfermos. Los médicos principales y sus auxiliares visitan, por lo menos, una vez al mes á los enfermos incurables y una vez por semana á quienes presentan alguna posibilidad de curarse. Los enfermeros guardianes de sección, en número de ocho, deben circular todo el día en la que están de servicio, visitar las habitaciones y asegurarse noche y día de que se trata á los enfermos conforme disponen los reglamentos.

El mayor número de los locos colocados en Gheel son indigentes; pero hay cierto número de pensionistas que pagan un precio convenido, el cual puede elevarse hasta cinco ó seis mil francos. Estos enfermos están sujetos á la vigilancia médica y administrativa de la colonia. Puede decirse que el patronato familiar ha llegado á ser en Gheel una industria local. Casi todos sus moradores, excepto los más ricos, se encargan de cuidar enfermos, y con mucho gusto tomarían más de dos si lo permitiese el reglamento. Como los propietarios tienen interés en que los inquilinos puedan alojar pensionistas que garanticen el alquiler, la mayoría de las casas nuevas están dispuestas de modo que contengan dos habitaciones para pensionistas. Hay siempre gran número de aposentos disponibles, lo cual permite á la administración hacer mudar de posada á los enfermos en cuanto se advierte un abuso.

Al llegar los locos á la colonia, ingresan en la enfermería, donde se les pone en observación durante algunos días. En el mismo edificio entran también los locos atacados por enfermedades intercurrentes, y los que se han hecho culpables de ac-

tos de insubordinación. Por término medio, contiene de sesenta á sesenta y cinco enfermos, la mayor parte hombres, por estar más propensos á desarreglos de conducta.

Aun cuando la colonia de Gheel ha sido juzgada desfavorablemente por gran número de extranjeros, y en particular por los franceses que la habían visitado, la administración belga estaba lo suficiente satisfecha de aquélla para proponerse desarrollarla. Pero, la colonia de Gheel presentaba un grave inconveniente: está situada en pleno país flamenco; excepto en la ciudad, no se habla el francés; y las costumbres, tanto como la lengua, difieren de las del país walón. El inspector general de los asilos de locos del reino, comprobó por sí mismo que existen pocas simpatías entre los flamencos y los walones, los cuales están completamente fuera de su centro en Gheel. Pues bien; á principios de 1884, la colonia de Gheel contenía cerca de quinientos enfermos walones «realmente desterrados en su propio país». Esta circunstancia, unida á la plenitud de los asilos, imponía la necesidad de crear una colonia en el país walón.

Esta colonia se inauguró el 19 de Abril de 1884 en Lierneux, provincia de Lieja, con el envío de cuatro enfermos procedentes de Gheel. Esta colonia se ha desarrollado con rapidez. Cuando la visité en 1887, daba asilo á 181 locos (1). Por aquella época, una mala casa de pueblo bastaba para desempeñar el papel de enfermería, y demostraba que puede intentarse la fundación de una colonia sin gastos previos de ninguna especie. Después se ha construido una enfermería análoga á la de Gheel; y la colonia, en el mes de Junio de 1894, contenía 392 enfermos, 265 hombres y 167 mujeres. A pesar de algunas vacilaciones al principio, los hospederos se han puesto con rapidez al corriente de sus funciones, y esa rápida evolución no ha dado margen á ningún incidente notable.

(1) C. Féré: *Le traitement des aliénés dans les familles*, 2.ª edición, 1893.

La asistencia en familia de los locos, tenida por irrealizable en Francia, como lo hizo constar oficialmente una comisión del Senado, desarrollábase, no sólo en Bélgica, sino también en Escocia, donde se practica en una forma un poco diferente. Era objeto de ensayos favorables en América, sobre todo en Massachusetts y Wiscousin, y hasta en Australia. Tentativas del mismo género se han hecho en Alemania: en 1892, la ciudad de Berlín asistía á 339 locos colocados en familia en la colonia de Dalldorf (1). Desde 1887, habían aparecido en la *Revue scientifique* varios artículos favorables á esta institución; pero hasta 1891 no dió comienzo una información hecha por la Diputación provincial del Sena acerca de este asunto, dando por resultado el acuerdo de crear en Dum del Auron (departamento del Cher) una colonia destinada exclusivamente á dementes seniles (2).

Hay en la actualidad en la colonia de Dum más de ciento veinte enfermos, entre los cuales es cortísimo el número de hombres. Desde unos dos años ha que comenzó la colonización no ha ocurrido ningún accidente. En general, hospederos y pensionistas están recíprocamente satisfechos unos de otros. El sistema, no sólo tiene la ventaja de endulzar la suerte de los enfermos, sino también la de producir importantes economías á la Administración. En primer término, suprime los gastos de construcción de un manicomio, ó sean 3.000 francos por cada loco, antes de todos los cuidados que éstos requieren; y después realiza un cuantioso beneficio desde el punto de vista del precio de cada estancia diaria.

Hasta ahora, en principio, sólo se admiten allí dementes seniles, idiotas é imbéciles, y se tiende á no colocar más que mujeres. La experiencia será incompleta mientras no se acuerde asistir allí á los dos sexos y á enfermos de otras vesanias.

(1) A. Bothe: *Die familiale Verpflegung Geisterkranker der Stadt Berlin zu Dalldorfenn den Jahren* 1885 *bis*, 1893.

(2) C. Féré: *Le patronage familial en France. (Revue scientifique*, 894, 2.ª serie, tomo II, pág. 235.)

Los muy satisfactorios resultados que ya se notan en Dum, bastan para demostrar que la realización de la asistencia en familia es fácil en Francia, como lo fué en Bélgica. El régimen familiar, no sólo es un modo de asistir á los enfermos; la experiencia enseña que quizá sea un modo de tratarlos terapéuticamente. Los últimos documentos publicados acerca de Gheel indican una proporción de curaciones de más del 20 por 100; y hasta en Dum mismo se ha visto que la vida al aire libre y en libertad ha sido capaz de aliviar á enfermos enviados allí como incurables.

La hospitalización y el tratamiento de los locos de clase acomodada en las casas particulares llamarían la atención de los poderes públicos acerca de un asunto que no ha pasado inadvertido en otros países, y es: que la inspección oficial, no sólo debe tener la mira de impedir los abusos contra la libertad individual, sino que también debe asegurarse de que las condiciones materiales en que vive el pensionista son cual corresponden al precio de la pensión que paga. Los locos tratados en común en los manicomios, debieran ser también objeto de la misma provechosa medida. La vigilancia del Estado en todo cuanto concierne á los locos, no puede tener más que un propósito: el de impedir la opresión, sea bajo la forma que ésta fuere.

Se impone con tal urgencia esa necesidad de protección, que para realizarla se han propuesto los medios más radicales. Como las sospechas son naturalmente contra los manicomios no oficiales, en los que priva el interés particular, hase propuesto en serio suprimirlos. No pasa ningún año sin que se haga algún esfuerzo en esa dirección (1). Es cierto que si en los manicomios públicos fuese inmejorable todo, dicha medicha medida pudiera reclamarse con urgencia. Pero, fijándose un poco más, pudiera preguntarse si, puesto el Estado en

(1) J. W. Corbett: *Ought private lunatic asylum to be abolished? (The Westminster Review*, Octubre de 1894, pág. 309.)

posesión del monopolio del tratamiento de los locos, sabría siempre suministrar médicos y administradores que valiesen más queotros productos de la industria oficial, y si en sus establecimientos tendría suficientes garantías la vigilancia. Es de temer que las familias con recursos para pagar y que viesen la imposibilidad de hacer intervenir con eficacia los médicos de su predilección, harían todos los esfuerzos imaginables para torcer la ley, y á menudo lo conseguirían. En espera de la edad de oro para los locos en los manicomios oficiales, lo sensato es acoger todas las medidas de vigilancia capaces de perfeccionar los elementos de competencia libre. Una buena organización del patronato familiar, acaso pueda contribuir á ese perfeccionamiento.

DR. CARLOS FÉRÉ.

Traducido de la *Revue des Revues*, por el
LICENCIADO PERO PEREZ.

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

Congrès international pour l'étude des questions relatives au patronage des condamnés, des enfants moralment abandonnés, des vagabonds et des alienés. Auvers, 1894.—*Première partie, documents; deuxième partie, discussions.*—Dos volúmenes, Amberes, 1894 y 1895.

Hablando de los niños, del abandono en que suelen hallarse muchos de ellos, de las consecuencias de este abandono, de la necesidad de protegerles y de las instituciones que para semejante fin existen en algunos Estados, ha dicho doña Concepción Arenal, la eminente escritora cuyos trabajos fueron siempre el resultado de una superior inteligencia y de un firmísimo y hondo sentimiento de humanidad: «No hay cálculos más errados que los del egoísmo, ni medio más seguro para una sociedad de hallar su provecho que cumplir con su deber.»

Esta profunda verdad, que tan en contradicción se halla con la manera de ver de la generalidad de las gentes, con las creencias vulgares, con las concepciones de aquellos para quienes el deber y la utilidad andan reñidos, y con la doctrina de la lucha brutal por la vida, del interés personal y de la concurrencia; esta verdad, que más ó menos clara y reflexivamente percibida, ó sólo presentida, va por dentro de todas las corrientes humanitaristas, filantrópicas, societarias y *solidaritaristas*, es una verdad que cada día se ofrece con evidencia mayor á los ojos de los espíritus superiores, de aquellos que

estudian las cosas como deben ser estudiadas, con criterio y sentido realistas, y que por estudiarlas de esta suerte pueden apreciar entre las mismas sinnúmero de conexiones en que ordinariamente no paramos la atención.

A lo cual obedece el nacimiento y propagación, de vez en vez mayores, de instituciones protectoras de los débiles, necesitados, oprimidos; instituciones, ya privadas, ya públicas, que son el más elocuente testimonio de que, así la conciencia del individuo como la de la sociedad, se van dando cuenta de que es imposible «hallar provecho sin cumplir con el deber», ó lo que es lo mismo, de que hay muchas fuerzas que no deben descuidarse ó ser eliminadas al conjuro de una mal entendida selección, sino que deben ser utilizadas, favoreciendo al efecto su desarrollo, encauzándolas por las vías convenientes, rectificando sus torcimientos, purgándolas de la herrumbre que las consume infructuosamente. Cuanto más inteligentes son los hombres, se hacen más previsores, y la previsión les enseña que, por propio interés, por verdadero egoísmo, por conveniencia, por *justicia* en suma, no tan sólo por generosa abnegación y por altruismo, deben cuidar de fortalecer á los débiles de hoy para poder mañana emplearles en cosas útiles; deben primero sembrar y cultivar para recoger luego.

De las más eficaces en este orden, por su amplitud, por la contribución que á la misma aportan las personas (de uno y otro sexo) más ilustradas y caritativas de los diferentes países, por lo que influye sobre las legislaciones, es la acción del Comité internacional de patronato de los niños moralmente abandonados, de los presos y libertados de la cárcel, de los vagabundos, de los alienados, sordo-mudos, epilépticos, etc. Este Comité, cuya sede permanente se halla en Amberes, ha celebrado ya dos Congresos internacionales, el primero en 1890 y el segundo en 1894. Las *Actas* de este segundo Congreso, publicadas hace poco, son una prueba bien clara de lo que dejamos dicho en las observaciones precedentes.

Comprenden dichas *Actas* dos volúmenes, en el primero de

los cuales, titulado *Documentos*, se incluye el cuestionario del Congreso, los acuerdos de éste, la lista de sus miembros y las ponencias presentadas al mismo sobre las distintas cuestiones, y en el segundo, *Discusiones*, un largo extracto de las que tuvieron lugar sobre los varios puntos, tanto en las cuatro secciones en que el Congreso estaba dividido (1.ª, protección de la infancia; 2.ª, protección de los presos y libertados de la cárcel; 3.ª, protección de los vagabundos, mendigos y alienados, y 4.ª, derecho penal), como en las sesiones generales del mismo. Además, contiene este segundo tomo dos anexos ó apéndices, con las ponencias presentadas en la sección de señoras y con la relación de las fiestas y excursiones realizadas por los congresistas.

Ni la índole de la publicación de que se trata consiente hacer en poco espacio una recapitulación de las doctrinas desparramadas en la misma, y, como es natural, muy repetidas, ni tampoco lo permite la extensión que con ello habría necesidad de dar á esta nota. Baste decir que todas ellas se inspiran en los sentimientos ego-altruistas de que poco antes hemos hablado.

P. DORADO.

L'opera di Valle di Pompei e la riforma morale dei carcerati, per l' avv. comm. Bartolo Longo. Valle di Pompei, 1895.
Quaranta figli di carcerati, per l' avv. comm. Bartolo Longo. Valle di Pompei, 1895.

En estas dos publicaciones, presentadas al Congreso penitenciario internacional de París, últimamente celebrado, por el autor de las mismas, Sr. Longo, se expone el carácter, aspiraciones medios y procedimientos de que se hace uso y re-

sultados que se han obtenido en una de esas instituciones protectoras á que en la nota anterior hemos aludido, á saber: la institución creada y sostenida en el Valle de Pompeya por el abogado Sr. Longo, para recoger, educar, dar carrera, profesión ú oficio y hacer personas socialmente útiles á los infelices hijos de los presos, así como también para influir sobre el espíritu de estos últimos, mediante alivios de todo género, singularmente por medio de publicaciones y consuelos morales y por el medio eficacísimo, aunque indirecto, de hacerles saber que sus hijos están amparados y libres de la miseria y la ignorancia.

Ambos libros, impresos en la tipografía de la casa y por los asilados mismos, están muy documentados, con la historia de los niños recogidos, sus antecedentes, comportamiento, etc., y con la multitud de cartas enviadas al director de la institución desde las cárceles por los presos, por los directores, los capellanes de los lugares de pena, y por otras personas. En la circular con que el Sr. Longo ha remiti sus obras á los congresistas de París, expone sus propósitos al enviarlas, y condensa los resultados obtenidos en su labor filantrópica. «El primer libro—dice,—con la abundancia de arrepentimientos y de cambios conseguidos en las conciencias de los más duros delincuentes, le hará ver qué frutos obtiene sobre los presos la propaganda que parte de este Valle de Pompeya, donde se siente tanta compasión por sus hijos. El segundo le mostrará, con la prueba irrefutable de la experiencia, que, á pesar de todas las afirmaciones que se hagan en contrario, no hay tendencia innata ni herencia criminosa que pueda resistir á la enérgica fuerza de una educación racional.»

¿No es esto altamente consolador? ¿No podrá decirse que comienza la humanidad á ver claro en un problema (el del tratamiento racional de la delincuencia, parte á su vez del problema más general de la protección á todo necesitado y débil) en que ha venido hasta ahora procediendo á oscuras, dando palo de ciego, y por lo mismo causando más daños que

beneficios, aunque para ello se haya invocado y se invoque el nombre de la *justicia?*

P. DORADO.

Über die socialen Aufgaben der Rechtswissenschaft. (Sobre la función social de la ciencia del derecho), por el Dr. Antón Menger, Rector de la Universidad de Viena.—Un volumen: 30 páginas.—Viena y Leipzig.—Wilhelm Braumüller, 1895.

El Sr. Menger, profesor de derecho en la Universidad de Viena y hoy rector de la misma Universidad, es un jurista, en el recto sentido de la palabra, educado en el estudio del derecho á la manera clásica, que se interesa desde el punto de vista de las ciencias jurídicas, por las graves cuestiones sociales, que tanto apasionan en nuestros tiempos. No es, pues, nuestro autor uno de tantos economistas, como por esos mundos se esfuerzan por convencernos, de que la gran crisis social, es una crisis puramente económica, y que todo está en procurar una mejor división de los medios materiales de goce. El Dr. Menger, trata de relacionar, y aun de armonizar y fundir, las ideas sociales, que poco á poco se han venido produciendo en el espontáneo *devenir* de las necesidades humanas, fuera de las estrechas instituciones del derecho positivo, con las ideas fundamentales del derecho, que la tradición ha cristalizado en las grandes creaciones del derecho histórico de los diferentes pueblos, bajo el influjo especial del Derecho romano. El primer intento de realización de estos propósitos del Dr. Menger, y que puede considerarse como una de las primeras tentativas de aplicación de las ideas sociales á la jurisprudencia de los pueblos cultos, está en su trabajo publicado en 1886 y titulado: *Das Recht auf den vollen Arbeits, estrag.*

El derecho al producto íntegro del trabajo. Posteriormente expuso sus ideas de un modo más amplio y comprensivo, en una hermosa crítica del proyecto de Código civil para el Imperio alemán. *(Das Bürgerliche Recht und die besitzlosen Volksklassen. El derecho civil y los pobres)*, del cual se han publicado algunos capítulos en español (1), y que espero poder publicar íntegro en todo el presento año.

El folleto, cuyo título va al frente de estas líneas, y el cual es la oración leída como Rector, por el Dr. Menger, al inaugurar en su Universidad el presente curso académico, contiene en breves páginas, las ideas fundamentales de su autor, acerca de la relación entre el derecho como ciencia y la vida social. Empieza en él recordando la crítica más general y más dura que contra el primer proyecto de Código civil para Alemania se lanzó por casi todos. De él se dijo que no tenía ningún carácter *social*, esto es, que sus autores, hombres de ley y de derecho, no se habían preocupado con las nuevas relaciones de la vida económica, con los pobres en suma, resultando así un código favorable á las clases privilegiadas. La crítica, sin duda justa en general, no lo es desde el punto de vista de la técnica del derecho; hecha por juristas, la crítica, según Menger, resulta infundada; sus autores podrían responder con razón, que la falta, más que al Código puede atribuirse á la misma ciencia del derecho alemana, que no se ha preocupado tampoco con el aspecto *social* de las relaciones jurídicas. Los redactores del Código civil no podían *inventar* el derecho, tenían que recoger y sistematizar en un cuerpo, el resultado histórico de la jurisprudencia formada, y esta jurisprudencia, aun en las naciones más cultas, no ha tenido en cuenta, en lo más mínimo, las exigencias de los tiempos. La idea, muy fecunda sin duda del Dr. Menger, recuerda á su modo la profundísima de Savigny, cuando se oponía á la ne-

(1) V. *El Derecho y la Sociología contemporáneos*. Un tomo, publicado por La España Moderna.

cesidad y sobre todo á la oportunidad de los Códigos en su época (1). Un Código, no puede formarse cuando se quiera—aunque nuestros leguleyos opinen que puede codificarse toda con que así se lo proponga una comisión cualquiera—sino cuando las circunstancias lo permitan, y entonces, como el derecho que se quiere codificar es sistemático de un modo espontáneo, y tiene hondas raíces en la conciencia nacional, y fórmulas orgánicas en la ciencia y en la lógica jurídica, el código no suele hacerse, porque no se echa de menos. De todos modos, y esta es la idea del Dr. Menger, que tiene su raíz en la de Savigny, el derecho que se sistematiza en código, no debe ni puede ser obra de un momento; el jurisconsulto debe encontrarla definida y formulada en la vida y profundizada y reflejada en la ciencia. Ahora bien; si el Código alemán había de ser expresión definida, fácil, orgánica, del derecho positivo; no podía tener un carácter *social*, porque *lo social*—es decir, el nuevo criterio real con que las relaciones humanas se van definiendo por obra de las transformaciones económicas, políticas, morales, etc.,—no ha penetrado decididamente en la ciencia del derecho, ni la ciencia de derecho se ha preocupado con ello.

Y es que no siempre se ha visto, ni ahora se ve con toda claridad, la tarea propia de la ciencia del derecho. La ciencia del derecho, dice el Dr. Menger (pág. 4), si quiere llenar cumplidamente su función, debe perseguir un triple fin: debe atender de un lado á una necesidad del presente; debe, por otra parte tener fija su vista en el pasado y preparar en fin por su esfuerzo también el porvenir. La necesidad del presente la satisface la *ciencia del derecho* ó jurisprudencia *dogmática*, sistematizando los principios jurídicos actuales, colmando las lagunas de la aplicación, codificando, etc., etc. Lo referente al *pasado* del derecho, es decir, la investigación del origen de

(1) V. el hermoso libro *La Vocación de nuestro siglo para la legislación y para la ciencia del derecho*, publicado por La España Moderna.

las instituciones jurídicas, de su desenvolvimiento hasta presentar su enlace con las actuales, es obra de la *ciencia del derecho histórico*. Las consideraciones que el Dr. Menger hace aquí acerca de la misión de la historia del derecho, de su objeto y alcance (págs. 8-18), son interesantísimas; su punto de vista crítico de la escuela histórica muy original y digno de estudio. Por último, la preocupación del *porvenir* en la ciencia del derecho corresponde á la *Jurisprudencia legislativo-política*. ¿Cómo? comparando los materiales transmitidos por la historia con el estado social actual, haciendo que el pasado y el presente se compenetren, á fin de poder señalar las modificaciónes jurídicas que el porvenir demanda.

Hoy por hoy, de estas tan grandes tareas y de sus ciencias respectivas, prevalece en el derecho la *dogmática*. El derecho se toma en el sentido dogmático como ley, como regla positiva. No suele verse el carácter jurídico de actualidad de la historia del derecho, ni menos suele considerarse dentro del derecho la función política, en cuanto aquel debe penetrar por la vida toda y desentrañar su espíritu jurídico.

De ahí el abandono denunciado del aspecto *social,* de las relaciones humanas actuales, y el divorcio que se advierte enentre el derecho de los juristas y los grandes fenómenos económicos, que parecen desprovistos de carácter jurídico. El Dr. Menger se esfuerza por señalar esto que tan brevemente indico, y se esfuerza sobre todo por ponderar la *misión social* de la ciencia del derecho, que consiste en observar con cuidado el flujo y reflujo en la fuerza y en la importancia de las diversas clases, para deducir las conclusiones en cuanto á las formas que el derecho debe revestir en el porvenir.

Y siento, en verdad, no poder extractar aquí algo más de lo mucho bueno que el interesante discurso del Dr. Menger contiene. Pero sería preciso transformar esta ya larga *nota* en verdadero artículo. Por lo demás, espero que con lo expuesto quede de relieve lo que en el discurso del Dr. Menger importa más, á saber: el *sentido,* la *tendencia,* algo, en suma, que se reco-

mienda por igual á los juristas que creen el derecho *contenido* en los Códigos ,y á los economistas y sociólogos al uso, que no se acuerdan del derecho cuando formulan sus pretendidas soluciones á los problemas de *justicia* humana que sin descanso estudian.

ADOLFO POSADA.

Colectivismo, comunismo y socialismo en derecho positivo español. (Ensayo de un plan), por Joaquín Costa; 1 foll., 32 páginas. 1895.

No se trata de un libro, ó mejor de un folleto, escrito en forma discursiva, seguida. Como su mismo autor dice, su estudio es el *ensayo de su plan*, y la forma bajo que se nos presenta, es la de un programa, por epígrafes, á modo de indicadores, ó de guías de lo que cabe hacer y de lo que—y esto ya es mucho—*se puede* hacer, trabajando en serio en la inexplorada cantera de la historia patria, acerca del tema que lleva por título el folleto. Pero no vaya á creerse, que por tratarse de un simple programa, la obra del Sr. Costa es obra de poco más ó menos. Nada de eso. El que con cuidado lea el concienzudo *ensayo* del ilustre historiador de los Celtíberos, verá lo que supone, verá lo que tras de aquellas indicaciones y de aquellas fórmulas escuetas hay de seguro: un conocimiento vastísimo, como pocos tendrán, de los antecedentes filosóficos del comunismo, colectivismo y socialismo, y sobre todo, de los antecedentes específicos que en la tradición y principalmente en toda clase de documentos legales existen, para poder formar una historia muy completa de tales cuestiones en España. Aunque en la forma de un programa, de un simple cuestionario, la obra del Sr. Costa, es un verdadero trabajo de *in-*

formación erudita, llena de preciosísimos datos, que allanan el camino y facilitan extraordinariamente la tarea del futuro historiador del socialismo en España.

Y voy á dar brevísima idea del contenido del folleto. En primer término indica el Sr. Costa una Introducción; consta ésta de tres párrafos; dos de ellos de muchísima importancia; uno refiérese á las fuentes, otro, que es el más importante, contiene, en muy pocas palabras, la idea que el Sr. Costa tiene del valor especial de la investigación histórica del derecho, no sólo como estudio del pasado, por lo que el pasado es, y para descubrir las tendencias fundamentales de la vida jurídica, sino para penetrar en el espíritu del pueblo, para *proveer* de materiales positivos á la ciencia—quizá pudiéramos decir á la filosofía—y para *guiar* al legislador (que buena falta hace).

La exposición del programa, fuera de la introducción, hállase dividida en cuatro partes en esta forma: *Primera*, colectivismo y comunismo; se contiene en ella una indicación preliminar de carácter histórico doctrinal, al efecto de determinar las nociones del colectivismo y comunismo y de señalar los antecedentes de estas nociones en España.—Siglo XVII.—Luego expone el Sr. Costa—señalando siempre la fuente y la indicación del fenómeno histórico en sus caracteres particulares—las diferentes formas del colectivismo y comunismo de que se encuentran rastros en las fuentes: Bienes de comunidad (bienes concejiles, tierras labrantías comunes, pastos comunes, montes comunes, pesquera común, etc.); Trabajo en común (recolección de frutos, cultivo del suelo, ganadería cooperativa, sociedades cooperativas de producción, etc.); Otras formas de propiedad y trabajos colectivos (muy nutrido é interesante con indicaciones de variadas formas de aprovechamientos colectivos en la diferentes comarcas españolas); El Estado industrial (agricultura y ganadería, pesca, minas y salinas, molinos y tierras, fábricas y manufacturas, correos y telégrafos, ferrocarriles, cárceles, baños públicos, crédito, giro, depósito y cambio, juego, rifas y lotería); el Estado comerciante (comer-

cio sin monopolio, con monopolio, tasas, etc.); derecho al trabajo (vagos y mendigos válidos, jornaleros sin trabajo, inválidos, desamparados, etc.): Formas de comunismo y colectivismo total (comprende aquí el Sr. Costa datos de especialísimo interés, que convendría muy de veras ampliar y explicar).

Segunda parte: Socialismo de Estado, esto es, todas las diversas formas con que el Estado, quizá mejor el gobierno, ha intervenido en la vida, en la actividad, en el trabajo y en la propiedad privados. Comparando el contenido de esta parte con el de la anterior, se llega á ver clara, por la historia, una distinción que no suele hacere tan claramente por la filosofía. Refiérese tal distinción, á las formas del *socialismo,* en estricto sentido, y á las de colectivismo y comunismo, que pueden implicar una organización social, en la que el Estado—ó el gobierno, es decir, el órgano del poder público—nada hace. Pero volvamos á la indicación del contenido del trabajo del Sr. Costa: respecto del socialismo de Estado, señala: el Estado disponiendo de la propiedad privada y concejil, tutela de mayores, seguro por el Estado, reglamentación del trabajo, policía de artes y oficios de los siglos XIII-XVIII y desigualdad ante la ley. La *última parte* del folleto, titúlase cambio de régimen, por la vía legal y por la vía de revolución social.

Tal es el ligerísimo bosquejo, lo que se contiene en el programa del Sr. Costa. Sólo nos toca, después de lo dicho, hacer fervientes votos para que el Sr. Costa mismo, por sí solo, ó con la colaboración de los que sienten la afición por estos estudios, realice su programa, y nos encontremos algún día con esa importantísima parte de la historia patria hecha. Amén.

ADOLFO POSADA.

Burgos en las Comunidades de Castilla por Anselmo Salvá, cronista de Burgos.—Un vol., 189 págs. Burgos, Librería de Santiago Rodríguez, 1895: su precio 3 pesetas.

El autor de este libro, persona sin duda competente en la historia de Burgos, se propone dilucidar, con el auxilio de los numerosos documentos que existen en el archivo municipal de la noble ciudad castellana, la intervención de Burgos en las contiendas de las Comunidades de Castilla. Como la conducta de este pueblo en aquellos «célebres y tremendos sucesos de los comuneros» se ha juzgado «más bien en contra que en favor de los burgaleses», el Sr. Salvá quiere demostrar que no, por entender que hay en los indicados documentos pruebas suficientes de que Burgos «obró en conciencia, sujeto á la ley, atento á sus fueros, con sincero y entusiasta patriotismo y con intenciones nobles y pacíficas enteramente cristianas». Del estudio que de las fuentes hace el citado Sr. Salvá, y que constituye el contenido entero del libro, infiere que aun cuando Burgos no siguió la misma línea de conducta que las demás poblaciones confederadas, no por eso se le debe censurar, antes bien, merece aplauso de la historia, porque tal conducta fué favorable «para la dignidad, la lealtad, la rectitud y el espíritu de independencia que hace distinguir siempre á la ciudad cabeza de un reino...»

Quien no merece el aplauso del Sr. Salvá es el rey Carlos I. Comparando su conducta con la de la ciudad castellana exclama: «¡Ojalá se pudiera formar un juicio parecido de la conducta del rey D. Carlos I! El rey de España agravió al principio á los pueblos, por convenir así á sus negocios; se

rindió luego á Burgos, acaso porque Burgos le hacía falta, trató más tarde de desagraviar al reino, cuando vió que en él ardía una guerra... y no se mostró muy clemente ni muy generoso, así que sus amigos le regalaron el triunfo y le aseguraron el dominio.»

ADOLFO POSADA.

LA LITERATURA

CASTELLANA Y PORTUGUESA

SEGUNDA PARTE

CONTINUACIÓN

Este *Romancero* es notabilísimo porque, comparado con las colecciones anteriores, conserva la más patente imagen de cómo desde mediados del siglo XVI hasta principios del XVII la poesía romancesca desde la esfera del pueblo, en que se mantenía, halló cada vez más entrada en las más elevadas, llegó á ponerse de moda y fué cultivada por los poetas eruditos; ganó en perfección técnica, es cierto, pero alejándose más cada día de su antigua sencillez, naturalidad é ingenuidad (1). Los más antiguos editores habían procu-

(1) Ya es tiempo, por lo tanto, que no se sigan citando las «Flores» y el «Romancero general» como el más rico almacén de la poesía *popular* española. Durán ha caracterizado muy bien estas colecciones (l. c., II, página 684): «En las dos últimas décadas del siglo XVI, ya nuestro romance »era *puramente artístico* y apropiado á tratar *toda clase* de asuntos... Las re»feridas colecciones (á saber: las «Flores» y el «Romancero general»)... »representan el romance *tal cual* fué en las dos citadas últimas décadas del »siglo XVI, y, por consiguiente, al que de *popular se hizo artístico* y *tal* »como se lo devolvieron al pueblo los grandes poetas que de él lo recibieron.» Por esto nosotros, en la «Primavera», no hemos admitido *ni un solo* romance de *estas* colecciones.

rado dar importancia á sus colecciones de romances, que todavía no se habían puesto en moda, bajo el título que entonces se recomendaba más, de «Cancioneros», esto es, libros de canciones artísticas; pero todavía sus colecciones apenas contenían más que romances legítimos, no sólo en cuanto á la forma, sino también en cuanto al contenido y al tono, que, aun cuando no fueran cantares populares, por lo menos estaban compuestos al modo popular, en los que predominaba, en una palabra, la objetividad y el elemento épico. Ahora servía ya de recomendación el título «Romancero general»; los romances habían llegado á obtener tal favor que, como se ha dicho, eruditos y poetas, cronistas y cortesanos hacíanlos á porfía, escribiendo los unos moralidades é intrigas, los otros efectos é intrigas de su corazón en el «estilo» de romances; pero precisamente por esto habían llegado á ser estos una mera forma, un simple vestido de moda; se habían encontrado con que el *paleto,* el hombre del pueblo, había conservado un traje muy á la antigua española, muy cómodo; se lo vistieron, aunque se llamaba todavía, según su origen *paletot,* pero ya no era un legítimo sayo de aldeano, pues si bien le había quedado algo del corte, la forma era más elegante, la tela más fina, adornado de terciopelo y seda, y sobre todo latía bajo el vestido otro corazón, de otros placeres y otras penas movido, placeres y penas que interesaban al poeta casi exclusivamente. Por eso, el contenido del Romancero general está formado en gran parte de cuadros de situaciones, expansiones del sentimiento, en una palabra, canciones en que predomina la subjetividad y reina el elemento retórico lírico, canciones que sólo tienen la forma exterior de romances, y son tan esencialmente diversos de aquellos antiguos y populares, como del simple aldeano el señor á la moda ó el cortesano, aun cuando éste lleve un vestido de corte de paletó y el *cayado* pastoral ó el *alfange* morisco. Pero porque esta transformación de la poesía romancesca

era una consecuencia necesaria de su trasplante á otra esfera y de su cultivo artístico, no podían ser ya «generalmente aprobados» aquellos antiguos y sencillos romances, puramente objetivos, por donde se explica suficientemente el ya notable fenómeno de que el «Romancero general» no repita romances de más antiguas colecciones. Por el contrario, hállanse en él, á pesar de su título, poesías puramente líricas, no compuestas en forma de romances, como canciones, letras, letrillas, glosas sueltas, chaconas, lyras. Contiene pues, no sólo muchos romances cómicos y satíricos (1) (entre ellos *ensaladillas),* sino también muchos, que hacen chacota ó del hacer romances en general ó del hacerlos de un género determinado, ironía que es la señal más segura de una dirección que ha llegado á su punto culminante, ó de una forma que ha llegado á quedar fuera de la realidad actual (2).

---

(1) Entre los satíricos es notable el romance dirigido contra las estrafalarias modas de trajes que había en el año 1593, 6.ª parte, fol. 198: «Prematica nueva del año de 93 á los cuellos y excesivos trajes de España», en el cual prueban que, en efecto, se empezaban á llevar *á la morisca*, los pasajes siguientes:

«Dejad ya los pespuntados,
Lechuguillones fruncidos,
Diferenciados en sedas,
Que es *traje de los moriscos.*
.....
Quiten ya los chapiteles,
Compuestos con bucarillos:
Dejen que traigan *las turcas*
Los tocados muy subidos.»

(2) Así es que se halla entre los romances satíricos uno dirigido contra esta moda que entonces reinaba de nuevos géneros de romances (11.ª parte, fol. 384; empieza: «Qué se me va á mí que el mundo»), romance que caracteriza tan bien el contenido del «Romancero general», indica con tanta precisión el nacimiento de muchos géneros como los de los romances moriscos y pastoriles; expresa tan ingenuamente las opiniones de los poetas eruditos de poesía romancesca, y es tan interesante, por lo tanto, no sólo para la historia de esta colección, sino para la de la poesía roman-

* 14) *Segunda Parte del Romancero general* y *Flor de diuersa Poesía*. Recopilados por Miguel de Madrigal. En Valladolid, por Luis Sánchez. Véndese en casa de Antonio García: 1605, en 4.° La licencia es de 20 de Octu-

---

cesca en general, que voy á insertarlo aquí casi íntegro, tanto más, cuanto que, hasta hoy, ninguno de los modernos editores de romances ha fijado su atención en él. El intento del poeta es defender los romances pastoriles, y, sobre todo, los que van bajo el nombre de «Belardo», gran número de los cuales se contienen en el «Romancero general», pues, como no se cuidaba del gusto de los demás, quería que no se combatiera el suyo, y después que ha presentado este tema en las doce primeras cuartetas refiriéndolo á las nuevas modas de trajes, pasa á las modas de romances, citando en parodia los principios de los más gustados de aquel género:

Qué se me da que Belardo,
Caballero en una yegua,
Se vaya á casar alegre
Con su Filis al aldea.

Ni que se haga hortelano
En las huertas de Valencia,
Ni cortesano en la corte,
Ni pastor allá en la aldea.

Qué se me da á mí que Azarque
En Ocaña viva ó muera,
Desterrado de Toledo,
Por celos que el rey le tenga;

Ni que dejando el armada
De sú rey á Baza vuelva,
A buscar su Felisalva,
El sobrino de Zulema.

Qué se me da á mí que Audalla
Vaya la vuelta de Thebas,
Ni que con tres mil jinetes
Reduán corra la tierra.

Qué se me da á mí que pida
Para su zambra licencia,
Ni que Bravonel aloje
Su compañía en Tudela.

Qué se me da que el Zegrí
Diez años en una cueva
Se sustente como bruto
De frutas verdes y secas.

bre de 1604. En el *Privilegio,* fechado á 12 de Noviembre de 1604, se dice: «Por quanto por parte de vos, Miguel de Madrigal, estudiante, nos ha sido fecha relacion, que vos auiades compuesto y recopilado un libro intitu-

---

No se me da que el forzado
De Dragud en las galeras
Esté de noche y de día
Amarrado á una cadena.

Qué se me da que de espacio
El cordobés se entretenga,
Cantando con su bandurria,
Ni que llore Melisendra.

Ni que rabiando de celos,
Antes que el cielo amanezca,
Deje Maniloso á Ronda
Lleno de cifras y letras.

Ni que esté un cautivo ausente
Donde se acaba la tierra,
Y el mar de España principia,
Llorando lágrimas tiernas.

No se me da, finalmente,
Que en Granada hagan mil fiestas
Los moros, y que mañana
Higos y buñuelos vendan.

Que salgan á jugar cañas,
Vestidos de mil maneras,
Ni que traigan alquiladas
En sus zambras las libreas.

Ni que cuando el sol se ponga
Salga de Venus la estrella,
Y que el potro rucio ande
Echando brincos y piernas.

Qué se me da á mí que Tajo
Corra por do suele apriesa,
Ni que se meta en dibujos
El uno y otro poeta.

Que zapateros y sastres
Todos quieren tener vena,
Ni que un asno tire coces,
Si con ninguna me acierta.

Sólo no puedo sufrir,
Que una maliciosa lengua

lado Segunda parte del Romancero general y Flor de diuersa Poesía, en el qual auiades puesto mucho estudio y trabajo», etc. Sigue la dedicatoria sin fecha: «A Doña Catalina Gonçalez, muger del Licenciado Gil Remirez de

---

Ose murmurar, sabiendo,
Que hay gustos de mil maneras.

Que tengo por ignorante
Y que está cerca de bestia
Quien en materia de gustos
Sólo su opinión aprueba.

Porque cada cual escribe
Lo que le dicta y enseña
En su idea el pensamiento
Con fantásticas quimeras.

Pues sabed que las ficciones
Son de causa que nos fuerzan
A disfraces los sujetos,
No por falta de materia,

Sino porque en un sujeto
Hay mil cosas encubiertas
Que nos impiden las causas,
Y no es justo que se sepan.

No porque le falte al Cid,
Ni á Don Pelayo, Fruela,
A Bernardo, ni á otros muchos,
Quien bien decir dellos sepa.

Y ansí como sus hazañas
Son historias verdaderas,
Tienen muchos escritores
Que en España las celebran.

Y porque para escribir
Romances, copias y *letras*
De tan sabidas historias
Es menester menos ciencia.

Pues un *ficto pensamiento*
Arguye *más elocuencia*,
Mayor ingenio descubre,
Más saber y más *prudencia*,

Y *sin mirar al objeto*
Se advierte de un *buen poeta*
El estilo, el pensamiento,
El concepto y la sentencia.

Arellano, del Consejo supremo de su Magestad.» IV y 224 hojas (1).

El sobrescrito del fol. 1, dice así: «Segunda parte del Romancero general. En la qual se contiene mucha variedad de Romances, y otras Rimas, que nunca hasta aora han sido impresas.» Y así es; esta colección contiene de hecho *mucha variedad* de romances, no solamente abigarradamente entremezclados, sino también con poesías puramente líricas de «otra» forma (como letras, endechas,

---

Y pues queda mi argumento
Probado en esta matsria,
No es bien que de los que escriben
Nadie á murmurar se atreva,

Y en *especial de Belardo*,
Pues sabed que es cosa cierta,
Que son *célebres sus obras*
Y que *el mundo las celebra*.

Nadie dudará en realidad de esta última expresión, cuando sepa que bajo el nombre de «Belardo» escribió muchos romances pastoriles, aún de los que se hallan en el «Romancero general», Lope de Vega. Pues es lo cierto que muchos de los romances contenidos en el «Romancero general» son de Lope de Vega, Cervantes, Góngora (al que probablemente se cita aquí bajo el nombre de el «Cordobés») y de otros famosos poetas de aquel tiempo, que, por razones personales, ó por moda, se ocultaban bajo aquellos *disfraces*, y cuyos romances, como producto artístico, no les hacían avergonzarse, pero que eran, como es natural, diametralmente diversos en origen, intención, contenido, espíritu y tono de los antiguos populares.

(1) Nic. Antonio (s. v. Petrus de Flores) y muchos que han escrito después de él han dicho equivocadamente que también esta «Segunda parte» fué vuelta á editar en 1614 por Pedro Flores; pero sólo existe de ella *una* edición, que aumenta aún más su rareza. Algunos, aunque sin razón, han considerado esta colección de Madrigal, como perteneciente á la *segunda* parte de las «Flores de poetas ilustres», de Espinosa, obra que apareció el mismo año y en la misma oficina; pues ya el título, y más aún el contenido, la señalan como una continuación del «Romancero general» y de las «Flores», á cuyo contenido es análogo el suyo en espíritu, tono y forma, en tanto que se diferencia de las flores escogidas por Espinosa de la lírica puramente artística de los «poetas célebres», y cuyos nombres consta.

juguetes, ensaladas, etc.), que *nunca habían sido impresas,* pues son *recién hechas,* sea por el «estudiante», el mismo Miguel de Madrigal, sea por sus contemporáneos, y por él *recogidas* tan sólo (como se dice en el privilegio que se le concedió: «que vos aviades compuesto y recopilado»). Hasta con respecto al carácter de los romances, se llama con razón esta *segunda parte* del primeramente dicho «Romancero general». También los romances aquí contenidos llevan más ó menos el sello *artístico,* con todas sus ventajas en la técnica y todas sus desventajas en la comprensión subjetiva, diferenciándose tan sólo esta colección de aquélla en que contiene relativamente menos romances moriscos y más históricos y caballerescos, es decir, tomados de materia histórica, tradicional ó caballeresca, de crónicas, antiguos romances populares ó libros y poemas de caballerías, trabajado todo esto á título de tema en variaciones lírico-retóricas. Así es que se hallan aquí muchos romances que se pueden colocar por su materia en los círculos de leyendas del rey Rodrigo, de Bernardo del Carpio, de los Siete Infantes de Lara, del Cid, etc.; pero tomando de éstos tan sólo un hecho aislado, una situación para pintarla en descripciones de aparato externo ó en cuadros de estados de sentimiento y de ánimo, y preferentemente para exornar los *discursos* de los personajes con un alarde de patético declamatorio (1). Hay, sin embargo, entre los romances históricos de esta colección, muchos que tienen por asunto sucesos *contemporáneos,* como, por ejemplo, cuatro romances al casamiento de Felipe III con Marga-

(1) Muy á menudo empiezan semejantes romances con un discurso, y al concluir éste es cuando se nombra á la persona que lo ha tenido; bastando ya esto sólo para caracterizarlos como romances modernos y más artísticos, pues aquí no es el suceso ó hecho la cosa principal, sino la situación ó el sentimiento, dentro de la cual se forma la concepción, desde el punto de vista de la subjetividad.

rita de Austria en el año 1598 (fol. 28, 29, 52, 66); un romance al triunfo de los españoles sobre los franceses en la batalla naval de la isla de San Miguel el año 1582 (fol, 70; v. Mariana: «Hist. gen. de Esp.» publ. y cont. por D. José Sabau y Blanco. Madrid, 1820, 4.°, tomo XVI, pág. 100). Los romances concluyen ya en la primera mitad del tomo; pues desde el fol. 117 hasta el 120, hay «Enigmas diferentes» (poesías para emblemas) en redondillas (en el fol. 120 hay un «Fin de los Romances y Enigmas»); y del fol. 121 al final contiene tan sólo poesías meramente líricas, descriptivas ó satíricas en otras diferentes formas, como octavas, sonetos, canciones, tercetos, liras, elegías, cartas (entre estas últimas, fol. 207, una satírica de Lope de Vega con la respuesta de Liñán, fol. 210).

15) *Juan de Ribera, nueve romances*, s. l., 1605, en 4.° (Pertenece propiamente á la clase de las hojas volantes.) Así citada por Böhl de Faber en su «*Floresta de rimas antiguas castellanas*». No parece, sin embargo, ser Ribera el autor, y por lo menos no lo es de todos estos romances; pues de los dos que sacándolos de ahí nos comunica Böhl de Faber (tomo I, n. 124 y 142), se presenta el último, como tema glosado, en el extracto más arriba mencionado del «Cancionero general» de 1552, con este añadido: «Glosa hecha... á cierta parte de un romance viejo» (1).

* 16) *Romances de Germanía de varios autores, con su vocabulario al cabo por orden del a. b. c., para declaración de los términos de la lengua, compuestos por Juan Hidalgo*. Barcelona, Sebastián Cormellas, 1609, en 12.°

(1) No hay duda, por el contrario, acerca de la siguiente obra: «Primera parte de Romances nuevos nunca salidos á luz, compuestos por Hierónimo Francisco de Castaña, natural de Zaragoza», Zaragoza, 1604, contiene romances compuestos sólo por el autor mismo (véase la edición de Huber de la «Crónica del Cid», pág. LXXIX).

Repetidas veces tirado en Zaragoza, Juan de Larumbe, 1624, 1644, 1654, en 12.° Finalmente, con la siguiente adición, indicada ya en el título «El discurso de la expulsión de los gitanos», que escribió D. Sancho de Moncacada, y los Romances de la Germania que escribió don Francisco de Quevedo. Madrid, por Ant. de Sancha, 1779, en 8.° (Esta nueva edición es la única que posee la biblioteca imperial de Viena.)

El editor dice en el prólogo «al curioso Lector» que estos romances gitanos (esos Germánicos romances) recopiló y compuso en parte por pasatiempo, y en parte para utilidad de los oficiales de justicia, para que adquirieran conocimiento de las costumbres y lengua de los maleantes. Entre estos romances se halla uno que, si bien con importantes divergencias, se presenta ya en la «Rosa de Amores», de Timoneda («De Toledo sale el Jaque»). En éste y en muchos de los romances picarescos que aquí ocurren, como en general en muchos cómicos, se parodia el verso inicial de un antiguo romance popular. Seis romances son los compuestos por el mismo Juan Hidalgo, como lo anuncia expresamente: «Estos seis Romances son de un autor, y él recopiló el Vocabulario de la Germanía.» Esta es seguramente la más antigua colección de los romances de pícaros y de gitanos, que posteriormente llegaron á ser tan gustados é imitados por célebres poetas (como lo prueban los de Quevedo, insertos en la última edición), romances que crecieron tanto que llegaron á formar un género propio, el picaresco. Por lo demás, Bowow ha probado recientemente, en su interesante obra sobre los gitanos de España (1), que los llamados

(1) *The Zincali; or, an Account of the Gypsies of Spain. With an original Collection of their Songs and Poetry, and a copious Dictionary of their language. London,* 1841, 2 vols., 8.° Acerca de la colección de Hidalgo, véase sobre todo en el volumen 2.° las páginas 143 á 146.

romances de gitanos se derivan tan poco de los gitanos en cuanto á su forma y lenguaje, como los llamados moriscos de los moros ó los pastoriles de los pastores. No son otra cosa que un género más de disfraz ó afición poéticos, tal como lo exigía la moda, y que debe diferenciarse de los posteriores romances de ladrones y pícaros, de que hemos de hablar, los cuales tenían por base *ocurrencias efectivas*.

* 17.) *Primera parte del Jardín de Amadores. En el cual se contienen los mejores y más modernos Romances y Letrillas que hasta hoy se han sacado. Recopilados por Juan de la Puente. Zaragoza, Juan de Larumbe,* 1611, en 12.° oblongo, 96 hojas. Nueva edición (en la biblioteca imperial de Viena), con esta adición al título: «*Y añadidos en esta última impresion muchos romances nuevos nunca impresos. En Çaragoça, en el Hospital Real y General de Nuestra Señora de Gratia.*» Al final, después de repetir el lugar de la impresión: *Año MDCXLIX* (1644), en 12.°, oblongo, 94 hojas y 2 hojas. Tabla. (Parece que no apareció más que esta «primera parte»; por lo menos no se halla en parte alguna noticia de continuación) (1).

Esta edición procura recomendar ya desde el título, que contiene los romances «más modernos, nunca impresos». Muchos de los que le son *propios* se refieren á sucesos *contemporáneos* (como «testamento del Rey» [Felipe II]; de *Hernán Cortés;* apóstrofe de un *madrileño* á su ciudad natal, cuando en el año 1601 se mudó á Valladolid la residencia real: «Romance á la muerte del rey don Felipe el segundo»); pero la mayor parte de los que con-

(1) Velázquez y Durán citan un «Jardín de Amadores», de Lorenzo de Ayala. Valencia, 1858, en 16; y Durán dice que esta colección, que quizá sea una edición más antigua de la de Juan de la Puente, contiene poesías artísticas y eróticas, y entre ellas algún que otro romance.

tiene los hallamos ya en el «Romancero general», de cuyo carácter participa en su totalidad esta colección. Contiene relativamente más romances sobre temas histórico-tradicionales (entre estos algunos propios de la colección, como en el fol. 16 los de los «Comendadores de Córdoba»; en el fol. 31: «En Túnez estaba Enrique»; en el 36 del Cid en su lecho de muerte: «Banderas antiguas tristes»; del 41 al 47 muchos del rey Rodrigo) que moriscos (un sólo número de estos) y un par de romances satíricos pastoriles y amatorios propios de la colección, predominando ya en el último de estos géneros el estilo culterano. Como singularidades dignas de notarse en esta colección, quiero citar el que en el fol. 20 se repiten el romance mitológico de la «Silva» y las «Rosas» de Timoneda: «En el tiempo que Mercurio», y en el fol. 90 hay una «novela» en «redondillas» que tiene por asunto el del *Fabliau du meunier d'Arleux.*

18) *Historia del muy valeroso Caballero el Cid Ruy Díaz de Vivar, en romances en lenguaje antiguo, recopilados por Juan de Escobar.* Alcalá, Juan Gracián, 1612, en 12.° Repetido en muchas ediciones (1); la última: Barcelona, 1757, en 8.°, apareció en dos tomos, conteniendo 102 romances. Después han sido preparadas nuevas impresiones por D. Vicente González del Reguero, bajo el título: * «*Romancero é Historia del... Cid; en lenguaje antiguo, recopilado por Juan de Escobar, nueva edición*

(1) A las quince ediciones citadas por Durán (l. c., s. v., Escobar) hay que agregar: * Pamplona, 1706, en 12.° Y de las aparecidas recientemente: *El Cid*, Romances históricos. Edición aumentada y adicionada con las notas de Desping. Palma, 1844, en 16.°—*El Cid*, Colección de los más celebres romances antiguos españoles; rica edición adornada con hermosas láminas y viñetas. Madrid, 1850, en 4.° (a).

(a) Entre las posteriores basta citar, por ser las únicas que tienen valor crítico la de Carolina Michaelis (Leipzig, 1872) que es la más copiosa de todas, puesto que contiene 205 romances; y la de Milá y Fontanals. (Barcelona, 1884).—(M. P.)

reformada sobre las antiguas, añadida é ilustrada con varias notas y composiciones del mismo tiempo y asunto para su más fácil inteligencia, y adornada con un epítome de la historia verdadera del Cid.» Madrid, 1818, en 16.° Contiene tan sólo 78 romances; pues el editor tuvo la ridícula ocurrencia de suprimir todos los que no estaban de acuerdo con lo que, según su opinión, era «verdadera historia». Esta selecta de Reguero, con un suplemento de los 24 romances que suprimió, y la traducción española de la vida del Cid por Juan de Müller, se editó en Francfort, en 1828, en 12.°, por el doctor Julius, y el profesor A. de Keller preparó una reimpresión de la colección de Escobar, utilizando los romanceros de Depping y Durán, reimpresión publicada en dos tomos, en Stutgardt, 1840, en 8.° Escobar aceptó sin selección alguna crítica los romances del Cid que halló en las colecciones anteriores á la suya, aumentándola con un considerable número (45) de otros que habían sido descuidados. Así es que hallamos aquí en abigarrada mescolanza—si bien en relación á los sucesos en cierta especie de orden cronológico—junto á algunos viejos y populares (1), muchos (24) del «Romancero gegeneral», y casi otros tantos (23) de Sepúlveda, siendo la mayor parte de los propios de la colección en que nos ocupamos, productos modernos y semi-artísticos. Es, sin embargo, este «Romancero del Cid» una aparición notable; pues sus muchas ediciones prueban que los españoles, á pesar de toda la cultura y educación artística y del influjo de las literaturas extranjeras, no han cesado jamás de interesarse por sus verdaderos héroes nacionales y por los cantares que los celebran en tono popular. Pruébalo

(1) Hállanse algunos de éstos ya en el «Cancionero de romances» de la «Silva» y en las «Rosas», de Timoneda, criterio el más seguro de su antigüedad y popularidad; y, por el contrario, faltan algunos romances del Cid de esta colección en la de Escobar.

además la siguiente colección de romances del Cid, que entró en competencia con la de Escobar, por lo cual voy á citarla aquí fuera de su orden cronológico, mucho más no conociéndola, como no la conozco, más que por el título, que dice así: «*Tesoro escondido de todos los más famosos romances, así antiguos como modernos, del Cid, recopilados nuevamente por Fr. Metge, con romances de los Siete Infantes de Lara*». Barcelona, por Seb. de Cormellas, 1626, en 12.°, oblongo.

19) *Romancero historiado: trata de los hazañosos hechos de los cristianísimos reyes de Portugal. Por el alférez Franc. de Segura.* Lisboa, 1610, en 8.°, y en una más nueva, probablemente aumentada edición,

Romancero historiado sobre la fundación del reino de Portugal, por Francisco de Segura. Lisboa, 1614, en 12.° Sólo la conozco por referencias (1).

* 20) *Primavera y Flor de los mejores romances que han salido aora nueuamente en esta Corte, recogidos de varios Poetas, y añadidos otros en esta última impresión. Por el Licenciado Pedro Arias Pérez, Madrid, por la viuda de Alonso Martín. A costa de Domingo Gonçalez;* 1626, en 8.°, VIII y 140 hojas. En el fol. 190 v.°, se lee: «Fin», y en el 121: «Más romances añadidos.» El permiso originario de la censura está fechado en Madrid, á 16 de Setiembre de 1621, y firmado por el famoso poeta D. Juan de Jaúregui (2). Esta edición está dedicada al poeta dra-

(1) Los «Villancicos y romances á la Navidad del Niño Jesús, Nuestra Señora y varios sanctos», compuestos por Manuel de Pino. Lisboa, 1615, 8.°, tampoco los conozco más que por el catálogo de Salvá (París, 1843); pero no dudo que estos romances, aunque compuestos en tono popular, lo fueron por un poeta artístico, por lo cual estrictamente tomados no pertenecen á nuestra serie.

(2) Las dos primeras ediciones aparecieron también en Madrid, Alonso Martín, 1621, y viuda de A. Martín, 1622, ambas en 8.°, debiendo de contener, según lo que dice Depping, 160 romances. Pero lo que dice acerca de la antigüedad de esta colección descansa manifiestamente en algún

mático «Maestro Tirso de Molina» (Gabriel Téllez). En el «Prólogo al Lector» procura el editor disculparse del reproche de que esta su obra primera contenga tan sólo «hijos de otros padres», diciendo que por ello merece tan poco ser vituperado, «quanto y más que gigantones en fama tiene esta Corte que autorizando poemas, con oficiales y aprendizes, cuyas Musas son de alquiler, los escriven despues en carteles por propios, y se atreven á dezir en ellos: Fulano me fecit, contra los quales aun tienen fama los versos de Virgilio, pues no falta quien despues se quexa, diziendo : Hos ego, etc. De cuya restitución quedo absuelto, pues no los vendo por míos, puesto que les doy la avanguardia, para que cebándote en ellos no tengas después alientos contra los que se les siguieren. A lo segundo digo, que se llaman Primavera, porque aunque te pese,

---

error (p. LII): «Una de las colecciones más antiguas (!) y de alguna importancia es sin duda (!) la publicada en el siglo XV (!!), con el título de «Primavera y flor de los mejores romances», á pesar de haber sido reimpresa varias veces en los siglos siguientes, con adiciones considerables.» Ediciones posteriores de esta *primera* parte aparecieron, según dice Durán (véase Arias): Madrid, Juan de la Cuesta, 1623, en 8.°; la misma, en casa del mismo, 1626, en 12.° (si no es esto una confusión con la arriba descrita, que parece ser, en todo caso, la *tercera* tirada *original* de la primera parte, si es que no la *segunda*, pues me parece que la edición de Madrid de 1621 es idéntica con la de 1622); Sevilla, 1626, en 12.° (Depping indica una de 1627); Lisboa, Mateo Pinheiro, 1626, en 8.°; Barcelona, Lorenzo Deu, 1626, en 12.° Además me son conocidas: «Primavera y Flor de los mejores romances y sátiras que nueuamente han salido en la corte, recogidos por el licenciado *Pedro Pérez Arias* (sic).» Valencia, 1628, en 12.° * «Primavera de varios romances nuevos, la qual contiene muchos y diversos romances, con sátyras y letras famosas por diferentes poetas.» Valencia, por Silvestre Esparsa, 1644 (la indicación del número del año está equivocada: 1944), en 16.° Como quiera que esta desconocida edición se halla en la Biblioteca imperial de Viena, voy á describirla con exactitud. En la «Aprouación» se dice ya expresamente: «Compuestos por el licenciado *Pedro Pérez Arias* (sic), está repetida manifiestamente de la precitada edición de Valencia de 1628, puesto que va fechada en «Valencia á 21 del mes de Julio de 1628». Sigue á esto una segunda aprobación en que se dice: «Haviendo visto y leido un libro de entretenimiento, inti-

tienen de dar fruto, si no sazonado, porque tú dirás que no lo está, á lo menos generoso y calificado, por la voluntad que de acertar tengo. Y satisfaziéndote á lo último concluyo, que saco deste hospital de niños expósitos, á la plaça de tu censura, porque aunque prohijados por mí, reconociéndolos sus padres tengan más defensores, etc.» Esta colección contiene, pues, en todo caso, poesías de *diferentes* y en su mayor parte *desconocidos* autores, que gozaban de especial popularidad. Esto y sus romances, nacionales en su mayoría, le daban un barniz de espíritu popular; sin embargo, de lo cual denuncian la *mano imitadora de un poeta artístico* y su *origen moderno* por su contenido, la fluidez de la versificación, la regularidad de la asonancia en general, así como algunas por el tono juguetón, el culteranismo y el conceptismo; con lo cual

---

tulado *Primavera y flor de los mejores* (que ya fué impreso en Madrid, con licencia, por la viuda de Alonso Martínez [sic], en el año de 1626), y á la postre se ha añadido un romance nuevo, que comienza: *Tomando estaba sudores*, etc.» Fechada «en Valencia á 14 de Agosto de 1628». Después viene la *Tabla*, según la cual contiene esta edición 139 poesías, aunque en realidad sólo tiene una más que la de Madrid de 1626, es decir, 138. Sin embargo, hay otro nuevo romance añadido en la Tabla, pero no citado en la aprobación, al final, impreso después del primero citado, que empieza: «Los pedazos de un retrato» (romance pastoril). Tiene VI y 107 hojas (en la paginación, muy desordenada, la última página está numerada 216). Por lo demás, concuerda con la arriba descrita edición de 1626, sin otra diferencia que faltarle la dedicatoria y el prólogo.

Apareció una 2.ª parte á esta colección, 2.ª parte cuyo título y editor, según Durán, son: «*Primavera y flor* de los mejores romances, canciones y letrillas curiosas que han salido agora nuevamente hechas á diferentes propósitos. *Segunda parte*. Recopilado de diversos autores, por el alferez *Francisco de Segura*, criado de su majestad» (el mismo editor, por lo visto, que el de la colección núm. 19): Zaragoza, 1629. (Durán no sabe á ciencia cierta si esta 2.ª parte apareció sola ó juntamente con la 1.ª.) El contenido y carácter de las poesías de esta 2.ª parte debe de corresponder totalmente á los de la 1.ª

De *ambas* partes se publicó, finalmente, una edición completa y total en Madrid, Pablo de Val, 1659, en 12.º Esta la conocieron también Depping y Böhl de Faber, que nos da los romances de las dos partes.

no se entienda que decimos que no se hallen entre ellas algunos cantares muy graciosos, genuinamente nacionales, aunque no propiamente populares (véase tan sólo la media docena que, sacados de aquí, se hallan en la «Floresta» de Böhl de Faber, tomo 1). De las 138 poesías de la edición en que nos ocupamos, 90 son romances, que aquí se han impreso distribuidos en cuartetas, perteneciendo *todos* ellos á los géneros puramente líricos de los romances pastoriles y amatorios ó á los satíricos-burlescos (entre los últimos se halla el romance de gitanos que tenemos en la precipitada edición de los «Romances de Germanía», en endechas, que empieza: «Aqueste Domingo.» Muchos de los romances pastoriles y amatorios, entre los cuales los hay *cortos* y algunos con *estribillo,* van acompañados de letrillas. Las restantes poesías son letras, redondillas, endechas, chaconas, canciones, quintillas, estando un par de ellas compuestas en las formas no nacionales de octavas y décimas. En una palabra, esta colección prueba que el gusto de moda en la residencia real y entre los poetas artísticos que le rendían homenaje, aceptaban, es cierto, las formas populares, pero más para juguetear y coquetear con ellas, que para cantar y poetizar en ellas movidos por íntima necesidad (1).

* 21) *Maravillas del Parnaso y Flor de los mejores Romances graues, burlescos y satíricos que hasta oy se han cantado en la Corte. Recopilados de graues autores, por Jorge Pinto de Morales, capitán entretenido. Barce-*

(1) Siguiendo el orden cronológico, debía colocar aquí los «Romanceros espirituales» de Lope de Vega (Madrid, 1635) y de José de Valdivielso (Madrid, 1648); pero como procedentes que son de poetas artísticos y formando obra artística, tanto respecto al autor como al asunto, no tienen de común con las colecciones que entran dentro de nuestro campo nada más que el nombre, mostrándonos que la forma del romance, por ser tan nacional como era, se acomodaba á todo asunto, á toda manera de tratarlo, aunque perdiendo su carácter fundamental puramente épico, ó á lo sumo lírico-épico. Ni aun por el nombre nos corresponde tratar de los dos

lona, en casa de Sebastián y Jayme Mathevad, á costa de Jusepe Prats, 1640, en 8.°, 99 hojas y 2 hojas. «Tabla» Una de las licencias es de Barcelona, fechada á 17 y 19 de Febrero de 1640, pero la del Santo Oficio de Lisboa, á 4 de Abril de 1637, fecha de la cual se deduce que debió de existir otra edición *más antigua*. Esta colección tiene el mismo carácter que la precedente; da también importancia capital al hecho de que los romances que contiene hubieran sido cantados «en la Corte», añadiendo que todos ellos proceden de «graves autores». Tiene los mismos géneros que el anterior, como ya lo indica el título: «graves (entre los que hay que contar los sentimentales, amatorios y pastoriles), burlescos y satíricos»; estando todos los romances distribuidos en cuartetos y entremezclados con otras poesías, como letrillas, endechas, juguetes, etc. En una palabra, el mismo gusto de las formas nacionales, pero también bajo el mismo influjo de la poesía artística. Entre las 69 poesías hay 49 romances, y entre éstos sólo *tres* que tratan de tema histórico, y son, á saber, en el folio 70: «Al tiempo que andava el mundo», en que el «viejo Zaide» expone á su sobrino el consejo que dió Catón á Bruto, de cómo había de portarse en las luchas intestinas de las parcialidades en Granada; en el folio 79: «Llorando mira Rodrigo», variaciones sobre el tan fuvorito tema de los lamentos de Rodrigo por la pérdida de España; y en el folio 81 hasta el fin: «*Salsas recuperada*, Romance heroyco.» Empieza: «Vanamente conducidas»,

«Cancioneros espirituales», citados por Huber (en las *Blätt. f. lit. Unterh*, 1845, núm. 322), el uno «por un religioso de la orden de San Gerónimo», y de Fray Ambrosio Montesino el otro (acerca de este último véase una noticia de Jubinal en el *Bulletin du bibliophile français, Paris, Techener*, VI *serie*, 1844, núm. 22, páginas 1159 á 1161, y las adiciones á la traducción española de Ticknor, en la edición de Madrid, tomo III, pág. 517). Montesino compuso, no sólo muchos romances espirituales, sino también algunos históricos, imprimiéndolos todos en *líneas largas* de diez y seis sílabas.

y tiene por asunto la reconquista de Salsas en el año 1639, cuando peleaban los españoles con los franceses en el Rosellón, hecho de armas que canta medio al modo de los cronicones, medio en tono de clarinete (1).

22) «*Laberinto amoroso de los mejores y más nuevos que hasta ahora han salido á luz. Con las más curiosas letrillas de quantas se han cantado. Sacados de los propios originales, por el licenciado Juan de Chen. Con licencia. En Çaragoça, por Juan de Larumbe*», 1638, en 12.°, 142 páginas, con tabla y hoja de título. En ésta está lleno el espacio, entre el título y la fecha, con grabados en madera. Debo la noticia de este hasta hoy totalmente desconocido «Romancero», á la bondad del señor archivero Kausler, de Stuttgardt, el cual hace notar que algunas de las poesías en él contenidas se hallan también en las colecciones de Depping, Durán y Bölh de Faber, pero con variantes y parte de ellas menos completas. Es de esperar que el Sr. Kausler nos dé el gusto de proporcionarnos una nueva edición de él ó una descripción y comunicación detallada de lo desconocido.

23) «*Romances varios de diversos autores. Añadidos y enmendados en esta última impresión. Madrid, por Pablo de Val, á costa de Santiago Martín*», 1655, en 12.°, oblongo (2). Siguen á la «tabla», ordenada alfabética-

(1) Entre las demás poesías hay una en el folio 61 intitulada «Bayle», notable por tener una forma semejante á las ligeras danzas del alto alemán medio. Compáresela con los «Bayles» de Quevedo y de otros.

(2) Según Durán, debe de existir una edición de Sevilla, Nicolás Rodríguez, 1655, en 12.° Más antigua, como debió de haberla, según el título, no la hemos hallado indicada en parte alguna. Son posteriores: «*Romances varios de diversos autores agora nuevamente recogidos por el Licenciado Antonio Diez;* Zaragoza, viuda de Miguel de Luna», 1663, en 8.°, y Madrid, 1664, en 12.° Brunet da por lo menos esta colección de Díez como una reimpresión de la estampada en casa de Pablo de Val, y dice de la de Madrid de 1664: «*Reimpression mal exécutée du recueil de Diez lequel renferme* 110 *romances et letrillas, dont* 46 *de Quevedo; parmi les autres à peine s'en trouve-t-il une douzaine de remarquables.*»

mente, que con el título, licencia y tasa, todo ello de 1655, llena cinco hojas y una página, en las seis restantes hojas no paginadas, cinco romances satíricos, no citados en la tabla; y después empiezan con la pág. 1 los «Romances varios». Son 477 páginas, que continen 113 romances (en todo 118), todos divididos en cuartetos, 48 de ellos de Quevedo y uno de Góngora («Entre los sueltos caballos») Diferénciase esta colección de las precedentes por no contener ningún romance pastoril ó amatorio propiamente lírico-sentimental, y ninguna otra poesía lírica de otra forma (con la excepción acaso de un par de letrillas y quintillas en forma de romances, géneros que sin esta última circunstancia están ya emparentados con el de éstos), sino tan sólo romances, los más *satírico-burlescos* ó de asunto *histórico;* de tal modo que, aunque los unos proceden de poetas artísticos y los otros se apartan mucho del tono épico de los viejos romances populares, sin embargo, el carácter general de esta colección muestra que fué destinada *más al pueblo* (con lo que no se ha de entender el populacho) que á la corte. Entre los satírico-burlescos hay muchos romances picarescos y de gitanos (1), que á menudo emplean, parodiándolos, versos y pasajes de los viejos romances populares. De los romances históricos, muchos tienen por asunto las victorias de los españoles sobre los franceses en la guerra del Rosellón (2), otros se refie-

(1) Que estos romances de gitanos eran un simple disfraz de los que por entonces se habían puesto de moda, lo prueba, por ejemplo, el siguiente: «Xácara á las damas de la reyna nuestra señora, que se cantó á su magestad» (pág. 115). Entre los romances satíricos se halla también una «Loa», en que se caracterizan burlescamente los diferentes estados, oficios y provincias de España (pág. 265). Böhl de Faber nos ha dado (I, núm. 326) tomádole de aquí uno burlesco en tono popular.

(2) Entre éstos uno acerca del sitio de Salsas (pág. 187), distinto del citado en la precedente colección. Tres de estos romances empiezan con el principio de aquel antiguo y conocido: «Mala la hubisteis franceses» (páginas 303-312.)

ren á las luchas con los berberiscos (como, por ejemplo, pág. 328 de «Barbarroja»; pág. 332, de «Arnaute Mami», impreso en la colección de Depping, II, 471, según unas hojas volantes) ó á la guerra de los Treinta años (pág. 336, del «Infante Cardenal Fernando»); hallándose también entre ellos algunos de las luchas con los moros (por ejemplo, pág. 220, de Hernando del Pulgar; pág. 344, de Xarifa y Narvaez; pág. 347, de la muerte del moro Amete en Ronda; pág. 324, de la guerra con los moriscos en el Peñón el año 1506). Finalmente, tenemos aquí un par de romances en el tono de los de ciegos acerca de sucesos coetáneos (como las historias de asesinatos y amoríos, páginas 201 á 216, de Diego de Soto, en el año 1606; páginas 247 á 251 de Juan de Mena:

«Por un hijo de vezino,
que llamaban *Juan de Mena*,
se compuso este romance
en *la calle* del Esgueva, etc.»

Y realmente, en este cantar callejero hay un eco de la ingenuidad popular). No es, pues, tan fácil dejar de lado esta colección, como ha hecho, por ejemplo, Brunet, siendo para la historia de los romances *populares* más importante que los dos precedentes, aun cuando las poesías contenidas en éstos superen en finura y elegancia á las aquí publicadas.

24) «*Romances varios de differentes autores nuevamente impressos por un curioso. Amsterdam, en casa de Ishag Coen Faro*», 1688, en 12.° Durán, que cita esta colección, dice de ella que contiene una selecta muy buena, pero impresa muy incorrectamente, de 80 romances artísticos y «romancillos» (en redondillas de seis sílabas); á los que precede un *entremés* titulado: «El Espejo», siguiendo la tabla y algunos romances y sonetos, todo esto

en 14 hojas no numeradas. Después, de la pág. 1 á la 96, lo restante del texto (1).

Junto á estas mayores colecciones volvieron á aparecer desde mediados del siglo XVII muchos romances en pliegos sueltos, que, como es natural, estaban destinados ante todo *al pueblo*. Bajo este nombre de «pueblo» no se debe, sin embargo, entender el nucleo de la nación, la gran masa de cultura casi igual, casi los mismos intereses, en oposición á aquellos otros de más elevada crianza cortesana ó de cultura docta profesional y de escuela. La clase media habíase desligado cada vez más de la gran masa por una cultura más fina positiva ó afectada y por un gusto más *artístico*—aun cuando menos decisivamente y con menos precisión que en otros países de la Europa culta—y sobre todo en la poesía era la oposición entre la popular y la artística cada vez más marcada por la influencia de la escuela clásico-italiana, y cada vez más hondo el foso entre una y otra. Hemos visto en el carácter de las últimas colecciones (desde el «Romancero general») que hasta los romances, la forma más popular de la poesía española, cuanto más querían mantenerse en las esferas llamadas cultas ó en la corte, más tenían que aceptar en sí elementos artísticos. Los romances, que *ahora* se hacían preferentemente para el pueblo, y que conforme á los medios de éste se difundían en pliegos sueltos, debían por lo tanto contar de preferencia con el *más bajo y ordinario* pueblo *(vulgus* ó *plebs,* no ya *populus* ó público), á cuyo horizonte se acomodaban, y con cuyas simpatías se hicieron. Aún hay más, y es que estos romances pudieron, no sólo ser hechos *para* el pueblo, sino también *por*

(1) Según una nota de Salvá, cita además Durán: «Varios romances á la Liga, por *Faxardo* y *Acebedo*.» Valencia, 1687, en 12.° Sospecha que Faxardo no era más que el recopilador de estos romances; perteneciendo éstos, en todo caso, á la clase de los romances facticios, como los de Padilla, Francisco de Segura, etc.

el pueblo mismo; pero por un pueblo que estaba demasiado profundo para sentirse inspirado por propia conciencia refleja, y para que cantara los sentimientos é intereses *comunes á toda la nación*. No podían, por lo tanto, surgir canciones populares y nacionales en el más elevado sentido (como las del Cid, Bernardo del Carpio, etc.), sino tan sólo cantares de aldea y baile, callejeros y de feria, á propósito de los cuales no se ha de olvidar que en España ni aun el más bajo pueblo ha descendido jamás á la ordinarez, como en otros países, ni jamás ha sido totalmente sordo á la enseñanza y la fama nacionales. Los sentimientos más vivos aun en los españoles más ordinarios son fuera de los generales humanos, el religioso, el que une la independencia personal con la arrogancia frente al poder y tendencia á lo aventurero, y el orgullo nacional frente á los extraños. De aquí que los romances de los pliegos sueltos de los siglos XVI y XVII, fuera de los placeres y penas generales humanos, tengan por asunto sobre todo *leyendas* y *milagros*, historias de *ladrones* y *asesinos* (de bandoleros y facinerosos, ya como pequeños guerrilleros, ya en grande), y las *victorias* de las armas *españolas* sobre las *extranjeras*, sobre todo sobre los franceses en la guerra del Rosellón y sobre los aliados extranjeros de cada partido en la guerra de sucesión. Estos romances —cantados, no ya por juglares ricamente pagados, sino por ciegos mendigos, no ya en cortes y ciudades, sino en los cantones de las calles y en las tabernas de los pueblos, no en los círculos de caballeros y damas, sino en los de pícaros y chulas—no tienen, como es natural, ni la ingenuidad ni la frescura de los viejos romances populares, ni la elegancia y perfección técnicas de los modernos hechos por poetas artísticos, sino que, por lo regular, son tan ramplones y rudos, que «romance de ciego» ha venido á ser la designación proverbial de un canto trivial y ordinario. Sin embargo, aun entre éstos hay algunos, sobre todo

entre los cómicos y satíricos, que por su osada firmeza, burla mordaz, ó por aquella nativa ironía de los españoles, su sal y donaire, son dignos de que se fije en ellos la atención.

Depping recuerda (tomo I, páginas XLIX-4, y en las notas;—y tomo II, pág. 475) algunas de tales hojas volantes de romances; Huber habla (lugar citado) de colecciones de las mismas en las bibliotecas de Londres y París; y también la biblioteca imperial de Viena posee un par de tomos de tales «Romances en pliegos sueltos», de los que voy á citar, á manera de ejemplo, los siguientes: «*Romances que se han cantado en el convento de la Pasión, de la Orden de Santo Domingo desta villa. En los misereres que ha celedrado esta Quaresma de* 1657 *la Congregación y Diputación real de N. S. de las Angustias*». Madrid, 1657, en 4.° Una colección de «*famosas ó curiosas Xácaras*», «*Relaciones verdaderas*» y «*Romances devotos*», de los años 1670 á 1674; por ejemplo: «*Xácara del gracioso desafío que tuvieron el chocolate y el vino*»; «*Xácara de un Francés que robó la Custodia del S. Sacramento en Colmenar*», 1673; «*Relación verdadera de un mancebo que cautivaron en Argel*», 1670 hasta 1672; «*Aquí se contiene un maravilloso milagro que obró Dios en la ciudad de Argel, por lo qual se convirtieron un renegado y una mora*», 1673; «*Romance á lo divino, á la inmaculada Concepción de N. S.*»; «*Declaración de un milagro*», 1673, y otros, los más, de bandidos y milagros; entre ellos algunos de autores nombrados, como: «*Relación verdadera en que se descriven la prisión, muerte, delitos..., de Pedro Navarro... que se ajusticia en Sepúlveda. año* 1673, *compuesta por Pedro Gutiérrez, médico de dicha villa*»; «*Curiosa Xácara nueva de la prisión, y muerte de Pedro Andrés y Juana Martínez... ajusticiados en el año de* 1673», por *Lucas Antonio de Bedmar*; «*Curiosa Xácara nueva de la vida, prisión y muerte de Francisco de la Sera, en*

el año de 1673», por *Antonio de Robledo;* «*Romance de un milagro*», comp. por *Juan de Rivera;* «*Epítome del... auto general de fe que el tribunal del S. O. de la Inquisición de Granada celebró en ella, año de* 1672», por el Licenciado *D. Carlos de Moya*, etc. Además un tomito con romances de la guerra de sucesión, como: «*Carta en que se da cuenta del despedimiento del Duque de Borgoña y Berri*»; «*Matraca en romance, coplas en verso, El abate que voy, el coco de las Sardinas, y espantajos de los pezes. A la derrota de la armada Inglesa*»; «*Proezas del General Guido Estaremberg, quando passó a Madrid a coronar por el Rey al Señor Archiduque Carlos de Austria*». (Poesía burlesca contra el partido austriaco.) «*Carta christiana que el piadoso discurso del Dr. Santa Cruz presume aver escrito el Rey de Francia Luis XIV a Phelipe V luego que supo avia entrado en los dominios de España*», etc., todos en pro del partido borbónico (1).

Pero que no fueron entonces suplantados completamente por estos romances, que se plegaban á los intereses del día y á la moda, los *antiguos legítimos populares*, ni en el pueblo ni entre los cultos, lo prueban las nuevas impresiones de los mismos, en «pliegos sueltos de este año» para el pueblo, y las nuevas ediciones, que iban enriqueciéndose hasta el fin del siglo XVII, del «Cancionero de romances», de la «Silva», etc., para los que disponían de más medios. Ya á fines de *este* siglo ó á principios del *diez y ocho*, apareció la siguiente *nueva* colección de tales romances *viejos* (2):

---

(1) Después ha dado Durán una rica bibliografía de estos pliegos sueltos del siglo XVII (tomo I, p. LXXX-LXXXV) y una selección de pruebas de toda clase, bajo la rúbrica genérica: Romances vulgares (tomo II, páginas 227 á 414) suficiente para su característica.

(2) Pellicer menciona en su Comentario al *Don Quijote* (edición de 1797, tomo I, pág. 105), como *primera* edición, una publicada en Alcalá, de 1608, pero probablemente esta fecha se apoya en una falta de lectura ó impre-

25) «*Floresta de varios romances sacados de las historias antiguas de los hechos famosos de los doce Pares de Francia, agora nuevamente corregidos*, por *Damián López de Tortajada*»; Valencia, en 16.°, y en el mismo punto, Antonio Bordazar, s. a., en 12.° Repetidas veces tirada: Madrid, 1711, 1713, 1746, * 1764 (en Durán se mencionan las *mismas* ediciones de Madrid, pero con los números de los años equivocados: 1611, 1613, 1646, 1664), en 12.° Siguiendo á la última edición se ha impreso: * «*History of Charles the Great and Orlando, ascribed to Archbishop Turpin; translated from the Latin in Spanhein's Lives of Ecclesiastical wirsters. Togheter with the most celebrated ancient Spanish Ballads relating to the Twelve Peers of France, mentioned in Don Quixote; with English metrical versions, by Thomas Rodd*», London, 1812, 2 *vols.*, 8.° Durán (l. c., s. v. López de Tortajada) dice que la antepenúltima edición, la de 1746, contiene 36 romances, entre ellos 22 antiguos del «Cancionero de romances» y de la «Silva», y 14 pertenecientes al final del siglo XVI y al XVII.

sión, y está por 1708; pues es inverosímil que no hubiera aparecido ninguna nueva tirada en todo un siglo, mientras que desde 1711 se seguían las unas á las otras con tanta rapidez.

FERNANDO WOLF.

(Se continuará.)

OBRAS NUEVAS

Acta de la sesión pública celebrada en el Ateneo Barcelonés el 30 de Noviembre de 1895. En 8.°, 51 páginas. — Comprende: Memoria, por D. Jaime Carnet, y Discurso, por D. Angel Guimerá, este último en catalán.

Arenal (C.) —Obras completas de D.ª Concepción Arenal. Tomo x. Las colonias penales de la Australia y la pena de deportación. En 8.°, 336 páginas: 3 pesetas.

Arte (El) en la Edad Moderna. (Siglos XVII y XVIII.) En Flandes.— En Holanda. — En Italia. — En Francia —En Inglaterra.—En España; con 32 grabados. En 8.°, 77 páginas: 1 peseta.

Blasco Ibáñez (V.)—Flor de Mayo, novela. En 8.°, 287 páginas: 1,50 pesetas.

Boletín de la Real Academia de la Historia. Tomo XXVIII. Cuaderno I: 1,25 pesetas.

Calvo (I.)—Guía práctica para la contabilidad interior de los diferentes cuerpos del ejército. En 4.°, 68 páginas y 44 tablas: 2 pesetas.

Cano (R.)—Las leyes de la belleza. En 4.°, 53 páginas: 1 peseta.

Cano y Masas (L.)—¡Velay!; comedia en tres y en verso. En 8.°, 145 páginas: 2 pesetas.

Cascales y Muñoz (J.)—Sevilla intelectual; sus escritores y artistas contemporáneos: 65 biografías de los mejores ingenios hispalenses, y un apéndice con estudios biográficos y críticos acerca de las obras de algunos más que no han sido biografiados. En 8.°, XVI-2 hojas, 563 páginas y retrato del autor: 5 pesetas.

Cian (V.)—Italia e Spagna nel secolo XVIII. Giouambattista Contil e alcune relazioni letterarie fra l'Italia e la Spagna, nella seconda metá del settecento. En 4.°, IX-361 páginas: 9 pesetas.

Conde (G. L. de).—Pasatiempos. En 8.°, 263 páginas: 2,50 pesetas.

Degetau y González (F.)—El A. B. C. del sistema Frœbel. En 4.°, 135 páginas: 1 peseta.

Díez (R.)—Elementos de religión y moral. En 4.°, IX-411 páginas: 3 pesetas.

Durán y Bas (M.) — Escritos del Excmo. Sr. D. Manuel Durán y Bas, decano de la Facultad de Derecho en la Universidad literaria de Barcelona. Segunda serie. Estudios morales, sociales y económicos, con un prólogo de D. Federico Rahola. En 4.°, XLVII-589 páginas: 6 pesetas.

Estremera (J.)—Fábulas. En 12.°, 174 páginas: 50 céntimos.

Fernández Duro (C.)—Armada Española, desde la unión de los Reinos de Castilla y de León. En 4.°, 476 páginas, 4 retratos, un mapa y 11 láminas: 15 pesetas.

Floro (L.)—Dios. En 8.°, 221 páginas: 0,75 pesetas. — Biblioteca teológica, popular económica. Tomo I.

Foronda y Aguilera (M. de).—Estancias y viajes de Carlos V (desde el día de su nacimiento hasta el de su muerte). En 4.°, 47 pági-

nas. Librería de Murillo: 3,50 pesetas.

Gómez Carrillo (A.)—Historia de la América central desde el descubrimiento del país por los españoles (1502) hasta su independencia de España (1821). Tomo III. En 4.°, XXIV-320 páginas.

Gómez Carrillo (E.)—La suprema voluptuosidad. En 8.°, 46 páginas: 1 peseta.

Gómez Humarán (F.)—Arpegios. En 8.°, 53 páginas: 1 peseta.

González Pizarro (J. de D.)—Plantas pratenses. Las alfalfas y los tréboles. En 8.°, 226 páginas: 3 pesetas.

Grave (J.)—La sociedad futura, traducción por el Dr. Luis Marco. En 4.°, 448 páginas: 8 pesetas.—Biblioteca de Jurisprudencia, Filosofía é Historia.

Henao (G. de).—Complementos á la obra de averiguaciones cantábricas é Ignacianas. Tomo séptimo y último. En 4.°, 450 páginas: 5 pesetas.

Heredia y Larrea (P.)—El testamento fonográfico. En 4.°, 271 páginas: 4 pesetas.

Iglesias y Díaz (M.) y Pulido y Fernández (A.)—Discursos leídos en la solemne sesión inaugural del año de 1896 de la Real Academia de Medicina. En 4.° 50-181 páginas.—Tema: La emoción oratoria.

Los Jesuítas de puertas adentro ó un barrido hacia afuera en la Compañía de Jesús. En 8.°, 471 páginas: 5 pesetas.

Junta de caridad del Asilo Matia, de la ciudad de San Sebastián. Memoria y cuenta general. En 4.° mayor, 18 páginas.

Labra (R. M. de).—Los errores judiciales. En 4.°, 56 páginas.

Larrubiera (A).—Cuentos. En 12.°, 203 páginas: 1 peseta.

Lassala y Collado (F. de).—La separación de Guipúzcoa y la paz de Basilea, en 4.° mayor, VIII-395 páginas.

León y Castillo (F.) y Vega de Armijo (Marqués de la).—Discursos leídos ante la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. En 4.°, 62 páginas.—Tema: De la irresponsabilidad del Rey y de la responsabilidad de los ministros en los países de representación falseada.

Lorda y Fernández (J. M. de) y Castro y González (C. F. de).—Manual del constructor y formulario para uso de los arquitectos é ingenieros. En 8 °, 5 hojas, 890 páginas: 25 pesetas.

Llorente y Sánchez (M).—Memoria acerca del estado del Instituto de Guipúzcoa. En 8.° mayor, 75 páginas.

Marcolain San Juan (R. P.)—Escuela práctica de Química. En 4.° XXVIII-36 páginas: 2 pesetas.

Márquez Sterling (M.)—Páginas de ajedrez. En 12.°, 64 páginas: 3 pesetas.

Navarrete (J.)—Fábulas (en lengua bisaya). En 8.° menor, 371 páginas con viñetas.

Newmann (Q.)—Notas sueltas sobre la pena de muerte, con un apéndice de F. H. Bradley, intitulado: Algunas reflexiones sobre el castigo Santiago de Chile, 1896. En 8.°, XII-288 páginas.

Palau (M. de).—Acontecimientos literarios. En 8.°, 271 páginas: 3 pesetas.

Pardo Bazán (E.)—Novelas cortas. En 12.°, 200 páginas y retrato de la autora: 0'50 pesetas.

Parra (P.)—El agua. Poema. En 8.°, 23 páginas.

Pérez Collado (B.)—La cuestión de las cuestiones ó sea el non plus ultra. En 4.°, 52 páginas: 0,25 pesetas.

Prieto (E.) y Ruesga (A.)—La sobrina; zarzuela cómica en un acto y en prosa. En 8.°, 44 páginas: 1 peseta.

Quesada (E.)—Alocución patriótica pronunciada en la fiesta anual del Ateneo celebrada el 25 de Mayo de 1895. Buenos Aires. Imprenta de Pablo E. Coni. 1895. En 8.°, 15 páginas.

Idem.—La deuda Argentina, su unificación. En 8.°, 142 páginas.

Idem.—La Iglesia católica y la

cuestión social. En 8.°, 103 páginas.

Idem.—La política chilena en el Plata. En 4.°, 383 páginas.

Retana (W. E.)—Mando del general Weyler en Filipinas, 5 Julio 1888, 17 Noviembre 1891.—Apuntes y documentos para la historia política, administrativa y militar de dichas islas. En 8.°, XXIV-438: 4 pesetas.

Rodriguez (L.)—El salvaje; sueño lírico en un acto y cuatro cuadros. En 8.°, 29 páginas: 1 peseta.

Idem.—El señorito; juguete cómico en un acto y en prosa. En 8.°, 34 páginas: 1 peseta.

Santiago y Gómez (J. de).—Historia de Vigo y su comarca. En 4.°, 604 páginas: 12 pesetas.

Soriano (M.)—La partida de damas, comedia en un acto y en verso. En 8.°, 32 páginas: 1 peseta.

Taboada (R.)—Carabanchel de Arriba; caricatura en un acto y en verso. En 8.°, 30 páginas: 1 peseta.

Vascáno.—La condesa está durmiendo, juguete cómico-lírico en un acto y en prosa. En 8.°, 22 páginas: 1 peseta.

INDICE

Págs.

Los salones de la condesa del Montijo..... 5
Aventuras y desventuras de un soldado viejo, natural de Borja, por un Soldado viejo..... 29
Recuerdos, por José Echegaray..... 53
El Museo de Historia Natural, por Manuel Cazurro..... 64
Memorias de un solterón, por Emilia Pardo Bazán..... 81
Crónica literaria, por E. Gómez de Baquero..... 125
Crónica internacional, por Emilio Castelar..... 142
La Prensa internacional, por el Licenciado Pero Pérez..... 159
Notas bibliográficas, por P. Dorado y A. Posada..... 166
La literatura castellana y portuguesa, por Fernando Wolf..... 179
Obras nuevas..... 205

AP
60
E8
año 8
no.85-87

La España moderna

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY